

Cosplay

Reinventarse o morir



DANIELA SK

Cosplay

Daniela Sk

Derechos de autor

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, leyes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor y son usados de manera ficticia. Cualquier referencia sobre personas actuales, vivas o muertas, eventos o locales, es enteramente coincidencia.

Primera Edición: 13 de Marzo 2017

Editado por: Sarai GN.

Revisado por: Yanina Barboza Patil.

Copyright © 2017 Daniela Sk

All rights reserved.

ISBN: 9781520852584

Dedicatoria

A ti, mi tía querida, que tu partida me empujó
a escapar por medio de esta locura.

Agradecimientos

Como siempre, quiero empezar agradeciendo a mi esposo, por su infinita paciencia, su apoyo, su manera de ser y sus bromas, que mantienen la llama viva entre nosotros.

A todas esas personas que depositan su confianza en mí, de una u otra forma, apoyándome y alentándome a seguir en esto, a mejorar. A las chicas del grupo que se enamoraron de esta historia, y que juntas, compartimos un montón de sonrisas. Su recibimiento para con la historia es algo que me ha impulsado a continuar.

A mis incondicionales: Sarai que es una persona a la que admiro y respeto, la forma en la que se administra con sus preciosas hijas, su vida personal y además, conmigo y mis locuras, quejas, cambios de humor y demás ridiculeces que me pasan, es algo que me tendrá para siempre anonadada. A mi querida Yani que con sus ocurrencias, su ojo clínico, sus observaciones constructivas y cumplidos, así como ese inseparable toque de drama cotidiano, me termina de completar.

No haría nada sin ustedes, chicas.

Advertencia, el presente libro está escrito en español latinoamericano, y corregido en el mismo idioma, a pesar de que he tratado de ser lo más neutral posible, las bromas, chistes, malas interpretaciones y demás, son en nuestro idioma natal, por lo que lamentamos las molestias que esto pueda ocasionar a lectores que no manejen nuestras expresiones.

Advertidos entonces, ¡que tengan una excelente lectura!

Índice

[Derechos de autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del autor](#)

Sinopsis

Jennifer Stanford pensaba que tenía el matrimonio perfecto, bueno, no perfecto pero sí feliz. El día que Nathan, su esposo, le pide el divorcio se da cuenta con tristeza de que no era así. Él, cansado de la monotonía, ha incursionado en prácticas que no cree que sean para su esposa, por eso piensa que lo mejor es dejarla ir. Sin embargo, Nathan no contaba con lo determinada que Jennifer está a no perderlo, es por eso que luego de la conmoción inicial ella busca la manera de retener a su marido. Su salvación viene con un cuerpo de infarto y una boca rápida.

Christopher Herrera es uno de los jóvenes más solicitados en una prestigiosa y secreta casa que se dedica a cumplir fantasías; en realidad es mucho más que un simple juguete de mujeres aburridas, pero abrumado por las deudas, los miles de dólares que Jennifer le ofrece son un respiro que no puede rechazar. Es por eso que de pronto se ve envuelto en una misión para ayudar a la joven mujer a convertirse en lo que su marido necesita.

Con un sinfín de primeras veces, muchas situaciones hilarantes, y un grupo de amigos incondicionales, ambos se darán cuenta que a lo mejor lo que necesitan no está en el pasado, sino en lo nuevo que la vida les presenta.

Capítulo Uno

Dicen que cuando te casas los días pasan volando.

Y sí, definitivamente, Jennifer Stanford estaba de acuerdo con esa teoría. *Muy de acuerdo*, sobre todo ahora, mientras observaba el interior de su casa, y cuatro años de casada le estaban sabiendo repentinamente a otra cosa distinta a lo que siempre se había imaginado.

Ahí, de pie en el centro de la sala, recordó aquellos días donde ella y Nathan Walker, su esposo, habían hecho muchísimos planes cuando fueron novios y luego al casarse. Cosas del tipo: comprar una sala y un comedor nuevos, decorar toda la casa de forma minimalista, pintar con tonos neutros las paredes. Siempre se dijeron que su casa nunca iba a lucir antigua. Se habían prometido no dejarse llevar por aquello de ir decorando la casa con un poco de todo, para que así no hubiera manera en el infierno de que quedara decorada como la casa de Katherine, la abuela de Nathan.

Y sin embargo, mirando con más interés su propia casa, supo que aquella promesa ahora estaba en tela de juicio. En la entrada había un extraño caballo de mar que estaba forjado en hierro, el cual había sido regalado por su suegra. Al fondo de la sala, un enorme y pintoresco cuadro con frutas que le había regalado Mónica, su madre, destacaba orgullosamente ridículo entre todos los muebles. En la mesa de la cocina, un adorno floral ficticio que su mejor amiga, Lisa, insistió en que comprara porque se vería “lindo”. Sí. Definitivo, su casa se parecía a la de la abuela Katherine, decorada con todos los regalos que les habían dado en la boda y algo más.

Jen suspiró otra vez sin poder evitarlo, era fácil cometer todos esos errores, fácil cuando se trabaja todo el día, cuando sin darte cuenta descuidas todo. Jennifer era una ingeniera en sistemas, empleada en una revista que le exigía bastante tiempo, y aun así a veces llevaba trabajo a casa, así que también había computadoras esparcidas por cualquier rincón, incluyendo montones de piezas, entre monitores, teclados, ratones... *Dios*. ¿En qué momento convirtió a su hogar en un taller de reparación?

—Hola, Jenny. —La voz profunda de Nathan resonó en la cocina. La particular loción de su esposo inmediatamente se coló por su nariz, robándole una sonrisa.

—Hola, amor. —Se acercó para recibirlo, pero al verlo buscando al parecer comida, sus mejillas se calentaron—. Lo lamento, aún no he hecho la cena, también vengo llegando.

—No te preocupes —comentó, abriendo el refrigerador. La chica observó cómo en la puerta de éste había un montón de cosas pegadas, recuerdos de su luna de miel, facturas...—. Ya he cenado.

—Oh, bueno... —La joven desvió la mirada. Tendría que cenar sola hoy... de nuevo.

—Lamento no haberte avisado antes. —De pronto él estaba frente a ella, sujetándole el mentón.

El impecable traje oscuro resaltaba su semblante pálido, la camisa y la corbata

azul solo hacían que todo él cumpliera con los requisitos de parecer un modelo que acababa de rodar algún comercial de ropa. El cabello rubio, acomodado pulcramente hacia atrás, y sus ojos... dos zafiros azules que le robaban el aliento a cualquiera. Su esposo era un adonis, y cuando se inclinó hacia sus labios, Jennifer suspiró cerrando los ojos, saboreando el momento.

—Estoy agotado. —Se separó de ella, caminando rumbo a su habitación.

—¿Quieres café?

—No, gracias, prefiero descansar —medio gritó desde el dormitorio.

Su marido había llegado de una larga semana de trabajo en *Toulouse, Francia*. Durante todos los días que pasó allá había asistido a convenciones, como disertante y como observador, y mientras hacía eso, ella... bueno, además de trabajar se había quedado sola, sin hacer mayor actividad que lavar ropa. Así que sí, entendía que él viniera cansado por el cambio de horario y todo eso, pero aun así no se le quitaban ni un poco las ganas de abrazarlo y besarlo. Habían sido muchas noches sola, extrañándolo.

Jennifer se dispuso a recoger un poco el desastre que era su casa, lavando algunos trastes y entreteniéndose mirando algunas telenovelas antes de finalmente subir cansada hacia la habitación. Nathan estaba tumbado sobre la cama como un enorme y pesado bulto, y aún estaba vestido. La joven sonrió, descalzándose antes de acomodarse a su lado. Le acarició el cabello y la barba incipiente, era lindo disfrutar de su compañía aunque estuviera desmayado.

Por la mañana, el fuerte sonido del reloj los despertó de forma abrupta. Ambos se habían hundido literalmente en un coma, y ver que ya eran las siete y media de la mañana solo los puso en un frenesí. Jennifer sonrió mientras observaba a su esposo cambiarse, era tan metrosexual, sin decidir qué corbata llevar o qué color de camisa usar; ella, por el contrario, no se complicaba la existencia, llevaba el largo cabello rojizo recogido, zapatillas cómodas y nada de maquillaje. No se le iba a hacer tarde por esas nimiedades.

—¿Quieres cenar fuera esta noche? —La voz de la joven fue baja, pretendiendo ser seductora, deslizando las manos por la estrecha cintura de su marido.

—Estaría bien... quizás a las ocho. ¿Te parece? —La miró a través del espejo, ajustándose la corbata.

Jen asintió contenta, recibiendo un guiño por parte de su marido. Sabía que él continuaba cansado por su viaje, pero lo necesitaba. Necesitaba de su compañía, de sus largas conversaciones.

Esa mañana en el trabajo tuvo muchísimas cosas que hacer, un servidor no funcionó como debería y su jefe, Brandon, estuvo gritando a diestra y siniestra. Había algunos artículos que se habían “caído” en la página y el sitio reportó quejas. La joven se masajeó las sienes tratando de decidir por cuál problema comenzar, cuando su celular vibró con un mensaje:

Olvida la cena a solas, mamá quiere verme, dice que me extraña... lo siento.

Nathan.

Mientras el bullicio que hacían sus compañeros de la revista era estridente, Jen se quedó mirando fijamente el celular, ajena a todo lo demás. No es que le cayera mal su suegra, en serio no, pero... Suspiró al ver corriendo a otra compañera rumbo a la sala de juntas, estaba tan llena de trabajo, y ponerse en plan de esposa sufrida por no poder cenar a solas, en estos momentos era lo último que necesitaba, así que lo dejó pasar. Una cena a solas podría ser otro día. Suponía.

La noche llegó rápidamente y ahora, se encontraban sentados plácidamente en el comedor de la casa de sus suegros. Después de los saludos correspondientes, y de los cientos de «te extrañé, bebé» por parte de la mamá de Nathan para con su hijo, el señor Walker preguntó lo mismo de siempre.

—Y bien, chicos, ¿cuándo me van a dar nietos?

Por lo general, Jen sonreiría sin responder y Nathan inmediatamente procedería a culparla. «*Jen tiene mucho trabajo, papá...*», «*por las conferencias ni siquiera nos hemos visto...*». Esos solo eran un par de pretextos para lo que en realidad pasaba: él-no-quería-hijos.

—No quiero volver a tocar ese tema, papá —reprochó Nathan, lanzando la servilleta hacia la mesa de forma tensa, dejando a todos con la boca abierta—. Es muy frustrante que estén presionándome todo el maldito tiempo.

Y gracias a ese comentario tan ameno, la cena transcurrió en un incómodo silencio, interrumpido solo por una escueta plática de nuevos socios que Nathan había conseguido en Francia. Se despidieron sin muchas ceremonias, y al llegar a casa, naturalmente su marido continuó con su mal humor.

—Detesto que siempre me pregunten lo mismo —refunfuñó, cambiando furiosamente un canal tras otro en la televisión.

—Lo sé, cariño. No te frustres por ello —murmuró acariciando sugestivamente su brazo. Él no pareció notarlo, siguió cambiando de canales hasta que finalmente apagó la televisión.

—Será mejor que me duerma, estoy cansado y nefasto... —Y con eso se dio la vuelta dándole la espalda.

Síp, eso le quedaba claro, pero además algo andaba muy, pero muy mal. Y mientras miraba el techo, Jen se preguntó exactamente *qué* se le estaba escapando.

...

Los rayos de sol se colaron temprano por la gran ventana de su dormitorio. Aquel enorme cuarto se veía particularmente vacío esa mañana. Aunque, entiéndase por *vacío*, la ausencia de su marido, porque por lo demás el cuarto estaba repleto. Jen definitivamente iba a contratar servidumbre, esto no podía seguir así. Nathan entró en ese momento, se había bañado y cambiado, lo cual era extraño para ser tan temprano un sábado.

—¿A dónde vas? —Su voz aún ronca por ser la primera palabra del día.

—Tengo que arreglar unos asuntos. —Se estaba acomodando el cabello rubio hacia atrás y ni siquiera volteó para dedicarle una mirada—. No me esperes para comer.

Jen suspiró, empujando las cobijas, se levantó de la cama para llegar hasta él, abrazándolo por detrás, enterrando su pequeño rostro en esa tonificada y ancha espalda.

—No quiero sonar como una acosadora... pero ¿te ocurre algo? —Tenía los ojos cerrados, perdida en la loción de su marido.

—No, ¿por qué? —Se giró hacia ella, acariciándole la mejilla.

—Es que te noto tenso y... distante. —Se quedó mirando a sus preciosos ojos azules.

—Alucinas —sonrió—, es solo que tengo muchas cosas pendientes, ahora me tengo que ir, te veré más tarde. —Y así, sin más, le dio un suave beso en la frente antes de irse.

Jennifer suspiró mirando el reloj que marcaba las nueve de la mañana. Era temprano, todavía podía acostarse un poco más, pero no le apetecía estar sola en casa, así que llamó a Lisa para invitarla a desayunar. Y mientras se vestía, sonrió recordando cómo la había conocido. Había sido en la secundaria, de la forma más absurda posible. Lisa había intentado ser su amiga casi a la fuerza, durante semanas la acosó día y noche, siguiéndola a todos lados sin entender las indirectas del tipo: no-eres-jodidamente-bienvenida. ¿Quién iba a pensar que esa adolescente de cabello rubio, alegre y risueña, iba a ser su mejor amiga? Ciertamente, ella no. Mucho menos que cursarían la preparatoria juntas e incluso, estudiarían en la misma universidad, eran muy apegadas. Casi veinte años conociendo a su mejor amiga. Así que resultaba obvio que fuera a Lisa a la que le confesara su peor miedo.

—Creo... creo que Nathan me está engañando —soltó, jugueteando con la comida en el plato, Lisa la miró sorprendida.

—Jenny, te estás precipitando, siempre eres tan exagerada con las cosas —sonrió antes de rodar los ojos—. Sabes bien que Nathan tiene mucho trabajo, solo debe ser eso.

—Uno nunca acaba de conocer a las personas, Lisa. —Sonaba abatida... Dios, y desesperada.

—¿Por qué no lo sorprendes? —Aplaudió contenta—. Quizás tu relación necesite algo de fuego, pasión, sorpresas, ¡lencería!

—¡Lisa! —chilló apenada mirando hacia todos lados, su amiga se rio lanzándole una servilleta a su cara ruborizada.

—¡Es la verdad! Deberíamos ir de compras, hay una lencería preciosa que quiero ver desde hace semanas, a diferencia de ti, a mí me encanta sorprender a mi marido. —Jen rodó los ojos.

—Ya imagino la cara de Derek con las sorpresas que se te ocurren a cada rato.

—Aun así te aseguro que sigo sorprendiéndolo.

Jennifer sonrió, habían conocido a Derek y a Nathan cuando estaban en la universidad, ambos eran amigos de toda la vida. Lisa había quedado inmediatamente deslumbrada por Derek, y casi podía jurar que lo seguía estando hasta la fecha.

Ya en el centro comercial, mientras miraba a su amiga caminar sujetando la mano

de una de sus hijas, recordó cómo ella tardó años para poder salir con Nathan, tenía miedo de cualquier tipo de relación en aquel entonces, por cosas casuales... *diversos-y-variados-traumas-emocionales* que no tenía caso recordar ahora, no obstante, a diferencia de ella, su amiga Lisa, con tan solo siete meses de conocer a Derek, había resultado embarazada.

Sonrió cuando Lisa interrumpió sus pensamientos al gritar de alegría frente a un escaparate lleno de lencería. Al menos ella era feliz.

—Esta tanga está preciosa —canturreó Lisa.

—¿No crees que enseña demasiado? —Su amiga la miró como si le hubiera salido un tercer ojo.

—Es. Una. Tanga. —Jen miró a la prenda en cuestión antes de ruborizarse.

—Lo sé... solo... ¿Anna no podría irse a otro lado? —La hija de Lisa no les estaba prestando atención, pero lo mismo sentía vergüenza.

—Ay por Dios —gimió Lisa—, lleva unas cuantas.

Al finalizar el día, su amiga llevaba el carrito lleno de lencería de *Victoria's Secret*. Jennifer, por su lado, salió con varios coordinados, algunas cremas y una loción. Había sacado las tangas en algún punto entre las lociones y las medias.

Al llegar a casa, pasó un largo rato dentro de la bañera. Luego, se secó el largo cabello rojizo en suaves ondas, y cuando por fin se armó de valor, volvió a su habitación para probarse su increíblemente-descarado-coordinado. Las braguitas negras no cubrían la totalidad de su trasero y los pechos se transparentaban a través de la suave tela del sujetador, y aunque estaba horrorizada, también emocionada, incluso le pareció que el ligero le daba un toque sensual a todo. Viéndose frente al espejo no se reconoció, así que satisfecha con ello se dispuso a esperar a Nathan.

...

Era una hora incierta de la noche cuando sintió el colchón hundirse a su lado. Los ojos de la joven revolotearon al despertarse, el reloj marcaba más de las tres de la madrugada. No pudo evitarlo y se encontró olisqueando el aire en busca de algún indicio de otro perfume, sin éxito, ya que no pudo percibir más que la colonia de él. Cuando Nathan apagó la luz y se acostó en el frío lecho marital, la joven se dio la vuelta para encararlo.

—¿Me estás evitando?

—*Mierda*, Jenny —siseó asustado—. ¿Por qué estás despierta? No deberías haberme esperado. —Aún en la oscuridad, le lanzó una mirada reprobatoria—. Deberías dormirte.

—Te pregunté algo, Nathan, me gustaría que fueras sincero y me lo respondieras. —Se sentó en la cama, tirando de las sábanas, sintiéndose jodidamente ridícula teniendo esta conversación medio desnuda.

Dios, estaba molesta, tenía frío y además lo había esperado toda la noche, su traidora piel hormigueaba al no tocarlo en tantas semanas, su parte menos noble estaba ansiosa por sentirlo, porque le hiciera el amor. El silencio, denso y espeso entre ellos, la

hizo enfurecer más.

—Si quieres puedo hacer lo mismo de toda la semana. Puedo hacerme la dormida —espetó con sarcasmo. ¿Para qué decirle que había llorado en silencio? No quería que la viera como alguien débil.

—No te estoy evitando —susurró observándola—, ¿no puedes entender que estoy hasta el tope de trabajo?

Su voz seca y sin vida la hizo estremecer, pero cuando él se acomodó entre las sábanas dándole la espalda, aquello se sintió como un balde de agua helada. Desde que había regresado de Francia, para Nathan esto ya era una costumbre. Antes de eso, sin importar la hora ni sus viajes, él llegaba y la abrazaba. Dormían abrazados incluso en el verano; de hecho, Jen *necesitaba* dormir así. A veces tenía pesadillas recordando las cosas del pasado, y al no sentirlo cerca se levantaba gritando aterrada.

La joven cerró los ojos, se estaba portando como una esposa celosa, una ridícula y sufrida mujer, y no, eso era lo último que necesitaban. Así que cambió de estrategia, deslizándose con suavidad las manos por la cintura de Nathan. Él se tensó, un movimiento sutil, pero estaba ahí. Aquello la extrañó, incluso por un momento estuvo tentada a detenerse, sin embargo no lo hizo. No esta vez. Nerviosa, acarició su tonificado pecho de arriba abajo.

—Te necesito —susurró contra su espalda mientras depositaba suaves besos sobre la piel desnuda de su esposo, aprovechándose de que acostumbrara a dormir únicamente con pantalones de pijama.

—Es tarde —respondió también en un susurro. En otro tiempo, Jen se habría sentido indignada y rechazada, pero no hoy. Se repitió como un mantra que estaba cansado y que eso era todo, así que decidió tentarlo un poco más.

Le recorrió la espalda con los labios una y otra vez, robándole un suspiro. Nathan seguía sin girarse, pero a la joven no le importó. Internó los dedos en su cabello, tirando con suavidad de él al tiempo que recorría su cuello con tiernos besos. La mano que se paseaba por el amplio pecho, se deslizó lentamente dentro de su pantalón de pijama y, entonces, no pudo evitar el pequeño grito de asombro al sentir su dura erección.

Dios, él estaba tan excitado. ¿Entonces por qué se estaba conteniendo? Jen quería gritar de frustración, sin embargo, se contuvo. Y por el contrario a lo que se podía esperar de alguien como ella, ruborizada y con el corazón latiendo con fuerza contra sus costillas, deslizó la mano hacia su duro miembro, sujetándolo. Lisa le había dicho que no fuera una mojigata, que necesitaba hacer esto de los *tocamientos*, así que aquí estaba, llena de vergüenza pero bombeando esa dura longitud. La respiración de Nathan cambió gradualmente, volviéndose áspera y laboriosa, su cuerpo entero ahora estaba tenso, eso le dio valor.

Suponía que esto que estaban pasando era solo una etapa. Después de todo el matrimonio no era un lecho de rosas. Todos los matrimonios tenían problemas, el de Jen y Nathan no era la excepción. Recordó su primera pelea de casados; había ocurrido un día cuando Nathan le dijo que le gustaría que durmiera desnuda. Él se imaginaba que en el matrimonio ella se iba a soltar más, por así decirlo, pretendía que cocinara vistiendo

lencería sensual, o de preferencia desnuda, la quería como Dios la trajo al mundo todo el tiempo, ¿y del sexo? Pensó que tendrían montones de ello. Desgraciadamente, con los meses él entendió que eso no iba a pasar, Jen se negó rotundamente a dormir desnuda y tener relaciones diariamente.

Además a ella le encantaba dormir con su pijama, para eso eran las pijamas, ¿no? Cristo, pero si ni siquiera soportaba dormir sin calcetines, el contacto de la sábana en sus pies desnudos simplemente era imposible de tolerar. Así que mientras depositaba besos sobre el cuello de su marido y continuaba bombeando su erección, aunque se le estaba cansando la mano, pensó que quizás esto era su culpa. Ahora podía ver cómo Nathan también había cambiado, ya no era tan dulce, ni salían a todos lados...

El jadeo ronco que abandonó los labios de su esposo le erizó la piel, así que incrementó el movimiento.

—No, Jen, esto no está funcionando, detente. —De forma inesperada, le sujetó la mano.

—¿Por qué? —Y si el mástil dentro de sus pantalones pudiera hablar, habría hecho la misma pregunta, estaba segura.

—Solo detente —siseó con la voz ronca y afilada.

—Por favor, Nathan, yo... te necesito —balbuceó de forma torpe, sintiendo un nudo en la garganta.

—Jennifer... yo...

—Sé que es tarde —lo interrumpió—, sé que estás cansado, pero de verdad te extraño y te necesito tanto... —Nathan suspiró antes de girarse y mirarla. Aún en la oscuridad pudo ver sus ojos zafiro devorarla cuando le recorrió lentamente el cuerpo.

—Mierda, tú... tú llevas un... —No completó la oración, un gruñido bajo escapó de su garganta al tiempo que la atraía hacia él con posesión.

Jen gritó por la sorpresa, sintiéndose feliz ante su triunfo. Los labios de Nathan ahora se movían urgentes por su delicada piel, sus manos eran feroces, demandantes. El corazón de la joven se desbocó ante tal intensidad y lo buscó por igual, incluso le arañó la espalda, lo besó jugando con su lengua e hizo toda esa clase de cosas eróticas que normalmente no hacía. Hoy se sentía distinta. Lo quería todo. El rubio le separó las piernas utilizando las rodillas, acomodándose sobre su cuerpo, le besó el cuello, deslizando los labios a sus pechos donde succionó con fuerza. Enardecida, Jen quiso hacer lo mismo.

—No. —El mandato fue ronco al tiempo que le sujetaba las manos sobre la cabeza.

—Suéltame las manos... —pidió asustada—, ya sabes que eso no... no me gusta.

Él bufó pero la obedeció, soltándole las manos apoyó ambos codos a los lados de su cabeza, elevó la cadera hacia atrás, y sin más preámbulos se hundió en su cuerpo. Jennifer cerró los ojos con fuerza, e incluso se mordisqueó los labios mientras soportaba sus duras estocadas. Con cada una sentía que la iba a partir en dos. Siempre había sido así,

pero ahora definitivamente él no estaba siendo delicado y, aunque ella hubiera querido algo más suave, también se podía conformar con esto, de hecho respiró hondo, tratando de olvidarse de todo aquello para disfrutar de su esposo.

...

Por la mañana, se levantó con una sonrisa. Se sentía lista para afrontarlo todo, el sexo sí que ponía de buen humor a las personas. Nathan ya no estaba, pero no le importó, estaba muy contenta y su cuerpo se sentía tan ligero como para empezar a mortificarse. Y mientras se cambiaba, Jennifer continuó sonriendo, no le importaba que Nathan se portara raro, incluso trató de convencerse a sí misma de que a partir de ahora las cosas cambiarían. Aún tenía muchas prendas por estrenar, y la forma en la que habían hecho el amor tan solo le confirmó que aún la deseaba, todo estaría bien.

Bajó contenta aunque apresurada por las escaleras, pero cuando entró en la cocina, se quedó helada ante la imagen frente a ella. Nathan estaba ahí, al parecer esperándola, apoyado contra la enorme isla que estaba en el centro.

—Mierda, lo siento, cariño. Me robaste un susto de muerte —bromeó llevándose una mano al pecho. Él no le sonrió de vuelta, de hecho, ni siquiera parecía feliz.

Jen sonrió cálidamente tratando de aligerar ese raro ambiente, pero no fue sino hasta que vio sus ojos que percibió la frialdad lacerante en ellos. La joven se estremeció al observar bien su postura: erguido, tenso, con la mandíbula apretada.

—¿Qué... qué ocurre? —balbuceó.

—Jen, he estado pensando mucho en esto... —Se colocó ambas manos en las caderas, se veía nervioso y frustrado—. Dios, creo que no hay forma suave o prudente de decirlo... pero, sí, bueno, el caso es que quiero que nos separemos. —Ella lo miró, sonriendo estúpidamente de forma nerviosa.

—¿Qué dices?

—Que quiero el divorcio —soltó con voz dura y certera, viéndola como a un miserable insecto—. Cuanto antes mejor. —Elevó el mentón, taladrándola con sus preciosos ojos azules.

Ella retrocedió un paso sintiendo el impacto de mil voltios contra su cuerpo, incluso un gélido aire se instaló en su pecho, helándole las venas. En todo este tiempo conociendo a Nathan, jamás le había visto mirar a nadie de esa manera, mucho menos a ella. ¿Y su... petición? La joven bajó la mirada, de pronto sintiéndose desnuda, sucia o algo parecido, incluso disimuladamente miró lo que llevaba puesto. Hoy, particularmente, se había arreglado, llevaba una preciosa falda marrón que amaba, la cual le llegaba por debajo de las rodillas, la camisa de seda blanca destacaba su cremosa piel, incluso se había dejado el cabello suelto. Quizás no era una modelo, pero mierda, tampoco era para que Nathan la mirara de esa manera, la estaba haciendo sentir como basura. Pasaron una cantidad ridícula de minutos tensos antes de que la chica encontrara su voz.

—¿Por qué haces esto? —Lo miró a través de sus pestañas húmedas.

—Tan solo me he cansado —murmuró sin dejar de verla. Jen soltó entonces una carcajada nerviosa, provocando que Nathan elevara una ceja rubia.

—Ya en serio, ¿qué pasa? —preguntó sonriendo.

—Esto ya no está funcionando, Jenny. —Caminó hasta ella, era tan alto que tuvo que elevar la mirada—. Tenemos que separarnos —pronunció de forma calmada y precisa para asegurarse que comprendiera con claridad.

Pero el cerebro de Jen se negaba a procesarlo. Todas las alarmas en su cabeza gritaban, rugían en agonía, pero simplemente ella no quería aceptarlo. Quizás era por culpa del sonido que hacía su corazón, bombeando con fuerza contra sus oídos, eso no la dejaba concentrarse. Lo miró fijamente, Nathan tenía una expresión impasible. Y justo ahí, la comprensión llegó entonces como una bofetada, la sacudió como a una hoja de papel, supo entonces que si le hacía la pregunta del millón sería solo con el afán de gastar saliva. En su interior conocía la respuesta: Él-había-encontrado-a-otra-mujer. No podía ser otra cosa, estaba segura de que en cuanto lo preguntara, él diría que sí, y fin de la conversación.

Así que prolongando la tortura, se quedó callada. En parte porque no quería enterarse de nada y en parte porque no podía hablar. Él siguió mirándola con una infinita paciencia que le estaba comiendo las entrañas. Jennifer obligó a todo su cuerpo a calmarse, incluso tragó el doloroso nudo en forma de espinas que se le había formado en la garganta, sin embargo no pudo controlar las lágrimas.

—Yo también estoy cansada —susurró con un hilo de voz—, te juro que todo esto de igual forma es agotador para mí. Después de todo, somos humanos, ¿no? Vamos a... tomarnos un descanso —sonrió ligeramente—, sé que estás presionado, pero...

—¿Qué parte de “quiero el divorcio” no entendiste? —la interrumpió con voz tranquila y monocorde.

—Justo esa —respondió sin mirarlo—, la del *divorcio*. Creo que te estás precipitando...

—No me estoy precipitando, cariño. En realidad lo había postergado... pero ya no puedo posponerlo más. No tiene sentido.

—¿De qué hablas, Nathan? —No supo en qué momento empezó a gritar, pero sin duda ahora lo estaba haciendo, se sentía furiosa—. ¡Hablas de mí como si fuera un maldito contrato! Hablas de nuestra relación como si fuera un juego del que ya te cansaste. ¿Qué demonios te pasa?

—¿De verdad lo quieres saber? —preguntó elevando una ceja rubia, y entonces comprendió que sus palabras habían llegado demasiado lejos—. Tengo otra mujer.

Y ahí estaba, la pregunta que no hizo y que no quería que él contestara. Respiró hondo, clavando la mirada ausente en el suelo. Once años de conocerse, nueve años juntos, cuatro casados, pasando por días felices y otros tristes, para que *alguien* llegara y simplemente lo destruyera. Finalmente estaba pasando. Aquí, justo frente a sus ojos y mientras todo el cuerpo se le entumecía, Jennifer se obligó a seguir en pie.

Frente a ella estaba el amor de toda su vida: su novio, su amigo, su esposo, portándose como el más grande de los idiotas, como un cabrón consumado y sin embargo no podía odiarlo, no podía reprocharle nada. *Lo amaba*.

—Nathan... no digas tonterías. —Se aclaró la garganta antes de sonreír y sacudir la cabeza. Sentía que se le estaba nublando el juicio justo en un momento crucial—. Mira, haré lo que sea, renunciaré a la revista. Viviremos en otro lado, dejaré todo y te acompañaré a las conferencias, no volveré a quejarme de los reproches de tu madre... —balbuceó de forma torpe y suplicante—. Solo por favor... dame una oportunidad. —Tomó sus manos y con lágrimas en los ojos le suplicó—: No puedes dejarme... no podemos estar separados, ¡me lo juraste! —gritó perdiendo el juicio, repentinamente aturdida.

El rostro de Nathan se descompuso ligeramente ante eso, o quizás eso es lo que ella quería ver cuando se liberó con delicadeza de su agarre. Le puso ambas manos firmemente sobre los hombros.

—Jenny, no se trata de que hagas todo eso, deberías estar muy enojada, yo esperaba esa reacción de tu parte no... *esto*. —La apuntó con un gesto de mano.

—¿No me amas? —Su voz sonó como si se estuviera ahogando.

—En cierto modo te he amado y siempre lo voy a hacer. Pero lo que pasó anoche entre nosotros... fue seco, carente de emoción. Solo sirvió para darme cuenta de que ya no funcionamos.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó confundida, para ella había sido espléndida la noche anterior.

—Me he cansado de intentar fingir que todo está bien. Tienes que saber que estoy aburrido, es demasiado tiempo desde que estamos juntos, no te gusta hacer nada distinto, todo te da miedo... —suspiró—. Necesito conocer más cosas... experimentar.

—Puedo dártelas, tan solo tenías que pedirlo, por Dios —gimió frustrada—. No es necesario hablar de divorcio cuando solo tienes que decirme qué hacer.

—No —sacudió la cabeza—, ya no hay nada que hacer.

—¿Qué quieres decir? —inquirió frustrada. El rubio se colocó ambas manos en las caderas antes de suspirar.

—En Francia... bueno, probé algo que me encantó, y no concibo la idea de renunciar a eso. Justo ahí me di cuenta de cuánto odio vivir atado; entendí que lo que siento por ti a estas alturas tan solo es cariño, costumbre.

—Nathan, no hagas esto... no quieres decir eso...

—Entiende, Jennifer, esto... —apuntó con un gesto de mano entre los dos—, no es bueno, amor, mejor dejémoslo así, no nos hagamos más daño. —Barrió con el pulgar la mejilla de Jen, limpiando sus lágrimas, aun así sus ojos zafiro la miraron sin una pizca de compasión—. Me he dado cuenta de que no puedo pertenecer a una sola mujer, lo siento, pero no está en mí.

No está en mí.

Qué fácil y absurdo pretexto, debería de estarlo cacheteando o pateando, era un hijo de puta, pero no *podía*. Cristo, se encontraba tan mal que las piernas le estaban fallando. Apretó los ojos, su corazón bombeaba con fuerza, su cuerpo entero estaba colapsando, pero en su mente solo había algo bastante claro: Nathan era su esposo y no lo

iba a perder. Ninguna zorra que estuviera en Francia se lo iba a quitar. *De ninguna jodida manera.*

—No te voy a dar el divorcio. —Su voz sonó más fuerte y valiente de lo que la joven hubiera esperado. Como él no dijo nada, levantó la vista para encontrarse con los ojos de su marido llenos de sorpresa—. Hablaremos después, hoy no quiero seguir con esto.

—Ya empecé con los trámites, para mañana vendrá mi abogado. —Jen sacudió la cabeza, negando.

—No, no quiero esto.

Y con eso, tomó su bolso rápidamente y salió de la casa. Las lágrimas impedían que viera con facilidad mientras conducía, además su estómago se agitaba de forma rara. Sin poder evitarlo, tuvo que orillarse.

Nathan no la iba a dejar. De-ninguna-jodida-manera, no iba a permitirlo. Estaba segura de que él estaba confundido, que necesitaba un respiro, cualquier cosa menos dejarla. Su relación había sorteado cosas peores que una maldita *mujersucha*. Apretó el volante del auto con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Tenía el cabello arremolinado en sus mejillas calientes, su pecho subiendo y bajando con fuerza. Fue entonces que recurrió a uno de los actos más desesperados que puede hacer toda mujer, y no, no era el de tirarse al suelo y rogarle, pero quizás algo similar. Lo iba a seguir. Iba a descubrir a la *mujersucha* esa que amenazaba con destruir su felicidad y la patearía de sus vidas.

Con esa idea en mente y la moral renovada, regresó a casa, pero, para su sorpresa, encontró a unos hombres al parecer discutiendo con su esposo en la puerta de la lujosa residencia que compartían. Repentinamente la discusión cambió a otra cosa, y los hombres sujetaron a Nathan por los brazos, él, por supuesto, comenzó a luchar, golpeando y pateando para que no lo subieran dentro de un lujoso automóvil. Jennifer parpadeó confundida, todavía estaba medio enloquecida por todo lo sucedido y sus pensamientos giraban como un remolino que la tenía mareada. Temblando, sacó el celular de su bolso para llamar a la policía, pero éste se le resbaló de las manos. *Mierda*, estaba tan conmovida, presa de todo lo que había sentido y de todo lo que estaba viendo.

El automóvil arrancó llevándose a su esposo mientras que ella no podía recuperar el celular, *Cristo*, era tan torpe. Así que dadas las circunstancias, optó por seguir con cuidado al vehículo negro, sin placas y de vidrios oscuros. Anduvieron por varias calles, dirigiéndose hacia el sur de Miami, más específicamente hasta South Beach, hasta que se estacionaron finalmente afuera de una residencia en la calle Lincoln. Entre empujones llevaron a Nathan por un callejón por el que desaparecieron.

Jen ordenó a su cuerpo a calmarse, y finalmente recuperó el teléfono. Lo guardó en el bolso y sin perder el tiempo se bajó para no perderlos de vista. Corrió hacia el callejón pero no encontró más que una puerta cerrada. Nerviosa, caminó de vuelta hacia la puerta principal de la residencia, pero dudó antes de entrar. Tocarlo era estúpido, de hecho era estúpido llegar hasta ahí sin hablarle a la policía, sin embargo, temía que llamar a los oficiales fuera peor y por eso le hicieran daño a Nathan. Miró hacia todos lados, el lugar estaba muy concurrido, Lincoln Road era de las principales calles en South Beach,

Jennifer se quedó ahí unos segundos, confundida, sin saber qué hacer.

No menos nerviosa, pero sí segura, abrió la puerta y se sorprendió al encontrarse con lo que era una enorme y lujosa recepción, el color blanco iluminaba el lugar immaculado, dándole el aspecto de un consultorio dental. Había una hilera de plantas que Jen conocía muy bien, eran palos de Brasil, y conducían justo hasta una recepcionista que la estaba mirando con una grata sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con voz amable. La chica tenía unos ojos impresionantemente azules, unos pechos de infarto y su cabello rubio estaba sujeto en una alta coleta. Jen la miró confundida, no entendía nada.

—Mi-Mi esposo ha sido traído aquí por unos maleantes... acabo de ver cómo lo arrastraban por la puerta trasera... —Se detuvo al ver la enorme sonrisa de la chica.

—Ya veo —asintió—, estás en tu papel.

—¿Papel? —Ella volvió a sonreír, esta vez con picardía.

—Supongo que eres una *voyerista*. —¿Voye qué? Jen no entendía nada pero asintió, sería una voye-lo-que-fuera, si es que eso la llevaba a Nathan—. Está bien, pero ya sabes que las reglas no permiten que entres así, a menos que no te moleste que te reconozcan...

—No, no quiero que nadie me reconozca —susurró aún contrariada, ni siquiera sabía de qué mierda estaban hablando. La recepcionista asintió antes de rebuscar en un cajón y sacar un pequeño antifaz rojo con brillantina azul.

—Sígueme. —La mujer se puso de pie, extendiéndole el antifaz—. Ahora mismo te llevaré a donde está tu esposo.

Nerviosa, Jen asintió, siguiéndola por la elegante mansión. Había muchas puertas y diversos cuartos, el sonido de los tacones de la rubia hacía eco mientras descendían por la escalera de mármol blanco que las condujo a un sótano. Jen marcó al 911 pero no hizo la llamada, solo lo dejó ahí por si necesitaba llamar a la policía. Pero conforme bajaban, pensó que definitivamente necesitaba llamar. Las paredes del sótano estaban cubiertas con cadenas, y látigos. Santo Dios, ¿pero a dónde iban? Inesperadamente la mujer se detuvo, provocando que Jen chocara contra ella.

—L-Lo lamento...

—No te preocupes —sonrió amable—, es la puerta al fondo a tu derecha. Que te diviertas, al salir regresa conmigo y te diré cuánto fue. —Le guiñó un ojo antes de desaparecer y dejarla sola en ese pasillo de torturas del infierno.

Jennifer se mordió el labio, sintiéndose confundida pero más que nada preocupada por lo que estuviera pasándole a su esposo, por lo que caminó hacia donde le habían indicado. Al abrir la puerta, lo primero que vio fueron unas enormes cajas. La habitación parecía algo así como una bodega, llena de barrotos, y estaba prácticamente vacía. Caminó con cuidado, pero entonces se quedó sin aliento al ver a un hombre a mitad de la habitación atado a una silla.

Una sola lámpara blanca e incandescente iluminaba el rostro de su esposo. Jen se

llevó las manos a la boca, quiso correr hacia él y desatarlo, sin embargo temió por su propia vida, así que presionó el botón para llamar a emergencias, pero para su propio horror vio que no tenía señal. Los latidos de su corazón se desbocaron al escuchar ruidos de personas acercarse, por lo que se ocultó rápidamente tras las pesadas cajas. Estando ahí se dio cuenta de que aquel lugar simulaba una cárcel. Aunque estaban en una habitación, Jen podía jurar que se había colado en una prisión. De pronto, una mujer de larga cabellera castaña entró vestida toda en látex negro. Se detuvo justo frente a su Nathan y le dio una sonora bofetada, sacudiéndole el rostro. Jennifer ahogó un grito llevándose ambas manos a la boca.

—Despierta, estúpido —ordenó la castaña, tirando con fuerza del cabello de su esposo. Moviéndolo de un lado a otro.

Jen se sintió indignada, esa mujer no iba a golpear a su marido, ¿qué estaba pasando? ¿Qué era todo esto? Observó hacia todos lados tratando de entender en dónde diablos se había metido, buscando una salida para ambos; pero temerosa de que la descubrieran, siguió oculta. Volvió a mirar la escena y para su sorpresa, la castaña se encontraba ahora a horcajadas sobre las piernas de su marido, sus balanceos no eran para nada casuales al deslizarse seductoramente sobre él, aunque el colmo fue cuando deslizó la lengua por el rostro de su esposo. Nathan parpadeó entonces, al parecer despertando, miró hacia todos lados, visiblemente confundido.

—¿En dónde estoy? —preguntó tratando de removerse, tenía las manos atadas fuertemente en la espalda.

—Te portaste muy mal, Nat, por eso estás aquí —replicó la castaña, arañándole el pecho.

—Viena, te prometí que hoy iba a dejarla y eso hice...

—¿Te pedí que hablaras?! —Lo abofeteó con fuerza.

—No, perdóname —susurró sumiso.

—¿Cómo sé si es cierto que la dejaste?

—Llámalala... —La chica esbozó una lenta y gatuna sonrisa.

—¿Hablas en serio?

—Nunca te mentaría —aseguró ferviente.

—Entonces quizás deba recompensarte. —La mujer tomó el cierre de la parte frontal de su traje y lo bajó hasta el ombligo.

Sus voluptuosos pechos quedaron casi descubiertos y para su horror, los acercó a la cara de su esposo. Lánguidamente, Nathan se inclinó hacia la que ahora sabía se llamaba Viena, y enterró el rostro en aquellos enormes pechos donde lamió una y otra vez. La chica le desató las manos y éste inmediatamente comenzó a tocarla.

—No, no. —Viena le regaló una sardónica sonrisa antes de soltarle otra bofetada —. No te he dado permiso, hoy estás muy desobediente.

—Lo siento, merezco ser castigado.

—Sí que lo mereces, Nat.

Jen parpadeó, ¿qué mierda estaba pasando? Su esposo estaba probando a otra mujer como si la chica fuera un dulce, lamiéndola una y otra vez, ella le tocaba su prominente erección, frotándose como una maldita gata en celo, y por Dios, esto era como un juego. ¿Qué no se suponía que estaba secuestrado?

La rabia le subió por el cuello y se le instaló como rubor en las mejillas, la respiración se le desbocó, a ciencia cierta no sabía si de tanto coraje, o de una extraña y por demás jodida sensación que la estaba embargando. Como las piernas le temblaban, se vio en la necesidad de apoyar ambas manos sobre las duras cajas que la separaban de la extraña escena para no desmoronarse. Tan absorta estaba viendo cómo Viena desabrochaba los pantalones de su esposo para inmediatamente después llevarse la erección a la boca, que no intuyó a nadie detrás de ella hasta que sintió unas grandes manos posarse en sus caderas. Gritó aterrada, pero al segundo le taparon la boca. La pareja miró hacia su dirección, y por un momento a Jen se le ocurrió que al verlos los matarían, por eso dejó de patear y de moverse. Para su suerte, unos segundos después la pareja continuó.

—No hagas ruido —le susurró una voz seductora y aterciopelada en el oído, estremeciéndola—. Amanda me dijo que parecías primeriza, venía a ver que todo estuviera bien. Te voy a liberar y no gritarás, ¿verdad?

Jen tenía el corazón desbocado por lo que solo fue capaz de asentir, él parecía tener un cuerpo de constitución grande, y el puro pensamiento de que la sometería, la hizo temer realmente por su vida, los recuerdos del pasado de pronto la tenían paralizada.

—Buena chica —aseguró liberándola. La joven tomó una gran bocanada de aire, su cuerpo completo temblando ahora.

—¿Qué... qué es lo que está pasando? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué hacen esto? —balbuceó aturdida, pero sin poder dejar de observar cómo la castaña le hacía una increíble mamada a su marido.

Él, por supuesto, estaba encantado, con las manos internadas en el cabello de la chica, marcándole el ritmo. Entonces, Jennifer comprendió de una buena vez, que de alguna jodida manera esto no era un secuestro, nadie peligraba, y se llenó de repulsión, pero a la vez, esa extraña morbosidad la tenía mirando. Estaba igual de indignada que excitada, y eso la estaba enfureciendo sobremanera. Una suave y baja risa masculina la sacó de sus pensamientos, y solo entonces recordó que un extraño estaba detrás de ella y que seguro estaba en algún aro del infierno, quiso girarse para encarar al idiota risueño, pero éste se lo impidió pegando su cuerpo duro y alto contra su espalda, aferrándola en esa posición.

—¿En serio no te das una idea? —preguntó la voz sobre su nuca, apoyando las manos sobre las suyas, inmovilizándola.

—Obviamente no, pensé que habían secuestrado a mi esposo —murmuró viendo con horror cómo la chica castaña se sacaba por completo la ropa—. Dios mío, ya me queda claro que no.

—Nada de secuestros. —Sonrió contra su cuello—. Al menos no sin su

consentimiento.

—¿Qué quieres decir con eso, qué rayos es todo esto?

—Esto es *Cosplay*, una casa de fantasías —susurró el desconocido suavemente contra su oreja, provocando que se le erizara toda la piel.

Capítulo Dos

Jen estaba lo que le sigue de confundida.

—¿Cos... *qué?* ¿D-De qué hablas? —preguntó repentinamente acalorada. El estúpido jueguito entre su marido y Viena estaba subiendo de tono, si es que una mamada no era lo suficientemente subida de tono; ¿y el cuerpo duro del enfermo contra su espalda?, la tenía sumamente nerviosa—. ¿Y por qué no te quitas?

—Tu esposo está interpretando un papel... —La ignoró el enfermo. Sus labios carnosos pegados a su oreja le robaron un escalofrío, y si su voz no fuera tan seductora y su aroma tan embriagador, y su aliento tan mentolado, estaría oficialmente gritando de pánico—. La verdad, no sé bien cuál papel sea el que está haciendo, quizás un ejecutivo frustrado... —Jen sintió esas palabras como un puño en el estómago, quizás Nathan *no* estaba fingiendo—. Viena está representando una dominatriz. Observa.

Jen obedeció, detallando la escena donde la castaña balanceaba una especie de látigo de cuero. La joven abrió los ojos como platos cuando azotó con fuerza el pecho de su marido antes de colocarse de nuevo a horcajadas sobre él.

—Rompe mi traje, estoy impaciente. —Golpeó con el látigo el suelo.

—Sí —convino Nathan con la voz encendida y nerviosa.

Sin perder un segundo, tomó a Viena por las nalgas, donde enterró con fuerza los dedos, el traje de látex cedió ante sus fuertes manos, dejando al descubierto el sexo desnudo de la chica.

—¿Por qué obedece? —susurró con la voz temblorosa.

—Le gusta que lo dominen, esa es su fantasía de hoy —aseguró el extraño, soldando cada parte de su cuerpo contra la espalda de Jennifer.

—Lo único que representa es a un idiota —siseó.

—¿No sabías que hacía esto?

—No...

Su conversación quedó interrumpida por un pronunciado gemido. Viena estaba empalándose en la gruesa erección de su marido, montándolo con ímpetu, sus caderas balanceándose de arriba abajo. Involuntariamente, Jen sufrió un escalofrío, aquello era sumamente denigrante para seguirlo viendo, quizás estaba en shock, era la única explicación lógica para que siguiera ahí, viendo los movimientos descontrolados de ambos, pero entonces por qué rayos se sentía... ¿acalorada?

—¿Y por qué sigues aquí? —cuestionó el desconocido leyendo sus pensamientos, ella se rehusó a responder, pero cuando de forma inesperada le separó las piernas con la rodilla no le quedó más remedio que balbucear una respuesta.

—Yo... no... no lo sé.

—Viena es de las mejores *cosplayers* que tenemos, puede interpretar muchos papeles. ¿Nunca lo has intentado? —Él se meció ligeramente contra su trasero, provocando que Jen ahogara un grito al sentir la dureza de su excitación contra las nalgas.

Era oficial, se estaba convirtiendo en una enferma, era eso o quizás por ir conduciendo a toda velocidad horas antes había chocado, muerto e ido directo al infierno. Porque no había manera para que estuviera dejando que un desconocido estuviera rozándose contra ella, su esposo metiéndose con otra y peor aún, que eso la tuviera encendida como nunca antes en su vida.

—N-No... —tartamudeó, odiando el tono tembloroso de su voz—. Nunca he intentado cosas de depravados. —Él se rio, el sonido bajo y ronco.

—Pensé que eras una *voyerista*, pero ahora me imagino que tampoco sabes qué es eso. —Jen solamente negó con la cabeza—. Es alguien que mira a otras parejas tener relaciones sexuales pero que no participa en el acto.

—No me interesa participar en estos actos de enfermos —espetó, estremeciéndose al sentir la mano del extraño ahora recorrer lánguidamente su estómago. Sus manos eran suaves y grandes, muy grandes.

—No dejes de verlos. —Le sujetó el cuello, posándole el pulgar y el índice en la mandíbula para obligarla a mirar—. Ahora, Viena le ha cedido un poco el control a tu esposo.

Nathan levantó a la chica en vilo, estampándola con rudeza sobre los extraños barrotes de la prisión, logrando que Jennifer boqueara por la impresión; luego la mujer se apresuró a desnudarlo, y cuando elevó una pierna con gracia hasta los barrotes, Jen se quedó pasmada. Primero ante su maldita elasticidad, y segundo ante este tipo de sexo. Ella increíblemente seductora y bonita, con el traje de látex a medio sacar, con todas esas ondas sedosas de cabello castaño cayendo, ¿y él?, un hombre famélico de todo eso. ¿Dónde rayos había Jen en esta ecuación?

La joven se mordió el labio, no quería seguir viéndolos cuando de forma inesperada, grandes manos le acunaron los pechos, abarcándolos con facilidad, haciéndola jadear sorprendida ante la invasión, y cuando el desconocido le tiró con suavidad los pezones, la repentina descarga la sintió directamente entre las piernas, dejándola sin aliento.

—D-Déjame, maldito depravado —siseó, antes de removerse cual gusano, pero su agarre era firme, no había manera de que hiciera nada mientras tenía que aguantar que sometiera a su cuerpo a esa cruel tortura.

—No finjas, te gusta esto, tus pezones están erguidos. —Tiró de los traidores—. Además ya estás aquí, te van a cobrar igual, imagino que te has llevado una decepción al encontrar a tu marido de esta manera, pero tienes que aceptar que te excita lo que estás viendo.

Viena, quien tenía una pierna en forma horizontal apoyada sobre los barrotes, estaba siendo embestida con rudeza por Nathan una y otra vez, haciéndola gimotear y ordenar cosas sin sentido. Jen respiró de forma entrecortada, sabía bien lo que la chica estaba sintiendo, ella también había tenido por años esa enorme erección entre las piernas. Se había corrido incluso algunas veces, había llorado del dolor muchas otras. Nathan era muy

grande, así que sabía lo que la castaña estaba sintiendo. Sacudió la cabeza.

—Ahora resulta que todo lo sabes, ¿te han dicho que te crees muy sabiondo? —Quiso sonar ácida, pero falló terriblemente cuando un jadeo se le escapó, presa de la excitación.

—Me han dicho de muchas formas, pero sabiondo ciertamente no es una de ellas. — Sintió cuando el desconocido sonrió contra la piel de su cuello mientras le masajeaba los pechos realmente como un maestro, tirándole delicadamente de los pezones y susurrándole todas las cosas al oído.

Mirando toda la escena, Jennifer pensó que se había vuelto loca. Le habían pedido el divorcio, ahora estaba en una casa *cos-quién-sabe-qué-demonios*, su esposo estaba tirándose a otra mujer. En su cara. Ella estaba dejándose manosear los pechos por un desconocido... y entonces, nop, no quedaban más dudas. Esto era un sueño. Uno caliente, seguramente se había quedado dormida el sábado con su lencería que había comprado en *Victoria's Secret*, la necesidad la había hecho soñar esta clase de incoherencias y su maldito cuerpo la estaba llevando a esta dimensión tan irracionalmente extraña.

«Sí, un sueño», se lo repitió como un mantra, relajándose ante el conocimiento mientras se dejaba envolver por las sensaciones. Claro que ver a su esposo en acción la habría hecho enfurecer, si-estuviera-despierta, pero como estaba dormida, se dedicó a observarlo. Nathan tenía los músculos tensos por sujetar a la mujer con firmeza mientras se la tiraba contra la pared, cada vena marcando esos tonificados brazos. Su esposo era una obra de arte, siempre le había gustado, y ahora que lo veía de esta manera, estaba más que segura de que no lo iba a dejar. Recordó la cantidad de veces que él le había pedido que lo envolviera de esa manera con las piernas, y ella nunca había querido porque se cansaba muy pronto.

El desconocido detrás de ella le desabrochó los vaqueros con maestría, y en la misma línea de conocimiento, le introdujo hábilmente la mano a través de las braguitas. Si ella estuviera despierta habría gritado escandalizada, pero de nueva cuenta, estaba en su sueño calenturiento, así que se dejó hacer. Iba a disfrutar de éste y cuando despertara, seguramente Nathan estaría en el trabajo o en su lado de la cama. Se recordaría envolverlo con las piernas.

—Quisiera aprender a hacer esas acrobacias —sugirió sin decoro. Como estaba soñando, podía confesar sus secretos. La risa cantarina del extraño la hizo estremecerse deliciosamente.

—Puedo enseñarte, pero no hoy, no aquí —propuso, acariciándole con la punta de la lengua el cuello.

—¿Cómo? —susurró hipnotizada, mirando a su esposo.

—Ven mañana y pregunta por mí.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Chris —dijo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—¿Eres maestro de gimnasia? —Sin pudor, se arqueó cuando él abrió sus delicados pliegues con los dedos.

—Mmm... si quieres que interprete ese papel, lo haré —aseguró con humor.

—Está bien, serás mi instructor. —Jen sonrió, este sueño era muy divertido.

Pero entonces, se quedó paralizada cuando su esposo lentamente introdujo su erección en el ano de la castaña, provocando que la joven gritara. Jen no quiso ni imaginarse el dolor que la pobre estaría sintiendo, pero para su asombro, Viena comenzó a gemir unos segundos después. Chris, como ahora sabía que se llamaba el depravado, le introdujo dos dedos de una sola estocada a la par que Nathan se hundía en Viena del todo. Jen se sorprendió a sí misma gimiendo, las piernas le fallaron por lo que se apoyó contra el duro pecho del hombre. Él la envolvió con un fuerte brazo, para luego mecerse contra ella, como si la estuviera tomando por detrás. Este sueño era demasiado caliente, su esposo tomando a otra mujer, un desconocido casi tomándola a ella. Jamás habría imaginado que la mente humana era capaz de crear semejantes delirios. Sonrió al pensar que iba a tener su primer sueño húmedo.

—Córrete, pequeña, déjate ir ahora —ordenó con su maldita y seductora voz ronca.

Jen cerró los ojos, esa era la frase más trillada que hubiese escuchado, pero oh-jodida-sorpresa, su cuerpo traidor obedeció al extraño sujeto sin pensarlo dos veces. Sus paredes internas se cerraron, tirando de los dedos que aún estaban en su interior, su corazón bombeó con fuerza, casi lo sintió trasladarse a esa parte tan sensible. Se corrió largamente, ni siquiera recordaba un orgasmo tan maravilloso, su cuerpo terminó de convulsionarse contra aquellos largos dedos, volviéndose lánguida y espesa.

El desconocido jadeó, estrechándola con fuerza, impulsando su dura erección una y otra vez contra sus nalgas, sus dedos siguieron hundiéndose en ella, prologando el orgasmo a tal grado que Jen pensó que iba a llorar de placer. Finalmente, cuando abrió los ojos después de aquella tormenta de sensaciones, después de tener el orgasmo-de-su-vida, con horror siguió escuchando los sonidos de su esposo.

Esto no era un sueño.

Frente a ella, Nathan se estaba cogiendo a otra, ¿en cuanto a ella?, se había corrido vergonzosamente en las manos de un extraño. El post orgasmo se volvió amargo, y ante el descuido de Chris, se removió rápidamente de entre sus brazos. Estaba sumamente aturdida mientras corría hacia la salida. Las lágrimas le nublaban la vista pero supo cómo regresar a la recepción, donde de forma temblorosa sacó la cartera de su bolso.

—¿C-Cuánto debo? —balbuceó agradeciendo tener aún puesto el antifaz, porque no había manera de que superara tal vergüenza al mirar a la joven a la cara.

—Yo pagaré. —Jennifer cerró los ojos al escuchar de nuevo la voz de Chris.

La recepcionista miró alternativamente entre ambos, confundida, incluso alarmada, pero Jen no podía imaginarse peor humillación que ésta, así que tratando de salvar algo de dignidad ni siquiera se giró para mirar el rostro del joven.

—Gracias —musitó con voz seca antes de salir de aquel horrible lugar.



Christopher Herrera estaba recostado sobre su ridículamente grande y costosa cama, observando el paisaje sin verlo en realidad.

Su mente seguía en Cosplay, donde había hecho que una chica se corriera gratuitamente, y como si eso no fuera ya un abuso, alguna extraña moral había aparecido de la nada y al verla ahí, indefensa y llena de lágrimas, había pagado la sesión. Sus labios se torcieron en una sonrisa. Era lo más estúpido que le había pasado en mucho tiempo, más estúpido que incluso después de bañarse, no pudiera sacarse el olor frutal de la chica de la nariz. Así que pensándolo mejor, sí, valió la pena el pago. Incluso, le dio un poco de lástima que la pobre se enterara de las prácticas de su esposo de esa manera.

Recordó cómo esa tarde, cuando iba llegando a su turno de trabajo, Amanda, la recepcionista, le pidió ayuda con una mujer extraña. Le había advertido que lucía como una esposa desesperada y no como una *voyerista*, y temía que hubiera cometido un gravísimo error al dejarla pasar y que ahora la chica fuera a hacer una escena. Chris rodó los ojos ante eso pero accedió a ir en su búsqueda. Cosplay se distinguía por su excesiva privacidad y él no quería quedarse sin trabajo, de ninguna-jodida-manera, mucho menos por culpa de una esposa desesperada.

Al entrar en aquel cuarto que simulaba una prisión, vio a la chica escondida detrás de unas cajas. Tenía la intención de solamente preguntarle si todo estaba bien, pero su grito le confirmó que ella no lo estaba. Una cosa llevó a la otra y Chris había terminado regalándole un orgasmo, así como pagándole su corta sesión sexual; además de dejarle tremendo dolor en las bolas al no poder liberarse, y menos dinero en la cartera... había pasado algo jodidamente peor, en un loco impulso le había dado su nombre. El real. *Genial*, clásico del novato que ciertamente no era.

—¿Estás dormido? —preguntó Axel, su compañero de apartamento.

—No —suspiró antes de mirar la vestimenta de su amigo, él vestía como un jugador de fútbol americano, por lo que rodó los ojos—. ¿Otra vez? ¿No te aburre ese papel?

Axel se soltó riendo, apoyándose contra el marco de la puerta. Las hombreras del traje ni siquiera lo dejaban entrar en la habitación.

—Las chicas no tienen mucha imaginación, ser el capitán del equipo de fútbol o un luchador profesional es una de sus mayores fantasías. —Se encogió de hombros—. ¿Qué le vamos a hacer? ¿Qué tal estuvo tu día?

—Raro —contó sentándose en la cama, perezosamente revolvió su cabello—. ¿Vamos a cenar?

Además de su amigo y compañero de cuarto, trabajaban juntos en Cosplay. Axel era muy alto, de complexión musculosa, cabello negro corto, tenía unos estúpidos hoyuelos en las mejillas que muchas chicas consideraban encantadores. Su físico le ayudaba para los papeles básicos y cumplía todos los requisitos para desempeñar cualquier G.I. Joe que le pusieran, preferentemente el papel de la cobra.

Chris era también alto y fibroso, pero no de la complexión de Axel, para él eran demasiados músculos. Su cabello claro y desordenado le daba el aspecto ideal para otros personajes, las chicas tendían a compararlo con un artista de apellido Pine, y por supuesto, le pedían que actuara como él, y aunque Chris prefería otro tipo de papeles, por ejemplo

Paul Walker en *Rápido y Furioso*, a la mayoría de las chicas no les gustaban las películas de acción... o de autos.

Chris y Axel se condujeron a *Cartoons*, un restaurante nuevo en un gran centro comercial cercano a su departamento. Ordenaron unos platillos y un par de cervezas. Luego de que Chris le contara a su amigo la aventura por la que había pasado, Axel se rio por lo que pareció una eternidad.

—¡Qué forma de verte la cara! —dijo su amigo entre risas.

—En realidad no estuvo mal, de hecho... me gustó. Quiero pensar que yo también tomé un rol en todo eso, digamos que jugué a ser el idiota despistado —comentó riéndose.

—El de estafado. —Axel se carcajeó—. ¿Quién diría? Nunca se me había ocurrido ese personaje.

Después de cenar volvieron al departamento. Axel estaba cansado y Chris también. Solo esperaba que el día terminara de una buena vez para así sacarse de la mente ese olor a fruta que tenía estancado en la nariz.

...

La semana siguiente comenzó con noticias no muy buenas. Mia Clayton lo había contratado otra vez para jugar a ser su acompañante en una importante reunión de negocios. Mia venía jugando con él desde hacía alrededor de dos años. Como la señora de cuarenta años, viuda y adinerada que era, le encantaba asistir a sus reuniones acompañada de un joven guapo como solía decir cada vez que le preguntaban por Chris. Sin embargo, él detestaba acompañarla, se sentía incómodo, porque más que un papel se estaba volviendo un estilo de vida.

Había comprado demasiados trajes y camisas costosas para el papel de futuro ejecutivo, tenía que acomodar su desordenado cabello hasta hacerlo parecer nada más que una plasta de fango, incluso tuvo que estudiar algunas cosas de finanzas para conseguir estar con ella, además de fingir por horas y escuchar conversaciones aburridas. Por si fuera poco, después de las reuniones, ella se convertía en una exigente dominatriz en la cama, que le pedía jugar a diferentes personajes. No que Chris no pudiera aguantarle, solo que estaba seguro de que ella no sabía cómo llevar el papel a cabo, por lo que nunca accedía a ser su sumiso. Félix, el chófer de la exuberante y costosa limusina de Cosplay, lo dejó en la residencia de Mia.

—Buenas noches —saludó en cuanto la vio bajar por las amplias escaleras de su imponente recepción—, te ves preciosa —mintió mientras le daba una blanca y delicada flor magnolia.

—Gracias, Owen, te ves guapísimo.

Mia lucía diez años más joven en su vestido negro, el corte era profundo mostrando sus siliconados senos, su rostro ya presentaba algunas arrugas que disimulaba perfectamente con las toneladas de maquillaje, y por supuesto, costosas operaciones faciales. Era en realidad muy guapa, pero no del gusto de Chris. Bueno, en realidad ya ni sabía cuáles eran sus gustos, tenía prohibido enamorarse, necesitaba el trabajo, y una mujer que lo encadenara no era una jodida opción. No ahora, no... Nunca.

—¿Nos vamos? —preguntó modulando su voz, haciéndola suave y agradable tal y como lo requería su papel, le ofreció el brazo y ella se lo tomó encantada.

La fiesta se desarrolló al aire libre en un hermoso y vasto jardín de algún magnate. Iluminado por grandes antorchas encendidas alrededor, las mesas redondas con elegantes manteles estaban esparcidas en el centro. El lugar estaba repleto de empresarios y gente mayor. La música era discreta y clásica. Mia elevó el mentón y les regaló una sonrisa petulante a sus amigas mientras caminaban, le encantaba lucirlo como un trofeo. Si las demás mujeres, visiblemente celosas, supieran que pagaba una cantidad más allá de lo absurdo porque la acompañara, estaba seguro como el infierno de que se les borraría esa mirada.

La noche fue transcurriendo entre conversaciones aburridas, risas fingidas, comentarios de negocios y finanzas.

—Voy por una copa, ¿te traigo algo? —consultó cerca de la oreja de Mia, provocándole un escalofrío. Ella sonrió poniéndole una mano sobre el muslo.

—No, cariño, ve tú y diviértete... Aunque bueno, si ves alguna bebida deliciosa será bien recibida —ronroneó antes de relamerse los labios, sus ojos azules y claros brillaron con ese resplandor que él ya conocía. *Mierda*.

Desapareció por el jardín, suspirando al pensar lo que le deparaba más tarde esa noche. Mia ya le había lanzado la mirada de *será-dolorosamente-lento*. Resoplando, tomó una copa de whisky y caminó por los extensos jardines con la única finalidad de despejarse. Así que siguió un camino escoltado por palmeras y formado con piedras, iluminado apenas por unos postes de luz amarillenta. El fresco viento sopló agradablemente por su rostro, revolviendo su cabello, y llevándose toda esa sensación de claustrofobia que lo estaba agobiando. La luz de la luna estaba en todo su esplendor, suspiró al verla tan majestuosa, y de forma irremediable, se imaginó en otro lugar. En otro tiempo, acompañado por otra persona.

Sin querer ir a ese lugar en su mente, bajó la mirada, solo para ver otra belleza. La chica estaba a tan solo unos pasos, de pie en la orilla de un enorme balcón. Su esbelta silueta cubierta por un vestido de seda pálido, el cabello largo y rojizo le caía en una hermosa cascada hasta la estrecha cintura. Pero lo que más llamó su atención fue que se sacudía levemente. Estaba llorando.

Chris parpadeó confundido, observándola con interés, no recordaba haberla visto antes, y dentro de su papel, tendía a memorizar las caras de todos para investigarlos un poco. Si alguien sacaba a colación algún tema y pedían su opinión, él tenía que fingir que sabía perfectamente de qué estaban hablando. Al principio le fue difícil, pero ahora estaba seguro de conocer a toda la élite de la que se rodeaba Mia.

—¿Todo bien? —indagó de forma educada. Ella se sobresaltó, girando en redondo lo observó con grandes y verdes ojos dilatados.

—¿Qué mie...? ¿Quién eres? —Su rostro era todo un poema.

—Mi nombre es Owen. —Extendió la mano—. Mucho gusto.

—Jennifer... Stanford, de nuevo, al parecer —dijo, devolviéndole el saludo antes de

rápidamente secarse las lágrimas.

—¿Quieres un poco? —inquirió Chris, mostrándole la copa de whisky.

La chica lo observó con desconfianza al principio, pero luego asintió con una tímida sonrisa, y en cuanto la copa estuvo en sus manos, lanzó la cabeza hacia atrás dejándole ver su cremoso y largo cuello antes de tomarse todo el trago de un golpe.

—Gracias —espetó, sacudiendo la cabeza a los lados, haciéndolo reír.

—No hay nada más placentero que dar de tomar a los sedientos.

—Gracioso —murmuró entre dientes.

—¿Qué?, se veía que tenías mucha sed.

—Lo que tengo es un montón de problemas —cortó, apoyándose de nuevo con ambos brazos sobre el balcón, mirando distraídamente hacia la luna, Chris se apoyó también para observarla mejor... a ella. Algo no le cuadraba, sentía que la conocía de algún lado y no podía recordar de dónde—. Pensarás que estoy loca.

—¿Por qué? ¿Porque estás conversando con un extraño? —bromeó, tratando de aligerar el ambiente.

—No, porque estoy llorando y tomando copas de extraños. Aunque para serte sincera, ya ni siquiera sé quién soy —confió con tristeza.

—Nada del otro mundo, no te preocupes y... ¿qué quieres decir con un montón de problemas?

—Si me traes otra copa... —ronroneó de forma seductora, girando el cuerpo para verlo—. Quizás se me suelte la lengua.

La joven se apoyó en un codo, dedicándole una mirada ladina y medio ebria. Chris suspiró, primero porque estuviera ebria con una copa, ¿o quizás llevaría muchas?, luego, por el escote de su vestido, mostrando unos pechos pequeños pero bien formados, la delicada tela no dejaba ver lo que prometían ser unos deliciosos pezones en forma de cereza, su largo cuello era algo digno de ver, se le antojaba lamerlo y morderlo por igual.

—Me encantaría traerte otra copa —bufó mortificado—, pero... vengo con alguien. —Odió venir con Mia, por primera vez en años.

—Vaya... —suspiró ella cerrando los ojos—. Ni siquiera sirvo para coquetear. —Dicho eso, se soltó riendo pero el sonido fue incluso amargo. Chris parpadeó confundido.

—¿Estabas coqueteándome?

—Para nada —contradijo, sin desviar sus ojos verdes intensos y profundos de los de él—. Pensé que tú lo estabas haciendo, pero ahora me siento mal al darme cuenta de que solo estabas teniéndome lástima.

—Estaba siendo *cortés* —aclaró, acercándose peligrosamente a ella, como no hizo ademán de moverse, deslizó ambos brazos a los lados del pequeño cuerpo de la chica para inclinarse a su rostro.

Y cuando a la joven no pareció afectarle en lo más mínimo su presencia, algo se

encendió dentro de su pecho. Era la primera jodida vez que alguien lo ignoraba de esta manera, y el hecho le calentaba pero a la vez no le gustaba, ¿y la forma en la que ella lo miraba? Estaba claro que no lo creía capaz de hacer nada, el brillo extraño en sus ojos le decía más de lo que ninguna chica le había dicho con palabras. Era un jodido reto.

—*Cortés* —susurró ella tocándole la nariz—, no galante.

—¿Quieres que intente seducirte? —Chris se inclinó hacia los labios carnosos de la chica, el olor que desprendía era delicioso y... *familiar*.

—No, para nada, estoy casada —dijo con una extraña sonrisa al interponer entre ellos el costoso anillo que llevaba en su mano izquierda. Chris se puso tenso, inmediatamente dejó el estúpido juego y se echó hacia atrás, casi horrorizado—. No te asustes, mi marido no está aquí...

—No me gustaría meterme en problemas —dijo con firmeza. Lo último que quería era eso, Mia era un buen partido y no quería perderla. De hecho, ya debería estarlo extrañando—. Nos vemos.

—Me ha pedido el divorcio —susurró la chica, ignorando lo que Chris había dicho.

—Hum... yo...

—¿Te estoy aburriendo, no es así? —interrumpió sus balbuceos con una dulce sonrisa antes de bajar la mirada.

—No me estás aburriendo. —En un ridículo impulso le tomó el mentón, ella se tensó pero al joven no le importó—. Si no estuviera acompañado, te habría intentado seducir... —susurró, acercándose a su oreja hasta quedar a tan solo unos milímetros—. Y habrías caído.

Sin decir nada más se alejó de ella. Ya bastante raro se estaba comportando para una vida, y seguramente Mia lo castigaría por haberse retrasado tanto.



Jen se quedó congelada en su jodido lugar.

Y no, Dios, no era porque el arrogante tipo hubiera dicho que de intentar conquistarla lo habría logrado. Sino porque estaba segura como el infierno de que esa voz, pertenecía a ese chico Chris, el *en-fer-mo* de Cosplay. Nerviosa, caminó de regreso a la casa. No podía pensar con claridad, odiaba estar ebria en casa de su padre, justo en un día como hoy, que era la primera vez que oficiaba una reunión de inversionistas en el jardín, pero en su defensa, odiaba más volver a su fría casa.

Hacía una semana con ocho horas y... veintitrés minutos que Nathan había sacado una maleta con bastante ropa, mudándose sabría Dios a dónde. Quizás a los brazos de la *mujersucha*, en realidad no podía saberlo. Al principio, la joven pensó reclamarle mil cosas después de la embarazosa escena donde lo encontró, pero cuando su cabeza se enfrió, optó por no decirle nada.

No estaba dispuesta a perderlo. Ese era un hecho, solo le daba un par de semanas

para que él “experimentara” la mierda que sea que necesitaba experimentar, y luego, estaba segura de que regresaría arrepentido a su lado. Jennifer podía darse por vencida en muchas cosas, pero *nunca* con Nathan, él era suyo y lo iba a recuperar a como diera lugar.

Tampoco quiso pensar en que ese alto e imponente chico de cabello castaño pudiera ser Chris, el extraño enfermo que le regaló un maravilloso orgasmo, un tipo tan retorcido como ese, no podría ser el dueño de esos maravillosos ojos cristalinos que tenía Owen.

Dios... el orgasmo que le había regalado el enfermo...

Se ruborizó al recordarlo, por lo que de inmediato sacudió la cabeza, seguramente era el licor, ya había bebido demasiado. Entró a casa de su padre y fue directo a su habitación. Sacó ropa que aún conservaba en su armario para cambiarse. Unos pantalones de mezclilla ajustados, zapatillas cómodas, una sencilla blusa blanca y estaba lista para largarse. En el estacionamiento, su hermoso Audi rojo la estaba esperando, su pequeño bebé era su orgullo.

—¿Holly? —inquirió sin vida cuando contestaron.

—¿Jen? ¿Estás bien?

Lisa las había presentado en preparatoria, y a Jen inmediatamente le había caído mal, sí, para variar. Holly era una chica que levantaba pasiones y envidias por igual. Su cabello rubio siempre caía en una hermosa cascada hasta sus muy generosos pechos, y sus ojos violetas eran la sensación. Definitivamente era la típica belleza americana. Y si a eso además le sumaba que gritaba y saltaba por todos lados, era un combo difícil de digerir. Se la pasaba conquistando a un hombre tras otro y para colmo, tenía la mala costumbre de fumar. Pero claro, como son las cosas, con el tiempo se volvió su segunda mejor amiga. A Jen le encantaba su forma de ser, honesta, sencilla, chistosa... aunque con unas cosas, era muy pero muy tonta. En el amor era una cabrona consumada, pero Dios la librara de enamorarse porque la convertía en una bruta total.

—No estoy bien, ¿podemos ir a beber algo? —susurró.

—¿Estás llorando? Sí, nena... prometo apurarme —aseguró la rubia. Jen suspiró. Holly nunca podía salir sin lucir impecable, aunque de un estilo muy distinto al de Lisa.

En ese aspecto Jen y Holly eran iguales. Les gustaba el mismo estilo de música, las mismas series, casi la misma ropa, solo que había una cosa que no tenía en común con su amiga, y eso era el gusto por los chicos. A su amiga le encantaban las relaciones tormentosas, los chicos musculosos y grandes. Jen estaba segura de que Holly nunca iba a encontrar a su media naranja, porque cuando todo parecía ir de lo lindo con algún chico, ella simplemente se aburría y los abandonaba. Sonriendo se estacionó fuera de su casa antes de enviarle un texto:

Estoy aquí afuera, sal ya, bitch.

Oki, le dije a mi mamá que me llamaron del trabajo, estacionate un poco más abajo de la calle, ahí te alcanzo. :)

Jennifer volvió a rodar los ojos, Holly se la pasaba mintiéndole a su mamá. Y, aunque la señora Robinson conocía a Jen desde siempre, no dejaba que su hija saliera a divertirse, aunque tuviera ya veintinueve años. Era absurdo. Aun así se estacionó dos casas abajo.

Minutos después observó por el retrovisor a su amiga caminar hacia al auto. Su cabello antes rubio, ahora pintado de rojo, estaba sujeto en una improvisada coleta. La camiseta gris le oscurecía sus preciosos ojos violetas.

—Humm, hola, borracha —saludó Holly, estrechándola con fuerza—. Apesta a alcohol.

—Quería embriagarme y olvidar mis penas —espetó sarcástica, poniendo en marcha el auto.

—Yo también quiero embriagarme y olvidar mis penas, ya no estoy con Eric —refunfuñó.

—¿El chico que conociste en la tienda de tatuajes?

—No, ese ya hace mucho que pasó —comentó rodando los ojos—. ¿Qué, no te conté de Diego? El chico del supermercado.

Si algo le gustaba a Jen de Holly era que las conversaciones, sin querer, siempre terminaban enfocándose en sus problemas. Jen sabía que ella no lo hacía a propósito, simplemente su amiga hablaba hasta por los codos. Fueron a un pequeño bar y después de que su amiga le repasó la lista de todos los hombres que habían pasado por su cama, Jen le contó lo que le pasaba.

—Los hombres son unos estúpidos —afirmó Holly, al cuarto caballito de tequila.

—¿Debo darle el divorcio? —*Dios*, estaba ya bastante ebria.

—Claro que no. ¿Sabes qué?, se me ha ocurrido una idea.

—Tengo miedo de tus ideas —aseguró sonriendo.

—Vas a hacer que el imbécil ande babeando por ti, que te ruegue que vuelvan, luego te haces de rogar pero al final acaban juntos —declaró con seguridad, sirviéndose más tequila.

—No se escucha muy alentador...

—¿Prefieres el divorcio? —A Jen le sentó como una patada al estómago la pregunta, su amiga dejó de sonreír al instante—. Cálmate, Jenny. —Le sujetó las manos—. Es normal cometer un desliz, tienen muchos años juntos, se conocen desde muy jóvenes. La verdad no entiendo cómo es posible que te hayas acostado con un solo hombre en tu vida. ¿Sabías que los humanos somos los únicos animales que elegimos por voluntad la monogamia?

Otra vez con lo mismo. Para Holly resultaba imposible creer que su amiga solo hubiese estado con un hombre en toda su vida. Fue entonces que Jen se animó a contarle lo que había visto, la rubia rojiza soltó una carcajada al final de la historia. Por eso se lo contó a Holly y no a Lisa. Algunas cosas eran diferentes con Lisa, a veces se portaba muy asustadiza con ciertos temas, con otros la sorprendía. Pero el hecho de que Nathan y Derek fueran amigos, era la mejor razón para no hacerlo.

—Se llama Chris —dijo Jen aún sonrojada, recordar el orgasmo se estaba volviendo ya una puta costumbre que no podía quitarse de la cabeza.

—Vamos a Cosplay. Quiero conocerlo.

—¿Estás loca?

—Fuiste tú la que le pidió que te enseñara, ¡vamos! A lo mejor y alguien me gusta por ahí y te acompaño... aunque, bueno, no, yo no pagaría por eso. —Holly se los conseguía de forma gratuita.

—Estoy muy borracha.

—Perfecto, ahora es cuándo —dijo, obligándola a levantarse.

Y por alguna razón de mierda la obedeció, y fue así que tiempo después llegaron a Cosplay, entre risas y conversaciones de borrachas, sin embargo y para su desgracia, Chris-estaba-rentado. Ambas soltaron una sonora carcajada al imaginarse a un hombre rentado. Así que se largaron de ahí y continuaron un rato más paseando en el auto, cual insensatas ebrias al volante, hasta que Jen decidió que la noche ya se había alargado lo suficiente. Al día siguiente el dolor de cabeza era memorable, se recordó no volver a beber tequila mientras reparaba la tarjeta inalámbrica de un ordenador. Para el final del día, Jennifer conducía muy lento a casa, en parte debido al temor de llegar ahí y que la soledad se la comiera, en parte porque pasar todo otro día frente al televisor mirando el video de su boda, llorando y comiendo helado, no se veía muy apetecible para hoy. Una semana vaya, pero ¿dos?, el sonido de su celular la hizo dar un respingo, incluso maniobró torpemente porque el sonido le producía dolor de cabeza.

—¿Diga? —preguntó, deteniéndose en un semáforo.

—¿Jennifer? —Esa voz...

—Sí, ella habla.

—*Ayer le dejaste tu nombre a la recepcionista, dijiste que te urgía hablar conmigo.* —*¡Mierda!* Cerró los ojos recordando el ridículo que habían hecho en la recepción de Cosplay—. *Soy Chris.* —A Jen le latió el corazón desbocado. El mismo hombre que le había regalado el orgasmo ahora la estaba llamando, pensaría que era una ansiosa, una mujer sola, una alcohólica...—. *¿Estás ahí?*

—S-Sí —balbuceó, agradeciendo no tenerlo enfrente ya que estaba ruborizada—. Discúlpame, no debí haber ido ayer.

—*Desde aquella vez te tengo muy presente, y sí, también me gustaría verte* —susurró con su voz aterciopelada, haciendo que la chica cerrara los ojos evitando un escalofrío, no iba a padecerlos por nadie que no fuera su esposo, y justo ésta no era la forma de reconquistarlo—. *Recuerdo que querías aprender un par de cosas, podemos empezar cuanto antes, si tú quieres.*

«*Pídele que te enseñe trucos, si lo que Nathan quiere es acción... sorpréndelo, Jen.*». La joven cerró los ojos recordando las palabras de su amiga, antes de respirar hondo.

—¿Tenemos que vernos en Cosplay? —preguntó con un hilo de voz—. Me muero de vergüenza si vuelvo a ese lugar.

—*Pero si ayer viniste ebria* —observó socarronamente.

—No volveré ahí, ¡ni sobria ni borracha! —gritó enojada.

—Vaya, cálmate, ¿te parece si nos vemos en Cartoons? ¿Sabes dónde queda?

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo? —dijo, masajeándose las sienes.

—Hoy a las ocho. Nos vemos. —Colgó. ¿Cómo diablos lo iba a reconocer? Jennifer se quedó viendo el celular. Maldita sea.

Llegando a casa no quiso llamar ni a Holly ni a Lisa, esto era una locura. No debería ir, pero admitía tener una morbosa curiosidad. Se debatió entre qué ponerse de ropa, pero luego decidió no cambiarse, para la única persona que quería lucir bien era Nathan. Y mientras estaba revolviéndose de forma nerviosa, en la mesa del restaurante, bebiendo su *Coca-Cola* sin hielo, Jen observó hacia todos lados, estaba segura de que la veían como a una esposa desesperada, como la loca pervertida que en la cara tenía grabadas las letras *Cosplay*. Faltaban veinte minutos para las nueve y Chris aún no aparecía, o quizás estaba ahí pero ella no lo reconocía. Sintióse avergonzada y estúpida, se levantó apresuradamente de la mesa y caminó rumbo a la salida sin fijarse por donde caminaba. En las prisas chocó contra un amplio pecho, su cuerpo se tambaleó peligrosamente hacia atrás pero grandes manos la sostuvieron.

—Gracias, eso estuvo cerca —murmuró aliviada.

—¿Jennifer? —preguntó el hombre de ojos azules como el agua y cabello castaño. Ay, no... *Owen*.

—Ho-Hola —tartamudeó ruborizada—. ¿Qué te trae por aquí?

—Negocios —indicó frustrado—, ¿y a ti?

Owen, el maldito bastardo, lucía guapísimo en la luz. Jen no se lo había podido sacar de la mente en aquel traje oscuro y corbata, pero ahora, en pantalones de mezclilla, sus *Nike* y una ajustada camiseta gris, se veía igual de hermoso y guapo... La joven tragó saliva ruidosamente, el maldito arrogante exudaba sexo por todos los poros, ¿mientras que ella?, bueno, la habían dejado plantada. Un clavo más, para su ataúd.

Capítulo Tres

Chris no podía creerlo.

Frente a él se encontraba, nuevamente, Jennifer, la chica de la fiesta, solo que a diferencia de aquel día, su vestimenta dejaba mucho que desear. Por el amor a los dioses, la blusa le quedaba visiblemente grande resaltando sus mejillas sonrosadas, su cabello rojizo sujeto en una coleta tan apretada como la llevaría una interna. Y aun así... maldijo de nuevo a su suerte, odiaba estar aquí para hacer negocios con la esposa desesperada, aunque pensar en su olor frutal... también le calentaba la sangre.

Se le había hecho tarde por culpa de una chica que no había querido marcharse inmediatamente después de que jugaran a la alumna y el maestro. Chris rodó los ojos mentalmente ante el recuerdo. La había azotado con una regla por alrededor de una hora. El delicioso color rojizo que habían adquirido sus nalgas después del castigo era algo que aún tenía grabado en la retina. Asombrosamente ella quiso más que eso: azotes en las manos, la espalda, las piernas. «*Quizás algún trauma de la infancia*», pensó.

No que tuviera que sacrificarse, así que le dio con la regla donde ella quiso mientras se la tiraba hasta casi hacerla desmayar. Porque sí, Chris se había asegurado de que cada dólar que pagó por él fuera bien gastado. Y al parecer lo había conseguido, ya que cuando terminó su tiempo, ella había insistido en pagar otra hora, cosa que hizo que se le hiciera tardísimo. Ahora contaba con que la esposa desesperada aún lo estuviera esperando... aunque si se hubiese ido, quizás podía conversar con Jennifer.

—Yo... vine porque... ah... —Ella miró nerviosamente hacia todos lados—. Bueno, vine porque tenía que ver a alguien, pero me dejó plantada —refunfuñó, cruzándose de brazos.

—¿Tu esposo?

—No —gimió apesadumbrada—, un... un amigo. —A Chris le dio la impresión de que era muy mala mintiendo.

—Déjame hago una llamada, si la persona que yo esperaba ya se fue... igual puedo dejar que me seduzcas —susurró con voz seductora—, esperemos que esta vez tengas suerte. —Jennifer puso los ojos en blanco, pero él le restó importancia mientras marcaba el número. Al menos la chica no había salido corriendo.

Una parte de él anhelaba que la esposa desesperada no le contestara, contuvo las ganas de reírse al pensar que tanto Jennifer como la otra chica *voyerista* que conoció en *Cosplay* compartían algo: un divorcio en puerta. Y mientras la joven jugueteaba con un mechón de su cabello cobrizo, le pareció que aunque definitivamente la moda y ella estuvieran peleadas, no importaba, podía hacer una excepción. Por eso cuando marcó a la desconocida y el celular de Jennifer sonó, el corazón se le trasladó a la garganta. La joven dio un respingo asustada, buscando el celular en su bolso frenéticamente. Cuando por fin lo encontró, observó el número y le regaló una sonrisa cargada de nervios antes de desaparecer entre la multitud para contestar.

—¿Diga? —La escuchó decir a lo lejos y también... al otro lado de la línea.

Chris sonrió ampliamente, no podía creer que hubiera sido tan tonto para no distinguirla. Jennifer era la chica que estuvo con él en *Cosplay*, por eso se le hacía tan familiar, por eso su olor lo tenía cautivo y ahora incluso estaba más que interesado. Con una sonrisa lobuna la miró perdiéndose entre la multitud.

—No te veo por ningún lado —susurró modulando la voz.

—*De hecho estoy por irme, eres un impuntual* —espetó molesta. Él sonrió, caminando hacia el pasillo que daba a los baños.

—Te espero en el pasillo a tu izquierda. —Colgó.

Luego observó a Jennifer, quien estaba mirando la pantalla de su celular perpleja, un puño lo tenía cerrado, visiblemente furiosa. Contuvo la risa, pero cuando la vio buscándolo por todo el local con la mirada, se quedó justo donde estaba. Quizás pensaba despedirse de él en su personaje de Owen. Al no encontrarlo, se dirigió hacia donde le había indicado, por lo que se apresuró a ocultarse. Jennifer entró al pasillo casi corriendo, pero conforme se iba adentrando disminuyó el paso, apretándose el bolso contra las costillas. Ahora estaba nerviosa, era tan transparente... Sin que se diera cuenta cuando pasó a su lado, Chris tiró de su mano y la hizo entrar en el pequeño cuarto de mantenimiento, provocando que gritara, por lo que le cubrió la boca rápidamente al tiempo que la ponía de espaldas de forma que no lo descubriera al verlo.

—No grites, ¿sí? —pidió en un susurro, sin embargo, ella lo mordió haciéndolo sisear—. ¡Agg! ¿Qué rayos te pasa?

—Qué forma tuya de andarte apareciendo y haciendo esto —espetó enojada, tratando de girarse para mirarlo.

—No me veas. —La estrechó, impidiendo que se moviera.

—¿Por-¿Por qué no? —balbuceó quedándose quieta. Chris le recorrió el cuerpo con la mirada, y muy sutilmente le olió el cabello.

—Me debes un orgasmo —reclamó, sin importar la postura tensa de la chica—. Además de que pagué por darte uno...

—Tú te ofreciste a pagarlo. —Aún en la tenue oscuridad del pequeño cuarto, podía asegurar que estaba ruborizada.

—Sí, pero *tú* debiste haberme devuelto el favor.

Presionó más su cuerpo contra ella, viendo hasta dónde era capaz de llegar. Ella jadeó pero no hizo nada por moverse, y lo que comenzó como una estúpida forma de presentarse, se estaba convirtiendo en un excitante juego. Y así, de la nada, se encontró por primera vez en eones imaginado miles de personajes que podía interpretar con ella.

—¿Por qué fuiste a buscarme ayer? —preguntó, rozándole suavemente el lóbulo de la oreja con los labios.

—Yo... no lo sé, la verdad no sé qué estoy haciendo aquí.

—Me pediste que te enseñara, querías ser como Viena. —Deslizó las manos a la

estrecha cintura, logrando que se tensara.

—Viena, maldita *mujersucha*, quiero ser mejor que ella —siseó con voz mortal. Chris parpadeó confundido, deteniendo sus movimientos en seco—. Haré lo que sea para recuperar a mi esposo, aunque eso incluya ser una perversa que se disfraza de cosas y lo golpee. Si eso quiere, se lo voy a dar.

Chris ahora estaba aturdido, la pequeña chica tenía un carácter extraño. Ruborizándose y escondiéndose como un conejillo, pero de la nada, dándole a entender muy bien que lo que quería lo obtenía. Un extraño sentimiento depredador se apoderó de él, y sin pensarlo, se encontró estampándola firmemente en la puerta, importándole muy poco su quejido ahogado.

—¿Estás segura? —inquirió con voz ronca.

—S-Sí... —balbuceó, sonando para nada convincente. Chris deslizó lentamente las manos hacia la cremallera de sus vaqueros y le desabrochó el primer botón.

—¿Y quieres empezar ahora?

Se encontraba jodidamente acalorado y por Dios, si alguien le hubiera dicho que después de haber tenido sexo no hacía más de media hora se pondría tan duro por alguien en un segundo, se hubiera reído. A estas alturas del partido, el joven sabía controlar muy bien sus instintos, no era un novato. No se corría en dos segundos, no se excitaba con cualquier cosa, incluso ya no se asombraba con nada, y por supuesto, no daba nada sin cobrar antes.

¿Entonces por qué mierda estaba así de duro por esta pequeña chica? Puta mierda, estaba tan listo para tirársela en el cuarto de mantenimiento, de la forma más cliché y a la vez salvaje posible. Sin embargo, el hecho de que estuviera casada, que estuviera haciendo esto para recuperar a su esposo y para colmo lo planteara como un sacrificio, a cualquiera le enfriaría la sangre, incluso a él. Y si a eso le sumaba que le estaba entrando la claustrofobia... Chris resopló, retirando la mano del botón de los vaqueros, le dio un casto beso en la sien antes de dar un paso hacia atrás.

—¿Qué... ocurre? —Su voz era apenas un susurro.

—Vamos a hacer las cosas bien, mírame —exigió. Titubeante, la chica se dio la vuelta y en cuanto lo vio, ahogó un grito.

—¡Tú! —Sus ojos verdes bailaban furiosos.

—Hola.

—¡Me mentiste! ¿Te estabas burlando de mí en la fiesta? ¡¿Quién rayos te crees?! —bramó furiosa, empujándole y acorralándolo contra las escobas y los artículos de limpieza.

Sin escape.

Encerrados en un cuarto. De-dos-por-dos.

De pronto, Chris se abrumó con la espantosa realidad, la claustrofobia lo golpeó recorriéndolo en un sudor frío que lo sofocó. Estaba encerrado en un jodido y pequeño cuarto, además, ahora ella parecía peligrosa. ¿Qué tal que era una castra hombres? De esas mujeres vengativas y locas que bastantes veces había tratado. Durante sus años de trabajo

había tenido que interpretar personajes inventados, como por ejemplo: *el esposo arrepentido*.

Una señora se había empeñado en ese papel, ofreciendo una absurda cantidad de dinero para quien lo hiciera. Chris, en su necesidad, se había ofrecido sin dudarlo, y su mejor amigo había pagado las consecuencias. De hecho, su pene había estado a jodidamente nada de ser cercenado. La señora se había vuelto loca sacando un cuchillo real en el último momento, y ahora, mientras miraba esos ojos verdes de Jennifer taladrándole, le pareció una señora de ese tipo. Instintivamente sus ojos cayeron a las manos de la joven, al parecer no traía consigo ningún cuchillo.

—Cálmate —murmuró tenso, el cuarto se estaba volviendo cada vez más pequeño—. Te lo voy a explicar, pero no aquí... salgamos a pedir algo...

—¡No! —rugió furiosa—, quiero que me lo expliques ahora o de lo contrario no quiero volver a verte.

—Está bien. —Tomó aire a bocanadas tratando de calmarse. «*No te vas a morir aplastado, imbécil, no estés de marica*»—. Ese día que te conocí en *Cosplay* te fuiste sin decir nada. Te seguí, pero solo pude observar tu espalda y durante un buen rato tu trasero. —Jen lo miró indignada—. En la fiesta, estaba interpretando un personaje, el de *Owen*. No es mi culpa haberte encontrado por casualidad, créeme que no sabía que eras tú.

—¿Y cómo explicas esto? —Lo miró reticente.

—Jennifer, te marqué para decirte que venía tarde y te sonó el celular en mi cara, tampoco se tiene que ser muy listo para sumar dos más dos. Esto —señaló el cuarto—, es solo un juego que se me ocurrió. —La chica se ruborizó, bajando la mirada a sus manos—. ¿Ahora podemos salir de una puta vez de aquí?

Estaba jodidamente hiperventilando, el aire ya no entraba a sus pulmones, y para cuando ella decidió que le creía, Christopher ya veía borroso. El aire fresco con olor a nachos y comida nunca había sido tan bien recibido por nadie. Mientras caminaba aún tenso a su lado, también se dio cuenta de algo, aunque bastante enfermizo, el pequeño acto en el cuarto de aseo le tenía aún el miembro duro.

—No tengo hambre —susurró Jennifer sentada frente a él. Perfecto, él tampoco.

—¿Quieres que salgamos de aquí?

—Sí, por favor. —Aún tenía la vista clavada en sus zapatillas. A Chris esa actitud de sumisa le encantaba, aunque también la de chica furiosa.

Afuera la noche era cálida y un tanto bochornosa, el sonido de las olas del mar se escuchaba cerca. Jennifer sacudió la cabeza, una sonrisa dibujándose en sus labios.

—¿Qué? —preguntó curioso.

—Nada, es solo que me preguntaba cómo te llamas en realidad. —Elevó la mirada, tenía las pestañas más largas que hubiera visto nunca sin ser postizas, y los ojos como dos pozos cristalinos.

—Me llamo Christopher, te lo dije.

—No, dijiste Owen.

—Te di el nombre que utilizo para uno de mis personajes en *Cosplay*. Ya te expliqué... ¿Tú sí te llamas Jennifer, me supongo?

—¿Owen? —frunció el ceño—, ¿en qué rayos estabas pensando cuando escogiste un nombre ficticio? —preguntó, cruzando la calle hacia un pequeño parque—. ¿En señores gordos?

—En dinero —aseguró riéndose a su lado. Y cuando finalmente se quedaron en silencio, tuvo que hacer la pregunta que más importancia tenía—. ¿Jennifer, entonces?

—Solo dime Jen.

—Bueno, Jen, ¿en qué voy a ayudarte?

—Quiero ser una *costco*, como tú.

—*Cosplayer*.

—Esa mierda.

—¿Por qué?

—¿Qué, no es obvio? Mi esposo me pidió el divorcio —suspiró, sentándose en una pequeña banca del parque—. Apenas me dijo que estaba aburrido y me lo encuentro con otra, ya te sabes el resto... —Levantó la vista hacia el cielo y sacudió la cabeza—. Quizás yo tengo la culpa de todo esto, no he sido... muy *variada* en la cama.

—¿Y no era mejor que te lo dijera?—inquirió, elevando una ceja—. Ya sabes: “¡Oye! Estoy aburrido, golpéame con un látigo, átame, me he portado mal”. —Se encogió de hombros—. Casual.

—Quizás. Pero no lo hizo, tal vez es por mi carácter... soy difícil, lo sé. —Seguía mirando hacia un muy estrellado cielo—. No acepto muchas de sus sugerencias, no me gustan esas cosas, y al parecer terminó por cansarse. Los dos tenemos la culpa, pero lo que no sabe —lo miró fijamente—, es que *no* estoy dispuesta a perderlo.

—Por eso quieres ser como Viena —concluyó, evitando poner los ojos en blanco.

—Sí, cuanto antes mejor... no quiero que pase mucho tiempo.

—Ya veo.

—¿Puedes explicarme qué es eso del *Cosplay*? Porque en internet he visto cada cosa —rodó los ojos—, no pienso disfrazarme de *Bulma* o de *Sakura Card Captor*, ni de *Candy* —aclaró con el ceño fruncido, haciéndolo sonreír.

—Bueno, definitivamente tienes que entenderlo. —Tomó asiento a su lado—. En realidad *Cosplay* es solo el nombre que se le ocurrió a Iris, la dueña del lugar. Lo sacó de una convención de *cosplayers*, su hermana es una consumada y la convenció de unirse.

—¿Y de qué se tratan esas convenciones?

—De disfrazarse de algún personaje. Dijo que el morbo estaba en todo el lugar, todos los hombres la veían como algo más que un personaje. Iris fue disfrazada de *Babydoll*, la chica de la película *Sucker Punch*. Dijo que casi podía leer la palabra *fantasía* en los rostros de hombres y mujeres, muchos incluso la veían de forma lasciva —sonrió cuando

la chica se estremeció.

—Qué asco que te vean de forma lasciva —murmuró incrédula.

—Fue así que a Iris se le ocurrió hacer un lugar donde la gente pudiera actuar como quisiera, y así *realizar* esas fantasías. Por eso el nombre, no tanto porque solo nos disfracemos, aunque si el cliente quiere... —Se encogió de hombros. Ya lo había hecho antes.

—Hum, qué raro todo —suspiró Jen.

—¿Aún quieres esto?

—Sí —afirmó con ojos llenos de determinación, lo cual era jodidamente raro, parecía todo menos alguien decidida.

—Pero no quieres volver a *Cosplay* —aseguró.

—No. De hecho, estaba pensando que quizás pueda... pueda pagarte por fuera —se sonrojó—, podemos practicar en otro lado.

—En mi departamento no podemos practicar, lo comparto con un amigo. —Por no agregar que era como su templo sagrado al que no iban esposas desesperadas.

—En mi casa tampoco, estoy casada. —Elevó su delicada mano mostrando, otra vez, el anillo brillante con una roca en el centro.

—¿Estás diciendo que puedes pagar diariamente un hotel? —inquirió con sorna.

—Tengo una casa cerca de la playa, podemos ir ahí —murmuró como quien tiene mil casas y no sabe a cuál ir ahora.

—¿Es como un secuestro? Ah, ya sé... —se soltó riendo—, quieres imitar la escena que vimos.

—¡No! —exclamó casi horrorizada—, bueno sí... no sé. —Sus mejillas se tiñeron de rojo—. Solo te decía que tengo esa casa, ya deja de ponerme nerviosa y dime cuánto vas a cobrar.

Chris soltó una sonora carcajada, en cinco años nunca lo habían hecho sentirse como un prostituto, hasta hoy. Trabajar en *Cosplay* no significaba eso para él, incluso no siempre las salidas terminaban en sexo. Las chicas venían buscando realizar alguna fantasía, de cualquier tipo; desde ser solo su novio en alguna boda, hasta ser un dominante en la cama. Él cumplía y fin del asunto. Pero viéndolo desde el punto de vista de Jen, de pronto le resultaba muy bizarro. Sacudió la cabeza, no iba a plantearse cosas que hacía mucho había guardado en un cajón, además la moral y él estaban peleados a muerte. Se recordó mentalmente por qué hacía esto, pateó el pensamiento de ser un prostituto y también le dio la bienvenida a lo que realmente necesitaba: el jodido dinero.

—Normalmente cobramos cuatrocientos dólares la hora, pero como estamos por fuera, y nos veremos seguido, creo que... mmm... —Se frotó la barbilla—. ¿Qué te parece si te cobro lo mismo pero por pasar toda la tarde juntos?

—¡Cuatrocientos dólares! —chilló escandalizada.

—Si se te hace muy caro...

—No, no es el jodido dinero. —Sacudió la cabeza, su largo cabello rojizo moviéndose de un lado a otro—. No es eso lo que me molesta, me molesta pensar que Nathan pagaba eso no sé cada cuánto tiempo... —bufó—, ahora sí me están dando ganas de azotarlo —medio rugió con el rostro encendido. Era-tan-jodidamente-extraña—. Está bien, te voy a requerir yo supongo que... dos semanas para empezar. Entonces serían seis mil, ¿no?

Sí... vaya... La pequeña cosa enojada e indignada frente a él no solo era una persona rara, sino *millonaria*. Lo cual era jodidamente espléndido, podría alargar las clases, podría aprovechar esto. Con ese dinero, más lo que juntara de su trabajo en *Cosplay*, podría pagar el medicamento de Elena... por al menos tres meses.

—Sí —susurró entre atónito y feliz. La joven asintió, rebuscando en su bolso, de donde sacó... *Putá mierda*.

—Toma esto por mientras.

—¿Q-Qué? —balbuceó nervioso—. ¿Por qué mierda andas cargando un fajo de billetes?

—Empezamos mañana. —Oh bueno, nunca más subestimaría a las personas, ella tenía todo el material para ser una dominatriz.

—¿En dónde nos vemos? —Sonriendo, tomó el dinero.

—Bueno, ¿qué te parece si paso aquí por ti? Solo dime la hora y, ¿Chris?, sé puntual —exigió viéndolo con ojos casi asesinos.

—No depende de mí ser puntual, estaba trabajando, por eso no pude llegar temprano.

—Pues inténtalo, ¿nos vemos mañana?

—Sí.

—Adiós entonces. —Se levantó y se fue, como si hubiera comprado lo que quería y ya hubiera finalizado.

Lo cual era... de hecho cierto. Él solo era una mercancía.

Chris la miró incrédulo, contemplando su menuda figura irse. Se preguntó por qué no llevaría el cabello suelto, se le veía mejor. Su rostro era delicado, como el resto de su cuerpo, y era tan blanca que parecía una muñequita de porcelana. Pero lo que más le gustaba era ese respingón trasero, prometía muchas cosas. Con una estúpida sonrisa volvió a casa, estaba tan feliz, y aún era temprano, por lo que decidió llamar a sus abuelos.

—¿Diga? —Mateo fue quien contestó.

—Hola, ¿cómo han estado?

Chris inmediatamente se imaginó una sonrisa en el rostro de su abuelo; era de cabello castaño y algo canoso, alto, de complejión muy pálida, sus ojos oscuros brillaban siempre al verlo. Su abuelo era joven, ya que Liliana, su madre, lo había tenido cuando tenía apenas dieciséis.

Mateo y Elena se habían hecho cargo de él al morir su mamá. Durante años, Chris creció batallando y luchando por el hambre, su abuelo había pasado de ser un doctor

reconocido a perderlo todo cuando su hija desapareció una noche mientras venía del trabajo. En la búsqueda de Lilita, sus abuelos habían empeñado todo, hasta el alma, pero de nada sirvieron sus esfuerzos, al final el resultado fue lo que todos ya se esperaban después de meses. La habían asesinado.

—¿Chris? ¡Hijo! —exclamó Mateo contento—, ¿ocurrió algo? Esperábamos tu llamada hasta el sábado...

—Solo salí temprano y quería saludarlos, ¿cómo está la abuela?

—Elena está bien, ya se durmió... ya sabes, pasan de las nueve de la noche —murmuró. Chris sabía que sus abuelos se dormían casi a las seis de la tarde, pero necesitaba darles las buenas nuevas.

—Lo lamento, abuelo, solo quería decirte que te voy a mandar un dinero para las medicinas.

—Christopher, ¿de dónde lo sacaste? Con la renta y esas cosas no veo cómo te queda dinero para enviarnos...

—Lo sé, abuelo, lo sé —interrumpió—, es solo que esta semana me fue muy bien en el trabajo, di asesorías tiempo extra, incluso trabajé los días feriados... y por eso.

—Hijo, si necesitas hablar o... ya sabes, esas cosas, puedes confiar en mí. —Mateo definitivamente no le creía.

—Gracias, ya tengo que colgar, espero verlos pronto...

—Yo también, Chris, cuídate.

El castaño se recostó mirando el techo, un sentimiento desagradable le recorrió la piel. Le carcomía que su abuelo creyera que se había ido de su pueblo con destino a Miami con la intención de estudiar ciencias, peor aún, le dijo que trabajaba en una escuela como profesor.

Qué horrible decepción se llevaría si supiera *la clase* de profesor que era.



—No quiero firmar.

Jennifer miró el papel frente a sus ojos como si fuera el mismo diablo. Toda la sangre abandonó su cuerpo, mareándola, por lo que tuvo que sentarse para estabilizarse.

—Jen, ya lo habíamos hablado. —Nathan se desajustó un poco la corbata, sentándose a su lado.

—No —sacudió la cabeza, lágrimas le bajaban por el rostro—, tú lo decidiste, tú lo hablaste, yo no he tenido nada que decir —exclamó frustrada.

—Nena. —La estrechó entre sus fuertes brazos—. Lamento mucho que estés sufriendo, no sabes cuánto me duele esto...

—Entonces no lo hagas. —Lo abrazó de vuelta—. Estoy segura de que nadie te va a amar como yo. —Enterró el rostro en su pecho—. No digo que no puedas encontrar a

alguien mejor que yo, es solo... que hay tantas cosas implicadas en lo nuestro, tantos recuerdos, son tantas cosas, tantos años, Nathan... ¿ya lo olvidaste?

Por Dios, estaba perdiendo toda dignidad en una sola noche. Sin embargo, no le importaba estar haciendo el ridículo cuando se trataba de Nathan. Él había cometido un error, pero cualquiera podía equivocarse, ¿no? Jennifer estaba aprendiendo con creces que, cuando te casas, no te puedes ahogar en un vaso de agua. Ellos iban a salir a flote de esto. Él suspiró, estrechándola más fuerte.

—No, por supuesto que no lo he olvidado, tengo la mitad de mi vida conociéndote, Jennifer. —Barrió su mejilla con el pulgar—. Créeme que esto también me resulta difícil...

—Voy a cambiar, te lo prometo.

—Sé que *no* vas a poder cambiar.

—Lo haré... déjame demostrártelo... ¿qué puedo hacer? —Lo miró con ojos suplicantes y empañados de lágrimas—. Salgamos de la costumbre...

—Jenny, me lo pones todo tan difícil... —Él pareció dudar.

—Vamos a cenar... ¿sí? —Sorbió la nariz, energía renovada corriendo por sus venas—. Podemos hacerlo un día de estos y luego hacer cualquier otra cosa. Haremos lo que quieras, quiero... estoy dispuesta a intentar algo nuevo.

Y lo estaba. Nunca había estado tan segura de algo como de esto. Nathan se quedó en silencio por lo que le pareció una eternidad, sus ojos azules clavados en ella de forma extraña, quizás estaba analizando todo a fondo, o quizás solo se estaba dando cuenta de la desesperación en su voz.

—Está bien —respondió finalmente, aunque no muy convencido, *¡pero había dicho que sí!* Jen quería hacer el baile de la victoria—. Vendré por ti a las seis.

Confundido, Nathan salió sin llevarse la demanda de divorcio, *¡otro motivo más para estar feliz!* Por eso, con una enorme sonrisa, la joven condujo esa noche hacia *Cartoons*, quería empezar cuanto antes con las clases, quizás con una semana podría tener ya algunos avances para demostrarle a Nathan que, si quería, podía cambiar.

Apenas llegó al lugar acordado lo vio. Él estaba de pie afuera de *Cartoons*, los vaqueros deslavados le acentuaban esas largas piernas, y la camisa blanca remangada hasta los codos se le adhería de forma celosa a sus anchos hombros. Jen se mordió el labio al ver su rebelde y raro cabello castaño. Pensó que Nathan *jamás* luciría esa pinta, incluso recordó cuando, en otro tiempo, a ella le gustaban los hombres de ese tipo... pero ahora, para-nada. Así que sin perder más el tiempo en comparaciones absurdas, tocó varias veces la bocina y le hizo señas con la mano. Él disparó una mirada irritada en su dirección, no que le importara, y cuando lo miró caminar hacia el auto, no pudo evitar rodar los ojos al ver que cargaba una maleta. ¿Qué rayos? Esperaba que no quisiera quedarse a dormir, o ¿para qué la maleta?

—Puedes hacer más escándalo, ¿sabes? —dijo Chris de forma sarcástica al sentarse dentro del auto, no obstante en cuanto sus ojos cayeron sobre el tablero, silbó—. Qué jodida pieza de auto.

—Lo escogió Nathan —farfulló orgullosa.

Su Audi, cuyo nombre era *Redish*, porque era rojo y vaya, Jennifer no tenía mucha imaginación, era perfecto. Lo bastante pequeño para no batallar a la hora de estacionarlo, lujoso para no perder la clase, cómodo y veloz, un excelente auto escogido por un inteligente ser.

—Ah —murmuró escuetamente—, y antes de que lo olvide, para otra vez que vengas por mí, puedes solamente hacer un cambio de luces, ¿sabes? Entiendo fácil y definitivamente no estoy sordo. —Sonrió ladinamente y, por alguna razón, Jen se ruborizó.

—Lo siento, es que estoy muy feliz y bueno... —negó sonriendo mientras comenzaba a conducir.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Conseguí una cita con mi marido —canturreó orgullosa.

—¿Eso no se supone que debería ser algo... natural? —preguntó con una sonrisilla. Jen apretó las manos en el volante, el sarcasmo del individuo a su lado no iba a empañar sus logros.

—Estoy en pleno divorcio, *créeme* que es difícil —siseó. Al parecer él lo entendió porque no agregó nada más, quedándose callado y mirando por la ventana—. ¿Qué traes en la maleta? —preguntó curiosa.

Chris llevaba la maleta entre sus piernas y le dio unas palmaditas antes de regalarle una arrogante y sensual sonrisa.

—Algunas cosas de *Cosplay*, te van a gustar. —Sus ojos increíblemente azules, brillaron seductores, un escalofrío extraño la recorrió, por lo que se mordió el labio intentando, con todas sus fuerzas, no ruborizarse de nuevo.

—Algo me dice que no me van a gustar para nada.

—Bueno, ese será tu problema.

Y con eso, el arrogante tipo observó de nuevo por la ventana antes de ponerse unos audífonos que lo aislaron del mundo, escuchando lo que le pareció una música ruidosa. Era una clara indirecta. No serían amantes o algo, solo era su cliente. *Gracias al Señor Todopoderoso*. Sonriendo, Jennifer condujo más relajada, dejando sus pensamientos ir a la deriva, recordando a Nathan. Se imaginó la cara que pondría cuando viera sus avances, vislumbró otra vez el futuro que una zorra llamada Viena le estaba quitando. Sacudió la cabeza, no iba a pensar en las cosas malas, no iba a culpar a nadie de ser una aburrida en la cama y en la vida diaria.

—¡Vaya! —exclamó el enfermo en cuanto se abrió el portón eléctrico de su casa de verano—. ¿A qué dijiste que te dedicabas?

—No te lo he dicho —sonrió—, soy traficante de órganos.

Y dicho eso, pisó a fondo el acelerador para entrar a la residencia. Quería darle un tono dramático a las cosas, incluso asustarlo porque, vaya, le tocaba al menos hacerle algo. Él la había encerrado en cada oportunidad en algún lado y le había robado sustos de

muerte. Así que sí, era su turno, y por la cara del enfermo y la forma en la que sus nudillos perdían el color al sujetarse del asiento, supo que lo estaba logrando.

Su casa de verano era una residencia ubicada en Palm Beach, su madre, Mónica, se la había regalado cuando se mudó a Miami. La entrada era un camino asfaltado, flanqueado por palmeras. Una enorme fuente de agua cristalina estaba en la entrada. Derrapando escandalosamente en la entrada, detuvo a *Redish*, antes de comenzar a buscar las llaves en su bolso.

—Bájate —exigió apresurada, ya era tarde y al día siguiente trabajaba, no quería desvelarse. No escuchó respuesta, por lo que lo miró, él estaba ligeramente más pálido y estático en su asiento—. Dije que te bajaras, luego no quieres que te griten... —Se soltó riendo pero luego dejó de hacerlo al ver que Chris no reaccionaba.

—¿En-En serio eres eso? —Su tono era vulnerable y aterrado, sus ojos azules bailando nerviosos.

—Sí, ya te dije lo que hago. —Trató de contener la risa—. Ahora, *bájate*.

—Jennifer... no traigo conmigo el dinero que me diste, pero... bueno, yo no puedo... no puedo trabajar con alguien que es... *eso*.

—¿Por qué no? —Le puso la alarma al auto para que Chris no pudiera salir, provocando que el joven diera un respingo con el sonido.

—Porque... no es legal.

—¿Y lo que tú haces es legal? ¿Andarse disfrazando y fingiendo que eres otra persona? —inquirió buscando un desarmador de cruz que tenía en la puerta.

—Yo no robo riñones ni esas cosas, no le hago daño a nadie pretendiendo lo que me piden que sea. —Miró nerviosamente hacia Jen. Ella encontró el desarmador y lo escondió en su espalda—. ¿Qué tienes ahí?

—¿Vas a colaborar conmigo?

—¿*Qué tienes ahí?* —preguntó en tono casi histérico, Jennifer sacó lentamente el desarmador, logrando que el castaño retrocediera en su lugar—. ¿Q-Qué piensas hacer con eso? —Ella no respondió, mientras quitaba la alarma del auto.

—Baja, ¡ahora! —ordenó.

—No me da miedo tu estúpido desarmador —contestó de pronto molesto.

—No es a eso a lo que debes tenerle miedo —murmuró con voz seductora, bajándose del auto.

Chris aferró la maleta a su pecho mientras se bajaba, sin embargo, en un movimiento que la tomó totalmente desprevenida, se echó a correr. Jennifer soltó una carcajada al verlo desaparecer por la extensa entrada, era tanta la risa que tenía, que no podía pedirle que se detuviera. Aún riéndose, se echó a correr detrás de él, con todo eso se le cayó el desarmador y por poco se cae ella también.

—¡Detente, Chris! —gritó riéndose—. Estaba jugando, ¡por Dios! —Se detuvo porque no tenía nada de condición, apoyando las manos sobre las rodillas. Observó hacia

todos lados y no lo vio, *diablos*... corría demasiado rápido—. ¡Chris!

Caminó despacio, buscándolo por todos lados pero él no se veía. ¿Habría saltado por la reja? Confundida, continuó buscándolo, lo llamó algunas veces más, pero nada. Frunciendo el ceño sacó su móvil, tenía que llamarlo. En eso estaba cuando, inesperadamente, un fuerte brazo rodeó su cuello, el filo de su desarmador se clavó contra su espalda, cerca quizás de un riñón.

—¿C-Chris? —gritó horrorizada—. ¡¿Qué haces?!

Él no respondió. Pensaba matarla.

La tenía sujeta fuertemente por el cuello, su otra mano le estaba enterrando el desarmador en la espalda, cabía aclarar que no le dolía, pero tenía miedo. Y ahí, justo en ese momento, un montón de recuerdos se le vinieron a la mente. Jennifer Stanford era hija del reconocido magnate Thomas Stanford, dueño de las minas Stanford & García cerca de Colorado. Sus padres se habían conocido en una cena entre empresarios. Y literalmente se habían casado para fusionar ambas minas, más que por amor, así que sí, era de esas típicas historias donde te casas por interés, lástima que no terminó con el típico final donde te enamoras.

Unos meses después de que nació Jennifer, se separaron. Mónica había vuelto a sus raíces latinas, casándose de nuevo con un exitoso abogado latino de nombre Pedro Johnson, el tipo se la vivía firmando contratos y de momento vivían en el Paso, Texas, cerca de la frontera para que así su madre pudiera ir a México cada vez que quisiera. Así que Jen nadaba literalmente en dinero. Nathan, en cambio, no tenía tanto. Su familia era dueña de un exitoso y próspero despacho contable que manejaban junto con otros socios. Thomas no pensó jamás en casar a Jen como lo habían hecho con él, así que la dejó tomar sus propias decisiones. Con Nathan todo marchaba sobre ruedas, todo hasta que una *mujersucha* había llegado.

Ahora por culpa de esa zorra se le había ocurrido meter a un completo extraño en su residencia, un martes a las siete de la tarde. Un tipo que además de regalarle un orgasmo, estar increíblemente bueno y trabajar en *Cosplay*, no conocía. No le había avisado a ninguna amiga que se encontraba aquí, sola con él, y cuando la angustia comenzó a volverse intolerable, se encontró jadeando por falta de aire. ¿El enfermo? Bueno, le lamió el lóbulo de la oreja.

—Tu actuación estuvo pésima —gruñó, erizándole la piel.

—Lo-Lo siento —susurró abrumada, los recuerdos del pasado la tenían al borde de un ataque—. Estaba jugando, lo siento, Chris... suéltame por favor...

—No. Ahora vas a cerrar la puta boca y vas a caminar conmigo hacia la casa, ¿está claro? —ordenó, enterrándole un poco más el desarmador en las costillas.

—¿Qué me vas a hacer? —Caminó con piernas temblorosas.

—¡Dije que si está claro! —gritó, por lo que ella cerró los ojos.

—Lo siento —susurró turbada.

—Tengo mil ideas en este momento sobre qué hacerte, Jennifer. —Deslizó la nariz

por su cuello, aspirando su aroma—. Pero la primera, es demostrarte uno de mis personajes favoritos en *Cosplay*. —Retiró el desarmador de su espalda, liberándola.

—¿Cuál? —balbuceó temblando, al tiempo que se giraba para encararlo—. ¿*Hannibal Lecter*? —Chris soltó una carcajada.

—*Hannibal Lecter* no era traficante de órganos. —Siguió riéndose—. Solo estaba interpretando un papel al igual que tú. ¡Dios mío! Tendrías que ver tu cara.

El cabello del idiota se movía desordenadamente por culpa del viento, y aunque la había asustado de muerte, no podía negar que se veía glorioso. Sus ojos azules chispeaban alegres, con una diversión que rayaba en lo ridículo mientras giraba el desarmador entre las manos.

—Putra madre, Chris —gimió Jen llevándose una mano al pecho, de pronto se dio cuenta que no estaba respirando, el asma se manifestó en su pecho—. Eres un idiota aterrador.

—De eso se tratan los personajes y los roles que llevemos, tienes que estar en sincronía conmigo para hacer una fantasía de lo más real. Si pretendes jugar a la dominatriz, tienes que darle a tu esposo exactamente lo que busca: dominación.

—Estás loco —jadeó por la falta de aire.

—Tienes que hacer el papel como lo quiere, cuando lo quiere y lo más importante, conocer su cuerpo para darle un inolvidable orgasmo. —Caminó hacia ella, poniéndose en cuclillas para observarla, Jen se había dejado caer buscando aún el preciado aire—. Obviamente eres pésima mafiosa, lo de traficante de órganos con un desarmador... —rodó los ojos—, al menos hubieras comprado un bisturí. De igual forma interpreté a un aterrado civil, pero a mitad de camino olvidaste tu papel. Siempre debes creértelo... —suspiró mortificado—. Está claro que tenemos que practicar, y mucho. Por eso tu marido está buscando profesionales —agregó riéndose.

—Idiota —siseó, aunque por alguna razón no estaba enojada.

—Andando. —Le tendió la mano, ayudándola a levantarse, pero luego frunció el ceño mirándola—. ¿Qué es ese sonido?

—Tengo asma, tonto, me asustaste muchísimo y me provocaste un pequeño ataque.

—¿Estás bien? —sonó preocupado.

—En el auto tengo mi inhalador. —Y también el gas pimienta que Thomas le había dado, lo bajaría por si acaso.



Sí, definitivamente Jennifer era millonaria.

La “casa de verano” en la que estaban era lo más parecido a una hermosa mansión, y eso que gracias a Mia conocía bastantes residencias. Era increíblemente grande, le costó bastante trabajo entender que fuera solo para dos personas. Era perfecta para jugar y definitivamente tener muchas fantasías, Chris ya se estaba imaginando dos o tres.

—Háblame de ti —inquirió mientras seguía a Jen, la ridícula falda larga en tono caqui la hacía parecer una señora de cuarenta años, la camisa negra y zapatos sin tacón reforzaban lo anterior. El joven suspiró, *¿sería posible que tuviera...?*—. ¿Cuál es tu fantasía?

—¿Fantasía?

—Sí, ya sabes, sexual.

—¿De qué hablas? —sonó alarmada, ruborizándose conforme lo miraba—. No... no lo he pensado, no tengo necesidad de andar pensando en esas cosas. —Estaba totalmente aterrada y sí, tal y como lo había pensado ella era una *puritana*.

—Puritana, siguiente...

—¡Basta, Chris! —Lo miró por encima del hombro—. No tengo por qué tener fantasías si estoy casada, ¿entiendes? Ca-sa-da, y además, con el adonis personal de muchas. —Elevó el mentón, orgullosa.

—¿Te refieres al adonis que necesita de fantasías para seguir casado? —preguntó socarronamente. Jen se detuvo en una puerta pero antes de abrirla, apoyó la frente y suspiró.

—¿Qué quieres que te diga? —susurró apesadumbrada.

—Quiero que seas honesta, dime tus fantasías. —Jen abrió la puerta que los dejó en una impresionante habitación—. Vaya... es increíble.

La habitación era casi del tamaño de su departamento. Una suave alfombra impecablemente blanca cubría el suelo, la cama *king-size* estaba en el centro, escoltada por dos columnas que daban hacia un techo con un hueco en el fondo, que estaba iluminado por algunas lámparas estratégicamente acomodadas.

—¿Para qué las lámparas en el techo? —Las apuntó interesado.

—Mira. —Jennifer corrió a apagar la luz y prendió esas lámparas. En el techo, un montón de pequeñas luces iluminaron ese hueco, simulando algo así como el cielo o el infinito, era muy bonito e interesante pero...

—¿Por qué el cielo y no un espejo?

—¡Chris! —Jennifer estaba furiosa mientras encendía la luz—. Le quitas el romanticismo a todo.

El joven se soltó riendo.

—No venimos a conquistarnos, Jen, no necesito ser romántico. Estoy aquí para enseñarte a ser la mejor *cosplayer* que tu marido pueda tener. —Ella asintió encantada, caminando hacia él—. Qué desperdicio de lugar, ¿cómo puedes decir que es tu casa de verano? —murmuró viendo por la ventana la imponente vista al mar. Sin querer, suspiró con algo de nostalgia.

El sol lanzaba sus últimos destellos, el crepúsculo robaba colores increíbles al mar. Recordó aquellas tardes de verano en el parque, con... Se dio una patada mental. No iba a recordar eso, no aquí y justamente ahora.

—Pues eso es lo que es, solamente mi casa de verano —contestó contrariada. Chris rodó los ojos, sentándose en la cama.

—¿Entonces? Dime al menos una fantasía. —Tenía que enfocarse en la actualidad y no en sus estúpidos recuerdos.

—Mis fantasías no importan. —Se encogió de hombros—. Las que importan son las de Nathan.

—A ver, Jen, ven. —Extendió la mano hacia ella, la joven suspiró tomándola dubitativamente antes de sentarse a su lado—. No sé si entendiste, pero *Nathan* estaba actuando de sumiso. Puede actuar como tú le pidas, esto es un juego, no un castigo o sabrá Dios qué te estés imaginando. Me temo que si no logras entenderlo, no vas a poder jugar —aseguró. Ella se mordió el labio, quedándose pensativa hasta que de pronto enrojeció.

—B-Bueno, una de mis fantasías sería hacerlo con mi ex pareja... Andrew. Ya hace mil años que pasó todo eso, lo sé, pero bueno —suspiró avergonzada—, siempre me pregunto cómo hubiera sido.

—Está bien, eso ya es un avance, ¿cuál otra?

—No lo sé... quizás que me dominen, más que dominar. —Chris sonrió, esa le parecía perfecta. Movié la mano invitándola a seguir hablando—. Me gustó ver el otro día la escena... *contigo* —susurró aún más roja, pero sin quitarle la vista de encima.

Chris parpadeó sintiendo cómo la sangre se le disparaba por las venas de una forma muy extraña, ella podía actuar tímida, cohibida y todo eso de mojigata, pero sus ojos de un profundo verde le decían otra cosa. Esa mirada le decía que aquella chica quería lamerlo de la cabeza a los pies... y de pronto él quería hacer lo mismo.

—Dime alguna tuya —pidió.

—He cumplido todas mis fantasías, créelo. —Su voz fue extrañamente ronca—. Antes de empezar, debemos aclarar ciertos puntos, ¿te parece? —Se aclaró la garganta. Ella lo observó un segundo antes de asentir con rapidez—. Por lo general, las fantasías se estropean si tengo que ponerme el preservativo, estaremos hundidos en un momento donde *eso* resulta muy desconcertante, puede arruinar la magia... ¿Te cuidas?

—Sí —contestó visiblemente ruborizada.

—Tienes que hacerte un examen y mostrármelo, yo haré lo mismo.

—¿No confías en mí? —se burló indignada, Chris supo lo que estaba pensando, que era ella la que debía exigirle algo así.

—Confío en ti, pero no en Nathan. No cuando claramente no te tenía enterada de sus gustos. —A Jen se le descompuso el rostro al instante, y una traicionera lágrima bajó por su mejilla—. Oye... —Deslizó un brazo por su hombro, estrechándola contra sí—. No era mi intención ofenderte, es solo que...

—Es la verdad. —Se retiró con fuerza cualquier rastro de lágrimas en su rostro. Elevó la mirada, sus ojos sombríos. Sin embargo, no lucía la expresión atormentada que Chris esperaba ver en una mujer que acababa de ser traicionada por el hombre que amaba—. Nada más que la verdad.

—Si vuelves a estar con él, pídele que se cuide o al menos que se haga un examen... es lo mejor —le aconsejó. Jen solamente asintió.

—Otra de mis fantasías es hacerlo en el auto —soltó de pronto, haciéndolo reír de forma incrédula. ¿Qué clase de chica casada no había hecho eso? Por Dios, estaba casi frente a una virgen.

—¿Sabes qué? —La estrechó un poco más antes de soltarla—. Vamos a hacerlo sin jugar a ningún personaje, voy a ver cómo eres en la cama, necesito conocer qué te gusta y qué no.

—¿A-Ahora? —Jen abrió los ojos despavorida.

—Sí, tienes que aprender que la honestidad es una base muy importante para el juego de roles de pareja, tienes que decirle a tu esposo dónde tocarte y cómo llevarte al límite. Ahora, desnúdate y nos vemos en diez minutos en la cama. —Se puso de pie—. Andando, que soy muy costoso.

Capítulo Cuatro

Jen parecía estar entre el shock y la negación, pero Chris no le dio importancia.

Así que la dejó sola para que hiciera lo que fuese necesario para recomponerse a sí misma, y se metió en otra habitación, la cual era casi tan lujosa como la anterior, salvo el color del edredón dorado y sin vistas al mar. Cuando volvió a buscarla, Jen estaba acostada, cubierta con la sábana hasta el cuello, sus enormes ojos se dilataron con horror al verlo entrar, y antes de que pudiera decir algo, gritó despavorida sin dejar de observar su cuerpo desnudo, y cuando sus ojos cayeron en su miembro medio erguido, el castaño estaba seguro de que iba a desmayarse.

—¡Chris! ¿Pero qué mierda crees que estás haciendo? —Él no contestó, por el contrario, caminó hasta ella y arrancó la sábana de un tirón ante el grito escandalizado de la mujer—. ¿Qué te pasa? —chilló tratando de cubrirse.

—Ponte de pie —exigió, pero ella negó cubriéndose el rostro con ambas manos—. Jennifer, necesito que confíes en mí y que empieces a hacerlo ya. Si no, nunca vas a poder jugar a nada de *cosplay*... y no vas a recuperar a tu marido.

Ella bajó las manos, estaba tensa, tenía el ceño fruncido y justo cuando el joven pensó que no haría nada, inesperadamente se puso de pie frente a él, en el acto, supuso, más valiente de su vida.

—Bueno, ya está —siseó Jennifer con el rostro encendido.

Y sí, su miembro se irguió un poquito más al verla. Tenía la silueta exquisita, sus amplias caderas podrían soportar sus duros embistes con facilidad. Se preguntó por qué cubrirlas con ropa tan horrible. El suave cabello rojizo caía entre sus pechos, los cuales no eran muy grandes pero se hacían presentes, y los pezones, *Cristo*, definitivamente dos cerezas que ansiaba comenzar a lamer. Acercó, sin pensarlo dos veces, las manos a sus senos.

—Puedo jugar con estos, no son muy grandes pero me entretendré.

—No estoy intentando gustarte —gruñó, su cuerpo tenso.

—De hecho, parece que no estás tratando de gustarle a nadie, ¿por qué, si tienes un cuerpo tan bonito, lo escondes en esos atuendos tan feos?

—¿Te refieres a mi ropa? —preguntó aún ruborizada.

—Sí.

—¿Qué tiene de malo? Es cómoda, me gusta.

—Hay ropa cómoda y *bonita* —recalcó—. Tendremos que ver eso... por lo pronto, tienes que relajarte, veme como un amigo, ¿sí? Dime qué te gusta y qué no de mí, no estamos aquí para otra cosa que no sea enseñarte, tú ya tienes tu marido y todo eso, yo solo soy tu empleado temporal... así que debemos hablarnos con naturalidad. —Jen se mordió el labio asintiendo, dando un paso más hacia él.

—Esto solo será como un entrenamiento. Sin emociones —sonrió débilmente, Chris también sonrió, aunque de manera más abierta, Dios, era como el sueño dorado.

—De eso se trata —se limitó a decir. Ella se relajó visiblemente.

—Me gustan tus pectorales. —De forma tímida, deslizó un dedo por su pecho—. Son amplios como los de Nathan. —El joven rodó los ojos—. También me gustan tus brazos, están muy bien definidos, como los de mi esposo. —Acarició su piel ahora con ambas manos.

—Creo que tu fantasía es que yo sea Nathan, puedes llamarme así si eso quieres, o imaginarlo. Como sea, ahora ven. —La llevó a la cama, ayudándola a recostarse—. No me gusta que me toquen el ano, ni tampoco que me dejen marcas. —Jen soltó una carcajada.

—No pensaba hacerlo —dijo todavía riéndose mientras se acomodaba en la cama—. Mis pezones son sensibles, no los gires como si estuvieras sintonizando la radio, además tampoco me gusta que me sujeten las manos...

—Lo de las manos es un tema que tenemos que discutir —aseguró, acomodándose entre las caderas de la chica.

—Soy estrecha y me duele bastante tener relaciones.

—Tomo nota —murmuró, dejando que sus manos vagaran por el abdomen de la joven, sus labios descendieron por la curva de su cuello, olía delicioso, como a flores y frutas.

—No suelo tener orgasmos, así que no quiero que te sientas ofendido... —jadeó cuando le rodeó un pezón con la lengua, para luego succionarlo suavemente—. S-Si no lo alcanzo...

—Enterado. —Lentamente deslizó una mano por su abdomen, sin dejar de prestarle atención a sus pechos—. A mí me gustan depiladas, así que vas a tener que hacerlo...

—¡No! —chilló—. Se me irrita la piel si me depilo por completo. —Chris la ignoró, posicionando el rostro entre sus piernas.

—Ya existen las cremas, te quiero depilada. —Estaba seguro de que Jen se iba a quejar, pero por el contrario, estaba paralizada y tensa mientras le lamía lentamente el clítoris—. No estés tensa. —Le dio una sonora nalgada provocando que diera un respingo—. No eres una momia, así que disfrútalo. —Comenzó a alternar la lengua con lentos movimientos sobre su delicado clítoris. Cuando internó un dedo, comprobó lo que aquel día en *Cosplay* casi le hizo perder la razón: Jennifer era muy estrecha—. ¿Te está gustando? —preguntó soplando sobre su sexo.

—S-Sí... —balbuceó.

—Entonces guíame, dime cómo quieres que lo haga.

Continuó alternando la lengua por sus húmedos pliegues a la vez que llevaba un cadente ritmo con los dedos, disfrutando entre sus labios los escalofríos que la recorrían, ella sabía bastante bien. Pero cuando presionó su clítoris ligeramente con el pulgar, fuertes manos se internaron en su cabello.

—Chris, un poco más adentro... —gimió—, más... más arriba... a la izquierda... —

Tiró de su cabello con fuerza, tratando de manipularlo como si fuera un puto vibrador. Él le había dicho que lo guiara, sí, pero con *palabras*. En fin, lentamente y con cuidado le mordió el clítoris. Jen dejó escapar un grito desgarrador, asustándolo, por lo que rápidamente se separó para mirarla—. No pares, ¡mierda! —Lanzó con fuerza la cabeza hacia las almohadas, tenía ambos puños apretados contra el edredón—. Nunca pares a mitad de eso, ¡por Dios!

—Si te pones a gritar como el exorcista me confundes, estoy conociéndote, originalmente no me importa si gritan o no...

—Cállate y sigue por favor. —Tiró de su cabello y lo impulsó hacia abajo. Chris sonrió ligeramente anonadado antes de continuar alternando la lengua junto con delicados movimientos de dedos—. ¿Q-Qué movimiento estás haciendo? Me gusta... —gimoteó cuando él curvó con cuidado un dedo dentro de ella.

—No solo se trata de meter y sacar.

—Ya veo —jadeó—. Entonces, más de esos círculos, por favor...

Chris volvió a sonreír al escucharla pedirle por favor las cosas, se encargó de llevarla al límite y, con orgullo, le dio un ruidoso orgasmo a la chica no-tengo-orgasmos, presionándole el pulgar sobre el clítoris, llevándola incluso a arquearse contra él. Aquello había sido tan erótico que, sin pensarlo, se colocó el preservativo y se hundió sin preámbulos en ella.

—¡Mierda, Jen! —siseó, sus paredes internas aún seguían palpitando, exprimiéndolo y eso que apenas venía llegando. Cerró brevemente los ojos, la presión firme de los músculos de la chica lo apretaba como un puño—. Eres jodidamente estrecha.

—Te lo dije... —respiró—, no... bueno, no tengo muchas relaciones, teniendo en cuenta que estoy casada. —La risita que soltó después de decir eso hizo que los músculos se tensaran en su miembro de una forma casi insoportable.

Desconcertado y con la lujuria desbordándose, amenazando con borrarle todo pensamiento, empujó con mayor decisión, robándole a la chica un graznido. ¿Qué mierda estaba pasando? Sus instintos nunca le quemaban el cerebro, su cuerpo lo estaba traicionando de una forma desconocida. Y aunque eso lo tenía medio asustado, a la vez estaba curiosamente impaciente por hacerle experimentar a aquella mujer lo que no había vivido en toda su vida.

—Rodéame las caderas con las piernas.

—Me canso muy rápido —jadeó—, no me gusta.

—¿Qué? —Se detuvo asombrado para mirarla.

Tenía las mejillas arreboladas, la frente perlada de sudor, los ojos vidriosos. Podría estar consumido por una extraña bruma pero no estaba ciego, ella tenía el ceño fruncido. Así que bajó el ritmo de sus estocadas. Se veía tan indefensa que, otra vez sin pensarlo, se inclinó hacia sus muy apetecibles labios antes de comenzar a besarla. Ella no le correspondió el beso al principio, y después, cuando lo hizo, fue de forma vacilante, con los labios apenas separados, buscándole con la más ligera de las presiones. El sabor de la chica explotó en la boca de Chris, ella era tan dulce. Sin contenerse deslizó la lengua

contra la de ella, obligándola a besarlo con intensidad, necesitaba probarla en todo su esplendor, todo su cuerpo estaba rugiendo de deseo pero había algo que no... no estaba bien, algo estaba fuera de lugar y eso era, sí... la lengua de la chica se movía de forma rara...

—No me gustan los besos de lengua. —Jen se separó abruptamente—. Esto se siente tan raro, es tan así como intenso, no me gusta. —Oh sí, era tan buena para arruinar las fantasías.

—Porque no sabes darlos, no eres un lagarto... menos lengua.

—¡Oye! —gimió haciendo una mueca, Chris se rio antes de besarla de nuevo pese a sus protestas, tirando de su labio inferior mientras embestía una y otra vez.

—Deja de distraerme y rodéame las putas caderas, Jennifer, como *cosplayer* vas a hacer un montón de mierda, así que ve empezando. —Ella parpadeó incrédula, sin embargo le rodeó las caderas juntando los tobillos en su espalda, haciéndolo sisear, la sensación era muy placentera. Esta chica se sentía como nueva, su maldito y estrecho sexo lo estaba llevando al límite, pero... ¿por qué...?—. ¿Cómo haces para no emitir ningún ruido?

—¿Como gemir?

—Ajá. —Ella rodó los ojos.

—No gimo.

—Estuviste gimiendo hace unos segundos —aseguró mirándola con detenimiento.

—No sé por qué lo hice, pero no soy ruidosa normalmente. —Se removió bajo él, visiblemente incómoda.

Un-jodido-reto. Ella le había lanzado uno, y con lo que amaba los retos no lo pensó dos veces, se separó de ella sujetándole ambas piernas para colocarlas sobre sus hombros, y entonces, sin pensarlo, la penetró profundamente. Jen ahogó un grito, sus ojos rodaron hacia atrás antes de que le enterrara las uñas en los brazos.

—¿Qué diablos fue eso?

—Solo estaba descubriendo algo.

—Ah perfecto, *Christobal*, ¿y se puede saber qué encontraste? —jadeó mirándolo con odio.

—Telarañas, abundan acá abajo en el rincón de los lamentos.

—Eres un... —Él le puso un dedo en los carnosos labios.

—Quiero que te sueltes más, no tengas vergüenza, no me importa cómo seas ni qué hagas, no me estás conquistando ni yo a ti. Sé tú misma. Grita, aráñame, pierde el control, no voy a juzgarte.

Jen suspiró cerrando los ojos, su negativa a hacer sonidos era increíblemente poderosa, se preguntó con qué más sería tan testaruda. Decidido a mostrarle que era una ruidosa y que él siempre ganaba, comenzó a hacer círculos con las caderas mientras la penetraba, pellizcándole alternativamente los pezones. Ella se mordió el labio, tratando de

contener sus gemidos de placer.

Sin decir nada, se separó haciéndola girar, dejándola en cuatro. Entró de forma profunda, robándole un gemido amortiguado contra las sábanas. No era suficiente. Le dio una sonora nalgada, tirándole del cabello hacia atrás, ella soltó un chillido indignado mientras se arqueaba, recibiendo sus embistes. No que le importara. Luego, quizás por instinto, la chica abrió más las piernas de forma que su miembro se deslizaba por su clítoris cada vez que entraba en ella. Pronto, su centro comenzó a estrecharse y la señora no-tengo-orgasmos se vino ruidosamente, otra vez.

Solo entonces, Christopher empujó con fuerza, sintiendo cómo se hundía profundamente en su interior al tiempo que la aferraba por las caderas, jadeando la acompañó en el orgasmo. Era tan condenadamente estrecha que por un momento pensó que no iba a poder sacar su miembro de ahí, la sensación era tan placentera que estaba seguro de que lo volverían a hacer... cuanto antes mejor.

Y mientras salía del increíble interior de la chica, ni siquiera podía recordar cuándo fue la última vez que había tenido esta clase de sexo. Jen era muy cohibida, pero solo sería cuestión de tiempo para que cambiara. Le agradaba la idea de que fuera su amiga para practicar, le agradaba la idea de que estuviera casada, así no tendría que lidiar con llantos y constantes llamadas. Sí, le agradecería *mucho* comenzar con los personajes.



‘Cause I don’t wanna lose you now, I’m looking right at the other half of me, the vacancy that sat in my heart, is a space that now you hold...’

—¡Colorada! —Jennifer cerró los ojos cuando *Justin Timberlake* fue interrumpido por semejante apodo.

No había cosa más irritante, aparte de estar escuchando tu canción favorita y que la interrumpieran, que escuchar a Steve decirle ese sobrenombre.

—Hola, Steve, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con una sonrisa fingida, quitándose los audífonos.

—Mi computadora no se conecta a internet. —Dio un paso hacia adelante—. ¿Puedes ver qué le pasa? Se vuelve loca cuando tú no la ves... —Sus ojos bailando en un intento de seducción.

La joven contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. Steve era su amigo desde hacía algunos años, habían ido juntos a la misma escuela en Colorado, y le había puesto ese apodo estúpido tan solo se volvieron a encontrar en Miami. Otra cosa de Steve, también mala, era que al parecer sería su eterno enamorado, es más, Jennifer pensaba que la había seguido a Miami, y había buscado trabajo en su empresa con tal de verla. Sí, sonaba paranoico, pero bueno, Jen tenía razones de sobra para ser así.

Steve todo el tiempo le sugería salir a tomar algo: “*Si estás cansada puedo llevarte*”, “*tan solo será una copa*”, “*podemos ir un día a una discoteca*”. Pasando por alto el pequeño detalle de que estaba casada, eso no le importaba, nunca perdía la oportunidad.

—No te preocupes, vamos. —Se levantó de su lugar y sus piernas temblaron, lo que la puso nerviosa, por lo que disimuló como pudo empujándose las gafas hacia atrás por el puente de la nariz.

En la computadora de su compañero, Jen trató de concentrarse en ponerle una IP fija, en lugar de pensar en el contradictorio- molesto-delicioso dolor que tenía entre las piernas.

—Te noto cansada, ¿saliste anoche? —De inmediato, Jen se tensó. *Mierda*. La mirada rara de Steve la estaba poniendo nerviosa. No era posible que él supiera, la paranoia la estaba consumiendo.

—Para nada —inquirió secamente.

Dios, era tan obvia. Seguro a estas alturas todos sospechaban.

Sí, porque sentía que todos, absolutamente todos en la oficina, sabían que se había acostado con otro hombre. Nunca se había entregado a nadie que no fuera su marido, y se sentía tan culpable... como si hubiera matado a alguien. Dios no la aceptaría en el cielo, y el infierno nunca había sido un lugar en donde pensara pasar el resto de la eternidad. Ni siquiera el recordarse que no eran amantes la tranquilizaba.

Sabía que estaba traicionando a Nathan, y eso era un pecado bastante punible en su religión. No importaba que él también lo estuviera haciendo, Jen no pensaba de esa forma en las venganzas. Solo quería recuperarlo, y luego esto quedaría sepultado en el baúl de los olvidos, cerraría con llave este capítulo de su vida y tiraría la llave al Océano Antártico... También iría a confesarse.

Christopher no significaba nada para ella, así como estaba segura de que Viena no significaba nada para Nathan. Ahora lo que necesitaba era calmarse. Chris había osado llamarla para comentarle que justo estaba viendo a su marido en *Cosplay*, y de alguna manera, aquello la había hecho sentirse ligeramente menos culpable... y, un poco, jodidamente furiosa.

Ya fuera del trabajo, antes de ir a casa, llamó a Lisa; se moría por preguntarle si Derek sabía algo sobre la amante de Nathan, así que la invitó a comer. La citó en el *Hard Rock*, el restaurante emblema americano. Al entrar, el olor a comida fue sumamente tentador, así que en lugar de pedir un sencillo cappuccino, pidió unos *Twisted Mac Chicken*. Y mientras esperaba a su amiga, estuvo mirando el café. Quizás podría traer a Thomas aquí, a su papá le encantaría ver la discografía de *The Ramones*, o *The Beatles*.

No había pasado mucho tiempo cuando a la distancia observó a Lisa entrar, y pensó que era gracioso cómo seguía levantando miradas al pasar. El hermoso vestido amarillo le sentaba de muerte, los tacones transparentes; con un tacón delgado y altísimo, la hacían lucir muy estilizada, toda aquella figura bastante cuidada le recordó... a *Chris*. Sacudió la cabeza, ni al caso estarse acordando de ese arrogante idiota antes de tiempo...

«Eres una ruidosa, te lo dije».

La castaña cerró los ojos masajeándose las sienes. El idiota se había encargado de recordarle eso cada vez que la había hecho correrse, ah y cómo no, también agregaba cosas como: «*Sigues debiéndome un orgasmo*». Jen todavía no podía creerlo, ¿cómo era posible que se hubiera corrido más de una vez?, ¿o corrido siquiera? Por la noche había

quedado tan cansada, que le dijo que pidiera un taxi porque ella no podía levantarse para llevarlo. Así que había pasado la noche, por primera vez en siglos, sola en su casa de playa. Miró de nuevo a Lisa tratando de olvidar esas estupideces, su amiga sostenía en brazos a Gianna, la más pequeña de sus hijas.

—Jenny —tarareó su amiga dándole un beso en la mejilla.

—Lisa —saludó antes de que Gianna quisiera irse a sus brazos. La joven sonrió sosteniendo a la preciosa niña, su rostro muy blanco y redondo, sus ojos azules alegres y las manitas llenas de chocolate—. Hola, princesa —canturreó llenándola de besos.

Jen siempre se emocionaba con cualquier bebé, todo el mundo le decía que tenía un don especial con los niños, todos se querían ir con ella. Lástima que Nathan estuviera todo el tiempo posponiendo el ser padres.

—¿Cómo... estás? —preguntó Lisa en tono nervioso.

Le había contado hacía apenas un par de días su situación, y Dios, no podía haber nada más horrendo que justo la mirada de su amiga en estos momentos. Gritaba lástima por cada poro, Jen odiaba esa mirada, había lidiado con ese tipo de miradas por años, y no podía soportarlo de una de sus mejores amigas. Por eso no le había dicho a nadie que Nathan le había pedido el divorcio, y mucho menos que tenía los papeles en casa sin firmar.

—Pues, me va —contestó frustrada.

—Lo sé, nena, Nathan ya le contó a Derek.

—¿Y qué exactamente le contó? —inquirió interesada.

—Ya sabes cómo son, se tapan el uno al otro... —Se encogió de hombros mirando la carta del menú—. Es muy difícil que Derek me diga todo lo que Nathan le contó, pero me dio a entender... que él... efectivamente está viéndose con alguien.

Si Jen pudiera congelar este momento y solo moverse ella, lo usaría para gritar como posesa. Odiaba que poco a poco la gente se fuera enterando, aborrecía a esa *otra mujersucha* de mierda con todas sus fuerzas. Respiró hondo, concentrándose en el dolor que Gianna le estaba provocando al tirar con fuerza de sus aretes.

—Te lo dije, te dije que me estaba engañando —inquirió irritada, tratando de quitar la manita asesina de Gianna de su oreja.

—Lo sé, Jen... —suspiró—. ¿Qué piensas hacer?

—Quisiera... —Tragó saliva, sabía que le pediría mucho a su amiga, pero no tenía más remedio—. Quisiera ver, si es posible, no sé... —balbuceó—, que Derek intentara disuadir a Nathan de su idea de divorciarnos.

—¿El cínico te pidió el divorcio? —La pelirroja se mordisqueó el labio antes de asentir—. ¿Y aun así quieres que Derek intente disuadirlo? —regañó Lisa frunciendo los labios—. ¿Cómo es posible que pienses en seguir con él después de que te está engañando con otra? —Jennifer cerró los ojos con fuerza.

—Todos podemos equivocarnos, Lisa, si Derek lo hiciera... ¿tú no volverías con él?

—No.

—¡Lisa! —gimió frustrada. Gianna la miró de forma extraña, sus ojitos azules estaban concentrados en el movimiento de sus labios, y sin pensarlo, la niña tomó su labio inferior jalándoselo con fuerza—. No mientas, tienes hijas y...

—Por eso —la interrumpió—, porque tengo hijas no les daría ese ejemplo, el que te la hace una vez, te la hace dos veces, Jen —sentenció la joven taladrándola con sus profundos ojos azules.

—¿Puedes ayudarme esta vez, por favor? —suplicó, cerrando los ojos, tratando de poner en orden sus ideas.

—Sabes que sí puedo hacerlo, amiga. —Lisa se sentó a su lado, llevando a Gianna a sus brazos, quien se estaba comiendo su arete—. Es solo que no me gusta verte sufrir por él de esta manera.

—Lo vamos a solucionar, Lisa. —Sus ojos bailando determinados—. Estoy segura de que Nathan me ama, es solo que está pasando por un momento de confusión. —Deslizó una mano por el suave cabello rubio de la niña, pero cuando Lisa suspiró, Jen supo que no compartían la misma idea.

—Lo voy a intentar. Pero ya te he dicho que a Derek no le gusta que lo presionen, cada vez que ustedes se pelean y nos meten en sus problemas... bueno, ellos se van distanciando. —Jen asintió con pena—. Desgraciadamente, tú y yo también, sabes que te quiero con todo mi corazón, pero cuando se trata de este tipo de temas... preferiría no inmiscuirme.

—Lo sé y lo siento... Te prometo que esta será la primera y última vez. —Jennifer observó que el camarero venía con su platillo, pero el hambre se le había esfumado.



—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? —inquirió Chris antes de dar un sorbo a su enorme vaso de jugo de arándanos.

—¿Qué tal la roba órganos? —Axel tenía una sonrisa burlona en sus labios, sus ojos bailando divertidos.

—Pues... —suspiró, no sabía cómo describir lo que había vivido la noche anterior—. Digamos, que me va a costar enseñarle cosas, es muy cohibida...

—¿Al menos es bonita?

Chris recordó la suavidad de su blanca piel, su largo cabello rojo, el dulzón aroma de su excitación, hasta incluso su curiosa lengua.

—Está decente. Tiene buen cuerpo, pero se viste como una señora.

—Es una señora —apuntó Axel con una sonrisa.

—Sí, pero es una señora joven... —Se pasó una mano por el cabello—. No sé cómo

describirla, me gusta obviamente, si no, no estaría ayudándola ni por todo el dinero del mundo.

—Pues suerte con eso, recuerda que si te deja tirado en medio de la nada a las once de la noche, puedes volver a llamarme.

Su burla no le pasó desapercibida, y es que Chris le había llamado para decirle que estaba en una mansión en Palm Beach, con una amena traficante de órganos, que estaba muy cansada como para llevarlo. No iba a gastar dinero en taxi, para eso estaba su irónico amigo, más valían un par de burlas que menos dólares en la cartera. Después del desayuno, el castaño se fue a entrenar por dos horas al gimnasio y de ahí se pasó a *Cosplay*.

—Una chica ya te está esperando —le informó Amanda apenas lo vio entrar a recepción.

—¿La conozco? —preguntó ojeando el expediente de la chica.

—No, es nueva.

El joven miró detenidamente las fotos de la chica, cuyo nombre resultó ser Ashley, alta, de cabello rubio largo, se veía interesante y muy guapa. Las rubias siempre habían sido su debilidad.

—¿Te dijo a qué quiere jugar? —le preguntó a Amanda, quien estaba mirando a su lado el expediente.

—Quiere ser atacada por un vampiro —sonrió de forma socarrona, Chris rodó los ojos, últimamente había tenido que jugar bastante a ser un vampiro.

Un par de clientas habían corrido la voz de que lo hacía muy bien; en realidad, Chris se tomaba muy en serio todos sus papeles. Así que sí, le gustaba que hablaran de él. Entre más trabajo, mejor.

—Está bien —contestó cerrando el expediente.

Luego, sonrió apenas entró al cuarto de disfraces, Axel venía saliendo vestido como un rudo motociclista, llevaba una chaqueta de cuero, vaqueros, botas *dark* y una cadena colgando. El castaño elevó una ceja.

—Eso es nuevo. —Axel miró su ropa antes de soltarse riendo.

—Sí, me siento chistoso. —Se encogió de hombros, haciendo que la chaqueta de cuero crujiera con el movimiento de sus músculos—. Te veo al rato.

Chris se apresuró para cambiarse, para él ser vampiro no era ponerse una capa y unos colmillos de plástico. Le gustaba interpretar ese personaje de otra manera, más... casual. Así que se puso una gabardina gris larga hasta las rodillas, unos pantalones de vestir oscuros y su arma secreta en los dientes. Eso era todo lo que completaba su atuendo.

Ashley lo esperaba en la bodega siete, la que parecía un callejón oscuro. Era una de las más grandes, tenía dos autos estacionados, un farol con un pésimo alumbrado, incluso pavimento real, era como si efectivamente estuvieras en la calle a las once de la noche en un barrio de mala muerte. Normalmente era utilizado para realizar fantasías de asaltos, violaciones, atracos y... mordidas de vampiros con probable final feliz.

La rubia estaba de pie al fondo, mirando distraídamente hacia el interior de uno de los automóviles, la minifalda dejaba ver sus kilométricas piernas. Chris entró sigiloso como un fantasma, la chica ni siquiera se percató cuando se detuvo detrás de ella.

—Es muy tarde para curiosear en estos lugares, ¿no crees? —preguntó con voz profunda y ronca. Ashley gritó dando un respingo, realmente asustada retrocedió un paso, solo para que su espalda chocara contra el auto.

—Yo... eh... estaba perdida.

—¿Ah, sí? —Chris se acercó más, regalándole una escalofriante sonrisa, la cual dejaba ver un poco uno de sus colmillos de material de porcelana que había mandado a hacer exclusivamente para esto.

—S-Será mejor que me vaya —cuchicheó nerviosa, tratando de moverse hacia un costado.

Christopher sujetó con rudeza su garganta, provocando que la joven jadeara en esfuerzo, cualquier mujer normal estaría aterrada, ¿esta chica?, bueno, sus ojos estaban bailando llenos de excitación y síp, este era el momento en que Chris comenzaba la fantasía.



Esa noche, Jennifer fue a *Cartoons* por el tipo creído, quien la esperaba, como siempre, afuera del restaurante.

Él se encontraba apoyado contra un poste, los vaqueros oscuros caían seductoramente por sus caderas, la camiseta negra tipo polo destacando esos fornidos bíceps. Llevaba los audífonos puestos, y al parecer, tarareaba una canción. Esta vez, Jen hizo solo cambio de luces.

Mientras caminaba hacia su auto, todo seguro de sí mismo, le pareció de nuevo un maldito y arrogante modelo de revistas; cabello revuelto, ojos azules, perfil perfecto, cuerpo de infarto. Estaba claro que el *cosplayer* se entrenaba como un adicto, y valía lo que ella había pagado por él. Inevitablemente suspiró al pensar que estaba pagando por un hombre, ¿a qué hora su tranquila vida se había convertido en esto?

Gracias a Dios, su lado malvado pensaba que, si iba a engañar a su marido, al menos estaba bien que lo estuviera haciendo con alguien condenadamente bueno como él. En cuanto se subió, la joven respiró hondo, la loción de Chris inundando el pequeño auto, él olía simplemente delicioso; a gel de baño y su característico aroma masculino. Sin poder evitarlo, se estremeció ante los recuerdos que la embargaron, incluso se ruborizó.

—Hola... ¿más descansadita? —Su tono juguetón solo se ganó una mirada envenenada.

—No estoy acostumbrada a estas cosas, ¿de acuerdo? —confesó, fulminándolo con la mirada—. Hoy también fue un día pesado, normalmente siempre llego a casa y tomo una siesta, en cambio, ahora tengo que andar por ahí haciendo... otro tipo de cosas.

—Ni que lo digas —resopló—, yo también solía llegar a descansar después de un día

pesado, y ahora tengo que andar por ahí enseñando... clases sexuales. —Le guiñó el ojo de forma sugerente.

Ella lo ignoró con un bufido, él hizo lo mismo al ponerse sus audífonos, perdiéndose en su música ruidosa. La joven miró hacia el frente en silencio, se sentía un poco melancólica por toda la charla con Lisa, así que puso música acorde a su estado de ánimo y le subió un poquito, de más, para no escuchar el ruido de Chris.

—¿Qué música tan aburrida! —Jen dio un respingo al escuchar la voz profunda del joven, antes de observarlo con horror.

—¿Cómo que aburrida, acaso no te gusta Beethoven?

—¿Por qué en la vida escucharía eso? —Ladeó la cabeza observándola como si fuera un bicho raro.

—¿Ni siquiera te gusta la canción “Luz de luna”? —Él mantuvo su gesto confundido—. Es... es... —respiró hondo—, no puedo creer que no te guste esta clase de música.

—Seguramente tu esposo y tú la escuchaban cenando a la luz de las velas. —De nuevo el sarcasmo destilando de su voz.

Jen parpadeó, quizás a la luz de las velas no, pero sí escuchaban esa música. Tenía un costosísimo piano en casa, negro y precioso, cuando era niña había aprendido a tocarlo y desde entonces lo tenía. A veces, Nathan se sentaba en un sofá con una copa de vino tinto, escuchándola y diciéndole lo hermosa que se veía tocando, luego, se acercaba a su oído cuchicheándole que tuvieran sexo sobre él, y ella siempre se negaba a arruinar semejante pedazo de...

—Tierra llamando a Jen. —Chris sacudía la mano frente a ella—. La vista al frente por favor, no quiero morir aún. —La chica sacudió la cabeza volviendo a la realidad.

—Cambiaré de canción, señor *no-sé-de-música*. —Rápidamente puso su canción favorita de *Justin Timberlake*, de su época de confusión, que en vez de estar en los *Backstreet Boys* estaba en ese horroroso grupo similar, la canción *Gone*.

—¿*N’sync*? Te subestimé, eres más antigua que... —Ella lo ignoró cantando.

—*There’s a thousand words that I could say, to make you come home... Oh, seems so long ago you walked away...*

—Qué bien cantas. —La estaba mirando con una extraña sonrisa.

—Gracias, tomé clases de canto —comentó orgullosa.

—Hum, lo que podemos hacer con esa garganta. —Una arrogante sonrisa se dibujó en su sensual boca.

—¿Siempre estás pensando en sexo? —preguntó sacudiendo la cabeza, intentando no ruborizarse.

—De hecho, antes de eso, estaba pensando, ¿por qué es que tienes sonido en tu auto?

—¿Te refieres a esto? —Jennifer hizo que el auto vibrara con el cajón de audio que tenía instalado en la cajuela.

—Sí —gritó él por encima del ruido.

—Me gusta el sonido, los rines, los faros con luz de xenón, ¿ya te parezco un chico?

—Todavía no —comentó sonriendo—. Eres curiosa.

—*Curiosa* —escupió con desdén—, eso no es ningún halago.

—No estaba tratando de halagarte. —Se encogió de hombros.

—Bueno... hablando de curiosidades, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Tu primer personaje, *real*. Ya lo verás. —Le sonrió de una forma que no pudo evitar un escalofrío. Él podía ser tan enfermo.

El resto del camino lo llevaron en silencio, pero en cuanto llegaron a la casa de verano, Chris le extendió una maleta.

—Te vas a disfrazar con lo que viene allí.

—¿Qué es esto? —preguntó curiosa al tiempo que sacaba un sombrero del interior.

—Serás una ardiente vaquera —sonrió mirándola de arriba abajo.

—Chris, yo no... no lo sé... —tartamudeó nerviosa.

—Exacto, para eso estoy aquí, para enseñarte.

—¿Y tú qué personaje vas a ser?

—Un campesino —ella elevó una ceja—, cámbiate y búscame en el patio. Veinte minutos, es todo lo que tienes. Ah y, ¿Jen? —Ella elevó la vista para encontrarse con esos ojos azules de depravado—. Te quiero sin sostén.

Y con eso, se dio la vuelta, desapareciendo por el pasillo. Así que aquí estaba, en el precioso e inmaculado baño de mármol de su casa, bufando con cada prenda que sacaba de la dichosa maleta. Los *shorts* estaban desgastados, eran sumamente cortos y ajustados, y las botas de víbora, o algo así, ya le estaban dando calor y ni siquiera se las había puesto. Respiró hondo mientras se ataba una ridícula camisa a cuadros que le cubría únicamente los pechos... sin sostén, como había exigido el campesino, por último, remató su personaje con una estúpida peluca rubia y el sombrero.

Ahora, mientras caminaba hacia el patio, sostenía en su mano una cuerda de plástico que simulaba una real, con la que pretendía lazar al inútil campesino perdido, quizás hasta ahorcarlo por hacerla lucir así de ridícula. Estaba claro que el inútil no sabía sus medidas, estas eran las medidas de una niña; el diminuto short se le metía por el trasero a cada paso que daba. Quería poner los ojos en blanco, de verdad que no había nacido para interpretar a ninguna vaquera sexy. Se replanteó cien veces lo que estaba haciendo con su vida. Pero el recuerdo de Nathan, de su matrimonio y de todo lo que tenía con él, la hizo armarse de valor y continuar con esta mierda que él necesitaba para estar feliz... y a su lado.

Caminó mortificada jugando con el lazo en su búsqueda, su jardín era vasto, tenía incluso un espacio de playa privada. Buscarlo no sería sencillo, ya se estaba sintiendo violada por el puto *short*, cuando vio la puerta abierta del viejo cobertizo, así que caminó hacia allí lista para reclamarle un par de cosas, pero en cuanto entró, se congeló en su sitio. El crepúsculo estaba en el horizonte, robándole destellos luminosos a su piel

húmeda. Chris sostenía con una mano una cubeta con agua, y como en cámara lenta, dejaba caer sobre su cuerpo el vital líquido que se perdía entre los vaqueros rotos y medio abiertos que se había puesto, con la otra mano se estaba frotando los ridículos abdominales, enjuagándolos como si hubiera trabajado en el campo todo el día.

Jen pensó que alguien podría grabarlo para alguna película porno, y funcionaría totalmente. En realidad ella nunca pensó que esas imágenes cliché en las películas fueran ciertas y calientes como el infierno, hasta hoy. Porque sí, el maldito estaba para comérselo. Sin embargo se puso nerviosa en cuanto él atrapó su mirada, sus ojos azules eran zafiros oscuros; dos pozos profundos.

—¿Qué hace aquí? —El joven dejó el bote a un lado para pasarse ambas manos por el cabello mojado.

—¿C-Cómo que qué hago aquí? —Parpadeó confundida—. Tú me dijiste que...

—Jen... —Chris se soltó riendo mientras negaba con la cabeza—. Ya estamos con el juego, sígueme la corriente, ¿sí?

—Pero no sé cómo, ¿qué debo decir? —Apretó un poco más la ridícula sogá entre sus manos, estaba tan confundida y nerviosa.

—Improvisa, ahora sal de aquí y entra de nuevo. Por tu culpa voy a tener que mojarme otra vez. —Rodó los ojos, Jen lo observó y un oscuro lado le dijo que eso estaba perfecto.

Chris y mojado... síp. Era un combo digno de ver. Suspiró mientras repetía el mismo procedimiento. Él otra vez estaba mojándose de esa forma tan terriblemente seductora y Jen se dijo que era tiempo de jugar.

—¿Qué hace aquí?

Jen suspiró, preparándose para el papel de su vida, moduló su voz y habló:

—La pregunta es... ¿qué haces tú aquí, *campesinucho*? —Él la miró confuso antes de soltar una carcajada.

—¿Y tienes que hacer ese tono country en tu voz? —dijo riéndose.

—Se supone que soy una vaquera, ¿o no? —gimió—. No sé cómo diablos hacer esto, ya no juego... —Caminó hacia atrás, pero de alguna manera las estúpidas botas se enredaron en la cuerda provocando que se tropezara.

La joven gritó esperando el golpe, pero en un movimiento que la tomó por sorpresa, Chris la sostuvo entre sus ridículos y fuertes brazos mojados, la ayudó a desatarse... para luego enlazarle las manos como si fuera un becerro en el rodeo.

—Está en mi territorio, ¿sabe cómo pagan las vaqueras este error? —Tiró de la cuerda, acercándola como si fuera una vaca.

—¿C-Cómo? —balbuceó aturdida, él la había... *atado*.



Chris se dijo que tenía que tener paciencia con Jen, era obvia su pésima coordinación, y ni qué decir de sus actuaciones. Pero con esas caderas de infarto y ese culo apretado, estaba seguro de que si no le iba bien como *cosplayer*, al menos haría caer al jodido marido en el intento. El papel que Chris había pensado para ella era el de la dueña de la hacienda, creyó que podían empezar con eso, basándose en su ridículo intento de dominatriz del día anterior. Pero visiblemente ella todavía no estaba lista para eso. Así que la tomó en brazos y la recostó en una improvisada cama que había hecho dentro del cobertizo con la ayuda de algunas mantas.

—¿Lo haremos en el piso...? —preguntó la joven, con la frente perlada de sudor.

—Te voy a coger en el suelo, sí. —Ella frunció los labios—. ¿Qué ocurre?

—Es que me pica.

—¿Qué te pica?

—El césped, soy alérgica —aseguró removiéndose. El chico tomó una bocanada de aire tratando de controlarse.

—Debes aprender a meterte en el papel, no quiero quejas.

—Pero es que esto me está dando alergia —lo interrumpió—, siento ronchones en la espalda. Además, ¿qué tal que me sale un grillo? No sabes cómo odio a esos hijos de puta.

—No hay grillos, revisé todo. —Él contuvo un resoplido.

—¿Estás seguro? Es en serio, no sabes cuánto los odio.

—Quizás deba amordazarla, las vaqueras como usted se merecen ser castigadas —escupió mirándola severamente.

—¿Por qué? —susurró, sus ojos buscando una salida.

—Mejor dicho, con qué.

—¿Con qué, qué? —inquirió ahora removiéndose, mierda, no podía estarse quieta, por lo que se colocó a horcajadas sobre ella.

—El punto aquí es —sujetó su mentón—, que tiene que entregarme su virginidad por haberse metido en mis territorios.

Jen dejó de moverse al tiempo que se mordisqueaba el labio inferior. Los grandes ojos azules de Chris se clavaron en éste fijamente antes de que el cuerpo de ella comenzara a sacudirse debajo de él.

Elevó una ceja. No podía ser jodidamente en serio. ¿Acaso la tonta se estaba riendo? Entonces ella soltó una carcajada, confirmándose, su cuerpo completo comenzó a convulsionar como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Dios, ¿pero cómo mierda iban a llegar a algún lado con esto?

Capítulo Cinco

Chris no podía recordar cuándo fue la última vez que se había sentido de esta manera, es más, *nunca* se había sentido así.

Antes de trabajar en *Cosplay* siempre tuvo suerte con las chicas. No necesitaba hacer nada para tener a cualquier mujer a sus pies, realmente nada. Ellas solamente venían a él, insinuándose, así sin más. Después, cuando comenzó a trabajar en *Cosplay*, puede que se sintiera un tanto engreído al tener más trabajo que sus compañeros, incluso a veces tenía chicas en lista de espera.

Por eso ahora, mientras veía a Jen sacudirse de la risa hasta las lágrimas, ni siquiera sabía cómo sentirse. Estaba haciendo lo que jodidamente siempre hacía. Un sentimiento de frustración lo estaba recorriendo por entero, *¿qué mierda estaba haciendo mal?*

—¿Cuál es el chiste? —espetó entre dientes. Pero eso fue peor, porque Jen soltó otra carcajada.

—¿Virginidad? —chilló de risa—. Campesino, es que esa la perdí hace tanto... bueno, es que además yo... es que estoy nerviosa. —Se carcajeó abiertamente—. Cuando estoy nerviosa, me da mucha risa... Suéltame las manos.

—No te voy a liberar.

—Por favor —rio.

—No.

—Libérame —advirtió mientras comenzaba a moverse como un gusano bajo él—. No me gusta, ¡por favor!, ¡suéltame, suéltame, suéltame! —gritó como posesa.

Antes de que empezara a girar la cabeza y le hablara en otra lengua, le soltó las manos. Jen inmediatamente lo empujó y se puso de pie, caminando de un lado a otro como león enjaulado. Chris se plantó frente a ella, sosteniéndola por los hombros.

—¿Qué te pasa? —inquirió contrariado, pero no le respondió, se estaba frotando los brazos, mirando hacia abajo, de forma que la peluca rubia le cubría un poco el rostro, pero aun así pudo ver lágrimas bajando por sus mejillas—. ¿Por qué lloras? ¿Te lastimé? —*Mierda*. Se alarmó, jamás había lastimado a nadie, le miró las manos para asegurarse de que no la había atado con fuerza.

—No me lastimaste —negó, rápidamente zafándose de su toque.

—¿Entonces qué ocurre? —*Dios*, ya ni recordaba cuándo fue la última vez que había estado en una situación como ésta, no le gustaba lidiar con lágrimas de mujeres, por eso no mantenía una relación con ninguna.

—Es que... —sorbió la nariz—, es que la sogá... es que no me gusta estar amarrada —sollozó abiertamente.

—Cálmate, Jen. —La atrajo hacia sí. Se veía toda indefensa, lloriqueando, parecía una niña y no pudo evitar abrazarla sintiendo un ridículo instinto protector—. Sería

incapaz de lastimarte, solo tienes que decirme lo que no quieres.

—Te dije que no quería que me amarraras.

—Si me lo dices riéndote... ¿qué esperabas que pensara?

—Lo siento —musitó, dejándose reconfortar.

Chris hizo una mueca. No era bueno en este papel, prefería el de amigo, amante o como fuera. Ahora no sabía qué mierda hacer con ella, sin embargo, tenerla entre sus brazos no se sentía tan mal, hacía mucho que no tenía una chica para otra cosa que no fuera tirársela. Pensó que al menos podría consolarla al abrazarla, puesto que no sabía otra forma. Ella por su lado estaba en silencio, frotando inocentemente una cicatriz en su brazo.

—¿Te ocurrió en el pasado algo con las sogas? —preguntó, deslizando un dedo sobre la cicatriz suavemente, pero Jen se tensó.

—Algo por el estilo. —Removió su brazo por lo que el joven dejó caer la mano y de pasada dejó de abrazarla.

—Y no quieres hablar de eso —afirmó más que preguntar.

—No.

—Eso está bien, lo malo es que a tu esposo... —carraspeó, sin saber si decirle o no.

—¿Qué tiene Nathan? —demandó interesada.

—Bueno, él...

¿Cómo explicarle lo que había visto? Viena había llegado a la habitación de disfraces cuando él ya iba de salida. Llevaba un collar que tenía picos y simulaba al de un perro, una delicada soga de cuero colgaba para tirar de ella, la lencería de encaje blanco, o lo que quedaba, dejaba ver marcas en sus brazos y piernas, incluso algunas heridas abiertas. Chris le preguntó enfurecido si el bastardo con el que estuvo se había pasado de la raya; pero ella le aseguró que ella quería así de fuertes las cosas con... *Nathan*.

—¿Qué pasa con Nathan? Por favor dime —insistió la joven.

—Creo que a él le gusta dominar. —Los ojos de la chica se ampliaron con horror—. A lo que voy con esto es que, si te pide un papel así, no vas a poder. —La chica observó la soga, y Chris supo que estaba replanteándose ser amarrada, era ridícula la forma en que parecía querer hacer todo por su esposo—. Puedes pedirle que jueguen a otra cosa —sugirió—, por eso desde un principio te proponía que fueras tú la dominante, ¿quieres intentarlo?

Jen parpadeó, una pequeña sonrisa dibujándose en sus labios.

—Sí, quiero intentarlo de nuevo.

—Bien, entonces tú serás la dueña de este lugar, no lo olvides. —«*Nada lejos de la realidad*», pensó mientras daba la media vuelta.



Jennifer se sentía ridícula.

No por el hecho de ser ahora la que tenía que mojarse, sino por haberse puesto a llorar como una niña frente a un completo extraño. La sensación de vulnerabilidad aún la tenía descolocada, ni siquiera había podido removerse de los protectores brazos de Chris, lo que ya decía mucho de su jodido trauma.

Aun así, no quería hablar con nadie de eso, nunca lo había hecho y no lo haría ahora. Por eso agradeció en el alma que a Chris pareciera no importarle su pequeño lapsus *estupidus*. Sintióse renovada, elevó el cubo de agua para mojarse pero se quedó quieta al escuchar pasos. Chris entró en escena, moviendo la sogá cual vaquero experimentado, luciendo terriblemente apuesto y seductor, dejándola con la boca abierta. Su torso marcándose con cada movimiento, sus brazos ondulando, la piel brillando tenuemente...

—¡Diablos! —El cubo se le resbaló, cayéndole en la cabeza, mojándola y golpeándola—. Mierda jodida de todas las mierdas del mundo, ¡esta puta agua está heladísima! —gritó elegante.

Furiosa, la joven pateó el cubo al tiempo que se quitaba la ridícula peluca rubia estropeada. Su cabello real, sujeto en una coleta, también estaba empapado, por lo que lo soltó para sacudirlo. Sin atreverse a encontrarlo con la mirada, respiró varias veces, estaba molesta, se sentía estúpida... y sí, quería llorar.

—Lo siento, Chris —balbuceó, sintiendo el rubor en el rostro.

Como no obtuvo respuesta, lo buscó tan solo para encontrarse con una sonrisa que torcía sus labios, no era una burlona, sino una seductora, dejándola sin respiración. Un escalofrío le recorrió la columna, y no precisamente por el frío. Él siguió sin decir nada al tiempo que reanudaba sus movimientos con la sogá, sus ojos oscureciéndose a cada segundo mientras la repasaba con la mirada.

La joven tragó saliva, sin duda parecía un violador en serie, y no pudo evitar sentirse como una oveja pequeña e indefensa. Se mordió el labio, no estaba dispuesta a echar a perder por cuarta vez la escena, cuadró los hombros y sacó el pecho al estilo militar.

—¿Quién jodidos eres? —bramó, producto del frío que sentía. Chris elevó una ceja antes de recomponerse, bajando la mirada.

—Eh... b-bueno, yo no pensé que fuera a estar aquí, señora, lo siento mucho —susurró en voz baja y aterciopelada. Como si fuera un ridículo empleado... *o campesino*.

Jen ya quería pedirle disculpas por la manera en la que le gritó, recordando las veces en las que su mamá trató así a los empleados, ella se había jurado jamás tratar así a nadie. Por lo que se acercó titubeante hacia él, pero conforme avanzaba, Chris le lanzó una mirada que la detuvo en seco, sus ojos azules ardían y decían claramente: *no-lo-arruines*; así que recompuso sus pasos.

—Dame la sogá —exigió, él se le quedó viendo solo un segundo antes de dársela—. Vas a pagar cara tu osadía.

—Lo siento —volvió a cuchichear con esa voz temerosa que a Jen le daban ganas de decirle *pequeño pony*, abrazarlo y convencerlo de que todo estaría bien—. ¿Qué va a hacer conmigo, señora? —inquirió dulcemente, su cuerpo de infarto escurriendo agua.

Jen pensó que se iba a derretir, quería mimarlo y darle una taza de chocolate caliente junto con una manta. Pero si era una ternurita... *disfrazado de pecado*. Respiró hondo, sacudiendo la cabeza recordó que a eso no habían venido, nada de chocolate, nada de portarse bien, nada de *pequeño pony*. Nathan quería azotes y se los iba a dar, volvió a mirar a Chris de arriba abajo sin pudor. Se veía absurdamente seductor así empapado, su musculoso torso, la estrecha cintura, la tonificada pelvis al descubierto por culpa de esos vaqueros desaliñados y medio abiertos, dejando ver todo el camino hacia su... no. No iba a mirarle *allí*, rápidamente elevó la vista solo para encontrarse con que las comisuras de la boca de Chris se curvaban en la sonrisa más presuntuosa que hubiera visto nunca.

Jen se relamió los labios, mirándolo inconscientemente cargada de excitación.

—Te voy a enseñar a no meterte en mis dominios —espetó con una extraña voz ronca—. Dame las manos.

El campesino obedientemente extendió las manos, por lo que se las ató de forma torpe, jamás aprendió siquiera a abrocharse bien las agujetas, por lo que batalló mucho para hacerle un precioso moño, un doblez por aquí, otro por allá... Cuando terminó y lo vio orgullosa, Chris se estaba mordiendo el labio inferior. Ojalá que el idiota no se fuera a burlar porque...

—¿Y ahora? —preguntó el castaño, una sonrisa sensual dibujándose en sus labios. Sin duda Chris era muy guapo, no como Nathan pero... pasaba.

—Te vas a acostar. —Chris se encogió de hombros, con ambas manos atadas al frente, se dejó caer en las mantas.

—¿Y ahora? —volvió a preguntar. Jen suspiró, ¿qué iba a hacer con él? Sin duda no era buena iniciando las fantasías.

—Ahora te vas a callar y dejar de preguntarme lo que sigue —espetó realmente molesta.

—Lo siento, señora. —Bajó la mirada. Era. Un. Ridículo. ¿Cómo lograba portarse así de lindo?

Jen se puso a horcajadas sobre él, y cruzándose de brazos, analizó las cosas que tenía que hacer. Es más, lo catalogó por puntos importantes. Primero, tenía a un hombre de infarto bajo sus piernas que debía ser sometido, lo malo es que no se había portado mal, además su tono de voz dulce y educado cuando preguntaba las cosas la ponía enferma. Segundo, estaba el hecho de que ya estaba oscureciendo, si ella se enfermaba podría darle asma...

—Jennifer, deja de estar pensando —habló con voz profunda—, no hay nada que pensar, quítame la ropa, móntame como vaquera, fin de la fantasía. Me estoy congelando aquí.

—Es que yo...

Sin dejarla terminar la frase, le pellizcó un duro pezón al tiempo que embestía hacia arriba las caderas, Jen ahogó un grito ante semejante invasión. Le lanzó una mirada estupefacta, porque el campesino estaba más que listo y ella... *también*. Sentir su dura erección entre los muslos, sus abrasadores ojos, el tono áspero de su voz. Sus pezones

traidores respondieron a esos largos dedos, humedeciéndola y aunque le daba vergüenza comenzar, se tragó su mojigatez, acercándose a él le besó de forma tímida los pectorales.

Su sabor cantó por su lengua, ¿cómo alguien podía saber tan bien? Las manos de Chris, a pesar de estar atadas, hábilmente le soltaron el nudo que se había hecho en la parte delantera de la camisa, ruborizándola cuando sus pechos quedaron al aire. En un movimiento inesperado, él pasó las manos por su nuca, atrayéndola, y al instante estaba besándola con posesión, Jen supo que había perdido el mando, pero no se molestó, debía aprender.

Como esta técnica, por ejemplo. Aun con manos amarradas la tenía sometida y los besos... Dios, debía besar como si estuviera famélica, y sobre todo necesitaba aprender cómo interpretar un personaje. Chris era exigente con sus besos, le deslizaba la lengua por el labio inferior, otras veces tiraba de él. Pero Jen no quería besarlo más de lo necesario, su boca al menos debía permanecer en lo posible intacta. Le pertenecía en su totalidad a Nathan.

—Abre más la boca. —La orden ruda y ronca la hizo jadear.

Así que no le quedó más remedio que obedecer, su cuerpo sufrió un escalofrío cuando la lengua de Chris buscó la suya en forma de una ardiente caricia.

—Quítame los vaqueros —exigió entre besos.

—S-Sí.

Nerviosa deslizó las manos a sus vaqueros. Chris le ayudó elevando las caderas, el maldito no traía bóxer, por lo que su erección saltó a la vista como un mástil orgulloso, cayendo pesadamente sobre su vientre. Jen sofocó un grito, nunca la había visto bien y menos de día, pero no podría ser más grande que la de Nathan, *de-ninguna-jodida-manera*.

Tarde se dio cuenta de que otra vez la estaba viendo, por lo que ruborizada subió de golpe la vista hacia él, tan solo para encontrarse con esos arrogantes ojos azules, por lo que Jen se prometió no volver a verle jamás *allí*. De pronto, él se quedó quieto, y por su mirada, estaba claro que era su turno en desnudarse. Titubeando y despojándose de sus miedos, hizo lo mismo con los malditos pantaloncillos violadores y quedó desnuda frente a él. El campesino volvió a pasar sus brazos por encima de ella, haciendo que se sintiera un poco —bastante— aprisionada. Su respiración se desbocó, no le gustaba sentirse así.

—No tengas miedo —murmuró entre sus labios, un simple roce que la llevó casi a la locura—, no te voy a hacer daño, te lo prometo. —Los labios suaves y sedosos de Chris estaban en todas partes ahora, en su mandíbula, en sus pechos, en el lóbulo de su oreja—. Me encanta lo suave de tu piel, si tuviera las manos libres, buscaría ese dulce lugar entre tus piernas y jugaría con tu clítoris, demostrándote una y otra vez que eres una *ruidosa*...

Quizás debería de sentirse ofendida y amordazar al igualado campesino, pero por el contrario a sus pensamientos, se encontró liberándole las manos al tiempo que se frotaba contra él como una gata en celo, no podía creer que la estuviera seduciendo con sus cuchicheos insolentes. Las manos avariciosas de Jen cobraron vida y le acariciaron el musculoso torso, haciéndolo gemir y por alguna razón el sonido fue como una caliente erupción en su piel.

Estaba vergonzosamente empapada. Ni siquiera le importó escuchar el sonido del aluminio desgarrarse, ni tampoco sentir las manos de Chris por todos lados. Solo quería sentirlo, y cuando por fin él se introdujo, lo hizo de una profunda y certera estocada.

—¡Dios! —jadeó el joven—, me encanta que seas tan estrecha.

Incapaz de responder, Jen se mordió el labio sintiendo lo abrumadoramente grande que era, aunque no como su esposo, claro. Porque con Nathan varias veces se le habían escapado gritos de dolor y lágrimas traicioneras, precisamente *por-su-tamaño*.

—Muévete encima de mí, vaquera. —Sonriendo le dio una nalgada antes de recostarse sobre las mantas con ambos brazos en la nuca—. *Cabálgame*.

Definitivamente ya no tenía el control del campesino sumiso, tampoco se imaginaba a sí misma cabalgándolo mientras daba vueltas a la soga en el aire, o lo que fuera, por lo que se limitó a apoyarle las manos en el pecho y a moverse de adelante hacia atrás. Estuvo haciéndolo una y otra vez, frotándose el clítoris inconscientemente contra la suave piel de Chris de una manera deliciosa, ¿cuánto tiempo le costaría a él correrse? ¿Tendría que hacer algo más en su papel? Porque ella estaba al borde.

—¿Te falta mucho? —jadeó nerviosa, ya se le estaba durmiendo una pierna y quería estirarla.

—Te dije que me cabalgaras. —Le elevó las caderas para penetrarla tan profundamente que le despegó las rodillas del suelo—. No que te movieras de adelante hacia atrás.

Jen frunció los labios, ahorrándose sus ácidos comentarios y controlando un gemido, comenzó a saltar —literalmente— sobre él.

—¿A ti te falta mucho? —preguntó él, encontrándola a medio camino de uno de sus saltos.

—¡Chris! —resopló, dándole un ligero golpe en el pecho, aquello se había sentido muy intenso—. Solo córrete, yo... yo no importo, solo hazlo rápido, ya tengo frío y me estoy cansando —mintió, porque por primera vez en su vida quería... sí, quería correrse.

—De ninguna manera, te vendrás conmigo.

—¡No!, ya tengo frío y me está dando un dolor en el costado.

—No respire por la boca.

—Además, ni siquiera Nathan logra que nos vengamos juntos...

Chris resopló antes de sentarse, haciendo que en esa postura su erección entrara abrumadoramente profundo, la atrajo hacia sí enrollando una mano en su cabello, y entonces comenzó a besarla. Duro. Jen odiaba que la besara, Dios, cómo lo odiaba, no obstante, estaba hundida en el placer que él le estaba proporcionando. Alternando pellizcos entre sus pezones y mordidas en el cuello, y cuando bajó esos largos dedos a su clítoris, el pulgar estimulando a toda velocidad... *mierda*. No, no era posible cómo el orgasmo le iba a quemar el cerebro.

Por lo general, durante el sexo, Jen se preocupaba por todo. *To-do*. Desde pagar los servicios, pensar en las computadoras que no servían, hasta pensar que Nathan realmente

estuviera disfrutando, se desconcentraba sobremanera y no llegaba a correrse. Con el tiempo incluso decidió que si él podía hacerlo, con eso era más que suficiente, ella no necesitaba de los orgasmos para subsistir. De hecho, *tampoco* necesitaba del sexo.

—Me encanta embestirte, eres jodidamente estrecha. —La voz ronca del campesino la aterrizó de forma terrible en la tierra—. Me gustan los ruidos de placer que se te escapan cuando entro de esta manera, ¿me sientes? —Le sujetó las nalgas con rudeza antes de subir las caderas haciéndola saltar—. Imagínanos ahora, me vuelve loco tu aroma, el sonido de nuestros cuerpos chocando... —Le mordió delicadamente el hombro.

Dios, pero si le estaba hablando como un maldito pervertido, ¿entonces por qué aquello le parecía tan erótico? Las imágenes de lo que estaba diciendo la envolvieron, no iba a durar ni dos segundos más, y así fue. Jen hizo lo que nunca había hecho, sujetándose a sus anchos hombros subió y bajó con decisión sobre su erección, descontrolada por alcanzar algo que siempre había dado por perdido, se movió con una rapidez asombrosa para una asmática y cuando el placer le nubló la mente, se tiró al vacío cayendo en espiral en un orgasmo arrasador que se duplicó al sentir una dura estocada, seguida del miembro del castaño latiendo dentro de ella mientras asombrosamente se corrían... *juntos*.



Después de que Jen gritara, echando la cabeza hacia atrás por tercera vez en la tarde, Chris no pudo evitar durar un segundo más ante su intensidad. Cada vez que ella se corría era como si tirara de su miembro con las manos, como si una boca cálida lo succionara con fuerza, nunca había sentido eso. Esa estrecha vagina iba a ser su puta perdición.

Además, escuchar a Jen gritar cada vez que se corría lo hacía sentirse bastante orgulloso, por qué negarlo. No importaba que ella dijera que no hacía ruido, una de dos: o nunca tenía orgasmos o no eran tan intensos. Pasados unos segundos, Jen se dejó caer exhausta contra su pecho, quedándose muy quieta... *Hum, ¿quería un abrazo post-coital?* Chris no daba abrazos, de hecho, siempre daba por terminada la experiencia inmediatamente.

Regla número uno de *Cosplay*: no involucrarse con los clientes. Nunca. Jamás.

—Ah... ¿Jen? —la llamó intentando removerse.

—Mmm —refunfuñó, con el rostro enterrado en su cuello.

—Creo que debemos cambiarnos, podemos pescar un resfrío.

—Cállate, no dejas dormir —protestó, acurrucándose, y cuando comenzó a respirar de forma acompasada y tranquila...

Se-había-quedado-dormida. Chris apretó los labios. No podía sentirse más utilizado ni aunque quisiera, ella obtuvo lo que quería y ahora, como si fuera una puta almohada, lo estaba usando para dormir. Respiró hondo, ella se estremeció acurrucándose aún más. Desconcertado por esa calidez, deslizó una mano por su espalda desnuda, palmeándola ligeramente, provocando únicamente que ella suspirara como cachorrito contento.

Se sentía tan raro. Burlas en pleno acto, lágrimas, quejas, abrazos, definitivamente

esta chica lo estaba volviendo loco, en el mal sentido de la palabra. Cuando la tomó en brazos para llevarla dentro de la casa, se preguntó si podría soportar el tiempo establecido. Y mientras caminaba con ella en brazos, no pudo evitar mirarla. Jen iba en coma, tenía la boca ligeramente abierta y roncaba de forma suave. Era la chica menos seductora que hubiera visto nunca, pero aun así, lograba verse extrañamente bonita.

La recostó en la cama para acto seguido meterse a bañar. Y una vez estuvo vestido y listo para llamar a Axel, abrió la puerta del baño pensando que de seguro ella estaría en su quinto sueño...

—¡Mierda! —gritó dando un salto hacia atrás.

Jennifer estaba justo frente a él, con el cabello rojizo cubriéndole la cara como la niña de *El Aro*, los ojos grandes y llenos de ojeras, la piel demasiado pálida para estar viva.

—¿Qué te pasa? —preguntó entrecerrando los ojos, la luz del baño le molestaba.

—Me diste un jodido susto —respiró hondo tratando de recomponerse—. Pensaba llamar a un amigo, ya me iba.

—Te llevaré. —Llevaba en las manos ropa, y cuando pasó a su lado lo empujó ligeramente en el brazo antes de dar un portazo.

Chris se quedó mirando la puerta, ¿qué rayos le pasaba? Estaba loca. Era voluble, quejona, curiosa... Ni quince minutos pasaron cuando se abrió la puerta de nuevo, Jen se había puesto su habitual ropa de señora... *de setenta años*.

Unos vaqueros verde oscuro dos tallas más grandes, la blusa negra con cuello de tortuga, su coleta estirada y las gafas. Las zapatillas ni para qué mencionarlas.

—Vámonos.

—¿Estás segura? Puedo irme solo... —Le daba miedo que manejara soñolienta.

—Te llevaré, lamento no haberlo hecho ayer.

—No tienes que hacerlo ahora. —Se encogió de hombros.

—No es ninguna molestia.

—Hace unos segundos te veías *muy* molesta —replicó.

—Cuando me levantan lo hago de malas, no importa si es en la mañana o en la noche, *siempre* me levanto de malas. —Sonrió.

Chris suspiró pero no agregó nada más, en cuanto se subieron al auto, Jen prendió el estéreo y presionó un botón insistentemente.

—¿Qué pasa?

—Pasa que es de noche y se me antoja mucho conducir con una canción —comentó, tratando de sonar sensual. Finalmente encontró la “melodía” que buscaba. Pasó una mano detrás del asiento de Chris para conducir en reversa y lo miró con una sonrisa—. *So I ball so hard mothafucka wanna fine me, but first niggas gotta find me, what’s 50 grand to a mothafucka like me...*

—¿*Niggas in Paris*? —preguntó sonriendo al escuchar la canción, pero sujetándose

del asiento, Jen estaba conduciendo muy rápido.

—Vamos, no seas aburrido. —Ahora movía los hombros con singular alegría—. Canta conmigo.

—No me sé esas canciones —aseguró riéndose.

—*No one knows what it means, but it's provocative...*

La chica siguió cantando, el sonido en el auto hacía que su cuerpo vibrara, incluso el cabello se le movía, sin contar con que varias personas los miraban en el semáforo. A Jen no le importaba, cantaba y se movía con intentos de pasos de hip hop, era muy graciosa. Y mientras la miraba, el joven por primera vez se preguntó por qué Nathan la engañaría. Si bien no sabía muchas cosas en la cama y se vestía de forma anticuada, no era algo que no se pudiera remediar. De hecho, era como un estuche de cosas raras.

No era como las demás chicas que había conocido, no estaba tratando de buscar un tema de conversación después del sexo, no estaba tratando de gustarle de *ninguna* manera, no medía su vocabulario y, sin duda, le importaba una mierda lo que él pensara de ella. Lo trataba como si fueran un par de amigos un miércoles por la noche, dando vueltas por la ciudad, con la música a todo volumen, presumiendo un auto de lujo. Sí, otra cosa rara de la chica era que supiera de autos y que le gustaran. Era muy curiosa, pero su actitud le gustaba, significaba que estaban en la misma sintonía, nada más que un entrenamiento. *Perfecto.*

—Hemos llegado a tu destino, *nigga*, que descanses —canturreó.

—Tú también. —Chris se bajó del auto con una sonrisa.



Jennifer se sentía con muchas energías... y eso era malo.

Ya había dejado a Chris en su departamento, por lo que al llegar a su casa esperaba sentirse cansada, con suerte, lograr dormirse como el día anterior, hasta el amanecer. Pero dormir unos minutos en la casa de verano la había reactivado como si hubiera dormido por horas. Solo el estúpido caballo de mar que estaba en su entrada le dio la bienvenida a su hogar.

La casa se sentía terriblemente vacía, logrando que se le acabara el buen humor tan rápido como llegó. La abrumadora soledad la golpeó como una roca, haciéndole recordar malos días. El corazón se le desbocó, las piernas le temblaron, y de pronto ya no podía sostenerse de pie, cayendo de rodillas en la entrada. Cerrando los ojos, se acurrucó en posición fetal sobre el suelo, con fuerza se abrazó a sí misma, sintiendo que si no lo hacía de esa forma se iba a romper en mil pedazos...

Los rayos del sol la despertaron un poco después, Jen se estiró sintiendo el cuerpo hecho mierda. Dormir en el suelo no había sido buena idea, aunque en realidad no durmió de verdad, se había sumido en un letargo que le impedía pensar en lo que tenía frente a ella: un divorcio en puerta, una casa sola, una vida vacía y sin sentido. Aferrarse a que las clases con Chris iban a dar resultados era lo único que lograba mantenerla cuerda. Así que

se afianzaba a eso con todas sus fuerzas, o estaba segura de que enloquecería.

Gruñendo por el dolor en todo el cuerpo, caminó hacia su habitación sintiéndose hecha polvo. La cama no estaba tendida, el clóset tenía las puertas abiertas, Nathan no estaba por ningún lado. De nuevo, sintiéndose miserable, sacó una de las camisas de su esposo y se la puso. El reconfortante aroma de su marido la envolvió y la tela suave la calmó ligeramente. Se acostó en la cama mirando hacia el techo, y sus pensamientos se volvieron uno solo: *no lo iba a perder*.

Tenía cosas que hacer como para perder el tiempo regodeándose en la soledad, así que se levantó de una vez para bañarse rápidamente. Antes de llegar a su trabajo decidió pasar por un *Starbucks*, a Nathan le encantaban los *muffin de blueberry*, así que pidió dos y un platillo de fruta. Por supuesto, un café *mocha* blanco, y finalmente se encaminó al edificio donde trabajaba su marido.

En recepción, Carmen, la secretaria particular de Nathan, la recortó con la mirada. Jennifer se había puesto sus habituales vaqueros, una camisa a cuadros azules y blancos. Llevaba sujeto el cabello en una coleta... no se veía mal, ¿por qué la observaba así?

—¿En qué puedo ayudarle? —murmuró de forma petulante. *¿Acaso no la recordaba?*

—Soy Jennifer, la esposa de Nathan —Elevó el mentón.

—Se-Señora. —Abrió los ojos sorprendida—. Lo siento, es que no la conocía en persona. Permítame anunciarle al señor que aquí se encuentra...

—No te molestes —sonrió—. Le daré una sorpresa.

Entró sin avisar y lo encontró sonriendo mientras hablaba por celular, el traje gris claro resaltaba su tremenda estatura, su cabello rubio brillando por la luz que entraba de la ventana y su loción, *Dios*, inundaba todo el despacho. Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios, pero se congeló cuando él la miró... alarmado.

—¿Qué haces aquí? —medio gritó, Jen dio un respingo, por poco se le cae el café y el resto del desayuno.

—Te traje... algo —balbuceó confundida.

—Te llamo más tarde —comentó a quienquiera que estuviera del otro lado de la línea —, sí... yo también, adiós.

»No te hubieras molestado, Jenny —comentó sonriendo mientras caminaba hacia ella, y la joven no pudo más que medio morir ante la sorpresa cuando Nathan le besó la comisura de los labios—. Lo siento —dijo aturdido, quizás la costumbre lo había llevado a hacer tal gesto.

—Te amo, Nathan —aseguró, provocándole una mueca que decidió ignorar—. Ahora me tengo que ir, solo pasé a dejarte esto, porque te conozco y me imaginé que no habías desayunado nada, como es tu costumbre... —murmuró al tiempo que ponía la comida sobre el escritorio.

Y sabiendo que aún estaba detrás de ella, se dio la vuelta, tomándolo por sorpresa. No lo pensó mientras estampaba los labios en los de su marido. Jennifer intentó besarle como

Chris le estaba enseñando, pero se sentía nerviosa y rara, no quería asustarlo, así que pronto se detuvo.

—No lo olvides —pidió, caminando hacia la puerta sin volver a mirar atrás.

Si lo hubiera hecho, hubiera visto a un Nathan aturdido y confundido como la

mierda.



—Esta vez solo tienes que fingir que tu auto se descompuso.

—¿Y por qué tengo que usar esto? —inquirió furiosa, sacando de la maleta el precioso vestido rojo que Chris había traído para ella—. Además, puedo sufrir una contractura con estos tacones...

—Porque siendo mecánico... —elevó las cejas mirándola de forma pícaro—, te aseguro que vas a gustarme aún más vestida así.

—¿Y la peluca azul? —preguntó sacando la peluca; era corta y le llegaría como mucho a los hombros.

—Es una fantasía. —Se encogió de hombros, Jen rodó los ojos.

—¿De chica astronauta? —Él se soltó riendo, pero ella solo atinó a mirarlo con impaciencia—. Por cierto, Chris, desde el otro día te quería comentar sobre mis medidas...

—¿Qué tienen? —La miró de arriba abajo.

—Creo que no te las sabes —suspiró cansinamente.

—Estoy seguro que me las sé mejor que tú.

—No, de ninguna manera. —Sacudió la cabeza a los lados—. Estás trayendo ropa para “niña”, te encargo que sean de mi medida, soy talla grande.

—¿Grande? Por supuesto que no eres talla grande, Jennifer.

—Ahora resulta que eres un modisto. —Pisoteó el suelo—. Te digo que soy grande.

—Y yo te digo que mientras estés conmigo usarás “de niña” y fin de la discusión. —Ella abrió la boca para protestar, pero Chris se apresuró a ponerle un dedo en los labios—. Te quiero vestida con eso únicamente, nada de bragas, nada de sostén, sin quejas y en menos de veinte minutos en el porche.

Jen levantó la mano como si estuviera pidiendo permiso para hablar, por lo que Chris se lo concedió con una sonrisa. No veía la hora de convertirla en su alumna.

—Dime.

—¿Puedes orientarme un poco? —Se ruborizó.

—Solo compórtate como una mujer a la que se le descompuso el auto, llamaste a un mecánico, me *seguirás* la corriente con *todo* lo que haga y tendremos una fantasía, fin.

Jennifer se mordió el labio insegura antes de asentir y dar la vuelta hacia su enorme

mansión. Chris iba detrás de ella. Para disfrazarse de mecánico no había mucho que hacer, en realidad siempre sería ella la que tendría que esforzarse con su apariencia. Había traído unos vaqueros rotos, una camiseta blanca sin mangas y los zapatos de trabajo. Se revolvió el cabello, más de lo normal, se ensució las manos, la camiseta y los vaqueros. Listo, estaba perfecto.

Como Jen le había dado las llaves de *Redish*, se dispuso a empezar su papel, trajo una patineta mecánica para poder deslizarse debajo del auto sin problemas. Pero ya estando ahí, frunció los labios, la claustrofobia comenzó a rodearlo, el espacio se había reducido considerablemente. Respirando hondo, trató de concentrarse en la manguera llena de aceite que estaba frente a él, *Redish* necesitaba afinación. Se repitió que si se sentía atrapado solo tenía que impulsarse y saldría rápidamente de esa trampa mortal.

Afortunadamente, el sonido de los tacones de Jennifer resonando por el pequeño espacio lo distrajo, hasta que los tuvo justo a su lado. Eran altos, delgados y de un rojo brillante.

—A su auto le falta afinación, señorita —comentó, ajustando la manguera con unas pinzas.

No hubo respuesta, y cuando escuchó a Jennifer irse, cerró los ojos. ¿A dónde mierda iba? Luego la escuchó volver, otra patineta cayó a su lado y de pronto ella se estaba deslizando a su lado.

—No le hace falta, yo misma lo afiné —respondió segura. Chris suspiró, ¿*por qué no podía solo seguirle la puta corriente?*

—Pues no —repuso con voz firme, mirándola con dificultad ya que estaban debajo del auto—. ¿Quién va a saber más? Yo que soy el mecánico, o usted que solo es... una mujer.

Grave error.

Los ojos de Jen llamearon furiosos, y mientras la miraba, pensó que se estaba poniendo tan azul como la peluca... puta mierda. De pronto, los objetos comenzaron a hacerse pequeños, estaba debajo de un coche bastante compacto, sin espacio, junto a una furiosa mujer y sin escapatoria. Iba a morir aplastado...

—Escúcheme bien, *mecanicucho*, usted no sabe con quién está hablando. Mi ex novio, Andrew, me enseñó suficiente de motores como para darle un condenado curso. Deme las pinzas. —Se las arrebató. Si la chica supiera que Chris ya había perdido las fuerzas se habría callado, pero siguió hablando—: Esta manguera seguramente se golpeó en algún bache, nada que no pueda reparar yo en unos segundos...

Chris tomó una bocanada de aire. ¿Por qué de todas las mujeres locas en el mundo, justo tenía que venir a caer en manos de Jen? El oxígeno no estaba llenando sus pulmones, y sabía que pronto se iba a encontrar jadeando vergonzosamente. Intentó deslizarse fuera de ahí, pero ya estaba viendo todo distorsionado.

—¿Estás bien? —Escuchaba como en un zumbido en los oídos la voz de la joven—.



Chris...

Jen gritó otra vez, pero Chris estaba ido, drogado, asfixiado, o quizás *muerto*.

¡*Mierda!* ¿Qué iba a hacer con un muerto en su casa? ¿Se aparecería de ahora en adelante? No había cosa más horrible que los fantasmas, las apariciones y... ¡Diablos! Dejándose de cosas, se deslizó fuera del auto para arrastrar con dificultad la patineta de Chris. Dios, el bruto estaba pesadísimo. Apoyando firmemente los tacones, jaló hacia atrás con todas sus fuerzas, pero se le soltó y el impulso la mandó directo al suelo donde se golpeó el trasero. Ahora le dolían las manos, las piernas... Enojada lo llamó otra vez, pero no obtuvo respuesta.

El chico de pronto se había puesto tan pálido como un cadáver y los ojos se le habían vuelto blancos. ¿Sería parte de la actuación? Quizás no había entendido bien y estaba fingiendo. Jen se mordió el labio, quizás... *Sí, obvio tonta*. Por supuesto que él estaba fingiendo, pensó que era una extraña fantasía donde un mecánico se desmayaba y luego, la que necesitaba ayuda, de pronto fuera la que tenía que brindarle ayuda. Claro, había invertido los papeles.

Sonriendo, se dispuso a seguirle la corriente como él había pedido. Chris estaba haciéndose el desmayado, tenía los brazos colgando, y cuando “despertara” le daría con los tacones en la cara por semejante actuación. Por su culpa hasta había sudado, y Jen nunca sudaba, y si se le caía la matriz, como dijera su madre, a causa del esfuerzo de haberlo sacado, sería culpa del *mecanicucho*. *Ay no*, quedarse sin matriz sería lo último que debía pasarle, no podría tener hijos... mierda. Ya estaba hiperventilando, así que sacudió la cabeza y se enfocó en el presente.

No iba a echar a perder esta extraña fantasía. Caminando con torpeza, ya que por el esfuerzo sentía las piernas temblorosas, se dirigió hacia la caja de herramientas, luego la arrastró hasta Chris. Se colocó a horcajadas sobre él y sacó un poco de desengrasante, algunas herramientas, unas pinzas y suspiró. Bien... ¿ahora qué debía hacer? Le desgarró la camiseta con las pinzas e inconscientemente se relamió los labios mientras su torso iba quedando al descubierto. No era buena idea verlo de esa manera, pero era imposible no hacerlo. Cada tonificado musculo subía y bajaba con su respiración rítmica, además aprovecharía que no la estaba viendo de esa manera pervertida que tanto la incomodaba.

Jen tenía ya las manos llenas de grasa por haber ajustado la manguera, y se le ocurrió que embarrar a Chris lo hacía todo más erótico, así que lo ensució por todo el torso, por los brazos, luego se untó un poco más las manos para hacerle esas rayas negras bajo los ojos que se hacían los jugadores de americano, aunque Chris ahora parecía algo así como un mapache. Sin embargo, al final, no pudo evitar sonreír satisfecha por su obra. Terminó de trozar la camiseta con las pinzas, le desgarró los vaqueros con unas tijeras de corte, se acostó sobre él y le olisqueó la curva del cuello. ¡Diablos! Él olía tan bien, varonil y a gel de ducha... Le dio castos besos por el cuello, pero pasados unos minutos se preguntó hasta cuándo Chris iba a fingir que estaba muerto.

Anhelaba, por alguna extraña razón, que él empezara ya con la fantasía y tomara de una buena vez el mando como siempre lo hacía. La verdad es que él era muy bueno

ordenando así como Jen obedeciendo, hacían buena pareja. Confundida, se incorporó... Esto no estaba bien, él no había mencionado nada sobre hacer necrofilia, eso a Jen no la excitaba, así que lo movió otra vez.

—Oye... oye, *mecanicucho*. —Lo cacheteó en la mejilla—. Despierta.

Nada.

—¿Chris? Ya me cansé de que te hagas el muerto, despierta.

Aún nada. Mierda, ¿acaso él se había... *él se había*...?

—¿Te moriste? Chris, por favor... —Lo sacudió asustada, la cabeza del castaño golpeó con fuerza en la patineta—. Despierta, ya no quiero jugar a esto...

Nada.

Jen comenzó a respirar con dificultad, del susto ya le estaba dando asma. Aterrorizada, comenzó a cachetearlo con fuerza. No, él no podía morir, no aquí. ¿Y luego? La llevarían arrestada, pasaría los días en la cárcel. Quizás si le daba respiración de boca a boca...

Tomó una bocanada de aire, le tapó la nariz y se inclinó hacia él, donde lanzó todo el aire en sus pulmones, un poco de babas se le fueron en el proceso pero ni modo, el esfuerzo la hizo toser como loca y le agravó el asma, ya estaba pensando dónde sepultar el cadáver cuando él gimió quejándose.



Cuando Chris abrió los ojos. Lo primero que vio fue a una extraña chica de cabello azul gimoteando.

—¿Quién eres? —preguntó, tocando una lágrima que rodaba por sus mejillas, miró con interés el escote de la chica y solo entonces reparó en que estaba a horcajadas sobre él.

—Eres un idiota —sollozó—, pensé que te habías muerto.

El joven parpadeó desconcertado, de pronto recordó dónde estaba, quién era la chica de cabello azul, por qué había perdido el conocimiento y el aire se le atascó en la garganta. Puta. Madre.

Había hecho el ridículo de su vida, se había desmayado. Nervioso, tragó saliva pero... ¿por qué tenía tantas babas? Además, ¿por qué mierda estaba tan sucio? Toda su ropa estaba desgarrada, como si *Terminator* lo hubiera arrollado, y estaba lleno de... pues de algo como grasa. Jen también tenía las mejillas manchadas...

—¿Qué me ocurrió? —preguntó, incorporándose un poco pero sin dejar de sujetar a la chica para que no se moviera de su lugar.

—¿Creo... que te desmayaste?

—No eso. —¡Mierda! Estaba por ruborizarse si ella se lo volvía a recordar—. Me refiero a esto. —Señaló la apariencia de ambos.

—Pensé que estabas jugando y... —cuchicheó.

—¿Y por eso rompiste mi ropa? —Elevó una ceja.

—Yo... eh... bueno, estaba jugando contigo...

—¿Mientras estaba desmayado? —indagó alarmado, ¿qué tantas cosas podía hacerle a alguien así de indefenso?

—Cuando me di cuenta, tuve que darte respiración boca a boca...

—Tan solo hubieras traído alcohol.

—¡Bueno ya! Esto parece un puto interrogatorio, te dije que pensé que estábamos jugando. ¿Qué fue lo que te pasó?

—Nada —contestó rápidamente.

—Por nada uno no se desmaya y queda literalmente en coma.

—Tengo claustrofobia, ¿ya? —espetó molesto, ella lo miró y, a diferencia de la sonrisa burlona que esperaba, lo sacudió el hecho de que ella tomara su rostro, su mirada indescifrable.

—Lo siento, de verdad, sé lo que se siente tener algún tipo de trauma. —Suspiró aliviado, regalándole incluso una tímida sonrisa.

—Bueno, no quiero que hablemos de traumas.

—Está bien —contestó ella, devolviéndole una sonrisa cómplice. Y no se suponía que fuera así, no le gustó esa intimidad.

—Ya no quiero que hablemos en lo absoluto.

—¿Estás seguro? —Sin contestarle, deslizó las manos por sus finas y delicadas piernas antes de elevarla sobre el capó. Enterró el rostro en la curva de su cuello, y de nuevo el olor frutal se coló por sus fosas nasales logrando ponerlo extrañamente duro—. Chris, estamos abollando la carrocería y lo vamos a ensuciar de grasa...

—Te voy a coger sobre el puto cofre del automóvil y no vas a quejarte, ¿entendido? —La miró de forma severa.

Los ojos verdes de la chica centellaron, y el rubor coloreando sus mejillas en indignación le indicó lo mismo que las últimas veces. Ella no le haría fácil el trabajo.

Nop. De-ninguna-jodida-manera.

Capítulo Seis

—Sobre *Redish* no, podemos dañarlo.

Sin decirle ni una sola palabra, el mecánico la giró de forma que sus pechos quedaron contra el cofre, dejando su trasero al aire de forma vergonzosa. Indignada, lanzó la mano hacia atrás, buscándole a tientas la pierna para pellizcarlo.

—¡*Ouch!* Jennifer, ¿qué te pasa? —se quejó dándole una nalgada.

—Me estás tratando como a un trapo —chilló indignada.

—¿Un trapo? —La volteó para verla a los ojos—. Tú fuiste la que desgarró mi disfraz dejándolo como harapos. Discúlpame por suponer que te gustaría algo rudo.

—Lo siento —susurró avergonzada—, ¿estoy echando a perder la fantasía de nuevo, no? —Se mordió el labio.

—No —suspiró—. Supongo que yo la eché a perder primero. Empecemos otra vez, ¿te parece? —Jen parpadeó sorprendida ante la paciencia que Chris siempre le mostraba.

Por lo general Nathan no le tenía paciencia, incluso a veces la hacía sentir tonta. Rodando los ojos cada vez que ella no entendía algún chiste, y en cuanto al sexo... bueno, claramente nunca le explicó cómo lo quería, y si lo hubiera hecho, ya la habría dejado otra vez por cómo arruinaba las cosas.

—Gracias —murmuró sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Por qué? —inquirió contrariado.

—Por todo. —Sacudió la cabeza—. Voy a irme de nuevo, esta vez solo has como que revisas el motor, *no* te metas debajo —comentó guiñándole un ojo, haciéndolo sonreír.

Acomodándose el vestido, la joven tomó aire antes de nuevamente entrar al garaje. Él estaba dándole la espalda, una musculosa, cabe mencionar, Jen se mordió el labio, nunca pensó que le hubiera destruido tanto la ropa, por lo mismo, él mejor se había quitado la camiseta y solo tenía los vaqueros y los zapatos de trabajo. Sus brazos, sucios y torneados, se veían tremendamente firmes mientras ajustaba algo con una llave. Jen de verdad esperaba que no le echara a perder nada de *Redish*.

—Su automóvil no tenía aceite —comentó mirando el motor.

—¿Que no tenía aceite? Pero si... —Se quedó muda en cuanto él le lanzó la mirada *tres*. Sí, Jen había decidido catalogar sus miradas por números. La *uno*, que decía: sígueme la corriente; la *dos*, indicaba: tienes que estar de broma; la *tres*, especificaba: no-lo-arruines—. Es cierto, no... yo no lo he revisado, ya sabe, es que soy una *mujer* —comentó mordaz.

—Seguro —repuso petulante—, *eso* debió haber sido —dijo, mirándola de arriba abajo como un perverso.

Jen cerró la boca apretando las manos en puños, no quería dejarse llevar por el juego

de palabras, o por la sensación de ser menospreciada por un insolente.

—Vea, para que lo compruebe usted misma. —El joven se hizo a un lado, aunque ella ya sabía que a *Redish* no le faltaba nada.

—De nada sirve que vea, señor mecánico, como soy mujer no entiendo nada.

—Naturalmente. —Se limpió las manos con un trapo.

—Porque si supiera, le diría que usted destapó el depósito del agua en lugar del de aceite —dijo fanfarronamente, inclinándose contra el vehículo, observando lo malo que Chris era como mecánico.

—Pero como es una mujer, no lo sabe —comentó detrás de ella.

—También le habría dicho que tuviera cuidado, ya que el agua tiende a salir disparada y pudo quemarle la cara —continuó molestándolo pero entonces, sintió una fuerte nalgada que le dolió hasta el alma, provocándole un chillido indignado—. Escúcheme bien, insolente *mecanicucho*... —comenzó a protestar, cuando un fuerte y duro cuerpo la presionó contra el auto.

—Basta, señorita, no pretenda venir a darme clases —siseó.

Inconscientemente, Jennifer se estremeció ante su tono, además, las manos de Chris, grandes y varoniles, por alguna jodida razón lograron excitarla. Sí. Así, todas llenas de aceite como que le daban asco pero a la vez morbo. Mierda. Realmente se iba a acostar con un mecánico. Si Mónica supiera que eso iba a pasar la habría desheredado, su mamá jamás se habría acostado con un *mecanicucho* siendo tan frívola.

Mónica siempre había aspirado a más, fue la que accedió a casarse con Thomas solo para volverse más rica, una vez obtenido el dinero, lo dejó. Así que durante casi toda su pubertad, Jennifer se la pasó viajando de un estado a otro, su mamá no podía estarse tranquila, era como una adolescente, hasta que conoció finalmente a Pedro, con quien se casó de nuevo. Tarde, Jennifer se dio cuenta de que su madre era de esas mujeres “yo, yo” es decir: *yo* necesito mi felicidad, *yo* necesito un hombre, primero *yo*, luego *yo* y por último *yo*. A sus trece años, Jennifer era por supuesto un estorbo en la vida de su madre. Así que por todo eso accedió a irse a vivir con Thomas. Su papá por el contrario procuraba cuidarla, con él no tuvo que mudarse nunca de residencia.

Tenía un auto para ella, e incluso Thomas la dejó trabajar un tiempo en la compañía que tenían en Aspen, Colorado, para que ganara dinero. A Jen siempre le gustó ser independiente. Fue ahí donde conoció a Andrew Deck, el hermoso empleado de una de las minas. Jennifer quedó deslumbrada por aquellos bíceps, y claro... por su sonrisa y buen humor. El fin del mundo llegó después, con el terrible incidente que marcó su vida, dejándola tan conmocionada por aquello, tan deprimida hasta los huesos, y en un ridículo estado catatónico, que Thomas decidió mudarse. Y aunque Miami era un increíble cambio, y estaba rodeada de lujos y personas, la verdad era que no podía evitar sentirse sola y acomplejada por lo sucedido, hasta que conoció finalmente a su príncipe azul: *Nathan*.

Sin embargo, no todos tomaron la noticia para bien, su mamá por ejemplo, no había aprobado su relación. Nathan le parecía insulso, e incluso decía que era un interesado doble cara. Por eso, mientras Chris le envolvía el cuello con sus grandes, fuertes y sucias

manos, de manera suave pero firme, se imaginó siendo rebelde. Por primera vez quería fastidiar a su mamá, ésta sería su fantasía. Así que no le importó si estaba haciendo bien su papel o no, tampoco quería recordar a su marido, quería dejarse llevar.

Así que se restregó ligeramente hacia atrás, dejando que la curva de su trasero quedara entre esa enorme erección que podía sentir aun a través de la ropa. Sin abrir los ojos, dejó caer la cabeza contra el duro y desnudo pecho de Chris.

—Quizás si se sigue portando de esta manera... —habló el mecánico con voz ronca—, le arregle el auto de forma gratuita.

Luego la manoseó. Dios, primero de forma grosera antes de tomar sus delicados pechos entre sus manos para masajearlos. Sus labios estaban trabajándole el cuello al tiempo que sus dedos gloriosos tiraban de sus pezones. Jen no quiso pensar que otra vez estaba haciendo ruiditos de aprobación, ¿a qué hora se había vuelto tan ruidosa? Se mordió el labio intentando contenerse.

—No... no es necesario... que lo arregle... —dijo de forma entrecortada, tratando de recuperar algo de dignidad.

—¿Está segura, ricura? —inquirió, deslizando la mano entre sus muslos, haciendo que no tuviera opción que abrirse para él.

—Es un depravado, asqueroso —sonrió, cerrando los ojos, disfrutando del inmenso placer.

—Usted es la que está mojada.

Jen se ruborizó otra vez, su lenguaje obsceno la ponía por las nubes. Su cuerpo empezó a sacudirse ante semejantes dedos que la invadían con lentos y suaves bombeos, se estremeció también por la idea de estar retando a su madre, aunque solo ella supiera. Cerró los ojos, dándole la bienvenida a los espasmos en su clítoris...

—No te vas a correr todavía, Jennifer. —El castaño retiró los dedos, dejándole un vacío que la hizo gemir de frustración—. Tienes que aprender a controlar los orgasmos, sé que dijiste que nunca los tenías pero... —Le acercó los labios a la oreja, haciéndola estremecer—. De hecho, creo que eres multiorgásmica.

—No, no lo creo —jadeó, contoneándose contra él.

Chris respiró contra su nuca antes de girarla para verla de frente. Tenía el cabello desaliñado, preciosos ojos que parecían piedras azules, una torcida y arrogante sonrisa en los labios... y de pronto supo por qué. Sin avisar, le tomó la mano, llevándola a su erección.

—¿Pero qué haces? —exclamó, queriendo sonar horrorizada, pero más bien su voz sonó ronca.

—Tócame, sé que lo quieres.

—¿Que yo qué? N-No, esto... yo no soy buena en... *no*. —Sacudió la cabeza intentando quitar la mano—. Prefiero pagar la afinación. —Chris sonrió mientras negaba.

—¿Me vas a decir que no lo hacías con Nathan? —Tan solo el nombre se sintió como un golpe directo en el estómago. *No*, solo lo había hecho un par de veces, incluyendo la

última vez que estuvieron juntos—. Ya veo —expresó, leyendo sus pensamientos—. ¿Quieres aprender?

Jen abrió los ojos de par en par, ¿de verdad quería aprender? ¿Qué diría Nathan si de pronto se volviera una experta? No buscaría en otro lado lo que tenía en casa...

—Sí —contestó de forma contundente.

—Bien. —Sujetó nuevamente su mano, Jen cerró los ojos como si estuviera tocando un gusano, uno grande y feo—. Abre los ojos.

—¿Para qué? —balbuceó, sentía la cara ardiendo y... otras partes.

—Para que veas cómo debes hacerlo.

Jennifer obedeció, y mientras lo observaba, el mecánico desabrochó sus vaqueros, como siempre, su nada pudorosa erección saltó a la vista. Jen se paralizó cuando acercó la mano, instruyéndola en un lento bombeo. La joven se mordió el labio, recordando la última vez que estuvo con Nathan. Ella lo había hecho de forma rápida y concisa, sin pensar que eso quizás le apresuraba el orgasmo. Tímidamente, deslizó el pulgar con cuidado, sintiendo las venas marcadas a lo largo de todo su cálido miembro, se deleitó al ver que él cerraba los ojos y le liberaba la mano dejándola sola en el trabajo. ¿Qué de excitante podía tener esto? No lo sabía, pero lo era, ya que no pudo reprimir un gemido.

—Eso es, pequeña. —La seducía—. ¿Notas lo duro que estoy por ti? ¿Ves lo bien que lo puedes hacer?

Por alguna extraña razón, se sintió poderosa. Porque ese hombre, que sabrá Dios con cuántas mujeres estaría al día, estaba excitado por ella, porque su frente estaba perlada en sudor y porque elevaba las caderas pidiendo por más.

—Sí —concretó ella, una extraña seguridad embargándola.

Encendida, buscó los testículos y, aunque dudando, los tocó. Como él no salió corriendo ni le quitó la mano, estuvo jugando con ellos, acariciándolos y pellizcándolos alternadamente, pero más que nada se concentró en el rostro de Chris. Así podía saber qué le gustaba más. Lo estaba viendo fijamente cuando de pronto él abrió los ojos. Orbes oscurecidos por la pasión, cada músculo de su cuello tenso y la mandíbula apretada. ¿Habría hecho algo mal? Nerviosa, dejó de tocarle, pero él le sostuvo las manos.

—¿No te molesta?

—No —respondió, cerrando los ojos—, no tienes una idea de lo bien que se siente esto. Lo estás haciendo excelente.

Animada por sus palabras, siguió haciéndolo, era ridículo, pero... se le antojaba probarlo. En tantos años de “sexo activo” solo había hecho un par de mamadas. No le gustaba, se le hacía asqueroso. Y, como Nathan la tenía más grande, le daban ganas de vomitar, eso, y que le tomara la cabeza con fuerza al tiempo que embestía contra su boca, por eso un día le dijo que no quería intentarlo nunca más. Sin embargo, ahora podía hacerlo con cuidado y a su ritmo... se relamió los labios, y justo cuando se iba a dejar caer de rodillas se encontró con unos ojos cargados de lujuria.

—Tengo que estar dentro de ti, ahora. —Era una exigencia, mientras sacaba el

preservativo.

Sin darle tiempo de nada, Chris la elevó contra sí, por lo que Jen con un grito y de forma instintiva le rodeó las caderas, él dio un par de pasos con ella hasta que chocaron contra la pared de la cochera. Una repisa se movió de lugar, varios frascos cayeron haciéndose añicos.

—¡Mis cosas! —gimió al verlo todo revuelto. Chris tiró de la peluca, llegando hasta su verdadero cabello, obligándola a mirarlo.

—Te voy a regalar la afinación, tenlo por seguro.

Y dicho eso, se hundió en ella de una dura y certera estocada. Jen gritó ante semejante intrusión, aferrando las piernas a las caderas del *cosplayer*, soportando sus duros embistes. Y luego, como siempre, Christopher comenzó a besarla, su cálida lengua jugando con la suya.

—Eres un... un desvergonzado —jadeó entrecortadamente.

—Y tú pareces un mono araña, no te voy a soltar, relájate.

La joven jadeó abrumada, dándose cuenta que estaba enredada como boa en el cuerpo de Chris, pero es que nunca había sentido tan intenso el sexo. En la vida se había acostado con un mecánico, tampoco lo había hecho en otra superficie que no fuera la cama, mucho menos había estado llena de grasa, y aun así... otra vez comenzó a estremecerse. Chris le dio una sonora nalgada.

—Aún no, Jen.

—¿Có-Cómo lo sabes? —jadeó con los ojos cerrados, la peluca ya le estaba picando y tenía mucho calor.

—Te vuelves más estrecha de lo que ya eres, todavía no te vengas.

—Es que...

Se mordió el labio y miró hacia abajo, donde disfrutaba de una excelente vista de las musculosas piernas de Chris. Él tenía cada vena tensa por el esfuerzo de estarla cargando, si a eso sumaba el sonido de sus cuerpos chocando... cerró los ojos tratando con todas sus fuerzas de calmarse, aunque el orgasmo era inminente.

—Piensa en otra cosa, en el trasero de algún horrible compañero... —Jen jadeó horrorizada al imaginarse a Steve—. En que no sabes nada de mecánica... —Abrió los ojos enfurecida, solo para encontrarse con los de él bailando en diversión.

—Tú eres el que no sabe de nada, Nathan arregló mi automóvil, por eso no necesita ningún... —se interrumpió cuando un dolor agradable le azotó—. ¡Mierda!

Chris le estaba mordisqueando los pezones, las manos enterradas en sus nalgas. La combinación de su barba y la suavidad de sus labios, la empujaron otra vez a esa espiral, que al caer ya no podía salir.

—Voy a tomarte una y otra vez hasta que no puedas sentarte en la puta silla de tu escritorio mañana, no me cansaré de demostrarte que eres una escandalosa, con el sexo más estrecho en el que me haya enterrado jamás... —Otra vez susurrándole cosas

depravadas al oído, mientras embestía duro y emitía por la garganta toda clase de sonidos. La respiración de Jen se convirtió en violentos jadeos—. Ahora sí, pequeña, córrete para mí.

Absurdo.

Así era como estaba regañando mentalmente a su cuerpo. ¿Por qué obedecía esa orden? ¿Por qué se estaba arqueando? ¿Por qué mierda estaba gritando? Sus ideas salieron disparadas, hundiéndola en una pesada ola de éxtasis, y ahí estaba Chris para rescatarla, con su erección muy dentro de ella, acompañándola a la par que la sostenía. Era tan devastador, tan grande, que a Jen no le quedó más remedio que abrir su cuerpo



y mente en lo posible para aceptarlo.

La frente de Jen estaba contra su hombro, había quedado exhausta y laxa contra su pecho. Otra vez estaba dormida. Chris no pudo evitar preguntarse por qué siempre hacía eso.

Al parecer estaba o muy cansada... o desvelada. Mientras la acomodaba entre sus brazos, pensó que era curioso el abandono con el que la chica se dormía, si Chris la conociera mejor la regañaría por ser tan confiada con desconocidos. La llevaba en brazos hacia la casa cuando un fuerte trueno retumbó en la apacible tranquilidad. Jen gritó saltando entre sus brazos, retorciéndose, de forma que a Chris se le resbaló provocando que cayera de forma para nada ortodoxa.

—¡Ay! Puta madre —siseó, sobándose las nalgas, haciéndolo reír mientras se agachaba para levantarla de nuevo—. ¿Qué haces?

—Cargarte. —Rodó los ojos como si no fuera obvio.

—Pero... yo... —Finalmente se dejó cargar al tiempo que se acurrucaba contra él—. ¿Siempre lo haces?

—¿Nunca te preguntaste cómo es que llegabas a la cama? —preguntó Chris socarronamente.

—No... lo siento, ya te he dicho que no soy yo cuando despierto. —Otro relámpago iluminó el cielo—. Odio las tormentas —cuchicheó, al tiempo que enterraba el rostro en su pecho.

Después, cuando iban en el auto, la tormenta se había vuelto increíblemente violenta, y mientras ella manejaba, Chris iba asombrado de lo buena conductora que era, el agua parecía no obstaculizar su vista ya que conducía perfecto. Cuando por fin llegaron al departamento, la lluvia seguía en la misma intensidad.

—¿No quieres esperar un poco?, te vas a mojar...

—No será mucho, que descanses. —Y con eso se bajó corriendo.

Al entrar al departamento, Axel estaba acostado en el sofá, con un cubo de palomitas sobre las piernas, viendo un partido de fútbol.

—¿Cómo te fue con la señora? —preguntó, repasándolo de arriba abajo—. Mierda,

Chris, parece que te atropelló un autobús. —Éste suspiró—. ¿Qué ocurrió?

—Es una historia muy extraña.

—Creo que puedo escucharla. —Apagó el televisor.

Chris omitió en todo momento contarle de su “trauma”, y mintió con que había tropezado y por eso se había desmayado, cosa que era casi igual de ridícula pensándolo mejor, continuó con la parte donde Jen lo había cacheteado tan fuerte que por eso tenía las mejillas marcadas, y finalizó diciendo que le dolía la cabeza como si se hubiera golpeado.

—Es que no puedo creer que casi te viola. —Axel se seguía riendo, parecía un oso con convulsiones.

—Lo que me preocupa son las marcas. —Ahora Chris estaba frente al espejo—. Creo que tendré que usar maquillaje... No puedo permitirle que me toque la cara de nuevo.

—Esa mujer está loca.

—No está loca. —Sacudió la cabeza sonriendo—. Solo es la chica más rara y torpe que te puedas imaginar. Cuando ya salíamos del garaje, se asustó por culpa de un trueno, se sacudió de manera que se me cayó de los brazos. Luego dentro de su casa quiso caminar ella misma, por lo que parecía un zombi, hasta que se pegó en el pie con la esquina de la cama, insultó a todo el mundo y bramó un par de maldiciones. —Axel se soltó riendo.

—Qué bueno que a mí nunca me tocan esa clase de locas. —Prendió el televisor de nuevo.

—Nunca digas nunca —susurró, sacudiéndose el cabello húmedo.



Jennifer abrió los ojos con dificultad, y al verse en esa habitación, se le inundaron de lágrimas.

El lugar era el mismo de siempre. Las paredes del cuarto donde se encontraba eran de lo que alguna vez fue un verde, la cama era un catre viejo, con sábanas sin lavar en años. El suelo sucio y duro contra su trasero, afuera la tormenta parecía un furioso huracán, el viento silbaba escalofriante al colarse por la ventana. Miró hacia sus manos, que por supuesto estaban atadas; una ansiedad ya conocida la inundó, provocando que se revolciera en el suelo como demente, sin embargo no pudo soltarse, quiso gritar pero tenía la boca amordazada. La falta de aire, los nervios y el llanto, le provocaron un severo ataque de asma.

La puerta se abrió en ese momento con fuerza, asustándola, una luz cegadora la dejó parcialmente ciega hasta que sus ojos se ajustaron y entonces, ahí estaba. Enorme, con esa turbadora sonrisa, con los ojos oscuros cargados de un espantoso deseo...

Jennifer se despertó.

—¡Nathan! —gritó a una hora incierta de la noche—. ¡Nathan! —volvió a llamarlo frenética, sus manos hechas puños en las sábanas.

No estaba. Él no se encontraba aquí para abrazarla, para decirle que tan solo era una horrible pesadilla. Afuera, la tormenta estremecía su casa, el miedo subió hasta su garganta, y se encontró buscando arrebatadamente en el cajón de su tocador el inhalador.



Chris abrió los ojos desconcertado al escuchar que llamaban a la puerta.

Afuera, aún caía una lluvia torrencial. Parpadeando miró la hora: la una de la madrugada. Se levantó adormilado buscando a Axel, pero él seguía roncando. Frunció el ceño mirando hacia la puerta. Pero en cuanto vio por la mirilla, no se lo podía creer.

—¿Jennifer? ¿Qué haces aquí? —preguntó asombrado al tiempo que abría la puerta.

Llevaba una camisa azul empapada que le llegaba hasta las rodillas, además sostenía una pequeña mochila. El cabello mojado sobre su cara la hacía lucir otra vez como la niña de *El Aro*.

—Chris, yo... —Entró rápidamente sin que se le invitara—. El portero me dijo cuál era tu departamento, y entonces... —se rio—, es que odio las tormentas. No podía dormir.

—Hum... qué mal, supongo —murmuró frotándose la cara—. Y... ¿qué haces aquí? —Ya se temía lo peor.

—¿Puedo quedarme contigo hoy?

Mierda, no.

—Jen... creo que estás malinterpretando nuestra... ah... —Se pasó una mano por el cabello—, *relación* o lo que sea.

—Tú y yo no tenemos ninguna *relación* —aclaró molesta, elevando la mano para mostrarle su flamante anillo que brilló tenuemente en la oscuridad—. Te recuerdo que estoy casada.

—Se nota —se burló, haciéndola enfurecer.

—Quizás esté en un espantoso proyecto llamado “reconquistando a mi marido”, pero sigo siendo una señora ca-sa-da. Sé perfectamente qué papel juegas tú, pero odio las putas tormentas, casi tanto como a los grillos, no hay nada que pueda hacer contra eso.

—Y yo tengo que ver en tu discurso porque...

—Porque quiero quedarme aquí hoy.

—¿Estás loca? —preguntó contrariado—. Jennifer, te dije...

—Solo será hoy —interrumpió—, no tengo a dónde ir, Chris. Cada trueno en la casa amenazaba con romper las ventanas. Mis papás no saben sobre el divorcio, Holly vive con su mamá, Lisa está con su marido y yo... —Se quedó callada desviando la mirada—. Bueno, al parecer soy una idiota —se rio—, lo siento. Supongo que otra noche durmiendo en el auto no me vendrá mal.

—¿Duermes en el auto?

—Como una desamparada.

—¿Por qué?

—Odio estar sola. Me siento más cómoda en los lugares pequeños —sonrió—, a diferencia de ti, la inmensidad me carcome.

—¿Por eso siempre estás desvelada? —Elevó una ceja, repasándola de arriba abajo. El frío se manifestaba en sus pezones erguidos, y sus torneadas piernas mojadas eran un espectáculo digno de ver. Jen lo descubrió mirándola y se ruborizó, cruzándose inmediatamente de brazos.

—¿Siempre le haces preguntas a todos? —inquirió molesta.

—Solo a quien aparece en mitad de la noche queriendo quedarse.

—Te crees tan sarcástico, pues déjame... —Un trueno sacudió los pequeños cimientos del lugar robándole un grito, la joven saltó a sus brazos, abrazándolo tan fuerte que le robó el aire.

—Oye. —Le sobó la espalda—. Tranquila, todo está bien, *lagarto*. —Jen se tensó, separándose abruptamente para mirarlo.

—¿Qué dijiste?

—¿Ah? —Parpadeó

—¿Me has apodado lagarto? —jadeó horrorizada, Chris solo atinó a sonreír—. ¿Así como esos horribles reptiles? ¿Qué mierda te pasa? ¡No quiero que vuelvas a llamarme así! —gritó enfurecida.

—Te voy a llamar como me dé la puta gana, no has aprendido a besar, y creo que te ganaste el apodo a pulso.

—¡Lagarto no, Chris! No inventes, por favor. Odio los apodos, ¿por qué las personas me ponen apodos? —Otro trueno la hizo chillar y enterrar la cabeza entre su cuello y el hombro. Chris la estrechó un poco, pero cuando el olor frutal de su champú lo golpeó en la nariz, sin darse cuenta enterró el rostro en su cabello.

—Mi casa, mis reglas. Tú decides —le ronroneó contra la oreja.



A Jen le había picado algún mosquito extraño en la casa de verano.

Era la única explicación para hacer esto. Pero es que los truenos eran su perdición. La pesadilla de siempre la volvía vulnerable y miedosa, por eso ahora mientras observaba con detenimiento el pequeño departamento, no le importó verse extraña. Y si Nathan se enteraba de esto, pues que se aguantara. Ella le había llamado muchas veces al celular y él simplemente no contestó. Nathan sabía mejor que nadie el terror que a Jen la asaltaba con las tormentas, él era su ancla, su apoyo, su amigo y su esposo. Aunque, quizás por la hora ni siquiera escuchó el celular, él tendía a dormir como un oso. Lo perdonaría esta vez.

El lugar era pequeño pero acogedor. Jen no recordaba haber estado en un lugar así de pequeño nunca. Dejó que su vista vagara entre la pequeña pero lujosa sala casi unida al comedor. Y mientras él caminaba delante de ella, recorrió con los ojos esa amplia y

tonificada espalda, adornada por algunos lunares. Chris solo llevaba unos pantalones oscuros de deporte, podía verle la cinturilla del bóxer. El maldito estaba increíble...

—¡Tonto! —Por ir bobeando, chocó contra su espalda cuando se detuvo abruptamente frente a una puerta. Dios, eso le dolió, era tan duro como una roca.

—Ah... —suspiró empujando los dedos por ese cabello rebelde—. Disculpa el desorden. —Abrió la puerta—. Ésta es mi habitación.

Lo primero que observó fue la impresionante vista a la ciudad, era preciosa. Lo segundo fue que él no sabía lo que significaba la palabra *desorden*. Dios la librara algún día de que conociera su casa. El suelo estaba cubierto por una suave alfombra dorada, los tonos en las paredes eran oscuros al igual que las sábanas, todo emanaba masculinidad y orden. No era el típico cuarto de un chico soltero. En la pared, a su mano izquierda, había una repisa cubierta por muchísimos discos perfectamente ordenados, bastantes libros bien apilados, unas fotografías que no alcanzaba a distinguir en la oscuridad y un espejo enorme. En la esquina, estaba un clóset medio abierto, ahí pudo ver un uniforme de policía, ¡una túnica de sacerdote! Increíble, se acercó a ella.

—Eres un sacrílego —susurró, tocando la suave tela.

—Cuando quieras puedo confesarte —sonrió arrogante.

—Pervertido.

—Yo no soy el que anda por la ciudad con solo una camisa, ¿o sí? —dijo a su espalda, su aliento mentolado le rozó el cuello, estremeciéndola—. Tú me ganaste el juego de los pervertidos.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó, moviéndose ligeramente lejos de él y cambiando de tema.

—Aquí. —Apuntó a la cama.

—¿Y tú?

—También, obvio.

—¡Ah, no! —Se cruzó de brazos—. Ni creas que vamos a dormir juntos. —Él se encogió de hombros.

—Pues entonces duerme en la sala.

—¡Chris! —chilló, pero en un rápido movimiento él le tapó la boca, por lo que furiosa le mordió la mano.

—Jen, ¡mierda! —rugió con dolor al tiempo que la liberaba—, vas a despertar a mi compañero.

—No quiero dormir contigo —cuchicheó mirándole indignada.

—Entonces duerme en tu auto. Ya sabes, casual, como una desamparada, pero yo no tengo por qué dormir en el sofá.

Buen punto. Jen tenía que darle algo de crédito.

—Bueno... pero préstame algo para dormir, solo salí tomando lo necesario para ir

mañana al trabajo, no puedo dormir con esto... —exclamó, con sus manos apuntando hacia su ropa empapada.

Solo vestía la camisa de Nathan, la realidad era que, del miedo, no había pensado en ponerse otra cosa. El castaño rodó los ojos mientras caminaba a su clóset.

—Ponte esto. —Le lanzó una camiseta.

—Date la vuelta —exigió, fulminándolo con la mirada.

—No. —Grave error, le había lanzado un reto.

—Chris —gimió, musitando un *por favor*.

—Te conozco completamente, desnúdate frente a mí.

—No quiero. —Cruzó los brazos—. No estamos... trabajando.

—Mi casa, mis reglas —dijo sonriendo torcidamente.

—Y una mierda —espetó furiosa, quitándose la camiseta mojada.

Vestía solo sostén y bragas blancas. Apenada, trató de ponerse rápido la camiseta, pero metió el brazo donde iba la cabeza y...

—Yo te ayudo, me estás dando miedo. —La voz de Chris a unos centímetros de ella la hizo tensarse—. Pareces de esas monas japonesas que se contorsionan por las paredes, permíteme. —La ayudó a salir de la camiseta tan solo para encontrarse con la mirada de pervertido que solía mandarle, *¿qué rayos estaba pensando al venir aquí?* Nunca debió haberlo hecho. Él sonrió acercándose.

»Este sostén... —El joven deslizó un dedo por el borde de sus pechos—. Es... —A Jen se le desbocó el corazón—. Tan... —Sus maravillosos dedos le traían... maravillosos recuerdos—. Antiguo.

—¿Q-Qué? —jadeó.

—¿Quién te lo regaló? ¿Tu abuela?

—De hecho fue la tuya. —Furiosa, le quitó la camiseta poniéndosela de una vez. Por suerte le quedaba larga, hasta las rodillas.

—Elena tiene mejores gustos, te lo garantizo. —Jen lo ignoró.

—¿Cuál es tu lado de la cama?

—Toda la cama es mía —farfulló. La joven rodó los ojos.

—¿De qué lado voy a dormir? —Él sólo se encogió de hombros, por lo que Jen se subió a la cama—. Bueno, en ese caso voy a dormir pegada a la pared, me gusta sentirla detrás de mí.

—Estoy seguro de que te encanta sentirla detrás de ti —ronroneó con una sonrisilla.

—Sí, me gusta mucho sentirla detrás de mí.

—¿Entre más dura mejor, no? —Se deslizó con ella entre las sábanas.

—Pues sí... supongo. —Estaba nerviosa, todo olía a él y estaban muy juntos.

—¿Y supongo que no te importa la hora, ricura?

Y cuando el joven deslizó una mano por su cintura, no supo si sentirse indignada por cómo su cuerpo ya estaba reaccionando a sus caricias, o por el hecho de que al parecer estuviera diciendo cochinas. La verdad que no entendía el juego de palabras.

—E-Eres un... depravado de lo peor. —Le pegó en la mano como si fuera un insecto—. Deja de decirme así, ¿sabes qué? Dame éstas. —Le quitó las almohadas para formar una barrera que los separaba—. Así estaré mucho mejor.

—¿Por si sientes algo duro detrás de ti?

—No quiero sentir nada duro detrás de mí —contestó crispada.

—Eres tú la que se aprovecha de los indefensos, ¿ya se te olvidó?

Mierda, ¿pero acaso iba a estárselo recordando por siempre?

—Hasta mañana, Chris.



—Hasta más tarde... *lagarto*.

A Chris le iba a estallar el cerebro.

Casi no había dormido por culpa de la desamparada. El único lugar que tenía para relajarse, su santuario personal, es decir su cama, estaba siendo invadido. Odiaba que le movieran las sábanas, le encantaba acostarse y amanecer exactamente en la misma posición, como si estuviera momificado. Cuando despertaba, las almohadas estaban cada una en su lugar formando una especie de cueva protectora, incluso a veces no tenía que alzarla porque ni siquiera la movía. Era muy susceptible en ese aspecto, incluso dormía con calcetines, pero Jen...

Putá mierda. La chica hablaba hasta dormida, estuvo nombrando a Nathan, moviendo las piernas descontroladamente, según ella, buscando comodidad. Además, durante la noche se fue acercando hacia él de forma “sutil”, primero quitando una almohada, luego otra, y cuando los truenos eran ensordecedores, la tenía pegada a la piel como una garrapata. Ahora, no solo iba a tener marcadas las mejillas, producto de la golpiza que Jen le había dado, sino que además iba a tener ojeras, se vería fatal...

—¿Jen? —Le sacudió el hombro, *¿qué no pensaba irse nunca?* Ya había amanecido—. Despierta, llegarás tarde.

—Como jodes, cállate. —Se puso una almohada sobre la cabeza.

—Bueno, cuando te vayas cierras la puerta —refunfuñó.

«*Quien fuera un niño rico para quedarse dormido*», pensó mientras entraba en su baño que estaba perfectamente limpio, justo como a él le gustaba. Tenía clasificados los artículos, desde la máquina de afeitar, hasta el jabón neutro que utilizaba para su sensible cara. Las toallas, dobladas y apiladas por colores. Quizás a Chris podían valerle madre un montón de cosas, pero jamás ser ordenado.

—¡Mierda, la niña de *El Aro!* —gritó su compañero de piso.

—Lo siento, yo...

El castaño se soltó riendo al escuchar la conversación fuera en el pasillo. Seguramente ambos ya se habían conocido. Se enrolló la toalla en las caderas y salió apresuradamente.

—¡Christopher Herrera! —bramó Axel desde el pasillo—. ¿Quieres explicarme qué es esto? —preguntó apuntando a Jen.

—*Esto* tiene nombre, *compañerucho*. —Estaba furiosa mientras se retiraba el largo cabello rojizo del rostro—. Me llamo Jennifer.

—¿La violadora? —preguntó Axel fingidamente aterrado, Chris reprimió una carcajada, Axel solía tomarle el pelo a las personas, no por nada era muy bueno interpretando personajes en *Cosplay*.

—Yo... yo... —balbuceó con las mejillas encendidas—. Él se desmayó y pensé que... bueno... —Sin poder contenerse, Chris se acercó a ellos, rodeando a Jennifer por la cintura.

—Axel, déjala en paz.

—Teníamos un trato, nada de chicas —siseó, y si no fuera porque solo estaba en bóxer, quizás lo hubiera asustado con su tono serio.

—No es lo que tú crees... —se apresuró a decir Jen.

—A ver, están semidesnudos, durmieron juntos, anoche quisiste violarlo. ¿Qué parte no estoy entendiendo?

—¡Estoy casada! —gritó como posesa, sacudiéndose furiosa la mano de Chris, quien la miró como si estuviera poseída por algún demonio.

—¡Bígama!—gritó Axel.



Abrumada por el gigantesco hombre llamado Axel, Jen se encerró indignada en el tocador.

Era estúpido que él malinterpretara las cosas de esa manera. Estaba tan furiosa que iba a golpearlo, por eso decidió darse un baño. Mientras lo hacía, puso el agua muy caliente tratando de relajar sus agarrotados músculos. Enojada, vio el immaculado orden de las cosas, dos tipos de champús y un enjuague. Algunos productos más para el cabello... por Dios, si no fuera porque Christopher le había mostrado ser *muy* varonil, ya estaría dudando. Aún molesta, revolvió el champú con el enjuague, se puso de todos los productos en el cabello, además usó su gel de ducha, que por cierto olía exquisito, y mientras se tallaba el cuerpo con ese delicioso aroma, recordó a cierto *mecanicucho*. El inútil había tirado de su vello una cantidad ridícula de veces la noche anterior.

—*No te has depilado*. —*Tiró de su vello*.

—*Deja de hacer eso* —*chilló indignada, golpeándole la mano*.

—*Lo voy a hacer hasta que "aquí"...* —*Deslizó sus largos dedos entre sus delicados*

pliegues— no haya nada...

Jen se vio obligada a abrir un poco más el agua helada ante semejante recuerdo, ahora en su mente solo había algo: tenía que depilarse. Media hora después cuando terminó, se secó con dos toallas antes de arrojarlas en el lavamanos. Se vistió rápidamente, sujetó su cabello en su habitual coleta y salió del baño.

—Dejaste a toda la cuadra sin agua caliente —comentó Chris con una sonrisa—. Siéntate, hice el desayuno.

—Gracias, pero ya voy tarde al trabajo... —Su estómago gruñó, haciendo que el gigantesco de Axel soltara una risotada.

—Vamos, viola hombres, ¿qué tanto puedes tardarte desayunando? Aunque espera... —sonrió—, si te vas a tardar cuarenta minutos como cuando te bañas, mejor sí, vete.

—Desayunaré si dejas de decirme así. —Lo fulminó con la mirada.

—Es un trato —afirmó el gigante, dando un sorbo a su jugo.

Chris se acercó en ese momento para servirle, olía delicioso. Pan tostado con mantequilla, huevos revueltos con tocino, jugo...

—Vaya, qué rico se ve todo, Chris —comentó, mirándolo con una sonrisa que se desvaneció en cuanto lo vio de cerca.

—Gracias —dijo orgulloso.

—¿Qué... te pasó en la cara? —preguntó nerviosa.

—Es que ayer casi lo violan. —*Axel*, ese chico tenía que morir.

—Creo que te pasaste un poquito con la “reanimación”, Jennifer —espetó Chris malhumorado, sentándose frente a ella.

—Lo siento tanto —balbuceó, sintiendo ese calor odioso subir por su rostro, en eso, su celular sonó asustándola y provocando que derramara el jugo en la mesa—. ¡Mierda!

—Qué forma de bendecir los alimentos —bufó *Axel*, negando con la cabeza de forma desaprobatoria.

Sin hacerle caso miró su celular, Steve la estaba llamando, era tardísimo, no alcanzaría a llegar...

—*¿Qué ocurre, Colorada? Estoy preocupado, nunca llegas tarde, ¿todo bien?* —expresó su compañero, parecía un tanto alarmado.

—Estoy... —Sorbió la nariz, tosiendo fingidamente—. Me siento tan mal, ¿puedes informar a Brandon que me tomaré el día?

—*Claro, nena, y si necesitas algo más con gusto puedo llevártelo... un caldo de pollo, analgésicos, un masaje... lo que sea, no dudes en llamarme.* —Jen rodó los ojos.

—Gracias, Steve, nos vemos.

—*¿Así es como finge cuando ustedes...?* —*Axel* iba a preguntar algo, pero Chris gracias a Dios lo fulminó con la mirada.

Para su suerte el resto del desayuno fue tranquilo, y por lo demás, Jen se vio pidiendo disculpas, por tirar el jugo, por aventar las toallas, por revolver los productos de Chris, por dejar su camisa mojada en el suelo y por lograr que se le hiciera tarde también a él.



—Llévate a *Redish*. —Jen le extendió las llaves del auto.

—Por supuesto que no, solo acércame al gimnasio.

—Llévatelo, no iré a trabajar. Déjame aquí y en la tarde cuando salgas, recógeme.

—Preferiría *recogerte* en la casa de verano —insinuó oscuramente.

—¿Quieres que le diga a Holly que me lleve? —Lo miró extrañada, robándole una sonrisa, nunca entendía el doble sentido.

—Vendré aquí por ti, olvida lo que dije.

—Nos vemos más tarde. —Pero antes de que se bajara del auto, la tomó por la muñeca, provocado que perdiera el equilibrio, cayendo hacia adentro, sus rostros quedaron a centímetros.

—¿Jennifer?

—¿Q-Qué? —tartamudeó nerviosa, a Chris no le importó, le encantaba molestarla.

—No seas tan confiada. —Jen lo miró sorprendida.

—¿Con quién?

—Con nadie, ni siquiera conmigo.

—¿Por qué no? ¿Realmente eres el violador en serie que pareces? —se burló con una media sonrisa que lo contagió.

—No, pero ¿qué pasaría si en realidad fuera un chico malo? ¿Si te robo el auto?

—Pensaría que estás en uno de tus papeles —dijo sonriendo. Chris no supo qué pensar, o por qué lo estaba mirando con una rebotante emoción que no lograba comprender, finalmente suspiró.

—Bueno, nos vemos a las seis.

Y mientras manejaba el flamante Audi, sonrió. Nunca pensó que algún día conduciría uno de esos. Como no iba en el metro, llegaría a tiempo al gimnasio, así que llamó rápidamente a Elena.

—*Ya nos llegó el dinero, amor.* —Su abuela se escuchaba muy contenta del otro lado de la línea.

—Sé que es poco, pero espero que sirva para tus medicamentos y una mensualidad de la hipoteca...

—*Cielo, puedes mandarnos todo el dinero del mundo, y lo único que me va a hacer feliz es que vengas.* —El joven suspiró.

—La escuela me tiene contratado a tiempo completo...

—*Evelyn me preguntó por ti ayer, en el supermercado.*

Chris se dio cuenta en ese preciso momento de que no era un zombi, porque el corazón volvió a latirle. Increíblemente ahí estaba, latiendo frenético con tan solo escuchar ese nombre. Tragó duramente saliva mientras la cabeza le daba vueltas y vueltas.

—*Le dije que estabas bien, quiere... llamarte.*

—Espero que no le dieras mi número —dijo con un hilo de voz.

—*Chris —suspiró Elena—. ¿Qué fue lo que pasó? Estabas tan enamorado de ella, al parecer aún te quiere, me pidió que le hables. ¿Por qué no regresas? Puedes buscar trabajo en la preparatoria, podrías volver y seguir con Evelyn...*

Volver con Evelyn.

Sí, aquello sería como si pudiera sacarse la lotería mientras se deslizaba por un puto arcoíris. Al solo pensar en eso le dolía el pecho y la garganta se le inflamaba impidiéndole respirar bien. Lo más sano era no pensar en ella, y sin embargo las imágenes se cruzaron a tropel por su mente: Ellos envueltos en sábanas, el cabello rubio de la chica deslizándose entre sus dedos... Dejarla sola en ese lugar de mierda había sido la segunda cosa más difícil que había tenido que hacer, después claro, de conocer el diagnóstico de Elena.

—*No te preocupes por nosotros, si el banco quiere quitarnos la casa, que lo haga... estoy segura que de cualquier forma nos queda poco tiempo en este mundo. Así que para qué vivir angustiados.*

Chris sacudió la cabeza. No importaba cuán enamorado pudiera estar, sus abuelos iban primero. Por eso se había ido en busca de un mejor trabajo. De ninguna jodida manera permitiría que el banco les quitara su hogar. No obstante, y pese a sus buenas intenciones, Miami lo había absorbido como a todo chico de fuera. Las salidas nocturnas, la playa, las bebidas hasta el amanecer... todo acto descontrolado y jodido lo había hecho, hasta que conoció en un bar a Axel y su "oficio". Tenía tanto que agradecerle a su amigo, con su ayuda había tomado las riendas de su vida, retomando su verdadero propósito: ayudar a los que consideraba sus padres.

—No, mamá, no vuelvas a decirme esas cosas, no les queda poco tiempo de vida. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Y lo de *ella*, no tiene solución, lo nuestro simplemente se acabó, no somos compatibles, gustos distintos, todas esas cosas de no enamorados que llevan a la ruptura... —mintió, ni siquiera podía decir el nombre de la chica en voz alta.

—*Como tú digas, corazón, espero que nos veamos pronto... Te quiero.*

—Y yo a ti, salúdame al abuelo, que estén bien. —Se apresuró a colgar porque su celular marcaba una llamada en espera...

Mia Clayton.

Sacudiéndose todo rastro del chico tímido y sencillo de Denver, contestó la llamada de su mayor fuente de ingresos.

Capítulo Siete

Si Holly volvía a reírse de ella, se iba a bajar de su maldito y súper lujoso *BMW*, y tomaría un taxi.

—Jen —dijo, aún riéndose—, es que no puedo creerlo. Primero me ocultaste que te estás cogiendo a otro hombre, ahora te estoy llevando a una sesión de depilación. Estoy feliz, amiga, ¡feliz!

—No me... no me estoy acostando, lo que se dice acostar, con otro hombre... —balbuceó con el rostro encendido.

—Estás cogiéndotelo, y además hoy amanecieron juntos.

—Ya te expliqué por qué —cuchicheó nerviosa.

—Qué chistoso, yo a mis treinta años, me levanto a las siete de la mañana para salir a correr con mi perro, le doy de comer y además levanto su excremento.

—¿Eso qué tiene que ver?

—¿Cómo que, qué? —La miró molesta—. Mientras que tú te levantas al lado de tu amante, sintiéndote mierda, yo me levanto a recogerla —suspiró—, vida injusta, llévame ya...

—¡Chris no es mi amante! —gritó enojada.

—Dime, amiga, ¿quién la tiene más grande? —preguntó mientras daba la vuelta para entrar en el estacionamiento techado.

—¡Holly! —aulló escandalizada, cruzándose de brazos indignada, aun así, no pudo evitar los recuerdos que la asaltaron.

—*Soy más grande, acéptalo. —Chris elevó las caderas entrando en ella de forma profunda, ahogando un gemido lo miró con odio—. Ahora, ricura, si quiere la alineación de llantas, mónteme bien —ordenó el insolente de forma altanera, después de que lo estuviera cabalgando por segunda vez en la tarde.*

Toda esa alargada clase había sido producto de que lo comparó, sin querer, con Nathan. Apenas las palabras habían salido de su boca se había arrepentido, algo en sus brillantes ojos azules se había encendido, volviéndolos salvajes y cargados de lujuria. A Chris le encantaban los retos, podía sentirlo en sus caricias, en sus duras arremetidas; él no quería que lo comparara, y estaba haciendo que Jen dejara de hacerlo.

La joven suspiró, mirando el lugar al que iban. ¿Qué más daba quién fuera más grande? Pero aunque intentara no aceptarlo, sentía las piernas como si hubiera cabalgado a un jodido corcel durante días. Nunca iba admitir esto en voz alta, porque estaba segura que Nathan la tenía más grande que Chris. Seguramente el dolor contradictorio que últimamente sentía entre las piernas se debía a que nunca lo hacían en la cama, y su cuerpo estaba todo entumecido.

—No me gusta hablar de esto —balbuceó—, tan solo estamos practicando, él me está ayudando a ser una *cosplayer*.

—Tardaste un cuarto de hora en responder eso, estás ruborizada y todo. —Holly sonrió—. *Hum*, eso quiere decir que ese chico la tiene grande, ya quiero conocerlo —dijo, elevando las cejas mientras sonreía. Sin duda “quería conocerlo”, Jen se soltó riendo.

—Bueno, puedes conocerlo después de que acabemos las clases, será todo tuyo, solo te advierto que es muy costoso —sonrió.

—Ya te dije que no pienso pagar por un hombre, nena, es más, yo le enseñaría *cómo* disfrazarse —guiñó un ojo bajándose del auto.

Holly la había llevado a una serie completa de tratamientos de belleza en uno de los salones más exclusivos de Miami. El escotado vestido en tono coral destacaba su figura, además su cabello era rubio de nuevo, levantando miradas de hombres y mujeres por igual mientras caminaban. Jen sonrió al comparar a su amiga con un camaleón, era igual de multifacética.

—¿Estás completamente segura de que necesito depilarme todo *allí*? —había preguntado Jen, no muy segura, después de que la esteticista le explicara el procedimiento láser con todo detalle.

Holly se mantuvo firme.

—Por supuesto. Tienes que podarte *todo* —reprochó, poniendo los ojos en blanco ante el persistente tradicionalismo de su amiga—. Más vale prevenir que lamentar. Verás qué relajado es no tener que estarse preocupando por pelitos perdidos, además, estoy segura de que a Nathan le va a encantar —remató, oliendo un triunfo seguro.

Y sí, ninguna maldita mujer iba a quitarle su futuro. Nadie, ni siquiera un puto dolor en forma de alfileres calientes incrustados en la piel la distraería de su único objetivo:



recuperar a su marido.

—Chris... —medio gimió Amanda al verlo.

—Lo sé, larga historia. ¿Crees que podrías ocultar esto?

—Siéntate aquí, volveré en un segundo.

No era para tanto. Las marcas que Jennifer hizo en su rostro no eran cosa del otro mundo, sin embargo Chris jamás se dejaba tocar la cara. Era sumamente importante para él, su jodido instrumento, una de sus principales herramientas.

—Esa chica debe ser una salvaje en la cama —comentó Amanda mientras le aplicaba un poco de alguna crema—. También debes apreciarla —agregó, mirándolo con una sonrisa.

—No es lo que crees —farfulló molesto—, fue algo que se salió de control. ¿Quieres apurarte? Debo estar ahí en veinte minutos.

Después de eso, el chofer de la empresa lo llevó hasta la residencia de su clienta, donde por cierto, la acaudalada Mia ya lo esperaba bastante desesperada en la recepción.

—Owen, por un momento pensé que no vendrías...

—Eso nunca pasará, discúlpame, tuve un contratiempo —murmuró en tono amable, dándole una delicada flor como era su costumbre.

—Te necesito para el domingo en la noche —comentó mirando la flor—, sé que no trabajas los fines de semana, pero es importante.

—Necesito revisar mi agenda, si está libre, con gusto te acompaño. —Se mordió ligeramente el labio.

Mia frunció el ceño. El vestido blanco de coctel se adhería a sus voluptuosos pechos, destacando además el collar cubierto en diamantes. El día de hoy tenía que acompañarla a un desayuno de lo más aburrido, Chris se preguntó si ella querría pasar el resto del día con él, como normalmente sucedía... si eso ocurría, sería la primera vez que tendrían problemas.

—Y hoy quiero que te quedes conmigo. —Ahí estaba su respuesta.

—Lo siento... —murmuró en voz baja y aterciopelada—, desgraciadamente estos días estaré ocupado por las noches...

—¿Quién es? —preguntó molesta, elevando el mentón.

—Es una cliente, ya sabes que tengo prohibido revelar identidades.

—Cáncélale. —Se dio la vuelta agitando la mano, restándole importancia—. Te quiero el resto del día.

—Lo siento, nunca dejo plantadas a mis clientas. Espero que puedas entenderlo. —Mia se detuvo a mitad del vestíbulo, su vestido oscilando cuando se giró para mirarlo de forma incrédula.

—¿Quién es? ¿Cuánto te está pagando por eso? —exigió saber.

Él apretó la mandíbula, odiaba cuando ella lo trataba de esa manera, como si fuese un estúpido juguete del que podía disponer a cualquier hora. Lo que más coraje le daba era que, para su desgracia, él había permitido que pensara eso al nunca negarle nada. Mia se detuvo frente a él y lo retó con la mirada.

—No puedo decírtelo —murmuró en tono suave a tan solo unos centímetros de su rostro.

—¿Owen? —Sus ojos verdes escrutándolo milímetro a milímetro—. ¿Quién se atrevió a tocarte? —Suavemente deslizó un dedo por sus pómulos.

Mierda. El *cosplayer* parpadeó en un gesto fingidamente confundido, incluso se llevó una mano al rostro.

—Ah, esto... estaba jugando americano y me golpeé con el balón.

—Nunca has dejado que te dé bofetadas, dime, ¿quién fue la afortunada? ¿La misma que te tiene atado estos días? —El chico se puso nervioso, a Jen no le convenía tener a Mia de enemiga—. Voy a descubrir quién es y cuánto pagó por hacerte esto.

—Estás sacando todo de quicio, no dejaría que me tocan de esa manera ni por todo

el dinero del mundo. Ahora, ¿podemos irnos de una vez?



Después de la espantosa sesión, Jennifer salió con una mueca dolorida, pero con el sexo muy depilado.

Un segundo después miró su costoso Cartier tan solo para comprobar que era muy tarde, Chris seguramente se habría ido ya a su casa. Así que Holly la llevó al departamento del castaño, no sin antes aferrarse a conocerlo. Jen le mandó un texto para informarle al *cosplayer* que estaba fuera del departamento, a los pocos minutos el chico salió a encontrarla. Su cabello castaño lucía de esa forma caótica, su perfil digno de ser esculpido. La camisa negra remangada hasta los codos dejaba ver sus tonificados antebrazos. La joven frunció el ceño al verlo vestido de esa forma tan elegante. *Mierda*, tenía que aceptar que se veía increíble, el suspiro de Holly, mezclado con un gemido, se lo confirmó.

—Putra madre, amiga, ¿ese es *Chris*? —preguntó deslumbrada.

—Sí, es *Christopher* —aclaró por alguna jodida razón.

—Mierda, ¿cuánto dijiste que cobraba? —Apenas iba a contestar con un comentario sarcástico, cuando el creído llegó inclinándose sobre la ventana de Jen. Oliendo increíblemente delicioso.

—Hola, Jen —ronroneó con su habitual y ridícula voz seductora, sin embargo sus ojos estaban clavados en su amiga—. Hola...

—H-Holly, soy la mejor amiga de Jenny, mucho gusto. —Jen estaba atónita, su amiga *nunca* se ponía nerviosa.

—¿Conque *Jenny*? —inquirió Chris, elevando una ceja.

—No me llames así —refunfuñó mientras se bajaba del auto—. Por cierto, vámonos, es muy tarde.

—Hasta otra ocasión, *Holly* —murmuró con la voz ronca, lo que enfureció a Jen, no le había gustado en lo absoluto el intercambio.

Cuando se subieron al *Audi*, Jen estaba enojada y ni siquiera sabía por qué. Ciertamente no eran celos, lo que pasaba era que Chris la hacía sentir de una forma ridículamente especial, aún y cuando le dedicaba miradas perturbadas o de violador en serie. Por eso, que hubiera visto a Holly de la misma manera...

—¿Por qué noto cierta tensión en el aire? —indagó el joven.

—Conque te gustan las rubias —espetó sin pensar.

—Todos tenemos un fetiche, parece que es el tuyo también —aseguró con humor. Jen se enojó aún más, porque tenía razón.

—Al menos tenemos algo en común —comentó. Desterrando ese extraño sentimiento, suspiró relajando los hombros—. Chris, quería decirte, lo que pasa... es que bueno yo... —Cerró los ojos.

—Te vas a echar para atrás —afirmó el joven como si la conociera, Jen abrió los ojos fulminándole con la mirada.

—No, yo *nunca* dejas las cosas a medias, grábatelo. Es solo que bueno, seguí tu consejo de depilarme... *allí*, y el caso es que me duele aún, así que no creo que hoy podamos hacer nada —susurró.

—O sea que... —ronroneó, deslizándose sugestivamente la mano hacia su muslo. La joven inmediatamente se ruborizó, pensó en golpearle, pero armándose de valor, no lo hizo—. Estás sensible.

—A-Algo así. —Sutilmente le apartó la mano—. Por tu culpa me quedó una cicatriz en el monte de Venus, como al pobre de Harry en su frente. —Chris soltó una carcajada.

—Quiero verla.

—No —farfulló molesta.

—Bueno, creo que hay algo que podemos hacer entonces, pero no sé si te moleste —curioseó el joven.

—¿Qué cosa? —demandó alarmada, *¿qué podía querer?*

—Me gustaría ver todas tus bragas. —Su voz fue seria.

—¿¡Qué!?! —Tenía que estar bromeando.

—Necesito ver tus bragas. No sé quién sea tu asesor de moda, pero claramente... —la escudriñó con los ojos—, debes despedirlo.

—Tú no tienes que preocuparte por eso —interrumpió, Dios estaba tan enojada—. *Mi* ropa interior y yo no necesitamos tu ayuda, muchas gracias.

—*Tu* ropa interior y *tú*, son dignas de una exposición en el museo de reliquias —aseguró el joven sin titubear.

—¡Eso no te incumbe! —Cristo, pero si ya estaba gritando.

—En serio, Jen. —Se acomodó en el asiento del auto para mirarla mejor—. Sé que te molestan con las cosas, lo sé porque me lo advertiste, ¿pero no fuiste tú la que dijo que *ese* era quizás un motivo por el que te dejó tu esposo? —Jen abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua, sin saber qué contestar—. Lo que quiero decir es que, tienes que aceptar retroalimentaciones.

—¿Decir que puedo modelar en un museo es una retroalimentación? —Apoyó la frente contra el volante—. ¿Y qué sugieres? Tú tampoco eres un adonis —mintió, el inútil sí parecía uno.

—Bueno, yo sugiero que vayamos a tu casa y me muestres tu guardarropa —rebatió, ignorando sus ácidos comentarios.

—¿Ahora te crees un experto en modas? ¿Te graduaste de *modología*? ¿Tienes algún sentido oculto del que no hemos hablado? —Chris se rio suavemente mientras negaba.

—*Modología*, ¿eso existe? —Se seguía riendo—. Tienes razón, olvídalo. Entonces, supongo que nos vemos otro día. —Abrió la puerta del auto, Jen se alarmó dándose cuenta

de que se estaba pasando, respiró hondo sujetando su mano para detenerlo.

—Lo siento, Chris —suspiró—, yo... —Cerró los ojos, *¿qué se suponía que debía hacer?*

La Jennifer de siempre ya estaba gritando escandalizada, enojada, y efectivamente, no aceptando sugerencias. Si pretendía cambiar, debía hacerlo al cien por cien. Tenía una demanda de divorcio en casa, y un montón de cosas por cambiar. Suspiró antes de hablar.

—No pensarás entrar a mi casa, ¿o sí? —Lo miró recelosa, él se encogió de hombros—. ¡De ninguna manera! Yo... traeré una maleta a tu casa con mis cosas y así podrás verlas.

—Tu mejor lencería, tus mejores zapatos y tu mejor ropa, Jennifer —advirtió con



ojos que no dejaban cabida a réplicas.

—Oh Dios mío, ¿pero qué mierda es esto? —Chris sacó de la maleta un vestido de seda verde oscuro, cintas de terciopelo negras lo rodeaban al igual que detalles de flores bordadas.

—¿Qué? Ese es mi vestido nuevo, lo compré apenas el mes pasado. No está tan mal...

—Claro, no está tan mal, si pensabas ir a un *funeral*. —Lanzó un bufido sacando varias blusas de cuello de tortuga, camisetas a rayas, camisas a cuadros, chaquetas con capucha y faldas largas.

—Además esta blusa... —Jen le quitó la prenda blanca—. Es de un reconocido diseñador. —Él la ignoró, continuando con su faena de destrozarse su armario. Cuando aventó al suelo una chaqueta roja no pudo soportarlo—. ¿Qué haces? Esa es mi chaqueta favorita... —chilló, abrazándola como si la estuviera defendiendo de un ogro.

—Es demasiado grande para ti, no me deja verte el trasero —dijo con seriedad imperturbable—. Muchas de tus blusas son de una talla que no es la tuya, se te ven los hombros caídos.

—Lo que pasa es que tú no sabes de tallas. —Le quitó un vestido negro largo hasta los talones.

—Además estos sostenes, ¡ni siquiera tienen varilla! ¿No tienes un sostén *push up*?

—No hay ningún *push* nada, ¿de qué rayos hablas?

—¿Tangas?

—No —espetó molesta recogiendo su ropa, Chris suspiró masajeándose las sienes.

—Tus ropas son incluso ofensivas, toda esta maleta está lista para que te vayas de viaje a un crucero con un puñado de pensionistas. —Y lo decía en serio—. Lo único rescatable son estas prendas.

Apartó tres conjuntos de lencería que aún tenían la etiqueta puesta. Jen enrojeció a tal punto que pensó que oficialmente iba a echar espuma por la boca, pero para su sorpresa,

ella soltó una carcajada, luego otra, hasta que de pronto estaba sacudiéndose de risa.

—¿Pensionistas? ¿Tan mal estoy? —Estaba riéndose de forma histérica, ya le estaba dando miedo.

Chris la obligó a sentarse sobre el montón de ropa, tomándola por los hombros comenzó con un suave masaje, tratando de calmarla. Sabía que cuando Jen comenzaba a reírse así, no era bueno.

—Respira —susurró cerca de sus labios, ella lo obedeció entre risas—. No es que estés mal, tienes un estilo... muy... elegante, es solo que necesitas comprar ropa... más acorde a tu edad y talla. En cuanto a la interior... te falta modernizarte un poquito —aseguró, sintiéndose orgulloso por la forma en la que mentía.

—Eres tan malo componiendo las cosas —suspiró la chica, Chris frunció el ceño. Diablos, nadie lo había descubierto antes en una mentira—. ¿Crees que a Nathan ya no le guste?, es decir, antes no le gustaba mi estilo así que intenté cambiarlo, pero no puedo evitar cubrirme, no me gustan las prendas que muestran piel, así que opté por lo formal. Nathan no volvió a decir nada de mi forma de vestir.

Christopher suspiró, odiando comprender el silencio de Nathan, odiaba tener algo en común con ese bastardo.

—Probemos con algunos nuevos atuendos y ya tú decides, ¿te parece? —sugirió sonriendo al tiempo que deslizaba un rebelde mechón tras su oreja—. Estoy seguro de que con ropa nueva lucirás de tu verdadera edad.

—¿De mi verdadera edad? —La joven frunció el ceño— ¿Por qué? ¿De qué edad luzco?

Chris la miró disimuladamente, la blusa, obviamente no de su talla, con florecitas estampadas de diversos colores y vuelos en los brazos, la hacían lucir mayor. Lo peor eran los pantalones cafés, la hacían parecer una campesina. Por supuesto unas zapatillas sin tacón. Su cabello rojizo sujeto en una coleta relamida y nada de maquillaje. Era bonita, pero podía serlo aún más.

—Eh... —Se pasó una mano por el cabello—. Te ves... ya sabes, pues de tu edad, pero creo que mejor vamos de compras, ¿sí?

Jen rodó los ojos, pero gracias al cielo no le puso las cosas más difíciles. Y dado que sabía que ella era adinerada y Miami era la ciudad de las tiendas, las boutiques de moda y los mejores *outlets* del mundo, ir a *Bal Harbour Shops* le pareció una excelente idea.



Jennifer tenía que admitir que la tienda estaba preciosa mientras atravesaban la lujosa recepción.

Chris se detuvo frente a una esbelta morena, vestida con un elegante conjunto de falda y blusa, la oscura y ondulada melena le llegaba por debajo de los hombros. Al percatarse de que ella seguramente se vería como una indigente perdida, se ruborizó tratando disimuladamente de ocultarse detrás del enorme cuerpo de Chris. A Jen siempre

le había gustado vestir de forma sencilla y cómoda. Su blusa de estampados florales la hacía sentirse fresca y los vuelos le parecían de lo más coquetos y alegres.

Ni su madre, ni ninguna de sus amigas, habían logrado disuadirla de su forma de vestir. Pero ahora, frente a esa despampanante morena, simplemente quería desaparecer, aunque sea para ponerse unos zapatos con tacón.

—Selena —ronroneó el *cosplayer*, regalándole una sensual y torcida sonrisa. Su mirada incluso se volvió ardiente y lujuriosa, provocando que la chica se tambaleara un poco en la silla.

—Owen —contestó con voz ronca.

Jen elevó una ceja mirándolos alternativamente, la escena le dio un poco de náuseas. ¿Querían acaso montar una fantasía en estos momentos? Era tan evidente que se habían acostado, que se sintió... bueno, *incómoda* era la palabra que más se acercaba. Selena esbozó una gatuna sonrisa, la cual le embellecía sus carnosos labios rosa brillante, pero que desapareció al percatarse que el chico no venía solo, lanzándole una gélida mirada al notarla.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó a Chris, pero mirándola a ella.

—Ayúdanos a comprar.

Chris la rodeó por la cintura, acercándola posesivamente a su lado, pasmada, ni siquiera le importó que la presentaran como a un viejo auto que necesitaba modificaciones, como en ese programa de MTV, *Enchúleme la Máquina*. La morena los miró alternativamente con una visible expresión interrogante. Dado el posesivo agarre de Chris en su cintura, Jen temió lo peor, por lo que se separó de inmediato.

—En realidad, *este* jovenzuelo es... bueno, es de los mejores amigos de mi *esposo* —aclaró.

Chris soltó una carcajada que disimuló, de forma bastante mala, tosiendo. La mirada de Selena voló a su mano izquierda donde comprobó la evidencia: su precioso anillo.

—Ah, ya veo —sonrió la chica, visiblemente aliviada.

—Su esposo y yo somos *íntimos* amigos —comentó Chris con una sonrisilla, posando la mano sutilmente en su cintura baja.

Jen le lanzó una mirada furibunda. Selena la repasó de arriba abajo, escrutándole cada centímetro del cuerpo; desde el rostro, la figura, hasta las zapatillas de piso.

—¿Y en qué te puedo ayudar...?

—Jenny. —Se apresuró a decir el apodo con el que Holly la había bautizado—. Quisiera lucir... como nueva, quiero un cambio.

—Bueno, Jenny, sé por dónde podemos comenzar —respondió Selena antes de mirar a Chris—. Owen, ¿por qué no te vas por ahí a perderte unas dos horas? Mi hermana Melanie está en el departamento de caballeros. —Le guiñó seductoramente un ojo.

—Ni hablar, si me voy, estoy seguro de que se vestirá como una abuela. No la dejaré ni un solo minuto. ¿Sí la puedes arreglar, verdad? —La voz del *cosplayer* sonó angustiada.

Definitivamente como un auto averiado y descompuesto, así la veía Chris. Selena miró a Jen con expresión de solidaridad, seguramente tendría el rostro encendido.

—Owen, eres tan tonto a veces. Siéntate por allá. —Señaló un sofá, él se encogió de hombros antes de obedecer, Jen lo observó mientras caminaba de forma elegante hasta sentarse.

Varias dependientas lo miraban cuchicheando con una sonrisa, por lo que Jen suspiró. Había tenido que soportar por años *ese* tipo de actitudes al lado de Nathan. Por eso se alegraba de que Chris no le importara en lo más mínimo, así no tendría que preocuparse por salir apurada de los vestidores para comprobar que seguía ahí, solo y a salvo.

Selena le fue mostrando diferentes prendas, y Jen se descubrió a sí misma disfrutando de eso. De niña acompañaba a su mamá a lugares costosos, se divertía modelando con ella... hasta que la secuestraron, entonces, no importó cuántas veces Mónica intentó obligarla a que la acompañara a las tiendas, a cambiar de estilo, o a mejorar su aspecto, el resultado siempre fue el mismo, no. Además, Nathan así la quería. Aunque, bueno... la quería vestida de látex y con un látigo en la mano para ser más precisos. Jen haría lo que fuera por él, por eso tenía un plan bien trazado. Necesitaba reconquistarlo, así que si tenía que verse como otra y lucir falsamente hermosa, lo haría. Le demostraría que podía cambiar.

—¿Me permites? —Selena le soltó el cabello, dejando que su cabellera rojiza cayera sobre sus hombros y espalda.

Cuando se miró al espejo, Jen recordó que se lo comenzó a recoger cuando inició su trabajo con las computadoras, de esa forma no le estorbaba. Con el tiempo se acostumbró a verse así y ya no se preocupaba mucho por peinados distintos. Selena se apartó unos pasos y la estudió, como el auto en reparación que seguramente era.

—Te podríamos cortar un poco el cabello. —Su mano estaba en su barbilla—. Así las ondas se definirían más, también tenemos que delinear tus cejas y enseñarte a maquillarte adecuadamente.

—Me parece bien —asintió, sintiéndose torpe.

—El vestido azul se te ve precioso, resalta mucho tu piel, ¿quieres que Owen te vea?

—¿Owen? —Frunció los labios... *ahh...* se refería al insolente—. ¡No! —contestó casi en un grito; luego recordó que él era su asesor o lo que fuera, así que suspiró resignada—. Mejor sí.

Dudosa y vacilante salió del probador para buscarlo con la mirada. Lo encontró platicando felizmente con otra morena que, seguramente, sería Melanie, la hermana de Selena. La chica tenía el cabello perfectamente acomodado, la piel bronceada, y sonreía totalmente deslumbrada por el hombre en cuestión. Chris se veía todo seguro de sí mismo, condenadamente guapo y seductor mientras hablaba con ella, haciéndola reír de forma tonta y enamorada. Jen se preguntó si siempre sería así de tentador con las demás mujeres. Carraspeó incómoda para que la mirara.

Pero cuando él se giró para verla... *mierda*, tenía la *mirada* otra vez. Chris dejó a la chica atrás, avanzando hacia ella como un león a la caza, sus ojos azules brillando

intensos, sus pasos elegantes y fluidos. ¿Qué demonios pasaba? A Jen comenzaron a palparle partes que no debían, las regañó mentalmente, sin poder evitar un escalofrío ante aquella lasciva mirada.

—Jennifer —exclamó sin dejar de verla—, te vas a vestir así *siempre*, te ves preciosa.

Jen intentó, por todos los medios habidos y por haber, no ruborizarse. Estaba vistiéndose así para Nathan, no para él.

—Gracias, pero lo haré porque *yo* quiero, no porque *tú* digas.

Sonriendo de forma tímida, siguió a una extrañada Selena de regreso al probador. Sin embargo, en un movimiento que la tomó por sorpresa, Chris la sujetó del brazo, sus labios contra su oreja, su duro cuerpo amoldándose a cada curva del suyo...

—Discúlpame, no sé por qué contigo a veces me pongo... muy duro —cuchicheó, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—No te preocupes —susurró en un hilo de voz. El *cosplayer* se soltó riendo—. No fuiste tan duro.

—¿Ah, no? —preguntó soltándola.

—No —indicó confundida, él sonrió de forma torcida.

—Bueno, si vuelves a esconder ese cabello sexy, te voy a mostrar uno de mis personajes que *no* quieres conocer, incluye algunos castigos. Me pondré más *duro*. —Su voz era áspera. A Jen la piel se le puso de gallina antes de estremecerse.

Dios la librara de que él se pusiera así de duro, porque a ella nunca le habían gustado las exigencias. ¿Estarían hablando de la misma dureza? Lo miró. Nop, no estaban hablando de lo mismo.

—Suéltame, Chris, siempre eres un insolente, ya no digas tonterías. —Se sacudió.

Él se soltó riendo liberándola, así que siguió a Selena donde continuaron pasando el tiempo entre vestidos y el salón de belleza, donde le cortaron el cabello, le depilaron las cejas y por último le enseñaron a maquillarse. Al final de la jornada, el guardarropa que llevaba estaba bien provisto y podría cambiarse todos los días, por al menos un mes. Hasta se había encargado de poner zapatos altos *Louis Vuitton*, vestidos cortos de *Dior* y *Prada*, pero lo que más le gustó fueron las sandalias con tiras de *Jimmy Choo*.

Compró bastante lencería de *La Perla*, sonriendo engréida al ver que había sido tan audaz no solo como para esta vez comprar tangas, sino incluso llevar una puesta ahora mismo. Durante toda su vida había evitado esas terribles abominaciones, ¿quién quería traer un hilo metido en el trasero? No era fácil traer tela metida por ahí, pero su nuevo estilo se lo exigía. Así que respiró hondo conteniendo el deseo de tirar de la tanga frente a todos.

Chris elevó una ceja al verla, de nuevo la mirada lasciva y los ojos oscurecidos. Demonios, aquello debería molestarla, ¿entonces por qué se sentía... entre alagada y excitada? Al llegar a la caja, suspiró al ver la cantidad estratosférica que tuvo que pagar, Jennifer nunca se consentía ni se daba esa clase de lujos, hasta ahora iba cayendo en cuenta de que no le gustaba gastar en ella, pero esta vez lo haría. Santo Dios, era terrible



que hasta este momento no se conociera para nada.

Chris estaba sentado en el borde de la cama, sintiendo que se calcinaba dentro de su propio cuerpo. Lo cual era jodido si te detenías a pensarlo, pero como claramente no estaba pensando, solo pudo dedicarse a contemplar el vestido en tono hueso que se le adhería a Jen como otra piel. Cada jodida curva de su cuerpo quedaba expuesta de forma tentadora, su cabello cobrizo ondeando lo tenía hipnotizado.

Seguramente por eso aún no caía en cuenta de que la chica estaba adueñándose de su pequeño departamento, eso también debería servir para explicar por qué querría ir de compras con una chica, aunque con Jennifer fuera diferente. Era práctica, Selena no había tardado en ofrecerle vestidos perfectos y acordes a la chica, y Jen no había pasado más de dos horas en aquel lugar. Christopher sabía lo que era tardarse en las tiendas, ya que él necesitaba comprar mucha ropa, sus personajes y su trabajo dependían de ello, aunque no fue así como conoció a las hermosas morenas, quienes actualmente eran clientes de *Cosplay*. Las fantasías favoritas de las hermanas consistían en ser unas hermosas Amazonas en una jungla, sin duda bastante calientes y guapas. A Chris le gustaba jugar con ellas y enredarlas con lianas, a veces participaba él solo, otras veces invitaban a algún compañero para jugar.

—Voltéate —pidió Jen, pero por nada del mundo lo haría.

Ella resopló quitándose el vestido, quedando en una diminuta tanga azul y un elegante sostén a juego. Chris tragó duramente saliva. Todos sus sentidos concentrándose únicamente en ella, en ninguna otra mujer vestida de Amazona, incluso su miembro estaba siendo cercenado dentro de sus pantalones de lo erguido que estaba.

—¿Aún te duele por aquellos rumbos? —Se aclaró la garganta.

—Un poco, sí —murmuró ella, viéndose todos los ángulos del cuerpo en el espejo. La joven estaba sonriendo cuando caminó hacia una bolsa para sacar otro vestido.

—Te ves tan diferente en esa ropa. —Se levantó quedando tras ella—. Eres como la telenovela de Betty la fea —dijo amenamente.

—Gracias —respondió Jennifer de forma mordaz—, aceptaré eso como un cumplido.

—Por primera vez te estoy haciendo cumplidos —repuso con humor, ella tan solo rodó los ojos.

—Nunca pensé que podría cambiar tanto, solo es ropa y un corte nuevo. Tú qué dices, ¿le gané a Betty? —Sacudió su cabello sonriendo, pero cuando su mirada se encontró con la de él a través del espejo en busca de su aprobación, algo ocurrió entre ellos.

Chris no podría definir qué fue lo que pasó, tampoco corresponder esa inocente sonrisa. Porque estaba jodidamente cargado de deseo por ella, a un grado tal que ya no podía ordenar sus ideas. Tenía la mandíbula apretada y el miembro duro como una roca, y sentía la piel hormigueante como si una corriente eléctrica golpeará a través de su cuerpo y saliera disparada en ondas.

Jennifer captó su pasión, pero a diferencia de ruborizarse o quitarse, se le quedó viendo. El deseo se arremolinó en sus ojos verdes, *mierda*. De nuevo lo observaba con esa maldita mirada cargada de lujuria, y Chris pensó que se estaba volviendo un fetichista, porque amaba ver esa mirada en ella. Le encantaba que se viera tan dócil y niña, porque detrás de esa fachada estaba una mujer dispuesta a participar en todo. Le gustaba que al parecer estuvieran encontrando la sintonía entre ellos.

—En realidad siempre has sido muy bonita. —Sin poder contenerse, deslizó una mano por el vientre de la chica—. Eras como un diamante en bruto, necesitabas que te pulieran.

—Aquí el único bruto eres tú —farfulló, tratando de lucir molesta, pero fallando terriblemente cuando recostó la cabeza contra su pecho.

—¿Nunca has pensado en hacer un baile para Nathan? —preguntó, trabajando su cuello con los labios, su erección totalmente erguida contra el trasero de la chica sin poder ocultar su excitación.

—No —jadeó, estremeciéndose—, ¿crees que le gustaría?

—Creo que le encantaría, podrías interpretar a una estríper, pero no a una cualquiera, podría contactarte con una amiga, ella podría enseñarte a bailar adecuadamente y todo eso. Lograrías interpretar el papel de dominatriz mientras bailas. —Lentamente deslizó los labios hasta el lóbulo de su oreja donde lo mordió con delicadeza.

—Ni siquiera sé bailar —gimió. Chris abrió los ojos de golpe y se topó a través del espejo con los de ella, cargados de excitación.

—¿Cómo que no sabes bailar? —La giró para verla de frente, grave error, porque su culo quedó a la vista en el enorme espejo de la habitación—. Tu respingón trasero siempre logra desconcentrarme. —Se rio entre dientes, provocando que Jen se ruboriza e intentara cubrirse—. ¿Por qué me da la impresión de que no tuviste juventud? ¿Por qué no bailabas? ¿Por qué no has cogido en un auto?

—¿Por qué no te callas? —reprochó la joven.

—Bueno, como estás de nena y no vamos a tener sexo, hoy vas a aprender a besar, *lagarto*.

—Ya sé hacerlo, muchas gracias, y no me llames así.

Chris se soltó riendo al tiempo que internaba ambas manos en su sedoso cabello para atraerla contra él y besarla. Le gustaba provocarla, más que nada porque sabía que a ella no le gustaba besarlo, y a Chris le encantaba retarla, llevarla hasta el límite. Ella siempre apretaba los labios haciendo lo imposible por evitarlo, lo que Jen no sabía es que ese inconsciente rechazo provocaba una ridícula excitación en Chris que le hacía perder el control, jamás nadie lo había rechazado. El joven le separó los labios con la lengua forzándola a participar, le succionó y mordió los labios a un ritmo lento y concienzudo.

Él se había propuesto enseñarle a besar, no solo hacer esas metidas de lengua extrañas, tampoco esos insulsos besos que solía darle, ni esos besos atragantados donde hasta sus dientes chocaban. Quería besarla a un grado que olvidara su nombre, que pudiera entender que la seducción venía desde algo tan básico como eso.

Finalmente ella gimió en su boca, enterrando las manos en su cabello para atraerlo contra sí. *Mierda*. Chris se dio cuenta que estaba perdiendo el control a toda velocidad cuando deslizó las manos por la espalda de la joven hasta ahuecar su trasero. Que no le importara fue una espantosa novedad, pero que sus caderas se empujaran contra ella para que pudiera sentir otra vez lo duro que estaba, realmente fue algo indignante. Jen se separó de forma brusca con un chillido que lo hizo reír entre dientes.

Esa chica lograba hacerlo sentir como un puto adolescente hormonal. ¿Y qué tan jodido era que quisiera cogérsela en su propia cama?, en *esa* cama que no compartía con nadie. Tratando de fingir que nada de esa mierda rara estaba pasando, la miró con una sonrisa arrogante, sintiéndose satisfecho al ver sus ojos dilatados y la boca medio abierta.

—Así es como debes besar, *lagarto*.

Jennifer se relamió los labios, sin dejar de mirarle la boca. Christopher supo por su postura que quería continuar el beso, sus pequeñas manos aún yacían contra su pecho, su cuerpo inclinado contra el suyo, era tan obvia. Lástima que él no haría nada, quería desinhibirla, se preguntó si así sería con su esposo.

—Pues ya aprenderé —respondió, sacudiendo la cabeza como saliendo de un trance—. Creo... creo que será mejor que me vista, ya es tarde y... mañana trabajamos. —Se dio la media vuelta pero Chris no pudo evitar traerla contra sí, estaba terriblemente duro, provocándole un grito ahogado al sentir su excitación.

—¿Por qué eres tan tímida? ¿Así eres con él? —Jen lo miró a través del espejo sin responder—. ¿Nunca le dices lo que quieres?

—Le he dicho que quiero sexo, si a eso te refieres.

—No. —El *cosplayer* sacudió la cabeza—. Me refiero a esto. —Llevó una mano a su pecho donde barrió con el pulgar su duro y erguido pezón, provocándole un escalofrío—. ¿No le has dicho cómo te gusta ser tocada? —Inclinándose, le mordisqueó el cuello para luego aliviar la sensación al deslizar la lengua.

—Él ya debería saber cómo tocarme, tenemos años juntos...

—Tienes razón, pero no todos los hombres lo saben, yo me dedico a esto. —Sin problemas, levantó el sostén azul para tomar sus sensibles pechos entre las manos, masajeándoselos de forma delicada, tirando de sus pezones a la vez—. Mi trabajo es que las chicas vuelvan a *Cosplay*, así que debo conocer lo que les gusta. Debes ser más desinhibida, ¿te acuerdas de la primera vez que lo hicimos? —preguntó sin dejar de mirarla a través del espejo, ella se mordió el labio, asintiendo con la cabeza—. Me dijiste lo que querías, haz lo mismo con él.

—Está bien —suspiró ella cuando la liberó. Luego se sentó en la cama, necesitando poner distancia, o iba a ser el primer caso de muerte por explosión de testículos.

—Perfecto.

—Mañana quiero tomar la iniciativa en el juego —pidió deteniéndose frente a él, donde de una extraña forma audaz, se coló entre sus piernas abiertas.

—¿A qué te gustaría jugar? —De forma inconsciente, deslizó las manos por las

cremosas piernas de la chica.

—Pues... ¿a qué ha jugado Nathan? ¿No sabes?

—Ayer creo que interpretó a un policía —comentó, recordando perfectamente a Nathan vestido como un oficial.

—Entonces tú serás mi policía —canturreó contenta.

—Tengo una mejor idea. —Chris tiró de ella, obligándola a sentarse en su regazo—. Mañana tú serás mi oficial, ¿qué dices?

—No quiero. —Apoyó la frente contra su hombro—. No me sale ningún papel.

—Es cuestión de práctica, yo he estado interpretando los papeles, y es necesario recordarte que no soy el que necesita realizarlos.

Le tocó la nariz con el dedo índice al mismo tiempo que un ensordecedor trueno rompía la relativa calma que había en la habitación, Jennifer dio un respingo, enredando sus brazos alrededor de su cuello como un mono araña.

—¿Por qué le tienes miedo a los truenos? —Ella no respondió, era otro de sus tantos misterios. Chris respiró sobre su cabello, dejándolo pasar—. Siempre hueles tan bien, a frutas.

—Tú también hueles muy bien, ¿qué loción usas?

—¿Para que Nathan la use? —Destiló en su voz el sarcasmo—. Prefiero no decírtelo

—Nathan huele *delicioso*, jamás olerás como él —aseguró, viéndolo con un destello de arrogancia.

Chris pensó en contraatacar diciéndole que Nathan olía a todo menos a loción. Seguramente olía a Viena o a cualquier otra vagina, pero se abstuvo. La verdad era que temprano había visto a Nathan encerrarse en una habitación con tres chicas y un chico. Iban a tener una orgía, el juego podía empezar con un arresto, ya que ambos hombres iban vestidos de policía, podían “interrogar a las culpables” y terminar en todos teniendo sexo con todos. Pero viendo a los pozos verdes de Jen, se dijo que no tenía por qué lastimarla con la verdad.

Ella se había colado a su regazo, era muy frágil y delicada. Sus ojos verdes eran transparentes, sin malicia ni dobles intenciones. Chris se sorprendió de que fuera así, por lo general las chicas tan adineradas como ella tenían una mirada totalmente distinta. Arrogante, engreída y llena de codicia. Eran personas experimentadas, comúnmente tendían a rebajarlo con tan solo una mirada. Para muestra estaba Mia. En cambio, la chica ahora en sus brazos era dulce y cariñosa. De forma involuntaria le acarició tiernamente la espalda, y cuando ella esbozó una deslumbrante sonrisa, Chris se dio cuenta de que no quería dañarla; también se dio cuenta de que estaban siendo demasiado cercanos para su gusto. Arrugó el ceño, tenía que ser muy cuidadoso en cómo la introduciría en un mundo lleno de fantasías y cosas a veces retorcidas, pero eso no significaba que tuviera que portarse tan jodidamente cariñoso.

—Ahora que lo dices, oler al marido de otras chicas es mi meta en la vida, ya sabes, esperar a que sus esposas me comparen y eso... —espetó sarcástico, logrando que rodara

los ojos—. Mejor hablemos de ti, ¿crees que puedas volverte una *cosplayer*?

—Puedo intentarlo, ¿qué tengo que hacer mañana? —preguntó, trazando círculos imaginarios sobre su pecho.

—Primero necesitas entrar a un gimnasio. —Le pellizcó una nalga tratando de despabilarse. Jen gritó indignada—. Cuanto antes mejor, estás toda aguada, tienes que tonificarte.

—Eres un asno.

—Pero no por las orejas —comentó sonriendo—. Conseguiré que una amiga te dé las clases de *pole dance*. Y bueno, mañana tienes que lucir como una policía y castigarme.

—¿En la casa de verano?

—Sí, voy a armar un escenario que no te imaginas.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Eso déjame a mí. —Le guiñó un ojo.



Jen salió cubriéndose el rostro y corriendo de la tienda erótica.

Dios la librara de que alguien la viera en esos lugares. En sus manos llevaba bolsas con algunos trajes, botas, varias pelucas; una rubia como él pidió, una de cabello negro y sin que el *cosplayer* lo supiera, una castaña. Suspiró mirando la ofensiva cabellera, era ridículo, pero quería parecerse en todo lo posible a Viena. Apenas iba a abrir la puerta de su casa de verano, cuando Chris salió a su encuentro. Su cabello desordenado, su sonrisa radiante. Hoy lucía casual en sus vaqueros, y ridículamente musculoso en la camiseta azul. Jen sonrió, nunca pensó que le daría las llaves de la casa, ni que tuvieran toda esa confianza, y sin embargo aquí estaban.

—Jennifer, la fantasía será primero en el jardín. —La miró asegurándose de que estaba entendiendo, como si tuviera algún retraso—. Después de eso, me llevarás arrestado a la segunda planta, ¿traes las esposas? —Ella asintió siguiéndolo—. La habitación del fondo es a la que me tienes que llevar. Como me porté mal, ya supones qué tipo de fantasía quiero.

—Muy bien —asintió, creyéndose en una misión tipo *S.W.A.T* o algo por el estilo. Chris siguió hablando sobre su papel, pero Jen se distrajo pensando cómo habría llevado Nathan a cabo la fantasía.

Se lo imaginó disfrazado de policía, su cabello rubio cubierto por una gorra, girando la macana entre sus grandes manos. Era tan listo y guapo, ¿por qué nunca le dijo que quería jugar a esto?

—Te espero en veinte minutos con todo lo que te dije que compraras. —Se detuvo abruptamente haciendo que ella chocara contra su espalda por ir distraída—. Pobre de ti donde te hayas comprado el traje talla grande. —Sus ojos bailando en advertencia—. No bragas, no sostén, ¿entendido?

Era obvio que el inútil le recordaría lo de las tallas. Ella lo ignoró entrando al baño, y estando ahí se peleó con la estúpida tanga que le estaba cercenando el clítoris mientras se ajustaba el ligero. Sin querer se le atoró un tacón en las medias de red, desgarrándolas cuando se subió el traje, sudando, contuvo el aliento para subirse el cierre del maldito vestido de cuero, y cuando por fin respiró, vio con horror su estúpida pancita. Jen era sumamente delgada, pero tenía una pancita cervecera. *Mierda*. No podía quitársela con nada. Maquillándose frente al espejo, tal como le enseñaron, recordó que Chris le pidió que se pusiera la peluca rubia, pero solo para retarlo, no lo haría. Así que dejó que su cabello real, largo, rojizo y en espesas ondas le cayera por la espalda. No había que alborotarlo mucho, ese cabello suyo tenía vida propia, esponjándose y haciéndola parecer toda una tigresa. Sacó los demás artículos: una macana, unas esposas, una pistola de juguete y el ingrediente extra, su gas pimienta, obvio no lo usaría, pero ¿a poco no estaba mono? Lo sorprendería. Se ajustó el cinto especial, donde podía acomodar todas sus cosas, antes de salir.

Contenta de verse como policía mala con sus lentes *Ray Ban*, salió sin dejar de sonreír al jardín. En el camino se tropezó dos veces sobre la tierra, pero no se quitó las gafas. Apenas llegó al lugar acordado, se ahogó al ver el aspecto del lugar. Chris dejó todo luciendo como un escenario de *Cosplay*, sin duda se había convertido en un delincuente. Varios autos desconocidos se encontraban estacionados por todo el lugar oscuro, haciendo un tenebroso escenario. El delincuente era muy ingenioso. La joven respiró, asumiendo su papel de policía, caminando como si fuera por una calle llena de pandilleros. El jardín lucía como si estuviera caminando por algún peligroso barrio del *Bronx*. Jen colocó la pistola cerca de su rostro, lista para disparar. Se ocultó detrás de los autos y salió varias veces apuntando a nada.

—¿Quién anda ahí? —preguntaba, como hacían los policías cada vez que abrían una puerta esperando encontrar algo—. Será mejor que se rinda quienquiera que sea.

Mientras se deslizaba entre los autos, las esposas que venían colgando en su cinto se le atoraron en un espejo lateral, provocando que cayera de manera vergonzosa. Quedó medio colgando del auto por culpa de las malditas cosas, estaba poniéndose de pie con torpeza y sin dejar de maldecir, cuando escuchó unos ruidos. Se le ocurrió que ya que estaba en el suelo, arrastrarse pecho en tierra era una excelente idea, él no la vería. Así que con dificultad se arrastró por el jardín, apoyándose en los codos. Fue entonces que vio a un sujeto de complexión alta y fornida, tratando de abrir con un fierro a... ¡Redish! ¡Mierda! ¿Y si no era Chris? Se paró de inmediato.

—¡Deje mi auto, *delincuentucho*! —gritó, olvidándose de todo el asunto policíaco.

Él tenía una media negra en el rostro y se detuvo al notar su presencia. Era altísimo y corpulento, por lo que con miedo retrocedió, pero entonces, el delincuente comenzó a correr hacia ella, paralizándola del miedo, y cuando le sujetó las manos con fuerza, Jen se volvió loca. Nadie le tocaba las manos, así que presa de la adrenalina, le dio un fuerte pisotón con sus tacones de doce centímetros, logrando que la soltara mientras aullaba de dolor.

—¡Ten eso, hijo de puta! —vociferó, moviendo las manos como una rapera. Él dejó de maldecir para mirarla con odio.

—Vas a pagar por esto —siseó con voz ronca.

Putra mierda, es que esa media del terror lo hacía lucir tan horrible, y qué decir del rostro desfigurado a causa de lo apretada. El tipo sujetó con fuerza el fierro con el que minutos antes estaba dañando su auto, y cuando lo elevó, Jen supo que sin duda pensaba golpearla. El tiempo apremiaba, así que sin pensarlo dos veces se dio la vuelta y comenzó a correr. Los putos tacones se le hundieron en el piso por lo que los dejó clavados cual estacas en alguna parte mientras gritaba. Jadeando, miró sobre su hombro, y ¡diablos!, él estaba justo detrás. Ese delincuente sí que era veloz. Chillando le aventó las esposas, luego la macana. ¿Dónde jodidos estaba Chris? ¿Lo habrían... matado?, ¿amordazado, secuestrado, golpe...?

De pronto, fuertes brazos la rodearon, provocando que cayeran contra el suelo, y aunque la mayor parte del golpe se la llevó él, no por eso estaba agradecida. Ahora, el hijo de puta decía algo, pero Jen no lograba entenderlo. Se estaba revolviendo debajo de él, su corazón tronando con fuerza en los oídos era el único sonido que realmente distinguía. Que mierda de muerte, no podía creerlo. Estaba aterrada sí, pero de pronto el instinto de preservación fue más fuerte, por lo que gritó y pateó con renovadas fuerzas, entonces, recordó el gas pimienta. Revolviéndose entre los fuertes brazos del tipo, dio con el gas, lo sacó y de forma hábil lo colocó entre sus ojos.

El sé quedó de piedra.

Jadeando y agotada por haber luchado tanto, lo empujó para que se quitara a la mierda de encima de ella, el maldito estaba listo para violarla, seguro. Luciendo sorprendido, incluso con el rostro desfigurado, el delincuente levantó las manos en claro gesto de rendición, pero Jen ya no era Jen.

—Ahora sí, cabrón. Ya te jodiste —dijo, apretando el botón que liberaba el gas pimienta.

Capítulo Ocho

Chris estaba seguro que el dicho “toda tu vida pasa frente a tus ojos cuando vas a morir”, era mentira.

Lo sabía porque tenía un dispositivo de gas lacrimógeno entre los ojos, y no estaba viendo otra cosa que no fuera el ceño fruncido de Jen, junto con el movimiento frenético de uno de sus dedos queriendo destrabar el artefacto. Sin darle tiempo a que le desgraciara la vista, le arrancó el gas pimienta, lanzándolo lejos.

—¿De verdad ibas a rociarme con eso?! —gritó enfurecido, quitándose la media que lo hacía parecer un delincuente.

Pero ella no puso atención de tan entretenida como estaba revolviéndose y pegándole, no fue sino hasta unos segundos después que reaccionó.

—¿Chris? —jadeó asustada. El castaño se puso de pie furioso, caminando al menos un par de metros lejos, necesitando poner distancia, o no sabía qué sería capaz de hacer—. Chris, lo siento mucho, yo... ¿Estás muy enojado? Lo siento, ¡lo siento tanto! —Jen comenzó a acercarse, pero levantó una mano deteniéndola.

—Dame un segundo para calmarme. —Se pellizcó el puente de la nariz, respirando profundamente, ya no había nada que pensar. La idea le había rondado hacía algunos días y ahora lo comprobaba—. ¿Jen? —habló sin abrir los ojos—, esto se terminó. No tiene caso que sigamos, al menos yo ya no puedo. Prometo que te voy a devolver el dinero la semana que entra, te lo juro, pero esto se acabó —sentenció, sintiendo un peso menos en sus hombros.

Tenía que terminar con esto, Jen no estaba aprendiendo, no tenía remedio y por si fuera poco... ¡estuvo a punto de rociarlo! Aún no podía creer lo cerca que estuvo de estar fuera de combate por algunos días. Quizás Jen era muy inocente, estaba claro que no podía, pero él ya no sería quién para juzgarla. Ya estaba exhausto.

Además, por su culpa había roto muchas reglas del sexo casual, como la de nunca quedarse con el cliente. Eso implicaba un alto nivel de intimidad, y siempre conllevaba un incómodo despertar a la mañana siguiente. Era extraño cómo no le pasaba eso con ella, pero no por eso dejaba de estar mal. Al no escuchar respuesta abrió los ojos, tan solo para elevar una ceja, sorprendido.

Jennifer se había equipado otra vez, de nuevo en su cinturón colgaban las esposas, la macana e incluso se había calzado los tacones. Su pecho subía y bajaba rápidamente, el cabello cayéndole hacia delante le oscurecía el rostro.

—¿Entenderías si me justificara diciendo que siempre he sido muy torpe? —susurró.

—Jen...

—¿Que solo soy una mujer desesperada? —Se rio con amargura, Chris no le encontró la gracia por ningún lado, sabía que ella estaba nerviosa.

—Quizás deberías buscar otra forma de llamar la atención de tu marido —murmuró

con voz suave, tratando de no herirla.

—Cuando nos casamos, el sacerdote dijo que había que luchar por lo que se quiere, hasta el último momento. Nos dijo que separarnos tenía que ser la última opción. —Clavó sus grandes ojos verdes en él—. Nadie sabe cómo es el matrimonio hasta que lo vive. Yo voy a luchar por lo que quiero y tú prometiste que me ayudarías.

—Y lo intenté —resopló frustrado—, Dios sabe que lo intenté, ahora también tendrías que preguntarte si vale la pena luchar de la forma en la que lo haces... por ese hijo de puta.

—Ese es mi problema —contestó aturdida.

—Y aunque no lo creas, también el mío, hoy estuviste a punto de dejarme ciego, y que con eso perdiera días en *Cosplay* —reclamó.

—No vas a dejarme —zanjó, con la respiración entrecortada.

—¿Qué? —No podía haberle escuchado bien.

—Que no vas a dejarme. —Su voz quebrada.

Chris resopló, no quería hacerla llorar, pero tenía que terminarlo. Se pasó una mano por el cabello, caminando hasta ella.

—Jen... —Tomó una de sus manos—. No llores, por favor.

—Me lo prometiste, Chris —sollozó.

—Sé que lo prometí, pero vamos a terminar mal. —No había ningún rastro de falsedad en su voz—. Créeme cuando te digo que de verdad lo intenté, esto se está saliendo de control. Tú no puedes... —El sonido metálico lo interrumpió, y cuando miró hacia sus manos unidas, con horror vio que Jen se había esposado a él—. ¿Qué hiciste? —preguntó, tirando de las esposas.

—Te dije que no ibas a dejarme. —Se limpió las furiosas lágrimas que aún bajaban por su rostro, sus ojos taladrándolo con una determinación bastante desconcertante.

—¿Entonces dime qué fue lo que te pasó con los delincuentes? —exigió antes de perder toda compostura.

—No fue nada —contestó secamente.

—Si no me lo dices no voy a seguir con esto, de hecho no sé ni por qué no has entendido que...

—Te lo diré después —interrumpió. Su mirada verde se volvió fría como el hielo e inescrutable. Chris la observó sorprendido.

—¿Te violaron? —El puro pensamiento le provocó una salvaje y repentina ira contra quienquiera que se hubiera atrevido a tocarla.

—No... pero no faltó mucho —balbuceó desviando la mirada. Él tiró de su mano, y ya que se encontraban esposados, la estrechó.

—Lo siento, ¿encontraron a los culpables? —Ella negó—. Jen, con mayor razón creo que debes dejar ya esto, tienes un problema, y no soy la persona más adecuada para

ayudarte. Quizás deberías dejar a Nathan, o no sé...

—Ayúdame tú —pidió, entrelazando sus dedos.

—Es que no puedo.

—Por favor —suplicó.

—Jen, yo...

—Dame otra oportunidad —se apresuró a decir—. Sé que estropeo todo, pero te juro que voy a mejorar. Es solo que me asusté mucho cuando te vi, no pensé que te fueras a poner esa media y de verdad no sabía quién eras, todo era tan real, me transportó al pasado...

—Eso es porque nunca pones atención —regañó, robándole una sonrisa avergonzada—. Te está dando asma —comentó con el ceño fruncido al escuchar ese chillido raro en su pecho.

—Y la culpa la tienes tú. —Tiró de él—. Vamos por mi inhalador.

Y ahí, en la oscuridad de la noche mientras seguía a Jen, se preguntó a qué hora habían terminado así. No solo ella lo ignoró con eso de renunciar, sino que ahora lo tenía esposado.

—Lo siento —dijo, al tiempo que daba unas aspiraciones en su inhalador—. Ahora... tienes derecho a guardar silencio, si no tienes un abogado se te asignará uno. Sígueme.

Sin darle siquiera tiempo a pensar o protestar, Jen lo condujo hacia la habitación que habían acordado. En el camino de regreso, Chris tuvo que admitir que se veía increíble en ese disfraz. Por primera vez le había hecho caso con las medidas. Así que el micro vestido de cuero a duras penas le cubría las nalgas con cada paso que daba. Aunque no le había hecho caso con la peluca rubia, su cabello en ondas rojizas, largo y brillante, la hacía lucir bastante sensual. Los tacones de vértigo le estilizaban las piernas, y *mierda*, se estaba excitando con cada paso a la habitación.



Jennifer se sorprendió al entrar a la habitación.

Christopher la decoró de tal forma, que asimilaba una sala de interrogaciones. Incluso un enorme espejo cuadrado simulaba esos por donde podían verte del otro lado de la sala, una mesa austera, una sencilla silla y una lámpara colgando en medio. Las sábanas con diseños daban la impresión de una cárcel. ¿Cómo diablos había logrado que luciera así? Sacudió la cabeza. No-podía-distraerse. Ésta era la única oportunidad que tenía para demostrarle a Chris que ella podía hacerlo y no lo iba a perder a él también por culpa de su torpeza o timidez.

—Siéntate —ordenó, empujándolo contra la silla—. ¿Quieres decirme desde cuándo eres roba autos? —Él elevó una ceja, recorriéndola descaradamente con su lasciva mirada de perverso.

—Desde los dieciocho.

—¿Para quién trabajas? —Se colocó de pie entre sus piernas, ya que no podía irse muy lejos de él.

—No te lo voy a decir —respondió arrogante.

—Entonces tendré que sacártelo a la fuerza.

—De hecho... —Una lenta y seductora sonrisa se dibujó en sus labios al tiempo que su mano iba a una zona a la cual ya no quería mirar nunca—. Puedes sacármelo sin dificultad.

—Chris —resopló, colocándose un mechón hacia atrás—. Se supone que debes poner resistencia, ¿por qué quieres facilitarme que te saque la verdad? —cuestionó frustrada. El castaño se soltó riendo mientras negaba.

—Olvida lo que dije. No te diré lo que quieres saber y piensa cómo jodidos le haces. Nadie nunca ha logrado sacarme la ver... dad. —Jen resopló frustrada.

—Ya veremos, *delincuentucho*. —Sonrió lentamente para tratar de intimidarlo, puesto que no tenía ni idea de cómo sacársela.

Así que recurriendo a todos sus actos evasivos, se colocó a horcajadas sobre él, maldiciendo internamente el haberse esposado. No podía trabajar con facilidad, y si solo él estuviera esposado, sería más fácil, pero por desgracia ambos lo estaban. Un tanto sonrojada, soltó botón por botón de la camisa, descubriendo ese ridículo y tonificado torso desnudo. La boca se le secó ante semejante imagen, provocando que de forma inconsciente se relamiera los labios. Chris siempre le parecía una obra de arte, en eso tenía que admitir que Nathan no se le parecía... tanto.

No tenía tan marcados los bíceps, ni tampoco su torso parecía una deliciosa tableta de chocolate. Pero bueno, fuera de eso, Nathan estaba mejor dotado en otras cosas. Su cabello castaño y alborotado jamás llegaría ni a los talones del rubio y perfectamente bien acomodado de Nathan. Y sin embargo, se encontró frotándose contra él mientras le olisqueaba el cuello. Dios, ¿por qué olía tan delicioso? Jen había buscado la marca de su loción por todo su cuarto —sin decirle, claro—, y no la había encontrado. Curiosamente había descubierto que era él quien olía así y no algún perfume. De pronto, un suave y largo dedo se deslizó por toda su columna, siguiendo el camino hasta sus nalgas, donde apretó con fuerza.

—Nada de tocar. —Golpeó esa enorme y entrometida mano.

—Deberías... ah... esposarme las dos manos o quitármelas —sugirió como Chris, no como el delincuente.

Pero no estaba lista para decirle que había perdido las llaves en algún punto mientras corría, o quizás cuando le aventó con todo.

—Te dije que guardaras silencio. —Lo abofeteó ligeramente, y el gruñido que escapó de su garganta hizo estragos en su intimidad.

De igual forma el delincuente no la obedeció, lo supo al escuchar el sonido de la cremallera de su vestido mientras él lo bajaba, y sin poder contenerlo, un escalofrío la recorrió. Nunca había usado lencería como la que estaba luciendo ahora. El sostén negro

de encaje con una diminuta tanga a juego era bastante escandaloso, pero el ligero, Dios, tan solo verlo daba miedo.

En un movimiento inesperado, Chris la tomó por las nalgas y se levantó con ella para dejarla sobre la mesa. La joven gritó mientras él se colocaba entre sus piernas, obligándola a recostarse bajo la cegadora luz del interrogatorio que le impedía verlo con claridad.

—Aquí está —susurró, deslizando un largo dedo por la marca diminuta que le quedó de la depilación láser—. ¿Te duele?

—No —jadeó.

—Te ves preciosa, tan seductora, aunque nunca hagas caso —ronroneó inclinándose. Jen se tensó, era increíble cómo su voz profunda la llevaba a niveles de excitación insospechados—. Te deseo tanto, no sé ni por dónde empezar —expresó con voz ronca, mirándola con sus depredadores ojos. Ella fue incapaz de contestar, solo gimió presa de todo lo que la hacía sentir—. ¿Qué quieres saber? —expuso con voz ronca.

—¿Q-Qué? —balbuceó confundida, escuchando únicamente su melodiosa risa mientras negaba.

—Sobre los robos, mi expediente criminal, ¿qué quieres saber?

—*Ahhh*. —Sacudió la cabeza tratando de no pensar en sus dedos expertos que la hacían olvidar todo— ¿Pa-Para quién trabajas?

El delincuente no respondió, estaba ocupado trabajando su cuello con los labios, bajando de forma rápida hacia sus pechos, deslizando la lengua por su torso, jugueteando con su ombligo hasta encontrarse con su diminuta tanga. Y cuando sus miradas se encontraron, supo lo que él iba a hacer, así que cerró los ojos, escuchando el rasgar de la tela, pero lo que jamás se esperó fue que en su centro palpitante de anhelo sintiera el rostro de Chris. Jen gritó asombrada y extasiada, sacudiéndose contra sus suaves labios.

El delincuente le sujetó las nalgas, atrayéndola al filo de la mesa, donde no perdió el tiempo arrastrando la silla para sentarse, su boca jamás abandonó su necesitado clítoris, llevándola a la absoluta locura. Él no tuvo clemencia, su lengua la penetró una y otra vez, sus labios la chupaban mientras sentía la dura respiración del castaño contra su sensible piel. Quizás la estaba castigando por lo del gas pimienta, porque sin duda estaba conduciéndola rápidamente a la meta. Con su mano libre Jen se aferró al borde de la mesa, tratando de calmar los espasmos que comenzaban a recorrerla. No quería arruinarlo. Chris deslizó sus manos hacia sus pechos, provocándole un estremecimiento al sentir el contacto del metal de las esposas, así como su propia mano tan cerca de sus senos, y no pudo evitar jadear cuando él tiró de sus pezones.

De pronto, el delincuente elevó el rostro, sus ojos se encontraron. Dios, era tan jodidamente seductor, que por primera vez a Jen no le dio vergüenza nada, ni siquiera estar tan expuesta, de hecho, no podía pensar con él haciendo esos movimientos de lengua. Cerró los ojos, dejando a su cuerpo tomar el control. Sabía que Chris disfrutaba verla gritando y retorciéndose, así que lo incitó, jadeando y arqueándose. Dentro de la penumbra del deseo, recordó que ella debía tener el mando, por lo que llevó su mano libre hacia el desordenado cabello de Chris, forzándolo a que siguiese con esos enloquecedores movimientos de lengua, aunque no pudo evitar avergonzarse cuando lo sintió sonreír

contra su sexo.

Él no tuvo piedad, colocando las piernas de Jen sobre sus hombros, y cuando la succionó de nuevo con avidez, la joven perdió todo control. Con un profundo gemido, se corrió en la boca del delincuente. Unos segundos después, cuando la tierra volvió a girar en su entorno, se dio cuenta de que lágrimas abandonaban sus ojos presa de la excitación, y su respiración irregular solo alimentó la arrogante sonrisa de Christopher. Ella sonrió junto con él aunque no quería, porque era elevarle más el ego, pero cuando se inclinó hacia ella todo rastro de paz se borró del rostro de la joven.

—No vayas a... —La besó.

Por el amor de Dios todopoderoso, él la había besado después de haber estado besándole él... ¿y qué tan enfermo era que no supiera tan mal? Aquello, lejos de desagradarle como pensó, la volvió a excitar mientras le acariciaba el cabello.

—Solo hay una forma de que te diga para quién trabajo —aseguró con voz ronca.

Sujetándola por el mentón, la obligó a levantarse de la mesa, tomando asiento frente a ella, sus ojos barriendo su silueta de esa forma lasciva mientras se acariciaba su... *amigo*. ¿Acaso el muy insolente quería lo que ella creía?

—¿Tú q-quieres que yo...?

—Solo si quieres saber —respondió, sujetándose el pene a través de los vaqueros.

—Eso es chantaje —gimió frustrada.

—Soy un delincuente, no esperes que sea honesto. —Jen se mordió el labio nerviosamente, quizás era tiempo de practicar—. Escúchame, Jennifer. —Se levantó, sujetándole el rostro entre sus grandes manos—. Esto es solo una fantasía, nunca voy a obligarte a hacer nada que no quieras, ¿está claro?

Jen cerró los ojos y finalmente habló.

—Ya veremos si no me dices la verdad, *delincuentucho*. —Con un dedo lo tumbó sobre la silla, dejándose caer entre sus piernas.

Con suma torpeza, fue desabrochando los vaqueros, mirándole apenas cuando sus dedos temblaron por los nervios, ¿por qué ninguna deidad podía ayudarla aunque fuera con un milagro tan simple como éste? Sin embargo, él no estaba preocupado o enojado por eso. Era tan seductor, que la joven no pudo apartar la mirada de la suya hasta que su erección saltó al aire. Jen apretó los labios ante semejante imagen. No podía ser más grande que la de Nathan, pero sin duda, era digna de ver. Respiró hondo, y sin pensarlo por más tiempo, se introdujo todo lo que pudo de su erección a la boca.

—Calma, no vayas tan rápido —susurró, acariciándole la mejilla.

Jen parpadeó confundida, intentando procesar lo que había dicho, pensaba que a los hombres les gustaba rápido, así que cambiando de técnica, comenzó con suaves y lentos movimientos de lengua, introduciéndose poco a poco su longitud. Chris siseó antes de estremecerse, y ella no pudo evitar sentirse un poquito orgullosa ante el hecho. Con cuidado chupó y tiró de su miembro, tratando de hacerle sentir todo lo que él lograba cuando le ofrecía lo mismo.

Unos instantes después, largos dedos se enredaron entre su cabello antes de que con un sutil movimiento le marcara el ritmo que quería sentir sobre su erección. Y no fue molesto. Las veces que Jen le ofreció esto mismo a Nathan, él no fue tan cuidadoso. Ahora podía verlo, su marido se descontrolaba y bombeaba contra su boca, sus manos le aprisionaban la cabeza de tal forma que le provocaban arcadas. En cambio, el delincuente parecía masajearle la cabeza, deliberadamente le acariciaba el rostro, se estremecía entre sus manos, y lo más importante, no se movía ni la obligaba a nada. Definitivo, si Nathan quería disfrutar de esto, hablaría con él, quizás por eso no se entendían, porque nunca hablaban. Animada, continuó bombeando, chupando, acariciando, y no pudo evitar sonreír cuando lo escuchó gemir, era la primera vez que lo oía y se sintió orgullosa de que fuera gracias a ella.

—Mierda, Jennifer —siseo, retirándola con cuidado.

Jen frunció el ceño, pensó que le estaba gustando, pero no tuvo tiempo de seguir razonando, porque Chris la levantó del suelo y la giró contra la mesa. Dobló con cuidado su cuerpo, dejándola a su merced, completamente expuesta y vulnerable.

—Me lastima la mesa, levantaré más cargos contra usted —mintió, quejándose.

—Voy a estar dentro de ti, ahora —aseguró unos segundos antes de hundirse con una certera y profunda estocada.

Jen jadeó ahogadamente, aún asombrada de que pese a la brusquedad, con él jamás le doliera la penetración. El delincuente le lamió el lóbulo de la oreja antes de succionar de forma suave, provocando que gimiera, y luego otra vez estaba susurrándole esas cosas calientes de pervertido. Era tan malditamente caliente que no pudo evitar cerrar los ojos y maldecir, era tan abrumador.

—¿Te duele? —preguntó confundido, pero Jen no encontró su voz y solo fue capaz de negar, no quería que se detuviera, por lo que se empujó contra él—. Eres tan estrecha que me estás matando, me haces perder el control... —aseguró golpeando con más fuerza.

—Dime para quién... trabajas —exigió entre jadeos, arqueándose, Chris detuvo sus movimientos, para inclinarse contra su oreja.

—Trabajo por mi cuenta —respondió, una sensual y torcida sonrisa dibujándose en sus labios.

—Cabrón. —Jen trató de sonar indignada, pero cuando él llevó su mano libre a su clítoris para hacer lentos círculos, se consumió.

Dios, era tan ridículo que se dejara arrastrar así por la pasión, pero no podía evitarlo mientras lo tomaba profundo y sus paredes internas se contraían aprisionándolo. Christopher apretó sus caderas con fuerza mientras soltaba un par de malas palabras dándole una última estocada, corriéndose en su interior.



—Creo que ya deberías soltarnos, no puedo vestirme y me gustaría ducharme... —comentó el joven, elevando sus manos esposadas.

—Chris... —Se mordió el labio inferior—. Verás, es que yo... como que perdí las llaves. —Él soltó una carcajada.

—Ya en serio... —contestó aún riéndose.

—Lo siento, quizás estén en el patio. —Sacudió la cabeza con nerviosismo—. Pero por la oscuridad no pude encontrarlas...

Tenía que ser una puta broma. A Chris se le desbocó el corazón, una extraña ansiedad recorriéndolo junto con un sudor frío. Aspiró varias veces tratando de calmarse. Esto no podía estarle pasando. Las cosas comenzaron a verse borrosas, y quizás en su frenética carrera hacia perder el control, es por lo que comenzó a sacudir con fuerza de las esposas, como un demente recién enjuiciado.

—¿Por qué estas esposas son tan duras? —gritó intentando zafarse.

—Es que así las pedí... —Y mientras no podía liberarse, el cuarto comenzó a reducirse, las paredes a cerrarse, el aire a consumirse. Iba-a-morir-aplastado—. ¡Chris!, ¿me escuchas? ¡Christopher! —gritó Jen, moviendo su mano libre frente a él.

—¿Q-Qué? —tartamudeó, tembloroso y jadeante.

—No pasa nada, mírame. —Le tomó el rostro hasta que de alguna manera sus ojos se enfocaron en los de ella—. No vamos a quedarnos pegados por siempre, yo también odio esto, pero sé que no me harás daño y por eso no voy a entrar en pánico. —Pero Chris ya no podía concentrarse, estaba entrando en una crisis—. Escúchame. —Le sujetó las mejillas con fuerza haciendo que su boca pareciera la de un pez—. Siempre podemos cortarnos las manos, no hay manera de que nos quedemos así.

—¿Co-Cortarnos las manos? —preguntó, tomando una gran bocanada de aire.

—Sí, de ninguna manera te va a pasar algo en este lugar. —Lo obligó a caminar hasta una ventana donde la abrió, dejando que el viento fresco de la noche lo calmara ligeramente—. Perdóname por esposarnos, por forzarte a que te quedes conmigo, lo siento. —Acarició con deliberada lentitud uno de sus brazos, luego, esperó que él dijera algo, pero aún no encontraba su voz—. Axel puede ayudarnos, seguro él tendrá unas pinzas y cortará esto.

Finalmente, Chris se soltó riendo, aunque el sonido fue ronco.

—Creo... creo que tienes razón —logró decir.

—Vaya, tenemos en común sufrir ataques de pánico. —Jen sonrió tiernamente hacia él, por lo que no le quedó más remedio que devolverle la sonrisa mientras tomaba otra bocanada de aire.

—Vayamos a mi departamento entonces.

El *cosplayer* comprobó que Jen podía manejar perfectamente con una mano. Aun así se sintió bastante raro ir casi con los dedos entrelazados, ya que cada vez que Jen necesitaba hacer un cambio, Chris tenía la mano en la palanca de velocidades. Ella no parecía preocupada, de hecho venía cantando la canción *Gone* de *N'sync*. Tantas veces la habían escuchado juntos que comenzaba a aprenderse la letra, incluso venía tarareándola mentalmente.

Al llegar a casa, Axel no se encontraba, pero Chris no entró en pánico, se repitió como un mantra que podía cortarse la mano, y fue con ese pensamiento que esperaron a que su amigo regresara.

—¿Por qué tienes tantas almohadas? —inquirió Jen en su habitación.

—¿Qué tienen de malo?

Jen quitó una almohada, lo miró con una sonrisa y se la lanzó para molestarlo, pero golpeó una fotografía. La que tenía con Evelyn.

—Lo siento —cuchicheó levantándola, por lo que se apresuró a quitársela de las manos.

No tenía ninguna intención, ni ahora ni nunca, de que nadie tocara ese recuerdo suyo. Era lo único íntimo y personal que le quedaba, desde que se había vuelto un *cosplayer*.



Jen no supo cuántos minutos u horas pasaron desde que ambos se recostaron bocarriba para esperar a Axel. Lo que sí sabía, es que después del incómodo momento de la foto, ella se había quedado dormida, y unos truenos ensordecedores la despertaron. Asustada, buscó en la habitación a Chris, quien seguía en la misma postura como lo vio antes de dormirse, su perfil perfecto, sus labios dibujando una línea dura y fina. Parecía un modelo, incluso dormido, aunque también parecía una estatua.

Los separaba una columna de almohadas que Jen puso, necesitando poner, como siempre, distancia entre ellos pese a que era ridículo, ya que oficialmente hacían de todo, incluso ahora estaban esposados. Otro trueno la volvió a la realidad, logrando que se encogiera en su espacio. Conforme la tormenta fue creciendo, las sombras que proyectaban los rayos en la habitación le provocaron más miedo, por lo que poco a poco fue quitando las almohadas hasta pegarse por completo al cuerpo cálido de Chris.

—Miedosa —susurró con la voz ronca, tirando de su cintura para acercarla a él.

—¿Estabas despierto? —inquirió nerviosa, tanto por la tormenta como por la extraña sensación de sentirse a salvo en sus brazos.

—Estás moviéndote mucho, y te recuerdo que soy tu prisionero. —Levantó la mano, el metal de las esposas brillando tenuemente.

Ahora estaban de frente, con ambas muñecas sujetas sobre la cama, salvo que Jen no sabía qué hacer con su otra mano, Chris por el contrario sí que sabía, ya que la estaba abrazando. Debería quejarse, pero la verdad es que tenía más miedo que orgullo.

—Parece que te gusta estar de prisionero —farfulló.

—Sí, ya sabes, los ataques claustrofóbicos solo son un invento para conseguir chicas. —Otro trueno interrumpió su sarcasmo, y sin pensarlo, Jen se acurrucó más en su pecho, el aroma inconfundible de Chris lograba calmarla ligeramente, no como el aroma de Nathan... pero pasaba—. ¿Debería cantarte para que te duermas?

—No creo poder dormir, se me ha espantado el sueño.

—Bueno, si no quieres dormir... —sugirió, deslizando la mano dentro de su blusa. Acto seguido se le cortó la respiración al sentir sus mágicos y largos dedos paseándose lánguidamente por la curva de su cintura.

—Si no quiero dormir... ¿qué? —preguntó en un extraño tono ronco. Chris se rio entre dientes.

—En ese caso, quiero que me cuentes lo que te pasó con los delincuentes.

Jen se congeló en su sitio, hablar a mitad de una tormenta de sus traumas, ciertamente no era la mejor forma de comenzar. Pero recordando que si ahora estaban juntos era por la extraña paciencia que él le tenía... tomó una bocanada de aire, se lo debía.

—Bueno... —suspiró—, tenía dieciséis cuando me secuestraron. Iba saliendo de la escuela y no hubo nada que el chofer de papá pudiera hacer contra esos delincuentes. Así que entre empujones y forcejeos me subieron a una sucia camioneta, y me llevaron a la fuerza a una terrible casa a las afueras de la ciudad. —Se estremeció cuando otro trueno retumbó en el lugar, Chris la acercó un poco más contra su pecho—. Y ahí me mantuvieron cautiva.

—¿Los conocías?

—No, pero... —Tragó saliva—. Aún los recuerdo perfectamente.

—¿Se propasaron contigo? —preguntó el joven, pero a pesar de lo regularmente suave de su voz, pudo distinguir que estaba contenido, como si de pronto estuviera furioso.

—Pues... u-uno en particular.

—¿Qué te hizo? —Jen cerró los ojos, estremeciéndose.

—Ellos me tuvieron atada, solamente murmurando cosas, al parecer negociando mi rescate, pero u-un día él me quitó la blusa y me dejó así... tan solo para verme —respiró profundo—. El hijo de puta me manoseaba de vez en cuando, al principio solo era eso, pero después... —Sacudió la cabeza—. Afortunadamente la policía llegó antes de que ocurriera algo peor.

—¿Entonces lograron capturarlos?

—No —suspiró con pesar—, todo fue un lío, los disparos comenzaron y lograron escapar. Sin embargo, papá nunca se ha detenido en su búsqueda, ahora sabemos que pertenecen a una mafia rusa, creo que me querían para una red de trata de blancas. —Enterró el rostro en el pecho de Chris, relajándose al sentir su suave respiración—. En esos días que estuve cautiva, el clima era justo como éste, llovía a cántaros. Supongo que de ahí el trauma.

—¿Y Nathan sabe esto? —preguntó el joven, Jen trató de mirarlo, pero no pudo hacerlo con facilidad, aun así percibió la dureza de su mandíbula.

—Sí, solo él y mi amiga Lisa lo saben. Bueno, y ahora tú... no me gusta hablar de esto, por eso nos mudamos de Aspen.

—¿Y por qué insistes en hacer algo que no te gusta? Es decir, cada vez que estamos en una fantasía está claro que lo evocas. ¿Vale la pena? —Barrió con el pulgar su labio

inferior.

—Ya ves —suspiró—, he elegido sobreponerme a eso.

—Necia —cuchicheó, deslizando los labios por su mandíbula.

Jen nunca pensó que confesarle a Chris su peor trauma fuera de alguna manera... liberador. Tampoco se imaginó sentirse tan cómoda entre otros brazos que no fueran los de Nathan. El joven deslizó la nariz por la curva de su mandíbula, aspirando, y de forma suave retiró el cabello para acercarse al lóbulo de su oreja.

—Cuéntame de ti —pidió, repentinamente acalorada.

—Soy claustrofóbico —comentó, mordisqueándole el cuello. Jen ya se encontraba respirando de forma errática. Los labios del castaño hacían maravillas, y desastres por igual en su piel caliente.

—¿Cuánto tiempo tienes trabajando en *Cosplay*?

—*Ahm...* alrededor de cinco años. Y tú, ¿trabajas? ¿O solo andas por ahí esposando hombres? —preguntó divertido, su cuerpo sacudiéndose ligeramente mientras se reía.

Jen por su lado no lo tomó para bien. Había lidiado con ese tipo de comentarios toda su vida. Casi todo mundo la juzgaba por ser hija del famoso empresario Stanford. Su papá tenía tanto dinero que si Jennifer quisiera, podría pasar sus días acostada mirando el televisor. A Thomas no le gustaba que Jen trabajara, pero ella estaba dispuesta a darle la contra, demostrándole que podía mantenerse sin tocar un centavo de su fortuna.

—Soy... bueno, la encargada de sistemas en una revista empresarial, y no... —Le tocó con suavidad la nariz—. No pienso arreglar tu computadora.

—¿Cómo sabías que te iba a pedir eso? —inquirió con una sonrisa.

—Todos lo hacen, apenas sale la palabra *sistemas* de mi boca, e inmediatamente aparecen con que tienen virus, con que su *PC* está muy lenta...

—Uff, sé a lo que te refieres. Apenas digo que soy *cosplayer*, y me saltan esposas desesperadas queriendo tener sexo —murmuró, rodando los ojos—. ¿No te conté de la vez que incluso una me esposó? —Jen lo golpeó ligeramente en el pecho.

—Gracioso.

—Y... ¿cómo conociste a Nathan? —Deslizó la mano hacia su espalda, trazando círculos imaginarios en su calentada piel.

La joven se sintió mal en ese momento por estar hablando de su esposo justo en los brazos de otro, sin embargo se repitió que solo sería algo pasajero y que nunca tendría por qué enterarse de esto.

—Lo conocí cuando estaba en la universidad, es el mejor amigo de Derek, el esposo de mi mejor amiga, Lisa.

Había sido un día de verano cuando ella y Lisa estaban sentadas frente a la casa de Jen, comiéndose un helado. Un automóvil llegó y de él se bajaron dos chicos. Dos rubios y hermosos chicos, que preguntaron por la casa de enfrente, que tenía el letrero de: “*se renta*”. A los pocos días regresaron mudándose ahí. Al principio a ella no le agradaron,

para no perder la costumbre, eran muy escandalosos y hacían constantes fiestas, pero cuando Nathan le propuso salir a divertirse... no pudo negarse e invitó a Lisa.

Jen no quería enamorarse de Nathan, porque estaba segura que era un mujeriego. Siendo su vecina no podía ignorar, aunque quisiera, la interminable lista de chicas que entraban y salían de su casa; con el tiempo se volvieron mejores amigos, incluso Jen pensó que Nathan no la veía de otra forma, hasta que una noche de copas le cantó la canción *Perfecta* del grupo Miranda. Lo demás... se fue dando.

—Qué romántico —interrumpió Chris con una nota de sarcasmo.

—Lo es —refunfuñó, para ella sí era muy romántico—. ¿Tú no tienes novia? —Lo miró con los ojos entornados, quería sacar a flote la foto que él le había arrebatado de forma torpe. Él detuvo sus caricias, incluso su cuerpo se tensó ligeramente.

—No —respondió de forma tan helada que Jen se estremeció.

Su hermoso rostro cubierto ahora con una fría máscara de indiferencia, incluso sus increíbles ojos azules se oscurecieron en un tono sombrío. Quizás estaba interpretando otro personaje... u ocultando algo importante...

—¿Estuviste casado?

—No —contestó contrariado al tiempo que fruncía el ceño.

—Entonces... ¿eres gay? —preguntó con miedo, sería un desperdicio. Él se soltó riendo.

—¿Eso crees? —Su tono oscuro y seductor mientras la arrastraba hasta él, colando una pierna entre las suyas.

Sus ojos brillando con esa mirada... A Jennifer se le disparó el pulso y cuando el rubor subió por su cuello, se dijo que no era posible cómo su cuerpo respondía poco a poco de forma familiar a aquellas miradas de perverso.

—¿Entonces, qué es? —Él se aclaró la garganta, desviando los ojos hacia un punto por encima de su cabeza, estaba claro que no quería hablar de eso, pero ella necesitaba saber aunque fuera un poco—. Chris, no tienes que fingir conmigo, sabes que me importa tu pasado tanto como a ti te importa el mío.

—No es nada. —Hizo una mueca—. Es solo que si quieres ser *cosplayer*, no puedes... bueno, tener a nadie fijo. Estoy seguro que ninguna novia aceptaría esta clase de trabajo para un novio, ¿te lo imaginas? —Trató de ponerle humor a sus palabras, pero se escuchaba triste. Por alguna razón Jen no quería verlo así, ya bastante triste se sentía ella como para que Chris se pusiera igual.

—Juguemos a que yo soy esa novia —dijo, ante la vista perpleja de Chris—. Hola, amor. —Elevó el rostro, dándole un desprevenido beso en los labios, dejándolo estático. Jen sonrió, ahora era él quien no estaba en el papel—. ¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien... y ¿a ti? —contestó de pronto, ya adentrándose al juego.

—Los usuarios a veces son... muy torpes. —Arrugó la nariz en clara señal de molestia—. ¿Y a ti? ¿A cuántas chicas azotaste hoy? —Chris abrió los ojos de par en par antes de soltar una carcajada, su enorme cuerpo sacudiéndose, haciéndola reír también.

—Sería bastante irracional, ¿ves? —dijo el joven riéndose—. Es por eso que no estoy con nadie. Por cierto, ¿con esa actitud de fastidio llegas del trabajo? —Puso los ojos en blanco—. Por eso y muchas cosas más, *nunca* me casaría.

—Nunca digas “de esa agua no beberé” —aseguró Jen, mordiéndole ligeramente el labio inferior.

—Mi ex se llama Evelyn, aún somos buenos amigos —disparó de pronto, Jen nunca lo había visto nervioso—. Es una chica preciosa, estábamos muy bien juntos, sin embargo... se cansó de que no pudiera establecerme, ya teníamos edad y eso, entonces... me pidió una respuesta, quería casarse, supongo. —Se encogió de hombros—. Eso es algo que no le puedo dar, así que terminamos y fue lo mejor, por eso sé que nunca me casaré —aseveró de pronto en un tono frío.

—*No está en ti* —espetó Jennifer, destilando sarcasmo.

—Por el contrario, estuvo en mí cualquier cosa que yo quisiera con ella, estaba en mí pedirle que nos casáramos o no, darle lo que se merecía, estaba en mí escoger y eso hice —aseveró, en un tono que a Jen le pareció más bien un mantra que el joven se repetía.

Sé quedaron entonces en silencio, únicamente acompañados del sonido de la lluvia, mientras la joven reflexionaba esas palabras. Quizás Nathan debería replantearse *qué estaba en él*.

—¿Es la chica de la foto? —inquirió recordándola.

—Deberíamos dormir, *lagarto*. —Bostezó.

—Tienes razón —contestó Jen, de pronto sintiéndose más cansada de lo que creyó. Había sido un día inusualmente emocional, y su mente se hundió en sueños extraños. Donde por primera vez, Nathan no era el príncipe azul.



—*Ay, Scar, eres tú.*

—Creímos que era alguien importante, alguien como Mufasa.

—*Ese sí es poder.*

—Es verdad, oigo el nombre y tiemblo.

—*Mufasa.*

—Uy... otra vez.

—*Mufasa...*

—¿Jen? —preguntó Chris extrañado. La chica estaba retorciéndose de la risa en el sillón de la sala.

—¡Oh! Chris, lo siento... yo... bueno... —Estaba ruborizada y el cabello se le colaba por enfrente de los hombros.

—¿Te sabes los diálogos de la película de *El Rey León*? —preguntó, elevando una

ceja.

—Sí, ¿tú no? —inquirió extrañada.

—Obviamente no —respondió riéndose.

—Me encanta esa película, Lisa y yo nos sabemos los diálogos de todos.

—Enfermas. —Jen le sacó la lengua y siguió viendo la película—. ¿Quién nos liberó, si se puede saber?

—Fui yo, tórtolos. —Axel acababa de ducharse, eso explicaba que solo llevara una toalla alrededor de las caderas.

—¿No lo recuerdas? —preguntó Jen extrañada.

—Supongo que debería recordarlo. —Se rascó la cabeza, confuso.

—Anoche estuvo muy intensa la jornada, ¿no? —preguntó Axel en tono socarrón.

—Jen me esposó y perdió las llaves.

—Eres todo un caso, *lagarto* —aseguró Axel, riendo.

—¡Chris! —chilló, viéndolo con odio—. ¿Por qué le dijiste cómo me apodabas?

—Ya, pequeña mascota.

—¿Mascota? —gimió aterrada.

—Lo que pasa es que no encuentro otra forma para llamar a la chica con la que mi amigo está saliendo. Chris te llama lagarto, te está enseñando cosas, eres su mascota.

—¡No estamos saliendo! —gritó enfurecida, mirándolo antes de que se ruborizara a grados insospechados—. Por Dios, Axel, ya vete a tu habitación.

—Mejor vete tú a tu casa, andas por ahí violando hombres, esposándolos, y ahora recitando la película de *El Rey León*, aquí la que debe irse eres tú, tengo miedo de ti, eres muy extraña.

—¡Yo no violo hombres!

—Eso estabas a punto de hacer con mi amigo, ¡hasta lo esposaste y todo! Si no los encuentro, el pobre no tendría testigos de que iba a ser violado, seguramente más tarde...

Axel y Jen continuaron riendo como un par de niños, cuando el timbre de su departamento sonó, los dos estaban tan ocupados discutiendo que no lo escucharon, por lo que Chris atendió, pero al abrir la puerta, su mente se quedó en blanco.

La chica frente a él llevaba una ajustada camiseta sucia que de alguna jodida manera la hacía verse increíblemente seductora y ruda, los ajustados vaqueros rotos solo completaban el look de algún puto sueño erótico encarnado. Holly Robinson era una mujer increíble, sin embargo ese tipo de belleza no era normalmente la que podía quitarle el sueño a Chris. Ella lo miró también de forma descarada, sus ojos violetas barrieron con su silueta en un segundo.

—¿Holly? —Jen de pronto estuvo a su lado, sujetándose de su brazo de una forma un tanto extraña, rayando en lo posesiva.

—Hola, chicos, mi auto se... —Y entonces se quedó muda.

—¿Quién es ella? —preguntó Axel.

—Ella es Holly, mi amiga. Ahora, si nos disculpan... —Jen los empujó lejos, quedándose fuera del departamento con Holly.



—Eres una amiga de lo peor —gimió Holly con pesar mientras bajaban los escalones—. ¿Por qué nunca mencionaste que te acostabas con semejantes hombres?

—¿Hombres? —preguntó horrorizada—. Ese era Axel, el compañero de habitación de Chris, y no me acuesto con él.

—Ese hombre está para lamerlo completo. ¡Cristo! Pero si estaba solo en una toalla, creo que tuve un orgasmo —jadeó abanicándose el rostro, logrando que Jen arrugara la nariz.

—¿Y qué haces aquí?

—El auto se descompuso a un par de cuadras, necesito tu ayuda, ven. —Tiró de su mano, obligándola a caminar—. Entonces, ¿hoy sales con Nathan?

—Sí —sonrió—, Lisa me llamó para confirmar.

—Como en los viejos tiempos —apuntó Holly con una sonrisa.

—De eso se trata, quiero que él recuerde lo que teníamos, que me extrañe y que...

—No le vayas a dar tu empanada —la interrumpió con una advertencia severa, que la hizo reír.

Ella y su amiga le llamaban “empanada” a la vagina. Preferían llamarla de esa manera, era más fácil hablar de una empanada en público.

—¿Por qué no? —canturreó—, he aprendido un par de cosas, creo que podría darle un incentivo...

—De ninguna manera —aseguró Holly, sacudiendo el cabello—, una vez que la damos ya no es lo mismo. Si te extraña, el hecho de no poder tenerla lo va a volver loco, te lo aseguro.

—¿Pero si quiere sexo cómo le voy a decir que no? Yo también lo extraño —cuchicheó al tiempo que se frotaba el pecho, hablar de él hacía que le doliera el corazón.

—Sé fuerte, Jen, por una vez en tu vida niégale algo. Recuerda el plan, hazlo sufrir hoy por imbécil, y después serán felices.

Jennifer suspiró sin saber qué decir, esperaba que el plan funcionara para bien, y no que los alejara más. Cuando finalmente llegaron al auto, estuvieron revisándolo entre las dos.

—Al parecer es la bobina, tengo que ir a comprarla. ¿No puedes decirle a Axel que me lleve? Quizás incluso necesitaré que me pase corriente. —Jen cerró el cofre, tenía las

manos manchadas con un poco de grasa.

—¿Conque Axel? —inquirió con sorna, sintiéndose extrañamente mejor de que al parecer su amiga desviara su atención a otro *cosplayer*, Chris era suyo, o sea, no suyo, pero no se le hacía bien que Holly quisiera conquistarlo—. ¿Qué pasó con tu novio...?

—Frank —bufó—. Ya no estamos juntos, es un imbécil.

—¿Y ahora quieres conocer a Axel?

—Sí —contestó con una sonrisa.

—No creo que sea conveniente, Holly —suspiró—, ellos no pueden estar con alguien, su trabajo no se los permite...

—¿Y quién te dijo que yo quería algo serio con él? Llámalo de una vez, yo hago el resto.

Varios mechones rubios caían por el rostro de Holly. La camiseta azul con el estampado de *California Girl* destacaba sus masivos pechos. Parecía que estuviera rodando el comercial erótico de venta de autos soñado por los hombres, en lugar de ser una ingeniera en mecánica profesional. La chica suspiró marcando el número de Chris, no quería que Holly tuviera nada que ver con Axel, pero la verdad es que no tenía tiempo para preocuparse por lo que su amiga hiciera.

—¿Chris?

—*¿En dónde estás, lagarto? Hace más de media hora que saliste y ya vamos a desayunar.*

—El auto de Holly se descompuso, estamos a tan solo unas cuerdas... ¿Crees que tú o Axel puedan llevar a Holly a conseguir una pieza para el coche?

—*Iré para ver qué puede tener.*

—No, ya sabemos lo que es, solo ven para comprar la pieza.

—*¿Que ya saben? —bufó—, estaremos ahí en unos minutos.*



—¿Planearon esto? —Chris apuntó al auto averiado.

—¿Para qué? —Jen frunció el ceño, sin entender nada.

—Axel quedó un poco atontado por tu amiga, por eso aceptó encantado irse con ella.

—No planeé nada, tu amigo el oportunista se quiso ir con ella solo. —Se apoyó contra el auto—. Además no estamos mintiendo, es la bobina.

—Ajá. —La joven suspiró luciendo incómoda.

—¿Tú también quedaste así de deslumbrado con ella?

—¿Por qué, te molesta que me guste? —dijo fastidiándola.

—Por supuesto que no, te hubieras ido con ellos —refunfuñó.

—¿Quién les enseñó de mecánica?

—El papá de Holly tenía un taller, a ella le gustó tanto, que por eso estudió Ingeniería Mecánica, ahora se encarga del negocio.

—Interesante —dijo, mirándole las largas piernas.

—¿Y qué vas a hacer hoy? —Chris cerró los ojos, tenía una estúpida cita con Mia y casi lo olvidaba.

—Tengo... un compromiso, ¿y tú?

—Hoy tengo una cita con Nathan.

—Ah, vaya, entonces será mejor que vayamos a alistarnos. Estos dos pueden arreglárselas solos —comentó sonriendo, pese a que estaba enojado, como últimamente le pasaba cuando mencionaba al hijo de puta.

Chris no sabía a ciencia cierta por qué, pero el hecho de que Jen tuviera una cita con Nathan le disparó el pulso y el mal genio. Era absurdo e inexplicable el sentimiento que lo estaba recorriendo como lava, expandiéndose por sus venas. Quizás estaba molesto porque ella había omitido contarle ese pequeño detalle, tal vez porque no había dormido bien, o solo quizás porque seguía enojado con Mia, alguna de esas cosas tenía que ser y no celos.

De ninguna jodida manera podían ser *celos*.

Capítulo Nueve

—Y... ¿con quién es tu compromiso? —Jen se apoyó en el marco de la puerta del baño para mirarlo mejor.

—Con una clienta —espetó distraídamente, con la barbilla elevada mientras se acomodaba la camisa oscura, tenía la mandíbula tensa y perfectamente rasurada.

Jennifer respiró hondo mientras observaba a Chris, era absurdo cómo un traje de tres piezas azul podía verse tan increíble. Parecía un modelo, ¿y sus ojos? Tan claros y profundos como el mismo cielo, parecían irreales, como eléctricos. Hoy no llevaba el cabello desordenado como normalmente lo hacía, sino que se lo había acomodado hacia atrás y la verdad... tenía que aceptar que se veía como un dios griego. Sin embargo, su mirada casi tan cristalina como el agua, esta vez no le transmitía nada. Jen creía conocerle y ésta, sin duda, era su mejor cara de póker. Estaba molesto, el problema era que no tenía ni idea de qué hizo mal.

—¿Estás enojado conmigo? —inquirió nerviosa, apesándose el labio inferior entre los dientes.

—No, solo tengo algo de prisa. ¿A qué hora te vas a ir? —Jen frunció los labios ante su tono seco, por lo general él ya no se portaba como si fueran un par de extraños.

—Nathan va a pasar por mí a las seis. No tiene caso que me arregle tan temprano.

—¿Te vas a acostar con él? —Su voz fue despreocupada mientras se ajustaba la corbata, aun así la pregunta era totalmente íntima, por un momento pensó incluso en no responderla.

—Quiero que pase, pero no debo.

—¿Por qué no? —preguntó, repentinamente interesado.

—Porque me voy a hacer de rogar —aseguró con una sonrisa, Chris rodó los ojos—. ¿Y tú te vas a acostar con tu clienta? —acusó, viéndolo con los ojos entrecerrados.

—Obvio, probablemente no llegue hoy a dormir.

Y no, Dios sabía que no debería sentirse de esta manera, y sin embargo aquello dolió al escucharlo. A pesar de estar dando saltos de alegría porque hoy finalmente iba a ver a Nathan, la actitud del *cosplayer* la tenía descolocada. Además, un ridículo y ligero pinchazo de celos ahora le recorría el cuerpo, él se iba a acostar con su clienta. Naturalmente. Chris todos los días tenía sexo, y no solo con ella... Dios, ella misma tan solo era otra consumidora en la larga lista de ese *pervertiducho*.

¿Qué más le daba?

Pero entonces, ¿cómo explicarse este sentimiento bizarro de considerar a Chris suyo? Es decir, no suyo... pero bueno, era extraño de describir.



Christopher estaba enojado, y el saber por qué solo lo hacía enfurecerse más. No tenía que estar alargando la situación y sin embargo lo estaba haciendo. Ahora tenía que enfocarse en otras cosas, su cita por ejemplo, así que después de revisar su apariencia en el espejo una última vez, se dispuso a marcharse con Mia.

—Por cierto, hemos terminado con el entrenamiento. Como último consejo, no deberías hacer esperar a tu marido con las fantasías, a los hombres no nos gusta esperar. Ahora, si me disculpas...

Pasó al lado de la chica sintiéndose todavía furioso, solo que, por alguna razón Jen se quiso interponer en su camino, atravesándose, pero pisó un poco de agua en el suelo del baño y se le cruzaron los pies, chillando mientras caía estrepitosamente. El castaño alcanzó a estirarse, apenas sujetándola entre sus brazos.

—En serio eres tan torpe —susurró cerca de su rostro ruborizado, tratando de contener el ridículo impulso de oler su cabello.

—¿Cómo es esa mujer? ¿Acaso es rubia? —demandó, mirándolo con rencor, algo bastante novedoso y...

—Jennifer, suficiente. ¿Qué te pasa? Voy a interpretar a un personaje. No me arruines esto también, ¿quieres? —exigió molesto, y al instante lamentó lo que dijo, porque el suave rostro de la chica se contrajo.

—Lo siento, de verdad estoy tratando de no echar a perder las cosas... solo intentaba distraerme, es que estoy muy nerviosa. —Se soltó riendo—. ¿Me perdonas? —cuchicheó, trazando círculos en su pecho, aún seguía cómodamente en sus brazos. Chris suspiró, estrechándola de forma inconsciente.

—Vas a hacer bien las cosas, *lagarto*. Solo sé tú misma —aseguró antes de abrazarla con fuerza, enterrando la nariz en su cabello.



Ser *Jennifer Stanford* debería ser catalogado como sinónimo de problemas.

Por eso Jen nunca quería ser ella misma. Al contrario de lo que el *cosplayer* le había dicho, ella nunca había deseado tanto como en ese momento ser como él, poder interpretar un personaje y no estar nerviosa todo el tiempo, o no tener un marido confundido. Tomó una gran bocanada de aire, y la loción de Chris se coló por su sistema. Fresca e intoxicante. Parpadeando, trató de despabilarse, pero cuando elevó la mirada para agradecerle, se quedó sin aliento. Christopher tenía *la mirada*.

Mierda. Esa puta mirada de violador que la hacía sentirse desnuda. Dios, siempre le parecía un terrible y feroz depredador cuando la observaba así. Nadie nunca la había hecho sentirse tan cohibida, ni *tan deseada*, como él. El estrecho espacio en el baño subió algunos grados mientras se miraban. Su cuerpo comenzó a picar, sintiendo cómo la

tensión sexual entre ellos subía como una corriente eléctrica, zumbando alrededor. Era tan-turbador.

—Chris, yo estoy tan preocupada... —comentó por alguna enferma razón de forma jadeante.

—Sé cómo distraerte, Jen. De hecho, será como tu graduación, así que hazlo bien. — Con una sola mirada era lo suficientemente capaz de declararle sus intenciones, no necesitaba decirlo.

Atónita, se quedó paralizada al sentir sus largos dedos colarse en su cabello, tirando con rudeza, obligándola a mirarlo. Ella no quería eso porque hoy iba a ver a su marido, pero en cuanto sus labios suaves y delgados se hundieron en ella, se le olvidó de qué rayos estaban hablando. Y mientras le correspondía el beso, trató de ser ella misma, siguiéndole el ritmo e incluso acariciando su afilada mandíbula, pero cuando Chris deslizó los dedos dentro de su camiseta, se dio cuenta de que estaban perdiendo el control. Lo empujó aturrida, necesitaban repasar algunos puntos.

—No vuelvas a besarme cuando no estamos trabajando. —Apenas las palabras salieron de su boca, se arrepintió.

Los ojos del *cosplayer* ardieron, *mierda*. Pensó que él iba a profundizar el beso, como siempre lo hacía, ya que le había lanzado un reto de forma directa. Pero nunca se esperó que la tomara de la cintura y la subiera con destreza al lavamanos, colándose entre sus piernas.

—¿No te molesta, verdad? —articuló entre sus labios.

—Por supuesto que me molesta, el lavamanos está duro —rezongó, dando falsos golpecitos contra el duro pecho del castaño.

—No solo el lavamanos está duro —contestó con voz ronca.

—Suéltame, *degeneraducho*. —Quiso sonar ofendida, pero no pudo evitar estremecerse mientras Chris le besaba el cuello.

—Tú eres la que se coló en mi baño —comentó con una sonrisa—, tú eres la degenerada.

—No me... —Iba a continuar quejándose cuando Chris hundió ambas manos en su cabello y la atrajo con rudeza a su boca.

Los labios de Chris reclamaron los suyos de forma hambrienta, como el experto que Jen sabía que era. Su lengua de nuevo la buscó mostrándole cómo besar. Derretirse con un beso era algo que ya había olvidado, y eso que tenía muchos años sin haber dejado de besar. En un segundo se encontró jadeando, enardecida tiró de su corbata para atraerlo, e incluso de forma inconsciente se onduló contra la gruesa erección presionada en su vientre, robándole un sonido estrangulado a Chris. Estaban totalmente fuera de control.

—No... —Se separó abruptamente—. No, Chris, este tipo de fantasías las quiero cumplir con Nathan. —Abrió los ojos tan solo para encontrarse con la mirada arrogante y oscurecida del chico, una sonrisa torcida dibujándose en sus labios.

—No te preocupes, Jennifer, si quisiera tomarte en este momento, te habría arrancado

las bragas desde hacía horas; te habría descubierto los pechos para besar tus delicados pezones, pellizcándolos como sé que te gusta, a estas alturas estaría jugando con tu sensible y recién descubierto clítoris. —Se inclinó contra su oreja—. Me habría hundido en ti tan rápido que ni siquiera podrías haber dicho que no —aseguró con voz áspera.

El cuerpo de Jen se deshizo ante aquellas palabras, quería que hiciera todo eso *para ayer*. Nunca se había imaginado las cosas tan gráficamente antes. Le atribuyó toda la culpa a Chris, usando sus técnicas de depravado y seductor consumado que la llevaban a zonas impensables. El deseo húmedo floreció entre sus piernas, Dios, era demasiado abrumador, casi rayando en lo insoportable.

—Yo... no creo... no... —Él se separó para mirarla, una risa despreocupada abandonó sus labios.

—*Lagarto*, creo que ya tienes una idea de cómo besar —murmuró mirándola, sus ojos bailando con arrogancia—. Recuerda no quejarte por todo cuando estés con él, es desconcertante. Ahora, ve a cumplir tus fantasías. —La bajó del lavamanos, y como si se tratara de una niña, le colocó bien su larga camiseta—. Yo también tengo que cumplir un par. Nos vemos después.

Dicho eso, le regaló una sensual sonrisa torcida, se miró un segundo en el espejo reajustándose la corbata antes de girarse y salir disparado del baño. Jen, por su lado, se quedó ahí, jadeando, irritada y desconcertada. Había estado a punto de cumplir una de sus fantasías con alguien que no era su esposo.



Necesitaba de Nathan cuanto antes.

Chris tenía una por demás inoportuna, jodidamente indeseada y furiosa erección. La “graduación” de Jennifer lo había calentado como no se suponía que debería, lo que solo significaba que definitivamente se estaba volviendo un puto novato, así que salió del baño furibundo tan solo para chocar contra Axel.

—¡Mierda, Chris! —gritó, dando un salto hacia atrás—. No me gusta jugar a las espadas —indicó apuntando a su erección.

—Lo siento —rechinó los dientes, reajustándose el miembro.

—¿Qué estabas haciendo con la mascota, eh? —Su amigo sonrió de forma cómplice.

—Estaba despidiéndola, ha terminado nuestro entrenamiento.

—¿Cómo? —indagó contrariado—. Bueno, me dirás más tarde... Tienes una llamada, me parece que es Mateo.

—¿Por qué diablos no me habías dicho? —La libido se le bajó inmediatamente mientras le arrebatava el teléfono—. ¿Qué ocurrió, abuelo? —inquirió angustiado, él casi nunca lo llamaba.

—*Chris, hijo, te tengo noticias... una buena y otra mala... ¿Cuál quieres escuchar?*

—¿Noticias malas? ¿Qué ocurrió?

—*Mejor empezaré por las buenas noticias. Ricardo tuvo muchos avances esta*

semana con el caso de tu madre. Ahora sabemos que fue secuestrada saliendo de la tienda de Samuel. Él le contó al detective cómo tu madre forcejeó con unos hombres, incluso le dijo que...

—Detente —respiró hondo, deslizando una mano a través de su cabello—. ¿Gastaste lo que te envié, otra vez, con ese detective?

—Sí.

—¿Por qué? —sonó irritado—. Sabes lo importante que era ese dinero.

—Bueno... —Tragó saliva—. *Lástima que te tomaras para mal las buenas noticias.*

—Por Dios, ¿estás hablando en serio?

—*Muy en serio, la parte mala es que no pagué la hipoteca, y tendremos que desalojar la casa.* —Chris se quedó sin aliento. El corazón se le aceleró al borde de un ataque cardíaco.

—No puede ser, abuelo...

—*Ya te dije que esta casa no me importa. Tu abuela y yo podemos vivir en donde sea, nos iremos a una pensión gratuita de gobierno. Ya empacamos todo, solo quería avisarte que ya no llames aquí.*

—Tienes que abandonar el recuerdo de Liliana —pidió secamente.

—*No voy a dejar su recuerdo nunca.*

—¡Tienes que dejarla descansar de una vez! —gritó exasperado—. No permitiré que los desalojen de la casa, haré lo que sea... Te hablaré por la mañana.

—*No, Chris, estaremos bien...*

—Por mi salud mental, no digas que estarán bien. —Se deslizó abatido contra la pared hasta que su culo tocó el suelo—. La abuela necesita el medicamento, necesita descansar, y tú acabas de lograr que les quiten la casa por un estúpido capricho...

—*Sé que no me entiendes...* —lo interrumpió—. *Chris, lamento tomar el dinero que me envías para saber ¡quién asesinó a mi hija!, ¿tengo que recordarte que era tu madre?*

—Te llamaré mañana, estén pendientes. —Colgó, con la respiración desbocada.

Por primera vez en su vida, Christopher realmente estaba furioso con Mateo. Nunca le había reprochado nada, ni las carencias con las que creció, ni mucho menos se había interpuesto en la búsqueda de Liliana. Con las manos enterradas profundamente dentro de su cabello, recordó aquel día cuando su madre apareció muerta. Chris era demasiado pequeño en ese entonces, y no supo cómo sentirse. Por un lado recordó haber estado triste, pero por el otro, nunca olvidaría cómo se sintió de aliviado al pensar que sus abuelos encontrarían la paz que tanto necesitaban, esa que perdieron cuando su mamá había desaparecido. No le gustaba verlos llorando, tan solo era un niño. Obviamente, nunca se imaginó que solo era el inicio de un infierno peor. Uno donde la búsqueda interminable de los asesinos llevaría a sus abuelos a la ruina... *mierda*. ¿De dónde diablos sacaría tanto dinero para mañana?

—¿Estás bien? —Chris se sobresaltó al ver a Axel todavía de pie en la puerta, no se

había percatado de que no se había ido.

—¿Escuchaste? —espetó cabizbajo.

—Sí, ¿qué vas a hacer? Tengo algo de dinero, pero no es mucho...

—No —susurró afligido—, es tu dinero. Tengo que hacer algo... —meditó unos segundos—, y quizás esta noche lo consiga.

—¿De qué forma?

—Ya lo verás. —El castaño se puso de pie, sacudiendo las inexistentes arrugas en su costoso traje Dior.

Se encaminó con paso firme a la puerta, dejando a Chris hundido en sus problemas y convirtiéndose en el flamante Owen.



Mientras conducía hacia su casa, Jen todavía estaba pensando en lo que Chris le había dicho, que habían llegado a su fin. Sacudió la cabeza, no tenía por qué pensar todavía en eso, lo contrataría por más días, estaba claro que aún no estaba lista para ningún personaje. Sin embargo, ahora debía enfocarse en el presente y en un próximo futuro llamado *Nathan*.

Pero apenas puso un pie dentro de su residencia la sintió... extraña. Era como si no fuese el mismo hogar de siempre, en donde había vivido durante años un hermoso matrimonio. No había regresado en días, y se estremeció ante el silencio y soledad que reinaba en el gigantesco lugar. Subió con deliberada lentitud hasta la habitación, quedándose de pie en el marco de la puerta. Dios, era tan inmensa que se sintió abrumada.

Cuando se estaba bañando, trató de no pensar en la demanda de divorcio que estaba a su alcance. Una vez vestida, se enfocó en su rostro, maquillándose con esmero, para después rizarse el cabello en las puntas. Se había puesto el vestido azul del que Chris había hablado favorablemente, y lo estaba acompañando con unos altísimos zapatos de tiras plateadas *Jimmy Choo*. Se encontraba con los últimos retoques cuando por el reflejo del espejo vio a Nathan recargado en el marco de la puerta. En algún momento su marido había entrado, dejándola sin aliento. El tiempo se detuvo por unos instantes, ninguno dijo nada. Él se veía perfecto en su traje negro, el cabello rubio peinado hacia atrás lo hacía parecer un ángel, un ángel caído dada la seductora sonrisa mientras la repasaba de arriba abajo con ojos hambrientos.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi *Jenny*? —preguntó, desajustándose la corbata ligeramente.

Jen respiró hondo, tratando de contener el impulso de correr hacia sus brazos. Normalmente así lo recibiría después de un largo viaje, ella lo esperaba con ansias, sus manos hormigueaban por tocarlo. El aroma de Nathan le agitó el estómago, su corazón bombeando tan fuerte, que estuvo segura de que si seguía con ese ritmo, le daría un ataque de asma.

—Solo es un vestido —intentó restarle importancia, enfocándose en los pendientes

que ahora temblaban en sus débiles manos.

—Un vestido, un peinado nuevo y unos zapatos de infarto. Te ves preciosa. —En dos zancadas llegó a su lado.

Y cuando la abrazó, Jennifer sumergió el rostro en la curva de su cuello, sonriendo cuando Nathan la apretó contra sí. Se sentía por fin completa al estar entre sus brazos. Lágrimas traidoras picaron en sus ojos, pero cuando él comenzó a dejar ardientes besos por su cuello, las alarmas rojas comenzaron a sonar en la penumbra de su cerebro, si seguían con esto ni siquiera irían a cenar.

—S-Seguramente Lisa y Derek nos están esperando... —Trató de deshacerse de la cárcel formada por los brazos de Nathan, recibiendo una mirada de disgusto.

—Por mí que se queden esperando, nena... —Sus ojos la desnudaron metafóricamente, haciéndola tragar saliva con nerviosismo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Vayamos a la cena, por f-favor —susurró con una voz para nada convincente. Nathan bufó.

—Me queda claro que no cambias, Jennifer —comentó irritado.

—Eso no es cierto. —Se rio nerviosa.

—Si tú lo dices... —Se pasó una mano por el cabello, dándose la media vuelta—. Te espero abajo.

Jen estuvo a punto de correr tras él para besarlo y traerlo de vuelta, demostrándole que sí había cambiado. Pero contrario a lo que hubiera hecho antes, esta vez se quedó



callada mientras lo seguía hacia el auto.

El vestido dorado de Mia acentuaba cada curva de su cuidado y esbelto cuerpo. El cabello rubio, sujeto en un moño alto, dejaba ver su largo cuello rodeado por un fino collar de diamantes. Se veía increíblemente joven para su edad, cualquiera podría querer estar con ella, teniendo además en cuenta el mínimo detalle de que era millonaria.

Chris ladeó la cabeza dejando que su vista la recorriera con descaro, deteniéndose en sus siliconados pechos, pero no, ni siquiera así pudo concentrarse. Hacía un buen rato habían llegado al restaurante *Pied a Terre*. En la mesa redonda en la que estaba sentado, varios empresarios hablaban de expandir negocios en Europa y México. Mia y su imperio arquitectónico estaban creciendo a pasos agigantados.

John y Harper Hill eran los principales socios de Mia, los hermanos siempre habían ayudado a la rubia desde sus inicios, por eso ahora entre los tres tenían de blanco a Ryan Green. El joven empresario, de peculiares ojos rasgados, tenía una prometedor carrera en ascenso. Chris conocía perfectamente a todos los ahí sentados, desde su último grado de estudios hasta el nombre de sus padres. Como *cosplayer*, era su obligación saber cada dato de los presentes para desempeñar bien su papel.

—Lo mejor será no molestar a los de la aduana —aseguró John, quien se encontraba al lado de su tímida esposa, Grace.

La reunión era una “amena cena de parejas” solo para charlar como amigos, y si se podía hablar de negocios... qué mejor. Es por eso que había resultado una verdadera sorpresa ver llegar a Ryan sin su esposa, Layla. Y mientras el joven veía a Mia reírse coquetamente con el joven empresario, Chris no pudo evitar preguntarse si, de haberlo sabido antes, la rubia le habría pedido que la acompañara. Ryan, con esposa o sin esposa, siempre había fijado sus ojos en la rubia, no era un secreto para nadie.

Christopher suspiró un tanto fastidiado del juegucillo entre esos dos, así que desvió la mirada tan solo para encontrarse con los ojos oscuros de Harper, ella le sonrió antes de dar un sorbo a su martini, deslizó la lengua alrededor de la aceituna para luego succionarla de forma provocadora. El largo cabello oscuro caía sobre sus generosos pechos, y sus profundos ojos oscuros lo estaban desnudando, igual que la primera vez que se vieron.

Chris conocía perfectamente las intenciones de la chica, había sido un “poco” directa pidiéndole pasar una noche juntos. Así de jodido era el mundo de los ricos, la mayoría de los millonarios pensaban que podían llevarse a quien fuera a la cama, y lo peor es que lo conseguían. Pero si algo tenía muy claro el castaño, era su lealtad a Mia. Perderla sería un golpe durísimo en su bolsillo, no podía darse ese lujo por una noche con la preciosa Harper. Aunque como estaban las cosas... *mierda*. Realmente necesitaba el jodido dinero, quizás podría cobrarle algo... *no*, maldita sea. No podría hacer eso sin desprestigiar a Mia... Suspirando pesadamente, desvió la mirada de la seductora joven hacia su whisky, solo para casi atragantarse cuando la vio entrar.

Jennifer estaba en la recepción, y lucía igual o más hermosa que el día que fueron juntos de compras. Su pequeña mano sostenía con fuerza la de su marido, lo peor fue cuando la vio tomar asiento en una mesa casi frente a él. *Putá mierda*. ¿Por qué últimamente tenía tan mala suerte? Rogó a todos los cielos que no lo viera. Jen era tan transparente que con seguridad se pondría sumamente nerviosa al verlo, arruinando la jodida cita de ambos.

—Entonces si nos establecemos en la frontera mexicana... —interrumpió Ryan, trayéndolo de vuelta de la loca carrera que estaban tomando sus pensamientos—. Podemos mantener contacto directo con el comercio extranjero. Los gastos serían mínimos —sonrió ladinamente, mirando exclusivamente a Mia.

Chris era la supuesta pareja de ella, y no se estaba portando como tal por estar hundido en su burbuja de problemas. Así que en un intento por retomar el control de toda la situación, elevó el mentón sutilmente, taladrando al bastardo con la mirada. El hijo de puta solía ponerle los nervios de punta en cada salida, pero ahora realmente no necesitaba de más complicaciones, no necesitaba a nadie dudando de su relación con Mia. Pero, *mierda*. Christopher no podía controlarse, respiró hondo tratando con todas sus fuerzas de dejar de ver las cremosas y suaves piernas de Jennifer, trató de no fantasear con la idea de tomarla en el baño del prestigioso restaurante. Trató de no sonreír al escucharla reír despreocupada, y sin duda trató de controlar el deseo bizarro de querer desenmascarar frente a todos al jodido de su esposo.

—Estás distraído, cielo, ¿qué ocurre? —preguntó Mia sujetándole el mentón, obligándolo a mirarla.

Y al ver los increíbles ojos de la rubia escaneando su rostro, supo con absoluta

certeza que tenía que hacer algo o años de esfuerzo se iban a perder, así que se inclinó contra su oreja.

—Detesto a Green —ronroneó, rozándole levemente el lóbulo con los dientes, provocándole un estremecimiento—. Creo que necesito un poco de aire o realmente lo golpearé —mintió.

—Hum, me encanta cuando te pones todo posesivo. —Su voz ronca, al tiempo que acariciaba sugestivamente su rodilla.

—No estoy de broma, Mia. Volveré en un segundo.

Chris se levantó de la mesa en su papel de indignado, a la par que se aseguraba de no mirar ni una sola vez hacia donde se encontraba Jennifer. Caminando a grandes zancadas llegó al baño, se encerró e inmediatamente se refrescó el rostro con agua helada. Frustrado, apoyó ambas manos sobre el lavamanos, donde se contempló unos segundos, *mierda*. Tenía los ojos enrojecidos, había bebido bastante en su aburrimiento. El reflejo que le devolvió el espejo era sin duda el de un tipo jodido, y Christopher Herrera no podía permitir que *nadie* se interpusiera en su camino, especialmente nadie con suave cabello caoba. No podía darse el lujo de lucir afectado por una mujer encaprichada con su marido. Ahora más que nunca necesitaba el dinero, necesitaba enfocarse. Apretando con fuerza el lavamanos, se recordó a qué mierda había venido a Miami, su horrible realidad prostituyéndose, todo lo que perdió y con qué único propósito. Una sonrisa se dibujó entonces en sus labios.

Pasaría encima de quien fuera necesario.



Jen y Lisa se encontraban en el tocador. La joven estaba pasándose el labial cuidadosamente por los labios, sintiéndose un tanto torpe al hacerlo. Por lo general, Jen nunca se arreglaba, y por eso en algún momento de la noche había podido jurar que el labial se le había corrido, haciéndola parecer algún payaso. Por suerte, nada de eso había pasado. Su maquillaje estaba intacto, su cabello perfecto al igual que su vestido, haciéndola sonreír satisfecha.

—¿Se puede saber quién te asesoró para vestirte? —curioseó Lisa, elevando una ceja de forma interrogante.

—¿A-Asesorado? Nadie... solo decidí ir de compras —cuchicheó nerviosa, alisando su precioso vestido. Lisa entrecerró los ojos, viéndola para nada convencida.

—Te conozco desde hace mil años, sé que eres muy descuidada y un poquito torpe —sonrió con complicidad—, por eso sé que me estás mintiendo, fuiste de compras para impresionar a Nathan. —Jen respiró aliviada.

—Por supuesto que lo hago por mi esposo, ¿por quién más? —Se soltó riendo—. Voy a recuperarlo, ya verás. Ahora vamos, Derek y Nathan deben estar desesperados. —Tiró de su mano.

—¿Jen? —La pelirroja se mordió el labio levemente mientras se giraba para ver a su

amiga—. Te ves preciosa, amiga, Derek dice que Nathan no ha parado de halagar tu aspecto. Hay que hacerlo recordar todas nuestras salidas juntos, lo bien que la pasamos, lo importante que es la familia... todo eso. Después de esta cita, tenemos muchas cosas que hablar. —Jen asintió con solemnidad.

Durante la cena, Derek se encargó de que Nathan recordara todas las anécdotas que habían vivido juntos, como parejas, tal como había dicho Lisa que harían.

—¿Te acuerdas aquella vez cuando las conocimos? —sonrió Derek casi con devoción hacia Lisa—. Me quedé deslumbrado.

El esposo de Lisa, además de ser muy agradable, era una obra de arte. La constitución de su cuerpo dejaba sin aliento a cualquiera, él, al igual que Nathan, practicaban tenis y se mantenían en forma. Lisa se veía preciosa también al lado del rubio, con su cabello arreglado y el pronunciado escote de su luminoso vestido verde, eran como la pareja perfecta. Jen nunca había sentido esa conexión con su marido, nunca sintió que fueran tal para cual, sin embargo ahora, al lado de Nathan, por primera vez pensó que encajaban perfecto. Ella con su precioso vestido azul, él con su traje negro.

—Y entonces, Jen se sentó en un hormiguero —recordó Nathan, estallando en una sonora carcajada, provocando que los integrantes de varias mesas voltearan hacia ellos, ruborizándola.

—Tuvimos que untarle lodo fresco hasta que dejó de gritar, ¿no es así, Jen? —Lisa la codeó haciendo que respondiera.

—S-Sí, no pude sentarme en días. —Se rio de forma nerviosa.

—Después, enojada, caminaste sin sentido hasta tropezarte. —Siguió riéndose con fuerza antes de secarse incluso lágrimas—. Te quejaste por semanas, amor. —Le apretó la rodilla cariñosamente.

Jen sonrió ante el apodo cariñoso. Suspiró mirándolo, sus ojos llameaban alegres, y por un momento sintió como si esto fuera real, como si no se estuvieran divorciando. Como si por fin estuviera despertando de esa horrible pesadilla. Él era su marido, el amor de su vida y definitivamente así se tenía que quedar.

—Es que quería de tus cuidados —canturreó, apretujándose a su lado, deleitándose con su aroma. Nathan sonrió de esa forma que siempre hacía estragos en su piel al tiempo que la estrechaba.

—Siempre te estás cayendo, a veces me pregunto cómo has logrado sobrevivir durante tantos años.

—Gracias a que tú siempre me has levantando —aseguró encogiéndose de hombros —, supongo que no lo habría logrado sin ti —susurró, perdiéndose en sus azules orbes.

—Eres tan frágil —susurró de vuelta, tocándole la nariz.

Estaba tan cerca de su boca, casi podía sentir su cálido aliento. Se moría por besarlo, decirle que lo amaba y lo había extrañado tanto, en un movimiento inconsciente, se relamió los labios atrayendo la atención de su esposo, insegura entre besarlo o no.



—Owen, decir que has estado distraído es quedarse corta, cielo —cuchicheó Mia contra su oreja.

—No sé a qué te refieres. —Chris dio otro sorbo a su whisky, dejando vagar una de sus manos bajo la mesa.

El resto de los invitados estaba charlando animadamente, ajenos a ellos, por lo que con deliberada lentitud deslizó una mano entre las suaves piernas de la rubia, acariciando con suavidad sus muslos, hasta llegar justo al centro entre sus bragas, tan solo frotando, sin hundirse donde ella lo necesitaba.

—Has puesto los ojos en otra mujer. —Mia se rio ácidamente—. Y no cualquier mujer, si no en nada más y nada menos que la hija del multimillonario Thomas Stanford, cielo. No estás nada perdido.

Él no detuvo el movimiento de su pulgar, haciendo suaves círculos sobre las bragas de la rubia, específicamente contra su clítoris. Que el infierno se lo llevara antes de que demostrara alguna impresión. A estas alturas era bastante bueno ocultando sus emociones, por lo que no iba a dejar que la mención de Jen lo turbara.

—¿Te refieres a la chica felizmente casada? —Se inclinó contra el cuello de la rubia, depositando un húmedo beso en su piel.

—Sí.

—Dudo que esté interesada en mí.

—Que la chica haya renunciado al vino no significa que no pueda apreciar el buqué —susurró con la voz entrecortada—, basta que te vea para que se enamore. —Chris se rio contra su cuello.

—¿Estás celosa?

—Estoy molesta, que es distinto —gruñó, apartándole la mano.

—¿Por qué?

—Porque en dos años nunca había notado que te importara nadie, ni siquiera Harper.

—¿De qué estás hablando? —Frunció el ceño.

—¿Crees que no sé lo que esa perra quiere? —siseó mirándolo fijamente—. Te ha deseado desde siempre, por años te he admirado por tu fidelidad para conmigo, sin embargo ahora, estás distraído por culpa de esa chiquilla. Toda la noche no has hecho otra cosa que mirarla, comértela con los ojos. —La señaló con la cabeza—. No me queda duda que ella fue la que te golpeó.

—¿Te das cuenta de lo que dices? —preguntó incrédulo—. Has inventado todo un cuento dentro de tu cabeza, es absurdo.

—¿Un cuento? —Sonrió de una forma que Chris tuvo que contener un escalofrío—. Bien, ¿por qué no le pregunto para salir de dudas? —La rubia amenazó con ponerse de

pie.

—¿Pero qué haces? —Alarmado, la sujetó por el brazo. Logrando que Mia sonriera de forma malévolamente.

—Si no quieres que el circuito entre ustedes se caiga, aceptarás ser mi sumiso. —Chris tensó la mandíbula.

—Entre nosotros no hay nada.

—Entonces déjame probarlo.

—No te conviene montar una escena. Estamos frente a tus futuros clientes.

—No montaré ninguna escena, solo iré a conocerla. —Sonrió clavando la mirada en una ingenua Jennifer.

—¿Por qué insistes en ese papel? Sabes que detesto esa fantasía tuya, no sabes llevarla a cabo —aseguró, tratando de distraerla—. Nunca sabes cuándo parar y rebasas esa delicada línea.

—Porque no me dejas practicar —cuchicheó molesta, cruzándose de brazos—. Si no aceptas, tendré que preguntarle a Stanford qué hizo para tenerte como te tiene justo ahora.

Mia lo sabía. Mierda, desgraciadamente lo sabía y no había nada que pudiera hacer para mentir más. Su imprudencia y distracción a lo largo de la noche los había metido a los dos en serios apuros. Chris se quedó mirando a la rubia, sin habla, estaba por perderlo todo. Luego pensó que Jen no había hecho otra cosa que lastimarlo o arruinarlo todo, por un breve segundo se permitió imaginar lo que sería una confrontación entre ellas. La imaginó nerviosa, dándole explicaciones a todo mundo, incluso llorando. Miró en su dirección, donde su aprendiz estaba ahora fundida en los brazos de su marido, con esa mirada de perdidamente enamorada. ¿Quién mierda era él para arruinar su felicidad?

No era nadie, no quería hacerlo, sin embargo no permitiría que ella lo arruinara *a él*, aunque no fuera su intención. No detendría a la rubia, a la mierda el matrimonio de la chica. No era la primera vez que Chris sacrificaba algo, sus abuelos siempre irían primero. No permitiría que los sacaran de su hogar.

—¿Sabes, qué?, adelante. —La liberó, sonriendo arrogante.

—¿Lo dices en serio? —El joven se encogió de hombros.

—No tengo por qué verme en esta situación, solo te aseguro que ella nunca aceptará nada, pero ten por seguro que se quejará en la administración, y no podrás volver nunca a *Cosplay* por violar las normas de privacidad. Supongo que estás consciente de eso.

La rubia lo miró fijamente, y el silencio que siguió a eso lo puso nervioso, literalmente sudando frío. Si Mia dejaba que sus celos la consumieran y se acercaba a Jen, no solo perdería un cliente, sino que su trabajo en *Cosplay* se vería comprometido porque el trato con la pelirroja era ajeno a la casa de fantasías, y tenían totalmente prohibido trabajar por fuera. *Mierda*.

—Por Dios, Christopher. —Sacudió la cabeza frustrada—. Solo dime, ¿cuánto quieres por acceder a un simple capricho de una noche? ¿Cuánto te está pagando esa? —El castaño sonrió, por primera vez parecía que la suerte estaba de su lado.

—Imagina una cifra —murmuró, sin quitar la vista de Jennifer.



Después de la deliciosa comida, Jen iba sonriendo mientras caminaba descalza, de la mano de Nathan, por la orilla de la playa. Los diferentes colores que arrojaba el sol contra el mar hacían de la tarde algo hermoso y cálido. Aunque, ir de la mano de su esposo lo hacía todo increíblemente mejor.

—Aquí te propuse matrimonio —comentó Nathan con un deje de nostalgia, mirando fijamente hacia el ocaso.

Jen se tensó, apretándole la mano. Respiró hondo, tratando de controlar las lágrimas y el horrible nudo en la garganta.

—Nunca podría olvidarlo —logró decir.

—Ese día no había otra cosa que ocupara mi mente. —La miró entonces—. Desde que desperté, no veía la hora de poner este precioso anillo en tu dedo. Es hermoso, como tú. —Elevó la mano donde Jen, por supuesto, lucía su anillo, y la besó suavemente.

—Recuerdo todo lo que montaste para desayunar —comentó.

Era temprano un sábado de verano cuando había ido a buscarla a su casa. Casi la había sacado a rastras de la cama, Jen odiaba levantarse de madrugada. Nathan insistía en hacer un desayuno en la playa. Había preparado comida, llevado una canasta, incluso un mantel, por lo que refunfuñando lo acompañó a la playa.

—Te picaron los mosquitos y gritaste cuando viste a una gaviota cerca del mantel —reprochó mirándola.

—No fue mi intención derramar el vino. —Se ruborizó, recordando el desastre que había hecho—. Además, sabes cuánto odio a la mayoría de los animales. —Él se rio.

—Todo estaba saliendo mal, por lo que tomé tu mano y sin preámbulos te pedí que te casaras conmigo. —Nathan sujetó sus manos, deteniendo el paso.

—Yo no supe qué decir...

—Te quedaste muda por más de diez minutos. —Se soltó riendo—. Por un momento incluso llegué a pensar que habías entrado en un estado catatónico y me dirías que no. —Jen sacudió la cabeza.

—Siempre te he amado, solo estaba muy impresionada... y algo adormilada. —Él suspiró apretando más su agarre.

—Lamento que las cosas... no funcionaran, Jenny —murmuró en tono serio antes de soltarla y desviar la mirada hacia el mar. Jen se envaró, sintiendo que caía en un profundo y pantanoso pozo.

—¿Sabes por qué te traje aquí? —susurró con un hilo de voz, él negó con la cabeza—. Porque así como tú juraste que me amarías por siempre aquel día que deslizaste este anillo en mi dedo... —Inconscientemente se lo tocó—. Yo te juro que no voy a ceder, no

me rendiré con lo nuestro. Te amo y no te quiero perder, estoy cambiando.

—Jen, entiende que tú no tienes nada de malo. Es que yo... —Rápidamente ella puso un dedo en sus labios.

—Solo dame algunos días, te sorprenderé. Si después de lo que tengo planeado no lo consigo... —Tragó saliva, antes de sujetar su mano para entrelazar los dedos—. Te enviaré firmados los papeles del divorcio, te dejaré libre.

—¿Y exactamente qué estás planeando?

—Si te lo digo ya no será sorpresa.

—No importa, muero de curiosidad... —Posó sus grandes manos en la estrecha cintura de la joven, atrayéndola.

—Solo dame unos días —pidió jadeante.

Y sin poder soportarlo un segundo más, se puso de puntitas, enroscando las manos en su cuello antes de besarlo con pasión contenida. Nathan pareció sorprendido, pero a la chica no podía importarle menos mientras internaba las manos en su cabello, sujetándolo con firmeza, profundizando el beso. Dio ligeros mordiscos a su labio inferior, de esa forma tan arrebatadora que le había enseñado... *Chris*. Y cuando su marido entreabrió los labios, tímidamente deslizó la lengua para jugar con la de él.

El joven gruñó entre sus labios, estrechándola con fuerza. Una de sus manos se internó en su cabello, tirando con algo de violencia desde la raíz. Aquello la puso nerviosa, los recuerdos del pasado siempre estaban presentes, sobre todo con ese agarre tan posesivo, no había manera de que Jen pudiera escapar, él tenía todo el control. Siempre había sido así, él se dejaba llevar por sus instintos y ella no lo cambiaría por nada... o al menos eso creía.



—Te quiero vestido con la ropa que te dejé en la habitación de juegos, esta noche vas a conocer a mi alter ego, Owen. —Mia sonrió dando la media vuelta hacia su dormitorio.

Antes de ir a esa jodida habitación, *Chris* tomó de la lujosa cantina una botella de *Jack Daniel's*. Sin pensarlo se tomó más de la mitad, quería estar casi inconsciente cuando *Mia* llegara, porque estaba seguro de que no querría recordar esta noche jamás. Ahí bebiendo, no podía dejar de pensar en por qué su vida tenía que complicarse tanto. Suspirando, se repitió que hacía esto porque necesitaba urgentemente la cantidad estratosférica que *Mia* le había ofrecido. También, y para ser completamente honesto, estaba tranquilo de que la rubia no hubiera confrontado a *Jen*. No soportaría que alguien del tipo de *Mia*, mirara a una pequeña e indefensa persona como su *lagarto*. Ella era tan torpe y tímida que tan solo imaginar la confrontación le resultaba un desastre mental. Estaba seguro de que ella se soltaría riendo como loca, asustando a su marido y alertándolo a su vez de lo que estaba pasando.

Sin posponer más las cosas, se dirigió a la habitación jodida, donde se cambió sin prisas. La camiseta azul ahí dispuesta para él se adhería a su torso, hinchando sus bíceps,

los vaqueros oscuros eran tan ajustados que marcaban cada uno de sus músculos. Incluyendo su miembro. Conteniendo el impulso de rodar los ojos, recordó cómo Mia adoraba que usara ropa ajustada, “talla de niño”, sonrió al recordar las palabras que hubiera usado Jen. También pensó que si viera a Mia le gritaría cosas como: *castigadorsucha* o algo así. Porque sin duda lo que le esperaba era un castigo. El cuarto estaba lleno de cosas sadomasoquistas.

Las paredes decoradas en un tono terracota le daban un aire oscuro y frío. En una esquina se encontraba un mueble de caoba, del cual colgaban varios *floggers*, látigos, esposas... Aquel cuarto se encontraba más equipado que la última vez que había estado aquí, por lo que curioso, abrió uno de los cajones, sacudiéndose al ver anillos constrictores para el pene, pinzas para los pezones y demás juguetes. Cerrando aquello, se dio la vuelta tan solo para encontrarse con la cama de cuatro postes, las sábanas de seda negra solo le daban a todo un aire más difícil de respirar. El *cosplayer* sabía que el fetiche de Mia era grande, pero nunca pensó que hubiera crecido tanto. Sonriendo, acarició una fusta, agradecido de estar ahora muy borracho, porque de lo contrario, el ligero escalofrío que estaba sintiendo en la columna a causa de la claustrofobia, estaría en su máximo esplendor sofocándolo.

Mia apareció a los pocos minutos. El vestido amarillo de látex se pegaba a cada curva, a duras penas cubriendo su trasero. Sus piernas largas lucían estilizadas con las botas de cuero negro que le llegaban arriba de las rodillas, los tacones delgados fácilmente superaban los diez centímetros. Se había soltado el cabello y ahora caía lacio por su espalda. Caminó hasta una de las paredes donde tomó una fusta, golpeando luego un poste de la cama en forma dramática. Estaba intentando llamar su atención, pero no era necesario, ya la había visto, además Chris no era un animal que estuviera distraído. Sonrió al imaginársela como una cirquera.

—¿Desea una copa? —preguntó educadamente, tratando de concentrarse en su papel de sumiso, aunque se sentía un tanto ligero. *Mierda*, no debió beber tanto.

—*Chardonnay* —dijo sin mirarlo, él le sirvió de forma adiestrada.

—Te ves espectacular —la alabó con su mejor voz aterciopelada.

Pero en cuanto se acercó para entregarle la copa, Mia lo sujetó por la nuca. Con los zapatos de plataforma lograba hacerlo sin complicaciones, le hundió con fuerza los dedos en el cabello para acercarse a su oreja.

—Esta noche te portaste muy mal, amor. Sabes lo que va a pasarte por eso, ¿no? —Apresó con fuerza el lóbulo entre los dientes antes de golpearle las nalgas con la fusta, robándole un siseo que tuvo que disfrazar de gemido.

—No, señora.

No contenta con eso, Mia deslizó las uñas por su pecho, rasgando con facilidad la insulsa camiseta. Con una risa oscura, volvió a hacerlo, encantada con su obra, salvo que esta vez fue con la suficiente fuerza como para que se hundiera en su carne. El joven tuvo que morderse el labio para no sisear de dolor otra vez.

—¿Te gusta eso, Owe? —ronroneó.

—No me llames Owe —espetó molesto.

—Hoy te voy a llamar como me dé la gana. Te castigaré por fijarte en otra mujer estando conmigo. —Chris suspiró, tratando en vano de que la rubia entrara en razón.

—Ya te expliqué que esa mujer no me...

—¡Silencio! —gritó.

Y luego, sonriendo de esa forma turbia, deslizó las manos sobre la carne lastimada de su pecho, sujetando con fuerza uno de sus pezones; el alcohol lo tenía tan adormecido que quizás por eso, en lugar de dolor, sintió un ligero escozor agradable en la piel.

—¿Quieres complacerme? —demandó la rubia antes de tomarse la copa de un trago.

—Sí, señora. ¿Qué desea que haga? —solicitó de forma tímida, siempre mirando hacia el suelo.

Ella lo soltó y, dándose la vuelta, bamboleó las caderas mientras caminaba fusta en mano, llegó al tocador donde abrió uno de los cajones de juguetes. Sonriendo se giró hacia él, Chris desvió la vista hacia sus manos, específicamente a la mierda que sostenía.

—Vas a usar esto. —El castaño suprimió un resoplido de disconformidad ante el collar de perro que Mia amablemente sostenía frente a él—. Prepárate, cielo.

Y luego, contuvo el aliento cuando el collar rodeó su cuello, no dejaría que la claustrofobia lo dominara, estando borracho era más llevadero el sentimiento de opresión y asfixia. Tirando de la cadena del collar, Mia lo condujo a los pies de la cama, donde se sentó al borde, abriendo completamente las piernas, exponiendo su sexo depilado.

—De rodillas. —Le acarició la mejilla con la fusta, relamiéndose los labios—. Tu palabra de seguridad será rojo, ¿entiendes?

—Sí, señora —murmuró, arrodillándose entre sus piernas.

—Bueno —sonrió lascivamente antes de estirar una mano e internarla en su cabello—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

«Desgraciadamente», pensó Chris al tiempo que se inclinaba contra su sexo, pero cuando sintió el primer azote contra su espalda, supo que Mia lo haría sufrir en serio.



No le des la empanada, bitchy. Suerte, te quiero.

Holly.

—Entonces... —La voz de Nathan la hizo dar un respingo al tiempo que bloqueaba el celular apresuradamente—. ¿Tengo que pedir permiso para entrar? —murmuró con una media sonrisa.

Habían llegado más rápido de lo que esperaba a la casa, su cabeza hecha un lío de sentimientos encontrados, estaba tan descolocada.

—Nathan... ¿Qué... qué has pensado del divorcio? —susurró, mirando sus manos,

incapaz de enfrentarlo.

No quería preguntarlo, pero tampoco podía ignorar el hecho de que había pensado en eso durante toda la velada. No podía sacarse de la cabeza que quizás estaba esforzándose para nada.

—Jenny —le sujetó el mentón—, no quiero hablar de eso, enfócate en el presente. Aún eres mi esposa, y justo en este momento, te deseo. —A Jen se le atascó el aire en los pulmones, un rubor conocido subió por su cuello para instalarse en sus mejillas—. Luces preciosa, quiero... *Dios...* Tan solo no quiero pensar, quiero olvidarme de todo por un día, ¿no deseas lo mismo?

«*No le des la empanada*», gritó su subconsciente con voz de Holly. «*Verás cómo lo tienes a tus pies*». Pero... ¿y si no? ¿Y si Nathan necesitaba una prueba de su cambio? Estaba debatiéndose internamente cuando, de pronto, labios suaves y carnosos invadieron su boca con demasiado ímpetu.

Jen se quedó paralizada dejando a Nathan hacer todo el trabajo. Con hábiles y fuertes manos, la sujetó por la cintura, y cuando menos pensó, se encontró a horcajadas sobre su esposo. Él estaba por todos lados, y su boca la reclamaba con unas ansias que Jen hacía mucho tiempo no sentía. Enardecida por aquello, se dejó llevar por la pasión que su marido estaba demostrándole. Se convenció de que la amaba, y quería entregarse a él. Dada la situación en la que estaban, evocó la fantasía del auto que tanto le apetecía. Quizás era tiempo de cumplirla, porque él era su esposo, su todo, su futuro e incluso su pasado, porque juntos tenían una historia y ninguna zorra se lo iba a quitar.

Desgraciadamente, evocar a la zorra de Viena le heló la sangre, y el áspero toque de su marido le molestó. Él no era cuidadoso, porque siempre se dejaba llevar, y eso antes nunca le había molestado. Jennifer nunca había estado con nadie que no fuera su esposo, por eso no sabía diferenciar, sin embargo ahora conocía a Chris. Y mientras su marido rotaba entre sus dedos sus sensibles pezones haciéndola sisear, se dio cuenta de que él no la trataba con delicadeza. Aun así lo justificó pensando que era la desesperación de no tenerse en tantos días. Jadeando, se acomodó tratando de tener un mejor ángulo cuando su espalda presionó sin querer el claxon.

—¡Mierda, Jenny! —exclamó asustado—. Siempre eres tan torpe, ¿quieres que los vecinos nos descubran como si fuéramos adolescentes?

—L-Lo siento —susurró confundida. Él respiró hondo antes de sacudir la cabeza.

—Sí, yo también lo siento, mejor bajémonos, la cama es un mejor espacio para todo lo que tengo pensando hacerle a este liguero. —Tiró de él—. ¿Quién te dijo que te lo pusieras?

—Nadie —balbuceó con el rostro encendido, recordando los depredadores ojos de Chris al salir del vestidor. Esa mirada la atormentaría por siempre.

—Pues dile a “nadie” que se lo agradezco. ¿Vamos? —Jen apesó su labio, por extraño que pareciera quería cumplir su fantasía.

—Amor... yo... quisiera... —Tomó aire, su rostro tornándose completamente rojo—. Hacerlo en el auto. —Él la miró como si le hubiera salido un tercer ojo, antes de soltar

una carcajada.

—¿Qué dices? —preguntó riéndose—. ¿Quieres que nos encuentre la policía? Sé que no quieres eso, tú no eres así. Bájate y déjate de tonterías —argumentó riéndose. Jen se quedó estupefacta, ¿acaso solo iba a dedicarse a cumplir las fantasías que él quisiera?

Enojada, respiró hondo, preguntándose si Viena pidiera esto mismo, ¿acaso se lo negaría? Estaba tan irritada que decidió que su empanada quedaría guardada con llave por esta noche, ya que no había manera de que pudiera volver a pensar en sexo, por hoy.

—Tienes razón. —Se rio nerviosamente—. Lo siento, creo que mejor nos vemos otro día. —Se cambió a su lugar, no sin antes golpearse en la cabeza contra el techo del auto—. ¡Auch! —Se quejó, dejándose caer sobre el asiento—. Mañana te llevaré el desayuno a la oficina.

—¿Jenny? ¿Qué haces, nena? —inquirió confundido.

—Me tengo que ir. Recuerda que te amo, te tendré una sorpresa, solo dame unos días. Fue un día maravilloso, nos vemos mañana. —Se acercó a él, le dio un profundo beso que incluyó un poco de lengua, y temblando se bajó del auto.



—Putra madre, esa mujer está loca. Loca te digo, Chris.

—S-Solo... creo que le va-an las cosas fuertes... —Soltó una carcajada antes de mirarlo—. Raaw.

—¿Qué fue eso? —preguntó Axel, mirándolo con el ceño fruncido.

—Un león —indicó riéndose.

—Sonó como un puto gato ahogándose, ¿por qué estás tan ebrio?

La verdad es que Chris ni siquiera podía entender bien lo que su amigo decía. Estaba tan borracho que la cabeza le daba vueltas. Después de la intensa sesión con Mia, el joven se tomó lo que restaba de la botella antes de llamar a su amigo. Jamás hubiera querido que Axel presenciara esto, pero no podía llamar a la limusina de *Cosplay*, porque esto había sido un trabajo por fuera.

—No e-estoy tan ebrio —sonrió mirándolo.

—¿Además estuviste en una pelea? —inquirió observándolo de arriba abajo.

—Solo quiero irme a casa —balbuceó tambaleándose.

Axel lo sujetó del brazo antes de acomodarlo dentro de su Jeep, donde se dejó caer en calidad de bulto, Christopher suspiró, intentando no vomitar mientras veía pasar los autos a toda velocidad y escuchaba a su amigo maldecir. Unos segundos después, cerró los ojos, hundiéndose en una profunda oscuridad.



—¿Qué dices que le pasó a Chris? —inquirió Jennifer, asustada.

Después de que Nathan se fuera, en su celular apareció el número del *cosplayer*. Pensó que hablaba para preguntarle por su cita, después de todo eran amigos, ¿no? Ella también quería conversar con él, sobre todo para proponerle otro trato, pero se sorprendió al escuchar la voz de Axel.

—*Creo que Mia lo violó* —aseguró Axel, sonando horrorizado.

—*Nadie me vio-oló, no jodas* —gritó el joven, su voz extraña.

—¿Pero entonces está bien? —interrogó alarmada.

—*Será mejor que me ayudes, cuando está así de necio no entra en razón. Te espero en el depa, adiós.*

Todavía estaba un poco embrollada por lo que había ocurrido con su marido, pero no podía decir que no a la llamada de auxilio de sus amigos, así que minutos después se encontraba en el departamento de los chicos.

—¿Qué fue lo que le ocurrió?

—Pues... —suspiró—, digamos que a su cita le van las cosas fuertes y... lo que sea que pasó entre ellos se salió de control.

—No entiendo. —Lo miró confundida.

—A Mia, su clienta, le van las cosas sadomasoquistas. Christopher mencionó algo, casi creo que la zorra no respetó la palabra de seguridad.

—¿Palabra de qué? Pero si él odia eso —comentó, recordando las conversaciones con el joven—. ¿Por qué accedió?

—Eso... no me corresponde a mí contártelo —respondió en tono sombrío. A Jen no le gustó el hecho de que le ocultara cosas.

—¿Puedo verlo? —Axel asintió.

—Sí, de hecho creo que será mejor que vayas tú, mascota. Aun en su estado me sacó a patadas de su habitación. Cualquier cosa, grita. Sabré que también te pateó y me dará risa —sonrió mientras la conducía al cuarto del *cosplayer*.

Capítulo Diez

Jen abrió con cuidado la puerta de la habitación de Chris, sin poder evitar sonreír cuando su loción le embargó con familiaridad los sentidos.

El lugar se encontraba demasiado oscuro, pese a la enorme ventana que había en la habitación. Afuera, ya había comenzado a llover y los relámpagos eran la única iluminación, la joven apretó los puños ante el horrible y conocido sentimiento de terror que la recorrió en un sudor frío. A tientas, caminó hasta donde sabía que había una pequeña lámpara, pero se tropezó a mitad del camino con algo que la hizo caer de rodillas. Maldiciendo, continuó su camino gateando, pero cuando escuchó un quejido, chilló apurándose a prender la luz. Y entonces todo fue a peor. Jennifer gritó al ver a Chris tirado en el suelo, mirándolo confundida y tratando de no pensar en por qué mierda solo llevaba esos ajustados vaqueros.

—¡Chris! —Tiró con fuerza de él, dándose cuenta de que era como peso muerto al intentar levantarlo.

Frustrada, observó hacia todos lados como si de alguna manera algo pudiera ayudarla, y fue así que vio en el buró, junto a la cama, un frasco marrón de medicamento. Lo cogió y leyó el nombre de un fármaco que reconoció como analgésico y narcótico. Suspirando, le sujetó el mentón, pero al volverle la cabeza en dirección a ella vio que tenía las mejillas muy rojas, como si lo hubieran abofeteado. Jennifer frunció el ceño, inspeccionándolo con mayor detenimiento. Su perfecto y musculoso torso lucía lleno de profundos arañazos que dejaban ver sangre seca. Desconcertada e incluso mareada, se echó hacia atrás cayendo pesadamente en el suelo junto a la cama.

—¡Ay, Chris! ¿Qué demonios has hecho? —gimió llevándose ambas manos a la nariz. El olor a sangre la asqueaba.

—¿Qué, no tienes casa? —preguntó con voz ronca y pesada, asustándola—. Niña desamparada, deberías irte de aquí, no perteneces aquí... —balbuceó pesadamente desde el suelo, antes de gemir, colocándose un brazo sobre el rostro.

Jen aspiró profundamente. Chris nunca la había insultado ni sido grosero, quizás era el alcohol o el hecho de que ella se había apropiado de su habitación, literalmente.

—Voy a ignorar tus ácidos comentarios, déjame ayudarte.

Él intentó removerse de su toque, farfullando incoherencias, pero estaba tan borracho que su cuerpo no respondía bien, así que aprovechó para quitarle los zapatos. Luego, rebuscó en su clóset los disfraces, dando afortunadamente con un cubre bocas, y ya que estaba tan a la mano, pensó que era buena idea ponerse la bata de doctor para no ensuciarse. Trajo entonces una camiseta rasgada y la utilizó para curar las pequeñas heridas y rasguños del castaño. Por último se colocó a horcajadas sobre él para comenzar a desabrocharle esos ridículos vaqueros ajustados. Nunca se los había visto y el hecho de que se le marcara tanto su... *amigo*, la tenía escandalizada, además podía sufrir una trombosis o algo.

—¿Ahora sí lo vas a violar? —La voz profunda de Axel desde la puerta la hizo gritar de terror.

—¡Por supuesto que no! —chilló iracunda, el chico se soltó riendo mientras negaba con la cabeza.

—Entonces, ¿qué fantasía es esa? —inquirió moviendo las cejas, Jen le lanzó la camisa manchada, la cual fue esquivada con facilidad por el chico—. Par de locos —murmuró antes de irse.

—¡Axel! Necesito ayuda aquí —gritó.

—¡No, gracias, estoy muy cansado para orgías! —gritó de vuelta, antes de que escuchara la puerta de su habitación cerrarse.

Grandioso, Axel solo había ido a burlarse en lugar de ayudarlo. Renegando, volvió la mirada hacia el castaño. Por lo que Jen sabía, Chris se había ido con Mia. ¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué estaba tan borracho? ¿Por qué había dejado que lo lastimara? ¿Acaso le gustaba realmente el sadomasoquismo? El *cosplayer* se movió aún dormido, y su cabeza golpeó contra el esquinero de la cama provocándole un suave gemido. Enojada, trató de acomodarlo, logrando que el chico apoyara la espalda contra la base de la cama. Parecía un títere, uno muy pesado. Y viéndolo ahí medio moribundo, por alguna razón le robó una sonrisa mientras se quitaba el cubre bocas.

¿Acaso había algo más atractivo en todo el mundo que un hombre fuerte, momentáneamente indefenso? Mientras intentaba no pensar en lo que la imagen le hacía, rozó con las yemas de los dedos su hermoso rostro, recorriendo a través de su cuadrada mandíbula, su barba crecida. El impulso incontenible de acurrucarse junto a él ahora la recorría, no quería tampoco aceptar eso, pero la verdad es que era agradable en noches tan terribles para ella, sentir sus poderosos brazos rodearla. Sentía que nada ni nadie podría tocarla.

Se dijo que se sentía así porque lo consideraba un buen amigo, y mientras él dormía un sueño inducido por el fármaco y no se enteraba de nada, cedió ante el deseo de tocarlo sin que la mirara como un violador en serie o la estuviera toqueteando de vuelta. El retumbar de un ensordecedor trueno la hizo chillar, y sin pensarlo se acurrucó contra él. Estando tan cerca de su pecho, pudo apreciar las marcas, suspiró trazándolas con suavidad, ¿qué le habría pasado? De pronto, él volvió a moverse, y de la nada, Jen se encontró sosteniendo con su propio cuerpo buena parte de su peso. Si ella se movía, Chris se caería otra vez al suelo, y si no se movía, quedaría entumecida al cabo de menos de veinte segundos.

—¡Chris! —exclamó, pero nada, alzando la voz repitió—: ¡Chris! —Intentó quitárselo de encima, pero noventa kilos de músculos dormidos era más de lo que ella podía desplazar. Ojos azules y turbios revolotearon por su rostro, antes de sonreír.

—¿Evelyn? —balbuceó medio dormido, extendiendo una mano para acariciarle torpemente el cabello—. ¿Qué... estás haciendo aquí? —preguntó, aunque sin darle tiempo a contestar porque al segundo siguiente, ya se había dormido con la mitad del cuerpo sobre ella.

—¡Christopher, despierta! —chilló. Él volvió a abrir los ojos de mala gana, antes de

hacerle un guiño—. Estás aplastándome...

Con una sonrisa adormilada el joven se dejó caer sobre el suelo, no sin antes llevarse a Jen con él. Y luego, con una fuerza desconocida para un seminconsciente, la sujetó para colocarla encima de él. Un segundo después, esas ridículamente enormes manos, estuvieron en su espalda, para Jen era absurdo que una sola de sus manos le abarcara casi la mitad de la espalda, y cuando él suspiró, al parecer conforme, volvió a dormirse. Por un momento, la joven permaneció donde estaba, tendida y con la mejilla sobre el amplio pecho desnudo, escuchando únicamente el fuerte sonido de los latidos de su corazón.

Eso sin duda era lo más reconfortante para una noche de tormenta. ¿Cuántos años habían pasado desde que Nathan la abrazara de verdad? Durante los meses después de casarse, su marido demostraba a diario cuánto la quería y la deseaba, pero lamentablemente, los mimos no habían durado lo que ella hubiese deseado, después incluso, Jennifer intuía que Nathan estaba cansado de sus constantes pesadillas. Al cabo de cuatro años de casados, su contacto físico era tan escaso que bien podrían haber sido simples compañeros de piso.

Finalmente podía verlo.

Ahora, a Jen le habría encantado quedarse encima de Chris, si él no hubiera deslizado las manos dentro de su vestido para agarrarle las nalgas. Era evidente que no estaba tan dormido como ella creía.

—Siempre me ha gustado... tu respingón trasero —susurró riéndose, Jen bufó intentando quitarlo con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame, degenerado! —Chris la miró ceñudo y gruñendo, pero al verla encima de él, su expresión cambió, reflejando la dicha que le embargaba.

—¡Ah, Eve! —Luego le sujetó la nuca e intentó besarla.

Indignada, Jen ladeó la cabeza para que los labios de Chris no tocaran los suyos, y luego hundió los codos en sus costillas. Él lanzó un aullido de dolor, permitiéndole apartarse justo en el momento en que el joven se lanzaba sobre ella, pero al no encontrarla, cayó de nuevo, dándose un porrazo que hizo temblar la casa hasta los cimientos. El *cosplayer* hizo una mueca, antes de mirarla, el tranquilizante le había puesto los preciosos ojos un tanto vidriosos.

—Chris —lo llamó con voz pausada. *Mierda*, a quién quería engañar. Estaba tratando de no sonar dolida ante el hecho de que la estuviera confundiendo—. Creo que deberías irte a la cama; el suelo es demasiado incómodo. —Él se recostó sobre el suelo y cerró los ojos—. Oye —insistió—, tienes que levantarte. —Al ver que no se movía, Jennifer se puso de pie para salir de la habitación, pero él la agarró por el tobillo—. ¡Putra mierda! —gritó aterrada.

—Ayúdame... a levantarme —pidió con voz débil e indefensa, le costaba hablar de lo ebrio que estaba.

Sabía perfecto que él no necesitaba su ayuda, y que era todo menos débil e indefenso, pero tampoco podía dejarlo dormir toda la noche en esa postura. ¿Qué tal que le daba tortícolis? Se arrodilló a su lado, colocando un brazo sobre su hombro, y acto seguido

intentó ayudarlo a levantarse, cosa que les tomó un buen rato, estuvieron moviéndose de un lado a otro como un par de borrachos.

—No sabes bailar —murmuró entre risas.

—No estoy bailando, Chris... ¡por el amor de Dios! —gritó cuando el inútil le acarició los pechos, lo miró indignada, solo para encontrarse con que en su boca se dibujaba una sensual sonrisa—. Si sigues haciendo esto, te voy a soltar, y no me importa que mueras de un golpe en la cabeza. Eres tan degenerado —espetó jadeando, pesaba mucho... además esos ojos que amenazaban con comérsela viva realmente eran inquietantes.

—Me gustan tus pezones, son como... dos cerezas que quiero lamer. —Jen se ruborizó, quedándose sin aliento cuando tocó sus pezones a través de la suave tela de su vestido.

—No vas a lamer nada. —Sacudió la cabeza—. Ahora... acuéstate de una vez. Iré a prepararte un té.

—Mmm quiero *tomar-te* —bromeó, enmarcándole el rostro con sus grandes manos.

—Por eso... —Se sacudió de su toque—. ¡Siéntate de una puta vez! Iré a hacerte el té.

Él se soltó riendo, dejándose caer torpemente en la cama, diciendo cosas como «*nunca entiendes*». Jen se volvió de espaldas para darle tiempo a que se quitara la “licra” que usaba por pantalón, y se metiera en la cama. Lo gracioso del caso fue que por el espejo, Jennifer pudo ver que Chris llevaba un bóxer Calvin Klein, negro, de algodón y muy ceñido, observó que sus muslos dibujaban una curva insinuante al fundirse con las nalgas, y que apenas tenía vello en la parte superior de las piernas. La joven no pudo evitar sonreír al ver que, al igual que ella, dormía con calcetines. Él se dejó caer sobre la cama, y Jen no pudo dejar de ir a cubrirlo y arreglarle las mantas, estaba tan acostumbrada a cuidar de su esposo como si fuera un niño, que Chris no le parecía la excepción.

—No te vayas... Evelyn —murmuró cuando estaba a punto de salir de la habitación.

—No soy ella —espetó molesta, viéndolo por encima de su hombro—. Ahora tienes que dormir. Esas pastillas que tomaste son muy fuertes. —Chris sonrió pero no abrió los ojos.

—Siempre tan remilgada, te extrañé, Eve.

—Ya te dije que no soy ella —recalcó, abriendo la puerta para ir por el té.

—¿Sabes? Desde que te dejé ese día... —suspiró con pesar—, tu recuerdo me jode la cabeza. Lo siento, lo siento muchísimo por lo que te hice, y sé que juré que siempre te iba a amar, pero ahora... quisiera decirte tantas cosas...

—¿Qué cosas?

Estaba enojada pero quería saberlas. Que el Señor la condenara por lo que estaba haciendo, pero regresó a su lado. En realidad el chico nunca le contaba nada, solo cosas superficiales, y estaba muerta de curiosidad.

—Bueno... ahora mismo creo que... te estoy fallando.

—¿Por qué lo dices?

—Es que... estoy muy confundido —suspiró buscando su mano a tientas—. Me están pasando cosas que la verdad no sé cómo deba manejarlas —confesó arrastrando las palabras, antes de abrir los ojos y mirarla sorprendido—. ¿Tú quién eres?

—Jennifer, ¿tan pronto me olvidaste? —cuestionó dolida, retirando su mano de entre las suyas.

—*Lagarto*, diablos... —gimió, frotándose las sienes con los ojos cerrados—, ¿lo pasaste bien en tu cita? —inquirió con sarcasmo.

—Lo pasamos estupendo —contestó despechada—, Nathan es el hombre más encantador y atractivo que he conocido en mi vida. Le he dicho que aceptaría ser la madre de sus hijos.

Chris abrió los ojos como platos, y después de darle una súbita mirada de terror, volvió a descansar la cabeza en la almohada.

—Dios me libre de un hijo.

—Bueno, pues yo lo estoy deseando. —Eso lo hizo suspirar.

—¿Te dijo lo bien que te veías?

—Por supuesto.

—¿Te dijo si van a volver?

—Aún... aún no —susurró—. Pero aprendí a besarlo y lo dejé al borde de un caso de bolas azules —sonrió satisfecha.

—Bien por ti. Ahora, ¿por qué no te acuestas a mi lado y me cuentas otro de tus bonitos cuentos? Tuve un día de mierda.

Jennifer sabía de sobra que debía mantenerse alejada de él, dado su humor y su poca ropa, así que con un gesto que ponía de manifiesto sus remilgos, se sentó en el filo de la cama, lo más lejos posible de ese cuerpo cálido, somnoliento y medio desnudo.

—¿Qué cuento te gustaría escuchar? ¿El del borracho sumiso?

—Mejor el de la esposa desesperada —contestó carcajeándose.

—Pues te cuento que esa esposa desesperada —elevó el mentón inclinándose hacia él—, ahora tiene bastante claro que va a conseguir lo que se propone y...

Continuó hablando pero Chris siguió sin abrir los ojos, unos minutos después, se dio cuenta de que ya estaba dormido... porque susurró el nombre de Evelyn. A la joven se le cerró la garganta. ¿Qué habría pasado en realidad con ellos? Christopher se dio la vuelta antes de que un sonido estrangulado abandonara sus labios, al parecer con dolor, por lo que sin poder evitarlo, le acarició con ternura el cabello, y después los afilados pómulos, sentía la necesidad imperiosa de hacer algo por él. ¿Sería posible que le gustaran esas fantasías y hubiera mentido? ¿Por qué a la gente le gustaba infligir dolor?

Inconscientemente, Jen se acarició la cicatriz, producto de una mordida en su muñeca, aquella que le había hecho uno de sus secuestradores cuando intentó... Se

estremeció al tiempo que una inoportuna lágrima abandonaba sus ojos. Y ahí, mientras consolaba de forma silenciosa a su amigo, se dio cuenta que no habría forma en el mundo de que pudiera jugar a la dominatriz, sería incapaz de lastimar a Chris, mucho menos a Nathan que era el amor de su vida. Se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar con las fantasías, y si de no querer cumplirlas, su esposo de nuevo buscaría a Viena, divorciándose de una vez por todas.

Incapaz de seguir un solo segundo ahí, abrumada por todo, se puso de pie y salió precipitadamente de la habitación. Sentía como si en su vida se hubiera abierto una grieta y ahora no podía cerrarla, ya no estaba segura de qué hacer, incluso si de lo que estaba haciendo era correcto. Ni siquiera había podido cumplir su fantasía del auto, ni ejercer ningún tipo de control en su relación con Nathan. Iba limpiándose las lágrimas cuando se dio un fuerte golpe contra la pared, cayendo de bruces contra el suelo.

—Mascota, ¿estás bien? —Axel la ayudó a levantarse. Entonces vio que la pared, en realidad era su musculoso pecho.

—Tengo que irme... —balbuceó esquivándolo.

—¿Por qué lloras? ¿Chris te... lastimó? —indagó, sosteniéndola del brazo, su rostro súbitamente enojado—. Ese hijo de puta me va a escuchar...

—Espera... —Se limpió las lágrimas, deteniéndolo—. No me hizo nada, es solo que, yo... —sollozó sintiendo que se derrumbaba.

Y literalmente se derrumbó, porque en algún punto Axel la tomó en brazos como si tan solo fuera una muñeca, caminando con ella hacia la sala donde la sentó en el sillón. Incapaz de tranquilizarse, duró lloriqueando sobre el pecho del chico un rato.

—¿Por qué estás así? —Se aventuró el joven a preguntar, mientras le frotaba suavemente la espalda de arriba abajo.

—Es que... —sorbió la nariz de una forma para nada elegante—. Yo... no creo que pueda seguir con... con las fantasías. Me da miedo terminar como Chris, dijo que no le gustaba esto, y no sé si me mintió, pero ahora mira lo que le pasó. —No debería sentirse tan traicionada, pero pensó que se hablaban con la verdad.

—Chris es un adulto, *mascota*, él sabe lo que hace, aun así no te mintió, realmente lo odia —confesó dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá, de pronto, Axel se veía muy interesado en las figuras en el techo.

—¿Y si no le gusta por qué lo hizo?

—No te lo puedo decir —contestó de forma sepulcral. Jen se removió incómoda, no quería decirlo, pero tampoco era como si tuviera un buen filtro entre su cerebro y la boca.

—¿Es por el dinero, verdad?

—Bueno..., obvio sí —dijo sin mirarla. A Jen se le hizo un nudo en la garganta, nunca había considerado a Chris una persona frívola, pero estaba claro que él solo pensaba en el dinero y que haría todo por conseguirlo.

—Por supuesto —aseguró lastimada. Lo último que necesitaba era juntarse con personas arribistas—. Será mejor que me vaya...

No podía soportar la imagen que en su mente se estaba formando donde él hacía cualquier fantasía por dinero. Era una persona vacía y sin ningún escrúpulo. Y si fuera así, ¿qué? ¿Por qué le dolía que él no tuviera sentimientos? O peor aún, ¿por qué se sentía traicionada, si ella misma le estaba pagando por sus servicios?

—No solo es por el dinero, Jennifer. —Axel la sacó de esos extraños pensamientos—. Estás volteando todo lo que quiero decir. Es que... es tan complicado. —Se rascó la cabeza en un gesto pensativo—. No me corresponde a mí explicártelo.

—¿Por qué no puedes? ¿Qué tan grave puede ser que no quieras hablarlo? —Se levantó enfurecida—. Estoy harta de que me vean débil, de que me oculten cosas. ¿Sabes qué? Dile que no quiero volver a verlo en mi vida y que espero que recupere a Evelyn.

—¿Nombró a Evelyn? —preguntó visiblemente confundido.

—Muchas veces.

—Hace tanto que no habla de ella, quizás es por lo borracho...

—Pues que la busque, yo me voy —aseguró.

Axel se quedó de piedra al ver a Jen irse, no era bueno lidiando con problemas, tampoco era bueno explicándose.

—Espera. —La sujetó del brazo, obligándola a sentarse—. Chris me matará si se entera que te dije, pero lo estás juzgando mal.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, júrame que no se lo dirás. —La miró en advertencia—. Si lo haces, acabarás con nuestra amistad y... además te perseguiré disfrazado de satanás por el resto de tus días. —Jen se estremeció.

—No lo haré, ahora por favor dímelo —pidió con una mueca.

—Chris, bueno... mantiene a sus abuelos, económicamente hablando. Ellos viven en Denver. Sus abuelos no tienen recursos, por lo que Chris se vio obligado a venir a trabajar a Miami.

—¿Qué quieres decir?

Jen siempre pensó que él era un cabrón arrogante que aprovechaba su buen físico, su excelente condición, su hermoso rostro, su perfecta sonrisa... para sacar dinero, no que hubiera un trasfondo tan oscuro para ser un *cosplayer*.

—Que realmente necesita el dinero. Por eso trabaja en *Cosplay*.

—¿Y quién es Evelyn?

—Creo que es todo lo que tienes que saber.

—Lo siento —susurró avergonzada, parecía una acosadora.

—Además... —Se frotó el mentón antes de regalarle una sonrisa—. ¿Estás celosa?

—¿Qué? —chilló, ruborizándose—. ¡Eso jamás!

—¿Entonces por qué el interés en su ex?

—Yo no... —balbuceó—. Tú no lo entiendes.

—Bueno, ya. —Sonriendo, la estrechó con tanta fuerza que Jen pensó que le había roto un par de costillas—. ¿Aún vas a irte?

—Creo que no —sonrió—, ahora tengo una mejor idea.



Por la mañana, Christopher tenía un dolor de cabeza inolvidable.

Mierda, el cerebro le palpitaba contra las sienas amenazando con provocarle una arcada, y cuando se estiró, gimió dolorido. *Putá mierda*, en serio le dolía todo el jodido cuerpo. Pero no fue eso lo que le preocupó en realidad, sino la extraña maraña de cabello caoba enterrada a su lado roncando suevamente. ¿Qué mierda estaba haciendo Jen aquí? Se restregó la mano por la cara. Por más que intentó hacer memoria, solo recordaba la risa de Mia, o sus roncos jadeos tirando de la cuerda mientras lo montaba, o el sonido que hacía el látigo al cortar el aire... Toda esa noche pasaba como flashes sin que lograra unir nada, mucho menos el hecho de que Jen estuviera allí.

Entumecido, se levantó para ducharse, y mientras se enjabonaba estuvo molesto porque Mia le hubiera hecho tantos jodidos arañazos y cardenales. Mierda, le había dicho una y mil veces que no sabía jugar. En cuanto lo tuvo atado, comenzó a azotarlo con un cinto de cuero, Chris se había visto en la necesidad de decir la palabra de seguridad ante las seguras marcas que aquello dejaría, pero la rubia no se detuvo. Eso había sido algo bastante jodido de procesar, todo el tiempo que estuvo ahí atado e impotente. ¿Ahora? Bueno, realmente estaba preocupado con lo que fueran a decirle en *Cosplay*.

Para el momento en que volvió a su habitación, con tan solo una toalla enredada en las caderas, Jen estaba despertándose. El sol le daba en el rostro, marcando sus finas facciones, entrecerró sus ojos verdes observándolo, el cabello caoba sobre buena parte de su cara, estaba además enredado formando algo así como un nido de pájaros. Se prohibió reírse de su aspecto al caminar hacia ella.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitación? —preguntó en tono indiferente—. Creí que ya habíamos terminado.

—Anoche me llamaste —dijo extrañada. Su voz ronca y matutina lo sedujo, tampoco ayudó en nada que lo recorriera con la mirada—. Me pediste que viniera, no querías estar solo.

—Mentira, me gusta estar solo. —Entrecerró los ojos mirándola.

—Tomaste medicinas como un adicto. Cuando te encontré estabas en el suelo, sufriste un golpe en la cabeza, seguro por eso estás confundido. —Se encogió de hombros—. Y ¿qué tal te fue anoche?

—Bien —contestó mientras se tocaba la cabeza, efectivamente tenía un golpe.

—¿Te... gustó? —indagó con una nota de miedo en su voz, Chris sufrió un escalofrío ante los recuerdos borrosos.

—Por supuesto. Nunca haría nada que no me gustara. —Era una mentira, una jodida mentira que Jen no tenía por qué saber.

Ella se mordió ligeramente el labio, pareciendo confundida antes de sacudir la cabeza y con premura levantarse hasta llegar a su lado. La vieja pijama de su colección mata pasiones ocultaba el bien formado cuerpo que sabía había debajo.

—Chris... quiero proponerte un trato.

—¿Un trato? —Se apoyó contra el clóset tras su espalda, cruzando los brazos en el pecho y mirándola con detenimiento, provocando que la joven se riera con nerviosismo.

—Bueno... verás, estaba pensando en contratarte por un par de semanas más y... —Jugó con un mechón de su cabello—. Y ya que literalmente vivo contigo, he pensado en triplicarte la suma de dinero, para ayudar con los gastos del departamento. —Entonces lo miró directamente a los ojos, y no había ahí nervios ni dudas mientras continuaba hablando—. A cambio, quiero que no hagas trabajos con nadie por fuera... excepto conmigo.

Chris parpadeó, eso no tenía ninguna lógica... ¿Jen pidiendo exclusividad?

—¿Por qué me pides eso? —preguntó interesado.

—No quiero volver a ver marcas en tu pecho, son terribles, y la sangre me provoca náuseas. —Frunció los labios recorriéndolo.

—Así que... ¿exclusividad? —ronroneó moviéndose hacia ella hasta arrinconarla contra la pared.

—Suéltame —se quejó empujándolo—, te prohíbo tocarme cuando no estemos trabajando.

—Mi casa, mis reglas, nena. Si quieres contrato de exclusividad... también yo tengo derecho a ciertas cosas. —Lentamente, bordeó con los pulgares sus pechos.

—¿Q-Qué cosas? —tartamudeó sin dejar de verlo.

Sus ojos, maldita fuera, esa manera que tenía de mirarlo como si quisiera lamerlo entero, tan cargados de lujuria pero a la vez... inocentes. Tragó saliva pesadamente, una erección amenazando por elevarle la toalla.

—Vas a cambiar de pijamas, son anticuadas y poco seductoras, además vas a inscribirte a un gimnasio, vamos a ir con mi amiga Ashley para que comiences con tus clases de tubo.

—¿Algo más? —replicó sarcástica cruzándose de brazos.

—De momento es todo —aseguró sonriendo.

—¿Dejarás de ver a Mia?

—Mientras ella vaya a *Cosplay*, no hay nada que pueda hacer. Pero puedo prometerte que no la veré por fuera.

—Es una zorra, ¿por qué te hizo esto? —declaró molesta, trazando con sumo cuidado un rasguño marcado en su pecho. Chris sonrió, nunca había visto a Jen tan enojada.

—Bueno, en definitiva creo que las mujeres son más duras que los hombres.

—No entiendo —susurró.

—Como dominante, siempre tengo temor a hacerles daño a mis sumisas, por eso todo el tiempo pregunto cómo se sienten. En cambio algunas *dóminas* ejercen mal su papel, después de todo no trato con profesionales y piensan que no hacen daño porque “somos hombres”.

—¿Y qué pasa entonces? —inquirió sin aliento.

—Bueno, los azotes en el pene, la colocación de pinzas en los pezones y la tortura con anillos constrictores sobre los genitales, a veces se salen de control.

—¿Azotes en el pene? —Estaba blanca como un fantasma. Chris le guiñó un ojo—. ¿Acaso tú... me azotarías los pechos?

—Por supuesto —aseguró con voz ronca, y sí, su miembro se agitó un poquito más bajo la toalla al imaginarse aquello.

—¡No! —chilló horrorizada, cubriéndose los pechos—. Eso me dolería muchísimo, ¡odio el dolor! Se te ocurre pegarme en los pechos, y mis manos harán de anillo constrictor sobre tu pene —argumentó, haciendo que soltara una carcajada antes de estrecharla entre sus brazos.

—Cuando las cosas se hacen bien, son agradables para ambas partes, Jen, te lo aseguro. Es solo que Mia no lo entiende.

—No le veo sentido. —La chica desvió la mirada, acariciando de nuevo esa extraña cicatriz que había visto en su muñeca.

—En realidad no es malo, incluso te puedo asegurar que el sexo puede ser mucho mejor de lo que habitualmente conocemos. Y aunque no parezca, es un dolor... *placentero*. Incluso nosotros ya lo hemos practicado.

—¿C-Cuándo? —interrogó sorprendida.

—Cada vez que no me haces caso, o sales con tus cosas, te he dado nalgadas por tu mal comportamiento, no me ha parecido que te moleste. —Le guiñó un ojo, haciéndola ruborizar.

—¿Tú... te portaste mal con Mia?

—No necesitas portarte mal para practicarlo. Aunque, según Mia me... *castigó* por una conducta inapropiada. —Hizo una mueca.

—¿Qué fue lo que hiciste? —balbuceó con un hilo de voz, estaba aterrada. Incluso se estremeció entre sus brazos.

«*Mirarte toda la noche*».

—Nada, te digo que solo era una fantasía que Mia quería cumplir —mintió, frotando delicadamente la espalda de la chica.

—La detesto. —Él se soltó riendo, abrazándola otra vez.

—Yo también —aseguró, olisqueando ese cabello olor a fruta.



Jen sonrió mientras se dejaba abrazar por Christopher, pero luego refunfuñó de forma inconsciente cuando, de pronto, él se apartó de forma brusca. Por lo general él siempre quería besarla o seducirla, pero esa mañana ni lo uno ni lo otro. Obvio, no interpretó bien la brusquedad de su gesto, recordó a Nathan apartándola en esos últimos días juntos, por lo que confundida, solo atinó a mirarse en el espejo, y al verse se le escapó un chillido.

El rímel se le había corrido bajo los ojos, y el cabello, que no se había recogido antes de acostarse, estaba hecho un lío haciéndola parecer una loca. Se deslizó rápido dentro del baño, dejando correr el agua sobre uno de los peines de Chris, luego cepilló con rudeza ese cabello de electrocutada que lucía. A sus espaldas, él se echó a reír antes de plantarle un beso en el cuello.

—Te ves bien, *lagarto*.

—¿Tan guapa como Evelyn? —*Mierda*. El pensamiento había venido de la nada, arruinando absolutamente todo. Asustada se tapó la boca con la mano, a su lado, Chris elevó una ceja.

—¡Conque has estado metiendo las narices en mi cuarto! ¿Acostumbras a curiosear en los cajones de otras personas? ¿Buscas entre sus objetos personales? —preguntó en tono juguetón, pero de cualquier forma la joven se indignó.

Sí, había esculcado en sus cajones, en su clóset y en toda la habitación, pero claro, en busca de la loción que usaba, nunca en busca de novias o lo que fuera, *por supuesto que no*.

—¡Desde luego que no! —Se giró para enfrentarlo—. Te la pasaste llamándola toda la noche, una y otra vez.

—¿Y eso te molesta? —sonsacó, mirándola con expresión divertida. Alzando la barbilla con gesto altivo para hacerle saber lo que pensaba de él, Jennifer pasó a su lado y salió del baño.

—Me da absolutamente igual que la llames. Puedes gemir su nombre si quieres —espetó con sarcasmo. Y dado que no refutaba, se giró y lo vio apoyado en el marco de la puerta del baño, sonriendo con cara de sabelotodo—. Ahora sal de aquí, tengo que bañarme y arreglarme. Voy a llevarle el desayuno a mi marido.

Pero él no se movió, la joven intentó no ruborizarse al ver sus anchos hombros, o su musculoso y arañado torso, qué decir de la diminuta toalla que portaba. «¿Acaso no encontró una más pequeña?», pensó con sarcasmo.

—Te recuerdo que ésta es mi habitación —comentó arrogante.

—Entonces me cambiaré en otro lado. —Jennifer se dirigió a la puerta que daba al pasillo, pero él la agarró por el brazo.

—¿Adónde vas?

—Al cuarto de Axel, le pediré el baño. —Intentó sacudirse de su mano, pero Chris la

tomó en sus brazos y la sostuvo mientras ella luchaba por desprenderse.

—Mira lo que has hecho ahora —se quejó él. Jen no pensaba mirar, porque sospechaba que la micro toalla se le había caído al suelo, así que mantuvo la mirada fija en su rostro.

—Te agradecería que me soltaras —dijo en tono seco, manteniéndose envarada.

—No hasta que me hayas contestado —replicó él inclinándose como para besarle el cuello, pero Jennifer se apartó.

—Ya te he contestado. Me da igual lo de Evelyn. —Riendo, Chris la atrajo hacia su cuerpo grande y cálido.

—Te dejaré sola para que te cambies, cuando te pones como el exorcista ni quien te gane.

La sujetaba sin fuerza, por eso cuando ella se movió, ambos estaban tan cerca que sus pechos se rozaron con el torso de Chris. Dado que él permanecía totalmente desnudo, Jen mantuvo la mirada fija en un punto a la derecha de su cabeza. Por el contrario, Chris bajó la vista para contemplar el cuerpo de ella, separado del suyo por un par de centímetros, notando otra vez su pijama.

—Quizás termine cambiando mi opinión sobre tus ropas, ¿sabes? Me gusta ésta. —Le tocó el cuello—. ¿Es de los noventa?

—Sí —reclamó indignada—. Del estilo anticuado y aburrido.

—¿Ah, sí? Evelyn se ponía un camisón de... —No alcanzó a terminar la frase porque Jen le hundió ambos puños en las costillas.

Cerró los ojos, siseando, asustándola, haciéndole pensar que aún le dolía, pero luego ella se enojó otra vez cuando se rio liberándola, así que ruborizada e irritada se dio la vuelta para no verlo desnudo.

...

—Cumpliste tu palabra. —Nathan dejó lo que estaba haciendo para encontrarla a mitad del vestíbulo en su enorme oficina.

Hoy lucía excepcionalmente guapo con su camisa clara y pantalones oscuros, no iba tan formal como normalmente se vestía, sin embargo ese estilo casual era justo lo que Jen necesitaba.

—Te traje café y unos pastelitos —contestó contenta, el aroma del café y el pan había inundado de forma deliciosa la oficina. Nathan le quitó el desayuno, colocándolo sobre el escritorio.

—Hoy también luces preciosa. —Sus ojos parecían devorarla mientras la repasaban de arriba abajo.

Jen se veía espectacular con su cabello lacio, llevaba el hermoso vestido naranja que le había regalado su mamá hacía un par de meses en un intento por inducirla al buen camino del vestir, nunca le había gustado, pero al ver esa mirada en Nathan, se dijo que vestiría así siempre. Sin otra palabra, Jen lo dejó hundir las manos posesivamente dentro

de su cabello, sus labios contra los suyos. Los esposos estuvieron besándose largo rato sobre el sofá, y cuando menos pensó, Jennifer se encontró recostada contra los cojines de éste, sintiéndose acalorada al acunar el enorme cuerpo de su marido. La erección del rubio empujaba entre sus piernas, una de sus manos se había colado por el escote y le estaba masajeando un pecho, él, literalmente, le estaba haciendo el amor con la ropa puesta.

Jadeando, Jen buscó aire apartándose de la boca inclemente del rubio. Nathan aprovechó entonces para deslizar los labios a través de su cuello. La chica sabía que no quedaba mucho tiempo para que las cosas pasaran a otro plano, por lo que comenzó a empujarlo. Al principio débilmente, pero conforme pasaban los segundos, comenzó a quejarse y a empujarlo con más fuerza.

—¡Mierda, Jennifer! —bramó alejándose para caminar furioso por toda la oficina—. Te deseo, maldita sea, ¿no puedes entenderlo? —Sus ojos se veían vidriosos y tenía el rostro enrojecido por la excitación—. ¿No puedes dejar una sola vez tu mojigatez en casa?

Jen se mordió el labio inferior antes de bajar la mirada. Por supuesto que quería, ella también lo deseaba. Reajustándose el vestido, pensó que quizás debía dejarse de intentos, tomar las cosas como eran. Tenía que tomar una decisión, pero no logró que de sus labios saliera palabra alguna.

—Me gustaría verte una sola vez descontrolada, sin traumas ni cohibiciones. Me gustaría que alguna vez me demostraras cuánto me deseas, siempre soy yo el que te tiene que pedir las cosas, el que tiene que esperar a que tú me digas que quieres hacerlo, a que te den “ganas”... —reprochó enfurecido.

—Nathan —rogó nerviosamente—, detente. Estás sacando todo de quicio, es solo que nunca habíamos estado en tu oficina de esta manera. Además, no le avisé a mi jefe que llegaría tarde, te prometo que las cosas van a cambiar... —Caminó hacia él.

—Señor Nathan, el contador Preston... —La secretaria entró sin avisar, y se detuvo al ver lo que parecía una pelea—. Lo siento, no quise interrumpir —se disculpó retirándose.

—¿Ves a lo que me refiero? —Jennifer se acercó a él para arreglarle la corbata. Silbando por lo bajo el rubio se pasó una mano por el cabello.

—Tienes razón, lo siento —suspiró, posándole las manos en la cintura—. Es solo... que me gustaría mucho que alguna vez te dejaras llevar. —Sacudió la cabeza—. Supongo que son *fantasías* mías. —Jen abrió los ojos de par en par. No permitiría que las cumpliera con Viena.

—Y te las voy a cumplir... —aseguró sorprendiéndolo, esa zorra no le iba a quitar lo que era suyo.



Antes de ir a *Cosplay*, Chris llamó inmediatamente a Mateo para comunicarle que tenía más dinero en su cuenta.

Le envió todo lo que Mia le había pagado, sin embargo no hizo lo mismo con el

dinero que Jen le dio por la mañana. Él mismo viajaría a Denver y lo depositaría en el banco, no podía arriesgarse a otra locura de su abuelo. Después de entrenar, aprovechó para darse una vuelta por la universidad. Llevaba solo dos materias, era todo lo que su horario y trabajo le permitían estudiar, pero a este paso dudaba que alguna vez tuviera oportunidad de terminar.

Mientras caminaba, sonrió al pensar que después de todo no era un mentiroso consumado, realmente estaba estudiando. Si bien era cierto que ya tenía años desde que se había matriculado, y todavía estaba en séptimo semestre, pensaba terminar. Un día pagaría la hipoteca y volvería a casa, quizás podría trabajar en la misma preparatoria donde trabajaba ella. El puro pensamiento lo hizo suspirar, mierda. No podía abandonar sus sueños, sus ideales y además... *Evelyn*.

Mierda. Soltó el aire lentamente, recordando lo que había hecho la noche anterior. ¿Cómo diablos pudo confundirla con Jen? De forma inconsciente se frotó el pecho, se sentía cada vez más y más vacío, cada vez menos él mismo. Era como si el Chris antiguo muriera cada día un poco más y dejara solo un cuerpo sin vida. Y Eve era demasiado pura como para siquiera pensar en contarle las depravaciones que había hecho en estos años.

Era más estúpido que aún tuviera ilusiones sobre que podrían volver. Ella jamás lo perdonaría, y la verdad es que su ex se merecía mucho más. Y para colmo, estaba el extraño y nuevo sentimiento que lo recorría de un par de días para acá. Tratando con todas sus fuerzas de no pensar en eso, se encaminó a casa, llegando justo a tiempo para ver marcharse a Axel y Holly.

—Esos dos serán todo un caso —comentó Chris entrando a la casa, Jen estaba sobre el sofá, por lo que se sentó a su lado.

—Pues... sí —contestó no muy convencida, quizás no le gustaba que Axel se liara con su amiga.

—¿Cómo te fue con Nathan? —interrogó extrañamente amargado.

—Bien —sonrió—, de hecho, hay algo que quisiera... pedirte.

—No voy a tener sexo en la sala —apoyó la cabeza sobre el respaldo, Jen le sacó la lengua.

—En realidad... sí es sobre una fantasía —musitó mirándose las manos, tenía el rostro enrojecido.

—¿Y qué fantasía es? —Sujetó su mentón para que lo viera, ella dio un respingo asustada, pero no desvió los ojos de los suyos.

—Bueno... Nathan me comentó que le gustaría verme liberal, pidiéndole sexo y... no me veo capaz de hacer eso, por eso pensé —tragó saliva—, que quizás tú podrías ayudarme.

—Mmm —ronroneó deslizándole un dedo por la clavícula, dejando que vagara rumbo al sur—. ¿Y tienes algo en mente?

—Estaba pensando que podrías personificar a un...

—¿Sumiso? —interrumpió casi horrorizado.

—¡No! —se apresuró a decir—, quizás otra cosa, no sé...

—¿Un nerd? —comentó sonriendo—, ¿quieres acostarte con un nerd? Esa es la fantasía de muchas, puedo fingir que soy virgen y asustadizo, te encantará. —Se carcajeó abiertamente.

—¡Por Dios! —gimió con el rostro entre las manos—, solo estaba pensando que pudieras actuar como un tipo aburrido y yo como...

—Una ninfómana.

—¡Mierda, Chris! Lo único que quiero es ser atrevida, no una deseosa de sexo — chilló con voz amortiguada, ya que seguía con el rostro hundido entre sus manos.

—Pero es justo lo que Nathan te pidió —refutó, ella iba a contestarle, pero al parecer se lo pensó mejor—. Te ayudaré, *lagarto*, relájate.

—¿En serio? —Sonrió débilmente, su rostro seguía sonrojado mientras lo miraba.

—Por supuesto, pero tendrás que obedecerme en todo, ¿escuchaste? No quiero quejas, Jen, si pretendes que sea un nerd, no puedo tomar las riendas en esa fantasía. Tienes que pedirme sexo, seducirme, exígmelo si es necesario. Incluso decirme palabras obscenas. —Le guiñó un ojo. Ella suspiró audiblemente antes de morderse el labio, Chris desvió los ojos al movimiento y presionó su labio inferior para que lo liberara—. Como remilgado, no querré que me toques, ni mucho menos sexo... —sonrió—, quizás hasta te diga degenerada. —Se rio tratando de suavizar el tema.

—No sé si pueda —suspiró.

—Siempre animate a hacer todo, nunca digas que no puedes. Confía en mí, saldrá perfecto.



—Adelante.

Jennifer suspiró sintiéndose ridículamente nerviosa, como si realmente fuera a ser atendida de un problema en lugar de estar entrando a su casa de verano.

Bufó recordando “el problema”, estaba furiosa con Chris, ella jamás sería eso que él sugirió, *jamás*. Abrió la puerta, y contra todo pronóstico, se quedó boquiabierta con la decoración. La habitación distaba mucho de parecer eso, era absolutamente un consultorio. El pedante *cosplayer* decoró de forma elegante y sofisticada el lugar. Con plantas en la esquina izquierda, un enorme sofá retro en cuero rojo al fondo, cortinas blancas suaves y traslucidas que se agitaban con el viento, dejando ver la imponente vista del crepúsculo poniéndose detrás del mar.

—Llega tarde —espetó una voz aterciopelada y suave. Alarmada levantó la vista.

Chris estaba de pie detrás del sofá, con ambas manos apoyadas contra el respaldo. Lucía espléndido con su ropa oscura y formal. Su cabello acomodado hacia atrás y esos... ¿lentes? ¿De dónde los había sacado? Se mordió ligeramente el labio inferior, sintiéndose rara, ni siquiera con lentes lucía mal, al contrario, se veía todo *intelectualoide*, y

desplegaba un aura tan poderosamente sexual que se estremeció. *Mierda*, quizás realmente tuviera un problema. Sacudió la cabeza antes de hablar.

—Lo siento, el tráfico a esta hora es imposible —susurró sujetando de forma nerviosa su bolso.

—Tome asiento. —Su tono frío y profesional la puso más tensa—. ¿Qué la trae por aquí? Siéntase libre de contarme *cualquier cosa* —aseguró al tiempo que tomaba de su escritorio un *iPad*.

Jen abrió los ojos sorprendida, Chris nunca le había dicho que tenía uno de esos. Su mente volátil ya estaba trabajando a mil por hora, pensando cuánta memoria interna podría tener, o el hecho de que el joven siempre le pareció del tipo: *no-sé-una-mierda-de-tecnología*, pero ¡Dios mío!, esos lentes lo hacían parecer...

—Señora Stanford... —Chris le lanzó la mirada tres. *Mierda*, esa mirada de *no lo arruines*—. ¿Podría comenzar con su problema?

—Y-Yo... —Se revolvió nerviosa en el sofá, logrando que el cuero rechinara con sus movimientos.

Y cuando él se sentó a su lado, tuvo el ridículo impulso de moverse hacia el otro extremo. ¿Por qué mierda lograba ponerla tan nerviosa? La mayoría de las veces a Jen le costaba mucho iniciar las fantasías. Pero sin duda, de todas las fantasías, *ésta* era la peor.

—¿Usted qué?

—Creo que tengo un problema —balbuceó, su rostro ardiendo.

—¿Un problema? —Dejó de anotar en el *iPad* para mirarla—. ¿De qué tipo? —cuestionó interesado, su boca intentando no curvarse en una media sonrisa.

Maldito psicologucho bastardo.

—Pues... —suspiró—, creo que yo... que yo... —Tragó saliva. Odiaría a Chris por esto eternamente—. Creo que podría estarme volviendo una *ninfómana* —respondió al fin, los ojos del psicólogo se estrecharon, parecían los de un gran gato analizando su entorno. Jen odiaba cuando él hacía eso, mirarla como depravado, como perverso, era sin duda mejor que esta mirada escrutadora.

—¿Por qué cree eso?

«*¡Porque tú dijiste que eso tenía que hacer, idiota!*», pensó con odio, en realidad quería gritonearle sus verdades, pero tenía que soportar.

—P-Porque todo el día me siento... —cerró los ojos—, *deseosa*.

—¿Deseosa de qué? —cuestionó con el ceño fruncido haciendo “anotaciones”, Jen definitivamente no iba a poder con esto.

—De matarlo —siseó mirándolo—, lo detesto, señor *psicologucho*. No puedo con esta estupidez, Chris, ya no quiero —rezongó cruzándose de brazos.

—Creí que estábamos hablando de por qué todo el día quiere tener *sexo* —recalcó, taladrándola con la mirada—. Quizás sea que su marido no le cumple como debería.

—¿Usted qué sabe de mi marido? —gritó indignada, apretando los puños en su regazo.

—Sé que tiene un *deseo*... que quisiera cumplir con su marido, y si no quiere hablar de esto, entonces no tenemos nada que hacer aquí —respondió con absoluta profesionalidad, como si realmente estuvieran en una consulta pero dándole a entender que de nueva cuenta estaba echando todo a perder.

«*Quisiera verte desinhibida, me encantaría que dejaras a la mojigata en casa*». Las palabras de Nathan se colaron en la penumbra de su molesto cerebro, Chris no estaba haciendo nada que ella no le hubiera pedido. Decidida a llevar esto hasta lo último, habló de nuevo.

—Es cierto, le pido una disculpa.

Suspiró al tiempo que miraba hacia sus preciosos botines *Gucci*, los cabrones la estaban matando, serían los culpables de la próxima *artrosis* que le daría. Y qué decir de la tanga negra bajo su preciosa falda, la puta prenda del demonio la había violado todo el camino. Realmente Jen no había nacido para estas cosas... Aferró las manos en el regazo, negándose en todo momento a enfrentarse a esa aleonada y escrutadora mirada azul.

—La verdad es que, y-yo no sé qué es lo que me pasa. Pero... —Armándose de valor se acercó un poco más a él, e inclinándose contra su oreja susurró—: Tiene razón, *todo* el día pienso en sexo.

Chris, quien la estaba mirando como si no fuera más que un simple paciente en turno, soltó el aire lentamente a través de sus finos labios, para luego reajustarse las gafas, actuando su papel de la forma que siempre hacía. Si no fuera porque Jen lo conocía bastante, ese gesto le habría pasado desapercibido. Pero ahora conocía esos ojos azules y profundos, por lo que estaba segura de que se calentaron unos grados, oscureciéndose y abrazándola con una extraña lujuria que parecían desprender inconscientemente. De pronto Jen se sintió envuelta en él, en su loción, en su presencia; y se cuestionó si realmente no tendría un problema, porque sintió un familiar cosquilleo en el vientre al tiempo que se le secaba la boca.

—¿Y por qué debería ser eso malo? —murmuró el joven desviando la mirada hacia su *iPad* para hacer “anotaciones”.

—En realidad yo no estoy diciendo que sea malo. —De forma nada disimulada acortó la distancia entre ellos, cuando Chris la miró de nuevo, elevó una ceja ante su repentina cercanía—. Dígame, *psicologucho*, ¿usted cree que podría ser una ninfómana, solo porque se me antoja un poco de sexo?

—No, seguro que no. —El doctor sonrió de forma profesional, impulsándose hacia atrás, tratando de alejarse de ella de forma disimulada.

—¿Pero si me dan ganas a todas horas? —Jen volvió a acercarse a él, posando lentamente la mano en su duro pecho—. ¿En cualquier lugar?, ¿con quien sea?

—Bueno. —Se aclaró la garganta, empujándose los lentes por el puente de la nariz—. Eso sí puede ser un problema, lo primero que debemos hacer es tratarla con medicamento, ayudarla a canalizar ese... *deseo*, para que tenga una vida sexual sana.

—Lo escucho. —Sonriendo, Jen se coló en su regazo, sin embargo no pudo evitar un grito cuando sintió la dureza de su erección entre sus piernas, Chris le regaló una mirada juguetona antes de cambiar a una horrorizada.

—¡Oh por Dios! —exclamó, poniéndose de pie—. No debería intentar seducirme, está aquí para tratar su problema.

Jennifer quería preguntarle cómo había conseguido el rubor en sus mejillas, de verdad quería reírse. Pero mientras miraba la expresión de consternación en Christopher, algo extraño ocurrió. De verdad quería acostarse con su *psicologucho*, quizás la reticencia definitivamente era un combustible.



Chris nunca pensó verse en una situación de este tipo, no que le molestara.

Pero el hecho de que Jen intentara seducirlo y... lo estuviera logrando, no resultaba nada profesional. En años como *cosplayer* había cumplido tantas fantasías que esto simplemente debería ser pan comido, sin embargo, el hecho de que Jen lo excitara como lo estaba haciendo sin duda debería de decirle algo, pero se le escapaba el qué. La falda negra en tubo enmarcaba sus amplias caderas, así como su trasero que siempre había conseguido volverlo loco. Chris le había escogido el atuendo de hoy, le dijo que debería lucir despampanante para “intentar” seducirlo.

La camisa azul se adhería celosamente a su piel tan blanca como la espuma del mar, y que estuviera abierta en los primeros botones, dejándole ver la curva de sus pechos, no estaba ayudando en nada. Sus ojos grandes, de un profundo verde, lo miraban de una forma desconocida, traviesa y encendida mientras intentaba acercarse a él.

—¿Y ese anillo? —preguntó la ninfómana, tomando su mano izquierda.

—Es de casado —respondió con una sonrisilla. Jen lo miró horrorizada, dando unos torpes pasos hacia atrás.

—Y-Yo... lo siento —susurró turbada, alejándose.

La broma al parecer le había sentado mal, porque de pronto le pareció que distaban kilómetros entre ellos, el *cosplayer* suspiró, Jen podía perderse en pensamientos que le encantaría adivinar.

—¿Preferiría irse? —inquirió un tanto descolocado. Pero ella rápidamente se giró para verlo.

—No, no, quisiera... que me atendiera.

—Canalizaremos sus deseos carnales en otra cosa, de manera que este problema no le impida tener una vida normal. —Chris tomó asiento detrás del escritorio, sujetando el *iPad*, estaba jugando al *Candy Crush*, pero Jen al parecer ya estaba más a tono con la fantasía, por lo que minimizó el juego—. Quizás si...

Inesperadamente, la ninfómana saltó de nuevo hacia él, pero un pie se le dobló y estuvo a punto de darse de bruces. Chris apenas alcanzó a sostenerla, sin embargo el *iPad*

no corrió con la misma suerte cuando resbaló de su regazo y Jen lo pisó. Puta mierda, la pantalla ahora estaba rota y esa mierda ni siquiera era suya sino del mobiliario de *Cosplay*, suspiró pensando cuánto valdría.

—L-Lo siento... —balbuceó, tomándolo con cuidado del suelo para luego deslizar los dedos por la pantalla y cortarse en el proceso un dedo—. Oww... —se quejó, pero cuando una gota de sangre brotó de su dedo, la chica palideció envarándose en su lugar, como si estuviera viendo al mismo satanás en persona—. Es... s-sangre...

—No pasa nada. —Chris tomó su dedo, y sin pensarlo se lo chupó, sin dejar de mirarla. Ella lo miró boquiabierta, y cuando vio que no se iba a desmayar la liberó—. Siempre tan descuidada.

—Se lo pagaré —aseguró la chica con una extraña y sensual voz rasposa—. Quizás pueda pagarle con... *cuerpomatic* —comentó con una sonrisita, que obviamente lo hizo reírse. ¡Vaya! Por primera vez estaba siguiendo con la fantasía.

—No es necesario que utilice su cuerpo para pagarme nada —discutió fingiendo horror.

Pero ella parecía decidida, lo empujó con suavidad hacia la silla, para acto seguido colocarse a horcajadas sobre él. Se veía tan seductora tomando la iniciativa, y su cuerpo pequeño y curvilíneo se sentía tan bien sobre el suyo, que de forma irremediable se puso duro por ella. Y cuando la joven depositó tiernos y tímidos besos a su alrededor, Chris se estremeció, tratando de volver a su papel.

—Le dije que soy casado... —balbuceó, acalorado.

Tomó a Jen por la cintura para poder quitarla de encima, pero ella no se dejó, peleando con sus manos y haciendo un mohín en claro gesto de inconformidad. Chris trató de contener la risa ante su expresión y sus ojos brillantes de deseo. Era la primera vez que no le iba a poner las cosas fáciles.

—Y yo le digo que no me importa. —En un impulso, la chica se desabotonó con torpeza los botones de su bonita camisa.

—No haga eso, señorita Stanford. —Chris la sujetó para que se detuviera, ganándose una mirada de odio.

—Quiero jugar con su *amigo*.

—¿C-Cuál amigo? —preguntó confundido. Esperaba en Dios que Jen no se estuviera refiriendo a Axel, porque pensar en compartirla con... quien fuera, de pronto le encabronó a grados descomunales.

—Ya sabe... *ese*... —Ruborizada apuntó a su pene.

—¿Para qué? —inquirió presionándola con una sonrisa, ella apretó la mandíbula.

—Para, pues... usted sabe... —balbuceó—, colocarlo dentro de... mi... bueno de mi *empanada*.

—¿*Empanada*?

—¡De mi vagina! Maldita sea, Chris —refunfuñó.

El *cosplayer* respiró profundo, apretando la mandíbula hasta hacerla crujir. Jen lo mataría si soltaba la carcajada que amenazaba con abandonar sus labios. Pasaron algunos minutos antes de que pudiera controlarse y hablar.

—Pues yo no quiero prestarle a *mi amigo*, mucho menos para que lo meta en una *empanada* —aseguró intentando no sonreír—. Entienda que mi mujer me mataría, mejor dígame, ¿qué le gusta del sexo? ¿O por qué considera que quizás sea una ninfómana?

La chica suspiró moviéndose de su regazo para dejarse caer en el sofá, enterrando el rostro entre sus manos.

—Es que... me gusta mucho.

—¿El qué?

—Pues todo... no sé, anhelo todo el tiempo sentir el cuerpo pesado de un tipo mientras empuja contra mí, rugiendo en mi oído como un hombre de las cavernas —espetó con sarcasmo—. Quizás pudiera tirar de mi cabello, y azotarme... pues... las nalgas. —Se ruborizó ante sus propias palabras.

—Eso no la hace una depravada, solo son fantasías.

—Ahora mismo me encantaría tumbarme de espaldas sobre este sofá... así podría ver el precioso y descarado ligero que me he puesto, incluyendo la violadora tanga a juego. Fíjese que hasta quisiera recostarme simplemente desnuda sobre esta alfombra y tocarme... ya sabe... el cuerpo...

Se deslizó con torpeza hasta el suelo para recostarse sobre la alfombra. Con movimientos bruscos, se amasó los pechos una y otra vez de una forma que distaba mucho de ser seductora. Recostada sobre la alfombra, la joven comenzó a revolverse, subiendo y bajando, contorsionándose como en una película de terror, logrando que Chris se estremeciera ante sus actos satánicos. Y cuando comenzó a gatear en su dirección como la chica de *La Maldición*, el *cosplayer* contuvo el deseo de traer a un cura para realizar un exorcismo. Quizás eso se suponía que fuera erótico, pero la verdad era que el joven ya comenzaba a temer por “su amigo”.

—Lo deseo ahora.

Se puso de pie —gracias a Dios—, caminando hacia él de manera “sensual” tocándose rápidamente el abdomen, los pechos, el cabello hasta que finalmente llegó al escritorio.

—Voy a quitar todo esto... —Sin pensarlo barrió con una mano todo de la mesa, logrando que un vaso con agua cayera sobre documentos, mojando todo a su paso—. Diablos, lo siento tanto...

Abrumada, cayó de rodillas frente a él para comenzar a recoger e intentar secar inútilmente los papeles sin importancia que tenía sobre el escritorio. Si esto fuera real, Jen habría mojado un montón de expedientes, pero no era el caso. Estaba inclinada recogiendo todo de forma torpe, mostrando de forma inconsciente sus pechos, y cuando por fin terminó puso los papeles aún húmedos sobre el *iPad*. Chris a estas alturas debería estar al menos burlándose de su torpeza, pero nop.

Put a madre.

Chris había perdido todo juicio, no había otra explicación para que sus palabras, sus movimientos entre ridículos y extraños, hubieran logrado su objetivo. Calentarlo de esta manera tan visceral, tan carnal, a grado tal que no veía la puta hora de arrancarle los papeles de sus torpes manos y cogérsela duro contra el escritorio húmedo mientras rugía en su oído como un puto cavernícola.

Capítulo Once

—Ya deje eso, señora Stanford —comentó con una jodida voz ronca, sujetándola de la mano para llevarla al sofá—. Todo lo que me ha dicho, bueno... ¿a quién no le gustaría eso? Sobre todo la parte de ver su *liguero* —carraspeó.

—Pues a usted, porque le estoy diciendo que me gustaría hacer todas esas... *cochinadas*, y se está negando. —Hizo un mohín.

—Usted es adorable, pero no puedo corresponderle porque estoy casado —recordó, la chica subió ambos pies sobre el sofá.

—Estos botines me están matando, ¿me ayudaría a quitármelos?

Como un puto autómatas llegó hasta ella, arrodillándose para hacer lo que le pidió. Estaba siendo todo, menos profesional.



Jen trató de controlar su respiración agitada. Que se la llevara el infierno antes que aceptar cómo de bien se sentían los labios de Chris paseándose por su piel. Nadie nunca la había besado con tanto esmero, mucho menos le había hecho un masaje en los pies como el que ahora él le estaba haciendo. A Nathan aquello le daba asco, no le gustaba ni que le dieran masajes, mucho menos darlos. La chica por fin estaba entendiendo el fetiche que tenían muchas personas con los pies. Chris-dedos-expertos le estaba haciendo un excelente trabajo en sus cansados músculos.

—¿Puedo quitarme el liguero? —Él elevó una ceja interrogante—. Es que me aprieta —susurró con los ojos entrecerrados, aún le daba mucha vergüenza pedir cosas, pero Chris le había dicho que esta fantasía así tenía que ser.

El *cosplayer* le había dicho mil veces que necesitaba especificarle a su marido lo que le gustaría que le hiciera, o lo que no le gustaba. Así que trató con todas sus fuerzas de cerrar los ojos e imaginar a Nathan haciendo todo aquello, pero lo único que consiguió fue mantenerlos abiertos para mirar a Chris, quien sonriendo, deslizó ambas manos por sus muslos llegando hasta el fino encaje de su liguero, apretando... demasiado fuerte.

—¡Ay! ¿Pero qué hace?

—Dijo que la apretara. —Jen le lanzó una mirada furibunda.

—Tenemos un comediante en casa. —Eso lo hizo sonreír.

—¿Para qué se puso esto si le molesta tanto?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Ya sabe, pensé que quizás *alguien*... podría bajármelo con los dientes. —Síp, aquella era otra de sus fantasías. Una muy... obscena.

Bueno, quizás no era tan obscena, lo que se dice obscena, pero para Jen todo era nuevo. Obvio quería cumplir esas fantasías con Nathan, solo que le daba vergüenza

pedírselo, así que se convenció de que estaba bien practicar con el *cosplayer*. Por lo que con un suspiro, abrió aún más las piernas.

—*Mierda* —siseó Chris apretando ligeramente sus delicados muslos—, ¿está tratando de calentarme, señora Stanford?

—¿Yo? —Se apuntó a sí misma batiendo con picardía sus largas pestañas—. Para nada.

Chris sonrió dándole un último y casto beso sobre la rodilla para luego ponerse de pie. Jen lo miró revolverse el cabello, como si realmente quisiera evitar esto, como si el casado fuera él y no al revés. De pie frente a la ventana, él se veía tan majestuoso como el paisaje. La noche había caído, dejando el sonido del mar golpeándose contra las rocas como banda sonora entre ellos. Jen se levantó y caminó como si un imán tirara de ella, llegando hasta él, contempló el mar a su lado.

Sin decir una palabra, apoyó la espalda contra el duro pecho de Chris, y lo escuchó suspirar antes de rodearla con sus fuertes brazos. Haciendo acopio de todo el valor que le quedaba, se contoneó ligeramente contra él, ahogando un grito al sentirlo duro como una roca, por lo que mordiéndose el labio inferior deslizó la mano hacia atrás con la intención de acariciar su dura mandíbula. Él estaba tenso, pero Jen no malinterpretó aquello, era obvio que estaba en su ridículo papel de psicólogo casado, solo le estaba poniendo las cosas difíciles, eso era todo. Se giró entre sus brazos y depositó lentos besos por su largo cuello, le quitó la corbata y dejó a sus manos vagar por los botones de la camisa, exponiendo ese pecho tallado. El psicólogo levantó la cabeza para darle mejor acceso a su cuello, Jen siguió depositando besos hasta que sus bocas se encontraron, en un beso húmedo y ardiente.

De pronto, Chris sujetó su rostro separándose de sus labios para mirarla. Las respiraciones de ambos eran tan aceleradas que Jen no sabía quién tenía mayor control en esto, y por primera vez no le importó, no le molestó ser besada, es más, *deseaba* ser besada. No le importó perder un poco los estribos, se aferró a que esto era producto de la fantasía, aunque no sabría explicar la forma en la que una extraña conexión surgía, mientras Chris la miraba, su aliento mentolado bañándole el rostro, la tenía incluso mareada. Poco a poco el agarre en su rostro fue cediendo. Jen apreció en sus ojos una extraña melancolía, como si se hubiera rendido más allá de un papel, lo que la hizo sentirse abrumada. Quizás él también tenía sus fantasmas, llamados... *Evelyn*.

Se dio cuenta entonces de que quizás el corazón del *cosplayer* estaba tan lastimado como el suyo, así que tratando de reconfortarlo, acarició con suavidad su rígida mandíbula, antes de buscar sus labios esta vez con decisión. Dejó a un lado sus pensamientos sobre Nathan, guardó en un cajón su mojigatez y se lanzó con todo lo que tenía. Quería consolarlo de la forma que pudiera hacerlo, sin importar el cómo. Hoy había descubierto que tenían otra cosa en común, *un corazón roto*. Chris le correspondió el beso, pero a diferencia de otras veces, sus labios eran dulces y delicados, aunque no menos ardientes, mientras le bajaba el cierre de la falda, continuando de la misma forma con el resto de su ropa.

—Estás aprendiendo, *lagarto* —susurró con una voz ronca llena de arrogancia. Ella le mordió el labio inferior como respuesta.

Fue así que a trompicones llegaron al sofá, donde Chris empujó con su rodilla las piernas de la chica para poder colarse entre ellas, sus lenguas mezclándose, enredándose en una maraña tan sensual que la joven era incapaz de tener cordura ante tanto ardor. El psicólogo enredó una mano en su cabello, sosteniéndola con firmeza contra el sofá y continuó besándola, como siempre, con la intención de tenerla a su completa voluntad. Y mientras la joven enredaba las manos en su caótico cabello, pensó que aquello ya no le daba miedo, sabía que él nunca le haría daño. Chris se separó de sus labios, y con ojos turbios de deseo, se llevó los dedos a la boca para chuparlos. Jen abrió los ojos como platos cuando vio cómo luego descendían por su cuerpo y, sin preámbulos, movía las bragas a un lado para sumergir los dedos en su interior.

Aquello resultó tan intenso que aunque su boca se abrió en una perfecta O, ningún sonido logró salir de sus labios. Instantes después, Chris bombeaba lentamente sus dedos de adentro hacia afuera en movimientos rítmicos y profundos, su pulgar rozando su hinchado clítoris. Y aunque no quería, secretamente volvió a compararlo con Nathan. La joven respiró hondo para después sonreír de forma nerviosa, porque en realidad quería llorar presa del placer. Se repitió que no debía sentirse culpable por dejarse llevar, esto no era nada que ellos hicieran voluntariamente porque sus cuerpos se lo pidieran o porque ambos se gustasen.

Bueno, aunque a ella le atraía Chris. Sí. ¿A quién no le iba a gustar semejante hombre? Era sexy como el demonio, y además trabajaba en *Cosplay*, en parte para apoyar a sus abuelos. ¿A poco no era un amor? ¿Un pequeño ponny indefenso? Jennifer jadeó ahogadamente cuando el *ponny* sustituyó los dedos por su boca para empezar a succionarla de arriba abajo, y cuando le golpeó el clítoris con su suave lengua, para después internarla en su cavidad, las paredes internas de su sexo se estrecharon, temblando. Estaba por correrse y el psicólogo se enojaría... Cerró los ojos con anticipado nerviosismo, pero de pronto, él se detuvo.

—¿Q-Qué ocurre? —inquirió con un hilo de voz.

—Se supone que usted es la que desea sexo... ¿o no? —cuestionó petulante entre sus piernas. Jen respiró hondo sintiendo aún los coletazos del orgasmo que estaba por perder.

—Sí.

—Entonces... ¿no se supone que me diga también qué es lo que quiere que haga?

—Sabes lo que quiero... —Cerró los ojos con fuerza.

—Nop.

—¡Sí lo sabes! —gritó iracunda.

—No, no lo sé... —Amenazó con levantarse.

—Chris —jadeó horrorizada al verlo irse—. Quiero... que sigas ahí, haciendo eso que estabas haciendo, por favor —rogó, sonrojada al ver su sonrisa engreída antes de volver a descender.

—¿Así? —indagó contra su sensible piel.

—Sí... así. ¡Más! —gritó. *Mierda*, avergonzada, se llevó ambas manos a la boca.

Seguramente la ninfómana oculta dentro de ella había tomado las riendas de su mente.

—No quiero que vuelvas a callarte. —La castigó bombeando más rápido—. Dime siempre lo que quieres, *siempre*, ¿entendiste?

Y dejó bien claro su punto al inclinar el rostro y succionar con avidez, haciéndola gritar y retorcerse en placer. Estando ahí delirante, por primera vez, Jen se sintió en más confianza incluso que con Nathan, ¿quizás sería que el placer no la dejaba pensar?

—Sí, yo... lo prometo —jadeó mirándolo con las pupilas dilatadas de deseo—. Eso... así me gusta. Chris, no te detengas —suplicó con vergüenza y necesidad por igual.

Él obedeció, sin moverse de su lugar, fustigándola con lengua y labios, para después morderla cariñosamente con los dientes; absorbió sus labios exteriores, primero el derecho y después el izquierdo y luego volvió a hacer el mismo recorrido que al inicio. Lo tenía todo tan estudiado, que no quedaban dudas de que era un profesional, todo era tan caliente, se iba a correr hasta que él habló.

—Esta *empanada* sabe muy bien —murmuró contra su entrada, provocando que Jen resoplara.

—¿No lo puedes dejar pasar?

—Ya sabes que no —sonrió torcidamente antes de apretarle un pecho—. Ahora muévete más, no seas tímida, eres una ninfómana, no una temerosa bibliotecaria.

Como si la ninfómana se volviera realidad y poseyera su cuerpo, la joven balanceó las caderas arriba y abajo, dejando caer el cuello hacia atrás. Nunca se había sentido así. Había tenido sexo oral otras veces, pero Chris era... era... no tenía palabras para describirlo. Cual posesa, le sujetó la cabeza con las manos y lo mantuvo en el lugar que ella necesitaba, y luego jadeó sorprendida cuando el orgasmo ni siquiera le preguntó si podía presentarse o no, se sacudió con fuerza, mordiéndose el labio para no gritar el nombre del *cosplayer*. Minutos después, lágrimas abandonaban todavía sus ojos, su cuerpo iba bajando lentamente del nirvana.

—Mmm —gimió, pero cuando lo miró con una sonrisa de mujer satisfecha, se topó con una máscara de pasión descarnada y lujuria descontrolada detrás de sus orbes azules.

—Es una insaciable, no sé si su problema tenga cura —murmuró recostándose a su lado sobre el sofá.

Acto seguido tiró de su mano, instándola a cabalgarlo. La joven suspiró, aún se sentía débil y temblorosa, pero quería esto, complacerlo más allá de fingir ser una loca deseosa de sexo.

—Yo creo que no tengo remedio —respondió con una sonrisa.

Y luego, se acomodó sobre el erguido y duro miembro... *mierda*. Al deslizarse, por primera vez en todo este tiempo, tuvo que aceptar que Chris también era grande, quizás tan grande como Nathan, y no pudo evitar gimotear al sentir que se partía en dos.

—Con cuidado, preciosa —susurró, recogiendo con los pulgares las lágrimas que saltaron en sus ojos.

La chica asintió mordiéndose el labio, no era como si fuera la primera vez que le

pasaba esto. Por lo general así se sentía con Nathan, así que podía manejarlo. Comenzó entonces a moverse despacio, apresando su labio para evitar echar a perder lo que estaban teniendo.

—Mejor cambiemos de posición, no quiero hacerte daño. —Ni siquiera pudo refutar eso cuando salió de ella, cambiando de postura, al recostarse de lado, posicionándose detrás de ella—. Todavía no estás preparada.

Jen se quedó sorprendida. Estaba acostumbrada a que Nathan perdiera el control y la embistiera con rudeza, sin importarle sus lágrimas. Bueno, en realidad Jen le decía que eran de placer, no quería arruinar el momento diciéndole que era tan grande que la lastimaba. Por esa razón no gemía, no fuera a salirse un sollozo.

Por eso ahora no quería detenerse a pensar que quizás no es que Nathan fuera tan grande... si no que más bien no estaba lubricada, *no, eso no podía ser*, su marido lograba excitarla hasta lo imposible, seguramente era culpa de que era muy estrecha, incluso Chris se lo había dicho. Dejó de pensar en todo eso cuando el *cosplayer* le lamió la oreja para después mordisquearle el lóbulo. Sus manos ahora paseaban errantes por su cuerpo, sus labios susurrando cosas calientes contra su oreja. Él era tan seductor y perverso que Jen se vio en la necesidad de morderse el labio para no gemir otra vez.

—Me encanta tenerte sensible, enterrarme en ti tan profundo, que me recuerdes durante todo el día siguiente. —Le pellizcó los sensibles pezones—. Me gusta tentarte hasta enardecerte. Escuchar tus gemidos de placer es como mi combustible. Quiero tenerte tan mojada que no puedas soportarlo...

—C-Creí que estaba casado... —jadeó, haciéndolo reír por lo bajo antes de sujetarle la pierna para elevarla.

—A estas alturas no me vengas con moralismos.

Su erección encontró fácilmente el resto del camino, cumpliendo todo aquello que le había susurrado, tan solo deslizándose por sus pliegues sin penetrarla. *Mierda*, aquella sensación era indescriptible, sus paredes vaginales se contrajeron presas de la expectación. Y cuando sin aviso se enterró lentamente y hasta el fondo, Jen contuvo todo el aire, mientras él se quedaba quieto, su mirada fija en ella.

—¿Estás bien? —murmuró preocupado. Jen quería decirle que sí, pero no encontró su voz, solo fue capaz de asentir, entonces el *psicólogo* volvió a hacer ese maldito y erótico gesto de chuparse los dedos y llevarlos directo a su clítoris, moviéndolos en círculos siguió diciéndole promesas eróticas al oído—. Eres una degenerada, yo no quería esto, por lo que te haré pagar la osadía de meterte en mi consultorio y seducirme... te voy a llevar a la locura, hasta que se te quite lo ninfómana.

Se movía lánguidamente al hablar, extasiada, Jen buscó sus labios pese a la complicada postura. Quería enseñarle que ella también sabía besar. La mayoría de las veces se contenía porque sentía que los besos eran algo muy profundo entre dos personas, pero ahora solo estaba actuando, ¿verdad? Él gruñó contra su boca, poco a poco perdiendo el control, podía notarlo en sus duras acometidas. Todo ese ardor más los círculos en su clítoris, provocaron que el calor irradiara en ondas por todo su cuerpo, más atrevida de lo que hubiera pensado jamás, tiró de sus pezones presa de la excitación, al tiempo que sentía

los labios del *cosplayer* recorrerle el cuello.

Sin preámbulos, se consumió otra vez, y le costó mucho esfuerzo no gritar, ahí retorciéndose, tomándolo profundo, sus paredes internas volviéndose más estrechas, aprisionando, estrujando. Su mente estaba lejos cuando lo escuchó maldecir entre tanto el placer ahora se tomaba su dulce turno con él.



Chris se encontraba aún recuperando el aliento, preguntándose si era normal que se sintiera así.

Pasado un tiempo, Jennifer se había girado contra su pecho, tan solo para depositar suaves besos en los rasguños que le había provocado Mia, antes de quedarse dormida. Habían tenido sexo sobre el escritorio, sobre la silla, sobre el sofá, en el balcón y por último sobre la alfombra donde estaban ahora. Ella había querido llevar su papel de ninfómana hasta que finalmente cayó rendida. Aquello lo había dejado sorprendido, por lo general siempre buscaba un pretexto para no seguir practicando.

Por eso ahora, deslizando los dedos por el suave y esponjado cabello de la joven, se preguntó si esto que estaba haciendo no estaba terriblemente equivocado. En otro tiempo, se habría levantado y cambiado, necesitando poner esa distancia con sus clientas. Por eso ahora, era de esperarse que lo hiciera, no que la estrechara más entre sus brazos, deleitándose al ver su sonrisa a pesar de estar dormida. «*A la mierda, estoy muy cansado para irme, además vivimos algo así como juntos*», pensó, aunque seguía confundido, sin estar del todo seguro de cómo sucedió todo aquello.

Recordó cómo Jen se metió a su casa aquella noche y ya no se marchó, para prueba, continuaba viviendo con él. La mudanza fue dándose de forma gradual, primero había aparecido su cepillo de dientes junto al de él, después sus cremas humectantes en un lugar que hizo permanente sobre su immaculado lavabo, luego una de sus tangas amaneció colgada en la llave de la ducha. Al poco tiempo comenzó a llevar alguno que otro cambio de ropa limpia, hasta que finalmente un domingo por la tarde llegó con su maleta y le pidió una copia de la llave.

Y como un idiota, se la dio.

Así otros detalles fueron presentándose, hasta incluso su frigorífico. En lugar de guardar su amplia variedad de frutas y vegetales, de leche y de cerveza, se llenó de las sobras de la comida rápida que ella pedía por teléfono, Jen siempre comía eso antes de poder partir a la casa de verano. Y a pesar de sus reticencias a que viviera con él, debía admitir que era agradable despertarse y tener siempre a alguien a su lado.

Aun así, solo porque Jen estuviera actuando como su novia, definitivamente nunca lo sería. Un zumbido provino desde el sofá, precisamente desde su bolso. El joven frunció el ceño, eran pasadas las doce de la noche, ¿quién podría estarla llamando? La sujetó en brazos y la recostó contra el sofá, Jen dormía siempre como una roca y nunca se despertaba, ni siquiera cuando ya era hora de levantarse. Dudó entre registrar el bolso o no, pero al final la curiosidad ganó. El número marcaba *Lisa*, quizás era algo importante,

llevó el celular al lado de Jen para ver si el sonido lograba despertarla, pero lo único que logró fue que lo lanzara y se diera la media vuelta refunfuñando. Volvió a ir por él, y cuando lo tomó, un texto iluminó la pantalla:

Feliz cumpleaños, Jenny, alias dormilona. Seguramente aventaste a la mierda el celular, pero ya sabes que no puedo esperar a que sea de mañana para felicitarte. Como siempre, espero ser la primera, Bitchy, te quiero y te mando besos de las niñas. ¿Festejo en el pub a las ocho? Derek llevará a Nathan... verás que todo sale bien.

Te quiero.

Chris se quedó mirando el mensaje. Jen cumplía años. ¡Por Dios! Un repentino nerviosismo recorrió su espalda, le hubiera gustado saberlo, para haber buscado algo... Un momento. ¿Quería regalarle algo? ¿Abrazarla y cantarle feliz cumpleaños? ¿Por qué mierda le preocupaba si era su cumpleaños o no? Estaba claro que ella no se lo había dicho porque no quería que él lo supiera, o porque después de todo no eran tan amigos como pensaba. Se sentía ridículamente indignado, pero aun así controló el deseo de dejarla sola y regresarse al departamento. No era tan cabrón como para dejarla, mucho menos en lo que ya se había vuelto una habitual noche con lluvia torrencial.



—Recuérdame jamás dormir en el suelo —comentó Jen con un quejido. Le dolía la espalda y caminaba algo jorobada, cual abuela.

—¿En el suelo? Jenny... —Holly subió ambas cejas de forma cómplice—. ¿Lo hicieron en el suelo? ¿Qué fantasía fue esa?

—Olvidalo, no pienso decírtela.

—Oh, vamos aguafiestas, Axel y yo jugamos ayer a los piratas...

—¿Q-Qué?

—Ya sabes, él era un maldito barbaján y yo la chica rica del pueblo. El cabrón me secuestró en un puerto y bueno, subimos a un yate de *Cosplay* para luego...

—¡Alto! —gritó tapándose las orejas—, no necesito escucharlo.

—¿Qué no necesitas escuchar, mascota?

Axel apareció detrás de ellas, luciendo impresionante, y algo bastante cercano a un entrenador de gimnasio. Jen no había conocido a nadie con esa constitución gigante y poderosa.

—¿Axel? —interrogó una incrédula Holly—. ¿Qué haces aquí?

—Pues verás, resulta que están entrenando frente al departamento donde vivo, normalmente salgo a correr por las mañanas...

—Sí, claro —regañó Jen dándole un ligero empujón, que naturalmente no logró moverlo de su sitio.

Las chicas habían ido a correr por insistencia de Holly, quien lejos de dejarla dormir

por su cumpleaños, le habló temprano diciéndole que las arrugas comenzarían a manifestarse, le dijo que la flacidez de su cuerpo llegaría más temprano que tarde, y logró abrumarla con su aspecto. Un año más debería no importarle, pero ahora en la situación que se encontraba con su marido, más valía verse bien.

Segundos después, Axel se unió a ellas a trotar, pero tan solo una vuelta después, Jen decidió mejor caminar, estaba agitada producto de la falta de ejercicio. Definitivamente iría al gimnasio. Suspiró al recordar la tarde anterior en la que se inscribió con Chris a las clases de tubo.

—Aprenderá pronto, Chris, te lo garantizo —aseguró la despampanante rubia llamada Ashley.

—Si lo consigues... —sonrió de forma pícaro, sus ojos brillantes puestos en la mujer —. Te recompensaré, te lo aseguro.

Jen volvió a estremecerse ante semejante recuerdo, ¿a qué hora le había comenzado a importar las relaciones de Christopher? Estaba bastante claro que su vida sexual era más activa que la de nadie que hubiera conocido nunca. Y aunque no tenía ni pies ni cabeza, se le quitaron las ganas de correr, incluso de ir al estúpido gimnasio. Sacudió la cabeza, decidiendo mejor hacer algo que estaba posponiendo, por lo que se dirigió a la corporación Stanford donde su padre la había citado.

—¿Qué tengo que hacer para que mi princesa me visite más seguido?

Jen sonrió. Thomas siempre era un exagerado. Se hablaban seguido pero ella no lo visitaba tanto, con el divorcio de sus padres sumado a su secuestro, Jen se había aislado un poco de las personas, del mundo en general; y aunque ya hacían años de aquello, nunca había vuelto a ser la misma.

—Regalarme más cosas de éstas —mintió, tocando el caro collar.

—Interesada.

—Así me hiciste —canturreó, estrechándolo.

—Nena, hay algo que tengo que contarte... —El tono sombrío de Thomas le advirtió lo que venía.

—Si es sobre esos mafiosos, ya no quiero saber nada, papá.

—Sí es sobre ellos. Al parecer se les ubicó en un pueblo cercano a Colorado, la policía quedó en confirmarme. De ser así, viajaremos la semana entrante.

—No quiero encararlos —contradijo con voz temblorosa, incluso las piernas le temblaron y se tuvo que sentar.

—Te prometo que estaré ahí, nena, no va a pasarte nada... Pero no puedes decir que no. Por cierto, ¿dónde está mi yerno? ¿Saldrán a cenar o algo? —Jen se hundió un poco más en el sofá.

—Por supuesto, papá, saldremos a cenar.



—Entonces... ¿no irás al cumpleaños de Jen? —criticó Axel mientras comían tacos en un restaurante mexicano.

—Nop.

—¿Por qué? ¿Acaso no te invitó?

—A ti te invitó Holly —le recordó, mientras tomaba uno de sus nachos con guacamole.

—¿Y eso qué? Estaba ahí cuando Jen me dijo que también fueras... ¡diablos! —maldijo Axel con una sonrisa—, estos tacos serán mi perdición, ¿a quién se le ocurre ponerle doble tortilla? *Doble-tortilla*. Tendré que correr por horas mañana...

Axel seguía comiendo, halagando y quejándose de los tacos por igual, entre tanto Chris se sentía... *raro*. Por supuesto que quería ir al cumpleaños de Jen, pero intuía su nerviosismo e incomodidad frente a su esposo. Jamás podrían ser amigos, y eso... estúpidamente le entristecía. Ya se estaba acostumbrando a su torpeza, a las peleas en la mañana por ver quién ocupaba primero el baño, a las noches de tormenta conversando de todo y nada hasta la madrugada... Sacudió la cabeza. No pensaría más en eso.

Aparte, el marido de Jen le daba náuseas. El muy cabrón se había metido con otra *cosplayer*, no solo Viena, sino que ahora también jugaba con Tina. La chica era completamente opuesta a Viena, no solo físicamente, sino mentalmente. Era muy selectiva para escoger con quién jugar, vanidosa y sumamente petulante. Quizás eso había despertado en Nathan un mayor interés que una muy dispuesta Viena. El punto era, que definitivamente, Jen salía sobrando. Sin embargo Chris había aprendido a no meterse donde no lo llamaban, la chica tendría que darse cuenta tarde o temprano de la clase de marido por la que tanto estaba luchando.



—Como siempre... mi regalo se te ve *es-tu-pen-do*.

Lisa la estaba viendo desde el borde de la cama, le había regalado un pedazo de tela azul oscuro en lugar de un vestido. Jen suspiró cansinamente, en estas semanas había usado cosas tan cortas y tan lejos de su estilo, que al verse frente al espejo se sintió confundida al no reconocerse. Aunque, ¿eso era algo bueno, verdad? La antigua Jen solo le había traído problemas y cosas amargas.

—Se ve genial, tengo que admitirlo, Lisa. Eres la experta en esto —aseguró Holly estando de acuerdo.

—No te hagas la desentendida, de hecho sigues tú... trae tu cabellera para acá... —ordenó apuntándola con el dedo.

—No, no, Lisa, no empieces... —Holly comenzó a retroceder cuando Lisa rodeó la cama hasta llegar a ella.

—Vas a ir cambiada y arreglada quieras o no...

Mientras sus dos mejores amigas luchaban entre sí, Jen se sentó frente al espejo y miró por quinta vez su celular. Nathan aún no le mandaba ni un mensaje, ni tampoco el habitual ramo de rosas aleonadas que solía enviarle. Por supuesto que no se le había olvidado, no iba siquiera a dudar de él. Quizás estaba muy ocupado, quizás esperaría hasta la noche donde festejarían en el pub, ¿quizás le esperaba una linda sorpresa? Lisa le había dicho que Derek lo llevaría a como diera lugar, cosa que le había alegrado y molestado al mismo tiempo. ¿Cómo estaba eso de que lo *obligaría* si fuese necesario?

Suspiró resignada, por el espejo vio a Holly soltando su mejor repertorio de groserías contra una sonriente Lisa. Ellas dos siempre tenían la misma discusión, pero finalmente, Lisa podía convencer a quien fuera. Al final, el largo cabello de Holly quedó lacio y sujeto en una media cola. El micro vestido en color negro la hacía verse guapísima. No importaba que tuviera tatuajes en los omóplatos, en la muñeca, detrás de la nuca... Con todo y eso, cualquiera mataría por estar con esa chica ruda. Axel tendría mucho que pelear si quería estar con ella... lo que por alguna razón le recordó a *Chris*.

Mierda, ni siquiera lo había invitado a su fiesta de cumpleaños. ¿Qué clase de amiga hacía eso? Pero es que no iba a soportar tenerlo a la par de su esposo. Él le provocaba reacciones extrañas a su cuerpo, su aroma le traía pecaminosos recuerdos, sus ojos la estremecían, su sola presencia la turbaría, y si Nathan notaba todo eso, no tendría forma de explicarse. Era una pésima mentirosa.

...

Jen bebió el cuarto caballito con fuego antes de sacudir la cabeza. Holly le había dicho que se le llamaban *cucarachas*, y sin duda saldría como una si no paraba de beber. Pero es que los nervios la estaban llevando a la locura. Ya eran más de las once y Nathan ni sus luces, incluso el pobre de Derek se sentía incómodo.

—Que feo es envejecer —dijo Holly, bebiéndose ahora un submarino.

—Gracias, eso me hace sentir *tan* feliz —dijo Jen con sarcasmo.

—Disfruta tu último año, Jenny, las personas escuchan veintinueve y te redondean a treinta. ¿Ves esta puta arruga? —Apuntó a su ceño—. La odio, quisiera, no sé, operarme...

—No es para tanto, Holly, yo cubro mis arruguitas con mi fleco —comentó Lisa ajustando su cabello.

—Y una mierda, puto fleco, putas arrugas... ¡Mierda!

—Amiga, necesitas calmarte —bromeó Lisa riéndose.

—No, es que ese de allá es... es ¡Axel! —gritó contenta.

—Otro más en la lista —comentó Jen nerviosamente, por suerte el *cosplayer* venía solo. Ambos se encontraron en la pista, y después de conversar unos segundos comenzaron a bailar.

—Es una *bitch* —canturreó Lisa.

—Ni que lo digas —sonrió Jen.

—Creo que iré a buscar a Nathan, me prometió que vendría —interrumpió Derek por cuarta vez.

—Si te dijo que vendría entonces eso hará, Nathan vendrá, ustedes disfruten... bailen un poco... —sugirió una desanimada Jen mirando hacia la pista donde Axel se movía solo de un pie a otro, mientras que Holly se restregaba una y otra vez contra él.

—Mejor ve, amor, no queremos que Nathan llegue unos minutos antes de que el pub cierre —insistió Lisa, Derek asintió y no esperó a que Jen pudiera decir lo contrario—. Ahora vamos a bailar tú y yo. —Se puso de pie y tiró de la mano de Jen.

—No sé, Lisa. No quiero bailar, esas cucarachas me marearon.

—Vamos, sudando se te baja... —gritó contra su oreja. Su amiga al parecer estaba igual o más ebria.

Estuvieron bailando sin control, Lisa se transformaba cuando no tenía a las niñas saltando a su alrededor, se dejaba ir como si de alguna manera se desconectara del mundo real. Era una coqueta empedernida, bailando de forma seductora y provocativa. Jen entendía su actitud, había tenido que madurar más rápido, con una pequeña niña al lado de dos padres jóvenes y sin trabajo. Embarazarse a los diecinueve sin duda fue duro. ¡Por Dios qué rápido pasaba el tiempo!

—Tienes los ojos distorsionados, ya estás ebria, Jen —chilló Lisa.

—Calla, estoy a nada de descalzarme y quizás aventar esta tanga fuera de mis piernas.

—Aún no me puedo creer que estés usando tacones, tangas, ¿a qué se debe todo esto?

—A Nathan, ¿a qué más? —La miró derrotada—. No encuentro cómo hacer para que vuelva, ya no sé si lo lograré, creo que sí soy una esposa desesperada después de todo.

—¿Quién mierda osó decirte así?

—Déjalo, Lisa, tiene razón.

—¿Quién?

—Un idiota —sonrió sin dejar de bailar.

Las siguientes dos horas, Jen no supo muy bien lo que hacía. Recordaba flashes donde Lisa y ella bebían directamente de la botella, incluso cómo le contó sobre el ya-para-nada-secreto de la empanada a un hombre que no era Nathan, también recordó al cabrón mal nacido de su esposo que no aparecía por ningún lado, hasta hubo un momento donde lloraron las tres, diciéndose que siempre serían las mejores amigas. Axel se encargó de escoltarlas todas las veces al baño, hasta que Jen sintió que ya no podía más. Y no por estar borracha, ni por traer el rímel un poco corrido, tampoco por tener el puto cabello ya esponjado, o por el hecho de que no soportaba los tacones. Simplemente ya no podía esperar a Nathan, estaba hasta la mierda de que la dejara plantada, de que el rubio pidiera y no diera nada. Por hoy lo iba a odiar, ya mañana retomaría las cosas, con la mente despejada pensaría qué hacer.



—¿Recuerdas a las cucarachas? —Era una pregunta estúpida a las tres de la mañana.

—Axel, voy a colgar.

—Es que Jen se convirtió en una, en lugar de convertirse en Cenicienta es una cucaracha. Necesito que vengas, imbécil, tengo tres chicas borrachas y no puedo con ellas.

—¿Estás pensando en acostarte con Jennifer? —Sin darse cuenta, su pregunta sonó a un gruñido.

—El maridito la dejó plantada, tomó tragos incendiándose hasta los dedos, las cosas ya no están bajo control, Chris, ¡con una mierda, te necesito aquí!

Christopher se vistió de forma apresurada y tomó un taxi para llegar al pub; mientras buscaba a su amigo entre la gente, no dejó de preguntarse ni un solo segundo qué jodidos estaba haciendo.

—Axel es un cabrón, Lisa —gritó una borracha Holly—, ¿vas a creer que se disfrazó de chef? Me dejó toda llena de merengue...

—Amiga... demasiada información, detente —canturreó riéndose.

—No, es que tú no lo entiendes, Axel es un *cosplayer*... —aseguró Holly, viendo a su chico incluso con orgullo.

—¿Qué mierda es eso? —inquirió una confundida Lisa al tiempo que Chris se aclaraba la garganta, interrumpiendo la charla de ambas chicas—. ¿Tú qué, guapo? Nadie te llamó, somos un par de chicas pasando una noche de chicas, ¡*duh!* —Lisa estaba tan borracha, que después de decir aquello, duró riéndose lo que pareció una eternidad—. Lo siento, es que siempre quise decir eso...

—Éste es Chris. Pero ya pertenece a Jen, suerte para la otra, Lisa... —contestó Holly con una sonora carcajada.

—¿Qué quieres decir con que *pertenece* a Jen?

—¿En dónde está Jen? —preguntó Chris cerca de la oreja de Axel.

—En la pista de baile, será mejor que vayas...

—No le digas nada a Lisa de lo que tengo con Jen, bueno... de nuestro trato ¿puedo confiar en ti? —pidió un poco aturdido, Axel solo asintió con una sonrisa cuando Holly se le colgó al cuello.

Entonces el *cosplayer* caminó hacia una muy concurrida pista. ¿Jen bailando? Sin duda eso sería algo que tendría que ver para creer. Y cuando por fin lo vio, no podía creerlo. ¿Quién mierda era esa y qué había hecho con su *lagarto*? La chica en la pista subía y bajaba las caderas con absoluta maestría. Las manos enterradas en su seductor cabello caoba, perdida en la música con los ojos cerrados, mordiéndose ligeramente el labio. El vestido azul tapándole nada, mientras varios hombres bailaban cerca de ella

queriendo tocarla. Y cuando ella abrió los ojos y lo miró, aquello fue como una descarga directa a su “amigo”.

—¡Tú! —gritó apuntándolo, haciendo que varios chicos se miraran entre ellos—. ¡El de blanco! Ven aquí, pequeño pony, ¡ahora!

La extraña orden lo calentó más allá de lo imaginado. Como *cosplayer*, siempre mantenía a raya su libido, pero Chris ni era soso, ni era de piedra. Jen tenía un rubor adorable, sus pequeños pechos moviéndose junto con su respiración agitada. Se encontró caminado hacia ella en menos de dos segundos.

—No me invitaste a tu fiesta —susurró dándole un abrazo—. Eres una cabrona mal amiga. Por cierto, feliz cumpleaños.

—Eres un idiota, pero gracias. Aunque no quería que vinieras —respondió correspondiendo su abrazo.

—Lo sé. ¿Debería irme? —Los ojos de ella se abrieron como platos antes de que enroscara los brazos alrededor de su cuello.

—No —sonrió mirándolo—, gracias por venir, te necesitaba.

—Claro, algo me decía que necesitarías ayuda, eres tan aburrida... entonces, ¿quieres animar esta fiesta o seguir parlotando?

Sin decir una sola palabra, Jen le sonrió maliciosamente antes de darse la media vuelta. Contoneando las caderas, lo utilizó como si fuera un puto tubo que le servía para poder deslizarse. No era que conociera a Jen, sin duda no, pero jamás se le pasó por la mente que pudiera moverse así. Le sujetó las caderas cuando comenzó a frotarse contra él, moviéndose de forma tan sensual que lo hizo perder la noción de dónde estaban. Tratando de calmarse, enterró el rostro en su cuello antes de que decidiera tomarla ahí en la pista.

—¡Oye! ¿Quién es el aburrido? —Jen tiró con fuerza de su cabello haciendo que la mirara, antes de inclinarse contra su frente—. No venimos a acariciarnos, quiero que me beses, que hagas esas malditas cosas calientes que haces, que me hables como un puto degenerado, quiero fantasear, es más, quiero coger en aquel rincón, ven. —Tiró de su mano.

Mierda.

Chris se quedó en shock, incluso mientras caminaba hacia el rincón donde Jen quería violarlo, no podía procesar lo que estaba pasando, simplemente no podía. Su lado noble no quería esto, pero su lado malvado le estaba gritando “afeminado de mierda”. Ni bien habían llegado al rincón oscuro donde una depravada Jen lo había llevado, sus pequeñas manos lo estaban tocando por todos lados.

—Te ves condenadamente sexy. ¿Sabes cómo detesto que estés tan bueno? —espetó deslizando las manos dentro de su camisa, su suave toque lo hizo estremecer.

—Sé que eres una envidiosa, pero hoy tengo que darte algo de crédito, pese a que estás envejeciendo...

—Arrogante idiota.

—Te ves linda.

—Linda —lo imitó indignada—. No guapa, no sexy ni caliente. Putos hombres, váyanse todos a la mier...

—Lagarto. —Chris tomó su mentón—. Te ves preciosa, caliente y sexy como el infierno. Todo mundo ve eso, créeme.

—Nathan me dejó plantada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es todo lo que se puede esperar de un hijo de puta.

—Por eso no hay que hablar de él hoy, ¿está bien?

Christopher iba a responder con otro comentario sarcástico, porque no había nada más en el mundo que le gustara tanto como joderla con el puto de su marido incumplidor, pero de pronto, Jen la borracha, pasó de ser la torpe y tímida de siempre a la seria y seductora que nunca había visto. Con esa mirada de lujuria se acercó a sus labios. Le dio un beso duro, destinado a dejarlo sin habla, intenso y profundo, uniendo sus lenguas en una feroz danza que lo puso duro al instante, pero tan pronto como vino, se separó dándole un dulce beso en la nariz.

—¿Qué... qué fue eso? —tartamudeó aún aturdido y caliente como el infierno.

—Eso fue un beso, *pequeño ponny*, un beso de verdad. Me has enseñado bien, ahora muévete conmigo, *piérdete en mí* —rogó al tiempo que cerraba los ojos y subía los brazos para bailar como una desquiciada.

Después de eso, la noche pasó extrañamente divertida, Jen obligó a Chris a tomar cucarachas que corrían como fuego, quemando gargantas y desinhibiendo personas. Le contó cómo a Holly se le había ido la lengua con las fantasías, e incluso, en un arrebatado de calentura, le confesó que le encantaría practicar algunas cosas con él. Incluso, Chris casi se atraganta con su trago después de escuchar aquello tan detallado contra su oreja.



Jen estaba dolida, encabronada, triste y frustrada... Por eso, que Chris estuviera aquí, pese a no haber sido invitado, le inundó el corazón llenándolo de alegría. Él lucía radiante como siempre, aunque solo él podía verse así de caliente con ropa tan sencilla como esa. Bailando contra él, no solo se deleitó con lo tonificado de su cuerpo, se restregó sin pudor contra su miembro erguido. Sí. Estaba borracha, y sí, deseaba como a nada al *cosplayer*.

Lo quería, en ese momento y en ese lugar. Jen sabía que estaba jugando con fuego, pero se aferró a que esto solo era parte de su preparación, se había prometido no confundirse, pero ahora se sentía como una cucaracha, de tantas maneras que no quería explicar. Y al parecer él pensaba lo mismo, o se habría ido y no estaría rompiendo las reglas al deslizar sus manos hasta aterrizar con firmeza en su trasero, su mirada calentándole hasta las puntas de los pies.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó con esa endemoniada voz ronca que solo utilizaba cuando estaban por tener sexo. Jen se relamió los labios, lista para contestar aquello con un duro beso, cuando una voz estruendosa los interrumpió.

—¡Eso mismo quiero saber yo! —gritó una furibunda Lisa.

—L-Lisa... yo...

—¿Qué estás haciendo, degenerado? —Empujó al *cosplayer*—. Maldito abusón, quiero que sueltes a mi amiga, idiota, ¡ella está casada! —rugió furiosa.

—Lisa...

—Vámonos, esto se terminó, Jen, y ese cabrón de Nathan *ahora sí* me va a escuchar.

—Lisa...

—Lo mismo Derek. ¿Qué piensa? ¿Buscarlo toda la noche?

—¡Lisa, por favor! —Jen sujetó a su amiga—. Éste es Christopher, no es ningún abusón, ni tampoco un degenerado. Es... el hombre de quien te estuve hablando y...

—Es su maestro de fantasías —agregó Holly, al lado de Axel.

—Yo... n-no lo entiendo —balbuceó Lisa confundida, viendo a los cuatro como si fueran unos completos extraños.

—Es una larga historia, ¿podrías cubrirme? —pidió Jen, nerviosa.

—Me ocultaron... *me ocultaron una historia* —aseguró Lisa casi sollozando—. ¿Te acostaste con él?

—Vamos, Lisa —la consoló Holly—, no te has perdido de nada... ahora ven que yo te pongo al tanto.

—¡Sí que lo hicieron! —lloró desconsolada.

Chris aprovechó para tomar su mano de nuevo, y su toque subió como una corriente eléctrica zumbando por su cuerpo hasta su espina dorsal. Sin pensarlo, sonrió, dispuesta a desaparecer con él.

—Esperen, ¿de verdad esto está pasando? —Lisa se limpió las lágrimas, Jen se mordió el labio de forma nerviosa, sin saber qué responder pero entonces, su amiga sujetó el brazo del castaño—. Pobre de ti si lastimas a mi amiga... —amenazó casi de forma mortal—, si lo haces, te buscaré y te castraré... *te lo juro*.

Jen se estremeció, Lisa era la única que sabía la historia de su secuestro. Incluso los detalles, el trauma que le generó aquello, las inseguridades que se habían levantado a su alrededor, hasta la forma en que la habían tocado esos hombres... Los cuales Thomas quería que ella enfrentara. De pronto se encontró temblando y con los ojos anegados en lágrimas. Chris lo notó, por lo que la estrechó fuerte, la joven agradeció aquello, aferrándose a él como si fuera un salvavidas y se estuviera ahogando.

—Te juro que la cuidaré —aseguró tan solemne que su amiga solo fue capaz de asentir.



Jen seguía triste y sollozando de camino al departamento. Y aunque la llevaba en su regazo, frotando su pequeña espalda, Chris se sentía terriblemente mal, sin encontrar cómo consolarla.

—Buscaré la forma para que Lisa no diga nada, *lagarto*. Te prometo que tu esposo no sabrá nada de esto...

—No es eso —susurró—, es que Lisa... ella es tan linda. Solo quiere lo mejor para mí, sabe de mi incidente y por eso ella...

—*Shh*. —Chris puso un dedo sobre sus labios, sabía lo difícil que era para ella hablar de esto y no la iba a presionar—. Todo está bien, no tienes que explicarme nada. Y aunque sé que eres una chica fuerte y valiente, te prometo que cuidaré de ti.

Ella elevó el rostro, sus ojos con una mirada indescifrable, Chris no sabía a ciencia cierta qué quería de él, pero cuando se lanzó a sus labios con hambrienta necesidad, la dejó, de hecho, aquello lo contagió, anhelaba de pronto darle lo que sea que necesitara. Entraron a trompicones al departamento sin dejar de besarse. Al parecer Jennifer tenía una meta clara: *desnudarlo*. Porque sus manos torpes, su timidez... todo aquello se había ido por la ventana, y mientras le metía mano hasta tocarle el erguido miembro, el chico no pudo evitar sisear de placer. Y a pesar de que Chris se había prometido no tocar a Jen de ninguna otra forma que no fuera para trabajar, porque solo era otra clienta más, nada de emociones, nada de intimidades... aquí estaba, necesitando, sintiendo, deseando más. *Únicamente de ella*. Y con su cuerpo emanando alcohol por todos los poros, sus contras desaparecieron con facilidad.

—Vamos a tu habitación —ordenó Jen contra su oreja, sus manos masturbándolo con una destreza que lo estaba desconcertando.

—¿Que vayamos? ¿Oficialmente me vas a violar? —bromeó.

—Puede que sí.

El *cosplayer* estaba lo suficientemente borracho como para dejar pasar lo que tenía que pasar, pero no tan ebrio para no ser consciente de lo que estaba haciendo. Por eso, cuando entraron a la habitación, sabía perfectamente lo que estaba pasando cuando le agarró el borde del vestido... y le dio miedo.

—Suba los brazos, señorita *que-acabo-de-conocer-en-la-discoteca* —murmuró tratando de crear una fantasía, no podía tener sexo con Jen solo porque sí...

Y cuando la joven subió los brazos con una sonrisa perezosa, Chris agradeció en silencio no tener que dar explicaciones por primera vez sobre lo que quería hacerle.

—Me gustas... —Alzando una mano, recorrió con el dedo índice su mandíbula—. Eres tan varonil.

Después de decirle aquello la chica se mordisqueó el labio, sus grandes ojos verdes vagando por su cuerpo como si estuviera frente a un banquete y no supiera por dónde comenzar. Chris pensaba lo mismo de ella, se había puesto su mejor lencería, de encaje, con un liguero de infarto, y ahí de pie con sus altos tacones, estaba preciosa, era como un regalo, uno para un cabrón que no la merecía. De pronto sintió furia con el mero recuerdo.

—Tócame. —La voz ronca y cargada de deseo de Jen lo trajo de vuelta. La chica ahora se tocaba a sí misma, de forma sensual y atrevida, y cuando rodó el pulgar sobre la tela que cubría su pequeño pezón, por poco lo hace correrse ahí mismo. ¿Por qué mierda no había podido hacer eso antes?—. Te deseo, Chris.

La joven se desabrochó el sostén, dejando vagar lentamente una mano dentro de su tanga. Se-estaba-masturbando-para-él. Estaba jodido, oficialmente jodido. Jen era un puto sueño erótico hecho realidad, ella abrió los ojos buscándolo, pero cuando lo vio medio paralizado, nerviosamente comenzó a sacar la mano de sus bragas.

—No, no pares, ¡mierda, Jennifer! —respiró hondo cuando ella le regaló una sonrisa—. Haces que me vuelva un jodido novato, que quiera correrme tan rápido... no eres buena para mí... —balbuceó, por primera vez inseguro de cómo actuar.

—Tú tampoco para mí. —Sujetó su mano, incitándolo a tocarla.

Chris lo hizo mientras ella se apresuraba a desabrocharle los vaqueros que se deslizaron por sus anchos y duros músculos, quedando como un montón de tela en el suelo, inmediatamente hizo lo mismo con el bóxer, dejándolo desnudo. Aquella destreza le gustó y encabronó, porque claramente era torpe con muchas cosas, pero ésta sin duda no era una de ellas. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Jen lo empujó a la cama, haciéndolo por poco caer, y luego estaba gateando seductoramente hacia él. Jodidamente increíble. Christopher la sujetó posicionándose sobre ella, adorando tenerla bajo su cuerpo, comenzó a mordisquearle el cuello, y cuando la joven soltó una carcajada alegre, reverberó por todo su cuerpo provocándole extrañas cosas.

—¿Sabes? A veces me muero por besarte, otras te odio tanto... —jadeó la joven contra sus labios.

Chris respiró hondo, no quería esto. No una noche de confesiones de la que ella se arrepentiría a la mañana siguiente.

—No te frotes contra mí —advirtió con voz ronca. Ella sonrió lascivamente, antes de mirarlo con esos ojos desenfocados por el licor, y luego estaba frotándose contra su erguido miembro—. No se te ocurra volver a hacerlo, te castigaré. —Jen soltó una carcajada.

—Eso es lo que quiero, no te había dicho pero me muero por conocer al *Dom* en ti. —*Mierda*, iba a perder todo control.

—Jen —gruñó hundiendo la nariz en su cuello—. Hueles tan bien.

—Y tú hueles a todo: a sexo, a cigarro, a ese aroma tuyo... ¡Dios, estoy tan borracha! Quizás deba comer algo picoso... dicen que con lo picante se te baja lo borracho... —Christopher sonrió.

—¿Quieres comer chile?

—Sí. —Eso lo hizo carcajearse.

—Te puedo dar de *mi* chile.

—Me parece bien.

—No puedo contigo así. —Empezó a reírse de forma descontrolada—. Eres tan inocente, no puedo darte *mi chile*, Jen.

—¿Estás con tus palabras en doble sentido?, ya sabes que no entiendo nada —protestó arañándole la espalda de forma lenta y deliciosa. Chris reclinó su frente contra la de ella, apoyándose en un brazo para quitarle la diminuta tanga y dejarla completamente

desnuda—. Pero tampoco es tiempo para explicaciones...

Jen tiró del cabello de su nuca y le dio el beso más profundo y caliente que nadie le había dado nunca, quitándole la respiración.

—No aguantaré mucho, *desconocida* —jadeó al tiempo que dejaba vagar sus dedos hacia esa estrechez que lo volvía loco.

—No soy una desconocida —gimió arqueándose—, soy Jennifer.

—Jen... —susurró en un sonido ronco y carnal—, voy a hacértelo en mi cama. No puedo, yo... prometí que nunca lo haría...

—¿Qué prometiste?

—Que nunca perdería el control contigo... ni con nadie.

—Siempre hay una primera vez. —Frotó las caderas contra su erguido miembro—. Incluso para ti.

—No es eso, jamás lo entenderías, Jen. Como *cosplayer*...

—*Shh*. —Jen puso un dedo en sus labios—. Estamos ebrios, quiero acostarme contigo porque quiero, porque se me antoja. No es nada más que eso. —Él suspiró, mirándola fijamente.

—No me he puesto el condón.

—Sabes que me cuido con la pastilla.

—Bueno, tú también sabes que estoy sano, en la agencia...

—No me des más explicaciones, solo seamos Jennifer y Christopher. Nada de fantasías, nada de juegos.

Capítulo Doce

¿A qué hora me volví una depravada sexual?

Ese pensamiento era lo único que Jen podía procesar. Aunque en realidad había pocas cosas que se podían pensar cuando tenías a un hombre como Chris encima, eso y el licor circulando por las venas, claro. Por lo que no, no quería pensar en que estaba casada, en que estaba llevando esto fuera de sus límites...

—Sin fantasías —asintió él antes de volver a unir sus bocas.

Jennifer sabía lo que su petición implicaba, y puede que debiera estar horrorizada, pero cuando sintió la lengua de Chris empujar contra sus labios, volvió a olvidarse de todo. Estaba tan perdida en el sabor de Chris, que su cerebro no daba para más que no fuera sentirlo. Ella no quería pensar en nada que no fuera dos personas cediendo a lo que sentían, entregándose sin tantas cosas de por medio, sin complicaciones, de forma instintiva y nada más. Por eso, no podía explicarse por qué él estaba comportándose de esta manera tan suave, sus manos recorriéndola con premura desconcertante.

—Eres tan dulce... —Su voz cargada de lujuria se deslizó como una caricia contra su piel.

—Chris... —jadeó, revolviéndose presa de la abrumadora excitación, abriendo más las piernas para acunar su cuerpo.

—Tranquila, bebé, esta vez iré despacio —dijo mientras le deslizaba una y otra vez la nariz por el cuello, aspirando su aroma.

—Quiero sentirte —pidió tirando de su cabello.

—Aquí estoy.

—Por favor... —suplicó ondulándose contra él, finalmente y como lo prometió, muy lánguidamente Chris empujó contra ella.

Jen sabía bien lo que se sentía tenerlo entre sus piernas, sus alcances, todo en lo que él se convertía cuando estaban envueltos en alguna fantasía. Pensó que lo conocía, pero cuando se quedó quieto depositando suaves besos en su cuello al tiempo que le acariciaba con premura los pechos, se sorprendió de lo dulce que podía llegar a ser. Con paciencia esperó a que su cuerpo se acoplara a él por completo, en ningún momento perdió el control, como Nathan ya hubiera hecho. Segundos después, la estaba besando de forma suave pero concienzuda, no le hablaba como perverso, no la incitó de esa manera al orgasmo. Jen respiró hondo su aroma tan peculiar, disfrutando del lento vaivén que había impuesto, escuchando únicamente el sonido de sus cuerpos chocando, de los gemidos que escapaban de sus labios o los gruñidos de Chris, lo que naturalmente la hizo preguntarse si aquella lentitud le estaría costando trabajo, no que le fuera a interrumpir.

Estaba sintiendo maravillosamente cada ángulo de ese enorme cuerpo al tiempo que le acariciaba los tonificados brazos, o que se permitía deslizar los dedos por su ancha espalda, sintiendo el ondular de los músculos. Nunca había hecho... el amor, porque

estaban haciendo el amor, dado el semejante cuidado y premura, ni siquiera en su primera vez las cosas habían alcanzado esto. Jadeando, le rodeó el cuello con sus pequeños brazos tratando de aprisionarlo, y se dejó besar y besó por igual. No pensó en nada, dejándose consumir solo por lo que su cuerpo le pedía.

Con un gemido, cerró los ojos cuando sus pezones se endurecieron al contacto de su cálida y suave lengua, Chris succionaba para después dar unos condenados golpecitos a sus pezones con la lengua, que la estaban volviendo loca, y, como si intuyera sus deseos, comenzó a moverse con mayor decisión, la sensación era tan placentera y perfecta que no iba a durar mucho aunque de verdad quisiera. Jen nunca pensó que algún día tendría que tratar de concentrarse en *no* correrse, siempre había sido al revés. Jadeando se aferró a sus musculosos hombros, y cuando le rodeó la cintura con las piernas, consiguió que la penetración fuera tan profunda que con un audible gemido se dejó llevar, su sexo estrujando esa dura erección que la lanzó fuera de combate.

—Mierda... —siseó Chris entre dientes, deslizando una mano bajo sus nalgas para elevarla, sus duros embates fueron más de lo que pudo soportar y otro clímax la golpeó para su asombro.

Esta segunda vez fue increíblemente más intensa, el exquisito placer sin límites ni barreras desgarrándole las entrañas, y fue ahí, entre la nebulosa del placer, que por primera vez el nombre del *cosplayer* salió de sus labios, aunque fuera de forma distorsionada. Chris la siguió casi al segundo, hundiéndose hasta la empuñadura para luego desmoronarse agotado.

—Será mejor que me mueva —dijo al instante, su respiración todavía entrecortada, Jen sentía incluso los duros latidos de su corazón contra su pecho.

—Quédate así —pidió estrechándolo, negándose a pensar en lo que estaba haciendo, dejándose arrastrar por el devastador cansancio.



Chris estaba jodido, como, *muy jodido*.

Las cosas se habían salido de control con Jennifer y ahora... *mierda*, se sentía sumamente confundido, ahí mirando el techo. Ella estaba atravesada en su pecho, su esbelto cuerpo desnudo, enrollado entre las suaves sábanas. Su aroma, a frutas y sexo, lo estaba volviendo loco. ¿Qué debía hacer? ¿Quitarla de encima de él? ¿Decirle que la noche anterior había sido, bueno... extraordinaria? O por el contrario, ¿exigirle que se fuera del departamento? ¿Debía decirle que las cosas no podían llegar a este punto? ¿O quizás seguir sus impulsos y estrecharla fuerte, despertarla con suaves besos...? ¡Putamierda! Se estaba ahogando cuando suaves golpes llamaron a la puerta. Ese solo podía ser Axel. Sin mirar a la joven, la movió con delicadeza de su regazo para ponerse unos pantalones de deporte y salir sin hacer ruido.

—Chris, no quería interrumpir... —comentó Axel con una sonrisa, tenía el cabello mojado como si acabara de salir de la ducha.

—No interrumpes nada —aclaró de pronto enojado, pasándose una mano por el

cabello.

—Es Mateo, le urge hablar contigo... —Al castaño se le fue el estómago al piso mientras sujetaba torpemente el celular.

—¿Qué ocurrió, abuelo? ¿Están bien?

—*De hecho no, Chris, necesito que vengas... cuanto antes.*

—¿Por qué? ¿Es Elena? ¿Está bien? Ella...

—*Cálmate, hijo, ahora está estable y en casa, pero tuvimos que internarla de emergencia... ¿crees que podrías venir?*

—Hoy mismo estoy ahí, mantenme al tanto por favor.

—*Chris, no es necesario que vengas hoy mismo...*

No siguió escuchando al cortar la llamada. De forma torpe, le explicó a Axel lo ocurrido con su abuela para luego salir disparado a la habitación. Se cambió a una velocidad desconocida incluso para él, y de la misma manera preparó una maleta, y en todo ese tiempo Jen no despertó. Chris no sabía si agradecer eso o no, pero no lo meditó más cuando salió como un huracán hacia la puerta.

—¿Qué le diré a la mascota? —preguntó Axel alcanzándolo justo cuando iba a salir. Chris detuvo su mano en la perilla y se quedó mirando la enorme puerta sin enfrentar a su amigo.

—Solo dile que... —suspiró, *¿qué decirle?*—. Dile que tuve una emergencia, que no sé cuándo regrese. Que le pagaré los días que teníamos pendientes y que... le deseo suerte con su esposo. —Lo último lo dijo como un extraño gruñido.

—Le deseas suerte con su esposo. —Axel fingió sostener un bloc de notas y una pluma en sus manos mientras anotaba también de forma imaginaria, de pronto sus ojos lo taladraron—. Eso es un tanto jodido, ¿estás de acuerdo?

—No veo por qué, tan solo estoy cumpliendo con mi trabajo.

—El hecho de que ella viva aquí, demuestra que hace mucho dejó de ser solo eso. —Chris apretó la mandíbula.

—Tengo que irme.

—Bien —refunfuñó—, llámame cuando estés en casa.



Jennifer sintió cada extremidad hecha polvo al abrir los ojos.

Y acto seguido, le extrañó la pasividad del lugar. Entrecerró los ojos al mirar por la ventana, la luz del sol casi le desgarró la retina. ¿Qué hora era? Dentro de su cabeza su cerebro palpitaba con dolor. *Putos caballitos de tequila*. ¿Cuándo iba a entender que el tequila no era su amigo? Era un traidor vestido de sabor delicioso, bueno aunque había bebido tequila, whisky, coñac, vodka... el mero recuerdo le revolvió el estómago cuando se sentó de golpe.

¿Y dónde estaba Chris? La joven olisqueó el aire, su perfume concentrado en toda la habitación, y cuando los recuerdos de la noche anterior acudieron a ella, se ruborizó furiosamente. *Diablos*. Le había pedido que se quedara sobre ella. *Quedarse-sobre-ella*. Como si el peso de un hombre no fuera bastante sofocante. Y por si eso no fuera el colmo, su mente trajo a colación esas horas donde Chris le estuvo acariciando el cabello cuando una pesadilla recurrió a ella en mitad de la noche. Jen se había despertado agitada entre fuertes brazos, sintiéndose aliviada al saber que él estaba ahí para protegerla. Incluso, se acurrucó contra él antes de volver a quedarse dormida. ¿Qué-jodidos-estaba-pensando?

Christopher *no* era Nathan, *no* debieron haber hecho nada de eso. Dios, no volvería a tomar alcohol. Y cuando lágrimas acudieron a sus ojos, Jennifer contuvo el deseo de sollozar. Tenía que ser madura con esto, le aclararía las cosas a Chris para que ese error no interfiriera con las fantasías. Y... hablando de él, ya había pasado mucho tiempo sin que hiciera acto de presencia. Suspiró. Quizás ella estaba revolviendo todo, estaba claro que para él la noche anterior era solo una de tantas que le pasaba con sus clientas. Se repitió aquello como un mantra mientras se duchaba, y de nuevo al tiempo que se vestía. Su celular sonó, haciendo que algo tan suave como su timbre *By the way* de los Red Hot, la sacudiera del susto. Bueno, en realidad era un tono ruidoso, o quizás porque ese era el sonido que tenía para su *desaparecido* marido.

—*Jenny* —murmuró con su voz toda ronca y seductora.

—Nathan —refunfuñó.

—¿*Discúlpame, sí?*

—No.

—*Nena, hay algo que tengo que decirte.*

—¿Qué cosa? —preguntó aún furibunda—. Espero que tengas una buena excusa para haberme dejado plantada frente a nuestros amigos en mi cumpleaños.

—*Pues no es una excusa en realidad...* —Guardó silencio por unos segundos—. *Solo... no has firmado el divorcio, Jennifer. Y necesito que lo hagas, no podemos seguir así.*

—¿Qué... qué quieres decir? —inquirió desconcertada, un doloroso nudo se formó en su garganta sin dejarla respirar.

—¿*Cómo que qué?* —Lo escuchó resoplar—. *Durante estos días, según tú quieres recuperarme, pero no haces otra cosa que rechazarme una y otra vez. Estuve pensando mucho en ti, en nosotros, y ahora veo lo que está claro, más claro que el agua...*

Las rodillas debieron empezar a temblarle en algún momento, porque de pronto se encontró sentada en el suave piso de madera. El golpeteo de su corazón era tan fuerte, que imaginó que podía escucharse fuera de la habitación. Asma, mierda. Le estaba dando asma mientras intentaba luchar con el deseo de desmayarse.

—¿De qué hablas? —Su voz fue un sonido ahogado.

—*De que ya no me quieres... solo firma, por favor, Jenny.*

—¿Estás de broma? —bramó incrédula—. Te amo. Te amo como lo único que tengo

en la vida, por favor —gimoteó llena de dolor—, no me hagas esto, no sigas...

—*No fui porque no estoy seguro de poder soportar otro rechazo tuyo. No sé por qué te empeñas en que sigamos con esto, si a la hora de demostrarme tu profundo amor sales corriendo, me evitas, siempre es y será lo mismo. Firma ya el divorcio, preciosa, entre nosotros no hay nada, ¿no lo ves? Solo estás encaprichada.*

—No... —Sacudió la cabeza a sabiendas de que él no podía verla—. Te necesito conmigo, te pedí que me dieras unos días...

—*Nena...*

—Espera —balbuceó—, te daré el divorcio si no lo consigo...

—*Estoy harto de tus misterios, Jennifer, te exijo que me digas hoy mismo qué es eso, o si no...*

—Por favor... solo unos días —suplicó antes de colgar sin esperar respuesta de su marido.

Y luego, se quedó ahí, sofocada en un absoluto silencio. Si tuviera el video de su boda lo estaría reproduciendo una y otra vez. Eso fue lo que hizo los primeros días sola. Holly le dijo que era una masoquista consumada, pero ella solo quería pensar en que todo estaba bien. No podía hacer otra cosa porque si lo hacía... tendría que aceptar que *todo* había acabado. La mitad de su vida compartida con él, las risas en sus largos paseos en yate, sus dedos recorriéndole la espalda, su voz anunciándole los buenos días...

El asma le subió por la garganta como la espuma, cerrándole el paso de aire, provocando que comenzara a jadear, chillidos involuntarios escapando de sus labios. Ansiosa, rebuscó en su bolso la medicina. Jen dejaba el inhalador para el último segundo porque el *salbutamol* le disparaba una desconcertante ansiedad y taquicardia. Allí tumbada sobre el suelo, atomizándose, no tuvo noción del tiempo después de que colgara con su marido. Lloró tanto que, cuando pudo levantarse, se sorprendió al ver el sol lanzando preciosos y fuertes destellos. No podía pensar con claridad, su mundo era un lío y los problemas parecían no tener final. Por un lado estaba su papá, acosándola con que fueran a denunciar a sus captores, y por el otro el *cosplayer* desaparecido. Jen tenía que poner todo lo que le quedaba de fuerzas para luchar por Nathan, o simplemente dedicarse a *morir*, estaba segura que quizás se volvería loca. ¿Que cómo lo sabía? Porque no había dejado de temblar y de pensar incoherencias por horas, sin Nathan a su lado preferiría...

—¿Estás viva? —Axel dio suaves golpecitos detrás de la puerta. Como pudo, se incorporó torpemente para salir a su encuentro—. Pensé que tendría que llamar a los forenses... aunque por tu rostro —resopló—, quizás sea el inicio del apocalipsis zombi.

Jen sonrió débilmente.

—Estoy bien, solo... —Sus ojos picaron, por lo que optó por caminar hacia la cocina, aunque Axel iba pisándole los talones. Dios, en serio no estaba para explicaciones sin llorar como una magdalena—. ¿Por qué no ha venido Chris?

—Porque tuvo que salir de la ciudad. —A Jen por poco se le resbaló la leche que sostenía, de forma torpe alcanzó a controlar el envase. Esto tenía que ser una puta broma.

—¿A dónde? ¿Por qué? —Ahora sí estaba sonando desesperada, pero no le importó.

—Se fue a su pueblo porque tenía una contingencia.

—¿Contingencia? ¿Ambiental?

—Ah... y dijo que te deseara suerte con tu esposo —comentó. Jen se estremeció. Chris la había... *dejado*.

—¿Y qué pasó con el resto de los días que me debe? —preguntó tomando valor, tenía que enfurecerse con algo, no iba a llorar...

—Dijo que se los debías por todas las cosas que le habías hecho pasar —agregó, soltando carcajadas.

—¿Qué se cree? ¿Me ha estafado? —Abrió los ojos de par en par—. ¡Me ha estafado! —chilló.

—Oye, mascota, es solo una broma...

—¿A dónde se largó?

—A su pueblo místico en Denver —indicó.

—¿C-Colorado? —Axel asintió.

Jen estaba al borde de una crisis, con la maldita medicina corriendo por sus venas, la adrenalina se manifestaba en forma de ansiedad... tenía que hacer algo, aunque volver a ese lugar... se estremeció. Dios, pero si no se le ocurría algo pronto iba a perderlo todo, igual no era en Aspen, no tendría que buscarlo en Aspen...

—Iré a buscarlo —espetó al fin.

—¿Que tú qué? —inquirió aturdido.

—¿Hace cuánto se fue? —Tomó su bolso.

—Jen, no puedes solo ir a buscarlo. ¡Se fue desde la mañana!

—Claro que puedo ir a buscarlo y hacerlo que termine con esto. ¡Llámalo! —gritó cual loca.

—Está bien, cálmate... Cuando te pones como la chica de *El Aro* realmente me da miedo... —murmuró marcando el celular.

Chris sonaba furioso del otro lado de la línea. La razón de su ira se debía a que no había conseguido vuelo para ir directo a Denver, así que tuvo que hacer escala. Jen solamente alcanzó a escuchar en cuánto tiempo partía, así que salió como alma que lleva el diablo rumbo a la corporación Stanford. El asistente de su papá, Bruno, manejaba todos los asuntos de importancia. Siempre lograba encontrar a cada rival en ventas, localizaba vuelos, nombres, datos confidenciales... era un *agente 007* disfrazado de un guapo y encantador joven, además, también vestía traje oscuro. Bruno conocía a Jen de siempre, y para variar... Jen intuía que ella le gustaba, no que se creyera muy guapa ni nada, pero tampoco estaba tirada a la basura, así que con sus encantos, haría lo que fuera por sacarle información, incluso intentaría seducirlo. Seguramente él podría ayudarla. *Tenía* que ayudarla.

—Jen, sabes bien que los datos de los pasajeros son confidenciales —objetó por tercera vez.

—Por favor, Bruno, si no me ayudas... —Caminó hacia él intentando ser de alguna forma seductora—. Manejaré en *Redish* hasta ese lugar. —Deslizó un dedo hacia el escote en su blusa.

Los vaqueros, que más bien parecían una puta licra, se le adherían a la piel al grado que no podía ni respirar bien. Las botas altas de cuero eran la cereza en el pastel. Quiso sonreír cuando Bruno desvió la mirada hacia su escote, tragando gruesamente saliva.

—Ni se te ocurra hacer eso, le diré a tu padre —la amenazó.

—Por favor —suplicó, mirándolo con sus mejores ojos de cordero—. Ayúdame, no tengo a nadie más... y tú siempre eres tan bueno *con todo*...

Bruno se ruborizó mientras Jen se mordía ligeramente el labio. Se estaba volviendo una zorra de lo peor, si Nathan supiera que andaba por ahí acostándose con un fugitivo o coqueteándole al pobre de Bruno, *mierda*. Al pensar en Nathan, el corazón le dolió.

—¿A quién quieres investigar? —preguntó al fin, aunque con un bufido. Jen sacudió la cabeza, no iba a pensar en su esposo.

—Su nombre es... Christopher Herrera.

—¿Quién es ese? —La miró de forma acusadora, provocando que el inevitable rubor corriera a sus mejillas.

—Ese, bueno... él es el novio de Holly, su nueva conquista, claro.

—¿Y para qué quiere Holly seguirlo?

Mierda. Pensándolo bien, decir el nombre de Holly fue estúpido. ¿Cómo diablos se le ocurrió pedirle eso al pobre de Bruno?

—Sabes que está loca —indicó. Por desgracia, Bruno era uno más en la lista de su amiga, aunque gracias a los cielos ellos habían quedado como buenos amigos—. Si no se puede no hay problema, le diré que no y ya, tienes razón... no sé en qué estaba pensando cuando vine aquí.

No esperó a que Bruno dijera nada, solo esbozó una triste sonrisa mientras salía de ahí. ¿En qué rayos se estaba convirtiendo? En una loca desquiciada sin duda. ¿Por qué no solo se rendía y ya? Era estúpida, estúpida hasta los huesos, no solo estaba enamorada de un tipo que le había pedido el divorcio, ahora tenía que reconocer, aunque recalcando que a duras penas, le aterrorizaba que Chris la hubiera dejado también. ¿Ni siquiera iban a ser amigos?

—¿Jen? —Bruno la alcanzó en el estacionamiento.

—Lo siento, no era mi intención... —se interrumpió cuando el encantador joven le extendió un papel—. ¿Qué es esto?

—Dáselo a Holly, dile que solo le entregue esto al piloto y todo estará solucionado. Será mejor que te apresures a dárselo, llámé y si se va ahora, tiene el tiempo contado para llegar antes de que partan.

Una enorme sonrisa se le dibujó en los labios, era increíble que Bruno hubiera movido esto solo por un tonto capricho. Después de un último abrazo salió corriendo hacia *Redish*, manejar a velocidad absurda no era nada que no supiera hacer, de hecho era toda una camionera. Después de unos cuantos «*quítate, asno*» y «*muévete, idiota*» llegó al aeropuerto, se subió al avión privado de su padre, y se dispuso a alcanzarlo en el aeropuerto donde había hecho escala, para cumplir con lo que se propuso desde que supo que Chris quería largarse.



El joven miró por la pequeña ventana del avión, y las luces de la ciudad le dieron un poco de nostalgia al recordar cuando viajó hacia ya varios años a Miami, había estado casi babeando por la ventanilla. Esa ciudad se lo había tragado vivo. Chris se revolvió con incomodidad en el asiento al tiempo que se colocaba los audífonos. La música de *Calvin Harris, Sweet Nothing*, fue la primera canción que se escuchó.

Bebé. Le había dicho *bebé*. Definitivamente era un imbécil consumado, ¿cómo jodidos pudo decirle eso? Nunca le había dicho así a nadie. *A-na-die*. Seguramente los habían drogado en el pub, no había otra explicación, y no iba a permitir que ese sentimiento creciera y diera frutos como si fuera un puto árbol. No se iba a enamorar de Jen. Definitivamente no, y aunque no iba a Denver precisamente por placer, por fin vería a sus abuelos. Lo que le recordó con tristeza que su abuela había tenido que enfermarse para hacerle volver. Tenía cinco años sin verlos, cinco años sin saber de Evelyn... quien si por alguna razón aún podría estarlo esperando, sin duda sería una señal de que debían estar juntos.

El sonido de platos quebrarse lo sobresaltó, incluso aunque llevaba los auriculares puestos. Se los quitó, mirando hacia atrás, donde una azafata rubia de cuerpo menudo se disculpaba recogiendo los platos en una pequeña cabina. Suspiró, no se iba acordar de ella, *nop*. Cualquiera podía ser torpe, ¡solo faltaba que tan pronto la estuviera recordando! Minutos después la rubia se acercó a él.

—¿Gusta un café?

—¿Mmm? —preguntó mirando directamente hacia sus pequeños pero bonitos pechos.

—¿Gusta que le sirva café? —repitió en tono suave y bajo.

—No, pero ¿tiene cerveza? —El uniforme se adhería a sus pronunciadas curvas, y el flequillo que usaba al parecer no le dejaba ver nada. Quizás por eso había tirado los platos.

—Por supuesto. ¿*Corona* está bien?

—Sí. —La chica sacó una lata de cerveza, pero en lugar de pasársela, la abrió. La lata venía agitada por lo que explotó en el rostro de Chris—. ¡Maldición!

—¡Ay, cuanto lo siento! —chilló tratando de limpiarle la camisa, Chris tomó una bocanada de aire, estaba salado o maldito, algo no estaba bien en el mundo.

—Déjelo así, iré al baño. —Se puso de pie, esquivándola con dificultad cuando se

dirigió al baño para limpiarse. Tenía tanta cerveza en los ojos que le ardían.

Se estaba enjuagando la cara cuando abrieron la puerta, haciendo que cayera hacia adelante, dándose de bruces con la llave del lavabo.

—¡Está ocupado! —rugió furioso, maldita sea, se le había olvidado poner el seguro.

—Quería ver si estaba bien... —cuchicheó una voz de mujer.

—¿Usted? —preguntó Chris incrédulo al ver a la chica de nuevo—. Haga el favor de salir de aquí, ya tengo todo bajo control.

—Solo quiero ayudar. —La chica cerró la puerta metiéndose en el reducido espacio con él. Chris abrió los ojos como platos. El lugar era pequeño, estaban encerrados, atrapados... *estaba atrapado*...

—¿Qué está haciendo? Salga de aquí inmediatamente... —jadeó, la claustrofobia recorriéndolo en un sudor frío.

También estaba furioso, ¿quién mierda se creía esta azafata? Chris recordó que por lo general tenía que lidiar con este tipo de cosas. Mujeres pasándole su número, buscando encuentros “casuales”. Su atractivo era un don y una maldición casi en la misma medida. La miró otra vez, el flequillo desconcertante no le dejaba verle bien el rostro, pero ella... estaba ¿sonriendo? Mierda.

—¿Qué espera para salir de aquí? —Arrastró las palabras, todo se estaba distorsionando.

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

—¿A qué se refiere? ¿Acaso es la primera vez que le vacía una lata de cerveza en la cara a alguien? ¿O se refiere al hecho de ser una acosadora?

—Ambas.

—Déjese de cuchicheos y salga de aquí. No crea que su intento de voz va a seducirme, de hecho, parece una perversa. Si no se va ahora mismo, voy a vomitarle en cuestión de segundos... —La chica se soltó riendo antes de taparse la boca con ambas manos—. ¿Qué le causa gracia? ¿Sabe qué? Voy a quejarme de usted, con el gerente. —Quiso rodearla, pero por el pequeño espacio era imposible.

—No va a salir hasta que... *tengamos sexo* —confesó, para luego enroscarse a su cuello. A pesar de su atrevimiento, Chris percibió el rubor en sus mejillas.

—Será... —jadeó— mejor que me suelte... tengo un problema con los lugares cerrados... soy... soy un *maníaco*.

—Mmm —ronroneó deslizando la mano hacia su miembro para nada despierto—. Me gustan los maníacos, ahora cálmese, respire hondo...

—Suélteme, se lo advierto... puedo matarla. —Siguieron forcejeando—. ¿Qué parte de soy un puto loco no ha entendido? —rugió furioso después de segundos de forcejeo.

Dios. Se iba a morir, por más que reñía con ella, simplemente no podía quitársela de encima, la mujer era como un condenado pulpo. Perdiendo las fuerzas, se recargó con torpeza contra el lavamanos, cerró los ojos y esperó a desmayarse.

—Inhale... exhale, no se va a morir atrapado, estará bien —susurró la chica con dulzura, hacía movimientos de yoga o algo con las dos manos—. Siempre puede abrir la compuerta de emergencias y salir disparado, quizás morirá aplastado pero no atrapado...

—Qué chistosa, ¿no ha pensado en montar su propio show? —espetó sarcástico, tomando una bocanada de aire, el olor a fruta flotando en el aire se coló por su nariz... ¡un momento! Esa clase de respuestas, esas manos, el olor...—. ¿Jen? —preguntó desconcertado.

—Seré quien quieras —susurró.

—No, me refiero a... no... —Movi6 la cabeza hacia los lados, lo que faltaba, se estaba volviendo loco; pero tenía que verle los ojos, por lo que le levantó el flequillo—. ¡Mierda, Jennifer, lo sabía! ¿Qué jodidos estás haciendo aquí?

—¿Te sorprendí? —preguntó la chica en voz baja, restregándose un poquito más contra él.

Ahora que la veía bien, la pequeña falda apenas y le cubría las nalgas. Verla vestida de azafata, con una exuberante cabellera rubia, sus pechos sobresaliendo por el pronunciado escote, sorprendiéndolo de esta manera... no... algo no estaba bien. Chris se preguntó si su carrera como *cosplayer* había llegado a su fin. ¿Por qué? Porque su puto y traidor miembro se despertó únicamente al descubrir quién era ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo lograste encontrarme? —argumentó tembloroso.

—Definitivamente hablaremos de eso... —Lo miró con un atisbo de enojo—. Pero ahora... ¿de qué forma puedo compensar el hecho de que lo ensucié, *pasajero*?

—Jen... es en serio... no puedo con la claustrofobia. Lo sabes... —medio gimió cerrando los ojos.

—Cálmate, Chris. ¿Sí? —pidió dulcemente, abrazándolo y enterrando el rostro en su pecho—. Respira conmigo, nada puede pasarnos... hemos salido de cosas peores, ¿o no? Incluso puedo volver a darte respiración boca a boca.

El castaño respiró hondo, estaba a nada del desmayo por lo que enterró el rostro en el cabello de Jen, cerrando fuertemente los ojos, se dijo que podía hacer esto. Ésta también era una fantasía suya. Una de las pocas que no había podido cumplir, porque siempre corría el riesgo de hacer el ridículo al desmayarse. Jen tenía razón, no iba a pasarles nada... o eso quería creer.



Jen estaba haciendo su mejor esfuerzo, de verdad lo estaba haciendo.

El hecho de que Nathan quisiera adelantar el divorcio le ponía la piel de gallina con solo pensarlo. Tenía por tiempo un reloj de arena y ya estaba por consumirse. No le importaba verse extraña, lo que no sabía explicarse era por qué estaba tan preocupada por Chris, realmente quería sacarlo de ahí. Nunca le haría pasar por algo como esto, simplemente había olvidado el detalle de la claustrofobia.

—Mejor salgamos de aquí, Chris. Podemos intentar esto en una habitación... —De pronto, el *pasajerucho* deslizó sus grandes manos hasta sus nalgas, apretándoselas con fuerza.

—Esta fantasía me excita mucho —susurró mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Jen se estremeció, quería golpearlo por atrevido—. Si algo no funcionara bien... ¿siempre podríamos ponernos un paracaídas, no?

—Por supuesto, confía en mí —jadeó.

—Ya lo hago.

—Bien yo... ahora... lamento lo de la cerveza, dígame, ¿cómo puedo compensarlo, *pasajerucho* depravado? —preguntó acalorada.

—Puede que haya una manera, pequeña azafata —dijo contra sus labios al tiempo que desajustaba el botón en sus vaqueros.

Era curioso como su voz ronca, su cuerpo duro y tonificado, su aliento, sus ojos y la confianza que le estaba demostrando, la excitaron de forma ridícula. Su sexo se había humedecido y estaba lista para él. Chris la elevó con dificultad, el espacio era demasiado reducido, Jen podía ver cierto nerviosismo oculto detrás de esa mirada ardiente, o cuando sintió el temblor en sus largos dedos al mover sus bragas hacia un lado.

—Mmm, ¿también te gusta esto, no? —le ronroneó contra el cuello, sus dedos introduciéndose poco a poco.

—S-Solo... —tragó saliva—, estoy tratando de compensar lo que hice, *pasajerucho*...

—Como complacencia te pediría una mamada, te lo juro que sí. Pero de momento estoy tratando de enfocarme en una sola cosa, hundirme dentro de ti. ¿Está bien eso para ti? —A Jen se le secó la boca, si no estuviera presionada entre su duro cuerpo y la pared, se habría dejado caer de rodillas. Era absurdo pero quería hacérsela si se pudiera, Chris le dio una sonora nalgada—. Te pregunté algo.

—S-Sí —gimió titubeante, dando un respingo.

—Bien, porque no seré delicado.

—No quiero que lo seas... —Él sonrió, elevándole una pierna, Jen buscó a tientas apoyo para darle mejor acceso.

—Quiero esto rápido, estoy nervioso, paranoico y muy, muy excitado. Espero que estés lista.

—Por favor... —jadeó sin saber qué suplicaba. Que se callara, o que hiciera todo lo que estaba susurrando como perverso.

Chris gruñó, y sin preliminares se hundió en ella de una profunda y dura estocada que la lanzó con fuerza hacia arriba, su espalda chocó ligeramente contra la pared, dándole apoyo cuando él comenzó a embestir sin clemencia. A Jen le agradó sentirlo de nuevo sin material que los separase, también se alegró de que no se habían tenido que dar muchas explicaciones, al menos por el momento, sobre lo que había pasado la noche anterior, quizás él ya había enterrado ese recuerdo o simplemente ni se acordaba. Ahora se la estaba

cogiendo en la pequeña cabina de un baño, sabría Dios a cuántos metros de altura. Sus labios la tenían jadeando, sus acometidas le robaban gemidos...

—*Shh.* —Le apretó un pecho para luego jugar con el pulgar sobre su sensible pezón—. Tienes que guardar silencio, *lagarto*. Si nos encuentran, tendremos tantos problemas...

—Lo... siento —jadeó buscando desesperada en qué apoyarse para que no se escucharan los golpeteos que daba su espalda contra la pared. De pronto sintió su zapato mojado—. ¡*Mierda!*

—¿Qué ocurre? —preguntó con su voz ronca.

—C-Creo que me atoré.

—Te tengo *muy* atorada —murmuró con una sonrisilla.

—Chris, esto es serio... *ahh* —gimió cuando se enterró de forma profunda—. ¡No hagas eso! —Contraatacó golpeándolo.

Él sonrió de forma torcida, la tenía inmóvil contra la pared. Sujetándola del cuello con una de sus grandes manos, lentamente desvió el pulgar hacia su boca, recorriéndole el labio inferior.

—Estoy por correrme, azafata, quiero que te vengas conmigo. —Hundió el dedo en su boca. Ella abrió los ojos como platos, y cuando lo iba a morder...—. Ni se te ocurra —advirtió con voz ronca—, chúpame. —Ella negó, mordisqueándolo suavemente.

Chris le lanzó una mirada que nunca había visto, la catalogaría como la mirada *cinco*. La de dominante, la de señor, la de amo total. *Madre de todos los cielos*. Sin volver a protestar le succionó el dedo como había pedido. Después, sacó el dedo de su boca y deslizó la mano para frotarle el clítoris. ¡*Se iba a morir!* Que todos los pasajeros del vuelo se alistarán, porque iba a soltar un grito de placer que avergonzaría a cualquiera. Como si Chris lo intuyera, llevó su boca hacia sus labios y los cubrió con un beso profundo. Luego, dio una profunda estocada que llegó a lo más profundo de su cuerpo al tiempo que comenzaba a correrse como si la vida se le fuera en ello, y sentir las sacudidas de su miembro le provocó un orgasmo tan demoledor, que se mordió el labio hasta casi arrancárselo.

—Eso fue... —jadeó sosteniéndola.

—Tengo que... admitir que fue bueno —respondió ella de forma petulante, aunque no tenía aliento. Había sido increíble. Él gruñó contra su hombro, aún estaba apoyándose en ella.

—Salgamos de aquí, *lagarto*... —Justo en eso llamaron a la puerta—. Un momento... Mierda, ¿cómo voy a sacarte de aquí? —se preguntó, mirándola con algo de alarma.

—Chris...

—Estoy pensando, espera. —Se pellizcó el puente de la nariz.

—Chris...

—Tendré que decirle que la palanca del baño no baja, así tendrá que esperar a entrar y podrás salir...

—Estoy atorada.

—Lo sé, pero no te preocupes, te sacaré de aquí.

—No, tú no comprendes. Realmente estoy atorada. ¡Oh Dios mío! —Aferró los dedos a su camisa. Él miró con horror como esos impresionantes tacones se habían atorado en el escusado.

—*Mierda, Jen...* ¿Qué vamos a hacer ahora? —Su frente perlándose ligeramente en sudor, sus ojos bailando con pánico.

—¡Vamos a morir! —gritó mirándolo con ojos llenos de terror, se aferró más a su camisa e hizo el intento desesperado por liberar su pie. Pero, como él ni siquiera parpadeaba, dejó de jugar—. Es broma, Chris —se carcajeó—, te he tomado el pelo. ¡Por una vez lo he conseguido! Solo debo quitarme el zapato... pero me da mucho asco meter la mano en el agua... ¿Chris?

El *cosplayer* tenía los ojos en blanco mientras su gran cuerpo se desplomaba contra ella.



—Lo siento —susurró Jen por cuarta vez.

—Ya te dije que no voy a perdonarte —refunfuñó indignado.

—Chris, estaba bromeando, tú siempre lo haces conmigo.

—Pero no así —reprochó, haciendo que se ruborizara—. Jen... Nunca entiendes las bromas, ¿cómo voy a saber que finalmente te ha entrado lo chistosita a mitad de vuelo? —espetó encrespado antes de volver a mirar por la ventana.

Venían en el taxi que los llevaría directo a casa. El incidente en el avión solo provocó murmuraciones el resto del viaje, un embarazoso rescate que implicó dos hombres sacándolo desmayado del baño, y miradas inquisidoras hacia ella, quien sin duda lucía como recién cogida. No la disculpó llegando al aeropuerto, no la disculpó en el trayecto, pero tenía que disculparla antes de llegar, porque ¿qué diablos le diría a sus abuelos?

—Perdóname —rogó de nuevo, estremeciéndose—, no me gusta que me hagas la ley del hielo, no me gusta estar seria, no me gustan los silencios incómodos...

—¿Tienes frío? —preguntó, mirando hacia sus pezones erguidos. Ella negó, era tan necia. Se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros, tratando de ocultar una sonrisa cuando la vio acurrucarse en la ropa—. Pensándolo bien... —Chris sonrió, Jen iba a pagar cara su osadía—. Hay una forma de que te perdone.

—¿Cuál?

—¿Harás lo que sea?

—Sí.

—¿Segura?

—¡Que sí! —gritó, mirándolo con un poco de odio.

—Vas a fingir para mí. Frente a mis abuelos dirás que eres *mi-novia* —manifestó con una sonrisa torcida.

Jen lo miró largo rato sin decir una palabra. Tenía en su frente plasmada la palabra *incredulidad*, y Chris se preguntó qué respondería al final.

—No —susurró finalmente, logrando que rodara los ojos.

—Entonces será mejor que te regreses a Miami. No vas a llegar a casa de mis abuelos diciéndoles que somos amigos sexuales, o peor aún, que me pagas por jugar contigo. — Jen se ruborizó a grados insospechados mientras lo pellizcaba—. *Auch*, además, por muy liberales que sean mis abuelos, no les va a parecer nada eso.

—Cállate, asno, no digas tan alto lo que somos, el chofer nos mira.

—Eso no parecía importarte mientras cogíamos en el avión, tampoco cuando todo mundo se enteró.

—Fue un errorcillo.

—Pues el errorcillo de mierda debe ser pagado.

—¿Qué tienes que decirle a tus abuelos? —refunfuñó.

—Ellos piensan que... —Chris se interrumpió, de pronto se sintió tonto confesándole a Jen la realidad.

—¿Qué piensan?

—Solo di sí o no.

—Si no me dices lo que piensan no voy a fingir ser tu novia. ¿Cómo voy a ser tu novia si no sé nada de ellos? —refutó, haciéndolo suspirar con exasperación.

—Piensan que doy clases en la Universidad de Miami.

Ni siquiera pudo mirar a la cara a Jen cuando confesó semejante atrocidad. Ella guardó silencio por un rato. Y Chris se preguntó si ya era lo bastante patética la situación o podía empeorar más.

—Bien, creo que puedo “fingir” un poco... y ¿dónde nos conocimos? —preguntó como si nada, por lo que la miró desconcertado.

—¿No vas a preguntarme por qué mentí de esta manera?

—Por supuesto que no, Chris. —Le sonrió cálidamente—. Eres... bueno, muy bueno en realidad. —Sujetó una de sus frías manos—. Si yo tuviera abuelos, les diría lo que fuera para tenerlos contentos. ¿Qué te parece si les decimos que doy clases de informática? Puedo decir que nos conocimos en la universidad...

—Y que tenemos un par de meses saliendo...

—Me acabo de mudar, y quedé deslumbrada al verte...

Chris se sorprendió de lo rápido que formularon juntos un plan. De la forma en la que

Jen no lo cuestionó nunca sobre sus mentiras, o peor aún, de cómo había accedido a todo. Durante el camino, Jennifer también le contó, aunque solo un poco, de su problema con Nathan. Naturalmente eso le enfureció, pero se ahorró sus ácidos comentarios respecto a ese hijo de puta, no obstante ella tendría que conocer toda la verdad, más adelante.

—Cuéntame de ti, así no diré algo fuera de lugar.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde están tus padres?

—Murieron hace muchos años —respondió tratando de fingir naturalidad. Su padre... a ese ni siquiera lo había visto en toda su vida. Para Chris, solo era un donador de esperma, nada más.

—Lo siento.

—En realidad solo recuerdo a mi madre. Mateo y Elena han sido mis padres desde que recuerdo, te van a gustar.

—Se nota que los quieres.

—Sí —sonrió ante el solo recuerdo—. No hubiera podido tener mejores padres que ellos.

—Eres muy afortunado —dijo con una sonrisa que lo contagió.

—Sí que lo soy.

Tan solo una hora después, el vasto paisaje de Denver inundó todos sus sentidos. Las enormes montañas rodeaban la carretera. Miró hacia Jennifer, el paisaje le daba un tremendo contraste a su pálida piel, uno muy bonito. Su cabello todo enredado y esponjado, la hacía lucir seductora incluso cuando no quería serlo.

—¿En qué piensas? —curioseó Chris.

—Qué... naranja está todo...

—Síp.

—Cada vez entramos más y más en las cumbres, ¿dónde viven tus abuelos? ¿En lo alto de la montaña? ¿Eras como la pobre Heidi? —Él se rio, pasando un brazo por sus pequeños hombros.

—Siempre me ha gustado Denver, fue un gran cambio para mí vivir en Miami.

—¿Y por qué te fuiste? —susurró recostada contra su hombro.

—Pues... —suspiró—, la enfermedad de Elena se agravó y... bueno, yo era camarero en un pequeño restaurante. Con las propinas podía pagarme mis estudios, pero no me alcanzaba para ayudarlos con los gastos. Además, mi abuelo debe la hipoteca de la casa... amenazaron con desalojarlos y no podía permitir eso.

—Chris... —suspiró viéndolo de una forma...

—Ni se te ocurra verme así —acusó enojado.

—No lo hago, sé a qué te refieres. He recibido miradas de lástima muchas veces.

Primero... por mi *incidente*, luego por ser una esposa desesperada —susurró—, me han visto mal por el solo hecho de apellidarme *Stanford*, así que no, no te estoy viendo con lástima. De ninguna manera.

Chris sonrió torcidamente, estrechándola un poco más contra sí.

Capítulo Trece

Apenas se bajaron del auto, el olor a tierra húmeda y hojas secas se coló por las fosas de Jen haciéndola estornudar.

Se estremeció al tiempo que se abrigaba un poco más con la chaqueta del *cosplayer*, su aroma rodeándola evitaba que se hundiera en una segura alergia. Suspirando, elevó la mirada ante la preciosa, pero descuidada, mansión frente a ellos. No podía creer que Chris hubiera vivido aquí, casi en las afueras de la ciudad. No porque lo viera como pobre ni mucho menos, lo que pasaba era que imaginarlo creciendo en medio de la nada, rodeado de un precioso y abrumador bosque montañoso, no era algo que pudiera digerir con facilidad.

Él siempre le había parecido un chico de ciudad, de lo más urbano que hubiera podido dar la humanidad. Y cómo no iba a pensar eso mientras lo veía ahí, de pie en medio del bosque con sus costosas gafas de sol, su cabello castaño perfectamente arreglado, la camiseta azul marcando de forma celosa cada músculo de su espalda, los vaqueros de talle bajo sentándole mejor que a ella incluso, todo él era como ver un modelo listo para grabar comerciales. Era bastante difícil imaginárselo como alguien común, siendo camarero en algún bar de la ciudad. De pronto, él se detuvo haciendo que chocara contra su cuerpo al venir distraída.

—Tonto —gimió sobándose la frente.

—Es hora. —Chris le extendió la mano, sus ojos brillando de forma sugerente, lo que le provocó hacer un mohín, negándose a tomarla—. Jennifer, aún puedes regresarte a Miami, ya sabes... casual. —Se encogió de hombros, haciendo que la joven se mordiera el labio, desviando la mirada.

Regresarse a Miami, donde Nathan descubriría que no había cambiado nada, que ninguna fantasía le salía... sin duda le exigiría que firmara el divorcio. Refunfuñó entrelazando sus dedos con los de él, ignorando en todo momento la extraña corriente que la recorría de arriba abajo al dejarse guiar hacia la entrada de la casa. Pero, con cada paso que daban, sus nervios iban creciendo más y más. La preciosa mansión en ladrillo definitivamente estaba descuidada pero impresionante, sin duda le dejaba mucho que pensar. Los grandes ventanales que la adornaban indicaban que en algún tiempo sus habitantes tuvieron excesivo dinero, aunque ahora estuvieran cubiertos por demasiada maleza y arbustos...

¿Cómo serían sus abuelos? ¿Qué rayos estaba haciendo aquí? ¿Y si no les caía bien? ¿Y si los juzgaban por vivir juntos? ¿Por qué mierda se sentía como si de verdad fuera a conocer a sus suegros?

—¿Te gusta? —indagó empujándola juguetonamente con el hombro. Podía ver sus brillantes ojos azules, tan claros como el mismo cielo sin nubes a su alrededor.

—Es... es impresionante, Chris —respondió sin saber realmente qué le impresionaba más, si él o el resto del paisaje.

—Seguramente estás acostumbrada. —Jen le hizo una mueca, que causó que se riera entre dientes antes de que tirara de una improvisada coleta que ella se había hecho.

—¿¡Qué rayos piensas!?! —gritó indignada.

Su cabello rojizo cayó espeso, tan esponjado como siempre. Aterrada, trató de recolocárselo pero no pudo, ya que Chris tocó el timbre, y tan solo unos segundos después una señora de lo más elegante les abrió la puerta.

—¿Elena? —inquirió sonando confundido y aturdido.

—¡Mi amor! —chilló la señora lanzándose a sus brazos con una agilidad tremenda para su edad... y su enfermedad—. Cuando tu abuelo me lo dijo, no me lo podía creer.

—Mamá, ¿cuándo saliste? ¿Qué fue lo que pasó? —Parecía incrédulo al sujetarla con delicadeza—. Estaba tan preocupado...

—Bueno... —la señora se puso nerviosa—, ya estoy bien.

—Me estás mintiendo —contradijo Chris entrecerrando los ojos, lanzándole otra de sus miradas, que catalogaría como la seis: la de “*a mí no me engañas*”.

—Es que... la verdad, nunca me internaron, verás, eh... *mentimos* para ver si venías.

Tanto Chris como Jen se quedaron con la boca abierta de par en par. ¿Esto era una broma? La dulce abuelita frente a ellos había mentido, se veía tan vulnerable, tan avergonzada, que Jen sin poder evitarlo soltó una risita. Chris la fulminó con la mirada, estaba furioso y tenía los puños apretados a los lados.

—Además, ¿de qué otra forma habrías venido? —De pronto su mirada se desvió hacia Jen—. Cielo santo, perdóname, por estar viendo a mi enojón no me percaté de tu presencia. ¿Quién eres?

—Jennifer, mucho gusto —susurró tendiéndole la mano, sus dedos ligeramente temblorosos—. La... la novia de Chris.

La sonrisa de Elena se desvaneció, y en su lugar quedó una cara de desconcierto. Y en el horrible silencio que siguió, su mirada azul se volvió escrutadora. Jen se sintió desnuda ante semejante escaneo que le estaba dando la señora, quien por cierto, ¿cuántos años tenía? Se veía bastante joven, sin siquiera pasar de los sesenta. ¿De verdad era su abuela? Ella se parecía mucho a Chris, con el cabello castaño cayendo en delicadas ondas hasta sus pequeños hombros, su boca delgada y su sonrisa que podría derretir a cualquiera. Vestía de forma recatada y pulcra, además se notaba en su forma de ser y sus gestos.

—¿Su novia? —articuló ahora con lágrimas en los ojos.

—Abuela, ni creas que voy a perdonar esta broma. Dejé todo por venir aquí para que ustedes dos...

—¡Oh, Jennifer...! —Elena solo tenía ojos para ella—. Eres preciosa, pero pasen, por favor... —Se colgó de su brazo—. ¿Dónde se conocieron, cariño? ¿Cuánto tiempo tienen saliendo?

—Abuela... —Chris la rodeó posesivamente por la cintura, atrayéndola hacia él, logrando que diera un respingo ante aquello, no estaba acostumbrada a muestras de afecto

en público. Ni siquiera Nathan la abrazaba de esa manera frente a sus padres—. Estás abrumándola.

—Lo siento —sonrió Elena de forma amable.

—¿Ahora sí me vas a explicar? —pidió un impaciente Chris.

—Con una taza de té, querido, pasemos. Mateo se muere por verte.

El interior era enorme, tan sorprendente que Jen se preguntó mientras caminaban, cuántas habitaciones tendría. Las paredes de un inmaculado blanco se reflejaban en el suelo de madera brillante, dándole un aspecto conservador y pulcro. De las ventanas colgaban suaves cortinas de color marfil que dejaban ver la preciosa vista de las montañas. Siguieron a Elena hasta un enorme salón decorado con muebles antiguos que le daban un aspecto retro; hermosos cuadros de paisajes adornaban las paredes.

Al fondo, en otra habitación, un señor alto de cabello negro estaba revisando a un niño pequeño que balanceaba sus pequeñas piernas de un lado al otro sentado en una camilla. Viéndolo bien, la habitación era algo así como un consultorio; Jen frunció el ceño, ¿acaso esto era un hospital?

—¿Mateo es doctor? —preguntó.

—Ya no, solo atiende a veces, cariño, los chicos de por aquí se lastiman seguido. —Elena sonrió, su voz con un deje de ternura.

Siguieron caminando hasta la cocina, la cual, como el resto de la casa, podía dejar boquiabierto incluso a Thomas, decorada en granito de color turquesa, haciendo el contraste perfecto con el paisaje afuera. ¿La familia de Chris tenía dinero? ¿Le habría mentido Axel? Sintióse contrariada, tomó asiento en la barra mientras Elena preparaba un poco de té.

—¿Por qué mentiste, mamá? —presionó Chris de nuevo, la joven tiró de su mano haciendo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Qué? Es la verdad, ¡me mintieron!

—Ya sé que te mintieron, no dejas de repetirlo. ¿Qué no ves que solo querían verte? —lo regañó.

—Había otras formas para verme —acusó molesto.

—Lo dudo, ¿tienes años sin venir, o no? —Chris solo rodó los ojos.

—¿Dónde conociste a esta joven tan hermosa? —inquirió Elena.

—Bueno... —El *cosplayer* la miró con una enorme sonrisa, como si estuviera realmente orgulloso de ella, haciendo que se ruborizara y extraños nudos se formaran en su estómago—. Nos conocimos en la universidad donde trabajo, ella es mi compañera. —Tiró de su mano obligándola a sentarse en su regazo—. ¿A que no te lo esperabas? —bromeó apoyando el rostro en el hombro de Jennifer.

La joven se ruborizó por la escena a tal grado que tuvo que pellizcarlo por debajo de la barra. Christopher le enterró los dedos en la cintura, un siseo escapando de sus labios.

—No, no me lo esperaba —comentó Elena, sirviendo dos tazas con té humeante frente a ellos—. Cuando nos hablas eres muy frío, por supuesto que no eres para contarle a

esta pobre vieja que ya te has enamorado.

Chris, quien estaba dando un sorbo a su té, comenzó a ahogarse. Jen sonrió de forma malvada antes de golpearlo con fuerza en la espalda.

—Cuidado, *cariño*... —expuso entre golpe y golpe.

—Gracias, bebé, ya estoy mejor —aseguró con la voz ronca.

Jen de nuevo se ruborizó. Y es que en toda su vida, Nathan la había bautizado de muchas formas: *torpe, cabezota, descoordinada... Jenny...* todas menos esa.

—¡Chris! —El señor de cabello negro apareció aproximándose hacia ellos, Jen bajó de su regazo dejando que el joven se fundiera en un abrazo con su abuelo.

—Qué forma de verme la cara, abuelo, no vuelvan a asustarme así —reprochó, pero aunque trató de sonar molesto, no pudo ocultar la nota de alegría en su tono.

—Una bromita no le hace daño a nadie, hijo, hace mucho que queríamos verte; te llamé para decirte que no vinieras, pero como siempre, eres un precipitado y... ¿quién eres tú, encanto? —De nuevo Jen estaba ruborizada.

¿Pues qué edad tenían sus abuelos? Mateo, tan alto como Chris, la miraba con sus ojos oscuros llenos de experiencia y conocimiento, pero al menos no de la forma en que lo había hecho Elena. Su sonrisa bien podría servir para un comercial de pasta de dientes, y comprendió que definitivamente eran parientes de Chris. De pronto se preguntó cómo fueron sus papás. Tanta belleza reunida en un solo lugar la hizo sentirse pequeña.

—Es Jen, *mi novia*. —De nueva cuenta, Chris tiró de su cintura para que parecieran la perfecta postal digna de una fotografía.

Jen no pudo evitar preguntarse por qué era necesaria una mentira así. Definitivo, no se iba a quedar de brazos cruzados con esto.

—Ah... ya veo. Siempre te mantienen muy ocupado, ¿o no, hijo? —comentó el doctor de forma amable.

—La universidad es muy estricta —aclaró Jen—. Nos mantienen con planes de trabajo, por lo que casi nunca podemos salir...



Jen estaba fingiendo. Realmente actuando ante sus abuelos, lo que lo hizo preguntarse si fingiría seguido frente a las personas.

Su sonrisa cálida y educada, toda su postura había cambiado a la de una chica refinada y cohibida. Le recordó a aquel día que lucía preciosa en el balcón, en casa de sus padres. Jen sin duda era una persona solitaria, y podía ver que a pesar de eso, tenía muy dominada la técnica de fingir que se encontraba bien, que nada malo pasaba. Como si frente a los demás levantara un escudo invisible que la protegía de las emociones, un escudo que Chris se acababa de dar cuenta había fracturado, porque con él jamás se portaba así.

—¿Quieren pasar a la estancia? —preguntó Elena, en una charola llevaba un par de bocadillos.

—Estaría bien. —Chris tomó de nuevo su mano y entrelazó sus dedos, sonriendo al ver la cara de indignación que hacía la joven.

—¿De quién es ese precioso piano? —Jen lo soltó para correr deliberadamente hacia él.

Chris contuvo el aliento, Jen podía ser tan torpe y quebrarlo... pero se asombró cuando llegó hasta ahí para deslizar la tapa con sumo cuidado.

—Es mío —contestó de forma orgullosa su abuelo—. ¿Tocas el piano, Jen?

—Un poquito —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no nos tocas alguna melodía, *cariño*? —pidió Chris en plan de sabelotodo.

Era algo que sin duda no quería perderse. Jen aprensó su labio, el *cosplayer* pensó que le lanzaría una mirada envenenada, mas nunca que se sentaría a tocar. Sus dedos, delicados y finos, comenzaron a revolotear como plumas suaves cayendo sobre las teclas. Un sonido burbujeante y cálido comenzó a llenar la habitación, tan armonioso, que Chris se encontró con la boca abierta.

De pronto lo inundaron imágenes de ella llevando únicamente una camisa suya, provocando que la temperatura en la habitación subiera algunos grados. La subiría sobre ese piano y la recostaría con delicadeza. Se imaginó envolviéndose la cintura con las suaves piernas de Jen, que lucirían pálidas con el contraste negro del instrumento, un rubor adorable cubriendo sus mejillas, su respiración jadeante, revolviéndose bajo su cuerpo presa de la excitación. Sus ojos llenos de lujuria... Sí, se la cogería sobre el piano tantas veces, que quizás tendría que comprarle otro a Mateo.

—Te ves asombrado, hijo, ¿no sabías que tocaba? —Con una sonrisa, Elena le dio una palmada, haciéndolo dar un respingo.

—Como verás no, mamá. —*Mierda*, tenía que reajustarse los vaqueros antes de poder ponerse de pie.

—Es preciosa, Jen... —susurró Elena, sus ojos llenos de lágrimas le dijeron a Chris que su abuela ya estaba recordando a... *Liliana*.

—Sí que lo es —afirmó Mateo mirando con admiración a la joven.

La música continuó, provocando que Chris pensara que sin duda Jen era todo un estuche, una dulce e inocente niña. Refinada, remilgada y perfecta, la clase de hija que cualquier padre hubiera podido desear. A él nunca le importó el estatus social de Jen, sin embargo ahora podía ver la enorme diferencia entre ellos. Justo ahí, la joven le pareció tan lejana que no pudo evitar sentirse extremadamente insignificante para alguien como ella.

Sacudió la cabeza. «*No es como si fuéramos a estar juntos o algo, imbécil*», pensó. Después de algunas melodías más, comieron un par de bocadillos mientras charlaban con sus abuelos.

—Entonces, Chris apareció únicamente vestido con el carísimo estetoscopio de

Mateo rodeando su pequeño cuello, incluso casi lo arrastraba entre los pies —contó Elena entre risas.

Jen soltó una musical carcajada, mirándolo llena de alegría. Él en cambio, le devolvió la sonrisa de forma tensa. No le estaba gustando nada esto, no el hecho de que estuvieran rememorando todas las estupideces que hacía de niño, sino el hecho de que sus abuelos estuvieran haciéndose falsas ilusiones. Le había pedido a Jen que fingiera ser su novia para no verse encerrado cuando lo cuestionaran sobre Evelyn, y en el momento le pareció buena idea, pero ahora... Bostezó fingiendo tener sueño, necesitaban salir de ahí cuanto antes.

—Deben estar cansados —murmuró Elena, tal y como sabía que haría. Su abuela siempre estaba al pendiente de él—. Preparé tu habitación, cariño, no sabía que vendrías con compañía, sin embargo creo que los dos pueden dormir ahí...

—¿Juntos? —chilló Jen.

—Bueno... —sonrió contrariada—, si quieres... puedo prepararte otra habitación, pero quiero que sepas que no nos molesta si pasan la noche juntos —aseguró con una sonrisa tranquilizadora mientras levantaba los platos, Mateo recibió una llamada a su celular, por lo que se disculpó antes de salir de la habitación.

—Gracias, abuela. —Chris abrazó a una incrédula Jen por detrás, dándole juguetonamente una embestida, le encantaba rebotar contra sus nalgas. Ella lo fulminó con la mirada antes de buscar a Elena de forma asustada—. Dormiremos juntos.

—Chris, yo no... —se quejó la joven, mirándolo de forma envenenada.

—No digas nada, amor... —Le dio un suave beso en los labios, dejándola desconcertada y ruborizada—. Por mis abuelos está bien, ¿ves? —Estaba adorando esto, molestarla y joderle la vida como ella siempre hacía en las fantasías.

—No creo que deberíamos...

—¡Oh vamos, Jen! —sonrió Mateo, que había regresado del mini consultorio que tenía en la planta baja—. Liliana nos curó de espantos hace mucho. —Los brazos de Chris se tensaron ligeramente alrededor de la joven—. Se embarazó cuando tenía diecisiete. ¡Imagina la sorpresa!

—Será mejor que nos vayamos —cortó Chris la conversación de Mateo.

No era necesario que Jen supiera que su mamá lo tuvo tan joven, o que murió de forma trágica y misteriosa. Mateo podría sacar a flote su intensa búsqueda, y no gracias. *¿Qué necesidad de envolver a Jen en temas escabrosos?* La sujetó de la mano para guiarla a su habitación. No, definitivamente hablar de Liliana era un tema oscuro, ya se había expuesto demasiado por el día de hoy. Pero, cuando estuvo frente a la puerta de su dormitorio, la bofetada que recibió por parte del pasado fue dura.

Recuerdos al lado de Evelyn se le vinieron como un montón de flashes. Su risa cantarina, sus profundos ojos azules destacando por su rubia cabellera... Una de las cosas malas de haber regresado a Denver, era que el pasado parecía estar en cada rincón, echándole en cara que todo lo que quería estaba desapareciendo, o peor aún, que no había hecho en realidad nada.

—Mi habitación —informó casi de forma sepulcral.

Aquello era una réplica de su cuarto en Miami, salvo que aquí había demasiadas ventanas, con una majestuosa vista hacia las montañas. Chris se aseguró que en su departamento hubiera lo mismo, extrañaba Denver cada maldito segundo, y cuando por la noche regresaba a casa, su habitación le recordaba que hacía esto porque amaba a sus abuelos. Por ellos haría todo.

Al fondo de la habitación se encontraba su cama matrimonial, decorada con un suave edredón en tonos oscuros y esponjadas almohadas. Todavía podía ver la colección impresionante de discos que había adquirido durante su adolescencia, la cual seguía perfectamente bien acomodada. A Chris siempre le había gustado el orden. El que alguna vez fue su sofisticado equipo de música ya se veía obsoleto, la alfombra blanca como la espuma y su armario. Sonrió torcidamente, o Elena se mantenía aquí o simplemente había limpiado por su venida. Optó por lo primero.

—¿Cómo los ordenas? —preguntó Jen sacando un disco al azar.

—Ya ni siquiera me acuerdo —comentó distraído, todo esto compartido con la joven se sentía extraño.

—¿Qué te ocurre? —Jennifer se acercó a él, deslizándolo tiernamente una mano sobre su tensa mandíbula. Chris se sintió extraño cuando tuvo incluso que contener el alienígena impulso de restregarse como un jodido gato contra ella.

—No es nada —respondió con su mejor cara de póker, sin embargo Jen siguió mirándolo de esa forma intensa, parecía conocerlo tanto. Aquello no le gustó. Se sentía como un libro abierto cuando estaba con ella.

—Mientes, ¿quién es Liliana? —*Mierda.*

—Mi madre —respondió secamente.

—Oh... ¡oh! Lo siento —susurró apenada.

—No lo sientas. ¿Qué te parece la habitación?

—Tu habitación es hermosa, tus abuelos encantadores. Siempre tuve miedo de que fueras un violador en serie... pero ahora ya no lo creo —bromeó tratando de aligerar el extraño ambiente, y lo había conseguido. Chris elevó una ceja.

—¿Segura? —ronroneó acercándose a ella. Jen se mantuvo firme, sin quitarle la mirada.

—Sí, ya no me inspiras tanto miedo, la verdad, *cariño.* —Sonrió de forma petulante—. De hecho, ya estoy al corriente con tus personajes, los conozco todos.

Chris la miró con incredulidad alzando las dos cejas, dejó que su vista vagara por su menuda figura, deteniéndose demasiado tiempo en cada parte; se veía demasiado sexy con su chaqueta puesta, sus pechos pequeños y deliciosos, sus caderas pronunciadas que soportaban todos y cada uno de sus embates. Y cuando llegó a sus ojos, por fin notó su visible incomodidad en su postura rígida.

—Creo que tengo hambre, si sabes de qué tipo, ¿verdad... *Jen?* —gruñó antes de arremeter contra ella.

Cayeron de forma torpe contra la cama al tiempo que Jen soltaba un chillido de terror. Y a pesar de que se aseguró en todo momento de no sujetarle las manos, no dejó de someterla mientras le hacía cosquillas hasta que la joven comenzó a toser.

—¿Qué era lo que decías? —preguntó entre risas.

—Que eres un puto violador. ¡Suéltame! —gritó histérica aún riéndose y retorciéndose debajo de él. El ondular de su cuerpo estaba despertándole partes que no deberían despertar.

No se dio cuenta en qué momento detuvo las cosquillas y sus manos comenzaron a acariciarle los costados deliberadamente. En un impulso igual de ridículo, se meció contra ella, sus sexos frotándose sobre la ropa les robó a ambos un gemido gustoso. Y cuando Jen jadeó, sintiendo el cambio crecer entre ellos, el deseo por besarla hormigueó en sus labios. Jen desvió la mirada hacia su boca, definitivamente deseaba lo mismo. Christopher se relamió los labios, inclinando la cabeza para besarla.

—¿Se puede? —La voz de su abuela sonó detrás de la puerta, destruyendo la extraña situación en la que se encontraban. Chris soltó a la joven, sin embargo la acomodó en su regazo.

—Claro, adelante, mamá. —Jen lo miró enfurecida y algo aturdida, pero él se limitó a sonreírle, dándole un beso en la frente.

—Lamento interrumpir, cielo... solo quería ver si mañana podrías llevarme tú a la consulta. Aprovechando que están aquí, tu papá quiere ir a Aspen.

—¿A qué va tan lejos?

—Ya sabes... cosas de la investigación... —contó encogiéndose de hombros, provocando que Chris de nuevo se tensara.

—Mañana te llevaré entonces.



—No puedo creer que cargaras con tu ropa de indigente —comentó Chris elevando una ceja en cuanto salió del baño.

—¿Qué esperabas? ¿Mi lencería de *La Perla*? Esa la tengo guardada para cuando valga la pena —espetó de forma arrogante.

—Se te va a apolillar —contradijo el *cosplayer* moviendo la mano con gesto airado. Jen le lanzó un cojín a la cara al escuchar su risa—. Y... hablando de compromisos. —Chris se apoyó sobre un codo, ahora estaba acostado en la cama—. ¿Qué te hizo buscarme como una acosadora? —Jen se ruborizó, dejándose caer de espaldas contra la cama, de pronto mirar el techo le pareció muy interesante—. Jen... sigo esperando, prometiste contarme todo.

—¿Qué te puedo decir? —susurró.

—¿Cómo pudiste entrar al avión, cómo se te ocurrió lo de la azafata? Fue muy bueno... —aseguró inclinándose hacia ella, colando una mano dentro de su blusa. Jen

sonrió golpeándolo.

—¿Sí te gustó?, pensé que después de lo que pasó lo habías odiado. —Se giró para mirarlo, tan solo para encontrarse con su seductora y torcida sonrisa—. Lamento echar a perder todo.

—Antes que me desmayara, fue grandioso, no estropeaste nada, esta vez fue mi culpa. Te confieso que nunca había cogido en un cuarto tan pequeño, y eso me calentó sobremanera. Gracias por cumplir una de mis fantasías. —Su voz fue un poco rasposa, haciendo que Jen se revoliera sintiendo algo extraño en su interior. «*Seguro es el cansancio*», pensó.

—Bueno... pues yo te confieso que te seguí porque me debes días de entrenamiento y ya casi no me queda tiempo. ¿Qué te crees huyendo sin avisarme?

—Traté de avisarte, no es mi culpa que duermas como una roca —aseguró divertido, pero Jen sabía que estaba mintiendo—. ¿Qué pasó entonces con Nathan? —escupió con desdén. Jen frunció el ceño, no le gustaba su tono cuando hablaban de su marido.

—Está confundido —musitó, mirando hacia la suave sobrecama.

—Eso me queda *muy* claro, ¿qué te dijo esta vez?

—Que no siente que yo quiera seguir con lo nuestro... bueno, porque no hemos tenido, tú sabes... *relaciones*. Entonces dice que yo... no lo quiero, porque no se lo demuestro —contó, Chris soltó una carcajada por lo que lo miró con odio—. ¿Qué diablos te pasa?

—Te está chantajeando, ¡por Dios! ¿Acaso retrocedió a la preparatoria? Esas estúpidas amenazas solo se las creería una niña. —Jen se ruborizó ante sus acusaciones.

—No me está chantajeando, tiene razón. ¿Qué no lo ves? Somos esposos, y yo no puedo pretender recuperarlo si no soy capaz de estar con él; por eso te seguí, porque necesito que tengamos más fantasías hasta que yo me vuelva una experta, o al menos pueda sostener una por completo —balbuceó—, si volvemos a lo mismo, estoy segura de que buscará eso... no fui capaz de cumplirle —susurró las últimas palabras.

—¿Y eso no habla mucho de él? —reiteró el joven con voz dura.

—¿Qué estás insinuando?

—Solo digo que si te falló una vez, ¿quién te asegura que no lo volverá a hacer?

Jen se mordió el labio. Sí, eso era algo a lo que le había dado vueltas y vueltas, incluso muchas veces pensó si sería capaz de volver a estar con él y pretender que no había pasado nada. ¿Pero entonces qué hacer? ¿Divorciarse? ¿Quedarse sin nada? ¿Perder al amor de su vida? *De ninguna-jodida-manera*.

—Hablaré con él sobre eso, por supuesto —aseguró—, pero ahora esto se convirtió en algo de vida o muerte, ya no tengo tiempo.

Chris se le quedó mirando de forma indescifrable por un par de segundos eternos, Jen se sintió incluso intimidada por aquella mirada. ¿Estaría pensando que era una estúpida? ¿Una mujer desesperada? ¿O quizás una loca? Sin embargo, sus ojos comenzaron a oscurecerse segundo a segundo, la atmósfera cargándose de otra forma, una que ya se le

estaba haciendo familiar, haciéndola tragar saliva duramente.

—¿Estás preparada entonces? —preguntó en tono ronco, tirando de su cintura, acercándola completamente a él.

—Esto... ¿ya? —balbuceó, sus manos recorriendo la curva de su cintura la tenían literalmente hiperventilando.

—¿No quieres comenzar ahora? —Sonrió inclinándose hacia ella, hasta rozar la piel de su cuello con sus labios.

—N-No lo sé —tartamudeó sintiendo un ridículo hormigueo expectante—. ¿No quisieras mejor mañana?

—Siendo así —la soltó—, que descanses.

Luego se volteó dándole la espalda. Su comportamiento voluble y frío la descolocó un poco, haciéndola sentir incluso vacía, quería que la abrazara como siempre. De alguna forma se estaba acostumbrando a esos brazos rodeándola por las noches de forma protectora y... *¿qué diablos le estaba pasando?* Tuvo que conformarse con girarse también y abrazar una almohada.

...

—Jen no es una persona mañanera, mamá.

La voz profunda de Christopher se coló a la distancia por la pesada bruma del sueño que aún la envolvía. Jen abrió los ojos y bostezó de forma soñolienta, estirándose cual gato. Luego parpadeó confundida, afuera se encontraba nublado, por lo que el sol nunca salió y ya eran las diez de la mañana... *¡Mierda!* Apurada, se sujetó el cabello en una improvisada trenza y bajó corriendo por las escaleras, derrapó al dar vuelta hacia el comedor, y por poco tira un precioso jarrón que alcanzó de forma magistral a sostener en el último segundo. Volvió a alisarse la ropa, respiró hondo y finalmente entró a la cocina.

—Lo siento —susurró cohibida. Elena le regaló una sonrisa al igual que Mateo.

Chris, por el contrario, no la miró; su cuerpo impresionante al llevar tan solo los pantalones de pijama, además estaba descalzo; ahí de pie frente a la estufa, pudo apreciar el ondular de sus brazos mientras batía alguna especie de mezcla extraña; su cabello húmedo lo hacía ver increíblemente seductor... y ante la imagen, todo el aire abandonó los pulmones de la joven. Jen retrocedió unos años, a una cálida mañana de abril.

...

—*Te estoy haciendo el desayuno, Jenny.*

Ella había bajado a preparar algo cuando se lo encontró en la cocina. Nathan se veía todo guapo y seductor tan solo con sus vaqueros mientras le preparaba la comida, su sonrisa era radiante.

—*¿Estás teniendo problemas?* —canturreó llegando a su lado, él estaba cubierto de harina y se le había quemado ya el tocino, por lo que una capa de humo estaba rodeándolo.

—*Un poco, ¿no me quieres ayudar?* —dijo con voz dulce.

No importaba el desastre, Jen lo abrazó ensuciándose junto con él. Sabía que no sería capaz de cambiar nada de ese momento y que querría volver aquí, a sus brazos, una y otra vez...

...

—Le estaba diciendo a mis abuelos que eres una floja —comentó socarronamente el joven. Jen aterrizó de golpe y tuvo que sacudir la cabeza, porque se sentía aún flotando.

—Gracias por hablarles tan bien de mí, Chris —refunfuñó entrando a la cocina, su mente sacudida por semejante recuerdo la hacía sentirse rara.

—En realidad, Christopher siempre se levanta temprano, de niño iba a molestarnos a mí y a su abuelo para que le hiciéramos *hot cakes* —comentó Elena.

—Ahora yo soy el que les hace el desayuno —dijo el *cosplayer* vertiendo la mezcla en un plato hondo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó la joven de forma curiosa.

—*Empanadas* —dijo al tiempo que se chupaba la mezcla de los dedos, sus ojos azules oscureciéndose segundo a segundo—. Son mis favoritas.

Jen cayó diez metros, incluso se tambaleó en la silla. Santo Jesucristo vencedor, ¿por qué tenía que ser tan idiota? ¿Por qué tenía que mirarla de esa manera? Como si estuviera famélico, como un depravado. ¡Peor aún! ¿Por qué su cuerpo ya estaba respondiendo a él? Jen juntó las piernas nerviosa, pero la fricción solo le mandó una descarga erótica de placer que la hizo ruborizarse.

—¡También las mías! —tarareó Mateo, provocándole un respingo.

—Ya verás qué bien me quedan, abuelo, las de *frutas* son mis favoritas —aseguró mirándola de forma que le erizó la piel.

Después del bochornoso desayuno, se dispusieron a arreglarse. Pero luego se puso nerviosa cuando al entrar a la habitación, Chris puso el pestillo en la puerta.

—Necesito que uses esto —dijo al tiempo que se acercaba hacia una maleta y sacaba... unas bragas.

—Escúchame bien, fetichista del mal —repuso indignada—, no voy a usar cosas que te apetezcan.

—No es un fetiche, es un estimulador integrado en las bragas... te va a gustar —ronroneó entregándoselas.

—Ya las odio, además, ¿puedo saber por qué cargaste con eso?

—No cargué con esto, las compré hoy temprano. Ahora pónelas, no tardes, Elena nos estará esperando para ir a la clínica, te espero en la cochera.

Cerró la puerta dejándola ahí a mitad de la habitación con la boca abierta. Como ella jamás había usado uno de esos artefactos mágicos, no le importó ponérselas para complacer al depravado. Las bragas sin duda eran tan extrañas, de color azul metálico, el material se asemejaba al cuero. Obviamente lo que tenían en el centro era algo que no estaba segura de cómo manejar... Sin duda el retorcido era un fetichista, aunque dijera que

no. Respiró hondo mientras se las ponía, pero... *Puto Chris*. ¿Cuándo iba a entender que ella no era talla niña? Resoplando, logró que aquello subiera por sus piernas, y bufó cuando su pancita cervecera apareció en todo su esplendor. Solo había una manera de ocultarla, indignada y resoplando, logró acomodarse finalmente los vaqueros.

—¡Estoy envejeciendo aquí! —gritó el depravado del otro lado de la puerta.

—¡Solo unos segundos! No seas desesperado. —Abrió la puerta instantes después para dejarlo pasar—. Nathan ya sabe todo lo que tardo arreglándome, nunca se queja.

—Pues quizás ese sea un motivo de los que tiene para divorciarse —comentó de forma sarcástica.

—Gracias por el balde matutino de agua helada.

—Siempre que quieras, *cariño*.

Él se apoyó contra el marco de la puerta, la camisa de cuello alto negra le oscurecía los ojos, los vaqueros marcando sus piernas al tener uno de sus pies cruzados frente al otro. Quizás podía ser muy cansino que un hombre, que más bien parecía modelo, te estuviera viendo mientras te arreglas, pero no para Jen. Ella ya estaba acostumbrada, así que el tonto de Chris tenía que aguantarse.

Había amanecido demasiado fresco, por lo que se puso un bonito y abrigador suéter naranja y unos vaqueros azules ajustados, que le hundían aún más el “estimulador”. Aquello ya no le estaba pareciendo tan buena idea.

—Me siento violada —maldijo mirándolo con odio.

—¿Ese suéter te lo heredaron? —preguntó haciendo caso omiso de sus quejas.

—¿Q-Qué tiene de malo? —dijo mirándolo por todos los ángulos.

—*Cariño*, ¿ves por qué te digo que ni Elena usaría eso? —sonrió

—No estoy tratando de agradarte —contradijo molesta y dolida a la vez—. Además, quiero quitarme estas bragas sin chiste, me están lastimando, ¿no me escuchaste?

—El chiste viene cuando las encienda. —Sus ojos se oscurecieron un poco, el tono en su voz, bajo y oscuro, la hizo estremecer.

—¿Encender?

—Así —comentó de forma socarrona, pulsando un botón. Las bragas del demonio cobraron vida propia moviéndose en círculos... ¡*allí!*

—Oh... —jadeó abrumada, incluso doblándose un poco.

—Está en el nivel uno, *cariño*, vamos, se nos hará tarde.

Jen no quería pensar en los niveles que podía alcanzar aquel aparato de mierda, tan solo imaginarlo la estaba haciendo sudar, mucho menos quería pensar en que seguramente estaba caminando raro. Ya estando afuera, trató de concentrarse en otra cosa que no fuera aquello en el nivel uno, por lo que observó cómo la hierba se había esfumado. Frunció el ceño.

—¿Quién limpió? —inquirió, buscando al personal de limpieza.

—Hay algunos que sí se levantan temprano.

—¿Tú solo limpiaste todo? —Él rodó los ojos.

—Por supuesto, mis abuelos parecían vivir en una jungla... aún me falta toda la parte de atrás, mañana a primera hora lo haré.

Jen sonrió, era muy tierno y amable de su parte que hubiera hecho eso. Se notaba que amaba a sus abuelos. Un jadeo abandonó sus labios cuando con un zumbido, aquella prenda del demonio aumentó repentinamente su intensidad.

—*Nivel dos* —anunció sonriendo. Sin duda no era tierno, ni amable. Era el hijo de satanás adoptado por unos dulces abuelitos.

—¿P-Por qué mierda me estás haciendo esto? —gimió cerrando los ojos, sosteniéndose con torpeza de la pared.

—Porque tú dijiste que necesitas estar lista cuanto antes, ¿no? Podrás usar esto cuando Nathan *no* te excite.

—¡Ah, mira! Qué gracioso, denle un premio. —Elevó los brazos al cielo en tono burlón, lo estaba odiando sin duda.

—No me ofendas, *cariño* —la amenazó—. Recuerda quién tiene el control aquí —sonrió mostrándole el pequeño aparato.

Indignada, apresuró el paso hacia la cochera, donde de pronto frente a ellos, apareció una preciosa Ford F-150, de un color que alguna vez fue rojo. La chica se olvidó de todo, incluyendo el frío intenso o el aparatito del demonio, corrió directamente al asiento del piloto.

—¿Me dejarás manejar? ¿Sí, sí, sí? —rogaba dando brinquitos.

—No, y hazte a un lado. —Chris trató de abrir la puerta para subirse, pero ella no dejó, por lo que estuvieron forcejeando—. Jennifer, ¿quieres quitarte?

—No.

En un movimiento rápido, Chris rodeó la pick up y se subió por el otro lado, Jen bufó, corriéndose resignada, antes de notar que Chris no podía prenderla.

—Abre el cofre —intervino la joven de forma arrogante—. Si logro que arranque, yo manejo.

—Lo dudo.

—Ya veremos.

Al *cosplayer* no le quedó más remedio que abrir el cofre y observar en silencio cómo ella ajustaba unas mangueras y limpiaba los postes de la batería. Estaba inclinada hacia adelante y tan concentrada, que no pudo evitar gritar cuando grandes manos la tomaron por la cintura, un enorme cuerpo se restregó con suavidad contra ella.

—¿Q-Qué haces? —balbuceó torpemente intentando enderezarse.

Maldita sea, el aparatito haciendo su trabajo, combinado con el olor de Chris, la hicieron derretirse. Perdiendo fuerzas, se recostó contra su duro pecho. Era estúpido, sí,

pero no pudo evitar elevar el rostro en busca de sus suaves labios. Chris la miró, sus ojos vacilando durante segundos, segundos que la pusieron nerviosa. Pero entonces, él suspiró acercándose a su boca para borrar inmediatamente cualquier duda cuando le cumplió su petición silenciosa, besándola con tanto ardor, que de forma inconsciente se encontró contoneándose contra él. Desgraciadamente, un segundo después él se separó, riéndose de forma ronca entre dientes.

—Si supiera que estamos solos —ronroneó al tiempo que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. Si tan solo supiera que mi abuelo no vendrá a intentar ayudarnos en menos de dos minutos... te cogería contra el capó, sin duda te toca cumplirme mis fantasías.

—¿Esa es otra de tus fantasías? —preguntó acalorada, girándose contra él para observarlo.

Chris solo asintió antes de separarse, dejándola con una sensación de vacío tan abrumadora, que hasta se tambaleó hacia atrás.

—¿Ocurre algo, chicos? —¡Diablos!, tenía razón. Mateo apareció de la nada.

—La pick up no quiere encender y... bueno, Jen la está revisando —anunció el joven, atrayéndola ligeramente por la cintura.

Su nariz paseándose por la curvatura de su cuello estuvo a punto de hacerla gemir, *mierda*, estaba tan sensible por culpa del aparatito del diablo. Mateo los miró con una sonrisa que hizo que se sintiera mal por el pobre señor. Se recordó preguntarle a Chris por qué seguían fingiendo.

—Estoy segura de que no encendía porque estaban sucios los postes de la batería. ¿Podrías encenderla de nuevo, Chris?

Aún con una sonrisilla de suficiencia, Jen se despidió de un atónito Mateo con la mano. Había logrado encender la camioneta, y ahora iba conduciendo esa preciosidad, mientras Chris iba sujetándose con fuerza del tablero como si fueran a chocar. Elena iba en medio de los dos con una encantadora sonrisa.

—Ya deja de hacer eso —se quejó Jen, refiriéndose a dos cosas.

—No.

—Te v-voy a dar un motivo para que te asustes —aseguró con voz entrecortada.

—Ya estoy bastante asustado, no necesitas hacer nada —dijo en su misma ridícula postura—. En cambio, yo sí puedo hacer algo que te robe hasta el aliento. —Jen se estremeció, el vibrador la estaba matando, por lo que tratando de concentrarse prendió el radio.

—Lo que d-debes hacer es comprar otro estéreo.

—Me gusta el que tengo.

—Quizás unos faros...

—Deja de quejarte de mi camioneta o mejor manejaré yo.

—Christopher Herrera —lo reprendió Elena—, no quiero que le estés hablando así a Jen, no te eduqué de esa manera.

—Mamá, ella comenzó todo, es muy mala conmigo —aseguró con un fingido tono de horror, Jen lo fulminó con la mirada.

—No... le creas nada, Elena —gimió entrecortadamente.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Elena de pronto.

—¿Qué sonido, mamá?

—Es como... —se quedó en silencio—, como un zumbido, ¿qué no lo escuchan?

Los tres se quedaron en silencio y lo único que se escuchó fue el zumbido de las putas bragas violadoras. Jen se ruborizó a grados insospechados cuando el *cosplayer* comenzó a toser como siempre, tratando de disimular sus carcajadas.

—¿No será tu celular, Jen?

—N-no lo sé...

—Por aquí... —Elena tocó su pierna—, vibra por aquí...

—Mamá, deja a Jen, no puede contestar —regañó Chris con una enorme sonrisa—. ¿Te ocurre algo, cariño? Luces muy acalorada.

Jen respiró hondo. El cabrón había venido jugando con el control una y otra vez. Provocando que se pasara dos altos, apostaría que se había sacado sangre de tanto morderse el labio. Iba-a-matarlo.

—Tu hijo m-me saca de quicio, Elena —dijo entre dientes.

Tenía calor, mucho. Bajó la ventana y el aire fresco la calmó solo un poco, pero a su lado Elena se estremeció, por lo que de la nada, el aparato del diablo dejó de moverse. Chris lo había apagado.

—Lo sé, nena, Chris a veces es muy malcriado. ¿Estás mejor ahora? Te ves muy roja.

—Ahora estoy mejor —repitió, deseando que sus ojos fueran láseres para fulminar a Chris—. ¿Qué es lo que van a hacerte en el hospital? —Trató de calmarse mientras subía la ventana.

—Hemodiálisis.

—¿Tienes problemas en los riñones? —interrogó Jen.

—Sí, estamos en espera de un donante, de momento no es tan necesario...

—Sí lo es —gruñó Chris—, pero ya te dije que no batallaremos más, te donaré un riñón y fin de la discusión.

—No vas a donarme nada, corazón, ya te lo dije.

Jen se quedó aturdida, tratando de concentrarse en la carretera, no se imaginaba el problema de Elena, ni que Chris se ofreciera como voluntario. De solo imaginarse por lo que estaba pasando la pobre abuelita, o la preocupación de él, se le hizo un nudo en el estómago.



—¿Van a acompañarnos en la noche al baile anual? —preguntó Elena después de un rato de tenso silencio.

—¿Siguen haciendo esos bailes? —farfulló rodando los ojos.

—Por supuesto, cariño. Iremos, claro está.

—¿Baile, de qué? —curioseó Jen, deteniéndose fuera del hospital.

—Se celebra en el parque Nacional, la vista es hermosa y... ¿le cuentas tú, cielo? Nos vemos en dos horas.

Elena se bajó de la Ford y se despidió con una sonrisa. Diablos, ¿para qué mencionar ese estúpido baile? Su abuela le estaba poniendo las cosas muy difíciles.

—¿Por qué celebran un baile? —Jen se movió hacia un lado para que él pudiera tomar el volante.

—Es una tradición ridícula de por aquí, celebran una especie de día de San Valentín en pleno agosto.

—Qué raros —murmuró.

—No tenemos que ir si no quieres —se encogió de hombros—, le diré a mi abuela que estamos muy cansados por el viaje o algo.

Jen guardó silencio por lo que a Chris le pareció una eternidad. Sin duda un baile de ese tipo querría bailar con su esposo o algo. Esto se estaba saliendo de control, tenía que hacer que Jen regresara a Miami cuanto antes...

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó, concentrada en el paisaje.

—Estaba pensando que podemos hacer una fantasía, aprovechando que Elena está en consulta y Mateo en Aspen, ¿te parece? —Jen se ruborizó antes de asentir lentamente.

—Quiero quitarme esto cuanto antes, no puedo creer que me atormentaras así, ¡frente a tu abuelita! Fue demasiado, Chris, ¡apágalo de una puta vez! —chilló cuando lo encendió de nuevo.

—Nop, quiero que estés lista para cuando lleguemos.

—C-Creo que... —jadeó al tiempo que apretaba fuertemente los ojos—, estoy *muy* lista.

—¿Acaso te gustaría que te tomara a mitad de la carretera? —Trató de sonar arrogante, pero su voz ronca lo delató terriblemente.

—Sí, por favor... —medio gimió, medio jadeó—. Eso estaría bien.

Chris se quedó de piedra. *Putra madre*. Quería detenerse y cogérsela como un salvaje. Solamente Jen podía ponerlo a cien por hora y no era algo bueno, lo supo al acelerar para llegar a la casa.

—La fantasía es fácil, Jennifer —habló como si hubiera tragado tierra—. Seré doctor

y tú mi paciente. ¿Viste en dónde estaba el consultorio de Mateo, no?

—S-Sí.

—Bien, solo llegarás y tocarás la puerta como un paciente normal. Te espero ahí en diez minutos.

—¿No bragas? —preguntó Jen, su rostro ruborizado y sus mejillas encendidas.

—Esta vez irás justo como vienes vestida.

Chris llegó casi resbalándose por las prisas al consultorio de su abuelo. Se aseguró de retirar todo el material delicado de la repisa, así como de despejar cualquier papel que Jen pudiera echar a perder. A los pocos minutos escuchó que tocaban la puerta.

—¿Por qué te encerra...? —Ella se interrumpió al verlo vestido.

Se vistió con una bata blanca de su abuelo, además, el uniforme que llevaba abajo era de color verde acuoso. Se había puesto unas gafas también de su abuelo y un estetoscopio rodeaba su cuello.

—Adelante, señora Stanford —saludó con voz educada—. ¿Cómo sigue de salud? —dijo sin mirarla, porque podía imaginar su cara.

—¿M-Mejor? El asma casi no me molesta —balbuceó confundida.

Chris suspiró. A ella le costaba siempre entrar en un personaje, era muy tímida al principio, aunque en la cama comenzaba a desinhibirse más. Claro, aún era reservada, aún procuraba no gemir, todavía se empeñaba en cubrirse, y qué decir de las cosas raras con las que salía, pero ya llevaban muchos avances.

—Pensé que esta vez estaba aquí para hacerse un *Papanicolaou* —murmuró, encaminándola hacia su personaje.

—¡Oh no! No lo creo —aseguró ruborizada. Chris le lanzó una mirada asesina al tiempo que subía de nivel en el control.

—Sí lo creo, ¿qué tal se siente? ¿No presenta molestias? —preguntó de forma socarrona, ella lo miró de forma turbia.

—U-Un poco de molestias —jadeó—, *doctor*.

Chris por primera vez en años tuvo que hacer uso de toda la fuerza de autocontrol que poseía para no soltar una carcajada y arruinar el papel. Jen se veía adorable en toda su furia, con el rostro enrojecido, su pecho subiendo y bajando con fuerza.

—Por supuesto, la revisaremos primero de ese malestar —dijo de forma seductora, poniéndose de pie y guiándola—. Siéntese.

Titubeando, Jen miró la habitación. Él había colocado una silla de dentista que su abuelo poseía, justo en el centro. Realmente esperaba que la silla aguantara lo que pensaba hacer sobre ella. A un lado, había un pequeño compartimiento en forma de mesita, para poner los instrumentos que sin duda no eran de un médico.

—¿Desde cuándo presenta los malestares? —tanteó acercándose, viéndola como si fuera un depredador listo para comerse a su presa.

Capítulo Catorce

Jennifer tragó saliva ruidosamente mientras observaba al doctor caminar hacia ella. Tenía lo mismo de guapo que de inmoral.

—¿Desde cuándo se siente mal? —presionó.

—Desde hoy, supongo —respondió con la respiración agitada.

—Escuchemos su corazón. —Le subió con premura el suéter, colocándole entre los pechos el frío estetoscopio, sus ojos se encontraron con los suyos, una sonrisa maliciosa instalada en sus sensuales labios—. Vaya, parece un colibrí, late muy deprisa. Sin duda algo anda mal. Desnúdese.

Jen bufó ante la exigencia del señor personajes, lo que necesitaba era quitarse las putas bragas violadoras, aun así respiró hondo acatando sus órdenes; sin embargo, la arrogante sonrisa instalada en los labios de Christopher murió repentinamente.

—¿Qué-rayos-es-eso? —Lucía desconcertado cuando la miró terminando de sacarse los vaqueros.

—¿Esto? —Señaló a su faja, provocando que él cerrara los ojos.

—¿Por qué mierda te pusiste una faja, Jennifer?

—Siempre la uso... —murmuró viéndosela por todos los ángulos—. Ya sabes, me ayuda a tener todo en su lugar.

Después de ver cómo las bragas marcaban su pancita cervecera, no dudó en ponérsela. Era una pieza invaluable en su armario, la cubría hasta debajo de los pechos y le llegaba un poco arriba de las rodillas, la usaba siempre que podía, además, la había sacado de un montón de apuros.

—¿Haces esto a propósito? —Sonaba exasperado mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Qué cosa?

—¿Ponerte lo más terrible que tienes antes de comenzar una fantasía?

—Como te digo, es para tener todo en su lugar. —Él la ignoró.

—Vas por ahí diciendo: “quiero lucir tan terrible como mi capacidad me lo permita”.

—¡Es para acomodar lo que se bota de su lugar! —gritó cerrando en puños sus manos a los lados.

—¿Qué rayos se va a botar de su lugar, Jen? Estás loca, luces bien. —Sin mediar otra palabra, rebuscó en un cajón, antes de sacar unas tijeras y dirigirse hacia ella.

—¿Qué piensas hacer con eso? —Retrocedió asustada, no era para tanto, no merecía... *morir*, por eso.

—¿Qué crees? —Elevó una ceja.

Asustada, chilló de terror, corriendo lejos del loco doctor, hasta situarse detrás de una camilla. Cuando Chris trató de rodearla, Jen empujó la camilla contra él, pero no le dio, haciendo que se estrellara contra un montón de tubos de ensayo que se cayeron sobre el piso haciéndose añicos.

—¡Mierda, Jen! ¿Quieres por favor detenerte?

No le hizo caso y comenzó a aventarle algodones, bisturís, cualquier cosa a su alcance. Corrió hasta donde había un botiquín y encontró el alcohol, quizás si lograba rociarlo con eso podría cegar lo momentáneamente y luego buscar un fósforo... si iba a morir, lo haría peleando. Tomó el alcohol, pero antes de otra cosa, él la tomó con rudeza por la cintura. Jen luchó rogando por su vida, cuando la cargó hasta recostarla contra una extraña silla.

—¡Ayuda! —gritó por enésima vez.

—Jennifer, mírame. —Le sujetó el rostro, ella lo hizo aunque con la respiración entrecortada—. Cálmate, no voy a hacerte otra cosa más que esto. —Elevó las tijeras.

—¡No! No me mates —suplicó. El doctor sádico se soltó riendo, sometiéndola con su enorme cuerpo.

—No volverás a *des-excitar* a nadie —aseguró. Con horror, vio cómo acercaba las tijeras y... comenzaba a desgarrar su faja, importándole muy poco su chillido de indignación.

—¡Era nueva!

—No quiero ver que te pones algo como eso nunca más. Tú sí que sabes cómo desinflar una erección... o una fantasía. Y ahora por el amor a Dios, quiero que te comportes esta vez, ¿entiendes?

Jen se mordió el labio tragándose sus ácidos comentarios, calmándose mientras lo veía deslizar unos guantes por sus largos dedos expertos en la materia. Aún estaba furiosa viendo los restos de su faja sobre el suelo, cuando él la obligó a abrirse de piernas para “examinarla”. La joven contuvo las lágrimas de odio. Esa faja era una pieza invaluable, le encantaba, y ahora la pobre estaba destrozada sobre el suelo. De forma inesperada, toda su furia comenzó a disiparse cuando él empezó a retirarle las bragas. La sensación después de tener tanto tiempo ese condenado aparato, la hizo revolverse con calor. Jennifer trató de controlarse, sintiéndose tan estimulada que podía correrse al mínimo toque.

Así que respirando hondo, optó por imaginar a su ginecólogo, el doctor Vincent. Era un señor ya mayor de cabello ondulado y canoso, muy amable y atento. Se imaginó su rostro mirando fijamente el techo, la luz incandescente que estaba instalada en la silla la cegó parcialmente, por lo que movió la cabeza a un lado tan solo para encontrar una pequeña mesita llena de... *juguetes sexuales*. Se ruborizó profusamente, incluso de forma instintiva cerró las piernas.

—Señora Stanford, ya bastantes cosas raras ha hecho por hoy, ¿no le parece? —regañó—. Necesito que colabore, por favor no dificulte más mi trabajo —recalcó con voz malditamente seductora y ronca, forzándola a abrirse aún más.

—¿Qué tanto está haciendo allí? Seguramente... ni sabe nada, *doctorsucho* —dijo

respirando hondo al abrirse completamente de piernas para él, apoyó los pies aguantando la vergüenza de estar totalmente expuesta para el doctor.

—¿Me está cuestionando?

—Sí —refunfuñó, estaba aún enojada.

Chris no le respondió. Tomando un pequeño tubo del que salió un gel transparente, se untó un poco en los dedos y lo deslizó suavemente por su sexo, el líquido se sintió caliente haciéndola estremecer. Estaba pensado que aquello se iba a sentir frío, y además se encontraba tan sensible...

—Nunca cuestione mi trabajo.

—¿Entonces qué tengo? —jadeó revolviéndose excitada.

—Cálmese, señora Stanford —susurró, deslizando los dedos entre sus sensibles pliegues, robándole un gemido.

—N-No puedo... —se quejó, pero cuando él la miró, se derritió.

Tenía los ojos azules profundamente oscuros, el estetoscopio en el cuello, la bata inmaculadamente blanca, su aliento tan cerca... Se revolvió con deseo, sus pezones erguidos, su clítoris hinchado. Los ojos de Chris lanzaban oscuros destellos azules que la desnudaban y calentaban de una manera extraña, su sonrisa torcida, todo él le provocaba demasiado morbo.

—Tiene que poder, respire hondo, ¿sí? Al parecer padece de *estrechitis aguda*.

—¡Oh! ¿Eso es malo? —preguntó realmente alarmada. ¡Solo eso le faltaba!, tener una enfermedad mortal o algo.

—Ya veremos, la revisaré en este momento.

El médico tomó un pequeño aparato en forma de una bala, pero cuando lo giró y éste comenzó a zumbiar, Jen dio un respingo.

—¿Qué tanta confianza le tiene a eso? ¿Y si me da una descarga?

Él rodó los ojos para luego frotar el aparato contra su clítoris, robándole un grito al sentirlo, cerró los ojos presa de la sensación.

—*Estrechitis*, sin duda —aseguró con la voz áspera.

Pero Jen casi no lo pudo escuchar, respiraba pesadamente, y cuando el vibrador hizo círculos sobre su clítoris, se arqueó sujetándose de los reposabrazos, sin poder evitarlo, se corrió con un gemido ahogado, y luego se quedó ahí jadeando en trance.

—Señora Stanford. —Su voz, llena de reproche, la trajo de vuelta.

Jen parpadeó sintiéndose mareada. Chris estaba mirándola desde su posición, como si realmente estuviera examinándola en lugar de estarla masturbando con un vibrador. Se veía molesto, con la afilada mandíbula apretada y el ceño fruncido.

—Lo s-siento, ¿ya terminó? —indagó con timidez, ya que se habían arruinado las cosas, pero ¿qué tal que la *estrechitis aguda* era muy mala?

—La que terminó fue usted —dijo molesto—, y aún no puedo saber qué es lo que va a pasarle.

Ella aún no terminaba de bajar completamente del éxtasis, por lo que un suave gemido abandonó sus labios cuando él sostuvo el vibrador contra su clítoris, provocando que se retorciera. Las vibraciones del aparato contra sus húmedos y muy calientes pliegues, continuaban sin fin, por lo que se vio en la necesidad de aferrarse de nuevo al reposabrazos, no *debía* tener otro orgasmo.

Trató de enfriarse recordando que Chris le había explicado que si se corría rápido, la intensidad de la fantasía disminuía. Cerró los ojos, sin embargo las sensaciones que estaba experimentando poco a poco estaban logrando que perdiera el control, ella jamás había probado ni sentido algo tan intenso como lo que el vibrador le estaba proporcionando. Y para su desgracia, otra vez estaba al borde, iba a fallar y él lo sabía, el muy cabrón lo sabía y al parecer lo estaba disfrutando. Dejando el vibrador contra su clítoris, otras tan solo deslizándolo a su antojo. Inesperadamente, el doctor se puso de pie frente a ella, su mandíbula tensa, y justo ahí, Jen pensó que nunca había visto a nadie tan absurdamente seductor como él con esas gafas. Sin perder el tiempo, se quitó los pantalones de médico y se abrió la bata, dejando expuesta la deliciosa tableta de músculos en su abdomen, así como su erección erguida en toda su extensión.

Por primera vez, Jennifer lo miró sin pudor, convencida de que después que pasara todo esto, no volvería a verlo jamás. El doctor la miró con lujuria mientras deslizaba con suavidad los dedos por su sexo húmedo, para segundos después arrastrarlos por su abdomen, acarició sus pezones dejando un húmedo rastro a su paso, hasta llegar a sus labios. Jen se horrorizó cerrando la boca, no quería probarse. *¿Qué demonios le ocurría?*

—No —gimió—, e-es un depravado, esto... no.

—Abre la boca —ordenó, pero ella negó—. Jennifer, me va a encantar cuando me toque hacer de tu amo, ahora *abre-la-boca*, vas a probarte.

La joven volvió a negar y... mierda. Al doctor le brillaron los ojos con lo que sin duda era la mirada *cinco*. De la mesita tomó más lubricante y otro vibrador, uno grande, que la tensó cuando frotó sus ya muy sensibles pliegues con aquella monstruosidad, y sin preguntar ni avisar, le introdujo ese gigantesco consolador. La joven gimió alto y fuerte, él no perdió el tiempo, deslizando los dedos en su boca mientras bombeaba el vibrador dentro de ella. Chris continuó inclemente, y de la misma forma violenta sustituyó el vibrador por su miembro, haciéndola gritar de placer.

—*Shh* —jadeó en su oído, su respiración en ráfagas calientes—. Los demás pacientes la pueden escuchar, trate de controlarse.

Jennifer asintió, cerrando los ojos y sujetándose de esos amplios brazos, y por primera vez en todo este tiempo, se imaginó en un consultorio real, recostada de la misma manera, con el doctor Chris Herrera; afuera, la sala estaba repleta esperando su turno de consulta y ella se estaba tirando al sexy doctor. Quizás era casado como ella, y estaba *aburrido*... Sacudiendo la cabeza de esos pensamientos que conducían a Nathan, elevó las caderas acompañando las profundas estocadas del doctor al tiempo que se enredaba a su cuello como boa, besándolo con avidez. Chris sabía delicioso, a ese sabor único.

—Voltéate —ordenó de nuevo el doctor, retirándose con suma lentitud. La sensación cuando salió de su interior le provocó un espasmo—. No te vayas a correr otra vez, Jennifer —advirtió, dándole una sonora nalgada—. Esta vez no voy a tolerarlo.

Jen quería indignarse con semejante doctor mandón, pero decidió no tentar más la suerte, por lo que se acomodó como pudo en la pequeña silla de cuero, su culo estaba al aire, y sabía que detrás de ella se encontraba el doctor, desnudo en toda su hermosa gloria. Él la sujetó por las caderas, volviendo a hundirse en su interior, llegando esta vez más profundo, haciéndola gimotear. A diferencia de Chris, Nathan siempre hacía lo mismo. Por lo general solo hacían la pose del misionero... pero ahí, mientras el doctor tiraba de su cabello, obligándola a arquearse con sus inclementes envites, sus pechos bamboleando sin control, fue que se dio cuenta que también le gustaba esta clase de sexo.

No era sucia ni tampoco vulgar como siempre había pensado, era simplemente una forma de entregarse distinta, incluso real e igual de amorosa, solo que llena de pasión desenfrenada. Chris detuvo sus duros envites, y luego de forma suave le acarició la espalda antes de tomar nuevamente el lubricante. Líquido caliente se derramó por su ano y llegó hasta donde sus sexos estaban colisionando. El *cosplayer* dejó escapar un suave gemido antes de llevar uno de los juguetes a esa parte y... *ah, no*.

—No, doctor, no por favor... —jadeó al sentir el juguete empujándose en esa parte tan prohibida.

—¿No quieres hacer lo mismo que Viena? —preguntó con la voz contenida—. Si no quieres, puedo detenerme ahora mismo.

Con su mano libre le acarició la espalda, sin embargo la mantenía fija en su postura, su otra mano estaba ocupada deslizándole el juguete en círculos por el clítoris, haciendo que se mordiera los labios presa del placer. Jennifer jadeó, cerrando los ojos. Quería ser como la zorra, claro que sí, pero más allá de eso también quería intentarlo, si resultaba muy doloroso le diría que parara.

—B-Bueno, intentémoslo...

—Es muy pequeño, no te dolerá. Cuando yo intente meterlo, tú solo empuja, si no te gusta me detendré. Te lo prometo.

Ella lo sabía, él siempre se detenía cuando algo no le gustaba. Además, quería practicar esto con Nathan, quería sorprenderlo, así que consideró que estaba bien ir probando. Chris continuó con el juguete, pero esta vez de nuevo contra su ano, era frío y grueso. Jennifer empujó pero sintió una sensación extraña... incluso dolorosa. Se removió incómoda, no le estaba gustando. Chris dejó de presionarle la espalda para deslizar la mano entre sus costillas, continuó bajando hasta llegar justo en donde lo necesitaba, comenzado a hacer círculos lentos con el pulgar. La sensación era muy intensa y su cuerpo se descontroló ligeramente. El juguete se deslizó un poco más, Jen gruñó al tiempo que empujaba, logrando que se deslizara otro poco y continuaron así, hasta que aquello entró por completo. La sensación fue intensa y su vientre se contrajo expectante. Chris jadeó inclinándose contra su espalda. Su respiración era caliente y áspera, su voz ronca cuando murmuró contra su oreja.

—Listo, pequeña, ya está dentro.

El doctor le acarició la mejilla con suma ternura, sus ojos se encontraron en un momento de conexión única que no había sentido jamás con nadie, él pareció notarlo, o eso creyó, antes de que se separara abruptamente, se alineara tras ella y embistiera dentro de su vagina con inesperada fuerza provocando que gritara, asaltada por esa sensación de doble penetración. Chris podía comportarse tan extraño cuando tenían sexo. Era dulce y delicado, pero sus instintos más primarios siempre estaban detrás de toda esa superficie. Con su mano libre metía y sacaba el juguete, y con la otra hacía lentos círculos en su clítoris, todo mientras seguía con sus acometidas. *Dios*, ¿cómo podía hacer todo eso a la vez? Las conocidas sacudidas que anunciaban su orgasmo empezaron a acrecentarse violentamente, haciéndola gimotear.

—Do-Doctor, ya no puedo —lloriqueó.

—Entonces dámelo, Jen, dámelo ya.

Entró en ella de tal forma que le dio la impresión de que la iba a partir en dos, y con un devastador grito, Jennifer se corrió. El juguete llegando casi hasta sus entrañas mientras sus pliegues tiraban con fuerza del miembro de Chris. Ese orgasmo se convirtió, por mucho, en el más largo, exquisito y devastador que hubiera experimentado, incluso se murió unos segundos. A la distancia, escuchó un gruñido seguido de una maldición, Chris se estaba corriendo, aún embistiendo lánguidamente dentro de ella, instantes después sacó el juguete, salió de ella y la levantó en brazos, estrechándola contra su duro pecho, y en un acto por demás agradecido y tierno, rozó los labios con los suyos, sus ojos encontrándose por un breve segundo, todo tipo de sentimientos detrás de ellos la dejó sin aliento antes de que él sonriera y se dejara caer con ella en brazos sobre la silla.

—Creo que la enfermedad no se le va a quitar jamás —aseguró con la voz entrecortada, aún no recuperaba la respiración.

—Eso fue —sonrió—, muy intenso. Jamás había hecho nada igual.

—¿Estás bien? —indagó de pronto preocupado mientras le retiraba el cabello húmedo de la frente.

Jen pensó que seguía en su papel al observarla con detenimiento, como si realmente fuera un doctor preocupado por su paciente.

—No lo sé, tú dime... —Él frunció el ceño contrariado—. ¿O acaso era broma lo de la enfermedad? —Chris la miró confundido antes de que una risa melodiosa escapara de sus labios.

La estrechó contra su pecho, permitiéndole sentir las vibraciones tan masculinas de su risa. Jen respiró aliviada, entendiendo que todo era parte de la fantasía, aliviada también sonrió.

—Será mejor que nos vistamos, nunca se sabe con Mateo. —Ella asintió, preocupada.

—Sí, sé que eso debería hacer, pero estoy muy agotada, no siento mi cuerpo, yo... ¿crees que me puedas llevar a tu habitación? —Se ruborizó mirándose las manos—. Me tiemblan las piernas y no creo... no creo que vaya a poder subir sola.

—Por supuesto, te llevaré —murmuró casi indignado porque le pidiera eso, sin

embargo no estaba enojado, solo contrariado—. Me alegra que lo pidieras, aunque de cualquier manera pensaba hacerlo, esta noche estuviste formidable, tú... me diste algo único.

Jen no dijo nada, tan solo se ruborizó aún más sabiendo bien a lo que él se refería, escondió la cara contra la curva de su cuello, mientras Chris la llevaba cargando en brazos. Y en lugar de mantenerse quieta, se encontró aspirando su aroma. Olía a sexo, a su loción, a su perfume fresco y natural...

—¿Irás al baile? —preguntó contra la piel de su pecho.

—Probablemente.

—¿Y no crees que es... bueno, raro, que *vayamos* si en realidad tú y yo no somos nada? Se supone que es algo así como San Valentín, ¿no?

—Para mí no significa nada, *lagarto*. Todos los demás llevarán a sus esposas y novias, pero a mí me da igual si voy acompañado o solo, no pasaré de sentirme como harina de otro costal. No le des más importancia de la que tiene. —Sus ojos azules tenían un brillo travieso y no vio nada en ellos que la hiciera dudar de su afirmación, de que no le importaba en realidad si ella iba o no.

Maldición. Si realmente quisiera una relación seria con él, se le habría roto el corazón en ese mismo instante. «*Lo que está más que bien para mí*», se recordó con firmeza. Una vez en la habitación, el celular de Chris sonó. Jen lo miró alejarse aún desnudo para contestar. Con sus piernas torneadas, su musculosa espalda y ese culo... él era una obra de arte. Cuando terminó la llamada y se giró con una sonrisa hacia ella, por alguna razón su corazón se saltó uno o dos latidos ante su hermosa expresión de felicidad.

—¿Quién es Andrew? —preguntó hundiéndose en las suaves sábanas. Lo había escuchado nombrarlo durante la conversación.

Él elevó una ceja ante su atrevimiento. Jen se ruborizó por la intimidad que estaban teniendo, nunca había esperado tanta cercanía con nadie que no fuera Nathan, aunque el estar de esta forma con Chris ya no le molestaba... *tanto*. Era como dormir con un *gay*, eso se repetía desde que dormían juntos, asegurándose a sí misma que eso era el joven. De esa forma no se sentía culpable cuando amanecían abrazados, o por todo lo que hacían.

—Es mi mejor amigo, quiere que vaya a su casa, ¿quieres ir? —Su voz sonó ligeramente emocionada.

—¿Tendré que decir que soy tu novia?

—Nop, frente a él no es necesario. Solo con mis abuelos... quizás también si vamos de compras te tome de la mano, ya sabes, la gente siempre curioseosa...

—Está bien para mí —respondió satisfecha.

—Entonces, voy a ducharme y nos vamos.

Jen aprovechó para ducharse en otra habitación, y mientras se vestía, se preguntó si su amplio suéter verde sería también objeto de burlas por parte de Chris. Suspiró al mirar su cuerpo completo frente a un enorme espejo. Usaba ropa amplia porque sentía que cuando la usaba ajustada, las miradas de los hombres la seguían. Y si algo no podía

soportar era llamar la atención. Se estremeció involuntariamente al recordar la forma lasciva en que... Frank, uno de sus secuestradores, la miraba. Sus ojos negros comiéndose su figura, su risa estruendosa cada vez que enredaba los dedos en su cabello, a veces tirando con fuerza haciéndola gemir de dolor. Recordó con horror esos días de cautiverio, por lo que se abrazó a sí misma tratando de controlarse.

Jen pasó esa tortura amordazada, con las manos sujetas fuertemente en su espalda, aquello había dejado laceraciones en sus muñecas que dejaron incluso una fea cicatriz, pero nada, sin duda nada de eso, era tan espantoso como el hecho de estar semidesnuda frente a esos mafiosos. Después del traumático episodio por el que la habían hecho pasar, la vida de Jen nunca volvió a ser la misma. Se dio cuenta de eso con el pasar de los años, cuando ocultaba su cuerpo, cuando se estremecía ante la mirada de los hombres o se encogía ante la voz ronca de cualquier sujeto. Se había cerrado por completo al género masculino.

Nathan había logrado sacarla de esa miseria, le había hecho recuperar parte de su autoestima, con su dulce tacto y ligero carácter, sin embargo el pobre se había cansado al final de que ella no mejorara, de que se vistiera y se portara como una abuela. Jen frunció el ceño a su reflejo, estaba harta de esconderse, de vivir traumatizada. Por lo que sujetó el borde del suéter y se lo quitó, al igual que los amplios vaqueros que había escogido, cambiando todo su atuendo por esa ropa ajustada y acorde a su talla según Chris. Para rematar, se calzó unas botas altas que le llegaban a las rodillas. La hacían lucir sexy y confiada. Además se veían tan bonitas así todas largas de cuero, las amaba y se las pondría siempre que pudiera de ahora en adelante.

Chris llamó con suavidad a la puerta antes de entrar. La camisa era exactamente del color de sus ojos, y se ceñía celosa a su amplio pecho, los vaqueros de talle bajo, cayendo cómoda y seductoramente por sus largas piernas, en sus manos sujetaba una chaqueta de cuero. Era un modelo, y sin embargo, fue él quien silbó al verla.

—Te ves bien, *lagarto*. Muy bien. ¿Ves, qué te cuesta complacerme una vez? — comentó guiñándole un ojo.

—No lo hago por ti —refunfuñó ruborizada, intentando ignorar esa extraña electricidad que zumbaba en el aire, y al pasar a su lado, lo ignoró saliendo apresuradamente de la habitación.

Era increíble cómo Chris la hacía sentir, nadie la había hecho creer realmente que fuera tan bonita... nunca nadie logró que se sintiera tan deseada sin ponerla nerviosa. Por el contrario, cuando él se lo decía, un calor le inundaba el corazón y lo hacía palpar como loco ante sus gestos, incluso haciéndola sentir feliz. Ella apresuró el paso, no quería detenerse a pensar por qué le estaba pasando eso, o por qué no había corrido ya asustada lejos del *cosplayer*. Y mientras miraba por la ventana de la Ford, dejó que su vista se perdiera en el camino rodeado de árboles y montañas. Una hora después, llegaron hasta un lugar llamado "*Cherry Creek*", Chris venía muy sonriente, por lo que su alegría contagiaba a Jen. Seguro apreciaba mucho a ese amigo. Ambos se bajaron de la pick up al mismo tiempo que se abría la puerta del condominio, pero lo que Jen nunca esperó ver, fue al enorme y musculoso leñador de bosques que llegó hasta su lado. *No-podía-ser-cierto*. Jennifer lo alcanzó antes incluso de que saliera por completo a recibirlos.

—¿Andrew... Deck? —susurró al tiempo que se acercaba a un confundido Andrew.

—¿Jen? —preguntó desconcertado—, ¡oh, mierda! Sí, Dios, eres tú. —El hombre la encontró a mitad del camino, aplastándola en un enorme abrazo que por poco le fractura las costillas—. ¡No has cambiado nada!

—¿De dónde se conocen? —inquirió un extrañado Chris, sin embargo, al segundo, su expresión fue de asombro—. ¿Éste es tu *Andrew*, el mecánico?

—Gracias, viejo, también te extrañé —murmuró Andrew de forma sarcástica.

—Viví por un tiempo en Aspen, ahí nos conocimos —balbuceó.

—¿Recuerdas cuando me fui a trabajar por un tiempo? Bueno su papá era mi jefe —sonrió codeándola antes de guiñarle un ojo.

Jen simplemente no podía creerlo, ¡Andrew Deck estaba frente a sus ojos! Estaba impresionante, desbordando todos esos músculos en la ajustada camiseta negra, los vaqueros sentándole condenadamente seductores. Su olor especiado y fresco, nada había cambiado. Definitivamente el trabajo en la mina lo había puesto así, ¡Dios! Hasta calor le dio al observar ese cuerpo. Terminaron después de su incidente, sin explicaciones, había sido una perra y aunque lo quiso mucho, lo único que pensaba en aquellos momentos era en salir cuanto antes de Aspen. Pero después, viviendo en Miami, le suplicó a su papá que le diera trabajo en Denver, de donde Andrew realmente provenía, ya que él siempre parecía extrañar su casa. Thomas había accedido de inmediato. Jen sonrió, viéndolo aquí radiante y contento, le trajo buenos recuerdos en lugar de malos.

—¿Qué hacen ustedes dos juntos? —Frunció el ceño—. Chris, por favor no me digas que tú y Jen... —Lo miró realmente aterrado.

—No, ella es solo mi amiga. Nos conocimos en el trabajo, está aquí de visita únicamente —respondió en tono malhumorado. Andrew los miró alternativamente, la duda instalada en sus profundos ojos negros.

—Nunca habías dejado que nadie manejara tu Ford, es un clásico, ni siquiera dejaste a Evelyn —afirmó, el nombre de la susodicha se sintió como un pequeño balde de agua fría.

Ahora estaba en el territorio de esa mujer, ¿y si Chris quería verla? ¿Y si volvían? Mierda, ¿pero a ella qué más debía importarle?

—Perdí una apuesta, parece que le enseñaron bien de mecánica —reconoció de forma escueta. Andrew pareció creerse lo que su amigo le dijo, porque la miró sonriente otra vez.

—¡Oh, Jen! —dijo visiblemente emocionado—. Tenemos que ponernos al día, no sabes lo feliz que estoy, haremos una reunión con toda mi familia mañana, contaremos historias, comeremos elotes asados...

—¡Me encanta! —canturreó emocionada.

—¿Irán *todos*? —preguntó Chris en voz más baja de lo normal.

—Síp —confirmó Andrew lanzándole una mirada inquisitiva.



Aquella canción que decía: “*Que pequeño el mundo es...*” le quedaba como banda sonora a la vida de Chris.

Era imposible que Jennifer, de todas las mujeres del jodido mundo, fuera la ex de su mejor amigo. El *cosplayer* había crecido al lado de Andrew, por el amor a todo lo sagrado, era como su hermano, su eterno compañero y aliado. ¿Cómo jodidos iba a superar que hubiera salido con Jen? ¿Se habrían acostado? ¿Conocería la delicadeza de cada curva en su cuerpo? ¿La suavidad de su piel? Cerró los puños con ira contenida. Mierda, ahora sí estaba jodido. Estaba hiperventilando, incluso medio gruñendo cuando entraron al departamento de Andrew, aquel que ahora compartía con su padre.

Christopher respiró hondo en un intento por controlarse, no era posible cómo todo había cambiado en tan solo unos segundos, años de amistad estaban por irse al trasto donde se enterara que Jennifer había dormido con Andrew. Simplemente era algo que le resultaba intolerable. Era estúpido y jodido, no debería estar pensando ni siquiera en eso, no le incumbía, pero por alguna razón no podía pensar en nada más ni tampoco sobrellevarlo.

—Es que no me lo puedo creer —expresó Fidel, el padre de Andrew, mirando a Jennifer. Chris suspiró, él tampoco podía.

—Fidel, a mí también me da mucho gusto volver a verlos —sonrió Jen visiblemente contenta.

—¿Cómo sigue Thomas? Mándale mis saludos, dile que por aquí todo va bien con las minas. Siempre le voy a estar agradecido por permitirle a Andrew volver a casa, todo fue más fácil cuando regresó, es bueno tenerlo cerca, Aspen nunca me gustó.

—A mí tampoco —murmuró Jennifer distraída.

¿Minas? ¿Las impresionantes minas de...? Oh mierda, claro. “*Corporación Stanford*”. Esto era culpa suya y de nadie más. Había sido un imbécil al nunca interesarse por su vida, no le importaba su pasado más allá de lo que ella quisiera contarle. Nunca le dio importancia a aquel Andrew que había sido su novio, y ahora, escuchando aquella familiaridad con la que se trataban, le resultó todo tan bizarro que se tuvo que sentar.

Estuvo malhumorado, escuchándola hablar sobre su vida en Miami, sin embargo, agradeció que ella fuera la novedad, así no le preguntarían a él más que cosas básicas. Por su lado, Andrew quería saber todo sobre ella, su ansiedad por ponerse al día sinceramente lo estaba encabronando. Sus grandes manos tocándola de vez en cuando. Sentada a su lado, Jen se veía pequeña e indefensa, incluso algo cohibida. Chris midió a su mejor amigo, seguro como el infierno de que estaba tomando esteroides, todos esos músculos se veían hasta exagerados; y cuando Jen deslizó un dedo por sus músculos, halagándolo... Chris se tensó. Su cuerpo amenazando con traicionarlo al interponerse entre esos dos. Se pellizcó el puente de la nariz cerrando los ojos, su mente planeando toda clase de maldades lo hizo curvar los labios en una sonrisa. ¿Se vería muy despiadado si comentaba el minúsculo detalle sobre que Jen era *casada*? Porque ella parecía haber olvidado eso...

Sacudió la cabeza, mierda. No quería jugar limpio... Un momento... ¿jugar?, ¿a qué?

—¿Irán al baile anual?... John y los demás vendrán, podemos ir todos juntos. ¿Qué opinan? —preguntó Fidel.

—¿Quieres irte con nosotros, Jen? Te la pasarás genial, podemos bailar un poco, además me muero por ponerme al día.

Cabrón, por supuesto que quería ponerse al día.

—Me encantaría —respondió contenta, antes de que por fin lo mirara—. ¿Te molesta si me voy con él?

Diablos sí, quería subirla sobre su hombro y meterla a la camioneta, quería enterrar los puños en el que hasta hoy había sido su hermano, quería... Andrew le lanzó una mirada que claramente decía “*no interfieras*”. ¿Qué rayos le estaba pasando? Chris sacudió la cabeza. No quería a Jen, y sin duda ella no era suya. ¿*Suya*? ¡Mierda!

—No te preocupes —masculló entre dientes—, allá nos vemos.

Aún medio gruñendo se subió en su Ford. La verdad que ya ni quería ir. ¿Qué dirían sus abuelos de todo esto? Puta madre, las mentiras se estaban complicando. Respiró profundamente, y el olor a frutas que había dejado Jen se coló por todos sus sentidos, excitando al traidor de su pene.

Aspirando aquel embriagador aroma, recordó la intensa sesión de sexo que había tenido lugar en el consultorio de su abuelo. Ella había confiado en él, dándole algo valioso y único que solamente sería desvirgado una vez. Se había sentido tan complacido, tan increíblemente orgulloso de ella, que su cuerpo completo se había calentado con algo más que pasión. Solo que, apenas su cerebro registró aquel cambio de mierda en sus emociones, se obligó a comportarse como el profesional que era, volviendo de lleno a su papel. Después, cuando ella se estaba alistando, ordenó todo, y ahora tendría que llegar a la farmacéutica a comprar varias cosas que, como siempre, habían salido dañadas por culpa de la joven.

Pensar en toda esa mierda confusa que sentía alrededor de ella lo hizo estremecerse al bajarse a la tienda. Guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta negra y el cuero crujió bajo sus hombros al tiempo que tomaba más aire. ¿Tanto era su deseo de ver a Andrew? ¿Sería que finalmente y gracias a este encuentro dejaba a Nathan para irse con otro? Qué jodido sería eso. Intentando sacarse de la mente la imagen de Jen en los brazos del maldito señor esteroides, pensó en la forma bastante sutil en que le había dicho que con *él*, no quería ir al baile.

Quizás era porque se sentía extraña después de lo que habían hecho, Chris lamentó haber jugado bajo al lanzar la carta de Viena, no tenía derecho, sin embargo, ella de nuevo lo había sorprendido al darle más de lo que nunca se hubiera imaginado, y por ridículo que pareciera, se sentía bien por haber compartido una *primera vez* juntos. El que ella escogiera a otro no debería tenerlo jodidamente preocupado, pero últimamente se preocupaba por todo, ¿no?

—¿Y Jen? —preguntó su abuelo tan solo verlo llegar al parque donde se realizaría el estúpido baile.

—Resulta que conoce a Andrew, eran mejores amigos —sonrió con ironía—, no tardarán en llegar. —«*Espero*», agregó para sus adentros.

—Y bueno... —Elena lo miró con sus profundos ojos azules llenos de dudas—. Yo he querido... decirte que no nos esperábamos esto, pero estoy encantada, Jen es muy linda y se ve que la amas.

—Aún me cuesta verte con alguien que no sea Evelyn —dijo Mateo—. Pero no me hagas caso, comparto la opinión de tu abuela.

Diablos, aquello fue como un golpe en el estómago. Miró hacia las copas de los pinos que adornaban todo el paisaje y respiró un necesario soplo de aire fresco antes de volver a hablar.

—Hay que seguir adelante.

—Lo sé, cielo, a mí solo me interesa que seas feliz. Años sin verte me estaban matando, te escuchabas vacío, sin vida, y eso me tenía muerta de miedo...

Su abuela suspiró mientras Chris la observaba, sin dar una respuesta en concreto, tratando de utilizar su mejor cara de póker. Aunque igual no necesitaba decir nada, estaba seguro de que incluso con tanta distancia de por medio, Elena era capaz de adivinar por lo que estaba pasando.

—Estás tan cambiado —balbuceó aturdida, mirándolo como si no lo conociera, y aquello le dolió.

—Nada ha cambiado, abuela, sigo siendo el mismo.

Para su suerte, la música comenzó a sonar, y las personas se acercaron a la pista de baile. El sitio lucía excepcionalmente impecable. Incluso sus abuelos habían ayudado a decorar parte de los árboles con pequeñas luces blancas, y varias personas estaban preparando todo para lanzar globos de *cantoya*. No habían pasado más que un par de minutos de incómodo silencio al lado de sus abuelos, cuando escuchó a Jen riéndose al lado de Andrew. Su menuda figura enseguida de ese gigante lo hacía querer contratarle un guardaespaldas, Jen no debería estar cerca de semejante tipo, sola. La sangre ardió en sus venas y se encontró apretando los puños a los lados, y cuando Andrew tiró de ella para que bailaran, estuvo seguro de que un gruñido bajo abandonó sus labios.

—Cielo, solo está con su amigo... además Andrew también es tu mejor amigo, no hay razón para ponerte así —susurró Elena acariciando delicadamente su brazo—. Nunca te había visto tan molesto, de verdad la quieres, y aunque no lo creas eso me tranquiliza, me gusta saber que no estás solo en esa enorme ciudad. —Chris se congeló en su sitio, *no*, no la quería... al menos no de la forma que Elena no se cansaba de profesar—. Iré a buscar un poco de comida, no me tardo, ¿está bien?

Chris aún no recuperaba el habla, incluso cuando su abuela se marchó, y por estúpido que pareciera, no podía dejar de pensar en mil formas de ahorcar a Andrew, sobre todo cuando Jen se resistió a bailar y lo condujo hacia una mesa. Quería saltar sobre su amigo y lanzarlo algunos metros lejos de su *lagarto*...

—Hoy tuve muchos avances en el caso de tu madre —comentó Mateo repentinamente, borrando sus estúpidos deseos asesinos—. Fue un gran día. —Chris cerró

los ojos.

—Abuelo...

—Los tienen, Chris. Finalmente tienen a esos engendros detenidos.

—¿Cómo dices? —preguntó estupefacto.

—Los encontraron en Aspen, estamos seguros que fueron los causantes de la muerte de Liliana y otras mujeres, tienen una red que manejan desde Springs. Incluso fuera del país hacia Europa, es una gran mafia rusa que se dedica a la trata de blancas, fue un golpe de suerte que los detuvieran en Aspen, sin embargo son solo cargos menores.

»Ahora la policía está esperando que una chica testifique en su contra, es de vital importancia, de hecho la única que puede detenerlos, de lo contrario podemos perderlos y me imagino que esta vez será para siempre.

—¿Estás seguro? —demandó aún aturdido.

—Sí —suspiró—, solo que la chica se rehúsa a confrontarlos... ya le han mandado dos citatorios y no ha asistido. La verdad no estoy seguro que vaya a querer hacerlo.

—¿De dónde es la chica?

—No lo sé.

—¿Y no sabes el nombre?

—No... solo sé que es muy rica y que teme por su reputación —aseguró Mateo, sus ojos bailando angustiados.

Mierda, ¿por qué estaba ligando esto con Jen? Era imposible, ella... ella no podía ser esa chica, aunque su historia sin duda era muy similar a la forma en la que se manejaba esa mafia. Jodida mierda. Respiró entrecortadamente, arrastrando una mano por su cabello, tirando con fuerza desde la raíz. Hijo de puta. Jadeando, Chris tuvo que aceptar al menos, ante sí mismo, que si por alguna jugada cruel del destino, Jennifer fuera esa mujer, tendría que atestiguar y estaba seguro como el infierno de que no lo haría. A ella no le importaba la reputación, era más bien el terror que aún tenía, siempre había sido palpable; de solo imaginarla indefensa, con miedo, enfrentando a esos cabrones... de pronto lo vio todo rojo. Un desconocido instinto de protección lo tenía casi tambaleándose en su sitio.

—¿Estás bien, Chris? —inquirió Mateo visiblemente confundido.

—No... es decir... —Su voz sonó ronca, sacudió la cabeza—. Abuelo, no estoy seguro de las cosas... te prometo que mañana te explico, ahora... solo necesito algo de tiempo, a solas.

—No te preocupes, hijo, los van a capturar, nunca dejaré impune la muerte de tu madre —afirmó su abuelo, dándole unas palmaditas en la espalda antes de alejarse.

Su madre.

Eso era mucho peor, finalmente los asesinos de Liliana estarían tras las rejas, ¿y lo único que le importaba era que Jen los enfrentara? Suponiendo que fueran los mismos. Por Dios, probablemente no era ni siquiera el mismo caso. Caminó internándose un poco en el parque, se sentía acorralado, estúpido. Se había salido mucho del camino, todas las

murallas que había creado alrededor de su vida se estaban desmoronando y todo por culpa de esa chica.

—¿Qué te crees dejándome sola? —interrogó una suave voz, deslizando una mano entre su brazo, deteniéndolo.

El joven se detuvo cuando ella tiró de su brazo, luego, lo rodeó para apoyar delicadamente la cabeza contra su pecho. Olía a frutas. Chris no supo cómo sentirse. Era ridícula la forma en que al escucharla, una media sonrisa torció sus labios, la forma en que su aroma logró reconfortarlo, calmarlo, y no pudo más que sonreír mientras hundía la nariz en el cabello caoba de Jennifer. La rodeó con los brazos, aspirando su aroma. Diablos, qué bien se sentía tenerla a salvo.

—No quería interrumpir el reencuentro *con-tu-novio* —dijo sarcástico.

—Aquí mi único novio eres tú —aseguró, haciendo que se estremeciera—. Tus padres están por allá y no quiero darles una impresión equivocada.

—Jen... no tienes que seguir fingiendo... yo... lo siento. —Se pasó una mano nerviosamente por el cabello—. De verdad lamento haberte involucrado en todo esto y... —Ella le puso un dedo en los labios, sus ojos insondables.

—Los dos tenemos problemas y cosas oscuras en nuestra vida, Chris. Déjame ayudarte así como tú me has ayudado a mí.

El *cosplayer* suspiró, perdiéndose en sus profundos ojos tan verdes como el bosque, eran increíbles y llenos de misterios, y cuando ella le sonrió, no pudo evitar sujetarle la mano.

—¿Quieres bailar? —La miró con una sonrisa.

Jen lucía esta vez diferente, con ropa de acuerdo a su talla y se veía increíblemente hermosa, las altas botas de cuero negras la hacían verse por demás seductora, Dios, la quería desnuda únicamente con esas botas. Las demás chicas ahí presentes iban vestidas como si realmente fuera un baile de graduación o algo, con vestidos ostentosos y peinados exagerados. Jen simplemente era hermosa en su sencillez.

—No sé bailar —rodó los ojos—, ¿recuerdas?

—De hecho, recuerdo *muy bien* tus movimientos —comentó arrogante tirando de su mano pese a sus protestas y arrastrándola a la pista de baile.

Varias personas se giraron para verlos. Jen chillaba que la soltara mientras él la forzaba a entrar en la pista. Era estúpido estar haciendo esto, todos los ahí presentes lo conocían, sabían de su larga relación con Evelyn. Por su lado, Andrew le lanzó una mirada furibunda, Evelyn era su prima y seguramente querría hablar de esto, pero ahora en lo único que podía pensar era en la chica que sonriendo, negaba con la cabeza de forma reprobatoria. Lo pisó, como mínimo diez veces, chocaron contra varias parejas, hasta que al final, Chris mejor optó por subirla a sus pies.

—Bájame, Chris —suplicó—, mejor vamos a sentarnos...

—No. —Sujetó con ambas manos su pequeña cintura, moviéndola al compás de la música—. Recuérdame nunca dudar de tu palabra, eres la chica más descoordinada del

mundo.

—Cállate, además esto es ridículo —susurró recostando la cabeza contra su pecho, sus mejillas encendidas.

—¿Qué? ¿El que no sepas bailar?

—Todo... —musitó—, me siento como una niña.

Por supuesto que él no perdió oportunidad de molestarla por eso, pero aun así continuaron riéndose mientras practicaban los pasos. Jen ahora estaba colgada a su cuello, estaban cerca, demasiado cerca. Portándose como un par de borrachos, o unos estúpidos adolescentes. La canción *Stay* de *Rihanna* sonó, logrando que la pista de baile se despejara un poco, por lo que, seguro de que nadie sería pisoteado, Chris bajó de sus pies a Jen.

—*Funny how you're the broken one, but I'm the only one who needed saving... Cause' when you never see the lights it's hard to know which one of us is caving...*

¿Por qué mierda estaba cantándole la canción a Jen cerca del oído?

Quizás porque justo en ese momento, sentía la letra de la canción como propia. El *cosplayer* se estaba hundiendo en un mundo que se había complicado demasiado, y ahora, realmente lo único que su corazón deseaba, por alguna razón por demás alienígena pero innegable, era que ella se quedara. Aunque claro, cantándole al oído como alguna clase de pervertido de preparatoria, lo único que lograría sería alejarla. Se recordó que ella solo estaba cumpliendo un propósito, por el amor a todo lo sagrado, ella tan solo era su clienta. Confundido, estuvo a punto de soltarla, pero no lo hizo porque ella lo sorprendió mirándolo de forma intensa. Así, tan cerca como estaban, pudo apreciar las pequeñas pecas en sus mejillas sonrosadas, ella nunca se maquillaba y así era perfecta. Incluso se había fijado también en el movimiento de sus labios. Su labio superior era ligeramente más grueso que el inferior, sus ojos verdes, los más transparentes y cristalinos que hubiera visto jamás.

Una pequeña sonrisa jugaba en los labios de la joven, como si le gustara todo lo que veía a través de él. Y Chris sintió el momento exacto en que cayó como embrujado, sin poder evitarlo, se acercó más, necesitando embriagarse de su aroma. Era un estúpido, sin duda, pero eso es lo que había estado haciendo desde las últimas semanas, o qué tal, ¿desde los últimos años? *Estupideces*. ¿Qué más importaba si realmente se moría por besarla aquí y ahora?

Así que sujetó su pequeño rostro entre sus manos, y sin pensar en las consecuencias, la besó despacio, tocándola con sumo cuidado, como si fuera un cristal y temiera romperla en mil pedazos. Acariciando sus labios con lentitud, degustándolos como un dulce manjar, para su grata sorpresa, ella no opuso resistencia, lo que tomó como carta abierta para seguirlo haciendo. Su corazón se disparó en una loca carrera cuando Jen suspiró, devolviéndole el beso. Sus delicados brazos lo rodearon con fuerza, buscándolo con algo más que pasión contenida. Y de pronto, fue como si estuvieran envueltos en una fantasía, una donde solo eran dos enamorados besándose bajo una estúpida carpa iluminada, en un parque, rodeados de curiosos.



Y si estar besando a Chris como si no hubiera un mañana no era un indicio de que estaba perdiendo la razón, entonces no sabía qué lo era. Una voz en su cabeza le gritaba que detuviera eso de inmediato, que absolutamente *todos* los estaban viendo. Pero la otra voz era más contundente, aplastante al gritarle que estaba tan lejos de casa, dolida y con un divorcio en puerta, le dijo que disfrutara de esto, porque en unos días no volvería a verlo *jamás*. Y sí, el solo hecho de recordar eso le sacudió el corazón.

De pronto recordó que tampoco estaba respirando. Como si leyera sus pensamientos, Chris rompió el beso, sin embargo apoyó la frente contra la suya, su corazón bombeaba rápido, podía sentirlo al tener aún las manos apoyadas en su duro pecho. También ella respiraba agitadamente, en su interior se habían removido cosas extrañas, ¿ahora a quién iba a culpar por esto?

—¿Quieres una bebida? —preguntó sacándola de un estúpido trance. Aún temblorosa solo fue capaz de asentir.

—M-Me sentaré un poco... si eso no te molesta.

—Para nada, te alcanzo en unos segundos. —Y de forma totalmente inesperada, la besó de nuevo dejándola mareada.

Jen caminó sintiendo que flotaba entre nubes, una de sus manos voló incluso de forma estúpida a su boca, donde se tocó los labios. Ese beso había sido... especial, muy especial. De hecho también los últimos días al lado del *cosplayer*. Sus labios aún hormigueaban y su corazón se había derretido como nunca lo había hecho. Estaba mal y jodido, pero aun así lo buscó con la mirada, necesitando saber si esto era real, lo encontró intercambiando un par de palabras con Andrew. Seguramente estarían hablando de esto. Se ruborizó mirando hacia otro lado, tan solo para encontrar a Elena y Mateo. Ambos estaban sentados en una pequeña banca, riéndose mientras Elena le daba de comer pastel. Y por primera vez en todo este tiempo, la joven no fantaseó con Nathan. Su marido consideraba ridículas esas demostraciones de afecto, tampoco hubieran bailado, y mucho menos la habría besado en mitad de una pista frente a todos sin importarles el qué dirán.

Jen se dio cuenta entonces que estaba poniendo a Nathan sobre un altar como si fuera un santo, cuando no lo era. ¡Por Dios! Pero si ¡*la había engañado!* Aquello la sofocó ligeramente y contuvo un gemido de dolor. Miró de nuevo a Chris quien le guiñó un ojo ignorando a Andrew. ¿Podría dejar a Nathan de lado y...? No, por el amor de Dios, no podía ir ahí. Sacudió la cabeza, estaba pensando muchas tonterías, esto solo era un trabajo para él. Se repitió que faltaba muy poco para que esto terminara, sin embargo aquello dolió como si se hubiera abierto un doloroso hueco dentro de su pecho, impidiéndole respirar.



—¿Entonces estás diciéndome que no son nada? ¿Crees que no te conozco? —bramó su amigo, empujándolo.

—Andrew —advirtió sosteniendo con fuerza las bebidas en su mano, eran lo único que impedía que lanzara a su amigo lejos—. No tengo por qué darte explicaciones, ni tampoco ella. Lo que pasa entre nosotros es algo que no tienes por qué saber. Créeme.

—Claro que me merezco una explicación, no solo porque ella fue mi novia y ahora tú la estás besando...

—¿Qué quieres decir? —interrumpió el *cosplayer*—, ¿que aún no la olvidas? Por favor, eran un par de adolescentes.

—Es también por Evelyn, nunca me has dicho qué jodidos le hiciste. —Aquello lo dejó sin aliento.

—¿Q-Qué le ocurre?

—Eso mismo te pregunto yo a ti, no es la misma desde que la dejaste sin más. —Lo miró con furia—. Chris, ella es mi familia. ¿No lo entiendes? ¿No has pensado lo que significó para mí que la dejaras de esa manera? Eras mi mejor amigo hasta entonces.

Andrew era su mejor amigo, *todavía*. Siempre habían sido competitivos con todo, eso le encantaba a Chris, los retos, las aventuras... Nunca se había detenido a pensar la forma en la que su actitud había afectado su amistad con Andrew.

—¿Estás diciendo que ya no somos amigos?

—No es a mí a quien le debes una explicación —refutó.

Ambos hombres se quedaron repentinamente en silencio cuando una suave brisa trajo un olor cítrico. Chris se quedó de piedra cuando una pequeña mano se posó en su hombro. Se estremeció como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—Evelyn —susurró sin necesidad de voltear.

—¡Oh! Basta, chicos —se quejó con una risa—. Odio verlos discutir por algo que ya pasó hace tanto tiempo.

—Evelyn, es que yo... —empezó su amigo.

—Ya no digas nada, Andrew, te pedí... no, *te exigí* que no hablaras de esto con Chris... —reprochó, sin embargo su tono fue dulce, interponiéndose entre ellos.

Chris se quedó ahí helado viendo a los primos discutir. Se sentía en otra dimensión, como si tan solo fuera un espectador de su propio cuerpo, hipnotizado por Eve. Que el cielo lo ayudara, estaba preciosa, incluso más que antes. Sus curvas se habían acentuado, marcando sus caderas tras aquel frágil vestido verde. Sin poder evitarlo, recordó cada segundo a su lado. Había recorrido cada curva con la lengua, la había adorado y venerado todos los días. ¿Sería posible que una criatura como ella aún siguiera sola? Tenía que saberlo.

—¿Podemos dar un paseo? —interrumpió, perdiéndose en los ojos miel de la rubia. Ella parpadeó, la sorpresa en todo su rostro.

—Seguro que no —gritoneó Andrew.

—Sé tomar mis propias decisiones, muchas gracias. —Miró a Chris—. Me encantaría —susurró caminando hacia donde estaba.



—¿No vienen, cielo? —A pesar de lo suave de la voz de Elena, Jen dio un respingo. Levantó la vista tan solo para encontrarse con la pareja con las manos entrelazadas.

—¿Qué harán? —preguntó apuntando a lo que sujetaba Mateo.

—Es hora de soltar los globos de *cantoya* —sonrió.

—Oh... —sonrió buscando al *cosplayer* tímidamente con la mirada—. Si quieren adelantarse, yo... esperaré aquí a Chris.

—Estaremos allá —apuntó hacia la orilla—. No tarden.

Jen asintió con una sonrisa, quería que Chris le enseñara a lanzarlos. Quería seguir fingiendo ser su novia, por primera vez se sentía bien haciéndolo. Se sentía libre, diferente. Pronto el cielo comenzó a iluminarse con todas esas esferas, haciendo un magnífico contraste con el cielo profundamente negro. Frente a ellos, el hermoso lago reflejó todos aquellos globos, era algo tan hermoso que nunca lo iba a olvidar. ¿En dónde estaría Chris?

—Él se tardará un poco —comentó Andrew acercándose a ella, como si leyera sus pensamientos. Cuando se sentó a su lado, sujetó su mano, sorprendiéndola.

—¿A dónde fue? —preguntó tratando de sonar indiferente.

—Creo que tiene cosas que arreglar con Evelyn... —explicó Andrew.

A Jennifer no le gustó cómo sonaba eso, y lo buscó con la mirada, tan solo para que su corazón diera un vuelco al verlo alejándose entre los árboles de la mano de una rubia... *Evelyn*.

—¿Quieres prender un globo? —. Jen estaba tan aturdida que los ojos le quemaban—. Te aseguro que no es peligroso.

No podía responderle, estaba inmóvil, no podía incluso respirar. Y mientras lo miraba alejarse con ella, justo ahí, Jen recibió la dosis de realidad que necesitaba. Chris no la quería. Qué estúpida fue siquiera en pensar eso. ¿Por qué rayos iba a quererla? ¿Por qué *ella* iba a quererlo a él? *Estaba casada*, estaba haciendo esto por Nathan. Sin embargo, aún estaba aturdida cuando acompañó a Andrew a comprar un globo.

—¿Qué significa lanzarlos? —preguntó en voz baja, intentando con todas sus fuerzas no pensar en el *cosplayer*.

—Es una tradición oriental, dicen que si antes de lanzarlo pides un deseo, al llegar al cielo éste se cumplirá —respondió Andrew.

Jen miró a los abuelos de Chris a la distancia, ellos encendieron el globo de *cantoya*, luego lo soltaron entre risas para que se lo llevara el viento. Sus manos unidas en todo momento, y cuando lo perdieron de vista, se dieron un tierno beso. Un amor así, de tantos años, tan bonito y difícil de destruir era lo único que quería. Se quedó de pie en la orilla del lago, estaba sola, en todos los sentidos. Su globo comenzó a tomar forma, despegando de sus manos, mirándolo partir, Jennifer pidió su deseo: tan solo ser feliz.

Capítulo Quince

Con cada paso que daba alejándose, Chris se sentía más liberado y feliz. Era imperativo terminar con lo que sea que estaba pasando con Jen. Sujetando con fuerza la mano de Evelyn, se alegró de darse cuenta por fin del grave error que estaba cometiendo.

«Sí, imbécil, repítete eso hasta que el poder de la mentira te convenza», pensó.

De forma inconsciente, se frotó ligeramente el pecho, sintiendo un dolor que más bien se asemejaba a un extraño vacío. Respiró hondo, estaba todo tan jodido. El viento fresco, con olor a lluvia y pino, lo golpeó en el rostro y sin embargo, no logró despejarse ni tampoco se llevó esa extraña sensación. Sacudió la cabeza, la idea de hacerse falsas ilusiones lo estaba carcomiendo. ¿Qué rayos le estaba pasando?, ¿y por qué siquiera se planteó esa mierda?

—Y... ¿dónde te habías metido? —Su voz fue cálida como una caricia, pero de cualquier manera logró que diera un respingo, recordando que no venía solo. *Mierda*.

—Yo... bueno, ya sabes —balbuceó—, en Miami. —Eve sonrió, sus ojos concentrados en el camino.

—Eso lo sé, me refería a en qué trabajas o qué has hecho, además de evitarme durante todo este tiempo —reprochó, sin embargo no pudo ocultar una sonrisa juguetona al mirarlo.

Christopher suspiró recordando su tiempo juntos, antes nunca se habían andado por las ramas, supuso que ella esperaba lo mismo ahora. Tendría que lidiar con la decepción. Lo que estaba haciendo en Miami era algo con lo que pensaba ser sepultado.

—Lo siento, yo... he estado trabajando, ya sabes, en esto y en aquello...

«Como cosplayer, complaciendo las fantasías sexuales más retorcidas que te puedas imaginar, soy todo un experto en realidad, ¿te sentirías orgullosa de mí?», pensó para sus adentros.

Evelyn elevó una ceja, escuchando sus estúpidos balbuceos, no le creía, estaba claro, pero siguió hablando durante el camino hasta que llegaron a una estrecha plataforma que daba directo a un hermoso y pequeño lago, al que siempre iban cuando eran novios. Sus pasos crujiendo bajo la madera, haciendo eco por todo el lugar desierto. Al llegar al borde, Evelyn se sentó de forma ágil y despreocupada, recogiendo sus piernas contra su pecho. El viento soplaba cada vez más fresco, pero a la chica parecía no importarle mientras se le arremolinaba el cabello contra las mejillas.

—¿De qué querías hablar entonces, Chris? No paras de evadirme, si esto te resulta tan incómodo como parece, no es necesario que tengamos esta conversación y lo sabes.

Él suspiró desviando la mirada, la luna frente a ellos se reflejaba distorsionada en las suaves ondas que el viento formaba contra el agua del lago, el aroma a naranja y cítricos a su lado lo hizo recordar noches enteras de conversaciones al lado de Evelyn. Ese olor inconfundible de su piel, su risa... Por primera vez en muchos años se sintió en casa y, por

primera vez en todo este tiempo, era un extraño invadiendo lo que algún día fue su hogar.

—En realidad sí es incómodo —comentó antes de reírse, contagiándola—, nunca creí que algún día íbamos a estar de esta manera, no sé por dónde empezar, ¿sabes?

—Todo sería distinto si me hubieras dicho lo de Elena, lo habría entendido.

—¿En serio me habrías entendido? —La miró, el contraste de su piel y su cabello era espléndido, un golpe de calor para cualquiera—. ¿Me habrías dejado marcharme?

—Lo habríamos resuelto juntos.

—Sabía que dirías eso —resopló, desviando la mirada.

—Siempre tan cerrado —suspiró—, pero bueno, no quiero pelear, Chris... Yo te extrañé —comentó con la voz ahora quebrada.

Él se sorprendió al ver sus ojos vidriosos aunque intentaba sonreírle, por lo que sujetó su mano, depositando un suave beso.

—Yo también, no te imaginas cuánto.



Jen se cansó de esperar al *cosplayer*, así que lo buscó tan solo para llevarse una sorpresa al verlo desaparecer entre los árboles al lado de Evelyn y, casi al instante, pudo sentir todas las miradas sobre ella. *Diablos*, con lo que odiaba las risitas y rumores. Qué mierda de lugar. Pero lo peor no era el hecho de escucharlos, lo peor estaba pasando frente a sus ojos mientras Chris se largaba dejándola sola. Quizás sería bueno irse. Se estaba debatiendo entre qué hacer cuando su celular sonó, suspiró al ver que era Thomas, así que intentó alejarse un poco de todo el bullicio, pero no fue suficiente, por lo que se tapó la oreja libre para escuchar mejor.

—¿Se puede saber en dónde rayos estás? —gritó enojado del otro lado de la línea.

—Hola, papá, también me da gusto escucharte.

—Nena, lo siento, yo... ¿Qué es ese ruido? Sabes que tenemos que viajar a Aspen este fin de semana, el lunes es el último día para testificar. —Jen se mordió el labio inferior, quiso alejarse más del ruido pero, de pronto, internarse más en el bosque no le pareció una muy buena idea.

—Papá... he estado pensando mucho y... —tragó el doloroso nudo en su garganta—, no quiero testificar contra nadie...

—¡No empieces! —bramó Thomas del otro lado—. No sé en dónde rayos estés, pero te quiero mañana en Aspen, es nuestra oportunidad para descansar, Jen, esos bastardos tienen que pagar por el infierno que nos hicieron pasar. ¿No te sentirías mejor si supieras que están tras las rejas?

—Sí, pero...

—Entonces comprenderás cómo me hará a mí sentir eso. Lo hago por ti, princesa, todo lo que hago, lo hago pensando en ti, siempre voy a querer tu bienestar, y créeme

cuando te digo que no voy a estar en paz hasta que esas personas queden tras las rejas.

—No quiero testificar, papá, por favor —susurró.

—*Jen, yo... diablos, está bien, cielo, como tú digas.*

Y con eso colgó.

El paisaje era hermoso, el aire limpio y fresco, sin embargo no cambió su estado abrumado. Lo sentía muchísimo por su padre, pero, a su manera, ella ya había terminado con esos maleantes. Seguía nerviosa cuando vio a Elena y Mateo, entonces recordó que su estúpido “novio” la había cambiado por otra y se enfureció, pero además se entristeció. Se rodeó con los brazos intentando darse calor, y como siempre, evitó los problemas enfocándose en otra cosa. Decidida a no pensar en nada, caminó directa a Andrew.

—¿Puedo irme contigo?

En el camino, se abrazó a la amplia espalda de su amigo y trató de enfocarse en su olor a especies, trató de sacarse de la cabeza la conversación con su papá, pero no ayudó el hecho de que conversara muy poco con Andrew por culpa del ensordecedor ruido de la motocicleta. Él se estacionó afuera de la deteriorada mansión de los Herrera después de lo que pareció un largo camino.

—Entonces... —Apagó la motocicleta—. Tú y Chris...

—No somos nada —se apresuró a decir, queriendo incluso desterrar el nombre de su mente.

—Pues, para no ser nada, se besaron de una forma que le robó el aliento a varios. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarla—. A mí por ejemplo.

Jen se ruborizó, bajándose de la motocicleta, recordaba los suaves labios de Chris acariciándola con premura, sus manos aferrándole la nuca, la tuvo a su completa merced... Gritó cuando un pie se le enganchó con el embrague, y casi se va de bruces.

—Cuidado, Jen. —Andrew la sujetó sonriendo, la forma en la que estaban ahora era visiblemente comprometedor, él era toda una belleza, sin embargo...

—Andrew —susurró recomponiéndose, dando unos pasos hacia atrás para finalmente clavar los ojos en él—. Estoy casada.

A su confesión siguió un silencio tan profundo, que por un momento pensó que no la había entendido.

—¿Con Chris? —inquirió atónito, sus ojos tenían un extraño pesar.

—¡No, no! —medio gritó—. Años después de irme de Aspen... conocí a otra persona, sin embargo ahora estamos atravesando un periodo difícil y bueno... no quisiera hablar de esto.

—¿Y estás engañando a tu marido con Chris? —Jen no contestó, aturdida por cómo sonó eso—. Mierda, yo... supongo que no debe ser de mi incumbencia —sonrió—, pero igual sabes que en mí tienes un amigo y también sabes dónde encontrarme. —Y luego la estrechó entre sus brazos.

Las luces de un auto aproximándose lograron que se separara con una sonrisa forzada

de los brazos de su amigo, suspirando de alivio al ver que eran Elena y Mateo. Andrew se despidió de ellos dejándola ahí, hecha un manojo de nervios, sintiéndose de lo más estúpida con la idea de hacer su maleta y regresar inmediatamente a Miami... Dios, la llamada de Thomas le tenía la cabeza hecha otro lío, necesitaba descansar por lo menos hoy. Entendía la preocupación de su papá, pero eso no cambiaba las cosas...

—Jen, ¿qué haces ahí? —Elena estiró su mano hasta sujetarle la suya—. Vayamos a tomar un poco de café, ¿quieres?

A Jen no le gustaba el café, sin embargo asintió. Hacía cada vez más frío y nubes oscuras se acercaban, el calor de la bebida sería agradecida por su cuerpo entumecido. Mateo se disculpó dirigiéndose hacia lo que parecía su estudio, lucía un poco nervioso, por lo que ambas mujeres se dirigieron a la cocina.

—¿Y dónde perdiste a Chris, cielo? —preguntó Elena al tiempo que encendía la estufa.

¿Perderlo? Cerró brevemente los ojos, recordando ese rostro de modelo concentrado únicamente en una cosa: *Evelyn*.

—Creo que fui yo la que se perdió. —Aprendió su labio inferior con nerviosismo, no quería hablar de ese *traidor*.

Lo que resultaba bastante raro, pensar en él como un traidor. ¿Por qué? Chris no le debía explicaciones, y si ella hubiera visto a Nathan habría hecho lo mismo, ¿no? Salir corriendo tras él, así que no debía sentirse enojada, pero igual no pudo dejar de estarlo.

—¿Qué tanto hace Mateo en su estudio? Se veía nervioso. —Cambió de tema, mirando hacia la luz que se colaba del pasillo.

—El lunes es la audiencia contra los criminales que mataron a Liliana. Es por eso que está nervioso, no sabe qué hacer —suspiró con pesar—. Las cosas quizás no salgan bien. Créeme que he intentado que lo supere, de verdad lo he intentado, pero no quiere. La muerte de nuestra hija nos golpeó de forma distinta y no puedo culparlo. Yo por mi parte dejo todo en manos de Dios, pero si él se siente mejor al poner a esos tipos en la cárcel...

—¿Qué fue lo que le ocurrió a Liliana? —preguntó sabiendo que estaba invadiendo su privacidad, pero quería saberlo.

—Un noche salió a comprar algunas cosas para hacer la cena, siempre creímos vivir en un lugar tranquilo, éramos personas muy confiadas... —Se encogió sutilmente de hombros—. La dejé ir sola, yo me quedé cuidando a Chris, y Mateo estaba en turno de noche en el hospital... Ella nunca regresó. —Colocó una vaporosa taza de café frente a ella, el aroma inundando la cocina.

—Lo siento...

—Encontramos su cuerpo meses después, los más horribles de mi vida. Chris era muy pequeño, tenía solo cinco años, lloraba constantemente preguntándome por su mamá, y yo tenía que ser fuerte, no podía verme llorando porque se asustaba mucho.

Jen cerró los ojos recordando al precioso niño que fue Chris. Lo había visto en varias fotos que había por la casa, con su cabello revuelto, luego lo imaginó con sus hermosos

ojos azules llenos de lágrimas pidiendo ver a su mamá. Imaginarlo de esa manera la sacudió como si hubiera agarrado un cable de alta tensión, y el deseo de llorar la sorprendió con las defensas totalmente bajas.

—Elena, de verdad lo lamento —aseguró con la voz ronca.

—Mi hija intentó volver a casa, luchó por su vida, de eso estoy segura. Se escapó de esos delincuentes, según los informes de la policía, corrió por un terreno baldío donde le dieron alcance y mientras ella intentaba desesperadamente huir... —Elena apretó las manos en puños—. Los cobardes le dispararon por la espalda. Al parecer la tenían en una red... de prostitución.

Elena se quedó callada, ni una sola lágrima se deslizó por su mejilla. Su semblante era duro y Jen se preguntó cómo lograba hacerlo, ella ya estaba llorando. Un momento... no, por favor no...

—¿A-A dónde va Mateo el lunes?

—Es el juicio contra esos criminales, en Aspen. Mateo declarará con las pruebas que tenemos, pero falta la de una joven que sobrevivió al ataque. Estoy segura que perder esto lo dejará devastado. Hemos esperado por años que se haga justicia...

Ella siguió hablando, pero Jen se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Regresó con vívido horror a esa cabaña, se vio llorando, golpeada, y se imaginó a Liliana. Luchando violentamente por volver con Chris, con sus padres. Jen no pensaba que lograría salir con vida de aquello, así que después de forcejear sin éxito, muy pronto dejó de hacerlo. Pensó que la muerte sería más fácil, llevadera. Qué tonta fue, nunca se imaginó que lo último que querían era verla muerta, y que si no la hubieran rescatado, la muerte sin duda sería lo único que la hubiera liberado de esos maleantes. En su adolescencia, Jen fue mimada, era una niña que tenía todo con tan solo un chasquido de dedos, incluso era popular y se arreglaba mucho, todos le decían que era preciosa y eso le encantaba, sentirse bonita y levantar miradas a su paso. Hacía tanto tiempo de eso que ni siquiera parecía algo real.

Estaba segura que esa forma de vida la hizo ser una presa fácil frente al peligro. Después de aquello aborreció el dinero pensando que por eso la secuestraron, detestó su rostro y su cuerpo. Se desentendió de todo al mudarse con su padre, y se dedicó a trabajar duramente para conseguir por sus medios las cosas, así fue como comenzó a vestirse con ropas grandes y holgadas. No dejaría que su cuerpo volviera a ocasionar problemas. Pero ahora, por primera vez desde que le ocurrió ese incidente, se sintió mal por los demás y no por ella misma. Justo ahí, se dio cuenta que no importaban las clases sociales, ni la figura, ni nada. El mal estaba suelto para cualquier persona vulnerable. Miró a Elena quien seguía hablando de Mateo y se imaginó a sus padres, buscándola sin cesar.

—Entonces Mateo dejó el hospital —continuó Elena—, y después invirtió hasta el último recurso, que es esta casa.

—¿Hipotecó la casa? —Ya lo sabía, pero fue duro escucharlo.

—Sí —sonrió con pesar—, Chris está empeñado en pagarla, es tan necio —negó con ternura—. En realidad esta casa ya no me importa, ¿sabes? Puedo morir en un asilo, siempre y cuando Chris esté con nosotros, al final las cosas materiales van y vienen, el

amor que tengo por mis dos hombres será para siempre. Chris es mi hijo, tengo tanto miedo de perderlo a *él también*...

Y entonces a Elena se le quebró la voz. Jen respiró agitadamente. Tanto esfuerzo, tantos años invertidos buscando a los culpables, y ahora que los habían encontrado, gracias a ella serían puestos en libertad. Volverían a secuestrar, a violar, a usar mujeres y tirarlas como si fueran... De pronto todo el peso de su conciencia se reveló en una gran ola que la hizo perder las fuerzas. Soltó la taza de café, provocando que cayera haciéndose añicos en el suelo. Jen se inclinó con torpeza, tratando de recogerlo todo, pero sus manos no dejaban de temblar.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó la mujer, alarmada. Jen sacudió la cabeza, no. No se encontraba bien, un chillido irrumpió por su pecho y subió por su garganta—. Deja esto, cielo, siéntate, llamaré a Mateo.

Jen no podía controlarse, comenzó a jadear en busca del preciado oxígeno que no alcanzaba a llenar sus pulmones, un incontrollable torrente de lágrimas empeoró la tarea natural de su cuerpo, y de pronto comenzó a desvanecerse. El doctor llegó junto con una preocupada Elena, y la ayudaron a caminar hasta el sofá, donde la recostaron, trayendo el inhalador de su bolso. Minutos después logró estabilizarse, sin embargo no pudo dejar de llorar.

—Estoy mejor —balbuceó, su voz sonó un poco áspera.

—¿Por qué tuviste una crisis? ¿Te pasa seguido? —cuestionó Mateo, buscando algún síntoma que detonara el asma.

—Pasó porque... —habló con dificultad—, he tomado una decisión.

—¿De qué hablas, cariño? —Elena tomó su mano.

—Yo soy esa chica que no quiere declarar, también... fui víctima de esos delincuentes. —Tomó un poco de aire—. El lunes iré con ustedes. Esos maleantes van a pagar por lo que nos hicieron —afirmó con contundencia ante la mirada atónita de ambos

abuelos.



Chris gruñó mientras se colaba entre las piernas de Evelyn.

Una cosa había llevado a la otra, y ahora estaban tumbados sobre la suave alfombra que formaba el césped. La estaba besando desesperadamente, tocándola por todos lados. Tratando de recuperar todos los años perdidos, de reencontrarse a sí mismo. Ella jadeaba revolviéndose bajo su cuerpo, sus suaves manos dentro de su camisa, recorriéndole la espalda con premura en un lento movimiento de arriba abajo. Su boca buscándolo con suavidad y timidez. Evelyn siempre había sido muy cohibida y frágil, tan tímida que le recordaba a... *no*. Pateó el pensamiento y siguió besándola con más ímpetu, como si estuviera sediento y ella fuera una botella de agua en el desierto. Quizás ésta sería la primera vez que tendrían relaciones al aire libre, algo bastante aventurero para venir de Evelyn, si alguien se internaba en el bosque podría verlos, pero no era eso lo que le preocupaba a Chris.

Lo que lo tenía jodidamente desconcertado era su propio cuerpo. Se estaba portando como una máquina, toda su mente se había desconectado y había entrado en piloto automático. Como cuando estaba trabajando en *Cosplay*. Al principio de su carrera como *cosplayer* le costaba mucho trabajo dejar a Chris Herrera en la puerta y convertirse en una máquina de sexo. Había sido duro combatir su amor y fidelidad por Evelyn, cuando tenía que ceder a las fantasías de sus clientas. Con el paso de los años, incluso él, que amaba a Eve, que se consideraba una buena persona, dejó de serlo para convertirse en Owen.

Chris siseó contra los labios de la joven cuando ella se acomodó de forma que sus sexos se rozaron. La rubia lo conocía incluso mejor de lo que él mismo se conocía, habían compartido tantos años juntos, tantas caricias. Sin duda estaba excitado, adoraba a Eve, pero... ¿entonces por qué no se sentía esto correcto? Era como si Owen se hubiera apoderado de él, ese ser frío, esa máquina de complacencias que había cambiado toda su vida a monótona y aburrida. No fue sino hasta que conoció a Jen que logró salir de ese estupor, y era solamente ella la razón por la que ahora mismo no podía concentrarse. Antes de abandonarla en el parque, la había mirado una última vez, ella se veía feliz, incluso radiante. Sus pies se habían vuelto de plomo y estuvo a punto de dejar a Evelyn para regresar con ella. ¿Qué estaría pensando ahora? La había abandonado y sabría Dios cómo se regresaría, era tan impulsiva que la creía muy capaz de regresarse caminando, ¿y si no regresaba? ¿Y si le pasaba algo como... a Liliana? *Mierda*. Todo el cuerpo se le puso tenso, y cuando un trueno desgarró el aire dejó de besar a Evelyn por completo.

—¿Qué pasa? —preguntó Eve, su voz ronca cargada de excitación.

Y luego, ella estaba frotando sus brazos con delicadeza, tratando de darle alivio. Evelyn siempre reconfortándolo. Cuando era pequeño creció cargando en su espalda el hecho de no tener padre, y a eso se le sumó la trágica muerte de su madre. En la escuela todos le preguntaban si era huérfano, aceptó las burlas y las miradas de lástima por años, solo fue hasta que conoció a Evelyn que su vida adquirió otro color. Era como si ella fuera el sol, la luz en toda su oscuridad. La chica fue su tabla de salvación, con ella descubrió todas las cosas que no sabía ni siquiera que existían.

—¿Chris? ¿Estás nervioso?

—¿Cómo? —*Desconcentrado*, más bien estaba desconcentrado.

Ella estaba ahí, expuesta, con las mejillas encendidas. Sus generosos pechos subiendo y bajando por su respiración entrecortada, Chris sabía con certeza que en este momento estaba lista para él, para culminar una unión que nunca debió ser separada. Era preciosa, pero...

—Lo siento, Eve. —Se incorporó quedando sentado frente a ella—. ¿Sabes? Acostumbraba a pensar en ti como si fueras un sol —se encogió de hombros—, mi sol personal. Toda la luz que eres capaz de irradiar alejaba las sombras con las que siempre he tenido que lidiar.

Ella suspiró, pero fue incapaz de mirarla, por lo que siguió hablando antes de perder el valor.

—Pero las cosas han cambiado, ahora lo veo. Mierda, lo siento...

—Andrew dijo que venías con una amiga, ¿es por ella? —indagó la rubia con voz

pesarosa.

Chris comprendió en ese momento, con absoluta certeza, que ya no estaba enamorado de Eve, y saberlo fue como si le quitaran una gran loza de encima, sin embargo un enorme abismo se instaló en su pecho al darse cuenta de quién sí estaba enamorado.

—Lo peor es... que desearía no hacerlo —aseguró sujetándole la mano—. Durante años, en mi mente solo estuviste tú. De verdad deseaba volver a Denver, quedarme aquí y no tener que irme, deseé desesperadamente que me esperaras porque estaba seguro que te amaba y te haría feliz. Pero entonces apareció... ella —sonrió con algo de amargura—, y bueno, es jodido, de verdad lo es.

Hubo un denso silencio que solo dejó escuchar el chapoteo de algunos peces en el lago, o el ruido del viento al mover las hojas.

—¿Y por qué no lo intentas? —susurró Eve rompiendo el silencio.

Chris la miró estupefacto, sus ojos, aunque llenos de lágrimas, eran sinceros. Era increíble que le dijera eso. Un golpe de remordimiento lo invadió y se encontró murmurando la verdad.

—Porque está casada. —Eve suspiró, negando con la cabeza.

—No te merece, no debería jugar con tus sentimientos.

—Sabía que no debía contártelo.

—¿Es la hija del dueño de las minas donde trabaja Andrew, no? ¿No te estará usando? Tú sabes bien cómo es la gente de dinero...

Sí, Chris sabía bien eso.

—Esto es diferente —susurró—, es tan complicado, no pienses que Jen está aquí siéndole infiel a su marido conmigo, ella sería incapaz de eso, aunque ahora justamente es lo que parece... Todo es tan retorcido, yo... estoy tan jodido.

Se sujetó la cabeza con ambas manos, de verdad quería arrancársela. Solo a un hijo de puta como él se le ocurriría enamorarse de Jen. De todas las mujeres libres y bonitas del mundo, tenía que escoger a la imposible. A la que estaba terriblemente enamorada de su esposo al punto de lo insano.

—¿Sabes que te quiero? —musitó Evelyn muy cerca de su boca, lo que lo hizo dar un respingo.

—Lo sé —balbuceó mirándola.

—Lo último que quisiera es verte como ahora. —Deslizó la mano por su mejilla—. Y si la quieres, debes luchar por ella. Hazlo, Chris, si es tan tonta como para no valorarte, yo seré igual de tonta como para esperarte. Estaré aquí, te lo aseguro, así que espero que sea lo suficientemente lista para darse cuenta de cuánto vales.



Después de que les contara todo a Mateo y Elena, Jennifer se sentía como un zombi.

Quería un abrazo, de esos que sacan el aire, quería que la reconfortaran diciéndole que todo estaría bien, para ser más exactos, quería esa dulce voz que a veces le cantaba mientras se revolvía en pesadillas, quería a Chris consolándola. ¿Por qué? Solo Dios lo sabría. Ya no estaba enojada con el señor personajes, en su mente, por alguna extraña razón, solo recordaba el día en que lo ayudó con las heridas que Mia le había hecho. Lo que él era capaz de hacer para ayudar a sus abuelos o lo que era capaz de sacrificar para sacarlos adelante, era digno de admirar. ¿Por qué habría de juzgarlo?

—¿Por qué no descansas, Jen? Te ves agotada, cielo... ¿Se irán entonces después de la audiencia?

—No lo sé... —Contuvo un escalofrío, no quería pensar.

—Solo espero que Chris me siga llamando, temo que cuando se vayan vuelva a olvidarse de mí —comentó con pesar, Jen no podía dejar que la señora se sintiera mal, así que le sujetó la mano.

—Él te quiere mucho, quiere lo mejor para ustedes, estuvo muy preocupado por ti. Ahora yo me encargaré de que te llame seguido.

—Y yo solo estoy preocupada por él, cada vez que lo llamaba se escuchaba tan frío... pero ahora sé que está bien porque te tiene a ti. —Ella la miró, sus ojos azules cargados de un amor y alegría que le derritieron el corazón.

—No lo sé, lo siento confundido, justo ahora está con Evelyn... —Cerró la boca abruptamente.

¿*Qué mierda le estaba pasando?* ¿Qué clase de loca la había poseído? La respiración se le desbocó casi al punto de volver a darle asma. ¿Por qué había dicho eso?

—Tonterías, cielo. —Elena le apretó la mano—. Te quiere a ti, seguramente solo está hablando con ella, le debe una explicación por su abrupta partida. Se fue sin avisarle a nadie más que a Mateo, pero ten la certeza de que solo tiene ojos para ti, nunca lo había visto tan feliz como ahora.

«*Sí, claro*», pensó, tratando de ocultar sus emociones detrás de una de sus ya populares sonrisas forzadas, y para no dar más de qué hablar, dijo que estaba cansada, cosa que en parte era cierta. La pareja se despidió de ella, por lo que se dirigió a la habitación de Chris, iba subiendo los escalones cuando un relámpago desgarró la tranquila noche haciéndola dar un respingo. ¡Mierda! Malditos rayos, ¿por qué tenían que existir? Continuó su camino titubeante hasta la habitación. Otro rayo iluminó el cuarto y fue así que lo vio.

Todo el aire se escapó de sus pulmones, provocando que retrocediera de forma tan torpe que se pegó en el pie con la pata de la cama, haciéndola chillar silenciosamente. Con horror lo volvió a ver, ahí estaba él, cerca de la cama, haciendo sus ruiditos raros... *Puto grillo del demonio*. No dormiría en esa habitación hasta que ese bastardo no se hubiera ido. Le aventó una almohada, provocando que el infeliz saltara hacia ella. Oficialmente gritando cual histérica, bajó corriendo las escaleras y se detuvo solo hasta que llegó a la estancia. Jadeando, subió las rodillas contra su pecho para enterrar la cara ahí, Dios, el asma de nuevo amenazando con volver, una vez que le venía ya era muy difícil que se controlara.

Se acurrucó en el sofá que estaba al lado del hermoso piano, sería genial tocar unas melodías, pero temió que si sus gritos por obra de Dios no habían despertado a los abuelos de Chris, sin duda ese ruido lo conseguiría. Las sombras que se formaban producto de la tormenta afuera la trasladaron a esas horribles noches en la cabaña. Se encogió en su lugar sintiéndose vulnerable... pero no por mucho tiempo. Era hora de que esos cabrones pagaran lo que le hicieron, no podía seguir con esto. Nathan estaba harto de abrazarla siempre, e incluso por eso se iba a dormir a veces al sofá. Chris nunca la había rechazado, pero bueno, no era lo mismo, porque con Nathan tenía años viviendo y él apenas la conocía, prueba de esto mismo era la forma en la que la había abandonado en el parque. *Mierda*, tenía que dejar de evocar ese recuerdo. Él podía también aburrirse fácilmente de ella y no lo culpaba. Seguiría con su trato, justo ahora tenía en mente una fantasía, y después de cumplirla regresaría a Miami. Aplicaría ese dicho que dice: “Más vale malo por conocido, que bueno por conocer”.

Estando ahí, acurrucada, aceptó que el *cosplayer* se había metido en su piel más de lo que debería, y seguramente la culpa la tenía su maldito cuerpo de modelo. No había otra explicación.



Chris dio vuelta de forma tan cerrada que la Ford derrapó en la entrada de su casa, el suelo mojado provocó que girara sin control dando un par de vueltas haciendo un escándalo, pero al final, por obra del cielo, logró detenerse a punto de estamparse contra un árbol. Simplemente genial. Cerró los ojos, con la respiración desbocada apoyando la cabeza contra el volante. Por lo general no majeaba como loco, pero en su mente solo se reproducía una y otra vez la misma imagen. Jen tomando un avión con destino a Miami, a los brazos de ese cabrón que tenía por esposo. Recomponiéndose, se bajó, pero no distinguió ninguna luz en toda la casa. Eso solo era otra mala señal, seguramente Jen tendría prendidas las luces muerta del miedo a causa de la tormenta.

Sin perder más tiempo, entró como un tornado y subió corriendo las escaleras. Su corazón se oprimió de forma dolorosa al ver la cama vacía. Jen se había ido de verdad. Respiró hondo, algo en la esquina se movió llamando su atención, encendiendo la luz vio que tan solo era un estúpido grillo cerca de la cama, suspirando abrió la ventana y lo empujó con el pie hacia afuera, y luego se quedó sentado al borde de la cama, aturdido, pensando en que ella había decidido marcharse y ahora no había nada que hacer, aunque de cualquier manera, ¿qué pensaba hacer o decir?

«Oye, en algún punto me di cuenta de que... bueno, te quiero...»

«Sé que dijimos que nunca confundiríamos esto, pero, soy un estúpido anti profesional...»

«Jen, estaba pensando que quizás podríamos intentarlo. Si tú dejas a Nathan, yo puedo prometerle que nunca...»

«Sé que eres millonaria y que yo soy, algo así como un prostituto, pero te daré lo necesario, nunca te faltará nada, estoy estudiando Ciencias y conseguiré otro empleo...»

«Sí... claro. ¿Y cuándo despertaste?», murmuró con sarcasmo su voz interior. Respirando hondo ante semejantes aberraciones, sintió un dolor en el pecho. Ella le daría un rotundo no, claro, en el supuesto caso que estuviera aún aquí y no camino a su esposo. Estaba tan mojado, tan cansado... Como un puto robot se desvistió con lentitud, tomó solo unos chándales, y bajó descalzo hacia la lavandería, los truenos eran tan fuertes que estremecían las ventanas, rogó porque ninguno fuera a darle al avión en el que iba Jennifer, con su suerte todo podía... Un movimiento en la sala lo dejó congelado. Sin duda no se trataba de otro grillo, pero ella definitivamente no podía ser una aparición tampoco, y aunque lo estaba viendo con esos enormes ojos verdes, seguía en silencio. El cabello le cubría parte del rostro y su enorme camiseta del pijama le daba un aspecto... Definitivamente Jennifer debería trabajar como personaje de terror de alguna película, solo ella podía quedarse así de callada a mitad de una noche de tormenta, ponerse una camiseta espantosa y mirarle de esa forma sin emociones que helaba los huesos.

—Tengo miedo.

—*Mierda* —sonrió antes de reírse con nerviosismo—. Yo también, pareces Ashley de *Actividad Paranormal* justo en estos momentos —dijo, seguro como el infierno de que también tenía esos ojos y esa melena esponjada.

—Había un puto grillo en tu habitación —susurró.

—Ya lo espanté.

—¿Y si tenía hijos y ahora andan por ahí buscando a su padre?

—No creo que sea tan mal padre, o en todo caso, ya los dejé huérfanos —aseguró, ella entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro de que ya no hay nada?

—Segurísimo.

—Me saltó a la cara.

—Lo pateé hacia afuera por la ventana. —Jen asintió, complacida con la respuesta.

—Se lo merecía. Entonces... ¿vamos a dormir?

—Me parece bien, ¿quieres que te cargue, Ashley? —preguntó socarronamente, ella rodó los ojos pero lo sorprendió con su respuesta.

—Sí, por favor.

Se acercó, y Jennifer no perdió el tiempo enroscando los brazos alrededor de su cuello. Acurrucándose contra su pecho desnudo. Y solo ahí, al tenerla entre sus brazos, Christopher se sintió en casa.



Jen enterró la nariz entre el hombro y el cuello de Chris, sutilmente olisqueándolo. Debería de quitarse esa maldita maña de andar oliéndolo, pero no podía. Con un suspiro comprobó que solamente era su fragancia, no la de ninguna mujer con la que

seguramente... Se tensó inmediatamente. No. No debía juzgarlo...

—¿Estuvo bien tu cita? —*Oh genial*, ¿pero quién tomó posesión de su boca?

—Sí. —Y aunque estaba oscuro y no podía verlo, lo sintió sonreír, y eso fue como rociarla con queroseno.

—¿La extrañabas? —Definitivamente Jen ya no era Jen. Algún demonio la había poseído, quizás sí se había convertido en Ashley después de todo.

—Sí —dijo enterrando la nariz en su cabello, aspirando. Jen estuvo a nada de darle un manotazo, no quería su nariz en ningún lado.

—Qué bueno, bájame, puedo caminar, señor monosílabos.

—¿Qué no tenías miedo?

—Pues ya no lo tengo, bájame, ahora —exigió.

—¿Y qué pasa si no quiero?

—Voy a gritar que me quieres violar. —Lo miró con odio.

—Asustarás a mi pobre abuelita.

—Pues que te vaya conociendo —murmuró revolviéndose entre sus brazos.

—Deja de hacer eso, podemos caernos y rodar por las escaleras. —La sujetó con más fuerza, pero Jen estaba indignada. Por lo que en un arranque de ira, le mordió el brazo, provocando que casi la suelte—. Esa puta manía tuya de andarme mordiendo, ¿eres un caníbal reprimido? —siseó bajándola.

—Y tú eres un traidor —medio gritó viéndolo con odio. El rostro de Chris cambió por completo.

—Siento haberte dejado en el parque... —comenzó a decir pero Jen no quería escucharlo.

—Olvida lo que dije. —Se tapó las orejas, pero él siguió hablando—. *La, la, la* —comenzó a cantar, ya no quería escucharlo.

—¡Vaya, Jen! Qué madura —farfulló tomándole ambos brazos, ella lo empujó, pero por supuesto que fue como querer mover una roca. Peor aún, la roca cobró vida y la volteó para que ya no pudiera pegarle, su mejilla quedó contra la pared—. ¿Te puedes quedar quieta? —amenazó contra su oreja, antes de mordisquearle el lóbulo.

—¿Se besaron? —jadeó, ya estaba agitada otra vez, pero en esta ocasión era más bien por sentir el duro cuerpo de Chris tras de ella.

Él tenía una erección. De hecho, ahora mismo la tenía detrás de sus nalgas por lo que se estremeció, maldita sea, incluso sintió todo su cuerpo vibrar con anticipación.

—Con lengua y todo —comentó en tono socarrón, deslizando los labios por su cuello.

—Eres un imbécil —gimió, contoneándose contra él.

—Eso mismo estuve pensando todo el día, ¿sabes? —Su voz ronca mientras

introducía sus grandes manos dentro de su camiseta, recorriéndole con prisa las costillas hasta llegar a sus pechos.

—Pues me alegro que te des cuenta. —Cerró los ojos, sus manos apoyadas contra la pared, sin fuerza, como su voluntad.

—Y la culpa la tienes tú. —No estaba siendo delicado al tirar de sus pezones.

—¿Y eso por qué? —jadeó.

—Porque sí.

—¿Se acostaron?

—¿Y si así fuera? —Jen se paralizó.

—¿Se... acostaron? —repitió tratando de sonar dura, pero falló terriblemente, su indignación sonó a un susurro ahogado.

—No.

Y... no debería, pero aquello fue un alivio que la relajó. De forma brusca, Chris tiró de su cabello obligándola a que se arqueara para poder besarse. Jen estaba furiosa y por eso le correspondió con pasión contenida. Una ridícula oleada de posesión irguiéndose frente a ella sin que pudiera evitarlo, era muy estúpido sentirlo como suyo, y más estúpido aún, estar ardiendo en celos, pero sencillamente la loca que guardaba para ocasiones especiales finalmente había salido. Estuvo repartiendo rasguños y algunas patadas hasta lograr salir a la superficie y hacerse cargo de toda la situación. Ninguno de los dos dijo nada mientras entraban a trompicones al cuarto. Jen le enterró las uñas en los músculos de la espalda con odio, y él dejó escapar un sonido tan erótico que la puso a mil por hora. Él le quitó la ropa dejándola en jirones. Sin querer quedarse atrás, ella le sacó los chándales, jadeando cuando comprobó que no llevaba nada más. Sin preámbulos, Chris la levantó en vilo, y a diferencia de acostarla en la cama, la estrelló con rudeza contra la pared, robándole un grito cuando sus cuerpos quedaron acomodados como dos piezas de un rompecabezas.

—No sé cómo haces para que siempre encajemos tan perfecto —gimió envolviéndole las caderas con las piernas.

—Para eso fuimos diseñados los hombres, para *encajar*.

—¿A qué te refie...? —La embistió con tal fuerza que se quedó sin aire—. Puta madre —siseó enterrándole las uñas en los hombros.

Chris también murmuró un par de incoherencias, comenzando con esa danza mortal, embistiendo de forma tan profunda, sin ser delicado, pero Jen no quería que lo fuera, lo odiaba mucho. Lo odiaba por haberla dejado sola, por haberse ido con Evelyn, lo odiaba porque estaba sintiendo cosas por él que no debería. No parecía un esfuerzo hercúleo para él sostenerla con una sola mano, ya que con la otra le estaba acariciando lánguidamente un pezón. El reflejo de esas manos masculinas sobre su cuerpo era lo más erótico que hubiera visto en su vida, y en ese instante comprendió la razón por la cual muchas personas grababan videos íntimos. Y decían que las mujeres no tenían orgasmos por la simple estimulación visual...

Cerrando los ojos, se mordió el labio inferior para evitar soltar un grito cuando se corrió vertiginosamente, perdiendo incluso un poco el sentido. Chris maldijo, sus acometidas se volvieron urgentes, tan profundas que casi la hizo ver estrellas. Luego de que su encuentro del tercer tipo terminara, Jen se quedó en una especie de trance donde no sabía si se había dormido o seguía despierta, la cabeza le daba vueltas y vueltas con pensamientos, lo que nunca pensó fue que pasado un rato y sin previo aviso, él la sujetara con el peso de su cuerpo, penetrándola nuevamente como si no se hubiese corrido ya dos veces en un lapso de dos horas. Para su absoluta vergüenza, su cuerpo estaba totalmente listo para él, lo que la hizo enfurecer. Después de aquello, la joven se hizo la indignada, pero no importó cuánto luchara, no pudo dominar el sueño. Al final se había acurrucado contra el fornido pecho masculino... y así logró dormir plácidamente durante toda la noche.

...

Jennifer despertó al día siguiente muy temprano, por haber dormido tanto, Dios, esperaba no haber roncado ni babeado. Nada como la cruel luz del día para deslucir a cualquiera, con algo de temor se arriesgó a mirarlo por encima del hombro... Por supuesto, Chris estaba perfecto. En lugar de la apariencia desgredada de quien cogió durante toda la noche, estaba guapísimo con su rebelde cabello castaño y una sombra de barba incipiente que le oscurecía la mandíbula. Atractivo y relajado, mostraba un aspecto que haría soñar a cualquier chica con pasar una larga mañana de domingo lluviosa, haciendo el amor con él, acurrucados como si nada más existiese en el mundo.

La estúpida voz en su interior, resurgió, haciéndose escuchar. *¿Hacer el amor?* Lo de la noche anterior sin duda no había sido eso. Necesitaba marcharse de ahí cuanto antes, pero eso significaba practicar, al menos, otra fantasía más. Una muy básica. Respirando hondo salió de la cama y por primera vez en su vida se levantó temprano. Tenía que hacer algunas cosas muy importantes y no tenía mucho tiempo, por lo que se vistió de forma sencilla y salió de la habitación tratando de no hacer ruido. Sintióse una delincuente, tomó la camioneta de Chris y condujo rumbo al centro, no llevaba conduciendo ni diez minutos cuando sonó su celular, *mierda*, ¿tan pronto se había levantado? Miró la pantalla y se relajó increíblemente cuando vio el número.

—*Mala amiga.* —Holly estaba enojada del otro lado de la línea.

—Holly... lo siento, es que yo...

—*Axel y yo terminamos* —susurró, y por primera vez en su vida la escuchó decir aquello en tono triste.

Por lo general, Holly se cansaba muy rápido, o quizás solo se abrumaba demasiado. Jen había tratado de advertir a Axel sobre aquello, pero él simplemente no la había escuchado.

—¿Ya te aburriste? —preguntó Jen estacionándose.

—*No fue eso... es que todo iba muy rápido, él quería ir en serio y ya sabes...* — balbuceó—, *yo no soy de esas, no me gustan los compromisos... sin ofender.*

—Ya sabes que no me ofendes, Holly. ¿Y ya tienes nueva conquista en mente?

—No —gimió denotando que algo más andaba mal.

—¿Qué es? —indagó.

—*Es que... por primera vez en mi vida, no sé si hice lo correcto. Cuando le dije a Axel que ya no podíamos vernos más, él solo se fue. ¡Solo eso! ¿Te das cuenta de cuánto le importaba?*

—Holly... ¿no es eso lo que querías?

—*Ya no lo sé.*

—¿Por qué no le das una oportunidad, una de verdad? ¿Por qué no dejas que un hombre te trate bien una vez en la vida?

—*Jenny...*

—Te lo mereces, amiga, has sufrido mucho. —Holly se quedó callada lo que pareció una eternidad tratándose de ella.

—*Gracias, Jen, te prometo que... lo pensaré.*

—Bien, bitchy, de verdad eso es lo mejor... regreso en un par de días. ¿Te llamo cuando esté en casa?

—*Perfecto.*

—Bien.

—¿*Jenny?*

—¿*Sí?*

—*Aplica este mismo consejo para ti también, amiga, te mereces ser feliz con alguien que te valore y... creo que ese no es Nathan.*

—¿Qué estás queriendo decir?

—*Que no te fuiste hasta Denver solo para complacerlo, ¿no te has planteado lo que sientes por Chris?*

—¡Holly! —chilló escandalizada—, no siento nada por él... solo es un medio para un fin —aseguró.

—*Piénsalo, amiga, no te engañes... nos hablamos.* —Colgó.

Jen miró la pantalla del celular con odio, ¿por qué Holly habría dicho semejante infamia? Jen había seguido a Chris porque necesitaba urgentemente sacar una fantasía por sí misma, además él le debía dinero y eso era todo. Iba a conseguirlo a como diera lugar, luego regresaría a Miami y sería feliz con su marido como antes lo habían sido. Suspirando, se bajó, dispuesta a cumplir con lo que había venido a hacer.

De vuelta a casa, se bajó pero no entró, por el contrario, se quedó mirando la vieja mansión. Un ruido la sacó de sus pensamientos, asustada miró en esa dirección, pero se relajó al ver quién era. Chris venía corriendo hacia ella, se había puesto unos pantalones cortos bastante ajustados y una sudadera gris con capucha. Era guapo hasta sudando, maldito con suerte.

—Eres de lo peor —acusó mirándola con enojo.

—¿P-Por qué? —preguntó confundida, él no podía saber a lo que había ido al centro, había sido tan cuidadosa...

—¿Salir a correr un domingo temprano y sin avisarme? —reprochó mirándola de arriba abajo. Ella suspiró, aliviada de que malinterpretara su vestimenta.

—Solo quería hacer algo de ejercicio antes de que comenzara a llover otra vez —mintió lo mejor que pudo—, por no mencionar que tampoco me apetece mojarme, así que solo aproveché.

—Bueno, tengo que darte algo de razón, además no quiero que nadie me vea así. — Señaló con un gesto los ceñidos pantalones cortos que llevaba—. A menos que seas *Michael Phelps*, los pantalones como lycra no son una prenda que un hombre deba ponerse a la ligera. Creo que mi cuerpo ha cambiado de como era cuando me fui.

Jen se quedó mirando la prenda en cuestión. Por el modo en que se adaptaba como una segunda piel a aquellos muslos atléticos y lustrosos, y al apretado y fantástico culo que cubría, Jennifer no pudo menos que estar de acuerdo. Por no mencionar que no hacía mucho por ocultar los más que impresionantes *bienes* que Chris tenía entre las piernas.

El *cosplayer* carraspeó un momento.

Oh Dios. Se le había quedado mirando a la entrepierna. ¡Mierda! Comenzó a ruborizarse aunque bueno, tampoco era culpa suya. Había sido él quien había empezado a hablar de su cuerpo y el modo en que los pantalones se aferraban a todas sus... partes.

—Pues yo creo que estás muy... bien —dijo Jen. Una carcajada profunda resonó en el pecho masculino.

—Dios, Jen, contigo me parto de risa. Solo tú podrías ser tan correcta mientras te comes con los ojos el paquete de un sujeto.

Jen lo miró con horror, ahogando un grito.

—No me estaba comiendo con los ojos tu... tu paquete.

—Sí, como tú digas, ¿vamos? —sugirió de forma arrogante, comenzando a trotar.

Jen suspiró antes de seguirle, al menos él parecía haber olvidado lo que pasó el día anterior. Otra cosa que compartía con Chris era que ambos padecían amnesia, o a lo mejor a ninguno de los dos les gustaba afrontar las cosas, quizás eso era mejor. ¿Para qué hablar de algo que no tenía ni pies ni cabeza?

Ella no sentía nada por él, como él no sentía nada por ella.

Capítulo Dieciséis

Jodidas piernas ni aguantan nada.

Chris apretó las manos en puños. Jadeando, apretó el paso en su especie de maratón a pesar de que estaba a punto de tener un desgarre en las piernas, o quizás solo era un calambre que lograría tirarlo al piso. La realidad era que, estaba corriendo demasiado sin importarle si Jen lo alcanzaba o no, por momentos no supo si estaba huyendo de ella o solo tratando de despejarse. Pero claro, no pudo lograrlo. Su cabeza parecía querer estar toda la mañana pensando en lo mismo una y otra vez, replanteándose seriamente la inocencia de la chica, quizás era una condenada actriz y nunca lograría descubrirla, quizás todo esto era una broma y en cualquier momento un montón de cámaras saldrían a decirle: *caíste*.

Era increíble cómo otra vez ella estaba fingiendo que nada había pasado. Quizás debería abandonar la idea de declararle sus sentimientos, estaba seguro que incluso perdería su amistad, y era algo que no se sentía capaz de abandonar, quedarse sin nada de ella lo abrumaba a grados insospechados y lo hacía querer hacer cosas estúpidas como... tirarse al suelo en posición fetal cual afeminado, o comer helado, muchísimo helado de vainilla hasta convertirse en un obeso que nadie contrataría...

—Chris, ¿podemos detenernos un poco? —gritó Jen.

El *cosplayer* cerró los ojos. No, no quería detenerse, y pensándolo mejor, ya no quería que ella sacara al tema nada. ¿Qué tal que le decía eso de *ya-no-podemos-ser-amigos*? Mierda, no estaba listo para dejarla ir, y... como novedad, tampoco estaba listo para soportar que de sus labios volviera a salir el nombre de Nathan. Mierda, ¿qué podía hacer? Sacudiendo el cuello como si estuviera listo para una pelea, se giró lentamente hacia ella. Por años había fingido ser una persona que no era. Bien, ya era tiempo que Owen sirviera para algo. Al verla, se sorprendió de que estuviera tan lejos, nunca pensó que hubiera corrido tan rápido.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz que sonó monótona, carente de vida. Como la que usaba cuando se convertía en Owen.

Incluso se atrevió a mirarla como si fuera poca cosa, pensó que le daría asco acercarse para deslizar ese cabello rojizo sudado tras las orejas, trató de ver su rostro como el de alguien a quien hubieran estado ahorcando por horas por lo roja que estaba, trató de pensar que su atuendo era la cosa menos seductora que hubiera visto en la vida... pero no pudo. Estaba jodidamente impresionado por su aspecto, ahí en medio de la nada, se veía natural y hermosa, con los ojos brillantes. Mierda, podría cogérsela contra el árbol ahí mismo.

—Quiero que hagamos otra fantasía. —Chris se debió haber quedado con la boca abierta porque ella tan solo se rio, acercándose a él—. Me gustaría esta vez... ser yo quien la escoja.

Aturdido, sacudió la cabeza y trató de concentrarse. Un mundo de posibilidades se abrió frente a él. Sobre todo de oportunidades.

—¿Qué fantasía quieres?

—Quiero que seas mi profesor y yo tu alumna —susurró con las mejillas encendidas, él elevó una ceja mirándola de arriba abajo.

—¿No hemos estado haciendo esa fantasía desde que nos conocimos? —inquirió en tono socarrón.

—Bueno... —se ruborizó aún más—, yo...

—No te preocupes, *lagarto*. —Se acercó un poco más a ella y su aroma lo golpeó como una roca. Así sudada, con el cabello estirado en esa horrible coleta, era lo más bonito que había visto en toda su puta vida. Su mano adquirió vida propia mientras tomaba un suave mechón—. Tienes pecas, no me había dado cuenta.

—Sí... se notan más cuando me da mucho el sol —balbuceó.

Se quedaron en silencio en una especie de duelo de miradas. Él quería decirle tantas cosas. Explicarse de alguna manera por el error de haberse enamorado de ella, decirle que estaba buscando una solución a esos sentimientos, aunque le costara la misma vida.

—¿Qué estás pensando? —Su voz fue baja y profunda, rompiendo el silencio.

—Yo... —Ella se mordió el labio inferior, lo que hizo que el *cosplayer* desviara la mirada a esa tentadora y suave boca.

Imágenes de ella besándolo como si no hubiera un mañana se amontonaron todas en su mente, cayendo una por una, haciendo que su miembro se despertara feliz, como un maldito radar que ha encontrado su objetivo. Definitivamente tenía muchas ganas de estamparla en ese árbol, o quizás de subir a su alcoba y ducharse juntos, pasar los dedos por esa larga melena caoba y luego descender por la suave piel de su espalda desnuda. Sobre ellos, el cielo ya se estaba cargando de nubes negras, él podría mimarla en la cama, incitándola a que pasaran ahí el resto del día...

—Estaba pensado en mi disfraz —comentó ella, sacándolo de sus ensoñaciones.

Claro que estaba pensado en la fantasía. «*Ella ha venido a trabajar, para eso te pagó, no para estar pensando en estupideces románticonas*», le gritó el subconsciente. Chris pateó de su mente el pensamiento de declararse por cuarta vez y contestó con voz aburrida.

—Muy bien, creo que tengo el sitio perfecto a donde ir.

Sin más, se giró sin mirarla y se echó a correr de regreso a la casa. Se duchó, y después, mientras se cambiaba, trató de mantener sus sentimientos a raya, pero cuando vio a Elena y a Jen haciendo el desayuno, no pudo evitar que la escena le gustara y que deseara con todas sus fuerzas que esto se quedara así para siempre. De pronto Jen gritó, aleteando como si se estuviera ahogando, se acababa de cortar el dedo, y en sus movimientos frenéticos, tiró un vaso con refresco que le cayó encima del delantal. Después, Chris rodó los ojos cuando ella quebró un par de platos, y contuvo una carcajada cuando el aceite del tocino le quemó la mano provocando que maldijera en voz baja. Elena se rio por su vocabulario, lo que logró ponerla de color escarlata.

—Espero no morir envenenado —cuchicheó cerca de Mateo.

—Para nada, hijo. —Su abuelo le dio un golpecito en el hombro—. Esa chica es muy buena.

—¿Tú lo crees? —indagó mirándola, ahora se le había enredado el cabello con el cierre del delantal al querer quitárselo, por lo que Elena se lo estaba desenredando con cuidado para que pudieran sentarse a comer.

—Sí —aseguró Mateo—, te hace feliz, eso es lo único que importa. Cuando envejeces, tener a alguien con quien conversar y reír es lo único que queda.

—Bueno... —*Mierda*, realmente esto estaba apestando.

—¿Sabes? Nunca creímos que encontrarías a una chica mejor que Evelyn, tú sabes cuánto la queremos incluso ahora, a tu abuela todavía le cuesta procesar que tienes otra chica. Pero Jen nos ha demostrado que es la indicada, te la vives sonriendo, incluso la ves de esa forma protectora que nunca te había visto. —Chris resopló.

—¿Y eso es algo malo?

—No, para nada, ella también te quiere. Si te mueves tan solo un poco, ella se desplaza hasta ti y se acomodan perfectamente. Me recuerdan a mí y a tu abuela, eso me da mucho gusto, hijo.

Doble mierda.

—No has probado la comida. —Jen lo sacó del extraño abismo en el que se estaba hundiendo.

—Lo siento... —susurró aturdido, Jen estaba ahí, mirándolo sin hacer nada más.

—¿Qué esperas para probarla? —medio ordenó, haciendo reír a sus abuelos. Chris elevó una ceja y luego se llevó un poco del desayuno a la boca.

—Te quedó... —hizo una pausa dramática—, bueno, si evitamos el sabor a sangre de tu dedo... creo que está delicioso.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa radiante, encantadora... y sin duda Chris estaba *triplemente jodido*.



Esto me tiene que salir bien.

Jen se encontraba en una tienda de disfraces del centro, deslizando la mano por la suave tela de uno de los trajes. Chris le había dicho que fuera de colegiala, pero eso no era lo que Jen quería. La verdad era que se moría por otra cosa y no lograba encontrar el disfraz. Había insistido en que él se quedara en la Ford, porque conociéndolo, no la dejaría comprar lo que estaba pensando. La tienda olía a incienso de lavanda, y la encargada rubia y algo robusta no dejaba de verla como si se fuera a ir sin pagar. Con un suspiro mortificado la ignoró, tomando el traje de una buena vez.

—Me morí y resucité gracias a tu tardanza —espetó de forma sarcástica el fastidioso *cosplayer* en cuanto llegó a su lado.

—Necesitaba medirme el traje —murmuró embriagada, su aroma se había concentrado en la pequeña cabina y fue como un golpe de calor para sus sentidos.

—En serio, creo que envejecí diez años, ya no siento las manos.

—Fue difícil encontrarlo —contradijo contenta, porque después de todo sí había encontrado lo que quería.

—Espero que no te hayas comprado la talla de la encargada —comentó con una sonrisa torcida, que aunque le daban ganas de golpearlo, también la hacía estremecer.

Chris llevaba una chaqueta de cuero negra, y los vaqueros rotos le daban ese aire de motero salvaje. Su cabello estaba revuelto, su perfil podía quitarle el aire a cualquier persona sobre la faz de la Tierra. Jen no podía dejar de pensar que debió dedicarse a modelar, aunque la prostitución por supuesto que le dejaba más. Cualquier mujer pagaría por estar con él, y si a eso le sumamos que cumplía fantasías... Un odio visceral subió hasta su pecho y la sacudió con fuerza. Odiaba pensar en la cantidad de mujeres con las que estuvo, con las que estaba y con las que iba a estar.

—¿Y tú por qué te andas fijando en la talla de la encargada? —demandó sin pensar.

—¿Te estás poniendo celosa otra vez? —bromeó inclinándose a sus labios. ¿Celosa? No, no eran celos, era... otra cosa.

—Yo nunca me he puesto celosa, de ti al menos —balbuceó nerviosa, echándose hacia atrás.

Ni siquiera cuando las chicas miraban a Nathan externaba su descontento. Siempre intuyó que a su marido le molestaría una esposa celosa y trató en lo posible de agradarlo, ahora que lo pensaba mejor, en su relación ella siempre intentó ser la esposa modelo. Observó a Chris quien estaba concentrado en su boca, antes de sacudir la cabeza, apretarle delicadamente la mano y mirar hacia la calle.

—Lo que tú digas, *lagarto*.

Durante el camino, el *cosplayer* le fue describiendo un poco sobre el lugar al que irían, así como por alguna razón, contarle que de niño su abuelo solía llevarlo seguido a Aspen, lo que le recordó que tenía una cita con esos criminales al día siguiente. El puro pensamiento le bajó el estómago al suelo y la puso nerviosa. Tenía que hacer esta fantasía, no le quedaba tiempo. Además, intuía que si le decía algo a Chris sobre la audiencia, él tampoco podría concentrarse. Se estacionaron afuera de un enorme instituto, y a pesar de que era domingo y obvio no debería haber personas, no pudo evitar estresarse. ¿De verdad había accedido a esto?

—Entraré yo primero y luego te llamaré cuando tú puedas pasar. ¿Está claro? Quiero que te vistas en los baños de la escuela, ni por error se te vaya a ocurrir salir vestida con el uniforme del colegio de aquí de la camioneta.

—Entendido, *profesorucho* —contestó en tono de sabelotodo.

—¿Estás respondiendo sarcásticamente? —preguntó en un susurro bajo y oscuro que la hizo tragar en seco. Su mirada profunda mandando escalofríos por toda su piel.

—Yo... no.

—Bien. Estate pendiente de tu celular —aclaró antes de bajarse.

Los minutos pasaron y con cada uno Jen se sentía más y más nerviosa. Era una reverenda estupidez haber venido. Aunque era día inhábil y no había alumnos, seguro había seguridad. ¿Y si los descubrían? Seguramente terminaría en la cárcel y no para acusar a los mafiosos, sino para acompañarlos en la celda. Nerviosa, jugueteó con la bolsa donde venía su disfraz y respiró hondo varias veces. Nada logró calmarla, miró su celular y ninguna llamada. Muerta del estrés se bajó de la Ford y trató de espirar y aspirar un montón de veces. Una silueta la hizo desviar la mirada. Ahí, a no más de veinte metros, estaba la rubia.

Evelyn.

A su lado, un estúpido y sensual Chris estaba sonriendo como si lo que sea que ella hubiera dicho fuera la cosa más chistosa del mundo. Aquello fue como un petardo para sus recién descubiertos instintos, se sintió tan increíblemente iracunda que le dieron ganas de subirse a la camioneta y dejarlo solo. Tuvo que apelar a su lado racional, suplicando por algo de cordura. Esto estaba mal, si Chris quería estar con ella, si ésta era su oportunidad para volver o lo que fuera con esa mujer, Jen debería estar feliz, de verdad debería de estarlo. *Pero no lo estaba.* Cuando el saludo por fin terminó, lo vio caminar con paso seguro hacia la escuela. Su espalda ancha moviéndose al compás de esas largas piernas. Jen miró de nuevo a la rubia, quien, naturalmente, también tenía los ojos clavados en él. Evelyn era muy diferente a ella, desde los voluptuosos pechos hasta el cabello rubio o el ridículo vestido rosa.

Sin duda era lo que Chris necesitaba, y por eso la buscaba, ¿por qué aquello la hería? Era estúpido querer gustarle al *cosplayer*, bastante estúpido de hecho. Jen estaba casada, pero tenía años sin sentir que pudiera gustarle a alguien que no fuera Nathan. Seguramente por eso quería gustarle a ese insolente, no por otra cosa, claro estaba.



Mientras caminaba hacia el laboratorio, todos los recuerdos inundaban a Chris. El hecho de haber visto a Evelyn lo había descolocado un poco. Ella trabajaba aquí en esta escuela y ahora él estaba viendo la forma de entrar a uno de los laboratorios donde alguna vez le propuso una fantasía... y ella se había negado. Haberla visto lo hizo sentir como un degenerado que se burlaba de todos los recuerdos que habían tenido juntos, ensuciándolos con su trabajo actual... Pero bueno, Jen no era cualquier clienta.

Además iba a cumplir una de sus muy pasadas fantasías. Por supuesto que Chris había interpretado el papel de profesor cientos de veces, pero nunca en donde quería, un instituto de verdad. Otro punto más para Jennifer era su atrevimiento, ella siempre terminaba cediendo con cualquier fantasía, por supuesto que era recatada y remilgada, pero aun así se animaba, si a eso le sumaba que le atraía tanto que con tan solo pensar en ella dentro de sus vaqueros su miembro se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica... El tono de unos grillos en su celular lo hizo dar un respingo, ¿quién mierda le había puesto ese tono?

—¿Jen?

—¿En dónde estás? Ya voy en camino.

—¿A qué hora me cambiaste el tono por el sonido de tu animal favorito?

—A la hora en la que empecé a odiarte tanto como a los putos grillos, ya estoy lista... —Y luego bajó la voz—. Espero usted también lo esté, profesorucho...

Chris se estremeció de placer ante su tono, había sonado tan caliente que no pudo evitar sonreír.

—Espero que venga preparada, señorita Stanford.

El *cosplayer* había escogido vestirse con un traje gris que lo hacía lucir como todo un académico... o como sea. Ojalá algún día realmente pudiera impartir clases de verdad, se dejó de estupideces y se escabulló dentro del laboratorio. Ahí siempre estaba vacío, y el vigilante era su amigo, además había aceptado el jugoso soborno por utilizar las instalaciones un par de horas. El estúpido sonido de grillos volvió a sonar, eso quería decir que Jen ya estaba al borde de una de sus crisis de ansiedad.

—¿No estamos infringiendo la ley? —susurró Jen.

—Solo un poco. ¿No estás emocionada?

—Estoy aterrada, Chris. No me gusta faltarles al respeto a los señores policías...

—Eres tan ridícula, solo disfrútalo.

—¿Y si sale un fantasma? El baño donde estoy luce muy aterrador...

—No va a salir nada. Ven a buscarme al laboratorio, está a dos pasillos del baño, es la puerta que tiene una ventana en el centro. Tocarás la puerta y contarás hasta tres antes de entrar, en cuanto lo hagas seré el profesor que te mandó a castigar por tu mala conducta, ¿está bien? Aquí no puedes aventarme con la tiza, ni tampoco con las bancas, si quebras algo, Jennifer... habrás reprobado.

Jen gimió bajo como respuesta, lo que lo hizo sonreír con malicia. Colgó, rogando a todos los cielos que esto saliera bien.



A hurtadillas, Jen caminó por el pasillo hasta el laboratorio. Seguía con una sonrisa al ver su uniforme, nunca pensó que la adrenalina y la emoción por disfrazarse llegaran a gustarle, hasta este momento. Encontró el laboratorio, se asomó por la pequeña ventana donde vio a Chris, y tomó una bocanada de aire para calmarse. Tenía que hacer bien este papel, ¡era el último! Era como su graduación y pondría todo su esfuerzo, sería una estudiante... mala. Llamó a la puerta, contó hasta tres y finalmente la abrió un poco. El salón más bien parecía el laboratorio de biología, había montones de frascos sobre una repisa del lado derecho, ¿acaso esos de allá...? Sí, mierda. Eran unos fetos, varios pupitres y finalmente el pizarrón donde Chris estaba haciendo anotaciones.

El vestía un traje gris definitivamente hecho a la medida que le resaltaba el extraño color de su cabello castaño y alborotado, esas gafas que podrían derretir a cualquiera, y se veía tan concentrado como un verdadero profesor. Tomó una bocanada de aire y empujó la

puerta completamente, iba a hacer el papel tan bien que Chris la felicitaría al final de la clase.

—¿Qué hongo, mi champiñón? —sonrió mirándolo.

El profesor, quien estaba escribiendo en el pizarrón, se detuvo abruptamente y el chirrido que hizo el sonido de la tiza contra éste fue estruendoso, logrando que Jen rechinara sus propios dientes.

—¿Cómo dijo? —preguntó sin mirarla.

—Dije, ¿qué hongo?

—¿Eso... qué quiere decir? —Aún no la miraba, tenía los ojos cerrados y se estaba pellizcando el puente de la nariz.

—Qué onda, cómo está, ¿por qué me mandó a llamar? —espetó frustrada, tratando de sonar como una estudiante de esas malas y modernas. Por Dios, ¿sería que él nunca iba a estar en su misma onda?

—Usted sabe por qué la mandé a llamar, pero solo por destruir el léxico de esa manera, tardará más su castigo. —Abrió los ojos—. Ahora siéntese y... —se quedó a mitad de la palabra viéndola de arriba abajo.

—¿Y qué? —preguntó agitando sus pompones. Chris suspiró, una sonrisa sensual dibujándose detrás de esa fachada de profesor.

—Dijiste que la fantasía era profesor-estudiante. —Su voz ahora ronca.

—Pero soy una porrista estudiante. —Dio saltitos moviendo los pompones.

—Sí que lo eres —comentó en tono seductor haciéndola ruborizar—. Ésta es una de tus fantasías también, ¿ah?

—No... —negó fervientemente, sí lo era, pero... *diablos*.

—Guarde silencio —ladró de pronto, convirtiéndose en el profesor.

—Deme una “A” —dijo Jen desafiándolo, incluso elevando el mentón. Chris elevó una ceja.

—¿A?

—Ahora una “S”. —Chris negó sin dejar de verla. Sintiendo una ridícula rebeldía, Jen elevó los pompones y brincó—. Deme una “N”. —Movié los brazos y empezó a hacer como que se deslizaba en el suelo, pero definitivamente esto solo a Michael Jackson podría salirle—. Deme una “O”. ¿Qué dice? ¡Asno! —gritó antes de saltar y dejarse caer en el suelo abriendo mucho las piernas.

Pero esa fue mala idea porque seguramente no estaba luciendo muy sexy; además, mierda, el puto dolor al abrirse de esa manera la hizo jadear. Sus ojos picaron incluso por el dolor.

—¿Está bien? —indagó Chris un poco alarmado, refunfuñando se levantó, logrando que un hueso en su pelvis tronara de forma rara como si acabara de acomodarse.

—Claro que estoy bien, *profesorucho* —refunfuñó.

—Entonces, déjese de tonterías y entre de una vez.

Entró caminando detrás de él, aún cansada por el esfuerzo. Sus ojos se desviaron al pizarrón... Por ridículo que fuera, el profesor realmente estaba escribiendo cosas de biología... ¿teorías del origen?, ¿ramas de la biología? ¡Mierda, qué aburrimiento! Enfurruñada, le aventó un pompón a la cabeza. Chris dejó de escribir y se giró con tanto odio que incluso la hizo encogerse en su lugar, luego, se inclinó para recogerlo y se acercó a ella, con pasos largos y fluidos.

—¿Se puede saber cuál es su problema? —preguntó estrellando el pompón sobre el pupitre.

Por un momento se quedó engarrotada y nerviosa. Estaba a nada de pedirle disculpas, de poner atención o de... *no*. Ella quería hacer bien esto, quería demostrarle que por una vez en la puta vida podía ser incluso... más sexy que Evelyn. El puro pensamiento le enervó la sangre y se puso de pie frente a él.

—Mi problema no está en que no entienda el concepto de la biología, *profesorucho*.

—¿Entonces en dónde está? —instó, mirándola con ardientes ojos azules. Mierda.

—Es que pensé... que... bueno, hoy la clase sería de anatomía.

—¿Tiene dudas con eso?

—Un poco, sí, me gustaría... —Se inclinó hacia él, y aunque le temblaban las manos, le acarició la corbata—. Conocer de primera mano la constitución física de los hombres.

—¿Y qué la hace pensar que me interesa mostrarle eso? —preguntó tomándole la mano para retirarla de su corbata.

Jen se quedó mirándolo un poco aturdida mientras sentía un pinchazo a causa del rechazo. Rebuscó en sus ojos, pese a que tenía esa mirada ardiente, él pareció darse cuenta, porque le acarició deliberadamente con el pulgar la palma, eso logró volverla a su papel. Jen sonrió, sacudiéndose de su toque, mirándolo fijamente.

—Puedo sentir su deseo. —Sin previo aviso, deslizó ahora las manos, palpando su erección—. ¿Podría explicarme qué es esto?

Chris tensó tanto la mandíbula que casi la escuchó crujir. Decidida a seguir con aquello, se puso de puntitas, acercando su boca a aquellos labios suaves como la seda. El *cosplayer* la sujetó por la cintura, delicada, pero firmemente.

—Usted es solo una niña —dijo con voz ronca contra sus labios.

—Eso no me hace desearlo menos.

Y era verdad, el hecho de estar ridículamente celosa de Evelyn incluso la hacía desearlo más. Lograba despertar un verdadero interés en hacer bien las cosas, al grado que cuando estuviera con alguien más, pudiera recordarla por lo buena que era y no por las estupideces que siempre hacía sin pensar. Los ojos de Chris llamearon con deseo y supo que no debía perder la oportunidad, así que comenzó a besarla con ímpetu mientras tropezaban con algunos pupitres, hasta que chocaron contra el escritorio donde ella lo obligó a subirse. Él parecía ligeramente desconcertado, pero no dijo nada, obediéndola. Jen se subió a horcajadas sobre él y comenzó a soltarle el cinturón, el *profesorucho* la

ayudó elevando las caderas, y cuando el enorme miembro saltó a la vista, Jen lo sujetó con las dos manos, relamiéndose los labios.

—Mierda, Jen —jadeó—, vas muy en serio...

—Siempre me pregunté cómo sería la piel de esta parte de la anatomía de los hombres. —Tiró de la cálida piel—. Ahora que ya sé cómo es, me muero por probar.

—Putá madre.

Fue lo que Jen escuchó cuando se llevó la erección de Chris a los labios. Todavía no podía creer que por primera vez él luciera desconcertado, e incluso algo perdido con la fantasía, bueno, eso creyó hasta que en un movimiento muy rápido, él la sujetó por los hombros y tiró de ella para besarla con un hambre tan arrasadora que la dejó aturdida. Más aún cuando en un extraño movimiento, la dejó en una posición que, de no tenerle toda la confianza del mundo, habría gritado horrorizada. El sesenta y nueve, lo había escuchado nombrar, a Holly, sobre todo.

Pero nunca pensó que podría practicar aquello sin morir de vergüenza, en cambio cuando Chris removió sus bragas y posó su cálida boca contra su palpitante centro, jadeó ahogadamente deseando restregarse contra esa tortuosa lengua. Cada vez que Chris se paseaba por su clítoris como si fuera la cereza del pastel, ella tiraba con la boca de su erección, sintiendo bajo sus piernas el cuerpo del *cosplayer* estremecerse y tensarse. Por primera vez pensó que podría durar horas haciendo esto, sentir cada músculo de su cuerpo librando una deliciosa batalla contra el orgasmo, y saber que justo a él le pasaba lo mismo, la hacía sentirse orgullosa al igual que poderosa. Nunca pensó que alguna vez podría tener el control sobre alguien, tampoco ser capaz de dar placer.

Mucho menos a alguien que no era su esposo y que la estaba tocando como si la conociera de siempre. Chris sabía dónde y cómo llevarla hasta el borde, y luego, justo como ahora, mientras le mordisqueaba con delicadeza y le sujetaba las nalgas con sus grandes manos, dejó de pensar para entregarse de lleno al placer. El orgasmo fue inminente, y presa del placer, succionó con más fuerza, deseando que él se corriese en su boca. Sí, era bastante estúpido querer probar aquello que sabía y olía a cloro, pero ni siquiera tuvo tiempo de desear nada más, porque con uno de sus movimientos fluidos la retiró, poniéndola a horcajadas sobre él. Jennifer seguía estremeciéndose presa del orgasmo cuando Chris elevó las caderas y la penetró con una profunda estocada, haciéndola gemir ahogadamente, llena de placer.

—Quería que se viniera en mi boca, *profesorucho*. —Se recostó sobre el amplio pecho, permitiendo que él la retuviera con firmeza contra su pecho, sus embates tan duros que la hicieron gimotear.

—Me gusta más venirme dentro de ti. Cuando terminas de correrte, te vuelves más estrecha si es que eso es posible. Me vuelves loco, Jennifer —jadeó, besándola mientras se impulsaba una y otra vez.

Ella estaba tan perdida en la bruma de placer, que vagamente escuchó el sonido del escritorio crujir debajo de ellos, quizás estaban a punto de destrozarlo y no le importaba, porque en ese momento, seguramente presa de todo lo que estaba sintiendo, lo único que podía pensar era que también él la volvía loca.



Después de la sesión en el escritorio, Jen recogió sus pompones e hizo otra de sus ridículas porras. Tan absurda, que tuvo que regañarla y volver a cogérsela ahora contra un pupitre. No había sido fácil pero tampoco imposible. Después que terminaron, desgraciadamente estaba seguro que la amaba.

Amaba todo lo que hacían juntos, sus payasadas, su inocencia, sus caricias, su sentido del humor, e incluso sus rabietas. La quería solo para él, para seguirle enseñando cosas, para aprender más con ella, para tener una vida juntos, y por todo eso, estaba bastante jodido.

—Tengo hambre, ¿crees que podamos comer algo? —preguntó Jen cuando iban de regreso a la casa de sus abuelos.

—Claro, te llevaré a un lugar perfecto —murmuró con una sonrisa.

Quizás era estúpido, pero se le ocurrió que podían comprar un par de hamburguesas y comer cerca de un mirador que le encantaba, situado a las afueras de Denver, y con un poco de suerte, podrían pasar más tiempo juntos... de otra manera, sobre todo. No que no le gustara estar con Jen, por Dios, de hecho estaba pensando que se estaba volviendo un degenerado porque todo el tiempo la deseaba, pero también estaba buscando otro tipo de compañía con ella, se había dado cuenta que podían pasar horas hablando de cualquier cosa durante las noches, en realidad ella era muy divertida. Saliendo de la carretera, se estacionó bajo un árbol. Jen elevó una ceja cuando él se acercó a abrirle la puerta.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó con cierta reticencia.

—Vamos a comer, ¿quieres bajarte o prefieres quedarte encerrada?

Jen rezongó pero aceptó bajarse, no llevaban mucho trayecto pero ella ya había gritado varias veces cuando un saltamontes le saltó a los zapatos o cuando una indefensa mariposa se posó en su hombro.

—Odio la naturaleza, de verdad que la odio, Chris. Además, seguro se nos va a enfriar la comida —refunfuñó por octava vez.

—Andando, floja, entre más rápido caminos más rápido podremos sentarnos a comer.

—Quizás si me cargaras llegaríamos más rápido —murmuró socarronamente, Chris elevó una ceja y se inclinó hasta que una de sus rodillas tocó el suelo—. ¿Q-Qué estás haciendo?

—¿Te quieres subir de una vez a mi espalda o prefieres que se haga de noche?

—No —balbuceó—, era broma, Chris, yo...

—Ahora —exigió.

Jen se quedó quieta un momento. Los vaqueros le sentaban bastante bien, pero como siempre, el horrible suéter morado la hacía lucir más delgada de lo que en realidad era. Suspirando en clara disconformidad, le pasó las hamburguesas y se subió a su espalda. Sus pequeños brazos rodearon su cuello con fuerza y sus piernas intentaron también rodear su

cintura. Contra su espalda, el cuerpo de la joven irradiaba un calor reconfortante, haciendo que deseara sostenerla por siempre, incluso por primera vez en su vida, Chris se permitió fantasear con otra cosa que no fuera algo referente al sexo. Mientras caminaba con ella en su espalda, Jen iba riéndose, y cada vez que él fingía que se iban a caer, ella lo abrazaba tanto del cuello, que seguramente le dejaría marcas.

Aunque sin duda, ya lo había marcado de muchas maneras, y por supuesto, no le importaba aquello. El bosque que se extendía a su alrededor era un interminable laberinto de árboles y follaje, mucho follaje. Chris miró a Jen por encima del hombro, y lucía nerviosa.

—¿Qué piensas? —indagó curioso.

—¿Sabes regresar? La idea de que no encontremos el camino de vuelta me está poniendo nerviosa.

—Por supuesto que lo sé, no soy tú, que seguramente solo sabes ir de tu casa al trabajo. —Ella refunfuñó, golpeándolo con suavidad en el hombro, haciéndolo reír mientras apresuraba el paso.

Después de un par de minutos, la luz pasó de un tenebroso tono oliváceo a otro jade brillante al filtrarse a través del dosel de ramas.

—Esta fantasía me gustó mucho —canturreó ella contra su oreja, el sonido de su voz junto con su cercanía le provocó un delicioso cosquilleo.

—A mí también, estuviste maravillosa. Te veías tan sexy que juro que con tan solo recordarte, puedo volver a regañarte... más tarde en la camioneta —aseguró con una risilla.

Frente a ellos se extendió un área increíblemente abierta, el mirador perfecto para observar el vasto paisaje, el sonido del viento y las majestuosas montañas en todo su esplendor.

—Nunca me habías dicho eso —susurró Jen al tiempo que se bajaba de su espalda.

Chris quería regañarse mentalmente por haberle dicho esas cosas, pero mejor no lo haría, si no fuera un bastardo cobarde, incluso le diría que además de maravillosa había estado perfecta, y que por la forma en que se entregó a él y muchas cosas más, la amaba con locura, pero se decidió por su estúpido sentido del humor, era mejor acudir a eso que sincerarse.

—Siempre puedes agradecerme.

—Gracias —dijo cabizbaja, Chris frunció el ceño.

Mierda, quizás era momento de decirle la verdad y no andarse con rodeos, ¿a quién quería engañar? De todas formas nunca podrían ser amigos, él simplemente no podría soportar estar con ella y a la vez no estarlo.

—Chris, quería decirte algo —susurró, pero cuando por fin elevó la vista hacia él, sus ojos, ¡vaya!, estaban colmados de lágrimas, y ver aquello se sintió como una patada en el esófago.

—¿Q-Qué pasa? —preguntó sin aire.

—Quizás después de esto no pienses que soy tan maravillosa, ni... nada de lo que sea que pienses de mí...

—¿Qué quieres decir?

—Es que, lo que pasa es que... —Apretó los labios, suspiró, cerró los ojos. Mierda, nada podía ir bien—. Y-Yo... acabo de descubrir, ¿que la mafia que asesinó a tu mamá? Bueno... son los mismos que m-me secuestraron. Tengo que ir a declarar mañana a Aspen, y sé que es egoísta lo que voy a pedirte, pero ¿podrías ir... conmigo?

En ese pequeño mirador, el tiempo se detuvo, incluso el viento, los sonidos. Jodidamente to-do. Mirando las lágrimas de Jen, supo inmediatamente la respuesta, lo que no sabía era cómo articular una puta palabra. Saber que Jen y su madre habían sido atacadas por las mismas personas le heló la sangre, impidiendo que pudiera llegar a su cerebro y... funcionar. Estaba enojado a grado de ser mandado directo a la correccional por pensamientos de asesino serial, pensó que estaba levitando y que esa masa de músculos en la que estaba atrapado terminaría desplomándose contra el suelo...

—No tienes que hacerlo si no quieres —balbuceó—, lo siento tanto, no sé por qué te lo pedí. Sé que es duro para ti encararlos... por lo de Liliana, más aparte estar conmigo. —Su cuerpo comenzó a sacudirse—. Lo siento, Chris, lo siento tanto. ¿Te doy asco ahora? —sollozó, trayéndolo de vuelta abruptamente a la Tierra.

—¿¡Qué mierda estás diciendo!?! —Ella se encogió en su sitio.

—Sé sincero por favor, no tienes que fingir ni intentar quedar bien conmigo...

—¿No lo entiendes, Jen? —la interrumpió sujetándola por los hombros—. ¿No entiendes cuánto me duele pensar que los mismos bastardos que tocaron a mi madre, te tocaron a ti?

—Por eso te digo que...

—¿No entiendes cuánto me importas? ¿No ves cuánto te quiero?

Y bien, ya lo había dicho. Maldita sea, esa no era la forma que se había imaginado, ni el lugar, ni mucho menos el momento, pero qué diablos, era lo que sentía desde lo más profundo de su alma. El sentimiento era tan intenso que no podía guardárselo por más tiempo, ni tampoco engañarse con que esto era pasajero. Lo que sentía por ella era bastante real y permanente, lo malo es que por su cara, la respuesta estaba dicha sin necesidad que ella hablara.



No, seguramente estaba malinterpretándolo. Chris no podía quererla... no del significado amar, era que la quería como amigos, claro. Eso tenía que ser, limpiándose las lágrimas sonrió.

—Yo también te quiero, y siento haberte ocasionado tantas molestias. Lo lamento mucho —aseguró con una sonrisa, él parecía confundido antes de que sus ojos brillaran con pesar, como si esa respuesta no le hubiera gustado en lo absoluto.

—No —suspiró—, soy yo quien lo lamenta, de hecho, lo lamento por muchas cosas, por haber aceptado trabajar contigo por fuera, por pedirte que fingieras ser mi novia... mierda —sonrió sin humor en lo absoluto—. Verás, lo que intento decirte es que, las cosas han cambiado entre nosotros. Todo lo que te haga daño a ti, ahora me daña a mí. Porque de verdad... me gusta mucho estar contigo, créeme que no es ninguna molestia.

Mierda, esto no le estaba gustando nada a Jen. Primero por la forma en la que su corazón dejó de latir al escuchar el rechazo, Chris estaba tan arrepentido de conocerla que ahora no podía dejar de tenerle lástima. Genial. La calidez en su mirada azul, el tono aterciopelado de su voz lo decía todo. Tenía pena ajena.

—No tienes por qué disculparte —se rio nerviosa—, además, es obvio que estar conmigo no te conviene nada, incluso lo que te estoy pidiendo... Tú... yo, vaya —suspiró—, no necesitas hacerlo.

—Supongo que podría intentar no querer estar contigo, incluso no debería desearlo. —Le sujetó las manos—. Pero ahora me preocupo por ti, más de lo que debería y más de lo que me concierne debido a tu estatus, estás casada y los dos rebasamos ese límite que nos habíamos impuesto. ¿Lo sabes, verdad? —Ella parpadeó aturdida.

—Debí alejarme cuando me lo pediste, Chris —balbuceó con el corazón oprimido—, debería hacerlo ahora, pero no puedo.

Jen cerró los ojos, dentro de sus límites, ella los había rebasado todos. Pero había algo en Christopher que la arrastraba sin remedio, y que por más que intentaba, no podía dejar de buscar, haciéndola volver una y otra vez a él.

—Y no quisiera que te fueras, Jen, definitivamente no. —Le sujetó el rostro obligándola a mirarlo—. Porque yo... Jen, yo...

Sus ojos ardían con cosas que Jennifer no podía entender o descifrar, él se quedó callado, como si no encontrara las palabras precisas para decir, su respiración rápida, sus hombros tensos...

—¿Qué ocurre? —preguntó con un hilo de voz, su corazón trasladándose a su garganta.

—Jennifer —pronunció su nombre completo con cuidado, antes de sonreír y despeinarla ligeramente—. ¿No lo estás entendiendo, verdad? —Su risa irónica—. Me gusta ver cómo te ruborizas, me gusta sentirte, ¿y esa chispa de intuición en tus ojos cuando sospechas lo que haré? —resopló sacudiendo la cabeza—. La idea de verte suplicando, humillándote ante él, soportando esas bajezas... no debería importarme, sin embargo, maldita sea, ¡lo hace! Cuando nos separemos, creo que me será insoportable seguir viviendo sin ti. —Clavó sus hermosos y torturados ojos en los suyos—. Ahora eres lo más importante para mí, ¿entiendes eso?

Jennifer lo miró fijamente mientras la cabeza le daba vueltas ante el rápido giro que había dado su conversación. ¿Chris la... quería? ¿Habría entendido bien? Esto no podía estar pasando, no, de ninguna manera. Parpadeó aturdida, buscando en sus ojos lo que sus oídos habían escuchado. Él *no* podía haberse enamorado de ella. No. Chris no podía hacerle esto, no podía quererla sabiendo que estaba casada, él no... pero... *mierda*. Ahí en sus ojos había tanto amor, tantos sentimientos que se desbordaban hasta golpearla como

un terremoto, y sin pensarlo, lágrimas bajaron por su cara. Lo supo porque cuando se llevó la mano al rostro, estaba húmedo. Él suspiró acunándole la mejilla, su toque suave le robó un sollozo.

—Sé que es ridículo que te lo diga, y que soy el primero en romper nuestro acuerdo, también soy consciente de que estamos en otro nivel... económicamente hablando. —Se pasó una mano por el cabello de forma nerviosa—. Pero te juro que haré lo que esté en mis manos para darte lo que te mereces, yo nunca te cambiaría, Jennifer. Justo por cómo eres es que estoy... tan enamorado de ti.

Mierda. Jen se quedó sin aire, las palabras de Chris habían dado en todas sus terminaciones nerviosas, golpeándola como si fuera una gran bola de demolición, quizás lo era porque incluso se sintió mareada. Increíblemente, pero en lugar de desmayarse, su mente jugó con la idea. Se vio con él, llevando una vida sin preocupaciones, relajada y divertida, y precisamente por eso, es que no podía estar con él. Estaba acostumbrada a Nathan, a su vida juntos, casados, ¿pensar en un cambio? La aterraba.

De hecho, la joven odiaba los cambios, no sabía manejarlos, ¿y si cambiaba tantos años con Nathan por algo que quizás no funcionaría? ¿Y si pasados unos meses Chris se aburría? Por Dios, tan solo tenía conociéndolo un par de semanas. No había manera.

—Ya conoces mis sentimientos, Chris... lo siento tanto... —sollozó, su corazón latiendo tan fuerte que le dolieron las costillas, el pecho completo, la garganta, la cabeza y de pronto sintió como si se fuera a desplomar—. Supongo que aferrarme a lo imposible me hace una idiota.

No se atrevió a mirarlo en ningún momento, como la cobarde que era. Jen jamás hubiera querido romperle el corazón, nunca pensó que las cosas llegarían a este punto, ni de lejos, incluso esto le estaba resultando más doloroso que cuando Nathan le pidió el divorcio, lo cual resultaba bastante patético y decía mucho de la mierda confusa que estaba pasando por su cerebro. Por el amor a todo lo sagrado, ¡se estaba ahogando! El *cosplayer* suspiró, antes de estrecharla, Jen no se esperaba eso, por lo que dio un respingo.

—Eres idiota —aceptó con una sonrisa triste—, al igual que yo.

Por fin sus miradas se encontraron y ella se rio, como la tonta que era. Ambos se rieron de lo absurdo y estúpido de la situación.

—Vaya, así que es así como termina mi carrera de *cosplayer* —murmuró Chris en tono bajo y triste

—¿Qué dices?

—Ignórame. —Jen se animó a mirar sus profundos ojos azules, pero no encontró nada ahí. Eso le dijo qué tan bueno era ocultando sus sentimientos.

—¿Ya no serás un *cosplayer*?

—Estaba pensando. —Se aclaró la garganta, sus ojos ahora fríos la hicieron estremecer mientras cambiaba el tema—. Que puedo acompañarte al juicio.

—Si aún quisieras... por mí está muy bien.



Tras regresar en un espantoso e incómodo silencio, Chris se preguntó a qué hora Jen tomaría su cosas y saldría corriendo. Llevarla al aeropuerto era lo menos que podía hacer, pero intuía que a ella le quemaban los pies por partir cuanto antes, de preferencia sin su ayuda. Quizás en cuanto salieran del juicio. Suspiró mientras lanzaba a la parte trasera de la Ford las frías hamburguesas. Vaya manera de echar a perderlo todo. «¡Bravo, denle otro premio!», canturreó con sorna su subconsciente. Sí, fue difícil aceptar que estaba enamorado. Sabía lo difícil que sería la caída, pero no le importó, simplemente tenía que hacerlo.

No volvieron a hablar de regreso a casa, y él tampoco intentó preguntarle en qué estaba pensando, ni disculparse. La amaba y no se iba a disculpar por eso, perderla solo eran las consecuencias de la reverenda estupidez de amarla. Esto estaba tan jodido. Fue estúpido decirle que la amaba, ¿qué esperaba? ¿Sonrisas y besos? ¿Cuándo iba a entender que las cosas estúpidas como esas solo pasaban en las películas? En la cabina la temperatura había bajado varios grados, no supo si por la distancia que se había levantado entre ellos o por el tiempo. Pensó que el camino se le haría eterno a este paso, pero se sorprendió vislumbrando la casa más rápido de lo que le hubiera gustado.

Disminuyó de forma considerable la velocidad porque quería embriagarse del aroma de ella, quería recordarla porque éste era, sin duda, el final.

Capítulo Diecisiete

Al día siguiente, y rumbo a la audiencia, Jennifer se sentía lista para cometer suicidio al abrir la puerta y lanzarse por la carretera. Y la culpa la tenía el hombre a su lado. Desde el día anterior evitó todo contacto con el *cosplayer*, desde hablarle hasta siquiera mirarlo. Diablos, se estaba portando como una estúpida, ¿no? Pero es que no podía evitar seguir furiosa con él. ¿Por qué mierda se había enamorado de ella? Esto no debía ser así, él se lo había pro-me-ti-do, no tenía ningún derecho a hacerla sentir justo como se estaba sintiendo ahora.

Su celular sonó en el mismo momento en que llegaron a su destino. Christopher suspiró bajando del auto, dejándola hecha un manojo de nervios mientras rebuscaba en su bolso para contestar.

—*¿Entonces te fuiste a Denver siguiendo a ese loco degenerado?* —Jen resopló, al parecer no era la única con humor de perros.

—Ya te dije que no es un loco degenerado, Lisa, de hecho él es... muy bueno —suspiró con pesar.

—*Oh mierda, Jen. ¿Qué haces en la casa de unos abuelitos? Es que te juro que aunque Holly me explicó, no puedo entender nada. Temo por tu seguridad, amiga, tu papá te estuvo buscando...*

—Lo sé, ya hablé con él. Y... ahora estoy por declarar.

—*¿De verdad? ¿Quieres que vaya? No deberías estar sola...*

—No te preocupes, estoy... estaré bien. Mejor dime... ¿has sabido algo... de Nathan?

—*Jenny...* —Su amiga suspiró y no, eso no era un buen indicio—. *Estás haciendo todo esto por Nathan, ¿verdad?*

—Pero por supuesto —contestó contrariada.

—*¿Y si te digo que no creo que valga la pena?*

—Te diré que ese es mi asunto. Lo amo, y estoy segura que declarar contra estos cabrones es una prueba de cuánto he mejorado, estoy dispuesta a superar ya esto.

—*Me da mucho gusto escucharte tan segura ahora que vas a declarar contra esos maleantes, y sé que te molesta mucho que te lo diga, pero estoy harta de ese... hombre.*

—Voy a recuperarlo, Lisa, después de esto no volveremos a tocar este tema. Tú sabes la cantidad de problemas que ha acarreado a mi relación todo este asunto, estoy segura que al hundirlos en la cárcel voy a lograr vivir en paz, y así Nathan y yo...

—*Jenny, pero es que Nathan no vale tanto esfuerzo, por favor...*

—Por eso no quería que te enteraras, me duele que me juzgues —susurró con tristeza.

—No, no, nada de eso, Jen. —Hubo una larga pausa, tan larga que Jen miró el celular para ver si no se había cortado la llamada—. *Juré que no iba a decirlo...* —habló finalmente Lisa—, *pero no puedo más, ésta será la última vez que te cuente algo sobre Nathan, después de todo, como bien dices, es tu decisión.*

—¿Qué tiene Nathan?

—*El día de tu cumpleaños, Derek volvió poco después de que te fueras con Chris. Me dijo que lo buscó por todos lados y nada, como último recurso, fue al despacho de Nathan y bueno... lo encontró con su compañero Jacobo y... no estaban solos.*

—¿Q-Qué quieres decir? —balbuceó.

—*Estaban... además con una mujer, en una especie de orgía, amiga. Derek está tan enojado, yo ni siquiera...* —suspiró—, *¿eso es lo que quieres para siempre?*

A Jennifer se le deslizó el celular de sus temblorosas manos, aturdida comenzó a jadear en busca de aire. Mientras ella estuvo esperándolo, rogándole, llorando, él... él simplemente estaba...

—¿Vamos? —Chris abrió la puerta, asustándola.

El *cosplayer* la miró de arriba abajo antes de fruncir el ceño, la conocía demasiado. Pero Jen ni siquiera podía enfocar bien la vista, no podía percatarse de nada, estaba ida. De pronto, ya nada tenía sentido, ni su vida, ni sus preocupaciones, no había nada para ella. Se quedó ahí, pensando que el tiempo se había suspendido entre lo que estaba bien y mal, entre aceptar un cambio que conllevaba a cosas nuevas, o seguir ahí siendo... nada. Chris le sonrió, su mirada suavizándose.

—Todo estará bien, *lagarto*. Esos hijos de puta ni siquiera se atreverán a mirarte. —Con cuidado tomó un mechón rebelde de su cabello, deslizándolo detrás de su oreja.

La joven parpadeó, visiblemente deslumbrada. Christopher era todo lo que se podía soñar y más. Físicamente era increíble, pero en su interior era increíblemente más hermoso, sus bromas, su carácter... ¡Dios! Era tan especial, tan centrado, era tan bueno que ahora le dolía el pecho al pensar que no lo volvería a ver. ¿Se habría enamorado ella también? ¿De verdad podría amar a otra persona? Jen no quería escuchar la vocecilla que le gritaba que de hecho ya lo hacía, era ilógico, no se podía amar a dos personas, y para todas las desgracias, ella *amaba* a Nathan, pero aferrarse a él le estaba costando la misma vida.

—¿Jen?

—Sí, yo... —Sacudió la cabeza—. Estaré... bien.

No agregó nada más, lamentándolo al instante porque Chris malinterpretó su mutismo, cuando su gesto cambió y se adelantó dejándola atrás. Toda esta actitud de mierda no era por él, Dios, definitivamente no era por él.

—Jen, cielo. —Elena se apresuró a ella, dándole un abrazo reconfortante—. Esperemos que todo acabe pronto.

—Sí, yo... de verdad eso espero.

Apenas pusieron un pie en el juzgado, le pareció más bien una cámara asfixiante, y se

tambaleó con nerviosismo. A pesar de que su cerebro había perdido todo juicio, volcándose dentro de su cabeza, se obligó a caminar y sentarse hasta adelante. Ahora sus pensamientos golpeaban de un lado a otro, Chris la quería... Nathan no. Esos criminales pronto estarían frente a ella, con sus asquerosas sonrisas...

—¿Señora Stanford? —La voz profunda de un hombre la hizo salir de su estupor.

—¿Sí?

—Soy Shawn, el abogado que su padre envió para representarla en el caso.

Jen lo miró todavía aturdida, tratando de recomponerse a sí misma. La noche anterior había llamado a Thomas para comunicarle su cambio de decisión, él se había enfurecido porque no le avisó antes y no alcanzaría a llegar, pero arregló todo para que un abogado de la corporación en Aspen la ayudara.

—Muchas gracias, Shawn, lo estábamos esperando. Por favor tome asiento. —Jen agradeció en silencio que Chris hablara.

Shawn les sonrió, sentándose y revisando apresuradamente unos papeles. La audiencia no estaba muy concurrida, solo un par de vecinos de los Herrera. Pero Jen sintió que el suelo se movía bajo sus pies, cuando vio entrar a Andrew, que a su vez la miró extrañado. Mierda, lo último que necesitaba era ese tipo de audiencia, para variar venía con su papá y... Evelyn. ¿Por qué tenían que venir? Incómoda, se revolvió en su lugar, la odiaba. Era oficial. Pero... ¿a ella qué? ¿No acababa de destruirle ya el corazón a Chris? Dios, estaba tan confundida, tan aterrada, nerviosa, pasmada... De pronto, el *cosplayer* le sujetó la mano, por lo que asustada intentó retirarla, sin embargo él la agarró con más fuerza y, pese a sus reticencias, se obligó a mirarlo. Y ahí estaba, con su preciosa sonrisa torcida y esos ojos azules llenos de cariño.

¿Cómo puedes quererme después de todo?

—En el corazón no se manda. —Se encogió de hombros.

—¿Estoy hablando en voz alta? —*Mierda.*

—Sí. —Le deslizó el pulgar por la palma, haciéndole lentos y reconfortantes círculos sobre la piel—. No te preocupes por mí, Jen, sé lo que sientes, créeme, pero eso ya no importa, de verdad —suspiró—. Además, estoy aquí porque esos... —negó con la cabeza—, mataron a mi madre, y no quiero que te enfrentes sola a esto, el puro pensamiento me revuelve las entrañas.

Se quedaron en silencio mirándose fijamente. Las suaves caricias de Chris la tranquilizaron al grado de que ahora quería llorar, se lo había prohibido desde el mismo momento que escuchó lo que su marido había estado haciendo... *¿Por qué era tan tonta?*

—Quisiera que me gritaras.

—¿Gritarte? —preguntó extrañado.

—Sí, dime todas las cosas horribles que te sepas. Hazme sentir como una mierda, porque eso es lo que soy. —Chris sonrió, deslizándolo el brazo por su espalda, atrayéndola contra sí.

—¿Por qué crees que eres eso? —inquirió con una sonrisa.

—No quieres saber —gimió.

—Entonces no voy a insultarte. —Jen aprensó su labio inferior, apoyándose contra su hombro. ¿Cómo iba a vivir sin su calor?

—Me acabo de enterar que Nathan... que él estaba haciendo... *cochinadas* con otra mujer y un hombre, en su oficina, el... el día de mi cumpleaños. —Apretó los puños, tratando de no llorar.

Chris se tensó a su lado, pero nunca sabría qué estaba pensando o... por su rostro, a quién estaba masacrando mentalmente. Sin embargo, ahí, en medio del que sería uno de los peores momentos de su vida, vio con claridad cómo un camino se abría frente a ella. La relación con su esposo era tan destructiva que se necesitaría de un montón de parches, olvidos y disculpas para salir adelante, todas esas cosas que solo ella estaba dispuesta a dar.

—No eres ninguna mierda. —Chris rompió el hilo de sus pensamientos—. Eres muy noble y por eso estás tan extrañada con todo lo que te pasa, alguien como tú nunca haría eso.

—Alguien como yo, que ha vivido siempre en una burbuja mientras su marido coge con todas. ¡Que me den el premio a la estúpida del año! —espetó con ironía.

Él elevó una ceja para luego soltar una carcajada.

—¡Dios, cómo te quiero! —se rio, abrazándola con más fuerza.

—Orden en la sala. —La voz del juez interrumpió la charla, provocando que Jen cerrara los ojos con fuerza, como si de esa manera pudiera escapar de ahí.

Ricardo, el abogado y detective que Mateo había contratado, era muy joven pero no por eso menos profesional. Fue muy duro para Jen escuchar la historia de Liliana, se alegró enormemente de tener a Chris a su lado, y comprendió que ambos sentían lo mismo. Dolor e impotencia. Mateo estuvo muy concentrado en su declaración, y Jen se preguntó si sería capaz de hacer lo mismo. Muy pronto llegó su turno de pasar, Shawn la animó a acercarse al estrado con una sonrisa conciliadora, pero de pronto, Jen no tenía fuerzas, ya no quería estar ahí, no podía con todo eso. No podía hacerlo... simplemente...

Alguien le apretó la mano.

—Estarás bien, bebé. Hunde a esos cabrones de una vez por todas, libérate de esto. Eres más fuerte que tus fantasmas.

Jennifer parpadeó aturdida ante lo que estaba escuchando. Nathan nunca la dejaba hacer nada sola, él siempre quería tenerla alejada de los problemas, incluso alguna vez le exigió que sepultara esto de una vez por todas. En cambio, Chris estaba ahí, apoyándola, confiaba en ella, y estaba seguro de que podía hacerlo sola. Quería que se liberara, porque bien sabía de toda la clase de pesadillas que libraba por culpa de esa mafia día a día. Porque él, así como ella, también odiaba que le tuvieran lástima por lo que había sido en su pasado, o en su presente, y cada día intentaba demostrarle que valía como persona, incluso si eso implicaba sacrificar la dignidad. Sin duda, Chris la conocía mejor de lo que ella misma creía conocerse. Y solo en ese momento entendió que entre ellos había mucho más que sexo. Y de esa forma quizás podrían funcionar...

—¿Va a declarar o no? —insistió el juez.

Jen esbozó una sonrisa hacia un angustiado Chris antes de caminar titubeante al estrado, un funcionario del juzgado se acercó a ella, en sus manos portaba una biblia.

—¿Jura decir la verdad y solamente la verdad? —preguntó el funcionario.

—Lo juro —respondió Jen.

Apenas terminó de decir las palabras, se sintió observada, buscó en el recinto de dónde provenía esa sensación, tan solo para encontrarse con Frank. Ver ahí sentados cómodamente a sus secuestradores le provocó una arcada, transportándola a aquellos horribles días. Todos y cada uno de sus traumas se revelaron y la sembraron en el suelo. Su corazón bombeó tan fuerte que lo sintió hasta en la cabeza, por un momento de verdad pensó que caería frente a todos como un costal vacío... Pero luego recordó a Chris, así que lo buscó frenética con la mirada. Él la estaba viendo con una profunda determinación. Elena tenía los ojos colmados de lágrimas y Mateo estaba a punto de matar a alguien por lo tenso de su mandíbula. Jennifer respiró hondo, estaba lista para declarar.



Mientras Chris escuchaba el relato de Jen, se preguntó a qué hora podía saltar contra esos putos cabrones y despedazarlos. A cada uno los destrozaría y los dejaría colgados como un recordatorio para todos los hijos de puta que se dedicaran a eso. Sus deseos homicidas se elevaron al cuadrado cuando a Jen se le escapó un sollozo ahogado desde lo más profundo de su pecho, estaba conmocionada, le estaba costando la vida misma narrar aquello, pero no por eso se sentía menos orgulloso de verla ahí, mirando directamente a los ojos a sus captores y contándolo todo.

El *cosplayer* hubiera dado cualquier cosa por librarla de ese infierno, incluso por librar a su propia madre de esa mafia, pero no había nada que pudiera hacer, ni ahora ni antes, más que permanecer como una estúpida estatua, escuchando declarar a su padre, a su chica, y a ciertos testigos que aseguraron ver a Liliana entrar a la tienda aquel día de marzo. Habían asegurado que poco después de salir de la tienda, fue abordada por un sujeto.

Gracias a Jennifer, quien pudo identificarlos plenamente, narrando cómo fue su propio secuestro, más las pruebas que Shawn facilitó, así como fotografías, fue que pudieron aclarar el modo en el que operaban y sus nexos en diferentes puntos del estado. Una hora después, finalmente hundieron a esa mafia. El rostro de Mateo y Elena ante el veredicto era todo un poema, incluso hubo lágrimas por parte de los dos. En el corazón de Chris hubo un respiro así como un desahogo, en silencio elevó una plegaria al cielo agradeciendo que finalmente pudieran descansar, y pidió lo mismo para su difunta madre. Y ya que estaba orando pidió, si no fuera mucho, que Jen recapacitara y lo escogiera en lugar de a su marido.

Una pequeña banalidad.

—Estuviste increíble. —Se acercó cautelosamente a una temblorosa Jen.

Por supuesto que se moría por estrecharla entre sus brazos, frotar su espalda y

susurrarle que había estado, de hecho, impresionante, pero como bien había dejado claro ella, su relación era únicamente laboral. Así que se guardó mejor todo aquello, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Pensé que me iba a desplomar en cualquier momento. —Sonrió, limpiando las lágrimas que aún bajaban por su rostro.

Chris miró hacia sus zapatos, de nuevo estaba a punto de decirle que él nunca permitiría que ella se desplomara, y que si ocurría, estaría ahí para sostenerla, que jamás volvería a pasar por esto, quería asegurarle que nadie nunca se atrevería a tocarla, pero de nueva cuenta, ese no era su papel sino del esposo.

—Pero no lo hiciste. Estoy muy orgulloso de ti.

Y luego, elevó los ojos con pesar para verla, ya que incluso eso le estaba provocando dolor físico, pero con asombro comprobó que ella también lo estaba mirando, con algo más que agradecimiento. Una energía invisible pero eléctrica zumbó alrededor de ellos, como si estuvieran en una burbuja personal. Fue así como Chris se dio cuenta que, sin decirle nada, Jen sabía todo lo que él sería capaz de hacer por ella. También se dio cuenta de la vida que podría tener a su lado, y lo invadió un sentimiento de pérdida, un horrible agujero se abrió en su pecho como si alguien hubiera muerto. La joven debió notar el cambio en su rostro, porque se acercó a él de forma titubeante.

—Chris, yo... —Se ruborizó un poco, pero se negó a desviar la mirada—. Bueno, estaba pensando que, quizás si tú pudieras, no sé, e-esperarme, nosotros quizás...

—¿Jenny? —los interrumpió una voz ronca y profunda.

Ambos se giraron para ver ahí, en el umbral de la puerta del estrado, a un tipo alto y rubio. Ese mismo hombre que Chris había visto cientos de veces en *Cosplay*: Nathan.

El hijo de puta había venido, *claro*. De alguna manera el malnacido se había enterado del juicio y su aparición aquí era prueba de su amor eterno e incondicional. «*Absurdo*», pensó con sarcasmo. Por puro masoquismo, Chris desvió la mirada hacia Jen, donde, efectivamente, ella lo estaba mirando como si fuera la luz al final del túnel. Sonriendo ante la ironía y sin decir ni una palabra, el *cosplayer* caminó hacia la puerta, no había nada que hacer en medio de esos dos, y definitivamente, hacer el ridículo no era su meta en la vida, muchas gracias. Pero claro, su salida silenciosa no pudo ser posible en todo ese drama de mierda, lo supo en el momento justo cuando pasó al lado del rubio, y el muy imbécil se atrevió a sujetarlo por el brazo.

—Espera, ¿Owen, no? —Chris contuvo el deseo de rodar los ojos.

—Sí —respondió zafándose con facilidad, elevando el mentón, cosa estúpida e innecesaria ya que era más alto y fibroso, pero qué va, se sentía iracundo. Cosa de medirse, machos y esa mierda.

—Te manda muchos saludos Mia Clayton, dice que espera que estés libre pronto —farfulló con una petulante sonrisa, al *cosplayer* se le drenó la sangre, Nathan se acercó, una sonrisa bailando en sus labios—. Ojalá la paga desquite la zurra... *prostituto de mierda*.

Christopher sintió que el zumbido en su cabeza se volvía más fuerte. Estaba a punto

de sufrir una embolia, algún aneurisma, algo, estaba seguro. Porque en esa misma sala estaban sus abuelos, cerca de un hijo de puta que sabía a lo que se dedicaba, mejor que nadie y de primera mano. Nathan interpretó ese silencio como una ventaja, por lo que sonrió beligerante.

—¿Te divertiste con mi mujer? Aunque la verdad no veo cómo —negó sonriendo antes de bajar aún más la voz—. ¿Verdad que es una sosa en la cama? —Lo golpeó juguetonamente en el pecho con el puño, añadiendo—: Ya comprobaré si valió la pena que te contratara o no, si tengo resultados satisfactorios, hasta podemos invitarte una noche a casa.

Quizás eran las palabras de un hombre ofendido, un hombre enfurecido porque acababa de conocer al bastardo que había estado con su esposa cuando él se la imaginaba llorando en casa. Claro, Chris podía medio entender eso, por supuesto que sí, sin embargo no podía tolerarlo. No. Ni un poco. El puño que estrelló contra la mandíbula de Nathan fue solo el comienzo de todo lo que quería hacerle. Ese cabrón no iba a andar hablando de Jennifer de esa manera frente a él, ni comparándola, ¡ni mucho menos ofreciéndola! Nathan retrocedió, pero desafortunadamente el bastardo tampoco era un enclenque. El rubio sonrió, sus dientes relucieron en rojo, teñidos por sangre antes de que le devolviera el golpe con fuerza, pero sin lograr derribarlo.

Lo que sin duda derribó, fue el autocontrol que le quedaba. Chris gruñó, y con asombrosa fuerza lo sujetó por la cintura, haciendo que ambos cayeran al suelo en un montón de golpes y gruñidos. Estaba bastante seguro de haber perdido el control al partirle la boca, pero no había nada que pudiera detenerlo. Christopher estaba como poseso. Ni los gritos de Jen, ni los de Elena, lograron detenerlo, pero bueno... no pudo hacer mucho contra un cuerpo lleno de músculos y testosterona llamado Andrew.

—Me las vas a pagar, imbécil —rugió el rubio intentando golpearlo. Andrew lo sostenía con fuerza.

—¡Ya basta! —gritó Jennifer, interponiéndose entre los dos. Su voz fue como un bálsamo que logró calmarlo, pero sus ojos... *mierda*.

Se llevaría esa mirada de decepción a la tumba.

—Jen, yo... —trató con torpeza de disculparse, pero ella solo negó.

—Tenemos que hablar. —Nathan la sujetó con fuerza por el brazo, tironeando de ella para sacarla de ahí.



Jen estaba tan aturdida que solo se dejó conducir por Nathan hacia el exterior. En realidad estaba demasiado conmocionada para hacer otra cosa. Ese día parecía ser eterno y no veía la hora en que terminara. Cerrando los ojos, pensó en la imagen de Chris sobre su marido. Dios, por un momento pensó que lo iba a matar. Se veía implacable, dándole golpes horriblemente poderosos, como si lo odiara incluso más que a los asesinos de su madre. Su conducta violenta parecía imparable hasta el punto en que tuvo que correr en busca de Andrew...

—Y... ¿qué sigue con el juicio, ya quedaron presos? —preguntó su esposo tocándose la mandíbula, como si de pronto no estuviera bien acomodada en su lugar.

—Sí, yo... supongo. ¿C-Cómo supiste que estaba aquí?

—Thomas me llamó, dijo que no quería que estuvieras sola declarando, y como soy *tu esposo*, se le ocurrió que mi apoyo era mejor que el suyo —se rio con desdén—. Y para mí era importante estar contigo, porque pese a lo que estamos viviendo, esto es sumamente delicado para ti. Pero claro, tu papá no sabía que ya estabas muy bien acompañada. —Escupió hacia un lado la sangre que aún brotaba de su labio partido.

Jen cerró los ojos, un escalofrío recorriéndola. Sin embargo no estaba llorando y se sintió muy orgullosa de ello.

—¿Y tú sí sabías con quién estaba?

—Por supuesto que sabía, Jenny.

—¿Cómo? ¿D-Desde cuándo lo sabes? —balbuceó.

—¿Te suena el nombre de Mia Clayton? —La joven se llevó una mano a los labios—. Es mi nueva clienta, le conté que estaba casado y me preguntó tu nombre. Una cosa llevó a la otra y terminó confesándome que tú también contratabas al mismo... *prostituto* que ella —dijo con asco. Jen guardó silencio, el mundo desapareciendo bajo sus pies—. ¿Por qué lo hiciste, Jen? ¿Por qué?

—¿Qué no es obvio? Te estaba perdiendo —respondió con voz ronca—. Cuando me pediste el divorcio, te seguí a *Cosplay*. —Ahora fue el turno de él en sorprenderse—. Te vi con Viena —sonrió de forma irónica ante la mirada incrédula de su esposo—. Pensé que podía ser como ella, que si entraba en este mundo... tú volverías conmigo.

—A eso te referías con que estabas cambiando —murmuró pensativo. Jen suspiró, asintiendo.

Y luego se quedaron en silencio, cada quien hundido en sus pensamientos. Esto no era como Jennifer se lo había imaginado, ni de cerca, pero bueno, todo lo que mal comienza, mal termina. Ese asunto de *Cosplay* siempre le pareció una reverenda estupidez. Ahora no solo su esposo la había descubierto, si no que durante todos estos días “entrenando” había perdido su objetivo, se había desviado de su meta que era recuperar a Nathan.

—Lo lamento, Jenny —comentó él con voz ronca—. Es una estupidez que te lo diga, ¿pero entenderías si te dijera que solo soy un hombre? —Sus ojos brillaron con pesar—. ¿Que tu frialdad en la cama me estaba matando? ¡Amor, me estaba volviendo loco de tenerte y a la vez no!, de llegar deseándote y solo recibir rechazos, estaba harto de tus miedos, de años de traumas. Me repetía cada vez que *once* años tienen que significar algo.

—Me lo hubieras dicho —susurró. Su corazón estrujándose como si estuvieran apretándolo de forma que el oxígeno ya no llegaba a sus pulmones.

—¡Lo intenté! Muchas veces, pero el tiempo siguió, y tú seguiste estancada. Quería otras cosas, pero no quería hacerte daño, sabía que dirías que no. Por eso fui sincero al pedirte el divorcio, andaba en malos pasos y no quería que te enteraras de mis nuevas... tú

sabes —murmuró apenado—, fui sincero contigo, no puedes reprocharme esto.

—Y no lo estoy haciendo —replicó enojada.

—Pero ahora, justo al verte al lado de ese... *prostituto* —suspiró sacudiendo la cabeza—, me he dado cuenta de que puedes cambiar si te lo propones, que por fin dejaste ir tus demonios, aunque a estas alturas ya no me importa ni siquiera cómo te vistas o tus remilgos. Me he dado cuenta de que te amo y de que once años significan lo más importante de mi vida, y eso eres tú. —Le sujetó las mejillas—. Vuelve conmigo, Jennifer, démonos otra oportunidad, dejemos todo, absolutamente todo en el pasado, empecemos otra vez.

Jen cerró los ojos, obligándose a contener a la loca enamorada que llevaba dentro, esa que quería saltar a los brazos de su marido y decirle que todo estaba bien.

—¿Cómo vamos a darnos otra oportunidad después de todo esto?

—Entendí que cuando estás casado, estás en lo próspero y en lo adverso, ¿no? Lo que yo te hice... —suspiró con pesar—, bueno, metí la pata hasta el fondo. Te empujé a los malditos brazos de otro —siseó antes de respirar hondo—. Pero eso ya no importa. Quiero quedarme contigo, buscar a tu lado una solución. Después de todo, así es como sobreviven las relaciones, ¿no crees?

—Creo que... tú y yo rebasamos ya ese límite —murmuró para nada convencida. El rostro de Nathan se endureció.

—¿Te enamoraste de él?

Chris. ¡Dios! El corazón ya le dolía al pensar en él. ¿Cómo se sentiría? ¿Estaría bien? ¿Qué estaría pensando de ella?

—No puedes enamorarte de ese “hombre” —recalcó simulando comillas con sus dedos—, ese hijo de puta no hace más que lo mismo con todas, *está trabajando*, hace todo esto por dinero, Jenny. —Ella parpadeó dispuesta a desmentir todas esas infamias—. Mia me dijo que tenían dos años juntos, pero que cuando Owen te conoció, la cambió a ella porque no pudo pagarle todo lo que él estaba pidiendo. Él se enfocó en ti por el dinero.

—Eso no... no es cierto... —balbuceó.

—¡Jen, por Dios! —exclamó exasperado—. Bien, no debería decírtelo... pero en *Cosplay* tiene una reputación bastante grande. Hay mujeres que hacen fila para estar con él. ¿Cuánto tienes conociéndolo? ¿Un par de semanas? —Ella no respondió nada—. ¿Le pagaste o no?

—Es diferente, esto... yo...

—Le pagaste —aseguró con un suspiro—. Él no podría quererte, entiende que *es su trabajo*. Si no tuvieras dinero, ya te habría dejado con tan solo un chasquido de dedos.

El corazón de Jennifer trastabilló en esa delgada línea donde ahora estaba. En eso Nathan tenía razón, ella le había pagado a Chris. Sin embargo, el *cosplayer* le había dicho que la amaba y...

—Quisiera haberte abrazado más cuando tenías pesadillas. —Nathan interrumpió sus pensamientos, sujetando sus manos—. Aún quiero formar parte de tu vida, Jennifer.

Busquemos si todavía quedan cimientos de nuestra relación, soy yo quien te pide que nos des otra oportunidad. —La joven miró hacia sus manos unidas, ya no era tan fuerte, estaba tan cansada. Dejó que silenciosas lágrimas corrieran por sus ojos, siempre había querido escuchar todo eso de su marido—. ¿Me permites abrazarte?

Ella solo asintió y se quedaron ahí, abrazados. Jen pensó que aún lo amaba, aunque curiosamente ya no se sentía igual, porque su corazón estaba dividido. La otra mitad la tenía Chris, y aunque le doliera, aunque intentara con todas sus fuerzas solo amar a su esposo, eso ya no iba a pasar. Chris siempre tendría la otra mitad de su corazón.

—¿Cómo vamos a superar esto? —sollozó.

—Juntos —afirmó, mirándola lleno de amor y seguridad.

Jen sabía que nadie era perfecto, ni siquiera ella. Porque para bien o para mal, había caído tan bajo como él. Ahora, increíblemente estaban en la misma posición, olvidar o terminar. Mirando a su esposo directo a los ojos, pensó en los cimientos, en su matrimonio. No eran de papel, ellos eran mucho más que esto.

—Volvamos a casa, Nate —balbuceó con voz rota.



Dos semanas.

Dos jodidas semanas sin saber de ella. Para Chris los días eran tan superfluos que le daba igual cualquier cosa. Si amanecía, o si se acababa el mundo, daba igual. Había vuelto a caer en la monotonía y el aburrimiento de una forma más que contundente. Se había negado a recibir visitas, las cuales incluían a la pobre de Evelyn. Estaba postergando su regreso a Miami porque el solo hecho de pensar en volver a trabajar en *Cosplay* le helaba la sangre.

Tampoco tenía mucha hambre, curioso síntoma depresivo.

—Chris. —La profunda voz de su abuelo sonaba del otro lado de la puerta—. Necesitamos hablar.

El mero esfuerzo de levantar la voz ya le costaba, pero se obligó a hacerlo.

—No tengo hambre.

Vaya, se estaba portando como un adolescente con mal de amores, ¿no? Sí, y así quería sentirse... y a la mierda con todos. Que lo dejaran tirarse a la basura era lo que quería. *¿Por qué la gente siempre intenta en estos casos que uno se sienta mejor?* Chris quería sentirse mal y ya, había veces en que todos queríamos sentirnos mal, deprimidos y jodidos. Él no quería escuchar palabras de aliento, tampoco esos sermones de superación personal. Ésta era una de esas veces en que quería estar hundido.

—No te pregunté si tenías hambre —respondió Mateo—, dije que teníamos que hablar. Deja de portarte como un pelmazo y ábreme.

El aún *cosplayer* —aunque no quisiera— se golpeó ligeramente la cabeza contra el cabecero de la cama, ya que cuando su abuelo se ponía de esa guisa, ni quién pudiera

sacarlo. Ni siquiera hizo el esfuerzo por acomodarse el cabello, ni mucho menos por tapar su torso desnudo. Abrió la puerta a medias, asegurándose de que no pudieran ver el desastre inmundado en el que últimamente habitaba.

—¿Qué? —espetó secamente, se estaba portando como un adolescente. «¡Miren, incluso ya hasta tiene una espinilla! ¿A qué hora nos va a volver a cambiar la voz?», murmuró su estúpida voz interna.

—Tu padre está aquí —soltó Mateo en tono ronco y apremiante. Chris frunció el ceño sin comprender.

—Lo sé. —Se pasó una mano por el cabello—. Siempre has estado para mí, abuelo, ahora solo necesito descansar, no me pasa nada...

—Me refiero a tu padre... biológico. Está en la estancia, quiere verte.

¡Ay por Dios!

—Yo no tengo padre —gruñó desconcertado.

—No es tiempo para esto, Chris, eres un hombre maduro y creo que puedes manejar esto de otra forma...

—Es que no hay nada que hablar, abuelo, ¿cómo diablos me encontró? —Por Dios, esto parecía irreal.

—Mejor que te lo explique él.

Y así, sin más, su abuelo salió de su campo de visión. Genial, lo que faltaba para ser un adolescente. Su padre biológico había venido a buscarlo. ¿Por qué hasta ahora? ¿Tendría una enfermedad terminal? ¿Querría cuidados de su hijo perdido? Mierda. Emputado, abrió la puerta de par en par dispuesto a bajar y correrlo a patadas si era necesario, pero luego, su lado menos cavernario le dijo que debía lucir bien, demostrarle a ese señor que su presencia aquí perturbaba su refinado estado, el cual debía mostrar que nunca lo había necesitado. Miró hacia abajo, tan solo llevaba unos chándales, de seda, pero no dejaban de ser de pijama. No podía mostrarse así, no podía presentar a este Chris desnutrido y parecido a un pobre vago de la calle, que sin duda daba toda la impresión de alguien que necesitaba dinero... o un padre. Así que con ese pensamiento, tomó una larga ducha esperando que el tipo se hartara y se fuera, de la misma forma se afeitó, demorándose excesivamente.

Sacó una camisa azul y optó por unos pantalones de vestir, no quería verse casual ni mucho menos. Su cabello, bueno... mierda, no tenía remedio, así que se lo dejó desordenado en las puntas como normalmente lucía. Bajó a grandes zancadas las escaleras, dispuesto a rebatir el hecho de que su “padre” dijera que era su padre... hasta que vio al hombre sentado en el sofá.

Putamierda.

Síp, ese señor ahí sentado curioseando los alrededores, era su versión veinte años después. Desde el cabello revoltoso y castaño hasta la punta de los pies. Pobre de Liliana, hasta este momento Chris no había pensado lo tormentoso que pudiera haber sido para ella ver crecer al clon del tipo que la había dejado sola y embarazada.

—Chris, yo... Oh, *Dios mío*... —El clon se puso de pie luciendo realmente asombrado mientras caminaba titubeante hacia él. El *cosplayer* elevó una mano deteniéndolo a mitad de un paso.

—Dígame qué es lo que quiere y a qué hora se va. —Su voz fue tajante, pero no podía controlar el deseo de sacarlo de su vista cuanto antes.

—Bueno —sonrió con pesadumbre—, quizás deba presentarme primero. Mi nombre es Owen, y definitivamente tú eres mi hijo.

Putra mierda al cuadrado. ¿Cómo diablos podía llamarse así, como su jodido alter ego? La vida dándole una patada en el culo, el karma existía, mierda... La cabeza comenzó a darle vueltas.

—Vine porque necesitamos hablar —carraspeó.

Se veía ridículamente profesional en su traje gris de tres piezas, y era casi tan alto como Chris... Diablos, ¿por qué tenía que aparecer?

—Pues no me apetece escucharlo, lamento decirle que se tardó en aparecer más que los jodidos *Backstreet Boy's* con su reencuentro. Mejor váyase por donde vino —murmuró petulante.

—No me iré de aquí, te he dicho que necesitamos hablar.

—Bueno, puede dejar su discurso grabado en una USB, lo escucharé algún día.

Después de aquello se dio la media vuelta, listo para volver a su dormitorio, donde pensaba seguir torturándose con el rostro de cierta traidora...

—Yo no abandoné a tu madre.

... hasta que le doliera la cabeza y el dolor fuera más fuerte que el que se había instalado en su pecho y luego...

—Estuvimos juntos una sola vez. Ella trabajaba en el hospital donde fui por algún tiempo su paciente. Después de recuperarme nos despedimos sin muchas ceremonias, nunca supe que la había dejado embarazada, y ella tampoco quiso volver a verme. ¿Cómo iba a obligar a una mujer a la que conocí por menos de un mes a verme de nuevo?

—¿Y entonces qué quiere? —gruñó dándose la vuelta para encararlo, ni siquiera podía concentrarse en sus pensamientos autodestructivos si su clon seguía parloteando.

—Nunca lo supe, te lo juro. Cuando me enteré de su trágico deceso, asistí en silencio al funeral, aunque Liliana y yo realmente nunca estuvimos juntos, ella se quedó grabada en mi corazón... para siempre. —Tragó saliva como si de pronto se le hubiera secado la garganta—. Nunca me casé ni formé ninguna familia. Los años pasaron, y no fue hasta que vi en el noticiero que volvían a retomar los sucesos sobre su muerte y que los asesinos habían sido capturados, vi a esa chica en la televisión y detrás de ella estaba... ese chico que era claramente igual a mí. —Se pasó la mano por el cabello en un familiar gesto—. Entonces me entró esta horrible angustia...

—No comprendo. —*Por Dios*, ¿acaso podía haber ocurrido así?

—Vine aquí primero presentándome, y después de que tu abuelo me corriera, pasaron

varios días para que se dignara a hablarme, cuando le expliqué mi historia tampoco me creyó, sin embargo, ante tanta insistencia, ahora me ha permitido verte.

El castaño parpadeó, ¿qué estupideces estaba diciendo ese hombre?

—Entonces... ¿usted quiere que yo le crea que embarazó a mi madre y nunca se dio cuenta?

—Sí, ella nunca quiso volver a verme. Cuando tu madre y yo estuvimos juntos, yo estaba comprometido... y confundido, no estaba seguro de casarme, y por si fuera poco, Liliana parecía querer algo serio, mierda, le dije que lo nuestro había sido todo un error. Fui un imbécil... —suspiró—. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que ella era lo que yo quería, ese breve tiempo que estuve incapacitado en el hospital me hizo ver el mundo de otra manera. Le pedí disculpas pero no las aceptó, incluso se negó a contestar mis llamadas, y Mateo pidió que no me dejaran entrar al hospital donde trabajaban, ¿cómo iba a saber yo de tu existencia?

Bueno, en eso Chris no tenía mucho que hablar. Ni siquiera recordaba a Liliana, sus abuelos nunca le explicaron de la existencia de un posible padre, y para ser totalmente sincero, a él tampoco le interesó saber. Era como un tabú todo aquello de cómo Liliana se había embarazado y convertido en madre soltera, teniendo abuelos latinos y cien por ciento católicos, casi era como hablar del anticristo en la mesa mientras bendecían los alimentos.

—¿Crees que podamos conocernos? ¿Puedes escucharme, dejarme estar a tu lado? —suplicó después de un incómodo silencio.

—¿Para qué? —preguntó Chris en tono ronco.

—Quiero estar contigo, por Dios santo, en verdad eres mi hijo —comentó Owen con voz quebrada—. Quiero saber a qué te dedicas, qué has hecho... quiero conocerte.

De pronto la incertidumbre fue sustituida por otra cosa, y las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa torcida mientras miraba fijamente al tipo. Qué orgulloso se iba a sentir su papito cuando supiera su profesión actual.



—Te ves preciosa, ese nuevo guardarropa tuyo me está matando.

Nathan estaba sentado en la mesa, su saco de vestir descansaba sobre el respaldo del sofá. Se había desajustado la corbata después de una larga jornada de trabajo, y como todos los días, llegaba primero y siempre la esperaba en la cocina.

—Gracias —murmuró sin prestar mucha atención, caminando directamente hacia el refrigerador.

—Compré boletos para esa obra que tanto querías ver. —Cansada, Jen aventó su bolso sobre el sofá, sentándose frente a su marido.

—¿Qué obra?

—Ese musical de instrumentos clásicos, vístete. Iremos en una hora al teatro

Olympia.

Dicho eso, y con una enorme sonrisa, Nathan subió a su alcoba para cambiarse. Jen se quedó ahí, pensando que, en otra época, se habría puesto muy feliz, su marido nunca quería asistir a esas obras. No le gustaba la música clásica, tampoco la ópera, nada.

Un mes había pasado desde que estaban juntos.

Durante ese mes habían ido a cenas, asistido a todas las reuniones de trabajo de su marido, él la había llevado a cientos de obras, al cine e incluso a bailar. Se había tomado un descanso de sus viajes, la trataba casi... como una reina. En cuanto al sexo, más específicamente a las fantasías, bueno... la última que habían tenido no había sido diferente a las demás. Nathan se había disfrazado de boxeador y Jen había entrado anunciando los rounds. Pero tan solo verla con la ropa ajustada de cuero y los senos apretados a través de un minúsculo sostén, se había abalanzado sobre ella y la había tomado ahí mismo, olvidándose de seguir el juego del boxeador. Y en realidad, eso estaba pasando con *todas* las fantasías. Su marido parecía olvidar su papel y siempre terminaba pidiéndole disculpas por haberlo arruinado. Sí, ¿quién pensaría que alguien que no fuera ella arruinaría las fantasías? Peor aún, nunca en su sano juicio Jen pensaría que el sexo estaba volviéndose... aburrido.

«Hay personas a las que el sexo convencional les aburre, lagarto. Sencillamente no les excita. No les calientan solo las caricias o las palabras de amor, tampoco hacer únicamente la pose del misionero... Sus cuerpos responden a otro tipo de estímulo, fantasías, disfraces, juguetes... Eso les gusta, los devuelve a la vida. Les da esa sensación de liberación y de sentirse vivos».

Eso le había dicho... bueno, *él*. Y por Dios, en aquel entonces se burló. No en su cara, pero pensó que eso sería imposible, al menos para ella. Apoyándose sobre los codos, se masajeó las sienes una y otra vez, esperando que la jaqueca se fuera. No pensar en *él*, era algo que se proponía cada maldito día, sin resultados exitosos pese a sus esfuerzos. Era increíble la ridícula manera en la que lo extrañaba, o la forma en que todo se lo recordaba. El timbre de su casa comenzó a sonar, haciendo que el dolor se sublevara.

—¡Yo voy! —gritó antes que Nathan bajara para abrir.

—¡Bien, amor, y date prisa que la función es a las siete!

Suspirando, Jen abrió la puerta y... todo el aire abandonó sus pulmones, siendo remplazado por un perfume tan característico que logró que se tambaleara de forma ridícula, incluso se tuvo que sostener del marco para no caerse de la impresión. Ahí, frente a sus ojos, estaba aquel ángel caído del cielo... en su versión ejecutivo de negocios. Metido en un perfecto traje azul de tres piezas que se adhería celosamente a su cuerpo. Era hermoso, mejor incluso que en sus miserables recuerdos, el cuerpo enorme tapaba el crepúsculo que se estaba ocultando detrás de él, robando destellos a su cabello y, no, sin duda sus recuerdos no le habían hecho justicia alguna. Christopher dejaba sin aliento a quien fuera.

—¿Pensaste que nunca me iba a dar cuenta? —La pregunta la dejó desconcertada por lo que lo miró confundida. Pero aquellos ojos azules que alguna vez fueron amables, ahora parecían cargados de rencor.

—¿Q-Qué? —balbuceó deslumbrada y atontada.

—*La hipoteca* —gruñó—. Pagaste la hipoteca de la casa de mis abuelos. ¿Por qué mierda lo hiciste, cómo lo supiste?

—C-Chris. —Se aclaró la garganta, porque decir incluso su nombre en voz alta, ahora era un sacrificio—. Yo pensé... yo solo quería ayudarte, estabas pasando por un mal momento y...

—Te dije que odiaba que me tuvieran lástima, ¿recuerdas?

—Lo hice por tus abuelos —susurró—, no quería verlos sufrir.

—¡Ese era mi jodido problema! —la interrumpió con un grito—. Yo nunca dejaría que los desalojaran, ¿acaso pensaste que la prostitución no me dejaba lo suficiente? —Su voz indiferente, su postura altiva y sus ojos ardiendo en ira, la dejaron sin aliento.

—Yo nunca dije eso —aclaró sentida. ¿Pero qué le pasaba? Chris la miró como si no la reconociera, pero ella por su parte estaba tan aturdida, que no podía dejar de verlo. Así que cuando sacudió un papel frente a ella, Jen lo tomó sin comprender.

—Aquí viene toda la cantidad que pagaste.

—¿De dónde sacaste todo ese dinero? —preguntó ahogadamente.

¡Mierda! Era mucho dinero. ¿Habría vuelto con Mia? ¿Estaría trabajando jornadas dobles? Eso sería mucho peor que lo que había imaginado a lo largo de todo este mes. Se lo había imaginado volviendo con Evelyn, se lo había imaginado feliz y olvidándola en un par de horas. ¿Pero trabajando más solo para pagarle?

—Eso tampoco es de tu incumbencia.

Jennifer sacudió la cabeza, no podía hablar, se sentía culpable y a la vez herida, confundida... quería llorar... a raudales.

—¿Cómo lo conseguiste, Chris? —gimió—. Por favor... tú no...

—Creí que compartíamos el deseo de no levantar lástimas, de salir adelante por lo que somos y no por lo que hacemos. Creí que valorabas nuestra amistad —aseguró, sus ojos brillando dolidos.

—Chris...

—De todas las formas que podías despreciarme, Jennifer, ésta sin duda fue la peor. Me has decepcionado.

Jen cerró los ojos sintiendo una especie de golpe en el estómago. Recordando aquel día cuando se levantó temprano pensando que estaba haciendo una buena obra, pensó que tendría tiempo para explicarle a Chris por qué lo había hecho. Pensó tantas cosas... Sin decir nada más, el *cosplayer* se dio la vuelta y la dejó ahí. Con todo el corazón hecho pedazos, con la vista nublada por las lágrimas y con lo que sin duda, comenzaba a ser un ataque de asma.

—¿Cariño? Jen, ¿quién era? —gritó Nathan desde la habitación.

—No es nadie —balbuceó, sin embargo, las lágrimas bajando por sus ojos decían

todo lo contrario.

Capítulo Dieciocho

—¡Jen! —gritó asustado, corriendo hacia ella—. *Jen, ¡espérame!*

No podía alcanzarla, *mierda*. La ansiedad comenzó a embargarlo al darse cuenta de que, por más que se moviera o que gritara, incluso hasta el punto que se desgarraba la garganta, ella no lo escuchaba. No importaba que insistiera, ella no se detenía... *jamás lo hacía*. Entonces lo golpeó de nuevo la realidad, invadiéndolo en esa acostumbrada oleada de dolor que embargaba su pecho, doblándolo por la mitad.

Christopher se encontraba en una habitación rodeado de llamas que lamían las cortinas, el suelo... y de pronto todo comenzó a hacerse más pequeño, el aire comenzó a faltarle. La certeza de que había perdido a Jennifer lo hacía querer morir de mil formas distintas. Por lo que se sentó ahí, a mitad de la habitación y esperó a que las llamas lo consumieran... Dos segundos después, Chris se despertó con un gemido ahogado y una furiosa erección contra el colchón. *Putá madre*.

Esas eran sus pesadillas con Jennifer Stanford.

Agitado, se dio la vuelta, restregándose las manos contra el rostro. Cualquiera que lo viera en este momento no entendería el ridículo contraste de la situación, por dentro se sentía muerto, pero su cuerpo estaba vivo con el mero recuerdo de ella. La sangre ardía al correr por sus venas, y el deseo de terminar aquel sueño le provocaba espasmos, igual de deliciosos que dolorosos, en el miembro. Se puso un brazo sobre el rostro, impidiendo que el sol le desgarrara las pupilas y permaneció recostado, esperando que su corazón retomara un ritmo normal contra sus costillas, y que su estúpida erección comprendiera que tan solo había sido un sueño... o una pesadilla según el punto de vista.

Darse placer a sí mismo le resultaba ridículo, más aún hacerlo pensando en una mujer casada que le había dejado las cosas bastante claras, aunque al parecer, su traidor pene no podía entenderlo. Había solo tres pasos en su lista de “*cosas que no debes hacer*”, la primera: no pensar en ella; segunda: no fantasear con ella; y tercera: no masturbarse jamás con su recuerdo. Hoy temprano ya había violado un punto, no arruinaría los otros dos.

Suspiró encabronado. Podía ver a miles de mujeres, intentar fijarse en otras, de verdad lo había intentado, desgraciadamente sin resultados positivos. La vida de Chris Herrera había dado un giro de 180 grados, desde adaptarse a su nueva vida hasta... respetar y apreciar a Owen, su padre después de todo, y con eso... ¿estaría pecando de egoísta? ¿De convenenciero? Quizás sí, pero solo había una forma de pagarle a la traidora por su benevolencia. Un involuntario suspiro abandonó su pecho con pesar, recordarla incluso le revolvió el estómago.

Se dio la vuelta en la cama, enterrando el rostro entre las almohadas otra vez, pero al hacerlo su pene quedó en una posición poco ortodoxa. Chris deseó que el dolor le bajara la erección. Después de todo, por su culpa estaban metidos en todo esto. Para enfriarse, recordó aquel día cuando fue a dar un abono al banco y le dijeron que la deuda había sido saldada, incrédulo pensó que había sido un error, hasta que le aseguraron que la señora Stanford había liquidado la deuda.

Sí, pensar en eso siempre funcionaba, incluso hacía que se sofocara. Quizás había reaccionado de forma exagerada, pero qué mierda, Jen no tenía derecho a tenerle lástima. Podía menospreciarlo, dejarlo, utilizarlo, pero nunca tenerle compasión.



A cuarenta y cinco minutos de ahí, también Jennifer estaba despertando, pero bastante lejos de la realidad que el joven imaginaba.

—Lo nombraste otra vez. —La voz de Nathan le llegó al lado de su oreja izquierda, sonaba consternado y enojado por igual.

—Lo siento. —Soñolienta, abrió los ojos para toparse con una gélida mirada azul.

Él estaba de nuevo observándola, el denso silencio espesaba la recién comenzada mañana. Su cabello rubio revuelto dándole el aspecto de que acabara de pasar encima de él un ferrocarril.

—¿Qué cosas exactamente practicaron?

—¡Nathan! —gimió, cubriéndose el rostro con la sábana—. Yo no quiero saber qué fue lo que estuviste haciendo todo este tiempo, te suplico que no me hagas recordarlo.

—En tu sueño decías que era un degenerado. Quiero saber si te hizo daño. —Bajo las sábanas, Jen se ruborizó aún más, solo recordaba en el sueño esos ojos azules y claros, llameando como depredadores, ardiendo en deseo... Nathan tiró de la sábana y la miró directamente a los ojos—. ¿Lo amas?

—¡No! —chilló escandalizada—. Ya te he dicho que no, es solo que... —Trató de tomar aire y despejarse mientras se sentaba—. Practicamos muchas cosas juntos...

—Entonces digamos que solo son pesadillas —dijo bastante enojado saliendo de la cama.

—Lo siento —balbuceó.

—No te preocupes. —Se acercó a ella, y en un inesperado gesto le acarició la mejilla—. Superaremos esto. —Y dicho eso dio la vuelta, dirigiéndose al baño a grandes zancadas.

Jen suspiró observando su espalda. Él practicaba en las tardes bádminton con Derek, así que mantenía una buena constitución física, sin embargo jamás llegaría a la tableta de músculos que poseía cierto *cosplayer*. Sacudió la cabeza, regañándose mentalmente, no iba a estar recordando a ese *degeneraducho*.

...

—¡Colorada!

Ya en su trabajo, Jen cerró los ojos y contó hasta cuatrocientos, ida y vuelta. Aquel tono nasal que provenía de Steve realmente la exasperaba. De hecho, últimamente todo la irritaba más de lo normal, y eso no era bueno. Suspirando, caminó hasta donde estaba su compañero, y mientras revisaba por qué éste no era capaz de encontrar el símbolo de la

arroba en su nuevo teclado, pensó que además le urgía un curso en Word...

«*De todas las formas que podías despreciarme, Jennifer, ésta fue la peor*».

Dios, ¿jamás iba a poder superarlo? Se hundió un poco al recordar que nunca debió meterse donde no la llamaban. ¿Por qué mierda tuvo que ocurrírsele la brillante idea de pagar toda la hipoteca, sin esperar que él se pusiera furibundo?

«*Creí que valorabas nuestra amistad*».

¡Sí! Maldición, sí la valoraba, lo extrañaba, y lo sentía tanto...

—¿Has cambiado de look? —Steve sonrió dentro de su campo de visión, trayéndola de vuelta—. De verdad luces preciosa.

—Gracias —dijo escuetamente. No le gustaba la forma en que la miraba. Todo gracias a su nuevo guardarropa, con lo que odiaba llamar la atención. Tratando de calmarse, respiró hondo—. Mira, sobre la arroba...

Después de un par de lecciones sobre cómo hacer además tablas con índices en Word, Jen decidió marcharse temprano y buscar a Holly. Habían quedado en tomar un café, así que solo llamó para adelantar las cosas. Mientras conducía a *Redish*, la canción de *Gone* apareció en su lista de reproducción e inmediatamente la quitó, se recordó borrarla incluso de su USB, y de ser posible de su mente. Solo le traía recuerdos de hombres a los que nunca debería haber conocido. Gimió frustrada cuando el dolor de cabeza comenzó a acuchillarle el cerebro, Cristo, pero si esto era el colmo, esa canción siempre le recordaba a Nathan, ¿por qué ahora...?

Su celular comenzó a sonar con el nuevo tono que había puesto, *Love more* de *Chris Brown*, esa canción siempre la ponía de buen humor, por lo que comenzó a bailar sin contestar, dejando que la melodía sonara un poco más.

—What's up, yo nigga —contestó finalmente con su mejor tono de hip hop, tratando de despejarse y divertirse con su esposo.

—*Jennifer, te he dicho mil veces que odio cuando te pones así de simple, ¿cuántos años tienes? Por Dios...*

—Eres tan amargado... —suspiró, concentrándose en el pesado tráfico de las seis de la tarde.

—*¿Por qué, acaso tu cosplayer era muy chistoso?*

Jen cerró los ojos antes de bufar. Desde que habían regresado, Nathan no hacía otra cosa más que sacar a Chris en cualquier tema, la inseguridad lo recorría de arriba abajo, y al más mínimo indicio traía a colación cualquier cosa que pudiera sobre él.

—¿Qué ocurre, necesitas algo? —Desvió el tema, no quería comenzar a discutir.

—*Tengo que salir mañana fuera de la ciudad, solo serán dos días.* —Jen apesó su labio inferior, se sentía en un terreno delicado cuando Nathan tenía que irse fuera. Aún imaginaba mil cosas, no tenía tanta confianza en él, y había pasado tan poco desde su regreso...—. *Ven conmigo, podemos tomar algo así como unas vacaciones, me encantaría que me acompañaras.*

—¿Lo dices en serio? —cuestionó incrédula.

—*Por supuesto, nena, quiero estar contigo todo el tiempo posible.* —Jen sonrió, nunca pensó que de verdad él fuera a cambiar tanto, era increíble pero...

—No puedo irme, me acabé mis días de vacaciones, lo siento.

Un profundo silencio acompañó aquellas palabras, y Jen supo exactamente lo que estaba pasando por la cabeza de Nathan. Era tan jodidamente celoso, que lo que comenzó como algo nuevo e incluso halagador, ya que nunca la celaba, se estaba convirtiendo en algo realmente asfixiante.

—*Volveré en cuanto pueda* —dijo después de una eternidad—, *te llamaré cada minuto. Te amo.*

—Y yo a ti... nos vemos.

Sin duda la vida era un karma constante, ¿cuántas veces renegó que Holly no pudiera vivir feliz? A su amiga le encantaba vivir en relaciones tormentosas, y al parecer, ella iba por ese mismo camino. A pesar de que estaba bien con su marido, no podía sentirse bien nunca y no sabía por qué. Se detuvo fuera del café, pero al bajarse del auto se tambaleó con torpeza, sintiéndose extrañamente mareada, respirando profundo miró al cielo libre de nubes, quizás el resplandor del sol, o solo quizás la nueva alineación de los planetas estaba conspirando contra ella, seguro algo de eso sumándole puntos a su constante migraña la tenía en este estado.

Había citado a Holly en un pequeño Starbucks, el olor a panecillos y café logró que su estómago rugiera en protesta, lo que la hizo recordar lo mal que comía últimamente. A la distancia entre varios comensales, apreció a su amiga ocupada en el teléfono, seguramente mandando textos. Su cabello, esta vez negro, caía en delicadas y brillantes ondas frente a sus hombros, perdiéndose en ese envidiable escote de su blusa negra. Holly estaba sentada en la terraza, sus largas piernas estiradas y cruzadas al final dejaban ver los pantalones desgarrados, así como sus *Converse* gastados, y aunque sus brazos lucían repletos de pulseras y los tatuajes se distinguían a través de la blusa sin mangas, casi todas las miradas masculinas estaban posadas en ella. Y no de forma mala, sino todo lo contrario, incluso uno de ellos amenazaba ya con acercarse.

—Vaya, Jenny. —Holly la miró de arriba abajo antes de silbar—. Me haces sentir como una marginal.

—Eres una exagerada —sonrió tomando asiento.

En realidad solo llevaba una falda lápiz negra y una bonita camisa rosa, los botines *Louboutin* no eran tan malos como había pensado, pese al tacón. Holly sonrió a un tipo que les murmuró «buen día», estaba acostumbrada a llamar la atención, pero Jen sentía que sus piernas flaqueaban, odiaba estar tan expuesta.

—Y tú una gerente general o algo, ¡Dios, amiga! Te ves preciosa. —La aludida se ruborizó ante los cumplidos—. Seguro Lisa está dando de brincos con tu nuevo look.

—Lisa no me habla —recordó afligida, jugueteando con el menú.

—Está un poco sentida, compréndela... —pidió Holly de forma comprensiva.

—Te juro que no le dije nada a Nathan... de lo que Derek vio, no entiendo por qué se distanciaron de nosotros.

—Jenny —sonrió con ternura—, es complicado todo lo que pasó. Lisa se molestó con Derek por no decirle antes lo que vio, luego Derek le dijo que fue porque no quería meterse en problemas, en conclusión, acabaron de lleno en todo esto. Comprende un poco todo lo que pasa, amiga. Dale tiempo.

Jen solo asintió. Odiaba estar perdiendo a sus amigos por toda esta situación, odiaba haber involucrado a todo mundo en semejante drama, y lo peor, se odiaba a sí misma por no poder estar sola. En realidad, ese era el meollo de todo este asunto.

—¿Y cómo van las cosas con Nathan?

«*De todas las formas que podías despreciarme, Jennifer, ésta fue la peor*».

El pensamiento llegó de ningún lado haciéndola estremecer. Cerró los ojos, *mierda*. ¿Pero qué su cerebro no tenía nada mejor que evocar?

—¿Problemas de nuevo en el paraíso? —preguntó Holly ante el silencio, ladeando la cabeza para observarla con detenimiento.

—No, nada de eso. —La joven sacudió la cabeza intentando ordenar su mente—. Bueno... quizás últimamente es un poco celoso, pero de ahí en más todo está muy bien.

—¿Entonces por qué la cara larga? —Jen se rio nerviosamente.

—No es nada... solo... tengo una jaqueca terrible. No me hagas mucho caso —murmuró, frotándose las sienes y exagerando el movimiento, *arriba abajo, arriba abajo*.

Abrió los ojos de forma disimulada, pero su amiga la seguía viendo, incluso elevó una ceja, así que tomó un poco de café intentando esconderse un poco más.

—¿Es por Chris? —Estrechó sus gatunos ojos de detective.

Jennifer escupió el café e incluso se le salió por la nariz. *Mierda*, la garganta se le cerró de forma que comenzó a toser como loca.

—¡Mierda, Holly! —gimió, limpiándose y tosiendo. Varios comensales las miraron mientras Jen tosía una y otra vez.

—No, mierda tú, Jen. ¡Diablos! —La miró de forma rara—. ¿Lo quieres? —preguntó reticente—. ¡Lo quieres! —aseguró aplaudiendo.

Genial, ahora todo mundo las estaba mirando.

—¿De qué rayos hablas? —Estaba tan aturdida que comenzó a limpiar frenéticamente la mesa, a pesar de que un camarero ya se había acercado a ayudarle.

—¿Pasó algo en Denver de lo que yo no me diera cuenta? Es decir —rodó los ojos—, era obvio que entre ustedes había más que trabajo, ¿acaso él...? —Se tapó la boca abruptamente.

Jen bajó la mirada, sus mejillas se debieron haber calentado a grados insospechados, porque sentía la cara ardiendo.

—Sí —suspiró resignada—, él... creo que se enamoró de mí.

—¡Oh, Jen...! —exclamó, sus ojos bailando con esa maldita mirada que lo decía todo. Holly amaba las historias.

—Pero ya no tiene importancia —se apresuró a decir—, le dije que estoy casada y que amo a mi ma-ri-do.

—¿Y dices que yo soy la que sale corriendo con todo? —espetó en tono sarcástico.

—Me dijo, y voy a citar literalmente sus palabras: “ahora eres lo más importante para mí”. —Cerró los ojos, no era como si se la viviera recordando eso, para nada—. ¿Cómo se supone que debía reaccionar? —preguntó con voz ronca.

—Vaya... creo que salí corriendo por menos que eso. Aunque sin duda, tú sí que sabes romper un corazón —respondió. Jen se mordió el labio, un dolor físico recorriéndola por todo el cuerpo.

—No sé a qué te refieres —balbuceó con torpeza.

—Tú lo quieres más que como un amigo, a mí no me engañas. ¿Por qué no intentarlo, Jenny? Se ve que de verdad te quiere y es un buen chico, tú no eres como yo. Eres más fuerte, podrías hacer bien esta vez las cosas con él...

—¡¿De qué rayos hablas?! ¡¿Intentar qué?! —recalcó histérica, y de nuevo eran el centro de atención, por lo que bajó un poco la voz—. Entre nosotros no hay nada, jamás lo hubo, incluso estoy intentando que las cosas funcionen con Nate... —Y tan solo pensar en eso la dejó sin habla, se le revolvieron las entrañas y el dolor en su cabeza amenazó con explotar.

—Estás mintiendo, eres una pésima mentirosa —insistió.

—Bueno ¡ya! Y si lo quisiera, ¿qué se supone que debería hacer? ¿Dejar todo por alguien que trabaja acostándose con mujeres? ¿Crear que me ama? ¿Te imaginas empezar todo de nuevo? —Negó con amargura—. No gracias, Nathan y yo tenemos años juntos, créeme, ya me hago una idea de cómo funcionan los hombres... —murmuró—, a él apenas y tengo conociéndolo poco más del mes.

Su amiga aún la miraba como si no la conociera, *diablos*. ¿Y si de verdad Chris ya la había olvidado? Aquello la hizo revolverse con incomodidad, y como al final era una cobarde, se escondió detrás de sus manos.

—Jenny... —murmuró con voz cálida y comprensiva—, estás basando todo en los años, como si eso te justificara de tus acciones. ¿De qué sirve creer que conoces a alguien por tanto tiempo, si al final te dio una patada en el culo al irse a los brazos de otra? —Jen apretó las manos en puños, las lágrimas se le agolparon en los ojos, pero se negaba a dejarlas salir—. ¿Nathan es muy bueno en la cama? ¿La tiene más grande que Chris?

—¡Holly! —gimió hundiendo más el rostro entre sus manos.

—Discúlpame, es que no sé qué más pensar.

—No hay nada qué pensar, Nathan es el amor de mi vida, y con él y *solo con él*, quiero estar hasta que me muera —exclamó furiosa.

—Bien, como tú digas. —Su amiga elevó una ceja jugueteando con el café, un silencio las inundó por algunos instantes—. Por lo pronto, yo pienso recuperar a Axel.

—¿C-Cómo?

—Tengo planeado algo, ¿me ayudarás?

—¿Para qué lo quieres de vuelta, Holly? No se me hace justo que luego lo lastimes otra vez...

—No puedes hablar de lastimar, Jen. Ya no. —Sonrió con algo de frialdad, la joven boqueó como pez fuera del agua—. Ahora que no he estado con él, me he dado cuenta que tuve una reacción exagerada. Me asustó el compromiso. —Se encogió de hombros—. Sentí que íbamos muy rápido, exageré todo como si me estuviera proponiendo matrimonio. Sé que actué mal y estoy dispuesta a luchar por él y pedirle disculpas.

Jen no vio ningún atisbo de duda en sus palabras, y por primera vez, pensó que quizás ahora sí iría muy en serio.

—¿Y qué piensas hacer? —Holly sonrió, sus ojos violetas resplandeciendo con picardía.

—Ya verás, ¿vamos? Quiero recuperarlo cuanto antes.



—Entonces le aventaste el cheque. —Axel se soltó riendo—. De nada sirve que te hayas ido de *Cosplay* si sigues siendo todo un *cosplayer*.

Chris frunció el ceño, antes de dar un largo sorbo a su cerveza.

—No estaba actuando, de verdad estaba muy enojado —aseguró.

—Querías verla, acéptalo —murmuró burlón su amigo.

—No quería verla.

—Entonces le hubieras mandado un depósito y un mail ofensivo, ¿para qué el drama?

—Para dramas los tuyos, no puedo creer que después de todo vayas a salir con Holly. —Los ojos brillantes de su amigo se opacaron un poco, e inmediatamente Chris lamentó el comentario; aquello había sido un golpe bajo, pero es que no quería seguir siendo el centro de atención.

—Bueno, ¿qué puedo hacer si la quiero? —murmuró con pesar.

—Te va a lastimar otra vez, así son todas. —Malhumorado, deslizó los dedos a través de su cabello.

—Bueno, señor *lo-sé-por-experiencia-propia*, eso es mi problema. Por Dios, Chris. —Se soltó riendo e inmediatamente después se puso serio—. He descubierto que la única forma de estar con ella, es no estándolo —comentó Axel al tiempo que retiraba con cuidado la etiqueta de la cerveza que tenía entre sus manos.

—¿Cómo?

—No le pongo atención a sus rabietas. —Se encogió de hombros—. Hago como que no me importa si se va o se queda, y curiosamente, eso funciona para nosotros. Aunque no

la veo como quisiera... —suspiró—, por eso ahora que llamó, definitivamente iré. Quiero estar con ella de la forma que sea.

—Eso no es vida —dijo el joven con pesar.

—Lo sé, pero, bueno, la vida es muy corta para no vivirla con Holly.

Chris sintió una punzada de envidia, al menos Axel y la chica podían estar juntos de alguna manera. Quizás extraña, quizás enferma, pero seguían juntos. La única forma que el *ex-cosplayer* aceptaría que le encantaría estar de la forma que fuera con su *lagarto*, sería atado y con una daga en la garganta.

—No puedo creer que te vayas a ir —comentó su amigo, sacándolo de la espiral de pensamientos en la que estaba cayendo—. Además *Cosplay* ya no es lo mismo sin ti... ni yo tampoco. Te voy a extrañar, afeminado de mierda.

Chris sonrió mientras le daba un golpe en el hombro, y luego suspiró viendo sus pocas pertenencias reunidas en algunas cajas. Ya no se sentía capaz de volver a *Cosplay*, aunque sin duda lo extrañaría. Su renuncia fue todo un suceso. Su jefa no podía creerlo ni tampoco el resto del personal. La despedida sin embargo fue cálida y divertida, todos aparecieron disfrazados y organizaron una fiesta en el lugar donde tantos años trabajó.

—Es lo mejor, además podrás visitarme cuando quieras. —Sonrió de forma arrogante—. Ya sabes, te tendré una habitación.

—Dalo por hecho, hermano —afirmó Axel con una sonrisa, elevó su cerveza y chocaron las bebidas en señal de promesa.



Jen cerró los ojos esperando con todas sus fuerzas a que la tormenta eléctrica le diera un poco de tregua. Realmente había pensado que encerrando a esos cabrones sus traumas también quedarían encerrados. *Qué tonta había sido*. Suspiró cuando un nuevo relámpago iluminó la enorme habitación y tensó todo el cuerpo a la espera del horroroso trueno.

—Nathan... —balbuceó.

—¿Humm?

—¿Me abrazas?

Su esposo se dio la media vuelta y lanzó un brazo que aterrizó sobre sus pechos para luego quedarse nuevamente dormido. La joven suspiró con pesar, su mirada seguía clavada en el techo. Recordó que con Chris no era necesario el diálogo, como si él pudiera leer sus pensamientos, siempre la abrazaba con cuidado, su gran cuerpo se amoldaba a ella por detrás mientras enterraba la nariz en su cabello. Si además al miedo a las tormentas le seguían pesadillas, tarareaba una canción extraña y reconfortante hasta que se quedaba dormida.

¿Cómo no pudo ver antes que eso no era propio de unos simples amigos?

Cerró los ojos con fuerza, recordándose una y otra vez que ella había elegido esto. Había elegido luchar por aquello que consideraba *lo único* en su escueta vida, sin

embargo, la duda de haber elegido adecuadamente la siguió incluso en la inconciencia.

...

—Holly, ¿esto es en serio? —Jen la miró de forma incrédula.

—Sí, apúrate, ya no debe tardar.

Le había prometido a su amiga ayudarle, pero ahora no podía creer que realmente estuvieran haciendo esto. La mansión abandonada frente a ellas era demasiado tétrica para permanecer más de dos minutos siquiera viéndola, mucho menos haciendo una especie de cena “romántica”.

En la enorme estancia no había absolutamente nada, solo algunas cortinas viejas que tapaban la vista hacia la calle. Casi todo estaba cubierto de polvo, e incluso pudo distinguir algunas telarañas. «Dios, por favor, que no me salga ningún grillo», rogó. Holly había dispuesto ya sobre el suelo un suave mantel en tono rojo, la botella de *chardonnay* estaba al centro flanqueada por dos copas de cristal. Además, su amiga había traído un cesto con varias frutas, chocolate y solo Dios sabría qué más.

—Quiero velas, muchas velas encendidas en un círculo —dijo Holly, tratando de prender sin éxito algunas de ellas.

—¿Qué demonios piensas hacer con Axel aquí? —Miró hacia todos lados. *Diablos*, ¿y si les salía un fantasma?

—Un exorcismo, y cuando termine podremos disfrutar de... otras cosas.

—Estás loca, Holly —aseguró sacando de una bolsa un par de esposas de cuero, sonriendo comenzó a darles vueltas con un dedo—. ¿Segura que no es algo de sadomasoquismo? —preguntó con una sonrisa cómplice. Holly se ruborizó, cosa bastante rara, por lo que no pudo más que echarse a reír—. No tienes que contarme, amiga... de hecho será mejor que me vaya, Nathan debe estar esperándome antes de irse a su viaje.

—Gracias por todo, Jenny... —Ambas se abrazaron, y con un «suerte», Jen salió de ahí.

No llevaba ni un par de pasos fuera cuando se estampó con un hombre gigantesco. ¡Un ladrón! Aterrada, tropezó hacia atrás con torpeza, todo el color se drenó de su rostro mientras se quedaba completa e irrevocablemente muda, sin segundos pensamientos le dio un fuerte pisotón al ladrón, para poder huir y quizás...

—¡Mascota! —gritó Axel, sobándose el pie.

—¿A-Axel? —El aludido sonrió antes de abrazarla con fuerza mientras Jen intentaba todavía calmarse.

—Pensé que te había tragado la tierra, ¿cómo estás? Te ves muy bien. —Jen parpadeó aún aturdida, concentrándose en esos ojos familiares.

—Me robaste un susto de muerte —jadeó, devolviéndole el abrazo—. ¿Vienes... solo? —preguntó mirando distraídamente hacia el Jeep, el *cosplayer* esbozó una sonrisa burlona.

—Si lo que quieres preguntarme es en dónde está Chris, te comento que se va

mañana.

Diablos, ¿acaso era tan transparente? Ni siquiera estaba pensando en *ese*, solo quería saber si...

—Yo no te pregunté por él, además... —Dejó de hablar concentrándose en el significado de esas últimas palabras—. ¿A-A dónde se va?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero lo llevaré mañana temprano al aeropuerto.

—¿Se va con... alguna chica? —Tenía que saberlo, se moría cada vez que pensaba que seguro ahora era un esclavo sexual de Mia.

—No lo creo... o quién sabe, se llevó todas sus pertenencias.

—¿Todas? —gimió—. Entonces... ¿se va a mudar?

—Síp.

Jen se quedó sin habla. *¿Pero qué va a hacer? ¿Con quién va? ¡No puede dejarme! Se va sin avisar. ¡Otra vez!*

Eso y un montón de reclamos se agolparon en su cabeza. Respiró hondo sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies. Chris se iría, ¿con quién?, ¿con Mia? O quizás se iría a buscar consuelo a los brazos de Evelyn, seguramente regresaría a Denver. A hacer una vida con ella, a recuperar todo el tiempo perdido. Eso era lo mejor, lo más indicado, pero por alguna razón... le resultaba inconcebible cualquier opción.

—G-Gracias, Axel —murmuró sin aliento, y no esperó a que él se despidiera antes de echar a correr hacia el auto.

Tan solo llegar a casa, fue peor. Nathan estaba aún arreglando su maleta y dejó todo para verla. Sus ojos azules no eran como esos orbes cálidos y transparentes que le sonreían con una mirada.

—Solo serán dos días, nena, te prometo que todo estará bien. —Le dio un suave beso en los labios al verla tan cabizbaja—. Te llamaré cada cinco minutos.

Apenas partió su marido, la soledad la abrumó a grados insospechados. Ya no podía confiar en Nathan, y había cambiado otro futuro totalmente distinto... por esto. El peso de sus últimos actos la aplastó como una gran loza y le faltó el aire. Jennifer se dejó caer con torpeza sobre la cama, el asma manifestándose con estruendosos chillidos en su pecho.

¿Había escogido lo mejor, no? Elevó la mirada escaneando todo su hogar. Ahora finalmente se encontraba donde quería estar, estaba segura, a salvo, sumergida en la costumbre, en esa anhelada zona de confort. Ya no había nada de esas cosas inesperadas, nada de cambios. Además, de verdad no había dudas de que Nathan la correspondiera. Entonces, ¿por qué se sentía absolutamente una mierda? ¿Por qué a pesar de que todo estaba perfecto, sentía que en realidad se estaba cayendo a pedazos? Se quedó ahí recostada, pensando todo lo que había hecho y dejado. Se analizó una y otra vez, murmurándose cosas como «te lo dije», y al final... cayó en la cuenta de que necesitaba quererse más a sí misma para poder querer a los demás.



La luz entraba a raudales por la ventana dejando ver las pequeñas partículas de polvo que viajaban por todos lados. Frente a su ventana podía ver a la distancia la universidad de Denver, y le quedaba bastante cerca la estación de autobús.

—Por favor sígame, la habitación principal está al fondo —dijo en tono sugestivo Adele, la agente de bienes raíces.

Chris sonrió tratando de ser todo, menos provocador, por desgracia la maldición de su físico continuaba manifestándose en todo su esplendor. Mientras recorrían los rincones de lo que sería su pequeño y modesto departamento, lo último que hubiera querido era que una chica se anduviera contoneando de aquí para allá. No es que se estuviera volviendo gay o algo, ¿o sí? Mierda, ese sería el último eslabón de su cadena de tragedias venideras. Sacudió de su cabeza el pensamiento que reunía todas las respuestas a esas preguntas.

Al llegar a la habitación principal, caminó a paso lento. No era muy grande, tan solo una cama con un esponjoso edredón en tonos crema y varias almohadas al centro, un escritorio sencillo y un clóset oscuro de dos puertas. Caminó hacia la puerta que conducía al pequeño, pero impecable y limpio, baño, gracias a Dios. Aquello le recordó ligeramente al departamento que compartía con Axel, por lo que sí, esto era lo que estaba buscando, además también cubría el requisito de la enorme ventana que siempre exigía para su alcoba. Sonrió decidido a rentar este lugar, y cuando buscó a Adele con la mirada, se sorprendió al verla sonriéndole, su cabello rubio y corto hasta los hombros enmarcaba su rostro blanco. Tenía los ojos verdes de un tono oscuro, y su sonrisa ya lo habría derretido en otro tiempo, claro, y sus pechos generosos y las largas piernas...

—¿Hay algo más que te guste? —preguntó la chica en tono ronco, y claramente con doble sentido, jugando con el borde de su camisa.

Tal vez un polvo rápido era lo que necesitaba. Rudo, rápido, quizás un poco sucio...

—Creo que no, ¿podemos cerrar el trato? —Síp, una vagina había poseído su cerebro y pronto se convertiría en una chica.

Con una ligera mueca de decepción que ocultó rápidamente, la rubia lo condujo hacia el comedor donde tenía que firmar los papeles. El resto de la mañana la pasó en casa de sus abuelos.

—Es increíble que te mudaras tan cerca de nosotros —canturreó Elena sentándose a su lado—, hiciste bien en aceptar el trabajo que te ofreció Owen.

—¿Tú crees? —preguntó no tan convencido.

—Sí, yo lo veo como un regalo de Liliana. La aparición de tu papá logró traerte de vuelta. —Su abuela lo miró con aquellos concedores ojos, las pequeñas arrugas bajo ellos se estrecharon al sonreírle.

Con su liquidación de *Cosplay*, algunos ahorros, un préstamo, y la venta de su Ford clásica... oficialmente se había quedado en bancarrota, pero al final, había logrado darle a Jennifer cada centavo que había invertido en pagar la hipoteca de la casa de sus abuelos.

Pero como su muypreciado orgullo lo había dejado en la ruina, no había tenido otro remedio que aceptar el trabajo que Owen le había ofrecido en sus oficinas en el centro de Denver. Christopher solo había puesto dos condiciones: Nadie sabría que era su hijo, y no permitiría un trato distinto.

—Está bien, si tú lo dices. —Chris le devolvió la sonrisa, recostándose sobre el regazo de la que él consideraba su verdadera madre—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Me siento perfectamente, hijo. Pero no puedo decir lo mismo de ti. —Él suspiró, sin moverse ni un centímetro de la posición en que estaba. Ojalá que Elena no...—. Jen era casada, ¿no es así?

Mierda. ¿Es que las mamás de verdad tenían un sexto sentido?

—¿C-Cómo...? —Se aclaró la garganta sin atreverse a enfrentarse con su mirada—. ¿Cómo lo supiste? —Sintió la risa de su abuela mientras le pasaba delicadamente los dedos por el cabello.

—Por su anillo de matrimonio.

Genial. Chris cerró los ojos recordando *ese* pequeño detalle. Jen nunca se quitaba el puto anillo, se había acostumbrado a verla todos los días, a dormir con ella... de hecho vivía con ella. Por eso olvidó aquello, aunque no solo eso. Olvidó por completo que estaba casada y que debía verla solo como una clienta.

«*Aquí sostengo por los dos nuestro premio, ya sabes, al imbécil del año. Es muy bonito, ¿no te parece?*». Sacudió la cabeza antes que su vocecilla comenzara a atormentarlo.

—Lo siento, mamá. No quería... yo no quería causarles una impresión equivocada de Jen. Pero no quería venir solo y preocuparlos por mi solitaria vida allá, tampoco quería lastimar a Evelyn haciéndole creer que aún podíamos estar juntos... de verdad la amaba, pero entonces Jen... —Un pinchazo de dolor le atravesó el pecho y le cortó la voz.

—La amas —aseguró su abuela, Chris no respondió, ¿para qué negarlo? Mejor se aferró a aquello que lo mantenía cuerdo.

—Pero ya volvió con su marido y es muy feliz. ¿Podemos hablar de otra cosa? —suplicó, su abuela tomó un largo respiro.

—Tienes el cabello muy largo. —Se lo revolvió ligeramente—. ¿Sabes? Nunca logré controlártelo, siempre ha sido tan rebelde.

—Supongo que las cosas se parecen a su dueño —murmuró levantándose, y cuando sus ojos se encontraron, pudo ver dolor en los de su mamá. *Mierda.* Hubiera preferido ver compasión para enfurecerse, pero el dolor lo atravesó como una estaca al corazón—. Tengo que irme, mañana comienzo muy temprano.

Su abuela no intentó detenerlo, pero en lugar de irse a casa, pasó por la casa de su mejor amigo, Andrew. Cuando conoces a alguien toda la vida, no hay que explicar mucho por qué quieres emborracharte. Así que sin muchas ceremonias, acabaron en un bar. Mientras ambos bebían hasta volverse peligrosamente inflamables, Chris estaba bastante consciente de la mirada depredadora de las chicas en el bar. Pero el hecho de que no

despertaran en él nada más que flojera, lo hizo enfurecerse y beber más, si es que eso era posible.

—¡Salud porque nos enamoramos de la misma chica! —brindó Andrew elevando un tarro de cerveza.

—No deberíamos brindar por eso —comentó Chris riéndose.

—Qué va, Chris, lo mío con Jen pasó hace muchísimo tiempo, en realidad eres tú el que me preocupa. Le diré a Evelyn que te llame, quizás donde hubo fuego cenizas quedan... — balbuceó.

Chris no siguió ese diálogo, pero sí siguió bebiendo.

Al día siguiente despertó con un horrible dolor de cabeza que le aguijoneó las sienes, haciéndole por poco vomitar. Su camino a casa había sido como un borrón, en realidad no recordaba de qué forma había llegado aquí, quizás en taxi, o Andrew lo habría traído, quién sabía. Gimió levantándose y... *puta madre*. Su estómago parecía querer devolver los litros de alcohol que quizás aún tenía, pero se negó en todo momento a vomitar. Tenía que darse prisa para llegar a tiempo.

Tan solo poner un pie en la corporación, varias miradas se lo comieron vivo. En ambos sentidos, los hombres lo miraban con recelo, las mujeres como si fuera una botella de agua en el desierto. Curiosamente, esas miradas escrutadoras lo acorralaron, un extraño sudor frío lo recorrió de arriba abajo, *mierda*. Tomó una bocanada de aire mientras se repetía como un mantra que podía salir corriendo cuando quisiera, aún se sentía mareado por lo bebido la noche anterior, su estómago enfurecido con él no ayudaba nada, y si a eso le sumaba que todo comenzó a volverse más pequeño...

Nadie va a atraparme, no estoy encerrado, respira maldita sea, ¡respira!

Su respiración se desbocó ignorando las órdenes que frenéticamente estaba mandando a su cerebro, y justo cuando estaba perdiendo el sentido, observó que una mujer de tez increíblemente blanca, con el cabello corto y cobrizo, estaba agitando la mano frente a él. Christopher se ruborizó ante la estúpida escena que estaba protagonizando.

—D-Disculpa, ¿qué decías? —preguntó con voz pastosa.

—Que mi nombre es Britany, tú debes ser Christopher —dijo sonriendo y extendiendo la mano—. ¿Te encuentras bien?

El joven parpadeó tratando de enfocar bien la vista, ahora que estaba de vuelta en la tierra, comprobó que ella era preciosa. De un tipo de belleza que no había visto nunca, era muy delgada, y su vestido oscuro sin pretensiones lograba destacar toda la naturaleza de sus curvas.

—Sí. —Tosió torpemente para aclararse la garganta—. Lo siento, yo... estoy bien. Sí —comentó alisando las inexistentes arrugas de su impecable traje *Armani*.

—Entonces sígueme, te llevaré a tu oficina.



—¿Amor? ¿En dónde estás?

Nathan frunció el ceño al entrar a casa. Con pasos cansados llegó hasta el comedor donde lanzó las llaves, dejándose caer en el sofá, pasándose una mano por su rubia cabellera. La conferencia en las afueras de Manhattan había sido extenuante, los activos que siempre había tenido estaban a la baja, y los miles de dólares que Jennifer le había “prestado” se habían ido a la mierda.

A veces pasaba, malos clientes, malos manejos... gracias a Dios que al casarse con Jen no tendría problemas financieros nunca, así que nada de qué preocuparse. Sonrió recordando la cosa caliente y diminuta en la que se había convertido su esposa, así que desajustándose la corbata, trató de fabricarse mentalmente una fantasía, tenía que liberar estrés, y el método era estar con Jennifer.

Diablos, esa mujer. *Su mujer.*

Si no fuera porque lo obligaba a usar preservativo siempre, su vida sería perfecta. Bueno, eso y el insignificante detalle de que su esposa recordaba en sueños al cabrón con el que había estado... *puta mierda.* A veces mientras tenían relaciones, un ridículo y oscuro pensamiento le cruzaba por la mente. Quería marcarla hasta que no quedaran rastros de ese cabrón sobre su piel, y se enterraba en ella hasta que le dolía, secretamente deseaba que Jennifer le pidiera disculpas por haber pensado que acostarse con otro era la solución.

Sin quererlo, ella le recordaba cada día y con cosas sutiles que lo había engañado. No solo porque mencionara al bastardo en sueños, inconscientemente lo hacía en cada caricia, en cada beso. ¿Cómo hacía eso? Fácil. Jen había cambiado muchísimo en todo, desde besar como una experta y arañarlo, hasta moverse con destreza, libre de cualquier inhibición, a veces incluso ¡hasta gemía! Por supuesto que aquello lo calentaba sobremanera, pero imaginarse que sabía todo aquello gracias a otro que había tenido el tiempo para mostrarle cómo hacer las cosas... lo hacía enfurecerse y deseaba desquitarse.

Jen además había cambiado el guardarropa, su peinado, sus lentes... simplemente era otra, era perfecta y no gracias a él. Por supuesto, Nathan también la había engañado, pero no era lo mismo. Definitivamente *no* era lo mismo. Ella... de verdad quería a ese cabrón. Quizás solo se estaba enfermando de celos pero no podía evitarlo, subestimar a Jen había sido un error. Sacudió la cabeza en un fuerte intento de despabilarse de todo aquello.

¿*Para qué seguir estropeando las cosas?* Debería de superarlo, claro estaba, ahora incluso podía darse por bien servido con lo que había obtenido, y lo mejor... *era gratis.* Ya no pagaba por fantasías, porque todas se las cumplía su esposa. Esa noche Nathan enfocó su mente en otro tema. Le había dado vueltas y vueltas hasta que finalmente se había convencido que no quería tener misterios ni secretos en su relación. Iba a dar un paso más en el acuerdo al que habían llegado. Jen se veía abierta a todo, tan luminosa, tan segura y sensual...

Respiró hondo reajustándose la erección que comenzaba a golpear contra sus pantalones, tan solo recordar lo que ella le había dicho le hacía hervir la sangre. «*Te vi con Viena*». Puta madre, pensar en eso era demasiado caliente y morboso. ¿Le gustaría compartir? ¿O solo mirar? Hoy comenzaría a planteárselo, incluso aceptaría ir despacio. Podrían primero ir con Viena y después...

—¡Amor! —gritó de nuevo, la deseaba ya mismo.

Caminó con impaciencia a su habitación, incluso subiendo los escalones de dos en dos, pero al llegar encontró que la habitación estaba extrañamente... vacía. Frunció el ceño observando los alrededores, unos papeles sobre la cama llamaron su atención. Extendió la mano hacia la pequeña nota.

Nathan, ya no puedo fingir que estamos bien. A pesar de que hoy sé perfectamente bien quién eres, ya no sé quién soy yo. Ángel, pensé que podríamos lograrlo, pero en el camino perdí mi rumbo. Ahora sí que no eres tú, soy yo. Creo que todo esto es para mejor, este es el final, pero siempre seremos buenos amigos. Si un día volvemos a nacer, te prometo que entonces será perfecto.

Te quiero, Jenny.

—¡Mierda! ¡Jennifer, déjate de juegos! —gritó rayando en lo histérico, arrugando la carta en un puño.

Al no encontrarla releyó la infame nota. ¿Amigos? ¿De verdad pretendía que fueran *amigos*? ¡Y una mierda! Como un tornado furioso abrió cada puerta de los clósets, y para su horror vio que no había ropa, no había bolsas, no había zapatos. Siguió en la misma línea violenta mientras volcaba todo del tocador. ¡Ella no podía dejarlo! Respirando como un toro en el rodeo, vio su reflejo contra el espejo. Tenía el cabello revuelto, los ojos azules brillando furiosos, las manos en puños y su camisa fuera del impecable traje. Estrelló un puño con todas sus fuerzas, odiando la forma desesperada en la que lucía, haciendo la pieza añicos. El odio le nublabla la mente, impidiendo que pudiera pensar con claridad. Abrió y cerró los puños varias veces, sacudió el cuello liberando tensión, quería matar a alguien, pero de momento tenía cosas más importantes que hacer, como buscar a Jennifer y traerla aunque fuera a la puta fuerza.

Jadeando, intentó serenarse. Sabía que tenía razón en sospechar de ella, lo sabía con una certeza tan absoluta que acabó volviéndose realidad. *Maldita fuera*. No le daría el jodido divorcio, primero prefería verla muerta antes que dejarla libre para que fuera a buscar a ese prostituto de mierda. Nunca la dejaría ser feliz con nadie que no fuera él, Jen le pertenecía por siempre, no importaba si ella ya no lo quería, tendría que quedarse con él para todo el resto de su jodida existencia, y una vez de vuelta...

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Le haría la vida imposible, Jennifer pagaría cara la osadía de dejarlo, y de una vez le cobraría la venganza por acostarse con otro. Nunca debió haberlo hecho. Con ese pensamiento sonrió aliviado. En cuclillas se inclinó para levantar la carta y otros papeles... que no reconoció hasta que los observó a detalle. Con manos temblorosas descubrió que eran los documentos de divorcio que él le había mandado a Jen.

En su afán por separarse de ella, se los había mandado firmados y listos, solo a la espera que también Jen firmara para presentarlos en el juzgado y quedarían divorciados formalmente en menos de veinticuatro horas. Con la respiración entrecortada le dio la vuelta y comprobó que Jen ya los había firmado y la leyenda que decía: *Sentencia de divorcio inmediata*, lo hizo caer de rodillas ante la impotencia.

Capítulo Diecinueve

Cuando cada vez que respiras un dolor infernal y agudo te atraviesa el pecho, es de esperarse que tomes decisiones precipitadas y de alguna manera, acabes luciendo cual detective privada. Bueno, a estas alturas Jen se sentía bastante familiarizada con ese dolor.

Lástima que solo el abrigo negro, los enormes *Ray Ban* y las botas de piso pudieran constatar ese hecho. Ahí, oculta detrás de un poste, con el frío viento de diciembre golpeándole la cara, Jennifer Stanford observaba atentamente lo que había del otro lado de la concurrida calle. Las dos de la tarde siempre parecían volver loca a cualquier ciudad, olores a comida, gente corriendo de aquí para allá, el tráfico desquiciado. Sin embargo, su mirada estaba enfocada en el enorme edificio de la compañía *Willson*, el cual era al menos de quince pisos.

El estilo victoriano y conservador le resultaba un fuerte contraste con la persona luminosa y alegre que estaba esperando. No estaba de más justificar que, cuando estabas desesperada como el infierno, hicieras cosas aún más estúpidas que lucir como una detective. Acosar a Axel hasta lograr que te odiara y con amenazas te corriera de la casa, después de decirte a dónde se largó *cierta persona*, era solo un sutil ejemplo. Dejar toda una vida atrás, tomar una sola maleta y emprender un viaje de miles de millas solo para observar qué traje decidió usar hoy *cierta persona*, era tan solo otro ejemplo.

Santo Dios, ¿había sido siempre así de enferma? Llevaba oculta aproximadamente veintisiete minutos y catorce segundos cuando lo vio salir. Incluso el sol parecía brillar más con semejante presencia, él lucía tan ridículamente guapo que incluso se le olvidó respirar, porque se sintió mareada mientras se apoyaba firmemente contra el poste para observarlo mejor. Christopher *exageradamente-guapo-para-ser-verdad* Herrera era mejor que cada una de sus ridículas alucinaciones, verlo en trajes de tres piezas que se ajustaban a sus anchos hombros le resultaba la cosa más erótica que hubiera visto jamás.

Con ese traje azul oscuro hecho a la medida, realmente podía conquistar a cualquier espécimen sobre la Tierra, resucitar a cualquier muerto y devolver la esperanza de enamorarse a cualquier viuda. La camisa blanca solo resaltaba más esa mandíbula cuadrada y varonil. Verlo realmente le disparaba el pulso de su muerto corazón, provocando que le dieran ganas de atravesar la calle y fingir que era una secretaria que se topaba con el *jefesucho* de aquel rascacielos, le daban ganas de hacer un puño esa corbata de seda gris y tirar de ella hasta que esa delgada boca chocara con la suya en un frenesí absurdo y calcinante.

Lástima que otra vez toda esa burbuja de fantasías calenturientas que nunca se imaginó que tendría, se viera reventada por la risa cantarina de la chica que lo acompañaba. Casi pudo escuchar el sonido que produjo la burbuja al romperse dejándola en esta nueva realidad. Dios, ¿cuándo iba a tener el valor para acercársele? A Jen le había costado muchos días entender que su felicidad tenía nombre y apellido. Tres semanas tenía desde que lo había encontrado en Denver, dos meses desde la última vez que se habían hablado, y cada segundo se estaba convirtiendo en todo un calvario. A este paso realmente iba a necesitar de una grúa para que la arrastrara de regreso a ese lugar, verlo modelar con

esos trajes eróticos y luego dejarlo marchar al lado de esa... *mujersucha* de mierda, le provocaba un enorme peso en el corazón.

Bufó molesta cuando la zorra en cuestión casualmente se colgó al brazo de su *cosplayer*. ¿Por qué diablos esa mujer no se largaba lejos de él? ¿Por qué no pescaba alguna enfermedad y se moría? ¿Por qué había tantas arpías siempre alrededor de su tranquila vida? ¿Por qué estaba tan malditamente guapa? Jen tenía que aceptar que nunca se imaginó que a lo largo de su vida tuviera que competir con mujeres. Desgraciadamente con Nathan siempre fue así, y por eso le daba terror que con Chris fuera más de lo mismo... y no se había equivocado.

Aún no podía creer que hubiera dejado su casa, su trabajo, sus amigos, su papá, su vida completa, haber recorrido tantas millas, tan solo para ver cómo le arrebataban frente a sus ojos a la persona que amaba... *otra vez*. Salvo que en esta ocasión, ella había lanzado a Chris a los brazos de esa mujer, pero estaba dispuesta a remediarlo. Después de divorciarse oficialmente de Nathan, la joven había pasado un par de semanas hundida en la tristeza, refugiándose en casa de su padre. Tratando de reencontrarse a sí misma, durante sabrá Dios cuánto tiempo, ignoró todo a su alrededor. Incluso las dudas sobre si estaba haciendo bien o mal la asaltaron un par de veces hasta que conversó con su mamá.

—*No pasa nada, cariño —había dicho Mónica—. No creo que te hayas equivocado, mírame a mí. Pedro es todo lo que necesito, y no necesariamente estoy diciendo que tu padre no fue bueno. Solo que el amor entre nosotros ahora es distinto, Thomas piensa lo mismo. Somos adultos y entendemos perfectamente bien cuando algo se terminó, incluso ahora es mi amigo.*

Claro, como su mamá y su papá se llevaban bien, realmente bien, se le ocurrió hacerle una carta a Nathan pidiéndole que fueran amigos. Casual.

Reverenda estupidez.

Nathan no quería ser su amigo, estaba buscando revocar el divorcio alegando falsificación de documentos. Él juraba que esa no era su firma, aunque la verdad no había mucho que hacer con eso. De mala manera Jen fue conociendo la otra cara que Nathan tenía. Se portaba frío y calculador, sin escrúpulos ni límites. Acosaba a Derek y a Lisa preguntando por ella, se aparecía borracho frente a casa de Thomas gritando su nombre, y varias veces se tuvo que llamar a seguridad; incluso hasta la amenazaba por teléfono, por lo que se vio en la necesidad de cambiar el número. Con tristeza, comprobó de primera mano que su marido había cambiado muchísimo, y del amoroso esposo que fue, no quedaba nada.

Fue duro reconocer que en alguna parte del camino comenzó a vivir con un completo extraño. Así que quizás no debió costarle tanto concluir que cuando las cosas llegaban a cierto punto, ya no había marcha atrás. Había que dar vuelta a la hoja definitivamente. Una cosa era luchar por lo que ella creía que valía la pena, y otra aferrarse a algo que ya no existía. *Síp*, quizás no debió costarle tanto, pero con esa tendencia a querer volver a lo que tenía y saber que ya no lo haría... se deprimió.

Durante días cayó en un círculo vicioso conocido como el mal del gato. Comía y le daba sueño, se levantaba y le daba mucha hambre, así sucesivamente. Sufriendo como *Precious*, Jen solo salía de la cama para abastecer toda su reserva de alimentos.

Sándwiches, helado, donas, pan recién horneado, *Nutella* que se comía a cucharadas, frituras, platillos que preparaban los empleados de su papá, botellas de *Coca Cola* normal, porque la de dieta se le hacía demasiado dulce y... bueno, ¿qué? A ella la depresión se le manifestaba convirtiéndose en un oso, comiendo como si estuviera hibernando, así que no era de asustarse que hubiera aumentado un par de kilos.

Al ver que seguía cual *zombi*, Thomas simplemente no lo soportó más y llamó a los refuerzos. Fue una grata sorpresa ver a sus amigas: Lisa y Holly. Jen había enfocado primero la mirada en Lisa, por suerte en sus profundos ojos azules no había otra cosa más que preocupación y enojo, ni reproche, ni lástima. Así eran sus amigas, su relación había sido inquebrantable a lo largo de los años, habían peleado, se habían dejado de hablar, pero con un par de días todo volvía a la normalidad, como si fueran hermanas. Lisa la había zangoloteado hasta el baño y la había obligado a desanudar el refugio para aves que se estaba formando en su cabello, Holly la regañó cuando algunos vaqueros ya no entraron en las nuevas y voluminosas caderas al estilo de la *difunta-Selena-Quintanilla* que ahora poseía, incluso Lisa amenazó con llevarla de compras a la tienda de tallas extra grandes. La habían obligado a entender que no había otro remedio que... *seguir viviendo*.

Incluso para ella, que le encantaba vivir estancada en el pasado, llegó un momento en que se dio cuenta que la vida seguía y no se detenía a esperar si ya te recuperaste o no. La vida seguía y con ella... Chris. *Mierda*, no se había percatado que habían pasado demasiadas noches desde que lo había visto y, tomando fuerzas de esta nueva epifanía que parecía estar teniendo, decidió tomar las riendas de su vida, porque obviamente nadie podía hacerlo por ella; y emergió decidida a vestirse como le diera la puta gana, a escuchar la música que quisiera, a encontrar a Chris y decirle cuánto lo quería, volver a su lado y... Claro, aun así no era como si se fuera a poner a hacer ejercicio como sugería Holly, tampoco era para tanto.

—*Estoy tan orgullosa de ti, Jenny —había dicho Lisa algunos días después—. Nathan había borrado todo rastro de ti. El día de tu cumpleaños, cuando estabas con Chris, pude ver de nuevo a mi amiga, de nuevo eras tú misma. Búscalo y explícale las cosas. Todos cometemos errores y de verdad creo que podrás entenderte.*

—*Ahora levántate, alma perdida, y busca a tu hombre —murmuró Holly, mientras la obligaba a levantarse—, dile que únicamente a él le pertenecerá tu empanada...*

Pero hablando de empanadas, Jen tuvo que respirar hondo mientras clavaba dagas imaginarias sobre el rostro de esa pequeña zorra. ¿Acaso esa chica ya le habría dado su empanada? Se sintió igual de iracunda que la misma *Rasputia* de la película de *Norbit*, cuando Chris se detuvo y la chica le pasó los dedos por ese estúpido y sensual cabello castaño. Cerró los ojos, dejando crecer ese odio en su interior, ese era su cabello. Solo ella podía tirar de él hasta darle ese *look* de recién cogido que le gustaba... Una comisura de la boca de Chris se curvó, regalándole a la zorra su sonrisa torcida y arrogante. Jen apretó las manos en puños, ese altivo y seductor hombre era *suyo*. Esta vez nadie pasaría por encima de ella, nadie tomaría lo que le pertenecía. Dejando que sus instintos homicidas tomaran rienda de la situación, pensó en la forma en que la eliminaría, ¿le gustarían las galletas? Podía mandarle un montón de galletas rociadas en ricina, o quizás engordarla hasta mor...

—¿Pasa algo, señorita? —La voz profunda sonó tan cerca de su oreja, que se giró

hacia el sonido realmente aterrada.

—¡Oh, Dios! —gritó dando un salto hacia atrás, llevándose una mano al corazón.

—Luce alterada... ¿Ocurre algo? —Incapaz de hablar, Jen solo parpadeó sin procesar bien qué hacía un policía frente a su rostro—. Tiene semanas deteniéndose en este lugar, y su comportamiento le resulta sospechoso al dependiente. —El oficial apuntó con el pulgar al establecimiento detrás de él.

—Estaba pensando en comprar un café... —balbuceó. El policía entrecerró los ojos, mirándola de arriba abajo.

—¿Hay algo más que quiera decirme?

¿*Como confesarse?* Jen miró sobre su hombro cómo su objetivo iba desapareciendo entre las personas. Decirle al señor oficial que deseaba eliminar a cada chica sobre la faz de la Tierra que pudiera acercarse a Chris, sería un deseo de ir presa. El policía carraspeó mientras aguardaba su respuesta, ¿o quizás le habría leído los pensamientos? ¿Sabría sus verdaderas intenciones? ¿Se notarían en sus ojos la demencia? Diablos, era un hecho que la arrestarían aunque dijera que no estaba pensando nada, su mamá siempre le había dicho que verla a los ojos era como leer un libro. Entonces ahora estaba más que segura que la llevarían detenida y nunca vería la luz del sol, las reclusas seguramente se burlarían de su largo cabello, de su dinero, le harían la vida imposible como a *María la del Barrio*, la protagonista de aquella telenovela mexicana... Incluso pudo verse corriendo por su vida en la cárcel. Por esas razones, no debería extrañarle a nadie que sin decir palabra, echara a correr.

—¡Deténgase, señorita! —vociferó el oficial.

Jen no se detuvo, por el contrario, corrió con todas sus fuerzas. No había forma en que se convirtiera en la María de aquella telenovela. Pero mientras corría, hubiera deseado ser más lista y haber corrido en dirección a *Redish*, pero ya era demasiado tarde. Los kilitos que recientemente había adquirido la hacían sentirse pesada a cada paso que daba, sus muslos rozaban entre ellos y maldijo no haber hecho ejercicio como lo había sugerido Holly. Jadeando, chocó con las personas y contra cualquier objeto que aparecía en su trayectoria. Se estaba armando todo un alboroto, pero de ninguna manera iría presa.

—¡Cuidado! —le gritó el policía, asustada miró hacia atrás y comprobó que él estaba literalmente sobre ella, y entonces...

El chirrido de llantas de un automóvil frenó su loca carrera en seco. El impacto contra su cadera de hecho ni siquiera fue tan fuerte, más bien le hizo perder el equilibrio y que diera torpes tumbos hasta golpearse contra el asfalto la cabeza. Por suerte, su abrigo la había salvado de considerables raspones. Atontada, se incorporó un poco, quedando sentada a mitad de la calle, sintiendo una punzada cerca de las sienes, se llevó la mano por donde un líquido caliente descendía rápidamente. La carrera frenética le había dado la excusa perfecta al asma para manifestarse, no sus nuevos kilos de más, no, claro que no.

Jadeando, medio golpeada y rodeada por un ridículo círculo de personas inútiles que no hacían más que mirarla, cerró los ojos tratando de calmarse. No había llegado tan lejos para morir ahogada, quiso tomar una bocanada de ese aire fresco que golpeaba sobre su rostro, pero al hacerlo, el olor a hierro y azufre le llegó a la nariz. Observó entonces el

líquido en sus dedos y comprobó que era sangre. Luego todo comenzó a pasar en cámara lenta, el oficial decía cosas, el conductor la miraba horrorizado preguntando algo... pero Jen simplemente no podía entenderlos, fue entonces que su cerebro puso el letrero de “vuelvo enseguida” y simplemente... se apagó.



—Chris, estoy muy orgulloso de ti.

Owen lo dijo con tal sinceridad, provocando que estuviera a nada de ruborizarse. Su... *papá* estaba detrás de un impresionante escritorio, observando la computadora y sonriendo con cada diapositiva que miraba. A Chris aún le resultaba bizarro quedarse viendo fijamente, pero no podía evitarlo. Primero, porque su parecido era increíble, de nada había servido pedir que se dijera que no eran nada, era absolutamente obvio que era su padre. Segundo, porque una parte muy oculta de su ser quería mirar al papá que nunca había tenido.

—Gracias —comentó, aclarándose levemente la garganta—. Tan solo es un cliente en la rama arquitectónica.

—Pues no cualquier cliente, la dueña de esta empresa es muy especial con los detalles, y tú pareciera que conoces perfectamente sus gustos —aseguró su papá con una sonrisa—. Tienes un don nato para la publicidad, tu abuelo, Albert, estaría muy orgulloso de ti.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, estarás muy bien en la junta de más tarde, está perfecta la presentación —sonrió, apuntando hacia la portátil.

El castaño suspiró, era su primer proyecto real en comunicaciones, exponiendo una impresionante propaganda para una firma arquitectónica. Chris nunca pensó que trabajar con su padre realmente le gustara, mucho menos que el trabajo en *Cosplay* incluso le ayudaría. Durante años había convivido con diversos inversionistas y había aprendido bastante de negocios, manejándose en ese ambiente por años, recordaba perfectamente bien lo que querían. Por eso, cuando se enteró a cuál empresa había que hacerle todo el despliegue de publicidad y promoción, no dudó ni un segundo en tomar el reto. Conocía bastante bien todo lo referente a esa empresa y quería además... saldar algunas cuentas.

—Gracias, Britany me ha ayudado muchísimo —aclaró.

—Por supuesto, ella es un buen elemento, pero esta vez casi todo el mérito es tuyo. —Chris intentó no sonrojarse desviando la mirada, pero no pudo evitarlo.

—Bueno, entonces voy a comer y regreso para afinar los detalles —se despidió con una sonrisa educada para después salir de la oficina de su padre.

Tan solo había dado un par de pasos cuando la vio, y entonces tuvo una visión bastante clara del color de esos ojos. *Avellanas*. Sin duda el color de ojos de Britany era avellana, y además olía *de-li-ci-oso*, como a flores.

—¿Vamos a comer? —preguntó sonriendo, esperándolo a mitad del pasillo.

—Sí, ya quedó todo listo para más tarde. Creo que necesito algo de licor, estoy muy nervioso. —Ella se soltó riendo.

—Es muy temprano para eso, ¿pero qué te parece una cena en mi casa para celebrar lo bien que nos va a ir? —murmuró de forma tímida. Chris sonrió torcidamente.

—Sería genial, pero creo que te estás anticipando a los hechos. Te escuchas muy segura.

—Porque estoy segura que nos irá bien, dejaste increíble la presentación y expones todo de forma genial. Ahora andando que me muero de hambre.

Chris sonrió mientras salían, caminando por la avenida 22 con rumbo hacia *El Lobby*, el café que normalmente frecuentaban para la hora de comida. El viento removió el corto cabello de la chica, y el brillo color bronceado resaltó sus finas facciones blancas. Chris sonrió, por fin había dejado de perturbarlo ese color de cabello, de hecho ya podía incluso tolerarlo. Nada de ese tono le gustaba, ni mucho menos los recuerdos que evocaba, pero de alguna manera ya lo estaba sobrellevando.

Suspiró enterrando ese recuerdo de nuevo en el fondo de su pecho, no todo estaba olvidado, sin embargo los días habían pasado, y aunque Evelyn por su lado lo venía a visitar seguido, las cosas no habían cambiado. Aquel dicho que había mencionado Andrew no podía estar más equivocado. Lo último que quería era darle falsas esperanzas a la rubia, su amor estaba terminado y entre ellos había surgido una bonita amistad.

—El viento te movió el cabello —comentó la chica sonriendo—. Déjame te lo acomodo.

Chris sonrió ligeramente al tiempo que se inclinaba para que se lo acomodara, ella lo miró unos segundos y se ruborizó. El castaño suspiró al ver su rostro. Eso de no liarse con los compañeros de trabajo al parecer era algo que simplemente Chris no podía entender. Eso sí, no estaba enamorado ni de cerca, tampoco tenían nada serio, tan solo estaba... distraído con ella. Recibiendo lo que la chica quisiera darle, y él por su lado obligándose a aceptarlo.

Porque aunque no quisiera, estaba seguro que pensaba en Jen cada minuto, no tenía pruebas, pero casi estaba convencido que soñaba siempre con ella. Recordaba su voz, la forma cálida en la que le sonreía y cambiaba su humor por completo... El sonido de unas llantas al frenar lo hizo mirar hacia la izquierda.

—¿Qué crees que haya ocurrido? —preguntó Brittany. Ajustando su vestido amarillo, le sonrió apuntando hacia lo que parecía un accidente.

—No tengo la menor idea. —Se encogió de hombros dejando que su vista vagara hacia la fina tela que cubría sus suaves pechos.

Brittany había resultado, además de bonita, simpática y muy conversadora. Justo lo que necesitaba ahora que había caído en algo así como... una depresión crónica. Durante estos meses se habían conocido bastante, Chris a veces la acompañaba a su departamento, veían películas, comían juntos, trabajaban además en el mismo proyecto... Si todo salía bien, quizás esa celebración podía cambiar la situación entre ellos.

El joven estaba tratando con todas sus fuerzas de no involucrarse con nadie, mucho

menos con alguien del trabajo. Pero como todo, ya se estaba cansando de su vida sedentaria, había que seguir. No podía concentrarse, ni enfocarse, la falta de Jen lo reducía a un estúpido sentimental, lo volvía inservible. Pero eso tenía que acabarse, no iba a vivir en el pasado como cierto *lagarto* que había conocido. Britany tenía algún tiempo mirándolo de forma distinta, invitándolo más de una vez con la mirada a hacer algo más que conversar o ver películas. Chris además estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no comportarse como Owen, su antiguo personaje, no su padre, ya que de forma inconsciente asumía ese papel, respondiendo y portándose a veces de forma mecánica. Suspiró, en ocasiones sentía como si no tuviera alma, se preguntaba constantemente si algún día volvería a ser él mismo.

—¿Podemos ir a ver? —indagó en voz baja, mirándolo a través de sus largas y gruesas pestañas.

—Eres morbosa, ¿eh? —La sonrisa del castaño se curvó ligeramente en una esquina. Ella continuó mirándolo unos segundos para luego desviar la mirada sutilmente a su boca.

—No tienes ni idea —respondió en voz baja, seductora. *Mierda*, por primera vez en meses, Chris sintió una punzada distinta al dolor en su pecho. *¿De verdad era morbosa?* Y el hecho de que ella siguiera viendo su boca le dejaba bastante claro lo que podía pasar más tarde en el departamento de Britany—. Quiero ir a ver, ¿vamos?

Al castaño no le quedó más remedio que avivar aquella morbosidad, por lo que la acompañó a ver el accidente. Siguiendo a la chica hasta acercarse al círculo de gente, que al parecer veían a una persona atropellada, iba pensando la forma en la que le comentaría sobre el sexo que a él le gustaba practicar... tampoco era como si le fuera a ofrecer un contrato donde se estipularan cosas raras. Eran solo unos putos disfraces, hacer fantasías, nada del otro mundo.

Era absurdo que el sexo convencional no le atrajera ya en lo absoluto, las fantasías se habían vuelto parte de su piel, simplemente no podía evitarlo. Tampoco quería hacer el amor, solo sexo, fantasías sin compromiso y nada más. Quizás sí era un degenerado después de todo. Imaginar a Britany disfrazada de monja era algo bastante morboso para empezar, así que disminuyó la carrera que sus pensamientos estaban tomando. Britany se abrió paso entre la multitud, empujando y codeando personas. Chris sonrió cuando la vio casi al lado de la mujer que estaba, o muerta o desmayada.

Sonriendo, pensó que nunca había visto semejante curiosidad en nadie, él por su lado no tuvo necesidad de acercarse tanto, su estatura le daba una buena vista de la escena, así que solo desvió la mirada hacia la pobre convaleciente y... su corazón se quedó a medio latido. La sangre se drenó de su cuerpo, dejándolo en una especie de trance. No podía hablar, no podía respirar, ni parpadear, ni moverse mientras el oficial sostenía a *Jennifer* entre sus brazos.

—Por favor, retírense. ¡No dejen pasar a la ambulancia! —gritaba el policía.

Chris se encontró a sí mismo caminando a paso firme entre la gente, como un puto *zombi* pero con la fuerza de un tren descarrilado, no escuchaba los reclamos ni los insultos que recibía a su paso. El dolor que estaba sintiendo en el pecho era como si hubiera sido cortado por una sierra en dos, incluso le costaba respirar. Un par de zancadas bastaron para estar hincado a su lado.

Todo el mundo se detuvo para él, dejándola solo a ella en su campo de visión. Su piel lucía más pálida de lo que la recordaba, el rojizo cabello cubriéndole gran parte del rostro. Normalmente así lucía al despertar, eso lo tranquilizó. ¿Pero entonces por qué no despertaba? Fue entonces que observó el hilillo de sangre que bajaba por su sien, haciendo un escalofriante contraste en su delicado y muy pálido rostro.

—¿La conoce? —preguntó el oficial con algo de recelo, sujetándolo por el brazo mientras lo veía como si estuviera loco. El *ex-cosplayer* parpadeó. Se había desconectado de alguna manera de todo y literalmente estaba tratando de sujetar a Jen entre sus brazos.

—Sí... —Se escuchó decir en un tono extraño y ronco.

—Por favor no la mueva, la llevaremos a una clínica.

—¿Está bien? ¿Quiero decir, ella está...? —Ni siquiera podía decir la palabra.

—Está con vida, al parecer solo se desmayó. —Chris se sorprendió a sí mismo gruñendo cuando los paramédicos lo apartaron—. ¿Quiere acompañarnos? —cuestionó el oficial.

—Por favor —agradeció, caminando detrás de ellos.

—¡Chris! —Britany corrió hacia él—. ¿Qué ocurre? ¿De dónde la conoces? —Miraba alternativamente de él hacia la ambulancia.

—Ella... bueno, yo... es que... —Se pasó una mano por el cabello, observando cómo subían a Jen en una camilla. El oficial lo miró desde arriba de la ambulancia.

—¿Vendrá o no?

—Te explico más tarde, Britany, ¿sí? —pidió apresurado.

—¿Vendrás a la junta? —murmuró en tono preocupado. Chris miró esos grandes ojos avellanas que había visto ya tantas veces en estos meses.

Todavía no podía creer cómo su mundo que estaba reconstruyendo poco a poco, volvería a desaparecer si se subía a esa ambulancia. ¿De verdad dejaría a Britany sola en el proyecto? Podrían perder ese maldito contrato... «*No por nada nos ganamos un premio...*», murmuró su voz interna de forma socarrona... «*El imbécil del año es un premio que no cualquiera obtiene, lo tenemos bien merecido*».

—Haré lo que pueda —dijo, sintiéndose un verdadero cabrón. Dio la media vuelta y se subió a la ambulancia.

Chris suspiró, sentándose al lado de Jen donde sujetó su mano. En su mente no había otra cosa que la escena que había presenciado minutos atrás, incluso aún se sentía paralizado. Y ahí, observando a la mujer de sus pesadillas, se dijo que no le importaba si solo estaba de luna de miel con su marido, o haciendo lo que sea que anduviera haciendo. Lo único que Chris podía pensar era en protegerla. Podría soportar verla viviendo con otro hombre, podría soportar que lo abandonara, incluso que le tuviera toda la lástima del mundo... ¿pero perderla para siempre?

Ni siquiera existía esa palabra en su diccionario personal, y entonces comprendió que no soportaría vivir en un mundo donde no existiera Jennifer. Observó a los paramédicos colocarle un vendaje en la cabeza, sus ojos analizaron todo, sin poder evitar recorrer

minuciosamente cada cabello, su rostro se veía ligeramente redondeado y sus pómulos ya no-tan-afilados, estaban adquiriendo su habitual tono saludablemente colorido. Se veía mucho mejor que antes, parecía que había aumentado un poco de peso sentándole de maravilla. Al menos ella estaba viviendo feliz y tranquila, podía verlo ahora. Ella siguió adelante perfectamente sin él.

—¿Podría soltarla un momento? —pidió con voz suave un paramédico—. Necesitamos quitarle el abrigo para comprobar que no tenga heridas internas.

Chris la soltó pero siguió atento, comprobó solo un par de futuros moretones, nada de sangre en algún otro lado, observó su... frunció el ceño al ver que le quedaba muy ajustada la blusa, los botones incluso se veían forzados, dejando ver la suave curva de sus pechos o más bien... ¿estaban más grandes?

—La señorita tiene que darme un par de explicaciones en cuanto abra los ojos. —La voz del oficial lo sacó de aquel escrutinio de *cuerpos-que-ya-tienen-marido*.

—¿Por qué la estaba siguiendo? —inquirió Chris.

—Es sospechosa.

—¿Sospechosa? ¿Jen? —espetó con alarma, mirándola justo al tiempo que esos grandes ojos verdes se abrían. Parpadeó, luciendo confundida y perdida por un momento, pero al verlo, un gemido ahogado abandonó sus labios.

—¿Chris? —susurró con voz ronca y pastosa.

—Aquí estoy. ¿Te encuentras bien? —El castaño se apresuró a sujetarle la mano. Ella negó llorando, alarmando a casi todos en la ambulancia, incluyéndolo a él. Los paramédicos verificaron el suero, y cuando su ritmo cardíaco se disparó, incluso el oficial frunció el ceño.

—Lo siento —dijo llorando, lágrimas viajando a lo largo de sus mejillas, aterrizando en la camilla.

—¿Dónde te duele? —inquirió Chris con aprensión, tocando su rostro, sus manos, Dios, era tan irreal tenerla frente a él.

—No es eso... yo siento lo que te *hice*...

Se quedaron en un silencio profundo, interrumpido únicamente por el sonido del aparato que marcaba el ritmo cardíaco de Jen. Poco a poco todos comprendieron que su malestar o las locas palpitaciones de su corazón eran por otro motivo. El oficial carraspeó ante la incomodidad.

—Es necesario que se calme, señorita —agregó la enfermera—, pronto llegaremos al hospital... —Pero Jen ni se calmaba ni dejaba de mirarlo, como si su respuesta dependiera del transcurso de su vida. Por lo que Chris decidió hablar.

—No creo que sea... —se aclaró la garganta—, conveniente hablar en estos momentos de eso... yo... podemos hablar quizás más tarde, cuando salgas del hospital. Tienes que tranquilizarte.

—De hecho —interrumpió el oficial—, tendrá que rendir una declaración en cuanto la den de alta, no debió huir de mí en la forma que lo hizo... —Jen cerró los ojos,

apretando las manos en puños.

—Usted ni diga nada, no quiero oírlo —siseó, dejando a todos con la boca abierta.

Chris parpadeó, aunque los médicos le habían dicho que el golpe en la cabeza no había sido nada, quizás sí sufrió una contusión.



Estaba teniendo un momento crucial en su vida, de hecho *el momento* de su vida. A pesar de tener vendas, suero, el orgullo pisoteado y su plan evaporado, Jen estaba teniendo un puto momento crucial, y el jodido oficial lo había interrumpido. De hecho, ese gordo y feo oficial, sacado de todas y cada una de las películas donde los oficiales comen rosquillas, había arruinado todo. Desde su misión de detective hasta el momento donde había reunido sus primeras palabras para pedirle perdón a Chris por todo. Por culpa de ese *oficialucho*, había salido mal cada uno de los escenarios que se había imaginado para esta ocasión, y por eso lo odiaba. Furiosa como nunca, lo miró, esta vez decidida.

—Usted me acosó —aseguró ante la mirada perpleja de todos.

—¿Que yo qué?

—No finja, me presionó, quería inculparme de *cosas*, ¡pretendía arrestarme como si fuera una delincuente! —gritó, logrando que el aparato que marcaba su ritmo cardíaco se disparara.

—Lo único que le pregunté fue que si había algo que estuviera buscando y usted salió corriendo como alma que lleva el diablo. Creo que oculta algo, y por eso va a rendir una declaración... —aseguró en tono severo.

—Creo que usted quería toquetearme.

—¿Que yo... qué? ¿Acaso está demente? —La miró contrariado. Jen soltó una carcajada tan sonora que incluso el oficial dio un respingo.

—Defina demente.

—¿Se está burlando? —indagó, furioso ante las risas que Jen no podía controlar al grado de comenzar a sacudirse.

—Ella solo está nerviosa, déjela en paz —exigió una voz profunda que se deslizó como una caricia por su piel, tranquilizándola. Chris se irguió un poco donde estaba, haciendo que de pronto su figura luciera grande y amenazante en el pequeño espacio. Intuitivamente el policía se llevó la mano hacia el arma que descansaba al lado de su cadera—. Cuando está nerviosa se ríe por todo, ya no le pregunte nada.

—Por favor, oficial —interrumpió la enfermera—, la paciente acaba de sufrir un accidente, puede tener alguna contusión, por eso está confundida. ¿Pueden ambos dejarla descansar?

Durante el resto del recorrido, Jen cerró los ojos, tratando de serenarse, e intentó dejar de reírse como una... *demente*. Y cuando Chris quiso soltarle la mano, la aferró aún más. No estaba dispuesta a dejarlo ir, o perder siquiera uno de estos preciados momentos a

su lado. En el hospital no quiso ser internada, odiaba los hospitales y en realidad ya se sentía bien. El golpe en la cabeza había sido más que nada escandaloso.

—De cualquier manera debe guardar reposo cuando menos este día —dijo la enfermera, quien no podía dejar de mirar a Chris.

Jen se enfureció otra vez, ¿qué rayos les pasaba a las mujeres? Molesta, esperó ver que Chris hiciera lo mismo que Nathan, ver a la enfermera con una sonrisa, y después aclararle a ella que no podía ser *descortés*. Pero el joven no tenía ojos para ninguna enfermera, solo la estaba mirando a ella. Sus ojos profundos y azules analizando cada detalle de lo que hacía, por lo que se ruborizó.

—¿Entonces? —preguntó el oficial, viéndola con recelo. Había estado apoyado en la esquina de una pared y se incorporó caminando hacia ella—. ¿Puede explicarme qué estaba haciendo?

—Yo... —Se removió incómoda—. Bueno, estaba esperando que, que Chris saliera de la empresa. Por eso estaba ahí —susurró, pero de cualquier manera el aludido la escuchó.

—¿Todos los días? —*¡Maldita sea!* El policía estaba descubriéndola embarazosamente frente al vigilado en cuestión.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntaron al mismo tiempo los dos hombres.

—Bueno... yo... pues yo... —Se mordió el labio—. Quería hablar con él pero no tenía el valor, así que solo me dediqué a mirarlo todo este tiempo —suspiró—, soy una pésima acosadora.

Chris parpadeó, claramente confundido. El oficial frunció el ceño antes de volver a hablar.

—¿Está diciendo la verdad? —Jen se sonrojó incapaz de responder, solo asintió, el oficial entrecerró los ojos, pero algo tuvo que ver en ella que lo convenció—. Bueno, la dejaré ir, pero que esto le sirva para no andar haciendo cosas buenas que parezcan malas. A menos claro que... señor, ¿quiere levantar alguna restricción o queja contra la señorita? —Chris elevó ambas cejas visiblemente contrariado antes de sacudir la cabeza.

—No, yo... no.

Con eso, el oficial y la enfermera salieron sin más ceremonias, dejándolos a ambos en un horrendo silencio.

—¿Vamos afuera? —pidió Jen, él asintió con un gesto de cabeza.

La brisa fresca la golpeó en el rostro, haciéndola estremecer, aún llevaba un pequeño vendaje que podría quitarse hasta el día siguiente, se abrazó a sí misma sintiendo frío. ¿Dónde estaría su abrigo? Aunque...

—Tu abrigo se quedó adentro, voy a buscarlo —dijo Chris, como si le leyera el pensamiento, pero ella sacudió la cabeza.

—No lo quiero, huele a sangre —murmuró, arrugando la nariz.

—¿Estás loca? —susurró, intentando ocultar una sonrisa—. La sangre no huele a nada.

—Un poquito loca, ya sabes —contestó, encogiéndose de hombros, sonriendo al encontrarse con sus hermosos ojos. Él suspiró, su cabello castaño moviéndose lentamente con el vaivén del viento, antes de que desviara la mirada, evitándola mientras se quitaba el saco de su traje.

—Toma. —Le colocó el saco sobre los hombros—. Lo último que necesitas es pescar un resfriado y que te dé asma.

Ella lo miró atónita, lucía perfecto y el aroma de su loción en el traje, la rodeó haciéndola derretirse, dejándola muda. Se encontró aturdida ante sus gestos, Nathan nunca recordaba lo que podía provocarle asma, e incluso alguna vez le dijo exagerada. Ahora que los comparaba, realmente se sentía estúpida. Caminaron en silencio hacia una pequeña plaza, repleta de personas que seguramente tenían a sus familiares en el hospital. Había algunos niños corriendo y unas pequeñas fuentes se podían ver en el centro. ¿Cómo-diables-iba-a-comenzar-esta-charla?

«Chris, bueno, es que la verdad he estado intentando comunicarme contigo, pero...»

No, demasiado impersonal.

«Chris. No puedo dejar de pensar en ti y de verdad quería verte lo antes posible...»

Cierto, pero demasiado necesitado.

«Chris, te quiero desde aquella noche que te vi llegar herido por culpa de Mia, ojalá hubiera comprendido antes esto, así podría haberme decidido por ti y nunca habría terminado metida en ese desastre con Nathan. Por eso te vine a buscar, y luego me puse a vigilarte durante todos estos días porque quería hablarte y...»

También cierto, pero casi bordeando en la locura... aunque de cualquier manera a estas alturas seguro Chris no veía la hora de salir corriendo lejos de ella.

—Tengo que regresar al trabajo —dijo Chris con voz retumbante y áspera, logrando enviar un escalofrío por su columna—. Podemos tomar un taxi juntos, si quieres... ¿Vienes en *Redish*? —Jen asintió sin habla, ahí estaba la respuesta a su pregunta no formulada, él quería irse cuanto antes—. ¿Dónde lo dejaste?

—Cerca de tu empresa —cuchicheó mientras se acercaban a la calle y el joven intentaba detener un taxi.

Segundos después uno se detuvo, y él extendió su largo brazo para abrirle la puerta. Jen no pudo evitar que su mirada viajara hasta los hombros anchos y comprobar cómo se alzaba sobre ella con esa estatura de más de metro ochenta que lo caracterizaba, él frunció el ceño al ver que no se movía, por lo que la joven entendió lo ridícula que seguramente estaba luciendo, más estática que un robot. Así que le mandó la orden a su cerebro que se pusiera en movimiento de una buena vez e intentó subirse.

Como si él leyera en su rostro todas las dificultades motrices que estaba teniendo, su mano cálida se posó en su espalda baja y la presionó con suavidad hacia adelante. Aturdida porque un solo toque la hiciera sentir mariposas, se deslizó por el asiento. Ya casi

estaba del otro lado cuando pensó que justamente eso haría la vieja Jen, sentarse lo más lejos posible de otro hombre que no fuera Nathan, pero daba la casualidad de que este hombre era por el que estaba aquí y el único con quien realmente quería estar. Iba a luchar por él. Así que se movió rápidamente hasta quedar de nuevo cerca del otro asiento. Chris exclamó levemente cuando casi se sienta sobre ella.

—Ah... Jen, ¿podrías correrte un poco? —pidió, su voz baja y amable incluso sonaba seductora.

—No —respondió mirándolo. Él frunció el ceño cuando vio que ella no pensaba moverse ni un solo centímetro—. No me voy a mover —insistió, Chris rodó los ojos.

—Como tú quieras —suspiró, acomodando con dificultad su enorme cuerpo.

Jen reprimió una sonrisa al ver que no encontraba la forma de acomodar sus largas piernas, estaba realmente intentando no tocarla. Luego, él volvió a suspirar antes de mirar hacia el frente y decirle al taxista hacia dónde iban. Ella se dedicó a mirarlo, *por Dios*, esa camisa blanca se tensaba en los hombros, resaltando esos ejercitados músculos que ella sabía que poseía, sus ojos como zafiros tenían un inconsciente brillo seductor resplandeciendo a través de ellos. Todo en él atraía las miradas de las chicas, desde su olor, su voz, hasta su rostro. Con ese perfil, era de forma involuntaria un hombre que rezumaba sexo por todos los poros.

Justo eso pensó el primer día que lo vio bien en *Cartoons*.

Pero a diferencia de esa vez, ahora realmente sabía qué clase de persona era Chris, y también a diferencia de siempre, no estaba bromeando, ni lanzándole miradas de perturbado ni de violador en serie. Recordar esas miradas logró que su vientre se apretara sintiendo una ridícula lujuria. Por lo que se revolvió incómoda, Chris la miró en ese instante. Estaban absurdamente cerca, tan cerca que podía sentir su calor, y casi podía sentir también su respiración, se moría por probar esa esculpida boca, por lo que inconscientemente se relamió los labios.

Él siguió el movimiento de su lengua por un segundo, antes de volver a clavar los ojos en ella y apretar con fuerza esa mandíbula afilada y cuadrada, la escasa barba le oscurecía las mejillas y su cabello... *mierda*, ese cabello que desordenó aún más la zorra... Quería preguntarle quién era, pero realmente debía empezar por disculparse. Solo que el contacto visual, como siempre ocurría entre ellos, era más que mil palabras, esos ojos azules, llameantes y seductores, lograban romper el hilo de cualquier pensamiento cuerdo que la joven estuviera intentando hilar, sus mejillas se calentaron... así como otros lugares, y de pronto, sus pezones se irguieron haciendo incluso doloroso el contacto contra la tela de su camisa. Mierda, había perdido ya la razón.



Mierda.

Chris realmente no podía creer lo que estaba pasando, Jen estaba excitada. No le quedaban dudas, casi podía oler su delicada esencia, sentía una corriente eléctrica zumbando entre ellos, haciéndolo estremecer. Sus traidores ojos parecían no querer perder

ningún detalle de la chica, por lo que se desviaron hacia su suave camisa, donde apreció sus deliciosos pezones, erguidos y duros contra la tela. El deseo lo sacudió haciendo que su traidor pene se revoliera contra sus pantalones, se enfureció con todo su cuerpo por responder inmediatamente a ella, pero no podía evitarlo.

Estaba perdido en ella, mirándola además como un puto enfermo, como si tuviera tanta hambre que lucía famélico frente a un delicioso bocado. Daría todo por poder poner su mejor cara de Owen frente a ella, pero tampoco pudo. No pudo moverse, no pudo apartar la mirada, no pudo hablar. Estaba cerca de Jen pero mudo, aquel sentimiento era demasiado fuerte, demasiado turbador, lo llenaba por completo. Teniéndola cerca no podía existir ningún vacío, parecía que jamás lo hubiera existido, y daría cualquier cosa por tomarla justo aquí y ahora en pleno taxi en movimiento...

—No me mires así —dijo entre dientes, con la garganta ardiendo en llamas.

—¿C-Cómo? —preguntó Jen, con una voz ronca que mandó una descarga directa a su ingle.

—Como si quisieras comerme. —Ella se ruborizó, pero como siempre, actuando de forma impredecible, no desvió la mirada, de verdad Chris no sabía qué esperar con ella.

—Chris, yo... necesitamos hablar...

—¿Sobre qué? —inquirió, intentando retirarse de ella. *¿Por qué estaban tan juntos?*

—Sobre todo. —Ella sacudió la cabeza, ansiando liberarse del ridículo contacto visual que al parecer los tenía hechizados—. Chris, lo siento tanto. Siento tanto darme cuenta de las cosas tan tarde...

—No me pidas perdón —pidió interrumpiéndola—, quizás me comporté de forma exagerada con lo de la hipoteca... —comentó, revolviéndose el cabello—. Solo me sentí... traicionado. Más que un buen gesto de tu parte, lo interpreté como una obra de caridad. —Ella abrió la boca de par en par, luciendo incluso ofendida.

—Yo jamás haría eso...

—Pensé que después de lo que pasó, te sentías como si me debieras algo y quisieras de alguna manera enmendarlo... —Ella sacudió rápidamente la cabeza.

—Lamento mucho haberte hecho sentir de esa manera, debí comentártelo, pero bueno... no me refería precisamente a que siento haber pagado la hipoteca. En realidad no lo siento, lo volvería a hacer... —aseguró. Sus mejillas se colorearon de forma adorable y el rubor bajó por su cuello mientras desviaba la mirada hacia sus manos—. Más bien quería pedirte disculpas... bueno, por la decisión de haberme ido con *Nathan*.

«*Balde de agua fría, bien ahí, chica*», murmuró su voz interna. Chris suspiró, desviando la mirada hacia el tráfico de la tarde. ¿Qué podía decirle? No merecía juzgarla, no cuando él no era ningún santo, no cuando su vida había estado llena de excesos de todo tipo, había estado perdido, e incluso de no haber sido por ella, seguiría hundido en una espiral de perdición. Así que no podía enojarse porque ella luchara por algo que tenía más valor que cualquier cosa que Chris pudiera darle.

—Tampoco lo sientas —pidió clavando los ojos en ella—, conozco muchas personas

que pasan toda la vida buscando la felicidad, y tú lograste no solo encontrarla, sino además recuperarla, eres muy afortunada, no la dejes pasar.

Y lo decía en serio. No necesitaba viajar solo para aclarar nimiedades. A Chris ya no le importaba ni siquiera lo de la hipoteca. Mientras se miraban directo a los ojos, el rostro de Jen se contrajo como si decirle aquella verdad de alguna manera le hubiera herido. Desvió la mirada hacia su regazo y se quedó ahí, mirando sus manos. Sin embargo una duda estaba plantada en la cabeza de Chris, y ya que no era capaz de leer pensamientos, decidió preguntar.

—¿Qué hacías afuera de mi trabajo? —Ella dio un respingo, como si hubiera estado desconectada y de pronto aterrizara de vuelta.

—Yo... te estaba buscando. —Sonrió con pesar—. Te quería decir justo esto mismo, pero no encontraba el valor para hacerlo, y además estabas con *esa* y bueno, yo... —Suspiró clavando esos grandes ojos verdes sobre él—. Te necesito, Chris... te necesito tanto a mi lado.

Él se quedó de piedra. Se le enfrió el cuerpo como si lo hubieran metido en agua congelada. ¿Qué clase de respuesta era esa? ¿Realmente era tan malvada como para jugar con sus sentimientos? ¿Ahora quería engañar a su esposo con él?

—Debes estar confundida, el golpe en la cabeza te tiene desorientada y...

—¡No! —exclamó con fuerza, haciendo que incluso el taxista los mirara por el retrovisor—. No estoy confundida, ni desorientada. De hecho ahora veo todo con tanta claridad que me da espanto ver todos los años que pasé con Nathan solo por temor a arriesgar mis sentimientos.

—¿Q-Qué quieres decir? —balbuceó sin comprender.

—Que pese a que era lo último que quería, terminé enamorándome de ti. Quiero estar contigo y me gustaría que pudiéramos retomar lo que teníamos y... y convertirlo en algo real y duradero.

Chris escuchó todo, pero simplemente no supo qué responder. *Esto-no-era-posible*. O una de dos: o Jen realmente había sufrido más que un golpe en la cabeza y los doctores no lo habían detectado o... su relación con Nathan no había sido todo de color rosa y ahora estaba despechada. «*Síp, claro, seguro ahora ella quiere devolverle un poco de la misma medicina al esposo y nosotros resultamos un perfecto medio para canalizar su ira*», murmuró su voz interna. Durante sus años como *cosplayer*, Chris fue objeto para ese fin. Es decir, mil veces estuvo con mujeres despechadas, acompañándolas, sirviéndolas y atendiéndolas como sus respectivos hombres deberían haberlo hecho. Solo que ahora, ya no era un *cosplayer*, ni tampoco un imbécil. Si Jen quería eso, estaba jodidamente equivocada. ¡Por Dios! Pero si le había dicho que la quería, ¿y ahora se burlaba de sus sentimientos? Enfurecido, se enfocó en su rostro al tiempo que le regalaba una sardónica sonrisa.

—¿Y pretendes que siga condenando mi vida al lado de una mujer que cuando hagamos el amor esté pensando en otro? —reclamó, ahora el pecho y el alma le dolían al pronunciar esas palabras—. Lo siento, pero ya no trabajo en *Cosplay*.

—Chris, eso ya lo sé, no me estás entendiendo...

—Claro que te estoy entendiendo —refutó, mirando esos grandes ojos—, y lamento decirte que mi autoestima es más alta como para acabar de ese modo. Tendrás que buscarte a otro con quien practicar.

Sin duda las duras palabras golpearon a Jen como una bofetada, porque incluso lanzó el rostro ligeramente hacia atrás. Recordarle cómo ella no se quería a sí misma era un golpe bajo, sin embargo había que darlo. ¿Cómo se le ocurrió pensar que podía venir a pedirle que estuvieran juntos? Ella siguió mirándolo con una intensidad que lo hizo sentir incómodo, y el hecho de que estuvieran tan juntos le estaba perturbando.

—No me estás entendiendo, no quiero practicar nada y sé que te hice daño, Chris —susurró con voz rota—. Durante todo ese tiempo, definitivamente no tuve respeto por mí, solo quería recuperar a Nathan y ya, sin importarme nada más. Pero ahora que estuve con él, te puedo jurar que no encontré ni goce, ni espíritu en lo que hacía, me di cuenta que todo era una costumbre, una necesidad de llenar el vacío que había aquí... —Se apuntó al pecho.

Chris la escuchó, dejando que su mente asentara lo que acababa de decirle. ¿Pero qué se suponía que hiciera? ¿Debía dejar a Britany para seguir “practicando” o lo que fuera con Jen? Ya había dejado a Evelyn, había sacrificado una relación saludable y seguramente para siempre, al haberse enamorado de Jennifer. Lo había dejado roto por meses, un *zombi* por lo que pareció una eternidad, Britany no despertaba en él ni de cerca lo que Jen lograba hacer, pero era buena, estaba bastante bien con ella...



—De verdad te quiero, Chris —susurró Jen, con los ojos anegados en lágrimas—. Me he divorciado de Nathan.

El retrocedió, mirándola sorprendido, por unos instantes se quedó incluso de piedra mientras miles de pensamientos cruzaban seguramente por su mente, solo que así como vino, la esperanza se fue de sus ojos y recuperó la compostura.

—¿Y qué se supone que haga? —inquirió en tono frustrado—. De verdad que me da gusto que finalmente te dieras cuenta que ese cabrón no te convenía, pero no quiero ser tu premio de consolación, Jen, lo siento.

—¡Maldita sea, Chris! ¿No lo entiendes? —gimió exasperada—. Me divorcié porque te necesito a ti, necesito tus bromas, tu fuerza, tu mirada...

—No puedes hacerme esto, Jen. Te di la opción, te di a escoger y no lo hiciste. Me dejaste bastante claro que entre nosotros no había esperanza. ¿Por qué voy a creer que de pronto cambiaste de opinión? ¿Crees que de verdad te voy a creer que ya lo olvidaste? —preguntó en tono irónico—. He seguido adelante, te recomiendo que tú hagas lo mismo. —Sus ojos quemaban mientras la veía.

—Pero quiero hacerlo contigo —rogó, literalmente.

—No —aseguró moviendo la cabeza de un lado a otro—. No voy a dejar que juegues

con mi cabeza, ya no, Jennifer.

Había tirado todo por la borda cuando decidió mal, y darse cuenta que por primera vez no le importaba estar sola, sino perderlo, perder lo que tenían: perder su amistad, su amor, perderlo a él por completo, generó en su cuerpo un dolor similar al de una cuchilla atravesándola al rojo vivo. Sin embargo, si algo caracterizaba a Jen no era precisamente darse por vencida.

—Sé que aún sientes algo por mí —afirmó, quizás sonando arrogante—. Estoy casi segura, ¿y sabes qué? Voy a luchar por ti.

Chris la miró incrédulo, boqueó un par de veces como si quisiera refutar ese hecho, pero ninguna palabra salió de sus esculpidos labios. Cuando el taxi se detuvo, pagó antes de salir como si el automóvil estuviera en llamas. Jen se bajó por pura inercia, pero alcanzó a gritar.

—¡No importa que corras, *Forrest Gump!* Te voy a seguir mientras esté segura de esto. —Tenía las manos contra el pecho, intentando seguir de pie puesto que estaba temblando de pies a cabeza.

Si había sentido cosas horribles cuando Nathan le había pedido el divorcio, imaginarse perder a Chris la hacía sentir cosas indescriptibles. *Forrest* se detuvo abruptamente, todo su cuerpo lucía tenso cuando se giró para mirarla.

—¿Qué te hace pensar que aún te quiero? —preguntó en tono duro. Sus ojos como zafiros brillando con indolencia.

Jen sintió que las piernas le temblaban, pero él no estaba diciéndole la verdad. No podía estar diciéndole eso, no cuando no habían pasado ni cinco minutos que la había visto con los ojos cargados de deseo, no cuando se preocupó por ella y la acompañó en la ambulancia, ni mucho menos cuando le sujetó la mano como si quisiera haber sido el atropellado en su lugar. Embriagada por el aroma del saco de Chris en sus hombros, se cuadró un poco, mirándolo fijamente.

—¡Te lo voy a demostrar, *arrogantucho!* Ya lo verás.

Y con esas palabras, fue ella quien dio la media vuelta y se fue caminando a paso firme hacia *Redish*. Si Chris quería complicar las cosas, pues bien. Ella también le iba a dar guerra, sin embargo el nudo en su garganta continuó incluso mientras conducía.

«¿Y seguir condenando mi vida al lado de una mujer que cuando hagamos el amor esté pensando en otro?»

¡Ay Dios! Recordar la mirada enfurecida de esos preciosos ojos azules y sus palabras... la hacían ponerse enferma. Quizás había acabado con toda bondad que pudiera quedar en Chris. Sin fuerza, llegó al condominio de doce pisos donde estaba el *penthouse*, marcado con el número 2788, que había comprado. Lo que más le agradaba de su nuevo hogar en Denver eran las ventanas. Tenía muchísimas ventanas que dejaban ver una preciosa vista de la ciudad, así como las montañas, sonrió recordando la habitación de Chris en Miami. Jennifer suspiró de pie en la sala, se abrazó a sí misma sintiéndose sola, y por supuesto, las dudas sobre si estaría haciendo bien o mal la asaltaron. «*Los malos hábitos nunca mueren*», pensó.

Mirando a su alrededor, sonrió un poco. Por primera vez había decorado el lugar como siempre quiso, en tonos grises y oscuros, sin dejarse llevar por el qué dirán, o por los comentarios de su suegra que esos eran tonos sombríos. Tampoco había decorado con adornos regalados, todo lo había escogido con cuidado, así que por primera vez en su vida, este lugar era su mero reflejo.

En la planta baja había un moderno comedor tallado en mármol, rodeado por cuatro cómodas sillas blancas, del lado izquierdo había situado la pequeña sala y al centro, una mesa de cristal sostenía un precioso jarrón lleno de gardenias. Caminó hacia allí para acurrucarse frente a la chimenea, donde sumergió el rostro en el saco de Chris y se quedó observando el fuego artificial por lo que parecieron horas. Cuando el silencio comenzó a marcarse en sus oídos, tan fuerte que incluso escuchaba un pitido extraño, se levantó hacia el precioso piano de cola en color negro que había comprado.

Entonó varias melodías, diversas notas se agolpaban en su mente formando... algo, un sonido nuevo y diferente. Se concentró en el sonido, por extraño que pareciera ya no le apetecía llorar. Estar cubierta por el saco de Chris la ayudaba a querer seguir adelante, se aferró a él con todas sus fuerzas, porque de lo contrario se iría directo a su elegante cocineta de acero inoxidable y sacaría toda cantidad de cosas. Esta vez pensaba en cerveza y papas cubiertas con queso dip.

«Conozco muchas personas que pasan toda la vida buscando la felicidad, y tú lograste no solo encontrarla, sino además recuperarla, eres muy afortunada, no la dejes pasar».

Chris le sonrió como al principio, sin tapujos ni miradas raras, sin falsas esperanzas. Y ella, abrumada por su generosidad, quiso abrazarlo y besarlo, pero todo eso cambió cuando él comprendió realmente qué hacía ella en Denver y entonces todo se vino abajo. No quería recordarlo mirándola con aquellos ojos, así que se enfocó en otro tiempo donde la miraba sonriente, o cuando la miraba con los ojos ardiendo producto de la pasión mientras la penetraba, incluso había descubierto que la miraba con amor... Cuando ya no pudo más, cuando abruptamente se quedó sin aliento y el corazón le latió más deprisa, se apresuró a la cocina.

¿Estaba sufriendo un ataque cardíaco?

Porque sin duda esto no era asma, tomó unas cuantas bocanadas de aire, la estaba invadiendo una extraña oleada de pánico, oscura e implacable. Con manos temblorosas abrió la alacena y sacó unas bolsas de frituras, estaba abriendo la nevera para sacar un par de cervezas, cuando escuchó el timbre de la puerta.

No conocía a nadie en Denver, y su dirección solo la sabían sus amigos cercanos. Frunciendo el ceño, miró indecisa hacia la puerta.

Capítulo Veinte

Chris solo asentía, llevándose casualmente la mano a la barbilla mientras observaba a Britany exponer por él.

Ahí, en medio de su debut, resultó que de pronto perdió la voz y la memoria, convirtiéndose en un absoluto incompetente dadas las escasas palabras que pronunció, al final hubiera dado lo mismo invitar a un robot para darle “siguiente” a cada diapositiva. Afortunadamente, Britany no era un robot y lo había rescatado de forma impresionante, logrando incluso convencer a los representantes de la empresa.

—Hijo, ¿qué ocurrió? —Owen se acercó preocupado en cuanto se terminó la junta y quedaron solos.

—Yo... bueno, supongo que tuve miedo escénico —mintió al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz—. ¿Podrás disculparme?

—Por supuesto, Chris. Al principio yo también tenía miedo, es normal, pero habrá muchas conferencias como ésta, no te preocupes —aseguró, palmeándole la espalda, haciéndolo suspirar.

—¿Chris? —La dulce voz de Britany lo llamó desde la puerta, haciendo que ambos se giraran para verla, ella se percató de su charla y su gesto cambió—. Lo siento, no sabía que... yo...

—Bueno, yo me voy, ha sido un día agotador. —Owen tomó sus cosas y después de despedirse de Britany y felicitarla por lo que se supone que Chris debió hacer, se fue.

Ella se abstuvo de preguntarle por su actitud, algo que Chris agradeció, aceptando cenar juntos como habían quedado. Sin embargo, en el departamento se encontró hundido en un incómodo silencio al lado de la chica, jugueteando con el pollo y la ensalada en su plato. Maldita sea, no podía dejar de pensar en lo mismo.

—¿Qué te ocurre? —murmuró por fin la chica con voz suave.

—No... no es nada, solo creo que no tengo hambre —comentó, retirándose ligeramente de la mesa.

—¿No te gustó? —Su voz sonó afligida.

—No, ¿cómo crees? Para nada, está delicioso, es solo que...

—¿Es por la chica que viste en la tarde? —indagó, empujando el platillo ligeramente hacia un lado. Chris suspiró al tiempo que se pasaba una mano por el cabello, no veía mucho caso en mentir.

—Sí.

—Sabía que algo te preocupaba, siempre lucías algo taciturno. Debí suponer que era una mujer...

—Pues ahora ya lo sabes —gruñó, sintiéndose de pronto malhumorado, eso de pertenecer al lado de los taciturnos no le gustaba. Britany lo miró incrédula ante su

comportamiento antes de bajar la mirada, haciéndolo sentir mal por tratarla de esa manera—. Lo siento, no soy buena compañía en este momento. Creo que tengo que irme, lo siento muchísimo, es solo que necesito estar solo.

La chica aún sorprendida por su voluble actitud, solo asintió, logrando que se odiara por estarse portando así con la única persona, además de Andrew, que lo había tolerado en estas semanas. Pero no había mucho que pudiera hacer para ayudarse... De pronto ella se puso de pie, rodeando la mesa hasta acercarse a él, se coló en su regazo en un movimiento por demás inesperado, rodeándole el cuello con los brazos.

—Me gustas. —Se inclinó a su cuello, posando los labios contra su piel—. No sé qué es lo que te pasa, pero no me gusta verte sufrir. —Chris suspiró sujetándola por la cintura, su aroma a flores colándose hasta su nariz—. No tienes por qué pensar que quiero algo formal o serio, creo que somos adultos y podemos disfrutar la compañía del otro...

—¿Qué quieres decir? —preguntó con una extraña voz ronca cuando la chica enterró las manos en su cabello.

—Tú sabes a qué me refiero —Y luego lo estaba besando.

Chris jadeó ante la sorpresa, cerrando los ojos, se dijo que necesitaba de esto. La hermosa chica entre sus brazos se estaba entregando a él justo como lo había pensado por la mañana, incluso mejor. Ofreciéndole una relación sin compromisos que no lo ataba a nada, dándole la opción de ir despacio, de esa forma nunca saldría lastimado y todo estaría perfecto... si tan solo pudiera mandarle esa orden a su cerebro, que se encargó de joder el momento trayendo esa última imagen de Jennifer con su saco sobre los hombros, luciendo pequeña pero determinada como el infierno mientras lo amenazaba.

Solo con ella sentía una rara pasión y lujuria al instante, una corriente eléctrica lo atravesaba de pies a cabeza, el calor que crecía cuando estaban juntos lo incendiaba todo, y por el contrario a lo que normalmente le pasaba, con Jen nunca se sentía satisfecho, quería más y más de ella. Cada vez aprendían algo nuevo, con el tiempo se iba volviendo más desinhibida, más ella misma. ¿Qué tan lejos habrían llegado? Solo con ella y nadie más podía sentirse así. «*Y estamos pensando toodo esto mientras besamos a Britany. ¡Ahh! ¡Hola, Owen! ¿Dónde dejamos a Chris?*»

Y síp, con eso quedaba claro que de nuevo se estaba portando como un perfecto imbécil.

—Lo siento, Britany —murmuró entre sus labios, retirándola con delicadeza—. De verdad, hoy no es momento...

Ella lo miró por unos segundos, sus ojos avellana bailaban con deseo, sin embargo, respiró profundo desviando la mirada, se puso de pie lentamente. Se acomodó el vestido aún sin mirarlo y después se puso a recoger la cena. Chris de verdad se sentía miserable mientras salía de ahí. Afuera, lloviznaba y el viento soplaba fresco contra su rostro. Genial, este día estaba siendo condenadamente bueno. De su debut en la empresa, que aseguraba un éxito que culminaría en una cena con final feliz, había terminado como un puto idiota mojado, caminando por las frías calles de Denver sin destino alguno. Mortificado hasta el infinito, decidió no ir directamente a su departamento, temía que si se quedaba solo, le daría un colapso mental en cualquier segundo.

Así que llamó a Andrew, quien le dijo que iba saliendo de su trabajo en las minas “Stanford”, y aunque le costaría un rato llegar, sin duda lo esperaría. Necesitaba hablar con alguien antes que su cerebro se friera del todo. Andrew *bíceps* llegó una hora después. Llevaba unos pantalones corte militar, y los músculos bajo su camiseta negra desafiaban las costuras de la tela, expandiéndolas hasta su máxima capacidad.

—De verdad deberías dejar los esteroides, hermano —sonrió mirando a su amigo.

—El trabajo en la mina no es fácil, en cambio, tú deberías ponerle un poco de grasa a ese cuerpo delgado —apuntó Andrew, dándole un *no-muy-ligero-puñetazo* en el hombro.

Entre charlas sin importancia se dirigieron hacia *Nallen’s Irish*, un pub situado en la calle Market, cerca del centro. El lugar estaba repleto de gente que intentaba divertirse después de una larga semana. Por ser viernes, sin duda el lugar estaba muy concurrido. Las luces neón en colores verde y azul iluminaban como láseres todo el pequeño lugar. Los cuerpos apretujados, chocaban unos con otros en un baile sensual, Andrew iba adelante, y se abría paso entre la multitud que bailaba, varias chicas se rozaron contra ellos de forma intencionada. Su amigo sonrió con singular alegría a varias, Chris solo rodó los ojos mentalmente, no estaba de humor ni siquiera para un polvo. «*Por las hormonas*», confirmó burlona su voz interna. Finalmente llegaron a la terraza, donde el aire húmedo se sintió delicioso en la calentada piel de Christopher.

—Así que... Jen está aquí. No me lo puedo creer —comentó Andrew para después tomarse un largo trago de cerveza—. ¿Por qué no la aceptas? Dices que se divorció, ¿no?

—Eso fue lo que me dijo. —«*De verdad te quiero, Chris*». Bueno también había dicho eso. El joven cerró los ojos y las manos en puños, ¿qué debía hacer?

«*Podemos ir y decirle que no hemos dejado de pensar en ella un solo jodido segundo. ¿Para qué batallar? ¡Vamos ahora! Y ya estando ahí, podemos exigir nuestro premio por adelantado, el del nuevo imbécil del año*», murmuró su voz interna.

—¿Entonces? —Andrew dejó vagar su vista sobre una morena que lo estaba viendo desde el otro lado del pasillo.

—Escogió una vida y yo la dejé seguir adelante, fue su decisión, además está Britany...

«*La cual al parecer no nos interesa... Seguro está dándole los restos de tu cena al perro*». Chris cerró los ojos, pellizcándose el puente de la nariz.

—Pero apenas y estás saliendo con esa chica, no es nada trascendental —aseguró, enfocando de nuevo la vista en él—. No me vengas con esas mentiras de que ahora la quieres. ¿De verdad prefieres seguir penando por las esquinas? ¿Encerrándote en tu casa como un ermitaño?

—No penaba por las esquinas —refunfuñó—. Y Britany... es buena para mí.

—Chris, tenías dos meses sin hablar con nadie. Realmente me asombró que te interesaras por esa chica. Incluso la preferiste sobre mi prima —se encogió de hombros—, aunque no me haya parecido al principio, después entendí que era lo mejor, te agradezco que no lastimaras más a Evelyn, pero con Jen es distinto, creo que te sigue cazando incluso en sueños. Así que... ¿por qué no te dejas de mariconadas y la llamas para decirle

que tú también la quieres?

—Eso no tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que seas tan necio. ¿No me dijiste por teléfono que estuviste distraído en el trabajo? Creí que hoy era tu junta importante. —Chris frunció el ceño al recordar la junta.

—No es necesidad —suspiró—, sabías que Jen estaba casada, ¿no? Pues bien, tenía muchos años con su marido cuando tuvieron problemas, no me preguntes cómo acabamos juntos, pero cuando hubo que decidir, lo escogió a él. Tenían años de “sólido matrimonio”. Lo entendí, ¿de verdad crees que ya se dio cuenta de que mejor no lo ama?, ¿así, de la noche a la mañana?

—De hecho pasaron bastantes meses para que se diera cuenta, pero ¿tú crees que buscarte en Denver, después de lo que le pasó acá, no es un intento por cambiar? La conozco lo suficiente como para asegurarte que no toma decisiones a la ligera. En el poco tiempo que la traté, me di cuenta de que te quiere, aunque sea necia y testaruda como el infierno y me dijera que no sentía nada por ti, era obvio. Siempre ha sido muy transparente, no está en ella mentir, simplemente no puede —afirmó su amigo, haciéndolo sonreír al recordar que Jen además tampoco sabía actuar.

—Quizás tengas razón, pero créeme, a Jen realmente no le gustan los cambios, no quiere arriesgarse porque *esa* es su manera de ser, seguro ahora está confundida o algo, ve tú a saber qué le pasa.

—Pues es obvio que está intentando cambiar, o no se habría metido a la cama contigo desde un principio. —Sonrió de forma cómplice—. Para mí, el hecho de que esté aquí dice mucho.

Chris lo pensó un momento, envidiando la convicción que empañaba la voz de su amigo, incluso se permitió saborear un atisbo de esperanza. ¿De verdad habría cambiado en un par de meses? Porque a Chris ese par de meses le habían servido para enfriarse, logrando que se hundiera en un montón de dudas. Ahora estaba seguro de que la sombra de Nathan siempre estaría presente. ¿Seguiría balbuceando su nombre en sueños?, ¿comparándolo con cada roce, con cada toque entre ellos? Antes le daba igual, pero ahora cada vez que recordaba eso, le hervía la sangre y le daban ganas de golpear algo.

—Charlamos un poco cuando la dejaste por irte con Evelyn, aquel día en el baile —prosiguió Andrew—. Al parecer tenía un montón de años con el marido, haciendo todo lo que él decía sin cuestionarlo jamás. Era obvio que todo lo que sentía por él no iba a cambiar en un par de semanas —concretó. Chris tomó un trago de su fría cerveza antes de hablar.

—Y quizás no cambiará en un par de años —farfulló.

—Pues divorciarse es un gran comienzo, ¿no lo crees? —Chris abrió la boca pero no pudo articular palabra, Andrew sonrió comprensivo—. Puede que el orgullo te escueza un poco, entiendo que además te sentiste inferior cuando ella pagó la hipoteca con la mano en la cintura, sé muy bien lo que estás sintiendo. Jennifer es inmensamente rica, pero te aseguro que no lo hizo de mala fe.

—Como sea —murmuró Chris mientras pedía otra cerveza.



—Pensé que ya te estabas vistiendo como mujer.

Holly lucía impresionante vistiendo una sencilla sudadera con capucha negra. Solamente ella podría lucir así con cualquier ropa, y su acompañante, bueno, desafiaba el soporte del marco de la puerta donde se estaba apoyando. Jen parpadeó una vez antes de lanzarse a los brazos de su amiga.

—¿Qué hacen aquí? —dijo con la voz cargada de alegría, mirando al enorme hombre que la escoltaba.

—Está claro que te está costando una vida recuperar al hombre más fácil sobre la Tierra. —Axel sonrió de forma socarrona—. ¿Nos invitas a pasar o prefieres que hagamos un picnic en el pasillo?

Jen sonrió, despabilándose un poco para dejarlos pasar. Una vez dentro, Holly se soltó riendo, lanzándose sobre uno de los sofás.

—Mierda, Jenny, ésta es la casa de tus sueños —manifestó con una sonrisa. La joven asintió antes de traer la comida que había dejado en la cocina.

—A eso le llamo ser buena anfitriona —dijo Axel, apuntando a las cervezas—. Ahora explícanos ese golpe en tu cabeza y por qué no veo a Chris por aquí todavía. Ah... y tráeme un poco de patatas, ya que estás en la cocina...

Jen ignoró el hecho de haberse convertido en la sirvienta, y por el contrario se tocó la frente, había olvidado el golpe y se ruborizó. Después de hacer incluso palomitas, narró su historia como si estuviera contando una película, sin poder mentir sobre nada puesto que se le daba fatal. Entre tanto, sus amigos la escucharon con atención, aunque a Axel le costó más que un par de minutos superar que a Jen la arrestaran, y siguió riéndose incluso cuando contó cómo Chris la rechazó.

—Bueno —murmuró el *cosplayer*, limpiándose las lágrimas de risa de los ojos—, ya que lo amenazaste y él aceptó el reto al no pedirte que no lo hicieras, y... con lo que mi amigo ama los retos, mañana comenzaremos con el plan B. —Dicho eso arrastró una enorme maleta que Jen no había visto antes.

—No creo que Chris me acepte de regreso, Axel... —susurró Jen, mirando hacia el fuego de la chimenea—. Hoy lo vi con otra chica. Además, ¿quién querría estar conmigo? Soy sinónimo de calamidades, parece que atraigo la mala suerte, y además no me creyó cuando le dije que ya no quería a Nathan, no creo que funcione lo nuestro, de verdad no lo creo...

Holly frunció el ceño, acercándose a ella para pasarle un brazo por los hombros y abrazarla.

—¿Cuándo te has rendido con algo?

—Esta vez es diferente. Creo que hago mal acosando a las personas de la forma en la

que lo hago —murmuró, sintiendo un calor en las mejillas—. Es como si los obligara a estar conmigo, y realmente no está dando buenos resultados.

—Tú no te ves como en realidad eres, Jenny. Eres cariñosa, detallista y perseverante, nada de acosadora. —Sacudió la cabeza sonriendo—. Lo que debes hacer ahora es demostrarle a él y a ti misma que eres mucho más de lo que puedes ver.

—Quizás es muy pronto para intentar algo —suspiró—, quizás deba quedarme quieta un rato, dejar que las cosas se calmen, no sé.

—Más bien creo que así es la vida. Las relaciones son difíciles de cuando en cuando —comentó, mirando a Axel para después tomarlo de la mano—. Sé que soy una idiota a veces, Dios, si todo fuera tan fácil sería aburrido —aseguró Holly con una sonrisa.

—Pero ustedes se ven tan felices.

—Sabes mejor que nadie que siempre hay altas y bajas. De verdad creo que los que hacen esas películas de Hollywood deberían arder en la hoguera por crear situaciones tan irrealistas.

—¿Pero y la otra chica? Me parece que dejé pasar mucho tiempo —dijo, jugueteando con el borde del saco que Chris le había puesto, inconscientemente sonrió aunque se seguía sintiendo triste.

—Es en este momento, cuando las cosas entre ustedes están tan cambiantes y surrealistas, que debes luchar más por él. Abrázalo con fuerza, pelea por él con todo. ¿Te ves sin él? —Jen negó.

—La vida sin él... —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera hay una palabra para terminar esa sentencia.

—Holly y yo tenemos una idea para definir “pelear por él”. —Sonrió Axel—. ¿Estás dispuesta a tomar el reto?

Jen suspiró, el aroma de Chris la envolvió como una suave caricia. Era lo que necesitaba, esos brazos fuertes, ese aroma rodeándola, ojos de perverso mirándola, lo necesitaba a *él*... Sin embargo, y de la nada, la imagen de la zorra apareció en su mente, acariciando el cabello de Chris, sonriéndole, colgándose de su brazo. Y *no*, esa mujer solo sería una más en la lista. Jennifer Stanford se había topado con mujeres más voluptuosas que esa y salió ganando. Una nueva vitalidad la recorrió, sus ojos verdes centellando con energías renovadas.

—Sí, claro que estoy dispuesta.

...

Sin embargo, al lunes siguiente, Jen aún no podía creer que hubiera aceptado “tomar el reto” mientras estaba escondida detrás de unos arbustos, mirando cómo se desarrollaba el plan B.

—Señor oficial. —Holly agitó las manos para que el vigilante de la caseta de la empresa *Willson* la mirara—. ¿Cree que podría ayudarme?

El ajustado vestido rojo que su amiga se había puesto marcaba sus curvas, luciendo mortales en aquella prenda, y el cabello negro cayéndole en espesas ondas por la espalda,

le daba el aspecto de una diosa. Era hora de comenzar el plan de Axel, y Jen se sentía tan nerviosa que quería soltarse riendo. El *cosplayer* lo intuyó, porque le dio un codazo para nada amigable mientras seguían viendo lo que ocurría del otro lado de la acera.

—¿Qué fue lo que le ocurrió? —El vigilante se acercó, mirando la llanta de *Redish* totalmente desinflada.

—Creo que fue un tornillo, no lo sé. ¿Podría ayudarme a cambiar el neumático? —murmuró Holly en tono suave y seductor, incluso batió las pestañas. El vigilante parpadeó, visiblemente deslumbrado—. ¿Podrá? Tengo una cena importante y ya voy tarde...

—Oh, yo... bueno yo... sí, es decir —sacudió la cabeza—, por supuesto. ¿Me abre la cajuela?

—Esa es mi chica —murmuró Axel con una sonrisa orgullosa.

Al abrir la cajuela, un montón de ropa cayó sobre los pies del vigilante y de Holly.

—Oh, cuánto lo siento... —El guardia se inclinó mientras ayudaba a Holly a acomodar todo.

—Andando. —Axel la sujetó de la mano, y con sigilo atravesaron la calle para entrar en la caseta de vigilancia—. Estas son las cámaras que cubren el edificio —apuntó a las diversas pantallas—, ésta de aquí es la del elevador, entra al sistema y sácala de servicio en lo que busco las llaves del cuarto de aseo, no te tardes, no sé cuánto tiempo vaya Holly a poder entretener al guardia.

Axel salió de la misma forma silenciosa en la que llegaron, y unos pasos después se perdió en la oscuridad. Jen miró la computadora y por primera vez sintió miedo frente a ese aparato, tenía las manos temblorosas, pensó que en tantos años no iba a poder con una computadora.

—¿Qué es este cajón? —preguntó el guardia, haciendo que Jen diera un respingo.

—Oh, eso es... mi *sonido*, ¿puede tener cuidado con los cables? —pidió Holly. La joven sonrió, su amiga siempre se quejaba cuando subía el volumen de los bajos, alegando que la iba a dejar sorda, sin embargo recordaba para qué servía.

Sacudió la cabeza, concentrándose en la computadora e ingresó de inmediato al sistema, por suerte éste no era precisamente difícil. El panel de mando marcaba las diferentes secciones de la oficina, monitoreando cada área y cambiando cada diez minutos de escena, Jen accedió al mando de seguridad y configuró el sistema para que se saltara la imagen del elevador, por medio de una secuencia que duraría hasta que reiniciaran el servidor. Respirando profundo, dio “aceptar” finalizando la operación, esperando que todo saliera bien, o de lo contrario, nadie acudiría a ayudarles en esa zona.

—¿Listo, *mascota*?

—Oh, ¡mierda! —gritó Jen aterrada, girándose hacia Axel.

—*Shh*, guarda silencio y ahora sígueme, el vigilante ya casi termina de cambiar la llanta. —Axel la condujo hacia un cuarto donde guardaban todas las cosas del aseo—. Te esperaré aquí afuera, no te tardes.

Extendió hacia ella la maleta con el uniforme para disfrazarse, y acto seguido la

empujó dentro cerrando la puerta. Estando en ese pequeño cuarto a Jen le dio un poco de miedo, pero sintiendo una extraña adrenalina comenzó a disfrazarse. Todo esto de jugar a James Bond la estaba poniendo... *en sintonía* para lo que pensaba hacer. Sin embargo, luego que se vio en el uniforme, se imaginó que apenas la viera, Chris saldría corriendo otra vez y no habría forma de detenerlo, por lo que modificó un... *poquito* su personaje. Al finalizar, tomó un carrito y lo llenó de cosas con las que pensaba entrar fingiendo ser una encargada de aseo.

—Estoy lista, Axel —dijo, empujando el carrito de aseo y saliendo del cuarto. Él estaba mirando a Holly a la distancia y se giró para verla, sin embargo, apenas la vio abrió los ojos como platos y luego comenzó a convulsionarse o... ¿se estaba queriendo reír?

—Santa madre de Dios —exclamó al fin el *cosplayer* entre dientes.

—¿Crees que me veo bien? —preguntó, dándose una vuelta de forma lenta.

—Eh, yo... bueno —tosió—, sí. Vámonos ya, Chris está por salir, y ya imagino su cara cuando te vea.



Después de celebrar en la oficina el contrato cerrado con los arquitectos, Owen anunció una cena donde invitaría a todos los ejecutivos, y se llevaría a cabo en una de las terrazas que tenían para eventos, el mes siguiente.

—¿Ya nos vamos o piensas dormir aquí?

La voz de Britany venía desde la puerta, estaba en el umbral con una sonrisa dibujada en sus labios. Chris sonrió de vuelta, agradeciendo que las cosas, al parecer, siguieran como siempre.

—No, vámonos.

Terminó de recoger sus cosas y se encaminó junto con ella hacia el elevador, pero casi llegando a éste, frunció el ceño al ver a una viejecita todavía haciendo el aseo a estas horas. Llevaba el típico uniforme azul de falda larga hasta las rodillas y camisa, calcetas de abuelita y zapatos sin tacón. Se encontraba limpiando los pisos, ligeramente encorvada, por lo que se le notaba más su pequeña joroba, seguro era resultado de los años y del cansancio. Su cabello casi blanco recogido en un moño apenas se apreciaba bajo la gorra de la compañía de aseo que tenía puesta.

—¿Aún le falta mucho? —preguntó en voz baja y educada acercándose a ella, no había cosa que odiara más que ver a los viejitos trabajando y hasta tan tarde.

Él haría todo por Elena y Mateo antes de tener que verlos todavía trabajando, peor aún, hasta altas horas de la noche.

—No, yo... de hecho voy a la planta baja... ¿van a tomar el elevador? —indagó la viejecita mirando siempre al suelo, dio un par de pasos hacia ellos, pero de pronto tropezó, y la cubeta de agua que cargaba se derramó directamente sobre el impecable vestido rosa de Britany, Chris se apresuró a sostener a la señora para que no se cayera—. Cuánto lo siento, yo... lo siento mucho... —lamentó con pena, pero Chris creyó ver una sonrisa en

sus labios.

—No se preocupe. —Britany suspiró—. Iré al tocador...

—¿Te molesta si te espero abajo? —Chris miró el reloj, ya era tarde y apenas alcanzaría el autobús.

—No, para nada... estaré bien —aseguró la chica, limpiándose un poco el agua.

—Muy bien, entonces nos vemos abajo.

—Joven, yo también voy a la primera planta, ¿puedo subir con usted? —La viejecita caminó hacia él.

—Oh, por supuesto. —Chris se apresuró a mantener las puertas abiertas para que la señora entrara, ella caminaba muy despacio mientras empujaba lo que quedaba de agua en el carrito.

Mientras bajaban los pisos en silencio, Chris venía perdido en pensamientos entre la empresa y... *personas indeseables*. Ahora incluso hasta percibía el olor de frutas en el ambiente, sin duda se estaba volviendo loco y de seguro... un fuerte rechinado retumbó en el pequeño espacio, y el elevador se detuvo abruptamente, haciendo que el joven se tambaleara en su lugar.

—¿Q-Qué fue eso? —inquirió con la voz cargada de nerviosismo.

La viejecita se giró para mirarlo, había puesto una llave en el panel de pisos que detuvo la marcha del elevador. El agua en el bote que llevaba se movió de un lado a otro derramándose un poco.

—Detuve el elevador —aseguró en un tono extraño. Chris palideció en ese mismo momento.

—¿P-Por qué hizo eso? Por favor póngalo en marcha, necesito salir de aquí...

—Solo serán unos segundos, tengo que limpiar el espejo.

La viejecita tomó con paciencia algunos artículos de limpieza del carrito, con el aspersor comenzó a rociar agua, primero en el espejo y luego sobre la cámara de seguridad ubicada en la esquina derecha. Chris comenzó a ponerse más y más nervioso, cerró los ojos y respiró hondo. No estaban encerrados, la señora solo estaba limpiando, no iba a gritarle puesto que era una adulta mayor, *no iba a desesperarse, no-iba-a-morir-aplastado...*

—¿Se encuentra bien? Luce muy pálido.

—Solo dese prisa —pidió Chris de la forma más educada que pudo, al tiempo que se pellizcaba el puente de la nariz.

Estaba tomando bocanadas cortas de aire cuando sintió que unas cálidas manos le recorrían el pecho, haciéndolo dar un respingo y literalmente atragantarse al quedar acorralado contra la pared. Abrumado, abrió los ojos y casi gritó de terror cuando vio que la viejecita introducía las manos dentro de su saco y le acariciaba con premura los costados.

—¿Q-Qué está haciendo? —medio jadeó.

Estaba totalmente aterrado por estar encerrado en el puto elevador, y la viejecita... ¿lo estaba acariciando? *Mierda*, de todas las cosas raras que había visto, sin duda esto era lo más enfermo que le pudiera pasar nunca en la vida.

—Te lo pedí por las buenas, Chris —susurró sin mirarlo, tirando de su corbata—. No vas a irte con la zorra. —El joven oficialmente estaba hiperventilando, no estaba seguro de estarla escuchando bien. Solo estaba preocupado por sostenerse en sus piernas ahora de gelatina. Miró a la viejecita, lucía tan pequeña y tan débil, no podía simplemente empujarla, por lo que la sujetó delicadamente.

—Por favor, no haga esto... —pidió con voz entrecortada—, *podría ser su nieto*. —Un escalofrío lo recorrió con el mero pensamiento—. Además, tengo que salir de aquí, de inmediato... —Pero ella pareció no escucharlo mientras forcejeaban.

—¿O te desmayarás? —Ya le había quitado la corbata y ahora estaba desabrochándole los primeros botones de la camisa.

—Esto es lo más bizarro que me ha pasado en la *pu... vida*, por favor. —Comenzaron a forcejear de nuevo—. ¿Quiere dejar de desnudarme? —inquirió, sujetándole las manos.

—¿Por qué? ¿Quieres hacerlo tú mismo? —Chris boqueó, no podía creerlo, además algo más extraño estaba pasando, el cabello de la viejita se movía de forma rara, como si no estuviera sujeto a su cráneo, y ver eso lo estaba asustando hasta el infierno.

En ese segundo, la viejecita elevó la mirada y sus ojos se encontraron. Unos enormes ojos verdes se clavaron en él, y al instante una corriente eléctrica lo atravesó de pies a cabeza, y *oficialmente* estaba jodido. Más bien estaba enfermo, se había vuelto loco en algún momento entre las fantasías y la realidad, sin duda iría a ver a un psiquiatra porque no era posible, en ningún universo paralelo ni alternativo, que esa viejecita hubiera desencadenado esa reacción en su cuerpo. Era un maldito degenerado, un perverso, y justo cuando pensó que necesitaba ya una camisa de fuerza, la señora del aseo se llevó las manos a la cabeza, y después de unos movimientos bruscos en su cabello, se quitó... ¿la peluca?, dejando que una larga cabellera caoba cubriera sus hombros. Inmediatamente después, comenzó a jalarse los cachetes, *¡se estaba arrancando la piel!* La respiración se le desbocó, estaba encerrado con la protagonista de *Posesión infernal*, pero cuando terminó...

—*Putá mierda...* —susurró Chris, entre aliviado, desconcertado y... *aterrado*.

Dejó de sentir las piernas, por lo que se apoyó contra la pared, deslizándose hacia el suelo torpemente. El aire se escapó de sus pulmones, pero no pudo dejar de mirarla. Jennifer estaba desabrochándose el uniforme, desabotonando con deliberada lentitud los botones de la camisa y luego, palpándose la espalda, sacó una almohada que simulaba la joroba. Dejó caer primero la camisa y después la falda, quedando tan solo en unos zapatos sin tacón, unas calcetas horribles, pero las bragas... Dios mío, las bragas; de encaje negro, se ataban a los lados de sus caderas por medio de unos listones, y el sostén a juego la hacía lucir como un hermoso ángel... o un demonio.

Un atisbo de sonrisa curvó los labios de Jen mientras lo miraba y se inclinaba hasta quedar a su altura.

—¿Te gusta? —ronroneó, con las mejillas arrojadas.

—¿Qué... clase de pregunta de mierda es esa? —jadeó mirándola, por supuesto que le encantaba, pero ella no tenía por qué saberlo, además, acaso... ¿*estaba loca?*—. ¿Estás loca? No puedes detener el elevador, te están grabando... —La realidad golpeó como un ciclón sobre su mente—. Oh no, no, *no*, mierda. ¡*Te están grabando!* ¡Cúbrete!

Oh Dios, pensar que alguien más viera sus curvas, su cuerpo delicado y suave como la porcelana... Si tuviera fuerzas, se levantaría y la cubriría inmediatamente con su saco, la sacaría de ahí, y luego le daría unas buenas nalgadas por semejante atrevimiento... ¿Quién le habría dado la llave? ¿Sabría cómo volver a poner en funcionamiento el elevador?

—Nadie me está grabando. Rocié la cámara con agua.

«*Por supuesto que no va a saber cómo volver a poner en funcionamiento el elevador, y además, ¡rocié la cámara con agua!*». Chris respiró profundamente tratando de no perder la visión.

—Quiero tener una fantasía contigo aquí y ahora. No dejaré que te vayas con la zorra esa.

«*Nadie vendrá a buscarnos y quizás tendremos que pasar la noche en el elevador, dentro de estas cuatro paredes, sin-poder-salir, ¡sin poder salir!, sinpodersalir...!*». Chris elevó la mirada hacia la ahora imagen distorsionada de Jen.

—¿*Csi?* ¿*Tentras bren, qurete urre?* —Una cálida mano le acarició la mejilla—. ¡*Fistopher!*

El oxígeno ya no llegaba bien a su cerebro, el cuarto se cerraba a pasos agigantados sobre él. La piel empezó a escocerle, quería arañar las paredes para poder huir cuanto antes de ahí, pero se sentía tan mareado que desmayarse era lo más próximo que podía hacer. En eso, la imagen distorsionada de Jen se colocó a horcajadas sobre él al tiempo que sentía ¿agua?, sobre su rostro. Demasiada agua. Se incorporó un poco, tosiendo.

—Escúchame bien, Chris. —Lo cacheteó—. No te vas a desmayar, ni tampoco vas correr como *Forrest*. No hice tanto esfuerzo para que pases al mundo de los sueños.

El joven tomó aire a grandes bocanadas, su mente aún se encontraba desorientada, zumbando, y no podía enfocar bien la vista, Jen volvió a lanzar agua sobre su rostro, haciendo que le entrara incluso por la nariz.

—¡Basta ya! —gritó, secándose—. Creo que ya estoy mejor, *deja* de hacer eso —dijo, sujetándole las manos—. ¿Esa agua es con la que estabas limpiando? —inquirió, mirando el bote con asco.

Ella sonrió, haciéndolo enfurecer.

—Sí, *delicaducho*.

—Jen, eres totalmente absurda —espetó con frialdad.

Ella clavó sus insolentes ojos verdes en él y comenzaron a mirarse con odio. Definitivamente era una desvergonzada, estaba listo para lanzarle una y diez mil maldiciones para ponerla en su lugar, cuando sintió que su pene se removía en donde estaba. Chris parpadeó confundido, desviando los ojos ligeramente hacia su traidor *amigo*,

pero primero se topó con los suaves y llenos pechos de Jen, para después observar que estaba a horcajadas sobre él. Ella siguió el movimiento de sus ojos y se balanceó sobre él con descaro, haciendo que sus sexos entraran en contacto, lo que le produjo una combustión que resultó espontánea, ya que tuvo una erección casi en ese mismo instante. *Putamadre.*

«¿Así que quieres jugar rudo?», pensó al tiempo que le regalaba una sonrisa torcida. Nada le gustaba más que los retos, y Jen siempre lo retaba. Rodeando su cintura con el brazo, la mantuvo firmemente contra su pecho y luego empujó las caderas hacia arriba, haciéndola gritar asustada y un tanto indignada. Ella encajaba perfecto con él, cosa que nunca había sentido con ninguna otra mujer, ni siquiera con Evelyn. Era como si Jen estuviera diseñada para él, su inocencia le despertaba un maldito lado cavernícola, cuando lo miraba de esa manera, justo como lo estaba haciendo ahora, sentía que podía ver todo a través de él, y cuando se quejaba, elevaba su deseo de poseerla hasta el cielo... Chris suspiró, de nuevo estaba cayendo en ese extraño y estúpido juego con ella.

Había más de mil razones en su manual de “por qué no volver con Jennifer”. Así que, tratando de controlarse, desvió la mirada de esos ojos verdes que brillaban con un atisbo de lujuria, e inmediatamente después, se encontró con un muro a la derecha... y otro a la izquierda... *rodeado*, estaba atrapado. Un cosquilleo de ansiedad le subió por la espalda en forma de sudor frío. Respiró hondo. Tenía que distraerse para no desmayarse, para no permitir que la claustrofobia lo dominara, entendió que no podía pensar en nada más. No perdería más tiempo hablando de sus vidas, ni sobre lo que estaba pasando entre ellos. Eso podía esperar para otro día, simplemente no podía ponerse a hablar sobre ello en este lugar o momento. Comenzó a pensar con el pene, y a su pene no le importaba otra cosa, se trataba solo de gustos sencillos y necesidades básicas.

Lo único que quería era cogérsela.

Chris dejó que sus instintos se apoderaran de él mientras tiraba de las delicadas bragas que se deshicieron con facilidad en sus manos. Esos listones habían resultado muy útiles. Jen soltó un grito indignado, pero asombrosamente, comenzó a desabrocharle los pantalones, tirando de ellos hacia abajo. *Mierda*, su olor lo envolvió como si estuviera en un trance, de manera que en todo en lo que podía pensar era en estrellar sus labios mientras se enterraba en ella lo más pronto posible. Como poseído, se acomodó en la entrada de su estrecho calor, tiró de su cabello para besarla, solo que al final... no lo hizo.

A tan solo unos centímetros de sus labios, se quedó mirándola fijamente. Ella estaba ruborizada por la excitación, con los ojos cargados de lujuria y, en ese momento, Chris supo que nunca había visto a una mujer más hermosa, también se dio cuenta que nunca había deseado a nadie de esta manera, tan equivocada, tan necesitada como el propio aire.



Chris la tenía totalmente inmovilizada, con un brazo rodeando posesivamente su cintura y con la otra mano sosteniéndole la nuca, su aliento mentolado bañándole el rostro con su dura respiración. En sus oscurecidos orbes, la duda instalada. No de la manera en la que un hombre dudaría sobre cómo besar a una mujer, estaba vacilando como si estuviera

frente a un acantilado. Jen lo entendía, ella misma había pasado por ahí antes.

Sin embargo, el aroma de Chris, fresco y limpio mezclado con esa loción particular y su propia esencia, le ofuscó el cerebro y, por un momento, ni siquiera recordó en dónde estaba. Su sexo latía vergonzosamente contra la erección del castaño y no veía la hora de sentirlo dentro. Parpadeó varias veces tratando de concentrarse. Tenía que hacerlo volver, Chris-era-suyo. Así que se acercó más a él, y lentamente le rodeó el cuello con sus pequeños brazos, y con suavidad presionó sus labios con los de él. Pero a diferencia de lo que Jen pensaba, la respuesta del castaño no fue algo para lo que estuviera preparada.

Chris le devolvió el beso con un jadeo violento, removiéndose bajo ella de forma que, sin previo aviso, se enterró en ella hasta lo más profundo. La unión fue intensa, haciéndolos gemir a ambos, y luego todo se sintió perfecto mientras volvían a encajar como un rompecabezas. Jen se arqueó ante la invasión, sintiéndose completa, deseando todo de él, le enterró las manos en el cabello, su sangre hervía bajo su piel, estaba a punto de hacer erupción. Necesitaba que se moviera, que la hiciera suya y... Solo hasta ese momento se dio cuenta que él no se movía, tenía la mandíbula apretada, los ojos clavados en ella como si estuviera sufriendo.

—Maldita sea, Jennifer —siseó entre dientes, la mano en su nuca, tirando de su cabello con la presión justa entre lo erótico y lo doloroso—. Eres mi perdición, te lo juro que lo eres.

—Y tú la mía —jadeó—, así que estamos a mano.

—No —sacudió la cabeza—, no lo entiendes —contradijo con la voz ronca.

—Ni tú, no necesitamos entender nada, Chris.

Jen no permitiría que él comenzara a cuestionarse todo, por lo que comenzó a moverse. Después de todo ella tenía el control, así que comenzó a montarlo con verdadera decisión, haciendo que incluso cerrara los ojos jadeando de placer. Jen plantó las rodillas con firmeza en el suelo, subiendo y bajando por su grueso miembro, una y otra vez. Le enterró las uñas en el pecho, arañándolo como si de esa forma pudiera marcarlo, después le lamió el cuello hasta llegar a su boca para besarlo con decisión, pero como siempre, fue él quien la dejó sin aliento. Tomando el mando y explorando con lengua y dientes cada rincón de su boca. *Dios*, como lo había extrañado.

Christopher elevaba las caderas cada vez que Jen descendía por su erección, provocando que la penetración fuera más profunda, aquello se sentía increíble, para nada doloroso como con Nathan. Con un jadeo, él enterró el rostro en sus muy sensibles pechos, donde dejó besos húmedos para después introducirse un pezón a la boca. Extasiada entre la bruma del placer, Jen se mordió el labio al recordar que a Chris le gustaba hablarle sucio, solo que ahora no lo estaba haciendo, quizás estaba conteniéndose, quizás estaba pensando en otra cosa... ¿y si fuera en la zorra? *Mierda*, tan pronto como le llegó el pensamiento, abrió los ojos crispada. Una ola de posesión la dejó sin aliento y, enfurecida, tiró con fuerza de su cabello, haciéndolo sisear.

—¿Acaso pretendes arrancarme el cabello? —gruñó Chris, dándole un azote en el trasero.

—¿Te gusta sentirme de esta manera? —jadeó mirándolo con ojos encendidos—.

¿Sentir cómo me contraigo sobre tu grueso amiguito? —Él parpadeó, asintiendo con torpeza—. ¿Te gusta cómo bailo de forma moderna sobre ti? —preguntó en voz sensual. Él la miró con el ceño fruncido, parecía haberse quedado mudo. Jen recordó en ese momento qué canción quería bailar sobre Chris, así que comenzó a cantar—: *I'm gonna take you to the edge tonight, I'll show you how. So will come with me tonight, oh, oh...*

Jen subió los brazos y comenzó a mover las caderas como si estuviera bailando sobre él la canción de Ricky Martin. Cantando una y otra vez se deslizó de arriba abajo al tiempo que movía los brazos sin dejar de tararear, sus pechos bamboleando sobre el rostro de Chris.

—*Come with me tonight oh, oh, oh, come with me tonight...* —Perdida como estaba en su danza, se asustó cuando él le sujetó las nalgas, clavándose con fuerza dentro de ella, haciéndola detenerse con un largo y pronunciado gemido.

—Estás loca, Jennifer —resopló, sus ojos casi negros mirándola llenos de deseo—. Supongo que yo también, porque tus ridículos bailes me tienen a punto, tu maldito sexo ha sido mi perdición desde siempre. —Tenía la voz áspera mientras le sujetaba las caderas impulsándola, obligándole a moverse más deprisa—. Por supuesto que me voy *a venir contigo* esta noche —susurró, para después mordisquearle el lóbulo de la oreja.

La acercó de nuevo a su boca y comenzó a devorarla como solo él sabía; incapaz de controlarse, Jen llevó las manos a su cabello para tirar de él con fuerza. Sus labios, su calor, sus fuertes brazos... Chris estaba empujando cada vez más rápido y más duro, pero cuando llevó el pulgar a su clítoris, Jen supo que quería acabar con ella, pulverizarla, porque sin duda la estimuló hasta hacerla perder la conciencia, su cuerpo temblaba de placer y no creía poder aguantar ni un segundo más, gimiendo, rogó para que Chris la acompañara en ese mismo momento, como último recurso se cerró en torno a su erección con todas sus fuerzas.

—Vamos, Chris —gimió.

—*Oh, mierda...* —siseó, y sí, sus convulsiones, más el resto de maldiciones que soltó, la hicieron sonreír, *lo había logrado*.



Chris de verdad quería dejar de jadear como un perro sin aliento.

Estaba agitado, sudoroso, mojado y tenía la cara enterrada en el cuello de Jennifer. Sin siquiera darse cuenta, deslizaba las manos una y otra vez por aquella pequeña y delicada espalda, presionándola contra su pecho, como si quisiera fundirse en ella. El olor de su loción era más fuerte justo ahí, y se permitió permanecer enterrado un par de segundos más en su piel. Disfrutando a su vez de los dedos de la chica dentro de su cabello mientras lo acariciaba con una ternura asombrosa. De hecho, esta intimidad que estaban teniendo resultaba desconcertante y nueva.

La quería y no la quería, ese sentimiento tan contradictorio que nuevamente comenzaba a luchar en su interior. De pronto Jen se removió entre sus brazos, tirando de su cabello de forma que sus ojos se encontraran, lucía preciosa con el cabello en la cara, la

frente perlada y las mejillas rojas, inesperadamente ella se inclinó a su rostro y le dio un suave beso en los labios antes de estirar la mano, moviendo la llave en el panel de mando. El elevador comenzó a descender rápidamente, así como la temperatura en aquel lugar.

Chris se quedó atónito, casi incapaz de hablar, pero encontrando su voz conforme descendían los pisos.

—¿Qué mierda te pasa?! —gritó exasperado—. ¡Estamos desnudos, detén esto inmediatamente, Jennifer! —Ella parpadeó confundida, sus ojos de pronto se abrieron de par en par, recordando claramente dónde estaban.

—¡Lo siento! —Giró la llave logrando que el elevador se detuviera con un fuerte estruendo—. Tan solo quería que saliéramos.

El castaño se puso lívido. ¿Qué había sido ese crujido? Jen se levantó e inmediatamente comenzó a cambiarse, pero él estaba hecho una piedra. ¿Y si el elevador ya no servía? ¿Y si se habían quedado a la mitad, entre un pasillo y otro? Jadeando, buscó a Jen con la mirada, la observó vistiéndose a toda velocidad, incluso la vio cuando giró la llave otra vez. El elevador comenzó a bajar, lo que le indicó a Chris que la chica sencillamente no estaba poniendo atención en él, pero a su vez el hecho de que el elevador funcionara le despabiló el cerebro. Tenía que vestirse a toda velocidad, se puso de pie y se estaba terminando de abrochar los pantalones cuando las puertas se abrieron.

Frente a él, apareció el rostro asustado de Britany. A su lado estaba el vigilante de la empresa. Ambos fruncieron el ceño al verlos, pero después la chica corrió a su encuentro. Chris miró asustado a Jen, pero se sintió aliviado al ver que ella de nuevo estaba en su papel de viejita, una viejita por cierto para-nada-dulce. Sus ojos verdes brillando con furia clavados en ¿Britany? Incapaz de entender lo que esa loca pensaba, se dispuso a salir, pero ella se adelantó empujando lentamente el carrito al encuentro de su amiga. Sus pies nunca se cruzaron cuando lanzó el bote con lo que quedaba de agua sobre ella. Christopher abrió la boca de par en par, Britany gritó al quedar empapada, el oficial se apresuró a ayudarla mientras una sonrisa malévola se dibujaba en los labios de Jen.

—Oh —gimió, tomando rápidamente un trapo del carrito—, cuánto lo siento, permítame... —Se acercó a una confundida Britany y comenzó a pasarle el trapo sucio por toda la cara.

—No, no por favor —jadeó Britany, caminando hacia atrás, pero por el exceso de agua se resbaló.

Su trasero aterrizó con fuerza en el suelo y de nuevo el guardia estaba ahí intentando ayudarla a ponerse en pie. Cualquiera hubiera visto cómo “la viejita” se había deslizado sin dificultad por el piso mojado, sin embargo, los únicos espectadores estaban ocupados. Chris estaba asombrado con Jennifer, más aún cuando la vio guiñarle el ojo. ¿Acaso quería matarla? Enfurecido, caminó hacia su amiga y la ayudó a secarse, para después quitarse el abrigo y ponérselo sobre los hombros con delicadeza.

—¿Te encuentras bien? —dijo, retirándole el cabello de la cara.

—¿Qué te pasó a ti? ¿Qué ocurrió con el elevador? —murmuró, mirándolo de arriba abajo, Chris se quedó paralizado, tenía la camisa un tanto desabrochada y ya no llevaba corbata.

—Dejó de funcionar —aseguró Jen, su voz por un momento no fue la de una viejecita, por el contrario sonó furiosa.

—¿Y usted quién es? —El vigilante reparó en ella frunciendo el ceño, Chris vio que Jen se ponía rígida, de nuevo estaba teniendo problemas con la policía. No permitiría que la llevaran detenida, así que decidió salir a su rescate.

—Es la señora... *Walker* —dijo con una petulante sonrisa recordando su apellido de casada, ella abrió los ojos como platos—. Y ya se iba.

—¿Nos vamos también nosotros? Tengo frío —chilló Britany.

—Por supuesto, ¿estás bien? —Ella asintió—. Vámonos entonces.

Miró al frente, donde Jen apretaba con fuerza entre sus manos el trapo, sus ojos lucían llenos de un dolor tan profundo, de una rabia tan fuerte, que incluso a Chris le dolió el corazón. Odiaba hacerle esto. Nunca se vengaría de ella de esa manera, nunca la haría pasar por el dolor que él sintió cuando se fue junto con su marido, sin embargo, de momento no había nada que hacer. Jen pasó a su lado sin mirarle ni una sola vez y continuó caminando hasta la puerta principal. Saliendo, de nuevo estaba lloviznando, por lo que él y su compañera se apresuraron hacia el Mazda de Britany, un lujoso auto compacto y bien equipado.

—Ya es tarde para que andes en el autobús, te llevaré a casa.

—¿Estás segura? —inquirió Chris, tratando de no verse muy abusivo por desviarla de su casa a esas horas de la noche.

—Por supuesto, solo conduce tú.

En el camino, Chris le explicó que su aspecto se debía a que los lugares cerrados lo ponían nervioso y se había sentido acalorado. No explicó lo de la claustrofobia, mucho menos lo del sexo con una ancianita.

—¿No tienes hambre? —curioseó Britany en cuanto se detuvieron fuera de su departamento.

—No, yo... —Iba a contestar cuando distinguió una figura familiar sentada en los escalones—. Creo que tengo visitas, ¿nos vemos mañana?

Con un suspiro, Britany asintió. Chris se bajó con prisa, pero conforme caminaba a su departamento, fue cauteloso hasta estar seguro que era... quien creía que era.

—¿Axel?

—¿Hasta qué puta hora trabajas? —comentó su amigo malhumorado, su chaqueta estaba casi empapada—. Pensé que los horarios de oficina eran más accesibles que los de *Cosplay* —refunfuñó mientras se ponía de pie.

—Tuve un contratiempo, mierda, lo siento, Axel, si me hubieras llamado...

La luz de la sala bañó inmediatamente su pequeño departamento mientras entraban, no era ni la mitad de lujoso que el que compartía con su amigo en Miami, pero como siempre, fiel a su orgullo, Chris no aceptaba dinero de su papá más que lo que le correspondía como sueldo.

—Te traeré unas toallas. —Se apresuró a traerle las cosas a Axel y sonrió cuando lo encontró aún en la entrada.

—Temo mojarte las cosas, sé lo quisquilloso que eres ante el desorden. —Chris le aventó las toallas en la cara, haciéndolo reír—. ¿Qué? No puedes negar que eres un afeminado.

—¿Y qué te trae por aquí? No puedo creer que vinieras.

—Bueno... —suspiró al tiempo que se secaba aquel rizado cabello—. Tuve una fuerte discusión con Holly, estoy harto de todo... estaba desesperado y decidí que necesitaba unas vacaciones. ¿Te molesta si paso unos días aquí?

—Para nada —sonrió—. Te dije que te tendría una habitación, pero en realidad no me he recuperado del todo, por lo de... ya sabes. —Se encogió de hombros tratando de restarle importancia.

—¿Jen?

El recuerdo de la joven haciéndole involuntaria, o quizás voluntariamente, un stripteis lo asaltó y se tuvo que aclarar la garganta.

—Sí, hablando de ella... —Se pasó las manos por el cabello—. Dios, han pasado tantas cosas, ¿quieres una cerveza? —cuestionó Chris ya de camino a la cocina.

—Claro, solo me cambiaré...

Media hora después, Chris había contado toda la historia que, sin saber, Axel ya conocía, pero omitió algunos detalles sin trascendencia, cosas de lo más casuales como que había tenido una fantasía de lo más erótica en el ascensor, tan solo recordar las nuevas curvas de Jennifer, o la manera en la que lo miraba mientras descendía una y otra vez sobre su pene le hacía hervir la sangre. Carraspeó un poco, reajustándose bajo la mesa, mierda. Detestaba a su estúpido pene sin orgullo.

—Esas mujeres están locas —aseguró Axel, comiendo palomitas que había hecho Chris—. Yo digo que necesitamos olvidarlas de una vez por todas, ¿te acuerdas de Ashley?

—¿Qué tiene? —preguntó, dando un sorbo a su cerveza.

—Me comentó de un lugar aquí en Denver, de sadomasoquismo —comentó Axel, sus ojos brillando maliciosamente hicieron que Chris elevara las cejas—. No me malinterpretes, sé que no te gusta, pero... ¿no te molesta ser dom, o sí? —Chris se encogió de hombros en un gesto despreocupado, en realidad no le molestaba—. Estoy muriéndome por dominar a una mujer, lo ne-ce-si-to. Estoy hasta la madre de sentirme como Holly me hace sentir, tengo esta necesidad de tener el control sobre algo... ¿Vamos mañana?

Chris suspiró, jugueteando con la botella. La necesidad de controlar las cosas sonaba muy bien, precisamente su vida estaba totalmente fuera de control, y el hecho de que Jennifer estuviera aquí lo hacía perder la cordura, el control, ponía de cabeza todo su mundo... Bueno, también el de los demás. Dominar a una mujer siempre le dejaba un sabor de poderío que con ninguna otra cosa obtenía. Se trataba solo de una fantasía, estaba claro que en un club de ese tipo las cosas eran doblemente fuertes y en serio, pero Chris

sabía llevar eso a cabo. Como *cosplayer* tuvo que practicar eso a la perfección.

—Me parece bien —aceptó después de un par de minutos. La sonrisa de Axel fue tan grande que Chris frunció los labios—. Pareciera que te dije que aceptaba ser *tu* sumiso —bromeó riéndose.

—Solo pensé que quizás te negarías —indicó.

—No hiciste un viaje solo para recibir negativas mías, ¿o sí? Yo también necesito un descanso.

Capítulo Veintiuno

—¡Despierta de una puta vez, Jenny, o te juro que te dejo caer el agua encima!

Jen gimió, tapándose el rostro con la corbata de Chris. A este paso lograría robarle el traje completo. Cerró los ojos con fuerza, sentirse cansada era poco, más bien lo que le sigue. Había pasado toda la noche en vela atormentándose con el rostro de ese traidor al lado de Britany, la forma en la que la rodeaba con sus grandes brazos, o cómo ella le sonreía cual estúpida enamorada, y lo peor, ver cómo se largaban juntos. Esa complicidad que los unía... *¿Le habría dado ya su empanada?*

—¿A quién? —El colchón se hundió cuando Holly se sentó al borde de la cama, haciéndola bufar al darse cuenta de que de nuevo estaba hablando en voz alta—. Pensé que te había quedado claro lo que te dije ayer. Esa mujer *no* es lo que Chris quiere, si no, créeme que no habrían hecho nada en el ascensor. Te quiere a ti, tontita.

—Pero es que... la odio, Holly. —Se sentó quedando de cualquier forma hundida entre las cobijas y las almohadas—. Esa... cara de pato se abrazó a Chris y se lo llevó en un auto. Ve tú a saber cuántas cochinadas habrán hecho, eso me pasa por ser tan remilgada, seguro que ella le da todo lo que él necesita, sin mencionar que tiene un cuerpo de infarto —suspiró—, en cambio yo... —gimió, al tiempo que retiraba las cobijas—, cada día tengo algo más que una pancita cervecera y las lonjas se me están saliendo de las manos...

—Te dije que hicieras ejercicio —apuntó con una petulante sonrisa antes de inclinarse hacia algo que llamó su atención bajo la cama. Jen se mordió el labio, conocedora de qué iba a encontrar su amiga ahí, por lo que no se sorprendió cuando Holly emergió con rostro sombrío, lanzándole una caja de donas a la cara.

—¡Estás comiendo como una loca, Jenny! —la regañó—. Tienes que hacer algo por tu condición a partir de ya, sabes bien que no estaré aquí siempre para decirte lo que ya sabes que tienes que hacer.

—No me regañes —refunfuñó con una vocecilla.

—Levántate, es hora de que nos arreglemos. Apenas y nos queda tiempo para comer y para comenzar con el cambio, te llevaré a una sesión de... —La miró de arriba abajo antes de suspirar de forma cansina—. De todo, nena. Mira nada más esos círculos morados bajo tu rostro, ¡Dios, pareces un muerto! Necesitamos que le den la forma adecuada a ese estropajo de cabello que tienes y que te arreglen las uñas y...

Jen suspiró ante el espantoso día que tenía por delante, por un lado seguía furiosa al saber que Chris aceptó ir a ese club, eso solo la atormentaba más. Parecía deseoso de sacársela de la mente y solo Dios sabría con cuántas mujeres se había metido desde que se separaron, el puro pensamiento la hacía querer vomitar, pero aun así, se juró a sí misma que iba a recuperarlo.



Chris dejó que el olor a tabaco y sexo del *Skins* lo embriagara.

A lo largo de su vida había asistido a un par de locales como éste. Al trabajar en *Cosplay*, era necesario ir a todo tipo de lugares para perfeccionar su papel en las fantasías. Algo de lo que nunca se había sentido orgulloso. Ahora, recordando esos días, se dio cuenta de que había perdido más que su alma, convirtiéndose en algo así como un monstruo. No le importaban una mierda las mujeres, no quería nada más que su dinero, y siempre entraba en modo automático cuando comenzaba con un personaje, hasta que conoció a cierta... *acosadora*, que lo volvió literalmente loco.

Pero bueno, sacudiendo la cabeza para evitar pensar en eso, se enfocó en el presente. Esta vez estaba aquí porque realmente quería, no estaba trabajando, y sin duda, necesitaba urgentemente ponerse a pensar en otra cosa... de preferencia en otra mujer. Estaba más que molesto consigo mismo por haber rechazado tajantemente a Britany, para en un abrir y cerrar de ojos haberse acostado con Jen. Además, más bien ella se había acostado con él, estaba claro que podía hacer lo que quisiera con él, y la conclusión de eso lo hizo sentirse más furioso. No estaba acostumbrado a perder el control con nada, y mucho menos tratándose de sexo.

El sonido rock resultaba estridente, pero después de todo, nadie querría estar solamente oyendo gemidos o gritos. *Skins* lucía como si estuvieran en una especie de jungla negra, con árboles y lianas. El suelo era de piedra, y en las esquinas había jaulas montadas en el techo con mujeres dentro, que solamente vestían sostenes de cuero y tangas del mismo material, algunas esposadas, otras amordazadas, y un par se movía de forma salvaje una contra la otra, montando una escena lésbica de lo más caliente.

Axel decidió que se sentarían cerca de la barra de bebidas, y mientras pedía qué tomar, Chris aprovechó para recorrer con la mirada el lugar. Poco después encontró una chica de cabello oscuro, ella lo miró a su vez, sonriéndole discretamente antes de bajar la mirada a sus manos. Chris sonrió torcidamente. Sí, esa chica se veía justo como lo que estaba buscando, era de hecho todo lo que pudiera estar buscando. Se puso de pie para ir con ella, pero al verlo marcharse, Axel tiró con fuerza de su brazo.

—Mira esas otras chicas de allá —gritó por encima del ruido—. ¿Vamos? Me gusta la de cabello oscuro.

Chris aguzó la vista, en el fondo dos chicas estaban conversando solas. La mujer era justo como le gustaban a su amigo: muy alta y exuberante, de curvas pronunciadas. Axel decía que necesitaba ese tipo de chicas para asegurarse de que no las partiría en dos, Christopher no podía refutarle ese hecho, la verdad no se imaginaba a la acompañante, la chica de largo cabello rubio, estando con su amigo. Su cuerpo más bien era exquisito, no apto sin duda para alguien como Axel. Indeciso, volvió la mirada hacia la primera chica con la que había tenido contacto visual, ella lo miró de reojo sonriendo de nuevo. Se veía más de su tipo...

—No lo sé, ¿ves aquella chica? —Apuntó discretamente con un movimiento de cabeza—. Me gusta más.

—Pero si me voy con la morena, probablemente quiera un acompañante para su amiga —contradijo Axel, interponiendo su enorme cuerpo evitando su flirteo.

—Pero...

—Solo acompáñame, siempre te han gustado las rubias, ¿por qué hoy no? —Lo hizo volver a ver a las chicas de la otra mesa—. Igual y ni nos hacen caso, hazme un favor en tu vida y sígueme, ¿sí? —insistió su amigo.

Chris elevó una ceja, por lo general a Axel le daban igual las chicas. ¿Desde cuándo se había vuelto tan quisquilloso? Además, siempre le importaba muy poco si Chris lo seguía o no, pero al parecer Holly lo había hecho inseguro o alguna mierda. Suspiró antes de beberse todo lo que quedaba de su bebida.

—Bien —espetó no muy convencido, logrando que su amigo sonriera de oreja a oreja confundiénolo, ¿por qué tanta felicidad?

Ambos se abrieron paso entre la multitud, que tan solo verlos se movía a un lado. Llegaron hasta las chicas, ambas llevaban el rostro cubierto por un antifaz, pero cuando la morena miró de frente a Axel, hizo que Chris frunciera el ceño, había entendido que querían sumisas, pero al parecer su amigo ya ni sabía lo que quería. Por lo que agradeció cuando la rubia mantuvo la mirada en su regazo, el cabello cayendo hacia su rostro, cubriéndole la cara. Perfecto, él no estaba para dominatrices.

—Hola, chicas, ¿están solas? —preguntó su amigo.

—Sí... —murmuró la morena.

—¿No quieren un par de cervezas?

Una conversación sin trascendencia comenzó entre ellos, entre tanto Chris no dejó de ver a la chica rubia, aunque ella evitó en todo momento devolverle la mirada, había algo que le resultaba familiar. Desde que conoció a Jennifer, las rubias habían dejado de ser el centro de su atención, pero podrían volver a serlo. La chica estaba enfundada en látex negro, de forma que podía ver su curvilíneo cuerpo. Lo ajustado del corsé elevaba sus generosos pechos, delicadas cintas de encaje negro corrían a lo largo de su espalda. Su piel blanca como la espuma destacaba la pequeña minifalda de cuero y la hacía muy apetecible a todas las miradas. A su derecha, vislumbró a un par de hombres mirándolos de forma lasciva. Uno era moreno y llevaba cadenas por todo el cuerpo, el otro era muy blanco, lucía alrededor del cuello un collar con picos, el moreno le sonrió apuntando con la cabeza a la rubia, en una insinuación para hacer alguna orgía o invitándolo a dejarla para ellos. Chris les devolvió la sonrisa de forma fría, haciendo que incluso ambos mejor desviarán la mirada. Esta chica sería únicamente suya.

—Ven. —Sujetó la mano de la rubia, ella se paralizó. Todo su cuerpo se puso rígido. Axel y la morena, quienes estaban charlando ajenos a todo, lo vieron atónitos pero no dijeron nada.

Tímidamente, la rubia extendió la mano y entrelazaron sus dedos. Chris se puso de pie, colocando la mano en su cintura baja para guiarla, marchándose sin más. Él iba pensando qué habitación escoger, por lo que se sorprendió un poco cuando la rubia se desvió hasta un privado, tirando suavemente de su mano, Chris la miró extrañado pero optó por no quejarse, pasaría ese detalle por esta vez. En cuanto entraron, el olor a lavanda los inundó. La enorme habitación estaba forrada en cuero gris, una alfombra blanca y esponjosa cubría gran parte del suelo de madera. Desvió la mirada hacia las paredes y no

pudo evitar sonreír maliciosamente al ver el excesivo arsenal con el que estaba equipado. A su lado, la chica se tensó. Lucía desconcertada, incluso asustada. Tenía todo el cuerpo rígido y la boca ligeramente abierta. Chris sonrió, de verdad era una sumisa adorable. Siguió observando la habitación y volvió a sonreír cuando miró la enorme cama. Cuatro postes la flanqueaban y un dosel blanco caía como la espuma alrededor, las sábanas eran azules, de pronto se sintió impaciente por ver el contraste del azul con la pálida piel de la chica.

—En el baño debe haber una bata, quiero que te la pongas —ordenó, aflojándose los primeros botones de la gabardina.



—Te quiero de regreso aquí en menos de diez minutos, nada de bragas ni sostén —exigió, lanzándole la mirada *cinco*—. Solo... déjate el antifaz.

Jen mantuvo la mirada abajo, más que nada para que Chris no viera su sonrisa. Era un mandón empedernido, ¿cómo no lo había notado antes? Desde el primer día que se conocieron, él le había ordenado esto mismo, y con sus miradas, que había catalogado a lo largo de los meses, le había enseñado que no había lugar a protestas, justo ahora estaba en su papel de amo total. En aquel entonces simplemente había pensado que era un engreído, claro que lo era, pero también entendió que de pronto, y sin pensarlo, Chris asumía sus personajes en un dos por tres. Como el profesional que sin duda era.

Así que sin chistar, se fue al baño. Cerró los ojos tratando de tranquilizarse, aún estaba conmocionada con todo lo que había visto allá afuera. Desde las chicas en las jaulas, las miradas lascivas de los hombres, hasta los látigos, las mordazas, la cama con postes forrados... Sacudió la cabeza tratando de regular su respiración. Chris no podría estar hablando en serio, ¿de verdad era tan perverso? Suspiró, abriendo los ojos e inmediatamente vio la bata larga de seda gris. Tratando de no distraerse, se desnudó rápidamente, luego se miró frente al espejo para acomodarse el antifaz, donde unos extraños ojos castaños le devolvieron la mirada.

Las lentillas le molestaban, pero había soportado cosas peores. Mientras se acomodaba además la peluca rubia, pensó que ya no era la misma remilgada de hacía un par de meses, y aunque no lo parecía, había cambiado mucho. En otro tiempo ni siquiera tendría conocimiento de estas prácticas, mucho menos habría venido a este lugar. Claro que se seguía asustando, por supuesto que había cosas que no se sentía capaz de hacer, salvo que esta vez no estaba con ningún desconocido... o al menos eso creía. Tomando una bocanada de aire, giró el picaporte para salir del tocador, pero apenas dio un par de pasos, se quedó sin aire.

Sintió las piernas de gelatina al encontrarse con la jodida mirada *cinco* de Chris. Él se encontraba sentado en uno de los sillones, inclinado hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. La camisa le oscurecía sus cincelados rasgos, sin duda parecía el maldito rey del mundo. Su postura parecía despreocupada, pero ella lo conocía mejor como para creerse eso. Esos ojos azules que por lo general lucían cálidos, ahora se veían oscuros como las profundidades del mismo mar. Chris la estaba analizando, como una

maldita pantera lista para saltar sobre su presa.

De pronto se sintió como un conejillo asustado, y no pudo dar ni un solo paso. Hubiera querido incluso retroceder para encerrarse en el baño y marcar al 911. ¿Pero qué diría? ¿Que estaba encerrada en un lugar lleno de cosas pervertidas con el jodido rey de los pervertidos? ¿Que creyó que podía jugar a algo pero que entendió que esto no era ningún juego? El terror la recorrió en un escalofrío y se abrazó a sí misma intentando recomponer la postura. No se iba a caer a pedazos. Ese maldito *Dominanthoper* no la iba a asustar.

—Quítate la bata. —Su orden fue baja y profunda, recorriéndola lentamente al tiempo que se ponía de pie.

Y mientras caminaba hacia ella, iba soltando el resto de los botones de su camisa, los músculos de su abdomen se movían de forma deliciosa a cada paso. Jen sentía que temblaba, pero a ciencia cierta no sabía por qué, si de deseo o de coraje. No le gustaba que Chris se portara así con las demás mujeres, se sentía muy celosa y, de pronto, le abrumó la certeza de que con su forma de ser, podría conquistar a cualquiera, fácilmente podía acostarse con medio mundo. *Como sin duda ya lo había hecho*. Respiró hondo tratando de que los celos no la quemaran viva y, aunque con manos temblorosas, desabrochó apresuradamente el nudo que se había hecho en la bata, dejando que el suave satín se deslizara por su cuerpo cayendo bajo sus pies. Quedó completamente desnuda frente a él, y no pudo evitar ruborizarse ante el hecho por lo que bajó la mirada, mordisqueándose el labio, *Dios*, en otro tiempo ya le estaría gritando pervertido y degenerado... Él se detuvo a unos centímetros de ella, sus ojos oscurecidos y su cuerpo irradiando calor, le golpeó como una roca.

Jennifer se dedicó a contemplar el suelo, no quería que la viera muy de cerca ni tan nerviosa, sus ojos siempre lograban perturbarla, por lo que agradeció la escasa luz en la habitación. Chris elevó una mano, y lentamente deslizó un mechón tras su oreja para luego dejar que sus dedos viajaran hasta su nuca, una corriente eléctrica la atravesó cuando él tiró de su cabello, de forma que aunque no quería, tuvo que elevar la mirada y enfrentarse con esos ojos azules.

—Te vas a subir al centro de la cama donde te posicionarás de rodillas. Una vez ahí, pondrás las manos en tu espalda y me esperarás. —Dos largos dedos le recorrieron lentamente el cuello y bajaron hasta el pecho, donde le colocó la mano directamente sobre el corazón—. Parece un colibrí, trata de relajarte —ronroneó inclinándose contra su oreja.

—S-Sí —tartamudeó.

Sus manos le provocaban cosas y su aroma la tenía completamente alucinada, cuando de pronto, ¡zaz! El fuerte golpe le escoció la piel, haciéndola dar un respingo y enfurecerse al instante, hijo de la grandísima... Respiró hondo manteniendo la mirada abajo, porque estaba segura que si lo veía, en sus ojos descubriría que quería estrangularlo por atreverse a nalguearla. Otro maldito hábito que siempre había tenido.

—¿Sí, qué?

Jennifer sentía que se iba a desmoronar en cualquier momento, iba a perder la compostura y terminaría abofeteándolo. La voz de Chris sonaba diferente, dura y

demandante. Daba órdenes a diestra y siniestra, era otro, completamente otro, exudando incluso hormonas dominantes. Ese cabrón arrogante merecía ser nalgueado por igual, o cuando menos quería pellizcarlo, pero se recordó que tenía que contenerse si lo quería de vuelta. Si no, ya podría irse yendo y cediéndole el lugar a la cara de pato. Por supuesto que esa zorrita querría ocupar su lugar. ¿Y quién no? Recordó incluso cómo había tenido que soportar con horror su coqueteo de minutos atrás con la babosa que estaba allá afuera. No iba a rendirse, que se jodieran las demás.

—¿Sí, señor? —espetó de forma sarcástica, mirándolo a través de sus largas pestañas, pero se sorprendió cuando vio la sonrisa en forma de aprobación que él tenía dibujada.

Mierda, ¿acaso tendría que llamarle señor? ¿Pero qué rayos le pasaba?

—Correcto, así debes llamarme. Ahora camina hacia la cama. ¿Ya pensante en tu palabra de seguridad? —preguntó, desabotonándose los vaqueros—. Si las cosas no te gustan, será esa palabra la que digas y me detendré de inmediato.

Jen se quedó en blanco. Holly nunca le explicó esa mierda. ¿Palabra de seguridad? ¿Como... auxilio? ¿Como... ayúdenme, me están matando? ¿Como, deténganlo es un loco degenerado? La respiración se le desbocó mientras su mente corría en una espiral. Una puta palabra de seguridad, ¿para qué la iba a necesitar? ¿No podría solo usar el teléfono? Ay no, seguro sataná's iba a encerrarla y a golpearla sabría Dios con qué. La iba a tener amarrada por años, la haría una esclava sexual, seguro que la haría gritar de dolor todos los días del resto de su vida y entonces...

Cerró los ojos tratando de concentrarse en el presente, tenía que respirar porque hasta este momento no se había fijado cuándo dejó de hacerlo. Tenía que concentrarse, maldita sea, porque a lo largo de sus experiencias con Chris, se había dado cuenta de que su mente era un poquito exagerada, y de verdad no quería arruinar esto que parecía su última oportunidad, no podía ser así de violento, ¿o sí? Se volvió abrazar a sí misma y en silencio maldijo a Axel.

El inútil había insistido en que a Chris le encantaba este personaje y que no dudaría en aceptar ir a un club, y así fue. Así que Holly y ella habían hablado con el gerente de este lugar. A Jen no le gustaba nunca hacer alarde de su dinero, pero la verdad que, aunque el dinero no comprara la felicidad, ¡como ayudaba! El dueño de *Skins* les había concedido todos y cada uno de sus caprichos, y si necesitaban utilizar cualquier cosa de su club, por una “módica” cantidad lo tendrían.

Por esa razón quizás había puesto toda esta armazón en el privado. Holly había dicho que esto sería pan comido, de hecho solo le dijo: «*Cuando lo mires, no alces mucho la cabeza, no te le quedas mirando directo a los ojos ni sonrías abiertamente, y por supuesto, obedécelo en todo. Todo saldrá bien, Jenny, solo no comiences con tus alucinaciones*». Esas estupideces de obedecer le salían bien, naturalmente aquello de *no* mirarlo le costaba trabajo, mucho más cuando *Dominanthoper* le estaba regalando inconscientemente un estriptis, despojándose lentamente de toda la ropa. Y en cuanto a las alucinaciones, ya quisiera ver a Holly frente a este degenerado.

—¿Estás muda? —preguntó con la voz ronca y severa, haciendo que Jen diera un respingo. ¡Ay, pero qué cabrón! ¿Por qué era tan arrogante? Elevó los ojos para ver su

rostro.

—No sé cuál escoger —susurró, intentando contener el sonido impregnado de furia en su voz.

—Entonces la escogeré por ti. Será *cosplay*, ¿entendido? —Jen asintió, intentando ocultar una sonrisa. El papel de sumisa hubiera terminado donde él dijera algo como: “*Britany*” o “*Evelyn*” o alguna otra estúpida... ¡Zaz!—. ¿Sí, qué? —exigió Mr. Mandón con la voz ronca después de darle otro azote. ¡*Jodido cabrón!* Jen cerró los ojos. Ya lo odiaba, y sin duda se las pagaría por esto.

—Sí, *señooorrr* —alargó las palabras, sintiéndose como una ridícula niña de primaria regañada. Él elevó una ceja, y aún con la cabeza gacha, Jen logró ver cómo la boca se le torcía en la sonrisa más arrogante que hubiera visto nunca.

—Buena chica —murmuró petulante.

Encabronada, se apresuró a darle la espalda y subirse a la cama, donde se colocó de rodillas en el centro, llevando las manos a su espalda, justo como el mandón lo había pedido. Se sentía como una maldita delincuente atrapada, por lo que nerviosa se mordió el labio. Cuando elevó levemente la mirada para buscarlo, con horror vio que con tan solo tres largos pasos estuvo junto a ella. Se veía imponente totalmente desnudo, las venas se marcaban por sus brazos y cuello, por su torso y sus bíceps, los músculos flexionándose con sus movimientos. Jen tragó saliva duramente cuando vio que su erección, como siempre, se erguía orgullosa frente a ella.

Chris sonrió de pie a su lado, deslizó el dedo índice por su rostro, recorriendo su mandíbula con suma premura, la joven cerró los ojos conteniendo un jadeo. Dios, lo que sus dedos le provocaban la hacía querer desfallecer.

—Recuerda que tu función aquí es complacerme, te aseguro que lo disfrutarás, a su vez tu placer será el mío, pero si me desobedeces o me contestas sarcásticamente otra vez, tendrás un castigo. Si algo no te gusta solo utiliza la palabra de seguridad, no lo olvides —advirtió desde su altura en tono bajo, seductor.

Putá mierda. Jen trató con todas sus fuerzas de controlar los furiosos latidos de su corazón, aunque estaba resultando en vano, esos ojos azules de depredador, de violador en serie, estaban mirándola como si fuera un bocadillo.

—Sí, está bien, señor —susurró.

Repentinamente, él se inclinó, su peso hundió la cama mientras se acercaba a ella. Deslizó las manos por la cara interna de sus muslos y suavemente acarició el detonante de todos sus placeres, aquel estúpido clítoris que había descubierto hacía un par de meses. Ella se mordió el labio intentando no gemir, pero no pudo reprimir un escalofrío cuando esas grandes manos recorrieron su cintura. Lentamente, la empujó hacia atrás, ciñéndose contra cada curva de su cuerpo, la sujetó con rudeza. Largos dedos abarcaron con facilidad su garganta, y sin preámbulos estampó sus esculpados labios contra los de ella.

Jen comenzó a deshacerse cuando sintió esos dedos jugar por su piel, recorriéndola como si se tratase de una pluma, hasta que llegaron al centro de su placer, donde sin preámbulos hundió dos. Un gemido involuntario y gustoso abandonó sus labios,

se arqueó de placer y sin poder contenerse llevó las manos a ese rebelde cabello, tirando de él sin pudor.

—Estás tan húmeda, tan lista para mí —murmuró con voz ronca al tiempo que empujaba las caderas contra el muslo de su pierna, mostrándole lo excitado que estaba, para después retirar los dedos que tan bien sabía utilizar, haciéndola gruñir por la frustración.

Sin aviso, le sujetó ambas manos apartándolas de su cabello y apretándoselas por encima de la cabeza, y continuó besándola con ardor. Sin embargo, aún hundida en la lujuria y embriagada por el sabor de *Dominanthoper*, a Jen la asaltaron sus fantasmas del pasado. La fuerza que ejercía para que ella no pudiera moverse, comenzó a hacerla hiperventilar. Chris se posicionó sobre ella, dejando caer un poco de su peso, de forma que la tenía completamente dominada, expuesta, pero lo peor, de verdad no quería estar sujeta de las manos, *¿por qué mierda se le había ocurrido acceder a esto?* Tratando de parecer despistada, se arqueó bajo el enorme cuerpo del joven, y con asombrosa fuerza zafó sus manos, logrando liberarse.

Él dejó de besarla y la miró desconcertado, aunque sus ojos tenían aún ese brillo de depravado, sonriendo malévolamente se irguió quedando de rodillas, y con rudeza le sujetó las piernas, abriéndolas para colarse entre ellas. Para el asombro de Jen, eso no fue todo, si no que tomó la parte posterior de sus rodillas y se las dobló, dejando que todo su sexo quedara expuesto de forma vergonzosa ante él. El rubor corrió a sus mejillas mientras intentaba cerrarlas.

—Nunca, escúchame bien, nunca vuelvas a hacer eso —amenazó Chris en tono ronco, sus ojos brillando de forma salvaje, tan salvaje que Jen tragó saliva.

—No me gusta lucir como una mantis religiosa, *libérame dominantu...* —se cortó. *Mierda*, oh no, ¡estuvo a punto de gritarle *dominantucho!* Él arqueó una ceja mirándola expectante—. Dominante, tú, el dominante... yo, yo... lo siento.

Mierda, aquello se había escuchado como si Jen fuera una mujer de las cavernas.

—Qué bueno que lo comprendas, como verás tú no das las órdenes aquí, princesa. — En un por demás inesperado movimiento, le azotó directamente su humedecido sexo para luego deslizar sus largos dedos en una sutil caricia, una y otra vez.

Mierda. Aquello se había sentido tan raro. Estar tan sensible ahí y recibir un azote seguido de una caricia la hacía sentirse confusa. Ni siquiera había podido procesar qué le dolía o qué le gustaba, cuando aquellos dedos ya la estaban excitando de nuevo.

—Voy a sujetarte las manos con unas esposas —aseguró, con el dedo pulgar frotándole el clítoris—. Una a cada poste de la cama y, si sigues hablando, pondré una *ballgag* en tu boca.

—¿Una qué? —Él elevó de nuevo una ceja. Jen se mordió el labio, temerosa de que ya la fuera a descubrir con sus preguntas, ¿pero para qué le hablaba con palabras que no conocía?

—Mordaza, lleva una pequeña bola que colocaré en tu boca y va sujeta a tu cabeza por correas de cuero.

—¿Como un perro? —jadeó incrédula. *Dominanthoper* sonrió ladinamente, pero entrecerrando los ojos.

Jen pensó que esto era el colmo, por lo que nerviosa, se movió como gusano, tomándolo desprevenido y liberándose de su agarre para quedar lejos de él. Chris se quedó arrodillado en la cama, su duro y macizo pecho subiendo y bajando por su respiración pesada. Sus ojos parecían dos ranuras azules, concentradas en ella. Sin duda lo había arruinado, quizás él aún no la descubriría, pero iría a reencontrarse con la otra sumisa. Chris se levantó de la cama y, sin mirarla, se dirigió a donde estaban sus ropas. Jen quería ir hacia él, sin embargo se quedó paralizada, no quería dejarlo ir, pero realmente no podía moverse. Perderlo otra vez le estaba ocasionando una parálisis. Estaba todavía hundida en esos pensamientos cuando lo vio pasar de largo con la ropa y abrir un cajón, donde se puso a buscar aparentemente algo.

—Estoy pensando en usar la cruz de San Andrés, ¿qué dices? —ronroneó, apuntando con la barbilla hacia una esquina.

Jen miró aterrada la mencionada cruz. *Putra madre*, ¿a qué hora se había enamorado de un degenerado? Era una gran cruz de madera en forma de aspa, con numerosos anclajes para sujetar manos y piernas, quizás otras extremidades. Pensó en el pobre San Andrés y cómo la gente loca utilizaba aquella cruz donde había sido crucificado, elevó una oración silenciosa para que estuviera bien en dondequiera que estuviera, que ojalá no fuera aquí.

—¿Y si me astillo? —susurró.

—No te pasará nada, está forrada en cuero —aseguró el degenerado, cerrando el cajón de un golpe.

Nerviosa, dio otro paso hacia atrás, Chris ahora en su mano llevaba algo que sinceramente no sabía qué era, pero parecía eso que su papá usaba para dirigir a su caballo cuando lo montaba... ¿pensaba golpearla con una *fusta*? Su respiración se atascó, ah no, eso sí que no. Estaba muy pero muy jodido si se le ocurría eso.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó apuntando a la fusta, retrocediendo hasta chocar contra la pared.

—Estoy pensando en comenzar con esto, te mereces un castigo. Me has desobedecido... —murmuró en tono oscuro.

—Yo... —tragó saliva—, lo siento... —Estaba acorralada, *maldita sea*. Chris sonrió como un gato que se va a comer a un pájaro mientras llegaba hasta ella.

Se detuvo a tan solo unos centímetros. Jen estaba confundida, ya no sabía ni qué era lo que debía hacer, o en qué rayos estaba pensando cuando los metió a ambos en esto, por lo que elevó la mirada, buscando en esos ojos impasibles algún indicio de la persona de la que estaba enamorada realmente; este *Dominanthoper*, todo mandón y frío, no le gustaba. Él acercó la fusta, paseando el frío material por su piel, recorriéndola como una sutil caricia. Cerró los ojos, si se echaba para atrás todo estaría perdido...

—Por favor, no seas muy duro... —susurró con miedo.

—Puedo ser bastante duro —aseguró en tono ronco, y luego le sujetó la mano y se la llevó hasta su... *puta mierda*. A eso se refería con duro. Maldito arrogante.

Jen se abstuvo de apretarle a su *amiguito* hasta provocarle dolor, no quería que la descubrieran, por lo que empezó a subir y bajar la mano, llevando un ritmo lento pero constante sobre su erección. Él ronroneó de placer, y el sonido repercutió directamente entre sus piernas, poniendo sus pezones duros. Incluso Jen no podía evitar gemir cada vez que él le acariciaba con la fusta todo el cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó rompiendo el silencio, la fusta ahora deslizándose entre sus pechos, bajando lentamente por su abdomen—. ¿Cómo me has encontrado?

—¿De qué habla... señor? —murmuró, tratando de ocultar el rostro, bajando la cabeza para que el cabello le cayera por la cara, concentrándose en el movimiento de su mano.

—Tú no eres ninguna sumisa —aseguró en tono ronco sin dejar de pasear la fusta por su cuerpo.

—Sí lo soy, lo que pasa es que...

Él la interrumpió, la erección escapó de sus manos cuando la empujó contra la pared, sujetándole con cuidado la nuca para inmovilizarla y luego, para su asombro, la besó con pasión contenida. Pasmada por el extraño comportamiento voluble de Chris, la joven sintió que hiperventilaba mientras la lengua de él se deslizaba dentro de su boca, reclamándola posesivamente. Aún no entendía si esto era parte del juego o no, pero no le importaba, suspiró rindiéndose contra él, derritiéndose al probar aquel sabor dulce, se hundió en su pecho como si quisiera fundirse en Chris.

—¿Pensaste que no me daría cuenta? —inquirió contra sus labios, antes de clavar sus ojos en ella—. ¿Por quién me tomas?

Él estaba molesto, podía sentirlo en su toque, en sus ojos, en su postura. Jen parpadeó confundida, tratando de entender lo que estaba diciendo, pero él aprovechó para volver a besarla como si estuviera famélico. Aún rodeada por todo el calor que exudaba Chris, procesó lo que él había dicho, y fue como si un interruptor se hubiera prendido dentro de su cerebro.

—Chris... —jadeó entre sus labios, moviéndose para que la dejara hablar, pero él no quería eso al parecer, ya que comenzó a dejar un rastro húmedo de besos por su cuello—. ¿Sabes quién soy? —preguntó acalorada. Él no respondió, sino que se dedicó a besar sus pechos para luego jugar con la lengua en sus sensibles pezones—. ¿Qué es lo que pasa? —susurró acalorada.

—¿No es obvio? —inquirió con voz áspera.

Se irguió para mirarla directamente a los ojos, lucían impasibles cuando la sujetó por las caderas para restregarse contra ella, Jen se mordió el labio al sentir una enorme protuberancia frotándose contra su vientre. Luego, sin avisar, él le quitó el antifaz y volvió a besarla, emitiendo unos jadeos masculinos que le enviaban sacudidas de deseo, haciéndola humedecer. Chris la había descubierto, pero al parecer, eso no era lo que le importaba en este momento. Sus prioridades sin duda eran otras. Hundida en las sensaciones como estaba, Jen pensó que si lo quitaba y le pedía hablar, desaprovecharía quizás la última vez que estuvieran juntos. Pero acostarse con él y luego dejarlo marchar

como el día anterior, era algo que no podría soportar de nuevo. No quería únicamente tener fantasías con él, lo quería para siempre. Y no podría vivir en un mundo en el que Chris decidiera dejarla. Así que sacó fuerzas para reunir todos esos pensamientos y emerger del pozo de lujuria que invadía su cuerpo.

—Si ya sabes quién soy, ¿por qué sigues aquí? —jadeó con los ojos cerrados ante el placer que su lengua le provocaba.

Él suspiró antes de mirarla, ojos azules con matices oscuros cargados de deseo parecían querer atravesarla. Jen se preguntó si sería mejor dejar los diálogos para más adelante, si seguir con la fantasía de momento era la mejor opción. Interrumpir a Nathan en plena acción era desear la muerte. Por lo general, hablaban mejor después del sexo... quizás con Chris funcionaba igual...

—Quería una fantasía a como diera lugar, quizás no eres la persona correcta, pero ya que estamos aquí... —Se encogió de hombros restándole importancia—. No pienso desaprovechar la oportunidad. —A la joven le dolió el corazón y lo apartó, empujando las manos contra su duro pecho.

—¿Sabías que era yo desde el principio?

—Sí. —Un destello de sonrisa resplandeció en su rostro.

—¿C-Cómo lo supiste?

—Axel me subestima. En cuanto se puso todo nervioso y las señaló para jugar con ustedes, estaba casi seguro de que eras tú. Pero en cuanto entramos aquí, no me quedaron dudas —aseguró. Jen parpadeó deslumbrada, el rubor corriendo a sus mejillas.

—¿Y p-por qué seguiste el juego? —murmuró esperanzada, quizás él simplemente ya no quería que siguieran peleando. Los ojos de él centellaron amenazantes por un segundo, pero desvió la mirada encogiéndose de hombros.

—Quería ver hasta dónde eras capaz de llegar —comentó de forma casual, ahora incluso con su voz seductora. A Jen se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó el rostro, pero no tan rápido como para que él no alcanzara a verlo.

—Por un momento creí... —Un suspiro entrecortado abandonó sus labios. No quería seguir aquí, él parecía estar trabajando, parecía el mismo chico frío que había conocido al principio.

—¿Qué creíste? —Chris se acercó a ella, sujetándole la barbilla, la obligó a enfrentarlo, ella intentó sacudirse, pero no se lo permitió al sujetarle el labio inferior entre sus dientes—. ¿Dime qué pasa, Jennifer? —preguntó soltándole el labio, ella negó intentando zafarse—. ¿Nunca vas a ser del todo sincera conmigo?

—Sé que fui una estúpida, y que debería haberte escogido a ti, pero estaba muerta de miedo. —Incapaz de contenerse extendió la mano, acariciándole la áspera mejilla—. Te he echado tanto de menos que creo que ya me volví loca. —Al joven le brillaron los ojos con regocijo—. Tampoco es para que te alegres, pude haber muerto atropellada el otro día, o quizás estaría arrestada a estas alturas... —acusó, dándole un ligero golpe en el pecho. Él soltó una melodiosa risa antes de estrecharla entre sus brazos.

—No me alegro con lo que ha pasado, verte aquel día sobre el asfalto fue una gran impresión... —Guardó silencio, su cuerpo de pronto tenso—. Jamás le desearía eso a nadie.

—¿Por qué? —murmuró, perdida en sus ojos que ardían de nuevo. Él suspiró al tiempo que descendía para pasearle los labios por el cuello, inhalando su aroma.

—Mejor dime, ¿qué quieres de mí, Jen? ¿Quieres seguir practicando fantasías? ¿Quieres una aventura? ¿Te gusta este personaje? —Su voz era afilada, dolida. La joven tiró de su cabello, obligándolo a mirarla.

Aquellos ojos azules estaban cargados de dolor, de reproche, su voz monótona carente de vida. Estaba interpretando un personaje, estaba actuando para ella, logrando que se le encogiera el corazón, odiándose a sí misma por hacerlo sentir así, como un objeto. Nunca había querido dañarlo, solo le costó más que a las personas normales entender su error. Ahora quería más que nada corregirlo, pero cada vez que se acercaba a él, lo echaba todo a perder.

—El único personaje que quiero es el de Christopher Herrera, es a él a quien amo —dijo con voz clara y llena de convicción. Él la miró de forma incrédula, sus ojos entrecerrados. No le creía.

»Sé que soy un caos, tengo grabada esa palabra a fuego y lo demuestro con cada cosa que hago. —Jen le acarició la mejilla tratando de relajarlo—. Pero de alguna manera, tú me has sacado adelante, solo tú me hiciste comprender que hay más cosas de las que yo creía, que todo cambio es para bien, y gracias a eso, me he encontrado a mí misma. ¿Cómo no voy a amarte? —Él se quedó mirándola de forma estoica, su respiración acelerada, parecía incapaz de creerle. Jen lo miró a su vez, hasta que de pronto lo comprendió todo y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero entiendo que tú no sientas lo mismo por mí, que quizás ya sea muy tarde y yo... lamento haberte acosado, lo siento, de verdad...

¡Qué tonta había sido en pensar que Chris la seguiría esperando! Por Dios, pero si ahí estaba Britany, trabajando con él, con esas curvas mortales, con esa sonrisa perfecta. O si no, estaba Evelyn, con esos malditos pechos exagerados, la cabellera rubia y todas esas curvas. En cambio, ella últimamente estaba más gordita, más loca, y sin dudas no era lo que él quería... De pronto, Chris le sujetó la barbilla y la cintura, pegando su duro cuerpo completamente a ella, obligándola a quedarse justo donde estaba.

—En estos meses he soportado que me golpees, que me amarres, que te aproveches de mí conociendo mi claustrofobia, invadiste no solo mi departamento sino mi vida. Has llevado al límite mi paciencia, he tenido que preguntarme mil veces si no me habré vuelto loco... —Jen desvió la mirada, los ojos se le estaban llenando de lágrimas, no quería seguir escuchando lo enfermo que sonaba todo eso que ella había hecho.

—Lo siento... —Él la interrumpió sujetándole con más fuerza la barbilla para que lo mirara.

—Con todo y eso acepté seguir contigo, he estado para ti incluso cuando no debería, por Dios, hasta te presenté a mis abuelos, y aun así, ¿te atreves a preguntarme si no siento lo mismo por ti? —preguntó contra sus labios. Jen abrió los ojos como platos, aunque

ahora lágrimas descendían por ellos, una maravillosa posibilidad se formó frente a ella. Lo miró de forma tímida.

—¿Eso quiere decir que entonces tú también me quieres?

Él aspiró lentamente, su enorme pecho se ensanchó mientras sus pulmones se llenaban. Esos ojos azules de nuevo claros como el agua y los más sinceros que ella hubiera visto, una genuina sonrisa se dibujó en sus labios.

—Con todo mi ser —aseguró. Jen sonrió, tirando los brazos alrededor de su cuello para besarlo con todo el amor que le tenía.



Ya está. Lo había admitido de nuevo y ella no había salido corriendo esta vez.

Chris aún no podía creer cómo se habían desarrollado las cosas, ni quería detenerse a pensarlo. Mientras Jen dijera que lo amaba, era todo lo que necesitaba escuchar de momento. Ya que por más extraño que pareciera, realmente ella lo amaba. Esos ojos no engañaban, aún con lentillas y con cabello rubio, era Jen y no sabía mentir. Así que se dejó de cosas, dejó su orgullo de lado, sus miedos y cualquier otra cosa devolviéndole el beso. Luego la levantó en vilo, depositándola en el centro de la cama sin dejar de besarla. Estaba perdido en su piel, pero le hacía falta algo.

—Quiero ver tus ojos, quiero ver tu cabello real, te quiero ver a ti —pidió, separándose un poco. Ella sonrió, sus carnosos labios invitándolo a volver a ellos.

—Pensé que te gustaban las rubias —susurró, pero en su voz había un deje de reproche.

—Nop, me gusta solo una pelirroja y esa eres tú.

Ella volvió a sonreír antes de retirarse con cuidado algunos broches de su cabello para quitarse la peluca. Chris le soltó la coleta, dejando que su cabello caoba cayera como cascada por su cuerpo, por último se retiró las lentillas, mostrándole esos ojos verdes que siempre lo hacían derretirse, luego se quedaron quietos, mirándose un par de segundos.

—Te amo —dijo Jen, sus ojos llenos de amor y excitación.

Escucharle decir eso le provocaba cosas para nada sanas. Por un lado quería besarla y venerarla como si fuera alguna diosa pagana, por el otro lado quería cogérsela sin piedad mientras tiraba de su cabello y la obligaba a gritarlo en voz alta. Se decidió por la primera opción, recordando el terror en sus ojos cuando le dijo que la esposaría. La besó con delicadeza, tratando de llevar las cosas más lento. Siempre terminaban cogiendo, nunca haciendo el amor.

—También te amo.

Deslizó los labios por su cuello, descendiendo por sus pechos, donde tomó un pezón entre sus labios, dejando que su lengua lo rodeara una y otra vez, mordisqueándolo a veces y succionando otras. Jen se arqueó llevando las manos hasta su cabello, donde internó las manos tirando deliciosamente de él. Sin dejar de prestarle atención a sus pechos, llevó una

mano hasta su estrecho sexo de la perdición, donde internó un par de dedos, la humedad que ella desprendía lo hizo gemir contra su cuello.

—Por favor, señor —murmuró, frotándose contra su mano.

—¿Cómo me llamaste? —Chris parpadeó aturdido.

—Señor, ¿no dijiste que te llamara así? —Su voz ronca y su ceño fruncido, lo hicieron sonreír.

—Sí, y no sabes lo que me hace que me llames así, me excita muchísimo; pero entonces fui muy duro contigo, estaba interpretando un papel. Creo que me estaba volviendo un monstruo —masculló, con un estremecimiento que le recorrió la piel.

Realmente se estaba volviendo una máquina cuando pensó que Jen se estaba burlando de él, que quería fantasías y nada más, por lo que de un momento a otro dejó de lado lo que sentía por ella y entró en piloto automático, comportándose como un verdadero Dom, como lo exigía su personaje.

—No eres ningún monstruo —aseguró ella tomándole el rostro entre sus pequeñas manos—. Hoy por fin solo somos tú y yo.

—Me alegra escuchar eso sin que estés ebria —bromeó, pero la miró con un horror fingido—. ¿No estás ebria, verdad?

Ella rodó los ojos antes de besarlo como nunca antes lo había besado, con dulzura y delicadeza, sus labios se movieron al mismo compás, deslizando la lengua para llevar una acalorada danza. Chris de verdad quería ir lento, por una puta vez en la vida quería portarse como una persona civilizada, pero Jen estaba tan entregada a él, conforme profundizaban el beso, al mecerse el uno contra el otro, el calor comenzó incluso a abrumarlo a grado tal que pensó que se le iban a quemar los testículos. Así que retiró los dedos para remplazarlos por su miembro, y sin pensarlo, se enterró en ella de una certera y dura estocada, lanzándola ligeramente hacia adelante, el beso se vio interrumpido no solo por la embestida, sino por un largo y pronunciado gemido por parte de Jen, que le recorrió toda la espina dorsal al tiempo que se hundía hasta la empuñadura en ese húmedo y estrecho calor.

—Tan-jodidamente-estrecha —siseó entre dientes.

Ella sonrió, mordiéndose el labio, con los ojos todavía cerrados, entregada totalmente al placer, sin quejas. Era curioso cómo en aquella especie de mazmorra estuvieran haciendo el amor. Sin utilizar ninguno de esos objetos más que sus propios cuerpos. Y ahí, empujando lánguidamente contra ella, Chris se dio cuenta entonces de que Jen era su fantasía hecha realidad, que no necesitaba ningún personaje, ni tampoco ningún disfraz para sentirse satisfecho, para estar completo. Estar enterrado hasta lo más profundo de Jen sería su única fantasía, rodeado por su calor, por su aroma. Sí, sin duda fantasearía con ello durante todo el día hasta que pudiera volver a estar dentro de ella.

—Siento no poder seguir con esto, bebé —jadeó.

—¿C-Con qué? —preguntó abriendo los ojos, un atisbo de pánico en su mirada.

—Con esto de la lentitud, no puedo con esas mierdas.

Ella solo sonrió enterrando las uñas en su espalda, incitándolo a dejarse llevar, por lo que se irguió sobre los codos y comenzó a empujar en serio, necesitaba moverse más rápido dentro de ella. A Jen pareció gustarle eso porque le arañó con fuerza la espalda y, en un movimiento que lo tomó por sorpresa, enredó las piernas en torno a su caderas, haciendo que la penetración fuera más profunda y les robara un gemido a los dos.

Chris siguió bombeando dentro de ella cada vez más rápido, sus estocadas se volvieron más certeras, sentía todos los músculos de su cuerpo tensos y casi se corre con solo ver el bamboleo descontrolado de los pechos de Jennifer, ahora tan grandes y suaves. Jadeando, sujetó sus piernas, llevándolas a sus hombros, de esa forma entró tan profundo que por poco pierde la razón.

Necesitaba que ella llegara, que lo hicieran juntos, eso era como una droga para él. Así que llevó el pulgar hasta su clítoris, frotándolo con delicadeza pero rapidez. Jen convulsionó entonces, un gemido ahogado abandonando sus labios, arqueando el cuerpo, tomándolo profundo, sus paredes internas cerrándose como un jodido puño a su alrededor, detonando su propia liberación al instante, haciéndolo gruñir y maldecir envuelto en placer. Después de unos segundos, se movió temiendo aplastarla, por lo que rodó hacia un lado, atrayéndola contra su pecho, deslizando las manos por su espalda donde trazó círculos imaginarios, intentando recuperar el aliento.

—Ruidosa —bromeó juguetonamente en su oído.

—Tú tienes la culpa —refunfuñó.

—Entonces... ¿la tengo más grande que Nathan? —cuchicheó fastidiándola. Jen abrió los ojos de par en par, su mirada aterrorizada le indicó que seguía siendo una remilgada, pero para su sorpresa, se mordió el labio antes de asentir, haciéndole reír—. Ya lo sabía, pero necesitaba que me lo confirmaras.

—Engreído —murmuró sonriendo.

Se quedaron mirando en un silencio acogedor. Chris estaba perdido en esos ojos verdes grandes y brillantes, en la todavía respiración entrecortada de ambos, o en esas mejillas sonrojadas.

—Gracias —susurró, apartándole un mechón de cabello.

—¿Por qué? ¿Por acosarte? —Chris se soltó riendo, estrechándola un poco más entre sus brazos.

—Por salvarme, por pelear por mí, por nosotros. —Le acarició con el pulgar el labio inferior—. Te amo, *lagarto* acosador.

La sonrisa de Jen se agrandó aún más antes de que se colocara a horcajadas sobre su cuerpo, y comenzara a besarlo de nuevo.



Jen no recordaba la última vez que había sido tan feliz.

El tiempo se le había ido volando al lado de Chris. Al principio él no había querido

mudarse con ella, pero después de su primera discusión, oficialmente como pareja, el joven perdió teniendo que mudarse con ella. ¿Para qué pagar renta si ella había comprado un departamento? Aunque él insistió en pagar todos los servicios, a eso Jen no pudo decir que no porque eso generaría otra discusión. Ya instalados, ella no se había sorprendido ante lo quisquilloso que era. Después de haber vivido poco más del mes juntos en Miami, Jen sabía que a Chris le gustaba que las toallas estuvieran separadas por color, que la cama tuviera mil almohadas, le gustaba tener perfectamente separada su ropa y acomodados sus zapatos. A veces le resultaba molesto en las noches cuando él no podía dormirse si no estaba tapado hasta la barbilla, pero en la mañana despertaba contenta rodeada por sus firmes brazos.

Aunque luego se quedaba con el corazón entumido cada vez que lo veía irse, trataba de combatir los celos que sentía. Esa Brittany era como una rival, pero en realidad, para cualquier lado que volteara había rivales. Todas las chicas miraban a Chris sin importarles que ella fuera colgada de su brazo. Con cada día que pasaba, los celos comenzaban a molestarla más, y eso de no trabajar alimentaba su loca imaginación. Además, por si fuera poco, Chris estudiaba por las tardes, ya que estaba en exámenes finales para terminar con su carrera. Jen no podía creer lo aplicado que era, por supuesto que tenía una caligrafía impresionante y siempre hacía la tarea. Era todo un ñoño. Por su parte, ella a este paso pronto sería toda... una pelota. Sí, porque de forma rara e inexplicable no podía dejar de aumentar de peso. Así que optó por todas las mañanas acompañarlo a correr, aunque odiaba levantarse temprano, lo hacía. De hecho, haría cualquier cosa por lograr bajar esos kilos de más. Aunque a Chris parecía no importarles, hasta le dijo que adoraba sus nuevas curvas, Jen se sentía agobiada. Cada vez que iba por él a la empresa y lo veía despedirse de Brittany, sentía que debía de recurrir a una liposucción cuanto antes.

Pero apenas pensaba en dejar de comer, sentía que se volvía loca, instintos violentos la asaltaban contra quien se interpusiera entre ella y su comida. Tenía hambre, siempre tenía una condenada hambre, y no podía combatirla de ninguna manera. Suspiró con pesar mientras preparaba ravioles para la cena, pensando que quizás debió preparar algo como atún.

—Huele delicioso —elogió él en voz baja, aterciopelada.

Grandes y torneados brazos la envolvieron por la cintura, haciéndola sonreír; Jen suspiró soñadoramente mientras Chris depositaba suaves besos contra su cuello, mandándole una descarga eléctrica que la recorrió hasta el punto sensible entre sus piernas. Sonriendo se giró hacia él. Iba descalzo y llevaba solamente chándales, y se veía caliente como el infierno con el cabello húmedo por la ducha que acababa de darse, su piel olía encantadoramente, a esa particular esencia suya, como a miel.

Deslumbrada, así era cómo se sentía cada vez que lo veía. Incapaz de contenerse, recorrió con un dedo sus abdominales, sentir la forma de esos duros músculos contra sus dedos se le estaba volviendo un vicio. Él sonrió, sus ojos llameando sugestivos. Era un engreído de primera, pero eso es lo que más le gustaba a Jen, así que se pegó un poco más contra él. Chris le regaló una sonrisa torcida antes de inclinarse hacia sus labios. Jen suspiró estremeciéndose al besarlo. Mentalmente se preguntó si algún día tendría suficiente de esto, porque sinceramente se estaba sintiendo como una ninfómana. Con un poco de atrevimiento, deslizó la mano hasta la protuberancia que crecía entre ellos.

—He creado un monstruo —dijo entre dientes, riéndose.

—¿No te gustaría... un *rapidín*? —preguntó Jen antes de bajar la mirada, pedir aquello le daba mucha vergüenza.

Chris la miró sorprendido antes de romper a reír a mandíbula batiente. Jen lo miró estupefacta, y mientras el rubor se extendía hasta su cuello se giró enfadada. Él deslizó los brazos a su alrededor, estrechándola, pero no podía dejar de reírse.

—Si no quieres solo dilo, no te burles de mí —refunfuñó cruzada de brazos. Chris suspiró, dándole la vuelta para mirarla, aún sonreía pero ahora de forma cálida.

—Sabes que te deseo, tontita. Te deseo de una forma que me resulta incluso insana —aseguró, deslizando los labios a lo largo de su cuello—. Pero... —Se apartó para mirar el reloj en su muñeca—. Nos queda poco tiempo para cenar y arreglarnos. Contigo nunca es suficiente un *rapidín*, necesito pasar un buen rato con tu cuerpo y lo sabes —aseguró, dándole un suave beso.

Ella suspiró, desterrando de nuevo la idea de que él no la deseara como en su tiempo lo había hecho Nathan. Chris tenía razón, ambos se querían, él no paraba de demostrarle cuánto la había extrañado y por lo general no duraban solo un par de minutos tocándose, ni mucho menos besándose. Él parecía trabajarla a conciencia, llevándola a escalas cada vez más altas, como si fuera un maldito reto para él robarle orgasmos.

—Hice cena para ti —susurró contra sus labios.

—Para nosotros, querrás decir.

—Yo ya cené —mintió, dándole un suave beso.

—¿Por qué no me esperaste? —indagó Chris.

—Es que necesito un poco de tiempo para comenzar a cambiarme, ya sabes cómo somos las mujeres —comentó, restándole importancia. Él la miró con ojos entrecerrados. A veces le resultaba difícil mentirle porque parecía que podía leerle el pensamiento. Después de unos segundos finalmente él se rindió.

—Hablando de eso, tengo que decirte algo —dijo sombríamente.

—¿Qué cosa? —Se sintió nerviosa ante su tono.

—No te lo había dicho porque la verdad nunca pensé que pasaría esto entre nosotros, pero ahora... —Sacudió la cabeza—. ¿Ya ves la firma que te conté que conseguimos?

—¿La arquitectónica?

—Sí. —Pasó una mano por su cabello—. Bueno la dueña de la empresa es Mia Clayton, y esta noche la veremos en la fiesta.

Capítulo Veintidós

Chris se miró frente al espejo por octava vez y suspiró.

Su puto cabello no tenía remedio. No importaba qué se pusiera encima o cómo intentara peinarlo, siempre terminaba luciendo así de incontrolable y, por primera vez en su vida, quería acomodarlo, quería lucir bien. ¿Quién lo diría? Nunca le había importado su apariencia, sabía que no requería hacer mucho esfuerzo para lucir bien, quizás pecaba de engreído, pero así había sido siempre. O al menos así había sido *antes* de que Jen entrara a su vida.

Impresionarla fue de las cosas más difíciles por las que hubiera pasado. Ella siempre ponía de lado su físico, pasando por alto cualquier intento que hiciera por deslumbrarla, incluso hasta por seducirla. La chica había estado permanentemente enamorada de su ahora ex esposo, y aunque pareciera increíble, en algún punto milagroso decidió dejarlo, por él. Ella había escogido formar algo nuevo, juntos, y eso a veces lo asustaba. La quería tanto que le resultaba desconcertante y aterrador ese sentimiento, le daba miedo pensar que ella se asustara y decidiera volver con su ex, o que simplemente un día se diera cuenta de que debía buscarse alguien de su misma posición social. Todos esos pensamientos le daban jaqueca, no estaba acostumbrado a lidiar con eso. Suspiró mientras alisaba las inexistentes arrugas de su traje *Massimo Dutti*.

A lo largo de los años se hizo de un montón de trajes, al menos ahora, realmente le servían más que para lucirlos de adorno. El traje en cuestión era oscuro, de tres piezas, y la camisa gris le oscurecía los ojos, odiaba los trajes tan elaborados, pero conforme el tiempo, había descubierto que aquello le agradaba a la mayoría de las mujeres, esperaba que Jen por fin entrara en ese porcentaje, con ella nunca se sabía qué esperar.

Cuando salió del baño, caminó como león enjaulado de un lado a otro por la estancia, esperando a que Jen saliera de la habitación. Luego, se detuvo a mitad del enorme salón, donde contempló el brillante piano en el centro, se sentó frente a él y tocó un par de teclas sin tener idea de qué más hacer para aplacar su nerviosismo. Su mente viajaba una y otra vez hasta la fiesta que se daría en un rato, donde vería a Mia, ahora le parecía ridícula la idea que había formado hacía unos meses cuando le ofrecieron el proyecto.

En cuanto escuchó el apellido Clayton, una absurda sed de venganza lo había poseído. La imperiosa necesidad de demostrarle que era mucho más que un prostituto lo agobió demasiado en aquel entonces, tan hundido estaba pensando en Jen, que había visto como una enorme distracción enfocarse en ridiculizar a Mia, sin embargo ahora... El sonido que hizo la puerta de la habitación al abrirse llamó su atención. Mirando hacia la planta de arriba, vio a Jen salir en forma titubeante, bajó lentamente las escaleras, luciendo tan hermosa que parecía fuera de este mundo, pero cuando su mirada se reunió con la suya, suspiró mortificada.

—Hum, creo que se me ve muy apretado el vestido, ¿qué te parece? —Se mordió el labio inferior en espera de su respuesta.

—Perfecta —aseguró sin pensarlo.

A Chris simplemente no se le venía a la mente otra palabra para describir cómo se veía su chica en ese momento, ella se ruborizó, dejando escapar un tembloroso suspiro. El largo vestido azul resaltaba lo pálido de su piel, la parte frontal no era muy escotada, cosa que realmente lamentó porque lo privaba de verle los pechos, pero la parte de atrás... *mierda*, el pronunciado escote terminaba apenas en su cintura baja, remarcando ese respingón trasero. La suave tela del vestido adhiriéndose a sus curvas simulando la silueta de una sirena. Era una vista bastante erótica en realidad. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras la repasaba de arriba abajo. No veía la hora de terminar con ese estúpido compromiso y volver a casa. Su miembro se removió inquieto dentro de sus pantalones, sin duda dándole la razón.

—Pensé que dirías que me veía como una pelota —murmuró llegando a su lado, donde se sentó sobre su regazo antes de acomodarle la corbata. Chris suspiró dejando que el aroma de la chica le golpeará los sentidos mientras la rodeaba con sus brazos.

—¿Por qué insistes con eso? —La miró a los ojos, descubriendo el temor oculto detrás de esa máscara de indiferencia. Jen trató de desviar la mirada pero no la dejó, sujetándole la barbilla.

—¿De verdad no se te hace que me veo gorda? —susurró. Él la miró con el ceño fruncido antes de sonreír lentamente.

—De hecho sí se me hace gorda —comentó con una sonrisilla. Ella lo miró, parpadeando sin adivinar, Chris se soltó riendo estrechándola con fuerza, enterró el rostro en el suave cuello de la chica, restregando la nariz para aspirar su aroma. Simplemente delicioso—. Cada vez que te miro, sin duda se me hace gorda.

Volvió a decir riéndose, sin embargo el cuerpo de Jen seguía tenso, de nuevo estaba malinterpretándolo, por lo que suspirando se irguió para verla y... *puta mierda*.

—¿Estás llorando, bebé? —preguntó incrédulo, ella negó rápidamente, tratando de limpiarse las lágrimas—. ¡Oh, nena! Nunca quise ofenderte, no era mi intención herir tus sentimientos, tan solo estaba bromeando con eso de que, *diablos*... —Se pasó una mano por el cabello, tirando de él—. Luces perfecta, nada de lo que te estás imaginando en esa complicada cabeza tuya. Para mí no hay nadie que se pueda comparar contigo... te amo tanto...

Ella sollozó más, ocultándose en su pecho. Definitivo, Chris no sabía qué esperar con Jen, últimamente era como vivir en una montaña rusa.

—¿Qué es lo que pasa? —cuchicheó contra su cabello al tiempo que le frotaba los brazos. Ella lo miró, intentando contener más lágrimas, pero sus ojos verdes lucían cristalinos y con gran pesar.

—Es que tengo miedo de no ser capaz de retenerte —susurró con la voz quebrada.

—¿De qué? —indagó extrañado, ella asintió. Chris frunció el ceño sin comprender—. Um, ya sabes, siempre puedes esposarme a ti —bromeó, tratando de relajar el ambiente, lográndolo al escuchar su suave risa. Chris suspiró al intuir las dudas de la chica—. ¿A qué te refieres exactamente con retenerme? —pidió, acariciándole la espalda desnuda.

—Tengo miedo de no ser capaz de reunir todo lo que te mereces. Ahora dices que luzco perfecta —susurró, mirando su cuerpo con ironía—, pero luego, cuando las lonjas se salgan de control, cuando mi rostro sea totalmente redondo y cuando no me alcance ni siquiera a ver los pies, porque al parecer no puedo parar de engordar, espero que sigas pensando de la misma manera —hipó con pesar. Chris sonrió con calidez tomándola del mentón.

—Eres un poquito exagerada, ¿no te lo han dicho? —murmuró contra sus labios. Ella no respondió, sus profundos ojos mirándolo con intensidad, aún llenos de lágrimas—. Para mí te ves igual que siempre. —Jen sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos, haciéndolo suspirar—. Escúchame bien, siempre me retendrás de forma permanente e inquebrantable. Aunque... si lo que quieres son cumplidos, solo dime, me sé un montón de cochinas que quizás puedan agradarte, *cosita rica*... —ronroneó, inclinándose hacia ella, haciéndole cosquillas que la hicieron reír.

Sonriendo contra su cuello, Chris se deleitó con su aroma frutal, chupando su piel con delicadeza, probando ese delicado sabor antes de darle una suave mordida. Ella gimió quedamente, estremeciéndose entre sus brazos, sus manos sujetándose con fuerza a sus hombros, el sonido repercutió directo en su ingle, poniéndolo más duro que una roca, la quería ahí y ahora.

—Lo que podemos hacer sobre este piano —dijo con la voz ronca contra su oreja, restregándose ligeramente contra ella.

—Será mejor... que nos vayamos —contradijo Jen con voz entrecortada. El castaño suspiró, de verdad que ya no quería ir.

Muchísimo menos para ver a Mia, esa era la peor parte; tratando de no pensar en eso miró detenidamente a Jen. ¿Por qué la insistencia en que se veía gordita? Escaneó su rostro y no encontró nada más que vida, se veía radiante y fresca. Sus pechos, bueno, ahí sí que ya no eran cerezas, pero Dios, ¿quién se iba a quejar de semejante cosa? Estaban llenos y firmes, apenas y cabían en sus manos, luego descendió un poco más... frunciendo el ceño.

—Quizás tengas gastritis o colitis —comentó, viéndole su redondez—. O ambas, creo que la colitis inflama el estómago.

—¿Tú crees? —preguntó Jen, tocándose.

—Sí, a Axel le pasa seguido. Ya sabes, cuando uno se mal pasa y come demasiados irritantes, siempre aparece alguna de esas enfermedades.

—Tal vez tengas razón, me gusta mucho comer chile y además... tócalo, mira qué duro está —aseguró Jen, quien seguía tocándose el estómago. Chris se soltó riendo.

—Si quieres tócalo *tú*, está muy duro —sonrió socarronamente—, además, sé que te gusta mucho el chile, no me quedan dudas —dijo riéndose cerca de su oreja al tiempo que posaba una mano sobre su estómago y lo acariciaba. Ella lo abrazó contenta y sin entender el doble sentido, lo que lo hizo sonreír. Le dio un suave beso antes de separarse de ella—. Tendremos que ir al médico, o hablaré con Mateo.

Jen asintió, y después de que hiciera la llamada y recibieran instrucciones sobre cómo

manejar el malestar, salieron de la casa. En el camino fueron relativamente en silencio. La joven miraba por la ventana, en realidad estaba totalmente distraída, y Chris supo que seguía pensando en la misma tontería.

Realmente no podía entenderla, lucía perfecta, exquisita, incluso absolutamente sensual, pero claro, igual le encantaba Jen con cualquier ropa, o sin ropa de preferencia. No veía por qué se complicaba tanto y decidió dejarlo pasar. Las mujeres a veces se portaban raras, ¿estaría por tener su período? ¿O quizás ya lo estaría teniendo? Un escalofrío lo recorrió al pensar que quizás se negaría a tener sexo. Evelyn lo hacía. No le gustaba que siquiera se tocaran cuando ella tenía su período, para Chris esos eran los días más angustiantes del mes. Iba a preguntarle a Jen sobre eso, pero cuando menos pensó, ya estaban llegando al lugar, el cual estaba muy concurrido, autos buscando dónde estacionarse y personas elegantes caminando hacia el edificio, por lo que resopló. Se bajó del auto, abriendo la puerta a Jen para luego tenderle la mano y ayudarla a bajar. Ella sonrió, mirándolo divertida antes de tomar su mano, y en cuanto lo hizo, Chris tiró de ella para estrecharla contra su pecho.

—¿Qué haces? —preguntó aún sonriendo.

—Te ves muy tentadora, demasiado para tu propia seguridad —afirmó sonriendo, ella le devolvió la sonrisa, por lo que cerró el espacio que los separaba, inclinándose hacia sus labios comenzó a besarla con algo más que entusiasmo. Ella jadeó sorprendida, pero le regresó el beso de buena gana, permitiéndole profundizarlo, así estuvieron un par de minutos hasta que Chris tuvo que separarse en busca de aire—. ¿Quieres que me ponga todo celoso? —murmuró, dejando que sus labios le recorrieran la mandíbula, ella sonrió, acariciando las solapas de su traje.

—Aquí la única celosa soy yo, *pequeño ponny*, ni siquiera te haces una idea de cuánto —susurró contra su oreja, estremeciéndolo.

—¿De verdad? —preguntó frunciendo el ceño. Ella lo miró unos segundos de forma incrédula antes de rodar los ojos.

—¿Estás de engreído, no? —Él tan solo se encogió de hombros—. Pero si quieres te lo digo en voz alta, luces guapísimo.



Jen suspiró otra vez mientras se aferraba al brazo de Christopher.

No importaba lo que él dijera. Chris parecía un condenado modelo de revistas. Él era una jodida obra de arte, y Jen no podía dejar de pensar que se veía como la afortunada ganadora de un escandaloso premio. Con Nathan alguna vez sintió lo mismo, sin embargo, Jen sabía que ella también se veía bien, no se sentía mal con su cuerpo. Nunca jamás le había pasado por la cabeza imaginarse gordita. Siempre había tenido unas caderas aceptables, un trasero que recibía halagos y nada de bubis, pero bueno, no era como si le importara mucho, ya existían los sostenes con relleno. En cambio ahora, ¡Dios, le sobraba relleno! El vestido que llevaba puesto era uno de los que había comprado junto con Chris cuando habían ido con Selena, la vendedora de la tienda. Solo que ahora no era aquella

fina muñequita, por el contrario, se sentía como un tamal mal amarrado, como que se hubiera comido el pavo entero en Navidad.

Aprovechando que Chris trabajaba por la mañana, se compró otra faja que usaba mientras estaba con él. Hoy por supuesto no había sido la excepción y la llevaba puesta. Le había costado mucho acomodársela sin que sobresaliera por el escote del vestido e incluso la había cortado un poco, aunque en estos días sentía que la oprimía demasiado y le faltaba el aire pero no importaba, después se compraría otra, y en cuanto regresaran a casa, correría a quitársela sin que él se diera cuenta, tenía la impresión de que si algún día se la veía puesta la haría arder de inmediato. Suspiró tocándose de nuevo el estómago, quizás Chris tenía razón, la colitis hacía que las personas se vieran como embarazadas. Lisa también lo padecía, y una vez cuando estaba comprando ropa la encargada le preguntó que cuántos meses tenía, haciéndola enfurecer... Chris carraspeó a su lado, trayéndola de vuelta, y cuando elevó la mirada, parpadeó deslumbrada ante la visión.

—*Oh...* —Fue todo lo que pudo decir, llevándose una mano a los labios. Ahí, mirándola intensamente, estaba el doble de Chris. El traje azul oscuro destacaba esos familiares ojos, la camisa blanca marcaba cada ángulo de su afilado y apuesto rostro.

—Jennifer, te presento a Owen... mi padre —murmuró en voz baja, incluso un poco aprensiva.

La joven abrió los ojos de par en par, Chris nunca le había contado de su padre, incluso le había dado la impresión de que no quería saber de él. Jen lo miró sin comprender, pero éste le lanzó la mirada *uno*, la que pedía a gritos que le siguiera la corriente.

—Es un placer conocerte, Jennifer... —El susodicho le tendió la mano, su voz baja e incluso parecida a la de Chris.

—Jen —corrigió con una sonrisa.

—No sabía que tuvieras una novia tan bonita, Chris, los felicito. —Él asintió, luciendo reservado—. Estaré con los directivos, nos veremos más tarde —se despidió con una amable sonrisa antes de irse, dejándolos en una especie de trance hasta que ella suspiró.

—*Mierda*, creo que me acabo de enamorar de tu padre —dijo, sin dejar de ver a... su suegro, a su lado, Chris no sonreía para nada—. Por Dios, era una broma como las que tú sueles hacer, *guapucho* —susurró, deslizando las manos al cabello de su nuca.

—Absurda —refunfuñó Chris antes de darle un suave beso.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque no quería decirte que si tengo trabajo, es gracias a él —dijo encogiéndose de hombros, tratando de lucir despreocupado.

—Tú tendrías trabajo donde fuera, estoy segura —afirmó ella acariciándole la mejilla, frunciendo el ceño al verlo no muy convencido de sus palabras—. Entonces, ¿cómo lo conociste?

—No quiero hablar de eso en estos momentos, mejor... ¿quieres practicar tus pasos

de baile? La última vez lo hiciste tan mal, que no sé si ya te quedó claro —bromeó sonriendo, ella solo rodó los ojos ante el cambio de tema, pero aceptó ir con él hacia donde algunas parejas bailaban.

Si él no quería hablar de eso no iba a presionarlo. En el fondo se escuchaba la canción de *Bruno Mars, It will rain*. Al llegar a la pista, se apretujó contra su duro cuerpo, sintiéndose feliz mientras él tomaba el control. Sin poder evitarlo sonrió contenta, era increíble que él la quisiera tanto como ella lo quería a él.

—*If you ever leave me baby, leave some morphine at my door...* —El castaño le estaba cantando la canción al oído; su voz, ronca y baja, mandaba escalofríos por su piel. Jen sonrió apoyando la cabeza en su pecho, adoraba que tarareara contra su oído.

—Un día quiero que hagamos una fantasía donde tú seas un cantante —susurró, enredando los dedos en su suave cabello.

—¿Serás mi fan acosadora? —Sus ojos brillando traviosos.

—Claro, te seguiré y te acosaré hasta que tengas que levantarme una orden de restricción —confirmó riéndose, Chris la miró unos instantes, sonriendo de manera torcida. Sus ojos chispearon como el perverso que era, haciéndola ruborizar.

—Pero antes de hablarle a la policía, creo que...

—¡Chris! No te había visto. —Jen cerró los ojos, suspirando mortificada ante la interrupción. Ambos se giraron para encontrarse con la zorra.

—Britany, hola... Yo... Ella es Jen —tartamudeó Chris, visiblemente desconcertado. La joven se separó de él pero se colgó a su brazo, sin evitar que sus ojos recortaran a su rival.

—Mucho gusto —musitó, no sintiéndolo en lo absoluto, nada de gustoso había en verla.

Britany llevaba un vestido naranja con un escote de zorra, sí, porque solo las zorras como ella usarían un escote hasta casi el ombligo, dejando ver la mitad de la curva de sus pechos. Jen se mordió ligeramente el labio al imaginar que seguramente, solo llevaba bragas bajo ese vestido, nada de fajas como ella.

—Todo el equipo va a saludar a los inversionistas, acaban de llegar... ¿vamos? —preguntó con su voz toda dulzona.

—¿Quieres venir? —Chris la miró, en sus ojos había cierta precaución. Jen suspiró, no iba a portarse como una loca celosa, aunque se moría por hacerlo, al final fingió una sonrisa.

—No, mejor te esperaré en la mesa, me siento un poco cansada. —Él la miró unos momentos más, tratando de escudriñar en su mente, la joven volvió a sonreír, esta vez de forma genuina.

—Bueno, hum, no me tardaré nada, ¿sabes que te amo, verdad? —indagó antes de darle un suave beso en los labios. Jen se derritió en sus brazos. Abrió los ojos maravillada después de que él se separara, asintiendo.

—También te amo.

—Bueno, andando —comentó Chris girándose hacia la zorra, quien tenía una mueca que se disipó en cuanto se reunió con él, sonriendo como si estuviera viendo al mismo sol.

Jen reprimió un bufido que luchaba por salir de su garganta. Hoy parecía el día de la congregación de las zorras. Por si no bastaba ya con Mia, además estaba Brittany. La joven se fue a la mesa y estuvo sentada sin hacer nada en particular. Los minutos pasaron sin que Chris diera señales de vida, por lo que mortificada, se cansó de estar sentada, además ya se había terminado la repostería que había en la mesa, por lo que se levantó y comenzó a deambular. El salón estaba decorado de forma elegante, con majestuosos centros florales en las mesas y por doquier servían *bourbon*. La música ahora era clásica, lo que la hizo sonreír. Extrañaba tocar el piano, extrañaba algunas cosas que había dejado de hacer. Buscó a Chris de forma disimulada, no quería parecer una acosadora... o al menos quería dejar de parecerlo... como sea.

Pronto comenzó a sentirse acalorada, incluso mareada. Salió a paso decidido hacia la terraza, necesitaba un poco de aire, ya casi entraba al balcón cuando escuchó los murmullos, reconociendo una voz familiar. Caminó cautelosamente pero se congeló al instante cuando los vio.

—¿Estás entonces tratando de demostrarme que eres más que un *cosplayer*? —preguntó Mia con una sonrisa.

Ambos estaban en la terraza, Jen podía ver a Mia, pero Chris le estaba dando la espalda. El vestido negro de la rubia era sin tirantes, y marcaba sus exagerados pechos apenas cubiertos, la caída del vestido llegaba al suelo y brillaba sutilmente con las luces.

—No tengo nada que demostrarte, te lo aseguro —afirmó Chris, utilizando una voz plana.

—¿Entonces por qué justo escogiste mi empresa? —Sonrió dando un paso hacia él.

—Por fastidiar —comentó encogiéndose de hombros.

—No te entiendo, Owen. —Mia cerró la distancia entre ellos, en una mano sujetaba una copa y con la otra recorrió las solapas del traje del castaño. Jen cerró las manos en puños tratando de controlarse, no le gustaba para nada la intimidad que proyectaban. Esa confianza de dos amantes que simplemente acababan de encontrarse—. ¿Te quieres comer al mundo?

—¿De qué hablas? —cuestionó él. Jen respiró hondo. ¿Por qué mierda no se apartaba? ¿Por qué estaban hablando en este lugar? ¿Por qué se dejaba acariciar?

—Sé que sigues viendo a la chica Stanford. ¿Te gusta lo prohibido? —Se rio—. Estoy segura de que este es otro de tus personajes, ¿qué estás interpretando ahora? ¿Jack, el de *Titanic*? ¿El de algún amante? Porque definitivamente no puedo creer que te enamoras de la crema y nata de la sociedad.

—Piensa lo que quieras, me tiene sin cuidado —contradijo Chris de forma casual, pero Jen percibió su tono helado y afilado.

—Es una chiquilla mimada, sin ninguna gracia. Nathan me ha dicho que es una aburrida en la cama, una frígida, por eso se divorció. ¿Qué más te puede interesar de ella si no es su dinero?

Jen parpadeó sintiéndose herida. ¿Cómo es que Nathan había sido capaz de decir eso? Luchó contra las lágrimas mientras se llevaba las manos al corazón. Esa bruja era peor de lo que esperaba, y en cuanto a Nathan, ese reverendo cabrón se las iba a pagar.



Chris respiró hondo, por lo general no perdía los estribos con las mujeres, pero por Dios, estaba a punto.

—¿Te refieres al mismo Nathan que toma *viagra* porque no puede hacer nada por sí mismo? —mintió, logrando confundirla.

—¡Eso no es cierto! —gritó defendiéndolo, Chris elevó una ceja mirándola con una sonrisa.

—Te acostaste con él —aseguró.

—Lo que yo haga no debe importarte. Alguien como tú está destinado para cosas mejores, Owen. Eres muy guapo, educado y listo. No pierdas tu tiempo con tonterías. —Sacudió la mano como restándole importancia—. Mira, si sigues así por lo que pasó aquel día, me disculpo. Te prometo que no volverá a pasar, solo regresa a mi lado y te juro que olvidaremos todo. Te aseguro que será como antes, te daré más dinero, sé que lo necesitas y yo...

Christopher apoyó la cadera en el borde del balcón al tiempo que le regalaba una sonrisa seductora y arrogante, esa misma que usaba para una victoria segura, esa que usaba de forma fría y calculadora. Mia dejó de parlotear antes de verlo embelesada, provocándole náuseas. Dios, cómo deseaba desbaratarla. Sus ojos llamearon con calor, fuego azul provocando que la sonrisa de la rubia se hiciera más grande. Lo estaba malinterpretando. Tiró de su cintura, sintiendo la presión de sus senos en su pecho, soportando las arcadas cuando se inclinó contra su oreja.

—Eres una zorra, ¿lo sabes, verdad? —Ella se tensó en sus brazos, su sonrisa cayó al instante—. Me das tanto asco que creo que tendré que tallarme las manos y quemar el traje después de esto.

—¿Q-Qué estás diciendo? —inquirió con la voz entrecortada, sus ojos abriéndose de par en par.

—Piensas que con las cirugías te ves más joven, cuando en realidad, cada día te ves más plástica. Nunca pensé que te tendría tanta *lástima*.

El rostro de la rubia se descompuso, lo empujó como si fuera ácido y lo miró como si le hubiera salido una tercera cabeza. Chris también la miró unos segundos antes de soltarse riendo, sin duda iba a disfrutar de su venganza.

—¿Te quedó claro o quieres que te lo illustre? —Una voz rompió el silencio, haciendo que Chris se tensara, girándose atónito mientras ella se acercaba.

—Jen, yo... —balbuceó, pero ella no le prestó atención.

—Tú cállate, frígida —gritó Mia indignada, los ojos verdes de Jen centellaron

visiblemente furiosos.

—La verdad no sé cómo dirigirme a ti, no sé si eres mujer o travesti —espetó con una sonrisa, la rubia boqueó un par de veces, alternando la mirada entre Jen y Chris.

—¿Piensas que está contigo por algo que no sea tu dinero? Lo que él está haciéndote, en su tiempo lo hizo conmigo, ilusa —aseguró Mia, crispada—. Pobre Nathan, no sé cómo pudo soportarte, con razón tuvo que buscar consuelo en otro lado, ahora, si me disculpan... —Dio un par de pasos alejándose, pero se topó con Owen que venía hacia ellos.

—Vaya, aquí están —dijo el susodicho—. Los estaba buscando.

—Este empleado tuyo es un oportunista, me está pidiendo dinero para cerrar el contrato, te exijo que lo despidas —aseguró irritada.

—Lo dudo mucho, Mia. —Owen frunció el ceño—. Este empleado, como lo llamas, no tiene necesidad de ser oportunista.

—Pues lo es, me ha pedido una cantidad ridícula de dinero a cambio de darme los mejores anuncios, o de lo contrario me difamará. —El señor sonrió sacudiendo la cabeza.

—De hecho, sin tratar de parecer presuntuoso, podría pasar el resto de sus días viajando por el Caribe sin preocuparse por otra cosa que no sea a qué hora le van a servir otro whisky, te aseguro que *no* necesita dinero —afirmó con la voz repentinamente afilada.

—¿Qué, a qué te refieres? —parpadeó visiblemente confundida.

—No es necesario que digas nada... —comenzó a decir Chris, pero fue interrumpido.

—A que estás hablando de mi hijo. —Los ojos de la rubia se agrandaron, mirándolos alternativamente como si no pudiera creerlo, aunque rápidamente recompuso el gesto.

—Pues lamento decirte que ese *hijito* tuyo, intentó además propasarse conmigo... —Sus ojos azules y fríos se centraron en Jen, una lenta sonrisa se dibujó en sus labios—. Incluso frente a su amante en turno, no tiene ninguna vergüenza. No recuerdo haberme sentido tan ofendida antes, qué falta de seriedad en esta empresa, pondré un anuncio en el periódico sobre lo que ocurrió aquí y mandaré por los suelos la reputación de *Willson*, te lo juro. —Después de eso empujó una silla, abriéndose paso al irse.



Mientras Mia se paseaba frente a ellos, todavía despotricando, Jen se fijó que el vestido que arrastraba por el suelo se había enredado bajo la pata de una silla, y... no hizo nada por advertirle. La rubia no se percató, enredando el vestido más y más hasta que aquello la detuvo en seco, enfurecida comenzó a forcejear con la prenda, tirando con excesiva fuerza hasta que de pronto, ésta se desgarró provocando que los siliconados senos saltaran al instante fuera del escote del vestido. El brillo metálico fue lo primero que resplandeció, llevaba una especie de pinza en ambos pezones que se unían por medio de una cadena al parecer de oro, el corsé de cuero solo era la cereza en el pastel. La rubia gritó aterrada, tirando del vestido con más fuerza, intentando cubrirse. Jen no pudo

soportarlo y soltó una carcajada al tiempo que sacaba el celular ante la mirada atónita de Chris y su padre.

—Qué falta de seriedad, Mia, la corporación Stanford sin duda nunca trabajaría con una mujer con esa clase de... *tendencias*. —Tomó una foto—. Creo que pondré un anuncio, comentando la clase de *seriedad* con la que se maneja tu empresa.

La rubia parpadeó atónita, con el desgarrado vestido entre sus manos temblorosas, su cabello revuelto y la mirada horrorizada.

—¿Eres la hija de Thomas Stanford? —preguntó Owen, mirándola asombrado.

—Sí, justo estaba pensando en comentarle a mi padre de su empresa de publicidad, nos vendría muy bien un poco de promoción. Así que si quieres irte, Mia, te estás tardando.

La rubia la miró enfurecida, sus ojos lanzaban fuego, pero sorprendió a todos diciendo:

—Espero que esto quede e-entre nosotros, agradecería que borraras esas fotografías. —Su rostro estaba completamente rojo—. Naturalmente no iré al periódico, y quiero seguir con el proyecto, ya... nos veremos el lunes.

—Me parece lo correcto, Mia, y no te preocupes, esto estará entre nosotros, ¿verdad, Jen? —Ella solo asintió—. Ahora solo quiero que le pidas una disculpa a los chicos —exigió Owen. Chris se movió inquieto, al parecer no quería eso, pero Jen lo sujetó del brazo haciéndolo guardar la compostura.

—Yo... —Mia se sonrojó, aún intentaba sostener el vestido contra su pecho—. Lamento mucho lo que les dije, Owen... yo espero que olvides este... *incidente*. —Chris no respondió pero asintió. Después de eso, Owen se quitó el saco para cubrir a Mia y acompañarla hacia la salida.

—¿Nos vamos? —preguntó Jen sonriendo, pero Chris seguía muy serio, su semblante tenso y reservado cuando la sujetó de la mano para sacarla de la fiesta.



En el camino, Chris no soportó más el silencio, se sentía como un imbécil, por eso en cuanto les tocó un semáforo en rojo, no le quedó más remedio que hablar.

—Siento mucho lo que pasó —murmuró, pasándose una mano nerviosamente por el cabello.

—Esa mujer se merecía algo peor, Chris —refunfuñó Jen.

—No. —Sacudió la cabeza—. Actué mal, de forma estúpida e inmadura. Debí dejar las cosas como estaban. Mia sabe que te quiero desde hace mucho tiempo y por eso te habló con tanto rencor. Siento mucho que tuvieras que estar incluida en todo esto, bebé. Lo último que quiero es hacerte daño.

—No me hizo ningún daño, no me importa tampoco lo que Nathan haya hecho o siga haciendo —aseguró, acercándose a él—. Me da mucho gusto que te desahogaras, no me

imagino cuántas cosas tuviste que pasar mientras eras *cosplayer*. —Chris suspiró. No le gustaba que estuviera sintiendo lástima por lo que había tenido que hacer, sin pensarlo aceleró un poco más—. Quiero saber algo que le dijiste a la *plasticucha*, así tipo... ¿desde cuándo te gusto? —preguntó en tono seductor. Chris parpadeó, definitivamente estaban en-la-montaña-rusa. Suspiró antes de sonreír.

—¿Me estás coqueteando?

—¿Quieres que te conquiste? —susurró, acariciándole la mandíbula.

—Inténtalo. —Se restregó contra los suaves dedos de la chica.

—Si lo intentara, estoy segura de que caerías. —Chris se soltó riendo al recordar que eso mismo le había dicho él cuando no la reconoció en aquella fiesta.

—Lo más probable, eres mi perdición, ya te lo he dicho. —Ella se ruborizó un poco antes de seguir hablando.

—Y... ¿por qué no me cuentas cuáles han sido tus fantasías favoritas? —Chris sonrió mientras avanzaban—. Bueno... sé que deben ser muchas, has vivido demasiadas cosas...

—No —interrumpió sacudiendo la cabeza—, mis mejores fantasías empezaron desde que nos conocimos.

—¿Lo dices en serio? No veo cómo pudieran gustarte —cuchicheó nerviosa, haciéndolo reír al tiempo que sujetaba su mano.

—Nunca pensé que serías tan tímida, así que la primera vez fue como si estuviera con una chica virgen.

—Tenía mucho tiempo sin... tener sexo activo —susurró ruborizándose.

—Lo sé. —Le apretó suavemente la mano. No le gustaba pensar en Jen teniendo sexo con... *nadie*.

—Bueno, una fantasía que a mí me gustó mucho fue cuando fuiste mi... *doctor* —afirmó con las mejillas encendidas.

—Ah... —Chris recordó vívidamente todo y se revolvió incómodo en el asiento—. Claro que lo recuerdo, me muero porque volvamos a hacerlo, esa también es de mis favoritas.

—Creo que... en ese momento me di cuenta de que accedí a lo que hicimos ese día, porque ya te quería y confiaba en ti más que... en él —susurró—, sabía que tú no me harías daño.

—Nunca —confirmó mientras se estacionaba fuera del enorme edificio donde vivían.

Se apresuró a bajarse de *Redish* y le abrió la puerta a Jen para ayudarla a salir; cuando ella descendió del automóvil, la estrechó entre sus brazos haciéndola reír.

—Creo que yo te quiero desde el momento en que te escuché roncar, ya sabes, fue de lo más casual y erótico —dijo en tono juguetón, ella rodó los ojos, separándose para caminar hacia la casa, pero Chris la volvió a abrazar por la espalda, para ir juntos.

—No me parece gracioso, pero si no se te viene otra cosa a la mente lo comprendo —

refunfuñó, pegándole en la mano. Chris se rio pero apenas llegaron a la puerta la arrinconó sin dejarle espacio.

—Creo que me enamoré de ti desde el mismo momento en que me hundí en tu interior —murmuró, paseando las manos por su espalda—. Estar dentro de ti es como estar en el cielo, me vuelve loco, me hace perderme por completo. —Sujetó el pequeño rostro de Jen entre sus manos—. Al principio lo confundí solo con algo físico, pensé que solo eso quería de ti, me lo repetía diariamente. ¿Pero cuando te permití mudarte a mi departamento? En fin —suspiró—. Cuando no estábamos juntos te tenía siempre en el pensamiento, y cuando nos volvíamos a ver, no podía esperar a compartir más cosas contigo, y no solo fantasías, me encanta tu risa, tus ocurrencias, eres como un huracán que arrasó con mi vida. Ahora veo que fui un tonto al tardarme tanto en descubrir cuán hundido estaba ya en ti.

Jen parpadeó, sintiendo lágrimas acumularse en sus ojos que tuvo que luchar por no dejarlas salir.

—Te amo —susurró con una encantadora sonrisa.

Chris la empujó dentro del departamento, besándola con necesidad. Como siempre, la temperatura entre ellos comenzó a subir, así que intentó comenzar a desnudarla, pero de pronto, Jen se tensó impidiéndole seguir.

—Iré rápido al tocador, necesito un momento... —pidió nerviosa, él gruñó, sujetándola con fuerza—. ¿Por favor? —jadeó.

—Está bien —refunfuñó liberándola, antes de dirigirse hacia la cocina.

Se sirvió varias copas ya que Jen se estaba tardando bastante, caminó rumbo a la estancia pensando por qué diablos su erección no se bajaba ni un segundo, estaba dolorosamente excitado y no veía la hora en que... El resplandor del piano llamó su atención, y una fantasía se armó inmediatamente frente a sus ojos justo al tiempo que Jen salía del tocador. La sangre se disparó por sus venas al ver los ojos grandes e inocentes de Jen, ella le sonrió cálidamente, él le sonrió... listo para comenzar con una fantasía.



—¿Por qué no tocas un par de canciones para mí? —pidió Chris caminando despreocupadamente hacia el piano, en sus manos llevaba una espumosa copa con champaña.

—Hum... —Se mordió el labio—. ¿Qué quieres escuchar?

—Lo que sea —pidió, encogiéndose de hombros.

Jennifer se encaminó hacia el piano, sintiéndose contrariada. Solo Dios sabría qué estaba pensando Chris, pero decidió hacerle caso, así que inmediatamente después la suave música inundó la gran habitación.

—¿Luz de luna? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, ¿la recuerdas? —Sonrió asombrada.

—Por supuesto, la ponías seguido en tu auto. —Ella asintió contenta, interpretando la canción. Dejó que sus dedos volaran a lo largo de las teclas, su mente viajando con el sonido de las notas, cerró los ojos como si se transportara a otro lado, la música absorbía sus sentidos por completo—. Luces concentrada en la melodía.

—Sí, es que me gusta sentirla —afirmó.

—Me imagino. —Se rio oscuramente, negando con la cabeza.

Jen no sabía cuánto extrañaba tocar el piano hasta que la melodía la envolvió, era tan sobrecogedora, tan intensa que, perdida como estaba, no sintió en el momento en que Chris se escabulló debajo del piano hasta que gritó al sentirlo moverse entre sus piernas, se llevó una mano al corazón, dejando de tocar abruptamente.

—¿Q-Qué haces? —jadeó asustada intentando patearlo, el idiota la miraba desde abajo, sonriendo torcidamente.

—Sigue tocando, yo también voy a tocar... *por acá* —ronroneó, abriéndole más las piernas.

—No sé... no sé si pueda... es que tú estando *allí*, no... —susurró ruborizada, intentando patearlo una vez más, pero él le sujetó con más fuerza las rodillas.

—Inténtalo, estamos en tus clases de música... —murmuró en voz baja, sus ojos azules brillando seductores... *mierda*.

Chris y sus putas miradas.

Jen se mordió el labio antes de respirar hondo, si se concentraba en otra cosa podía hacerlo, podía tocar alguna melodía, así que a los pocos segundos la música volvió a empezar. Se concentró en recordar cuando era niña y participaba en recitales, recordó cuando tocaba de adolescente en el instituto... Él no perdió el tiempo, rápidamente acomodó de alguna manera su inmenso cuerpo entre sus piernas y comenzó a acariciarle la cara interna de los muslos con sus grandes manos. Jen se estremeció como si una descarga eléctrica la recorriera, por lo que la melodía desafinó un poco.

—Concéntrate, en el recital no habrá errores. Cualquier detalle será considerado, y con esto fácilmente estará descalificada. ¿Quiere que la descalifiquen? —inquirió, continuando con sus caricias, ahora desde los tobillos siguiendo todo el camino hasta sus muslos.

—¿Cuál reci...? —se interrumpió cuando sintió las manos de Chris tensarse, *mierda*. ¿Era esto... *una fantasía*? ¿Cómo iba a poder distinguir cuando estaban empezando con alguna? Parpadeó tratando de despabilarse, no quería arruinar todo el tiempo las cosas con él, no quería cometer los mismos errores—. ¿Q-Quiénes son los concursantes?

—*Steve* es uno —farfulló con una sonrisa. Jen abrió los ojos de par en par, ahora sí que iba a patearlo, pero cuando el rostro del castaño se acercó más, su cálido aliento golpeó contra su centro haciéndola gemir en el proceso, por si no fuera suficiente tortura, comenzó a chupar lentamente sobre sus bragas.

—*Putá mierda...* —exclamó finamente mientras un sonido ahogado abandonaba sus labios, sin contenerse, golpeó las teclas haciendo un ruido estruendoso.

—Si vuelve a parar de tocar, haré lo mismo por *aquí* —le advirtió, viéndola desde su postura.

Jen lo miró con todo el odio del mundo, él estaba ahí con su cara de sabelotodo, tan guapo como el infierno. Enojada le agarró el cabello y lo impulsó contra su centro, Chris se rio, un sonido suave y agradable que la recorrió de arriba abajo y aunque, sin poder evitarlo se ruborizó, se recordó que a él le gustaba que fuera ella misma. Sin perder el tiempo comenzó a tocar la canción de nuevo, gracias a los cielos había tenido la precaución de quitarse la faja y de esa forma Chris no la regañaría... Cerró los ojos con fuerza cuando de nuevo sintió esa cálida lengua.

—Hum... eres tan dulce —murmuró él, frotando el pulgar sobre su pequeño montículo. Ella no respondió, tenía miedo de que un grito de placer abandonara sus labios, pero claro, tratándose de Chris, no se quedó conforme y movió las bragas hacia un lado, deslizando despreocupadamente el pulgar sobre su clítoris, paseándolo de arriba abajo—. Si tocas las *teclas* adecuadas, la melodía es asombrosa.

—¿Tú crees? —preguntó nerviosa. Él se volvió a reír.

—Ya lo creo que sí —afirmó mientras seguía con esa tortura.

Después se inclinó de nuevo, frotando sus largos dedos sobre el material de las bragas, de forma lenta pero con la presión exacta para mandarla al abismo. ¿Por qué aún con las bragas se sentía tan increíble?

—Elévate —ordenó, retirándose. Jen se elevó un poco para que él tirara de sus bragas—. Me encanta tu sexo depilado, sentirte húmeda, tan lista... —dijo con voz áspera. No le dio tiempo de contestar con alguna queja porque, un segundo después y sin aviso, él introdujo dos dedos dejándola sin aliento. Sus ojos se encontraron, los de Jen querían matarlo y a la vez pedirle que siguiera. Los de Chris tan solo eran de un jodido pervertido—. Sigue to-can-do.

La joven cerró los ojos, ya no quería verlo. Además, no recordaba haber pasado una tortura más intensa que ésta, la lengua de Chris era inclemente sobre sus sensibles pliegues, sus labios recorriendo cada lugar concienzudamente, mordisqueando y succionando, y sus dedos... *Dios...* curvándolos ligeramente hacia dentro, haciendo unos movimientos que tocaban un punto que... El orgasmo la tomó desprevenida, dejando escapar un gemido audible mientras dejaba caer las manos sobre las teclas, ahora sí haciendo todo el ruido del mundo, entre el estruendo de las teclas que se confundían con sus gritos. Su cuerpo tomó vida propia y comenzó a restregar las caderas con abandono contra él.

Aún hundida en el placer, se regañó mentalmente por haberse venido demasiado rápido, pero si Chris estaba o no enojado no lo demostró, ya que siguió moviendo los dedos dentro y fuera al tiempo que presionaba con firmeza la lengua sobre su clítoris, aquello la mandó directo a las puertas de un segundo orgasmo, pero justo cuando estaba alcanzándolo, el muy cabrón se detuvo.

—¿Por qué mierda te detienes?! —gritó como posesa, observándolo como si se hubiera vuelto loco.

—Porque ahora quiero que lo hagas tú misma, quiero ver —habló con la voz ronca,

desajustándose la corbata.

—¿Q-Quieres que yo... que me toque *allí*? —jadeó horrorizada.

—Ya lo has hecho antes. —Jen contuvo el aliento, lo había hecho una sola vez y había estado casi en calidad de cucaracha por culpa del tequila—. Es para hoy, *lagarto*. Se te va a pasar la euforia y no queremos tener que empezar de cero, ¿o sí? —recalcó, una sonrisa arrogante y malévolamente dibujándose en sus labios.

Tragándose un montón de palabras, llevó las manos hacia abajo donde abrió delicadamente sus pliegues, luego presionó el pulgar contra su clítoris y *mierda*. Jadeó cerrando los ojos, aquello se había sentido tan intenso que cuando lo volvió a hacer, la sensación la hizo gemir de placer. Chris carraspeó un poco, saliendo de debajo del piano, se reajustó la erección que se notaba dentro de sus pantalones.

—¿Nunca te tocas a ti misma? —cuestionó con la voz áspera.

Jen solo negó mientras continuaba experimentando, tocándose con delicadeza y presionando a veces. Él tragó saliva duramente, sus ojos se oscurecieron incluso un poco más. La joven sonrió, aquello la hacía sentirse orgullosa. Sin dejar de verlo, se arqueó levemente dejando que uno de sus dedos resbalara dentro de sus pliegues, haciéndola gemir en el proceso.

—Eres tan jodidamente hermosa —señaló—. Puedo pasarme todo el día viendo este espectáculo.

—Oh Dios —jadeó por el placer—, a este paso pronto dejaré de necesitarte... —comentó sonriendo, arqueándose un poco más, aunque se calló abruptamente cuando Chris, que ahora estaba a su lado, sujetó su cabello delicada pero firmemente y tiró de ella, levantándola para besarla con rudeza.



—No puedo creer que dijeras eso. —Le dio una sonora nalgada—. Vamos a la habitación inmediatamente.

Síp. Aquello no era una pregunta ni una sugerencia, era una declaración de intenciones, y más valía que las entendiera. Por suerte, ella no puso objeción mientras Chris tiraba de su mano.

—¿Estás enojado? —cuchicheó con voz dulce, por lo que la miró sobre su hombro.

—Sí.

—Yo... —se ruborizó—, no quería decir eso, estaba bromeando.

—Ajá, seguramente. Ahora tendré que rectificarme. —Ella se soltó riendo, bastante nerviosa.

—Quería saber si te gustó... bueno, más bien me refería a mi interpretación...

—Me encantó —interrumpió sus balbuceos—, *todo* lo que hiciste estuvo bien. Creo que por eso voy a darte tu premio.

—¿En serio hay un premio?

—Sí, uno muy grande —expuso sonriendo, ella parpadeó antes de sonreír abiertamente.

A veces Jennifer lo hacía sentirse como un puto perverso. ¿De verdad pensaba que había un premio? La miró de nuevo y *síp*, en sus ojos verdes podía ver que estaba esperando un premio. Entraron a la habitación y la rodeó entre sus brazos, su inocencia lo volvía loco. Sin perder el tiempo buscó el cierre del vestido, abriéndolo rápidamente. La prenda cayó entre sus pies mientras Jen se peleaba con el cinturón de sus pantalones. Chris la ayudó quitándose la corbata y desabrochando rápidamente los botones de su camisa, lanzándola hacia cualquier lado, la joven hizo lo mismo con sus zapatos en un movimiento fluido.

Sin contenerse, el joven atacó sus labios, descendiendo por su mandíbula, probando y mordiendo ligeramente su tersa piel. Una vez que ella logró quitarle los pantalones, él pateó también sus zapatos y la empujó contra la cama, ciñéndose contra ella, colándose entre sus piernas para acomodarse entre ellas. Sus manos recorrieron con premura la suave piel de la chica, haciéndola estremecer, y su aliento se volvió desbocado cuando sujetó sus llenos pechos, suaves y redondos, tan apetecibles... sin contenerse pasó los pulgares por los pezones, pellizcándolos ligeramente y haciéndola gemir entre sus labios.

Inclinando la cabeza, se llevó uno a la boca, haciendo delicados círculos con la lengua mientras sus manos la recorrían entera. Jen se arqueó, gimiendo de placer, su sexo húmedo tocó su pene haciéndolo perder el control. Así que bajó una mano y tomó su erección con la palma, dio unos suaves tirones deslizando un poco de su propia excitación a lo largo de su sexo y, finalmente, colocó la punta en su entrada, el calor húmedo que desprendía casi lo hizo empujar contra ella sin miramientos.

—Dame mi premio —gimió, tirando de su cabello. Chris no pudo evitar sonreír.

—¿Lo quieres, bebé? —preguntó con voz ronca junto a su oreja.

—Sí, me lo merezco —susurró sin aliento.

—Te corriste muy pronto, te la pasas portándote mal, desafiándome —aseguró en tono oscuro, empujando dentro de ella un poco más.

—Por favor, no te pongas *dom*, no me castigues... —suplicó con voz entrecortada al tiempo que hundía las uñas en su espalda.

—¿Cuánto me deseas? —El joven contuvo una sonrisa.

—Mucho, por favor... —rogó sin aliento.

—Entonces... felicidades.

—¿A qué te refie...? —se interrumpió cuando él empujó el resto del camino dentro de ella en un solo movimiento.

Aún sonriendo comenzó con movimientos calmados, disfrutando de su estrechez, caliente y húmeda, sus paredes presionando alrededor de su pene, sin embargo no tomó mucho tiempo para que su lado salvaje se impusiera, la pasión subiendo de nivel mientras ella envolvía las piernas alrededor de su cadera. Empujó con más decisión, preguntándose

cómo era capaz de soportar sus embates.

Definitivamente estaban hechos el uno para el otro.

—Eso me gusta —dijo arqueándose—. *Más...* —suplicó.

Sus pequeñas manos bajaron por su espalda hasta llegar a sus nalgas donde se presionó contra él. Jen aún no era capaz de pedir ciertas cosas en voz alta, seguía siendo remilgada, pero eso le encantaba a Chris, de cualquier manera siempre intuía lo que ella quería, así que tomó sus piernas y se las llevó a los hombros.

—*Oh, Dios* —gimió en su boca, las palabras salieron distorsionadas mientras sus lenguas se mezclaban en placer.

El sonido reverberó por todo el cuerpo de Chris y se encontró empujando tan jodidamente fuerte contra su pelvis, que no le extrañaría que al día siguiente Jen no pudiera caminar bien; y aquello le gustaba, así podría recordarlo con cada paso que diera. Jennifer gritó, su cuerpo entero convulsionando mientras cerraba los ojos, se arqueó al tiempo que tiraba de su cabello con tanta fuerza que lo hizo pensar que se lo iba a arrancar desde la raíz, su sexo comenzó a palpar alrededor de su pene, haciéndolo gruñir en voz alta.

—Te amo —murmuró en voz baja y ronca. Chris gimió ante sus palabras, adoraba escucharlas.

—Jen... *mierda* —jadeó—, estoy tan cerca... —Empujó contra ella un poco más rápido antes de que el orgasmo lo golpeará.

Siseó cuando el placer lo desgarró, su pene sacudiéndose con fuerza, derramándose dentro de ella tan intensamente que resultaba una agonía placentera, jadeando, estampó los labios contra Jen, demostrándole cuánto la amaba también, y deslizó los brazos estrechándola con fuerza. Estaba en el cielo, definitivamente. Tan unidos como estaban, Chris podía sentir sus corazones latiendo desenfrenados, al igual que su respiración. Sonriendo comenzó a repartir besos a lo largo de su cuello.

—Eres preciosa, *mi Jen...* —canturreó llenándola de besos. Ella se rio, acariciando con ternura su áspera mejilla.

—Tú eres mi precioso, Chris.

—Precioso es sinónimo de gay o de *Gollum*. Mejor dime mi guapo o mi macho, o mi hombre irresistible...

Un golpecito contra el estómago lo hizo callarse. Frunciendo el ceño, recapacitó en dónde estaba. Dios, era un imbécil, seguro pesaba mucho y Jen estaba sofocada o algo... Se irguió un poco mirándola, pero ella tenía una enorme sonrisa y los ojos cerrados, sus dedos seguían sobre su cabello, acariciándolo suavemente... en eso sintió otro golpe, y Jen abrió los ojos llenos de terror.

—¿Lo sentiste? —jadeó asustada. Ambos se incorporaron, Chris apretó la mandíbula mientras se salía de ella, eso era siempre otra tortura, adoraba estar enterrado en ella el mayor tiempo posible.

—Pensé que habías sido tú, que pesaba mucho y que por eso...

—¡Oh! —jadeó mirando su estómago.

—¡*Mierda!*, algo se movió ahí. —A Chris casi se le salen los ojos de las cuencas—. Definitivo, *algo* está ahí adentro —apuntó al vientre de la joven. ¿Quizás *una lombriz*? Por eso tenía tanta hambre...

—¡Es un alien! —gritó Jen, grandes lágrimas bajando por sus ojos—. Es un puto *alienucho*, me abdujeron... —Abrió los ojos de par en par—. ¡Oh Dios! ¿Y si me está comiendo por dentro?

Inmediatamente intentó levantarse pero se tambaleó, y cuando la miró, sus ojos se habían vuelto blancos mientras se desplomaba contra la cama, perdiendo el conocimiento.

Capítulo Veintitrés

No había sufrido una abducción, y más que comiendo... se estaba alimentando de ella. Con miedo, Jen sostenía entre sus manos la ecografía que la ginecóloga les había impreso. Resultó que el *alienucho* era más bien... un *bebé*. Un bebé real de poco más de dieciocho semanas, que medía catorce centímetros aproximadamente y pesaba ciento cincuenta gramos. ¿Cómo diablos no se había sentido... *embarazada* antes? Los síntomas estaban ahí: los mareos, los dolores de cabeza, los llantos casuales que le venían por cualquier cosa, el apetito... la fatiga. ¿Qué tal que se aliviaba en un baño sin darse cuenta? Como en esos programas de *No sabía que estaba embarazada* que siempre le habían parecido ridículos.

Nunca más volvería a burlarse de los extraños partos de nadie.

Chris y ella habían salido en calidad de muertos vivientes, o quién sabe, quizás solo ella, no podía recordarlo. Ahora, mientras estaban sentados en una pequeña banca fuera del hospital, se estremeció ante la noche fresca, igual lo agradeció sinceramente, ya que se sentía bastante sofocada, casi al punto de asfixia. Mirando arriba, al cielo totalmente despejado, la noche estrellada logró cautivarla, suspirando comprobó que los árboles no tenían hojas, y continuó distrayéndose, ahora con la llegada de ambulancias a aquel lugar. ¿Por qué quería distraerse? Bueno, es que aún se sentía incapaz de mirar a Christopher, no había podido hacerlo desde que supo que estaba... *esperando-un-bebé*. La duda sobre la paternidad la había recorrido en un sudor frío al principio; los condones no eran precisamente el método más seguro, y había sido tan tonta al volver con Nathan que se temió lo peor, pero en cuanto le dijeron que tenía poco más de cuatro meses, no le quedaron más dudas.

El bebé era de Chris, pero... ¿él le creería?

—Jennifer. —Su voz profunda interrumpiendo el silencio le acarició la piel. La joven se mordisqueó el labio, quería reírse.

—Lo siento muchísimo —susurró casi para ella misma, aún sin atreverse a mirarlo.

No obstante, en un movimiento, Chris estuvo en cuclillas frente a ella, sus hermosos ojos azules enmarcados por gruesas pestañas eclipsaron todo lo demás mientras la miraba indescifrablemente. Tenía el ceño fruncido y sus esculpidos labios dibujaban una línea.

—¿Estás bien? —inquirió tomando sus manos. El calor que la invadió con su tacto le hizo darse cuenta de que se encontraba con las manos congeladas. Miró unos instantes sus dedos entrelazados y grabó ese detalle en su memoria, luego, se le desbocó la respiración al pensar que podría ser la última vez—. Te está dando asma...

—Estoy bien —cuchicheó, respirando pausadamente.

—Bien, porque hay un par de cosas que me inquietan.

Jen cerró los ojos tratando de calmarse, aunque ya se imaginaba cuáles *cosas*. Quizás la primera sería: ¿cómo no supiste que estabas embarazada? La segunda sería: esperaremos a que el bebé nazca y pediré una prueba de paternidad. Claro, en el mejor de

los casos. Los escenarios podían ser peores, mucho peores. *Cosas* como: ¿lo hiciste a propósito? O el clásico: «creo que necesito tiempo», «no eres tú, soy yo», «no está en mí, pero...», podían ser solo el principio.

—¿Cuáles? —indagó, aunque quizás se arrepentiría más tarde.

—¿Desde cuándo dejaste de cuidarte? —Ella suspiró.

—Haciendo memoria, recuerdo cuando tú viniste a Denver la primera vez... tan solo podía pensar en seguirte, y cuando supe que me habías abandonado... —Sacudió la cabeza—. Todo pasó como un borrón, tomé el primer vuelo detrás de ti y dejé las pastillas en casa. No sé por qué lo hice, luego yo... Lo siento mucho, soy una tonta... —se interrumpió, sentía un nudo en la garganta que le impedía seguir. Él asintió con gesto pensativo y la boca apretada.

—Me inquieta pensar que... quizás pueda golpear la cabeza del bebé con *mi cabeza*... valga la redundancia —dijo en voz baja. Jen frunció el ceño antes de atreverse a mirarlo, sorprendiéndose al verlo sonriendo.

—¿Por qué estás sonriendo? —inquirió con la voz quebrada.

—¿Cómo que por qué? —Ella siguió mirándolo sin comprender—. Estoy feliz, Jen. ¡Voy a ser papá!

—P-Pero un día dijiste que no los querías, que tu no querías ser papá y...

—Eso es porque nunca pensé que tendría la suerte de tener a una mujer como tú a mi lado.

Jen parpadeó, sin comprenderlo. Quizás se había desmayado otra vez y su cerebro estaba inventando cosas. *Cosas inquietantes* como que Chris estaba sonriendo de forma encantadora, cosas como que estuviera feliz por la noticia, cosas como que no dudaba de la paternidad del bebé, y cuando la estrechó entre sus brazos, pensó que quizás se estaba volviendo loca.

—Sé que quizás tengas miedo porque, bueno —respiró nerviosamente—, vamos muy rápido y pienses que no podré mantenerlos, pero te juro que lo haré, yo... —Ella sacudió la cabeza haciendo que él detuviera su rápido argumento.

—¿Tú... no tienes *dudas*? —preguntó incrédula.

—¿Dudas? ¿Sobre cómo ser papá? Claro, un montón —explicó, encogiéndose de hombros.

—No *esas* —gimió incapaz de decir el resto. Él se puso de pie, obligándola a hacer lo mismo. Le sujetó el rostro y la forzó a mirarlo.

—Sé de qué *dudas* hablas, y no, no las tengo. Te amo, y ese bebé que esperas es mío —aseguró sin titubear.

Jen parpadeó, sintiendo que lágrimas se acumulaban en sus ojos, se le oprimió el pecho en un coctel de emociones que la abrumó hasta que finalmente se sacudió con un escalofrío.

—Ay, Chris —sollozó, lanzándose a sus brazos para estrecharlo fuerte—. Te amo

tanto, yo también estoy tan feliz...

—¿Entonces por qué lloras? —curioseó con una sonrisa, deslizando las manos por sus brazos, intentando reconfortarla.

—Porque eres *real*... —balbuceó antes de romper en un desgarrador llanto.

Chris se soltó riendo, quizás sin comprenderla, mientras la estrechaba fuerte entre sus brazos. Ella siguió lloriqueando contra su duro pecho, pero es que él no podía entender lo importante que era para ella esto. El hecho de que él confiara ciegamente en ella la hacía morir de amor, aunque, de verdad esperaba que esto no fuera solo producto de la adrenalina y el cansancio, que no fuera solo una *fantasía*. De verdad quería creer que Chris fuese real, lo amaba tanto que dolía.



—Te noto algo distraído —dijo Britany del otro lado de la mesa.

Ambos estaban comiendo en el pequeño restaurante frente a la empresa, aunque bueno, Chris ya no tenía apetito.

—Es porque... bueno... —Miró esos ojos avellana y se preguntó si debería contarle.

No porque no quisiera que todo el mundo se enterara que iba a ser padre, claro que no. Nunca le daría por ocultar eso, ni tampoco porque tuviera alguna duda respecto a *otras* cosas. Hacía cuatro meses y medio estaba seguro como el infierno de que estaba cogiéndosela, teniendo fantasías con Jen en un avión, o quizás en casa de sus abuelos... así que la forma en la que su hijo fue concebido tal vez no fue la idónea, pero de que era su hijo, lo era. Punto. Ahora solo no estaba seguro de cómo hablar esto con Owen... es decir, su *papá*. Aún le resultaba extraño llamarlo así, aún discutían por las cantidades estratosféricas de dinero que le depositaba “por su sueldo”, y lo que más angustiaba a Chris era pensar que al saberse abuelo, su padre quizás se volvería loco, ya que tendía a volverse excéntrico seguido. Seguro y hasta querría sacarlo de trabajar para que disfrutara al hijo que él no pudo disfrutar, como siempre decía.

—¿Entonces? —inquirió la joven, jugueteando con el borde de su vaso, su postura inclinada hacia adelante marcando su escote.

Si algo sabía Chris de las mujeres era leer su lenguaje corporal. Su trabajo como *cosplayer* le había dejado un vasto conocimiento en ese y *otros* temas. Britany no necesitaba declararse con palabras, lo hacía a diario con esa mirada y esas posturas.

—No es nada —mintió, mirando hacia la ventana donde el tráfico era excesivo—. Solo estoy cansado, ya sabes...

—¿Tienes problemas con tu novia?

—¿Problemas? ¡No! Es decir... —Se pasó una mano por el cabello, la conversación estaba tomando un rumbo que ni al caso, y se estaba hundiendo él solo—. ¿Te molesta si me voy?

—Chris, espera. Sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? Si tienes problemas o solo

quieres charlar... sabes dónde encontrarme —insinuó en tono sugestivo, sujetándole la mano.

De forma disimulada Chris se soltó de su agarre, Jen se volvería loca donde viera esto. A veces podía ponerse un *poquito* paranoica, y lo último que quería era provocarle disgustos.

—Claro que lo sé y te lo agradezco, te aseguro que no es nada, solo necesito tomar un poco de aire, es todo. Nos vemos en un rato, recuerda llevar los colores para el eslogan...

Después de eso, salió de ahí como si el restaurante estuviera en llamas, como aún quedaba tiempo antes de que tuviera que volver a la oficina, se metió en una tienda para bebés, y no pudo evitar sonreír al verse rodeado de todas esas diminutas cosas.

—¿Puedo ayudarte con algo? —preguntó una mujer. Chris se giró para mirarla y estuvo a nada de rodar los ojos al verla jugueteando con la pluma en su boca, sus ojos parecían devorarlo como si fuera un simple filete—. ¿No estás perdido, cierto?

—No a ambas cosas, gracias —dijo con voz fría, mirando el lugar.

Recordó a su bebé que, como si supiera que por fin podía estirarse, había hecho que el vientre de Jennifer creciera considerablemente en las últimas semanas. Ella estaba feliz y lucía orgullosa su embarazo, se levantaba con cuidado como si ya tuviera nueve meses, tocaba el piano seguido para que el bebé escuchara, e incluso se había comprado ropa tallas extras de maternidad, por lo que había veces que parecía que nadaba en sábanas, bajaba con sumo cuidado los escalones, tenía antojos absurdos, se asustaba con cualquier patadita; pero así era ella, simplemente era... *Jen*.

Aún no sabían el sexo del bebé, por lo que se decidió por comprar cosas en color blanco... Comprar algo para el bebé lo hacía sentir que de verdad sería papá, que su extraño mundo de pronto se había asentado. Después de adquirir un par de cosas y que la dependienta inútilmente deslizara su número dentro de la bolsa —el cual tiró inmediatamente— volvió al trabajo donde estuvo recluido con tiempo apenas para pestañear.

—Hijo, creo que es hora de irnos. Es la una de la madrugada, sé que esto es urgente pero por hoy me estoy muriendo de sueño.

—Solo termino esto... —murmuró viendo a Owen quien había entrado a su oficina.

Chris sonrió, pero la sonrisa murió en sus labios al darse cuenta que su papá no lo estaba observando a él, en cambio tenía que fijarse en la enorme bolsa con un bebé estampado que tenía torpemente y sin cuidado a un lado de su escritorio.

—¿Qué es esto? —inquirió.

Chris pensó en decir que no era nada, arrebatarse la bolsa como un imbécil, pero se descubrió diciendo:

—Bueno, eso es ropa para mi futuro bebé... voy a ser papá —comentó... casual.

El pobre de Owen boqueó un par de veces, incluso se reclinó en el asiento. Su piel blanca se volvió aún más pálida mientras alternaba la mirada de la bolsa a él como buscando respuestas. Se llevó la mano al corazón y Chris lamentó habérselo confesado así,

quizás padecía problemas cardíacos y él ni siquiera lo sabía, había tantas cosas que ninguno de los dos conocían del otro...

—¿En serio seré abuelo? —susurró, su voz destilaba felicidad—. ¡Oh mi Dios! Estoy tan contento, Chris. —Se puso de pie y tiró de él para estrecharlo en un abrazo tritura huesos—. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Hace poco que lo sabemos...

—Modificaré de nuevo mi testamento —lo interrumpió—, estoy tan feliz de que la familia esté creciendo tanto, ¿qué será?, ¿niño o niña? ¿Ya has pensado en qué escuela va a estudiar? ¿Dónde van a vivir? —El castaño suspiró, tal como lo había imaginado su papá estaba enloqueciendo.

—Espera, solo... detente un segundo —rogó Chris, elevando ambas manos en señal de alto—. No sé qué será, no modifiques tu testamento cada vez, no sé qué estudiará y... *diablos*, solo tómalo con calma.

—Lo siento —susurró, dejándose caer pesadamente sobre la silla. En una mano tenía uno de los ridículos *Converse* miniatura que había comprado. Luego se pellizcó el puente de la nariz respirando hondo. Las pequeñas arrugas alrededor de las sienes se le notaron un poco más, se veía cansado—. Es solo que, bueno, aún no sé cómo ser un *buen padre*. Lamento si te estoy abrumando...

—Yo tampoco sé cómo serlo —respondió Chris encogiéndose de hombros, tratando de no lucir muy tenso.

—Me habría encantado verte crecer, llevarte a partidos de béisbol, curarte cuando te cayeras, e invitarte a una cerveza cuando por fin cumplieras la mayoría de edad. Tus abuelos hicieron un gran trabajo contigo, eres un hombre de provecho, hijo. Sé que serás un buen padre —afirmó, sus ojos azules mirándolo de forma intensa. El castaño tragó saliva pesadamente.

—Gracias... tú... también lo eres.

—Qué va —murmuró entre dientes antes de ponerse de pie—. ¿Nos vamos?

Después de sentir que tenía un peso menos encima, Chris no podía esperar a llegar a casa y solamente... *abrazar* a Jen. Y no estaba bromeando cuando dijo que tenía miedo de lastimar al bebé, preferiría que lo castraran antes de volver a tener sexo mientras una personita estaba creciendo *ahí* dentro. La doctora les había asegurado que el bebé se había movido en parte por el sexo, y aquello lo había dejado frío. Tendría que preguntarle a su abuelo sobre sus pensamientos, no vivía en la era de la inquisición y sabía que el sexo durante el embarazo no era malo, pero no le importaba, no iba a arriesgarse.

Sin embargo Jen no le ponía las cosas fáciles. Su libido se había disparado del uno al cien y se la vivía provocándolo, de todas las formas posibles. Como por ejemplo ahora. Eran casi las dos de la madrugada cuando llegó al doceavo piso donde estaba su departamento, todas las luces estaban apagadas excepto la pequeña lámpara de su habitación, así que se imaginó que no tendría problemas en solo llegar y recostarse a su lado. Pero esos no eran los planes de ella, o al menos no lo habían sido hasta antes de quedarse dormida.

La joven estaba recostada bocarriba, su cabello caoba se arremolinaba en ondas entre sus hombros y su rostro. Su piel tersa y blanca hacía un hermoso contraste con el sujetador negro con encaje rosa que lo invitaba a tomar esos grandes y llenos pechos, las bragas eran tan solo un pequeño hilo. Dormía destapada porque decía tener mucho calor, era sin duda toda una obra de arte. Chris se moría por perderse en ella, por saborearla, por sentir su estrecho calor. Sin embargo, al ver su redondeado vientre, cualquier deseo se apagaba y se encendía una sola cosa: *amor*.

Así que se desvistió en silencio, y aunque originalmente la regla era dormir desnudos, ya no la cumplía, por lo que se puso los pantalones de pijama y se recostó a su lado. Ella no se inmutó, siguió plácidamente dormida por lo que la atrajo hacia su pecho y la tapó con una sábana hasta los hombros. Entre menos piel se viera, mejor. Por un buen rato estuvo contemplándola, acariciando el vientre sobre las mantas, pensando que quizás también su bebé dormía y comenzó a tararearle una nana que le cantaba Elena con la esperanza de que el bebé pudiera escucharlo...

—¿Por qué ya no te gusto? —Su voz no sonaba cansada ni soñolienta, lo que lo hizo preguntarse desde cuándo estaría despierta.

—Porque ahora me encantas. —Le dio un suave beso en la frente.

—Entonces quizás deba reformular mi pregunta, ¿por qué ya no quieres tener... hum... relaciones? —El nerviosismo destilaba en su voz—. Es por los kilos de más, ¿verdad? Soy un puerco...

—Ya te he dicho que no es eso, Jen —suspiró retirando la mano de su vientre, pero la sábana se movió dejando ver de cerca esos pechos llenos y apetecibles. Dios, se sentía como un puto pervertido cada vez que la veía de esa manera. Carraspeó necesitando aclararse la garganta, y mientras la envolvía como si fuera un capullo, susurró—: Te amo, ya sabes cuáles son mis razones...

—Chris, la doctora te dijo que no ibas a hacerle nada al bebé —refunfuñó, desenvolviéndose y aventando las mantas a un lado.

El joven miró hacia el vientre de Jen. Otra razón más para no entrar *allí* había sido la estupidez de pensar que pudiera ser... una niña. *Mierda*, aquello casi lo había hecho hiperventilar. La primera vez que se le ocurrió se había sentido como si estuviera atrapado, faltó poco para que se desmayara. ¿Qué si cuando creciera se topaba con un degenerado como él? ¿Si la tocaban de forma grosera? ¿Y si era tan inocente como Jen? ¿Si no la trataban como a una princesa? Dios, ya quería matar a cualquier novio imaginario que quisiera acercársele.

—¿Estás volviéndote loco en tu cabeza otra vez? —preguntó Jen, acariciándole con suavidad la mejilla. Él suspiró.

—Perdóname —sonrió con culpa, acercándola para poder hundir el rostro en la curva de su cuello—. No sé cómo portarme.

—Me gustaría que volvieras a portarte como un *pervertiducho* —dijo riéndose, y la forma en que sus deliciosos pechos se movieron contra su piel hicieron que tuviera que alejarla—. Si lo que tienes es miedo... creo... creo que podemos intentar otro tipo de sexo... —Esta vez su voz, aunque titubeante, fue baja y seductora, deslizando las manos

hacia su cabello tirando de él y mandando descargas eléctricas hasta su muy necesitado pene.

—¿A qué te refieres? —preguntó con una extraña voz rasposa.

—Ya sabes... podemos hacerlo... por donde *no-se-debe*.

—¿Te... refieres al...? —se interrumpió cuando ella asintió, luciendo definitivamente toda hormonal y sensual.

Putra madre, ¿de verdad le estaba proponiendo sexo anal? El puro pensamiento le desbocó el corazón y lo puso tan duro como una roca, seguro además tendría un severo caso de bolas azules. Se sacudió como si se hubiera agarrado de un cable de alta tensión, incluso tuvieron que pasar algunos minutos antes de que pudiera calmarse. Definitivamente, tentarlo era poco. Comenzó a retirarse pero ella lo siguió.

—¿Por qué te alejas de mí, pequeño escurridizo...? —canturreó acercándose más a él. Antes de que otra cosa pasara, Chris sujetó delicadamente sus manos y se inclinó sobre ella. «*Si no puedes contra el enemigo, únete...*», susurró su voz interna.

—Nunca podría alejarme de ti, *lagartito* tentador... —Al menos podía hacer que ella se sintiera bien.

Acto seguido, comenzó a trazar delicados círculos con su lengua alrededor de la piel de Jen mientras lentamente le quitaba las bragas. Proporcionarle placer era lo único que se sentía capaz de hacer, ya que cualquier otra *propuesta* terminaría en sexo, y estaba seguro que perdería el control.

Después de que ella quedara satisfecha y dormida, como un estúpido adolescente se metió al baño donde tomó su dolorosa erección con la mano y la liberó de la prisión del pijama, con el pulgar deslizó la humedad de su excitación a lo largo de su miembro, siseando ante la satisfactoria sensación.

Comenzó así con suaves tirones que fueron incrementándose, masturbarse lo irritaba un poco, sin duda no era lo mismo. Pero prefería eso a cualquier otro contacto sexual.



A las pocas semanas, Chris fue enviado a Miami, junto con la zorra de Britany presentaría toda la propaganda mercadotécnica de la estúpida empresa de Mia. Lo que la hacía querer morirse. Otra jodida convención de zorras en la que Jen no estaría presente, y aunque iba a acompañarlo a Miami, seguía histérica por imaginarlo en medio de esas, por lo que tratando de calmarse, aprovechó para visitar a sus amigas, necesitaba desahogarse.

—Jenny, es solo miedo. Te digo que Derek se puso igual de tonto las primeras semanas.

—Yo ya no lo creo, Lisa, de verdad que no —se quejó mientras jugueteaba con la cuchara en su helado.

—Estás alucinando, no dejes que los fantasmas que adquiriste con Nathan te invadan, ese imbécil no se merece ni siquiera un pensamiento tuyo —regañó su amiga.

—Ni lo menciones, es solo que todas esas mujeres... ¡las detesto! —bufó aventando la cuchara sobre un plato.

—¡Yo también! —refunfuñó Holly, quien ahora llevaba su cabello negro azulado sujeto en una coleta—. Ahora todas tienen bebés y esas cosas, me están excluyendo de todo.

—Lo mío fue inesperado, ya lo sabes, me di cuenta hace apenas un mes. —Sus amigas se rieron.

—Solo a ustedes, Jenny. ¿Quién no se da cuenta de semejante cosa? —Apuntó a su redondeado vientre.

—De verdad pensé que era un alien, que había sido abducida o algo —contó riéndose, pero sus amigas no lo hicieron, la vieron como si estuviera loca, por lo que se ruborizó.

—*Dios-mío*. Sí que lo pensaste, eres un caso.

—Por cierto, Holly... ¿Cuánto llevas con Axel? Ahora si nos tienes sorprendidas —canturreó Lisa, codeando ligeramente a su amiga, quien no pudo ocultar una dulce sonrisa en sus labios.

—Axel es diferente, me gusta mucho...

—*Jennifer* —interrumpió una voz gruesa y profunda. Esa misma voz que había hecho estragos en ella por años, ahora estaba de nuevo haciendo un tipo de estrago muy diferente.

—Nathan, ¿qué rayos haces aquí? —espetó Lisa con voz molesta.

—Derek me dijo que te reunirías con unas amigas, que si íbamos a desayunar... pero yo de verdad necesitaba ver *cuáles* amigas —confirmó Nathan. Jen se quedó atónita, no quería verlo, no quería tener que enfrentarse a él nunca más—. ¿Podemos hablar?

—No tengo nada que hablar contigo —arguyó, jugueteando con el borde del mantel, no podía ni siquiera mirarlo. No lo había visto desde hacía tanto tiempo, ni siquiera cuando le pidió el divorcio.

—¿No entiendes que no es no? —dijo una enfadada Holly, pero el rubio la ignoró.

—Jen, por favor... me lo debes, ¡me debes una explicación! Me hiciste una mala jugada al firmar de esa manera los papeles del divorcio, te atreviste a dejarme y quiero una explicación —exigió Nathan con voz más fuerte, haciendo que varias personas los miraran. Jennifer cerró las manos en puños, la rabia que comenzó a sentir le nubló el pensamiento, y sin pensarlo se levantó de la mesa realmente furiosa.

—Bien. Necesito unos minutos, chicas, por favor... solo... espérenme aquí. —Ambas mujeres le lanzaron miradas de alerta, sin embargo accedieron a su petición. La joven caminó hasta una terraza alejada del bullicio y se giró para encararlo—. No te debo absolutamente nada, si quieres seguir contándole estupideces a todas con las que te acuestas, adelante, provócales al menos... *lástima*. —Por primera vez en tantos años de conocerlo, lo miró como a un completo desconocido.

Él también la miró, llevaba el cabello curiosamente largo y sujeto en una coleta. Sus

ojos azules la miraban sorprendido, el traje marcaba ese cuerpo que siempre le había gustado y sin embargo ahora... simplemente ya no sentía ni cariño por él.

—Jen, ¿cómo pudiste hacernos esto? —Estiró la mano intentando tocarla, pero ella retrocedió irritada, ¿cómo podía ser tan cínico?

—No vuelvas a acercarte, me das asco. Quédate con la casa, quédate con todo lo que hasta hoy no te he quitado, simplemente no vuelvas a llamarme —rugió encrespada, pero no recibió respuesta inmediata por lo que lo miró extrañada, dándose cuenta así de que él no la estaba viendo precisamente a los ojos.

—¿Estás e-embarazada? —preguntó con voz ahogada. Jen parpadeó confundida, sin pensarlo llevó las manos a su vientre, donde acarició dulcemente a su bebé.

Durante años Jen deseó tener un bebé, ser mamá. Siempre lo había imaginado rubio con unos ojitos azules. Había anhelado eso desesperadamente por un tiempo, hasta que después entendió de mala manera que Nathan no quería. Le había dicho que parecía una desesperada y que dejara de acosarlo, recordó las veces que frente a sus suegros la había culpado a ella de no querer tener hijos. *Cabrón*.

—Después de todo no resulté una frígida, ¿verdad? —espetó en voz baja.

—¿Q-Qué...? —Boqueó, mirándola casi horrorizado.

—Chris es muy bueno... en *todo* —murmuró con una malévola sonrisa—. Vamos a ser padres y como verás —apuntó a su vientre—, tú ya no entras en esta ecuación, y como ya dijimos todo lo que teníamos que decir, me voy.

—¿Te refieres al condenado *prostituto*? —recalcó furioso, sosteniéndola del brazo cuando pasó a su lado.

—Sí, Nathan, ese mismo. Ahora suéltame... —Intentó empujarlo.

—Que bajo has caído, ¿tan necesitada estabas para embarazarte del primero que vieras? —bramó, sujetándola con la suficiente fuerza como para hacerle un cardenal.

—Aquí el único necesitado siempre has sido tú, ¡suéltame! —Sin contenerse, elevó la mano, golpeándole con el puño cerrado en la cara.

—¿Qué mierda me hiciste? —chilló liberándola al tiempo que se llevaba la mano al labio donde comenzó a salirle... *sangre*. La joven retrocedió aterrada, ahí había *sangre*...

—Jen, Dios mío, ¿estás bien? —interrogó Holly corriendo a su lado, mirándola por todos lados—. Eres un inútil, Nathan. Y te recomiendo que dejes de dirigirte a Chris de esa manera, por si no sabías, es el futuro heredero de *Willson*, mientras que tú tan solo eres un pobre y rogón perdedor.

—¡Holly! —gimió Jen, viendo a sus amigas con desconcierto.

—Tan solo está diciendo la verdad, quizás tengas que trabajar para él, Nathan, sé que Derek ha estado buscando un contrato con esa empresa. ¿Estás bien, Jen? —preguntó Lisa, mirándola de arriba abajo. Nathan no respondió nada, intentaba desesperadamente limpiarse el labio.

—Sí... vámonos. —Quería salir de ahí cuanto antes, por lo que se dirigieron a la

salida, pero en el último minuto Jen lo buscó con la mirada—. ¿Nathan? —Él elevó la mirada, sus ojos brillaron con esperanza—. Espera mi demanda, quiero que te largues de mi casa.

Y así, sin más, dejaron a un frío y atónito Nathan.

—Ese fue un jodido buen golpe; bien hecho, Jenny. Quizás el alien te esté dando súper poderes —cuchicheó Holly, guiñándole un ojo, haciéndola reír.



—Finalmente, mascota logró violarte —bromeó Axel con una enorme sonrisa.

—Nadie intentó violarme nunca. ¿Podrías tan solo callarte?

—No, qué va, ¡vas a ser papá! Estaré jodiéndolos por los meses restantes, hasta que la *pequeña* esté con ustedes. —El castaño bufó.

—Gracias a Dios que ya no vivimos en esta ciudad, y te agradecería que *dejaras* de atormentarme con que será una niña.

—Existen los celulares, el mail... tendré formas de comunicarme, no te apures —aseguró sonriendo mientras le guiñaba un ojo—. Además... cuando crezca quizás quiera experimentar, ¿qué tal que hasta va a *Cosplay*?

Chris resopló antes de dar un largo trago a su cerveza. Cuando su amigo se ponía en sus doce, no había manera de desviarlo de esa actitud. Sin embargo sonrió con él, hacía mucho que no lo veía, y aunque no le gustaran sus bromas, lo había extrañado. Continuaron hablando incluso sobre sus inquietudes, le hacía falta un amigo en su misma ciudad, veía a Andrew seguido, pero con su trabajo en las minas a veces podían pasar meses antes de que pudieran volver a conversar.

—¿Lastimar al bebé? *Mierda...* —murmuró Axel al tiempo que se rascaba la cabeza —, nunca lo había pensado, Dios, qué extraño debe ser todo eso. ¿Por qué no le has preguntado nada a Mateo?

—Porque me va a decir que es estúpido y que me estoy volviendo loco.

—¿Y no es precisamente eso lo que quieres escuchar?

—¿Pero qué tal que se equivoca? ¿Qué tal que puedo provocarle un aborto? —Chris se llevó ambas manos al cabello, tirando frustradamente de él.

—Solo pregúntale, no creo que tu abuelo te vea tan imbécil...

—Gracias, Axel —aseveró sarcásticamente.

—Siempre que quieras... *papá*.

Después de eso, Axel recibió una llamada de Holly, ambos amigos salieron rumbo a la casa de ella, donde estaban el resto de las chicas. Ahí se toparon con un rubio alto y muy agradable llamado Derek, la noche se extendió un poco más y Chris no pudo evitar dejar de sonreír al ver a Jennifer tan feliz. Escuchó encantado anécdotas entre sus amigas, le encantaba saber todo de ella. A su vez compartió... más o menos, la forma en la que

supieron que estaban embarazados y todos rompieron en risas.

—No puedo creer que insultaras a tu pobre bebé, eres todo un caso, mascota — exclamó Axel llorando de risa.

Era tarde cuando iban de regreso al hotel. Él había bebido bastante y pensándolo bien no debió hacerlo, porque la forma en la que los pechos de Jen se balanceaban cuando el auto se sacudía lo estaba sacando de quicio. Hoy más que nunca necesitaba tocarla, necesitaba su estrecho calor. Había pasado lo que parecía una eternidad desde que estuvieron juntos, deseaba detener el auto y demostrarle cuánto la deseaba ahí y ahora. El viejo Chris la habría tomado en el auto, empujándose a través de ella con tanta fuerza que la haría llorar de placer.

El nuevo estaba aterrado de lastimarla a ella o al bebé. La observó, pero ella venía distraída, ajena a sus morbosos pensamientos, confundiéndolo. No sabía si preguntarle, porque con sus constantes cambios de humor, nunca se sabía. Quizás de nuevo se estaba sintiendo rechazada, así que en cuanto llegaron a la habitación, tiró de su mano y la besó con cada centímetro de pasión que sentía por ella. Esperando como la mierda que pudiera sentirlo, necesitaba que pudiera sentir cuánto la deseaba, cuán jodidamente estaba enamorado de ella, necesitaba que supiera que era la única para él.

Afortunadamente, Jen sintió el cambio y se restregó contra él, asustándolo al darse cuenta de que de nuevo se estaba dejando llevar. Jen era la única luz en su oscuridad, y le aterraba perderla, durante tanto tiempo estuvo perdido y ahora que era feliz, no quería arruinarlo, que lo condenaran por ello, pero no podía seguir más. Perdería el control, ella era como una droga y Chris era adicto.

—Te amo —murmuró con la voz ronca, besándole las mejillas.

—Entonces, por favor... —suplicó tirando de su cabello.

—No puedo, Jen... no...

—Nunca creí que íbamos a batallar por esto —masculló en tono cansado, liberándolo para poder cruzarse de brazos.

—Quiero ir con mis abuelos... estoy seguro de que Mateo me orientará. ¿Puedes esperar hasta entonces? —Ella se mordió ligeramente el labio, lo miró intensamente antes de suspirar.

—Solo si me prometes que de verdad lo vas a pensar —pidió malhumorada, él tragó saliva antes de aceptar de mala gana.

—Te lo prometo, lo pensaré.

Después de que se desvistieran y se acostaran en silencio, Chris se apresuró a sujetarla entre sus brazos y enterrar el rostro en su cabello. No quería quedarse dormido con ella molesta, su silencio era el peor de los rechazos. Comenzó a trazar círculos imaginarios en su espalda, pensando qué decirle pero ella se adelantó.

—Hablando de papás. Quiero que conozcas a los míos. Necesito decirles de mi embarazo, contarles incluso de ti. Dios, se van a volver locos. Mi papá ya sabe que me fui de Miami por ti, pero no sabe el resto. He estado pensando la mejor forma de hacerlo, de

explicarles que de verdad no sabía que estaba embarazada sin que se escandalicen...

—Bueno —frunció los labios—, ¿te parece si lo hacemos mañana?

—Sí —respondió contenta. Él le sonrió de vuelta, dándole un suave beso en los labios.

—No quiero que te enojés conmigo, Jen, habrá muchas veces donde voy a meter la pata, lo sé, solo tenme paciencia. —Ella lo miró con un poco de aprensión.

—Te pido lo mismo, además no quiero que entre nosotros haya secretos, por eso hay algo que te quiero contar...

—Lo que quieras —murmuró mientras le besaba la mandíbula.

—Hoy vi a Nathan. —Chris se tensó al escuchar esas cuatro palabras.

Habría preferido escuchar otras cuatro del tipo: “estoy húmeda para ti”, “necesito sentir tu piel”, algo con lo que sin duda sabría qué hacer. ¿Entonces por qué tenían que ser en cambio esas cuatro?

—¿Qué quieres decir con que viste a Nathan? —preguntó, tratando de controlar la ira que destilaba su voz.

—Él... bueno... me encontró en el café...

—¿Te está buscando otra vez? —sonó más enfurecido, la idea de golpear a ese bastardo como se merecía aún lo atormentaba de vez en cuando, ella sacudió la cabeza negando rápidamente.

—Nos encontramos y ahora sabe que estoy embarazada, le dije que tú... sí sabías hacer las cosas bien —ronroneó pasando los dedos juguetonamente por su pecho, el joven parpadeó aturdido.

—¿Le dijiste lo bien que cogemos?

—¡Chris! —gritó escandalizada, haciéndolo reír.

—Lo siento, bebé. ¿Qué quería entonces?

—Eso ya no importa, pero me hizo enfurecer y voy a correrlo de la que fue nuestra casa.

—¿Te ofendió? Porque si es así lo voy a buscar, dime la verdad, Jennifer —inquirió de nuevo enfurecido, si ese cabrón se había atrevido a ofenderla...

—Chris, no sigas. —Le puso un dedo sobre los labios—. Sé defenderme sola, muchas gracias. —Él suspiró, acariciándole el cabello. Jen tenía razón, no era ninguna niña y si ella decía que estaba bien, solo podía confiar en su palabra.

—Siento haber reaccionado así, es solo que yo...

—Padeces de tensión sexual, lo entiendo —asintió con la cabeza, su tono de doctora profesional le robó una carcajada.

—Oh, Dios —dijo riéndose—. Lo que daría por hacer una fantasía donde ahora tú fueras mi doctora o enfermera...

—¿Y por qué no la hacemos, tipo ya? —preguntó acercándose peligrosamente. Chris saltó fuera de la cama en ese instante.

—Es que recordé que tengo que entregar un informe... Dios, ¿cómo lo olvidé? —mintió, escabulléndose hacia la estancia.



Cuando Thomas Stanford entraba en su modo *soy el papá protector*, no había quién pudiera con él. Jen había tomado la sabia decisión de presentarse primero para que él pudiera procesar el hecho de su muy embarazado estado. Mónica, quien había volado el día anterior para verla, estaba tan impresionada que se le había caído su precioso bolso *Michael Kors* de las manos.

Llevaba el cabello rubio y corto en pequeñas ondas hasta sus hombros, su vestido rojo de diseñador y unos enormes tacones. Jen juraba que la meta de su madre era parecer una mujer joven todo el tiempo, para ella ocultar su edad era tan importante como respirar.

—¿Entonces te fuiste porque estabas embarazada? —preguntó Thomas antes de dar un sorbo a su café.

—¡Papá! —gimió molesta.

—¿En dónde está? Tráelo ante mí.

—Thomas —lo regañó Mónica—, deja de portarte como un hombre de guerra y trata de comprenderla. Jen está bastante grandecita y sabe lo que hace, es más, sinceramente creí que nunca nos haría abuelos...

—¿A-Abuelos? Oh mierda, ¿qué pensarán de mí? —dijo nervioso.

—¿Quiénes? —indagó su madre luciendo visiblemente... ¿celosa?

—¡Mamá, papá! Por favor no empiecen... ahora traeré a Chris, compórtense —rogó, dándose la vuelta.

Chris esperaba afuera de la oficina de Thomas. Después que terminara lo que tenía que hacer en las oficinas de *Willson*, había llegado a buscarla. Jen le sonrió tratando de infundirle una confianza que ni ella sentía, pero pareció lograrlo cuando él le sonrió devuelta, tomando su mano. Juntos entraron ante la ridícula escena que los esperaba. Su papá estaba sentado en el sofá con las manos unidas a las de su madre, eran-unos-ridículos. ¿Por qué estaban fingiendo ser una familia? Jen elevó una ceja mirando a su mamá, que ahora se había acercado más al cuello de su papá, ¿olisqueándolo? Mierda.

—Toma asiento, Christof.

—¡Papá! —gimió Jen—. Te dije que era Christopher.

—Bueno, ya. Como sea, siéntate Christian.

—¿Cuándo se van a casar? —Fue el turno de Mónica.

—¡Mamá! —La joven cerró los ojos con pesar.

—¿Qué, cariño? ¿Piensas ser una *libertinucha* cualquiera? Van a ser padres, y lo más

indicado es que se casen bajo las leyes católicas. Si no lo haces, nuestra familia comenzará con las...

—Por favor, mamá... —la interrumpió—, ¿me van a decir que aún creen en el matrimonio? Ustedes están divorciados y yo siempre he seguido su ejemplo —farfulló molesta.

—No digas tonterías, Jenny. —Fue el turno de Thomas—. ¿A qué dijo que se dedica, Christian?

—Seguro modela —susurró Mónica. La joven cerró los ojos esperando que la tierra se abriera y la tragase. Chris le dio un apretoncito a su mano antes de sonreírle cálidamente.

—Trabajo en *Willson*, en el departamento de mercadotecnia...



—Hijo, *Jen debe tener como cinco meses de embarazo. ¿Cuándo pensabas decirnos?* —reclamó su abuelo del otro lado de la línea.

—¿Pero cómo lo sabías? Si acabo de enterarme...

—Ay, hijo, *cualquiera con tres dedos de frente lo habría hecho, lo supe desde la Navidad que pasaron aquí, me sorprende que no te dieras cuenta.*

Chris frunció el ceño sin comprender aún cómo es que su abuelo ya lo sabía. Después de que siguieran charlando, tomó el valor para comentarle a su abuelo sus estúpidas dudas.

—*No quisiera decírtelo pero, Elena y yo tuvimos sexo casi hasta el último minuto.* —Se rio—. *Literalmente lo hicimos todo el tiempo.*

—Entonces... ¿estás seguro de que nos les haré daño? ¿Por qué nos pateó entonces la última vez? Seguro lo estaba aplastando...

—*Segurísimo no vas a aplastarlo* —lo cortó Mateo—, *no le hiciste daño ni siquiera los primeros meses que son cruciales, no se lo harás ahora, pero en lugar de estarte preocupando por esas banalidades... ¿cuándo piensas casarte con ella? Ya sabes lo que nuestra religión manda, es importante para nosotros.*

—Jen acaba... de separarse, abuelo, ella estaba casada —susurró.

—*Eso ya lo sé, tu mamá ya me lo había dicho.*

—¿Cómo? Pero si Elena me prometió que... —Se pellizcó el puente de la nariz—. Debí imaginar que entre ustedes no había secretos.

—*Debiste. Pero bueno, un hijo mío siempre debe hacerse responsable. ¿Qué es eso de las uniones libres? No me gusta que vivas en amasiato, no te enseñamos eso.*

—Lo sé, abuelo. Es solo que creo que para Jen es muy pronto hablar de nuevo de boda, lo aseguré frente a sus padres, no quiero darle disgustos y créeme que cuando ella no quiere algo, lo hace saber. Si llego con un anillo estoy seguro de que me dirá que no...

Unos días después...

Chris estaba más raro de lo normal.

Qué decir de la falta de sexo, a lo mejor ya hasta se le había secado el pene, junto con algunas neuronas. Ya no podía pensar con claridad, ni concentrarse, se la pasaba malhumorado, la “tensión sexual” lo estaba matando.

—Chris... ¿estás bien? —susurró Jen, deteniéndolo a mitad del camino antes de que entraran a la casa de sus abuelos. Él dio un respingo, definitivamente estaba distraído. Se giró inmediatamente para verla, escaneándola de arriba abajo buscando algún problema.

—¿Te duele algo? ¿Q-Qué ocurre?

—No me duele nada —bufó—, Chris, por favor dime qué te pasa.

—Estoy cansado, es todo... —Se pasó una mano por el cabello—. Entremos que mi mamá nos espera...

—Si no quieres hacer esto... —comenzó ella, por lo que se apresuró a cerrar la distancia entre ellos, estrechándola con fuerza.

—Quiero hacer todo contigo, te lo juro. —La besó suavemente en los labios—. Es solo que he estado muy presionado por... el trabajo estos últimos días... discúlpame si he andado raro y esas cosas —mintió casualmente.

—*Raro* es poco —reconoció ella sonriéndole. Él suspiró antes de deslizar sus manos hacia su vientre, dándole suaves y lentas caricias. Necesitaba decírselo, pero no veía el momento adecuado.

—Lamento mucho hacerte sentir mal, no quiero eso... yo...

—¡Chris, Jen! —gritó Elena, haciendo que la joven sonriera. Su abuela siempre estaba pegada a la ventana, observando quién llegaba. Eso nunca iba a cambiar. Así que suspirando sujetó su pequeña mano para llevarla—. ¡Estoy tan feliz! Seré bisabuela... —canturreó, mientras los estrechaba a ambos.

—Me alegra muchísimo, chicos, muchas felicidades —manifestó Mateo con una sonrisa.

—Ah... papá, hablando de eso, ¿crees que más tarde puedas revisar a Jen? —La aludida bufó pero él decidió ignorarla, necesitaba hablar de esto cuanto antes.

—Claro, hijo. ¿Comemos primero? —Asintieron dirigiéndose al comedor.

—¿Han pensado en nombres? —preguntó Elena. Ambos se miraron un poco avergonzados.

—Creo que no, mamá...

—Pero qué juventud es ésta. Primero no saben que serán padres, ahora salen con que no saben cómo lo llamarán, pobre bebé... —refunfuñó molesta. Chris se ruborizó un poco.

—Te prometo que lo pensaré en estos días, ahora, ¿me alimentas?, muero de hambre —comentó, sabiendo que su abuela inmediatamente le serviría, y así podría desviar un poco la “embarazosa” conversación.

Después de que comieran los deliciosos raviolos que había preparado Elena, finalmente su papá le hizo el chequeo a Jen en el *Saint Joseph*, el hospital donde ahora trabajaba. Mientras ella se subía a la camilla y abría delicadamente sus largas piernas, se habría excitado como el perverso que era, le encantaba ver a Jen abierta de piernas luciendo toda expuesta, si no fuera porque entre sus piernas... estaba su *papá*, lo que resultaba muy bizarro... *Cristo*, oficialmente ya era un enfermo.

—Como te dije por teléfono, Chris, el bebé está bien, todo va como debe de ir... Ahora mismo se está moviendo, al parecer le gusta nuestra voz y ha ganado peso desde la última ecografía —informó Mateo sonriendo mientras veían en la pantalla al bebé, saltando en el monitor de aquí para allá.

—Por supuesto que te gusta nuestra voz, eres feliz, *pequeñito ponny*, lo sé, yo también lo soy... —canturreó Jen contenta, haciendo que su corazón se inflamara de orgullo, se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—*Te amo* —murmuró bajito para que solo ella lo escuchara.

—Bueno, Jen, ya puedes vestirte... los veré más tarde en casa. —Se dio la media vuelta y salió de la habitación.

No había problemas. Su abuelo se lo había dicho también. Entonces... ahora intentaría ser cuidadoso en el sexo, no convertirse en un puto salvaje, esa era la prioridad que tenía que seguir cumpliendo, aunque le hubieran dicho que no importaba, a él sí le importaba, así que quizás solo introducir la punta... bueno solo eso no, *mierda*. Quizás hacerlo por pausas...

—¡Chris! —gritó Jen, él se giró instantáneamente alarmado para mirarla, pero solo encontró esos ojos verdes ahora furiosos.

—¿Ah, qué decías? ¿Ya estás lista?

—Tengo mucho hablándote. ¿En qué pensabas, qué te ocurre? —Él miró nerviosamente su reloj. Mierda, tenían que darse prisa.

—No es nada, ¿me acompañarías a un lugar? —inquirió.

—Sí, pero ¿me echas una mano? —preguntó, intentando bajarse de la camilla.

—Te echo lo que quieras... *cosita* —ronroneó acercándose a ella, riéndose al verla fruncir el ceño. Otra vez no lo había entendido.



Jennifer se mordió el labio. *Mierda*, ¿a dónde la llevaría? Cuando se subieron en *Redish*, se sentía tan nerviosa que hasta quería vomitar, el joven iba completamente en silencio, sus preciosos ojos perdidos en la carretera.

—He pensado en unos nombres... —cuchicheó para después reírse nerviosamente.

—¿Ah, sí? —Elevó una ceja.

—Bueno... como mi mamá se llama Mónica y tu mamá Elena... ¿Qué dirías del

nombre Molena? Y si es niño... Bueno, había jugado con los nombres de nuestros padres y pensé... —Chris se orilló abruptamente en la carretera, saliéndose del camino—. ¿Q-Qué pasó? —preguntó alarmada.

—¿Cómo que qué pasó? —dijo riéndose al principio—. ¿Es de verdad esos nombres? —Comenzó a reírse casi con histeria. Jen abrió los ojos de par en par y lo pellizcó molesta.

—Al menos te hice reír —murmuró enfadada.

—Lo siento, bebé. —Tosió tratando de disimular la risa—. Es que no, la verdad no me gustan esos nombres... además si es niña, terminarían llamándola Muppet o algo.

—¿Apodaste a nuestro bebé como esos horripilantes monos? —gritó iracunda.

—Tú lo llamaste *puto-alienucho*, creo que me ganas por mucho —respondió con una sonrisa. Ella se ruborizó, cruzándose de brazos.

—Entonces dime alguno que se te ocurra —refunfuñó. Él suspiró y de pronto su semblante se puso completamente serio.

—¿Crees que si... que si fuera niña podríamos llamarla *Liliana*? —susurró, casi sonando avergonzado. Jen se llevó ambas manos a la boca, fue tan tonta al no pensar siquiera en eso, los ojos se le llenaron de lágrimas—. Si no te gusta no te preocupes, Molena está bien, podemos llamarle como tú quieras, solo no llores por favor...

—Oh, Chris —sollozó—, siento mucho no haber pensado en eso antes, por supuesto que se llamará Liliana, que hermoso nombre.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sus ojos brillando con alegría.

—Por supuesto, me encanta, se llamará como tu mamá, es precioso. —Chris se acercó a ella, apoyando tiernamente la oreja en su vientre. Entonces el bebé pateó haciéndolos reír—. Es definitivo, le gustas.

—Y a mí me gusta su encantadora mamá. —Sujetando su rostro con fuerza, la besó con pasión contenida.

Minutos después, se separaron jadeantes y a regañadientes para que pudiera reanudar la marcha, y cuando la joven vio el letrero que decía “Bienvenidos al parque Cherry Creek” se mordió el labio otra vez. ¿La llevaría a donde había lobos? Nerviosa miró hacia el bosque, pero luego respiró aliviada cuando pensó otra cosa. ¿Quizás irían a visitar a Andrew? Claro, eso tenía más sentido... quizás Chris solo quería informar a sus amigos. Pero entonces, ¿por qué sentía que había algo más? ¿Qué le estaba ocultando?

—¿Jen? Necesitas ponerte esto... —murmuró Chris mientras le abría la puerta. En su mano sujetaba una venda.

—¿No quieres que vea? —inquirió elevando una ceja, él sonrió.

—Nop.

—¿Es una sorpresa, qué es?

—Si te lo digo ya no lo sería... ¿me permites? —Se acercó a ella y su loción la tranquilizó mientras le colocaba la venda. Se repitió que él no sería capaz de llevarla con

los lobos. Pensando que caminarían a ciegas, gritó sorprendida cuando sintió que la elevaba en brazos.

—¿Qué haces? —preguntó riéndose al tiempo que se sujetaba de su cuello con fuerza.

—¿No pensabas que me iba a arriesgar a que camines vendada, o sí? —Jen hubiera rodado los ojos si los tuviera abiertos, era tan exagerado.

Un poco después el sonido de agua llegó a sus oídos, el aroma del lago llegó hasta su nariz. Se preguntó por qué Chris la estaría llevando a ese lugar. Sin embargo no le importaba, nada le importaba mientras estuviera en esos fuertes y protectores brazos. Con cuidado la bajó, quitándole la venda, luego, la abrazó por detrás mientras ella parpadeaba tratando de adaptarse a la luz del sol. Estaban al borde de una plataforma, dando la impresión de que estuvieran flotando sobre el agua. El sol comenzaba a ocultarse majestuosamente detrás de las montañas, los destellos rojos y naranjas inundaban el cielo, el brillante contraste con el agua era asombroso.

—Es precioso, es un hermoso atardecer —susurró maravillada.

—No tan hermoso como tú —aseguró Chris, depositando un suave beso sobre su hombro. Sonriendo, se giró para agradecerle por el espectáculo, pero se quedó sin aliento al ver otro espectáculo: sus orbes. Se veían imponentes, incluso aún más a causa del crepúsculo.

—¿Qué me estás ocultando? —indagó suavemente, acariciando su mejilla. Él la miró de forma tan intensa que le robó un escalofrío.

—Me he quebrado la cabeza pensando cómo decirte las cosas, y al final concluí en que no hay palabras suficientes para expresar lo que siento por ti. Te amo tanto que me duele el corazón, me abrumba lo que siento por... ustedes —susurró, desviando la mirada ligeramente a su vientre.

Entonces el joven le agarró los dedos y Jen percibió que temblaban entre los suyos, y luego, el corazón se le trasladó a la garganta cuando se arrodilló frente a ella. Después volvió a tomarle las manos y se las llevó a los labios para besarlas.

—Sé que no soy perfecto, ni tampoco un caballero, y disto mucho de ser un hombre ideal, pero te juro que te cuidaré y que nunca te faltará nada. También sé que es muy pronto, acabas de salir de un matrimonio, pero... —Clavó sus preciosos zafiros en ella—. ¿Crees que puedas enfrentarte a la idea de ser Jennifer Herrera esta vez?

Jen contuvo la respiración unos segundos antes de que con un sollozo se dejara caer junto a él de rodillas.

—No es demasiado pronto, así que si me lo estás pidiendo, la respuesta es sí —afirmó más segura que nunca de algo en su vida. Por asombroso que pareciera, en los claros ojos azules de Chris empezaron a brillar lágrimas y la nuez se le contrajo una vez.

—Te quiero tanto, Jen, más de lo que he amado jamás a nadie, más de lo que había creído posible amar a nadie. —La joven sonrió entre lágrimas, lanzándose a su cuello para rodearlo con los brazos.

—Yo también te quiero, no sabes cuánto —murmuró, entrelazando los dedos en su pelo, atrayendo su boca para besarlo. Después de unos segundos, él se separó de ella riéndose entre dientes, rebuscando en sus bolsillos donde sacó un estuche de terciopelo morado—. ¿No te habrás gastado mucho dinero, verdad?

—Cuando le conté a Owen que quería casarme contigo, se empeñó en regalármelo, dice que perteneció a mi abuela. La verdad en cuanto lo vi me enamoré de la pieza, pero ahora... siento que es muy sencilla, diablos, incluso debí llevarte a un lujoso hotel o...

—Pero entonces, si lo hubieras hecho, dejarías de ser tú mismo, el chico noble y sencillo del que me enamoré. —Él suspiró frunciendo los labios.

—¿De verdad no quieres que te compre algo de *Tiffany's*?

Sin decir nada se lo quitó de las manos, jadeando de sorpresa al ver el hermoso anillo en oro blanco. El diamante era increíble, rodeado por un diseño delicado, del tamaño perfecto como si hubiera sido diseñado para ella. Sonriendo elevó la mano en alto para que ambos pudieran observarlo con los últimos rayos del atardecer. Sonriendo maravillada, se giró para agradecerle a Chris, sorprendiéndose cuando feroces labios la atacaron.

—Supongo que te gusta —jadeó, recostándose contra la plataforma de madera, era dura pero no le importó cuando él se acomodó sobre ella, sin poner ni un gramo de su peso en su contra.

—Muchísimo. —Su voz fue ronca cuando le besó la mandíbula.

—Entonces, ¿ya pensaste en abandonar el celibato? —gimió cuando su enorme cuerpo se meció en su contra.

—¿Quieres hacer una fantasía donde yo sea un padre?

—Mmm... sí... —ronroneó contra sus labios.

—Entonces seré el padre Benito Camelo.

—¿Cómo? —inquirió curiosa. Chris soltó una carcajada.

—Ven y tócamelo, ¿entiendes? —Jen abrió los ojos sorprendida

—Eres un... —En eso, un asqueroso grillo saltó enseguida de su cabeza, haciéndola chillar de horror—. ¡Quítamelo, no! ¡Esto debe ser un castigo de Dios! —jadeó empujándolo para intentar ponerse de pie—. Me has hecho una perversa, yo no era así, ¡Dios está castigando nuestras blasfemias mandando plagas!

—Eres *tú* la que quiere robar mi virginidad.

Enojada por su comentario, comenzó a manotear provocando que el grillo le saltara a Chris en la cabeza, con un chillido horrorizado Jen lo empujó, levantándose para correr como loca lejos de esa asquerosidad. Chris se sacudió el cabello con rapidez haciendo que el insecto huyera, pero a Jen no podía importarle menos mientras corría hacia el auto. Por supuesto, él la alcanzó en un instante, estrechándola con fuerza. La joven gritaba empujándolo, mientras él restregaba su cabello contra sus mejillas.

—Tranquila, se ha ido.

—¿Y si dejó huevecillos en tu cabello? Oh, Dio... —Él la acalló besándola con intensidad.

Sus labios sabían a ese sabor característico suyo, la joven deslizó la lengua lentamente dentro de su boca para comenzar con una lucha de poder, haciendo que Chris gruñera en aprobación, apretándola más contra su cuerpo, el beso se intensificó, cargándose con erotismo y pasión, lo cual solamente podía significar una cosa: iban a recuperar todo el tiempo perdido.

La vida se va en un abrir y cerrar de ojos, vivimos tan mortificados pensando en el futuro, que no nos detenemos a disfrutar ni valorar lo que tenemos en el presente. Hay que vivir cada día como si fuera el último, sin quedarnos estancados, sin miedo al cambio, después de todo, vida solo hay una.

¿Reinventarse o morir?

Epílogo

—Ya no te quiero.

Jen suspiró viendo esos expresivos ojos color verde. Su cabello castaño caía en largos rizos hasta su cintura, enmarcando ese perfecto y redondeado rostro. Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en sus labios. Liliana era todo un poema, con su ceño fruncido y sus pequeños labios como los de su papá, era sin duda una réplica de los dos. Solo había algo que más bien había heredado de algún otro gen familiar: su mal humor.

Aún mirándola, recordó el día en que había nacido y un escalofrío de felicidad y dolor la recorrió por igual.

...

—Te odio... —gimoteó triturándole la mano—, tú me hiciste esto, Chris. Eres un embarazadorsucho de mujeres indefensas, ahora ¡remédialo!

Él la miró alarmado, sus ojos azules llenos de preocupación mientras caminaba con ella hacia el hospital, Jen presentaba un leve sangrado, preocupándolos a ambos.

—Perdóname, bebé... Tus papás ya vienen para acá y también Lisa y Holly...

—¡No me importa quién venga, solo quiero sacármela de aquí, me tiene completamente llena! —gritó colérica, él suprimió una sonrisa, abriendo la puerta de emergencias.

—Pronto Lili estará con nosotros, solo... mejor no grites eso aquí en emergencias, puede prestarse a malas interpretaciones.

—¿Qué? —jadeó en busca de aire, no le entendía nada.

—Nada... ahí viene la doctora...

Dos horas después, Jen seguía gimoteando, quejándose ruidosamente para que cualquiera que pasara pudiera escucharla y hacer algo. ¿Por qué nadie la ayudaba? Estaba incómoda y cansada, se había acomodado en cualquier posición extraña con tal de detener las contracciones, sin resultados, tan solo quería tener ya a Liliana.

—Pronto terminará esto, Jen.

—¿Cómo mierda lo sabes, Chris? ¿Tienes algún sentido oculto de partología del que no hemos hablado? —Él sofocó una risa, lo que la hizo enfurecer.

—Ya estamos otra vez con las palabras inventadas.

—Tan solo cállate.

—Está bien.

—¿Está bien? Estarás bien tú, aquí nada está bien. Me siento morir, mi espalda está por quebrarse, tu hija está estirándose como si fuera de goma, ¿y tú diciéndome que ya casi termina esto?

Chris sonrió dulcemente apoyando su frente contra la suya, Jen se removió incómoda queriendo quitarlo, sin embargo su piel estaba fría, sintiéndose como un bálsamo en la suya recalentada, y él parecía saberlo, también parecía querer que ella le dijera que se quedara de esa forma, pero estaba muy equivocado. Estaba demasiado furiosa con él en este momento.

—Te amo, Jennifer, eres mi vida.

—También te amo, Chris... —En eso una contracción la atravesó como fuego ardiente por el abdomen—. ¡Me duele! —chilló, lágrimas y sudor bajaron por su rostro.

—Lo siento, bebé.

—Perfecto, porque de verdad quiero que lo sientas. Fueron tus malditos espermatozoides los que me hicieron esto.

—Jennifer...

—Jennifer nada, dejé que tu maldito pene entrara en mí y ahora mira las consecuencias.

—Vamos a tener una hermosa niña —murmuró en tono dulce mientras le acariciaba el cabello—, y los bebés no son malos, son bonitos y te encantarán.

—Claro, eso dices porque no eres tú el que está en esta situación... —Intentó apartarse de él pero la sostuvo con firmeza, haciéndola enfadarse aún más—. No volverás a tocarme con ese amiguito del infierno tuyo, nunca más.

—Bien, como tú digas.

—¿Así, solo bien?, ¿ya no soy tan sexy para que quieras tener sexo conmigo?, ¿te quieres acostar con esa zorra de Brittany?

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Es porque mi empanada quedará tan ancha como una ballena? —sollozó. Chris se acercó, dándole un dulce beso en los labios antes de acariciarle el rostro—. Déjame, quiero ir al baño.

—Llamaré a la enfermera. —Se retiró ligeramente.

—¡No! —chilló enterrándole las uñas en el brazo—. No puedes dejarme, me lo prometiste, ¡dijiste que no podíamos estar separados!

—No lo haré, solo voy a tocar este botón. —Como por arte de magia, la enfermera apareció—. Mi esposa quiere ir al baño...

—Eso es bueno, déjeme ver cómo vamos... —Jen abrió los ojos horrorizada cuando la enfermera levantó su bata, ¿por qué tenía que verle allí si solo quería ir al baño?—. Ya estamos en labor, linda. Es hora...

...

Jen parpadeó volviendo a la realidad. Liliana seguía con su ceño fruncido y su boquita apretada. Su gesto concentrado más bien parecía el de un adulto que el de una niña de tres años.

—Pues yo te amo. —La sujetó en brazos, llenándola de besos—. Te amo tanto que no me importa que estés enojada.

—Quiero a *papucho* —farfulló con su voz clara y aguda, no era como la de algunos niños mimados, no, la de Liliana era clara como si fuera mayor.

—¿Quieres que vayamos por él? —La sonrisa de la niña iluminó la habitación.

—¡Sí!

—Entonces ve por Diego y nos iremos cuanto antes.

La niña le sonrió antes de correr hacia su habitación por Diego, ese muñeco tan famoso del que no podía separarse. Estaba sucio y semidesnudo pero la niña lo amaba, no había poder humano que pudiera quitárselo. Jen subió a su habitación para retocarse ligeramente el maquillaje, pero se miró la ropa y frunció el ceño. Llevaba unos vaqueros sencillos, unas botas de piso y una blusa negra de cuello alto. Su cabello en una coleta, y aunque Chris dijera que la adoraba tal como era, no podía evitar sentir celos de vez en cuando. Como por ejemplo ahora que se había ido nuevamente a Miami, con *Britany*. Ir por él al aeropuerto sería una sorpresa, pero tan solo pensar que lo vería al lado de la zorra, ya le estaban dando ganas de vomitar.

Así que ante la mirada de impaciencia de su pequeña clon, comenzó a cambiarse rápidamente, se dejó los vaqueros pero se puso sus nuevas botas de tacón alto, una blusa azul escotada que le encantaba a Chris y una gabardina oscura. Se soltó el largo cabello caoba, donde se peleó un rato con sus ondas, algo de brillo e inmediatamente después tomó a la niña para salir disparada antes de que él tomara un taxi.



—Estuviste impresionante —susurró Britany con la cabeza ligeramente recostada en el asiento, mirándolo.

—Gracias —contestó por inercia, Chris estaba totalmente enfocado en el *whatsapp* que le estaba enviando a Jen.

—Estás muy callado, ¿te ocurre algo?

Una rayita significaba que no le había llegado pero dos era que sí. ¿Entonces por qué rayos no le contestaba?

—¿Te sientes mareado?

Lo había usado a las 4:05 p. m., eso era no menos de media hora. Frustrado, resopló. ¿Qué si les había pasado algo?, ¿y si Jen había dejado las llaves dentro del auto, otra vez? El *WhatsApp* era un destructor de relaciones, un incitador de peleas, un...

—¿Chris? —Una mano se deslizó entre las suyas, asustándolo como la mierda. Britany lo estaba mirando fijamente, ¿y por qué le sujetaba la mano? Frunció el ceño retirándola educadamente.

—No es nada, solo quiero llegar a casa —aseguró, mandando otro texto.

—¿Extrañas a la pequeña Liliana?

—Y a Jen, ambas son mi vida. —La chica se quedó seria sin agregar nada más. No que le importara qué cara pusiera su compañera.

Por supuesto que extrañaba estar en casa, esas mujeres eran su vida, aunque a veces deseaba azotarlas a ambas. Podían volverse un torbellino, y juntas lograban que Chris se replanteara una y otra vez su paciencia. Su hija no era como ningún niño que hubiera conocido nunca, con una mente por demás perspicaz, siempre los ponía a prueba. Era preciosa, y lo mejor, es que se parecía a su difunta madre, realmente se parecía mucho a Liliana, así que siempre se encontraba mirando a su pequeña y recordando con cariño a su madre. Suspiró cansinamente mirando por la ventanilla del avión, ¿por qué sentía que no se estaban moviendo? Sacudió la cabeza controlándose, una sonrisa se dibujó en sus labios al contar los minutos que faltaban para estar con sus mujeres.



—Allá está *papucho*, ¿ya lo viste, Lili? —preguntó Jen apuntando hacia donde su flamante esposo venía caminando.

El castaño llevaba una gabardina que enmarcaba su figura, los pantalones oscuros le sentaban de muerte a esas largas piernas, y la bufanda roja que ella le había regalado esa Navidad. Bajo sus ojos había círculos negros que ensombrecían su bello rostro, no que le restara belleza. *Dios*, ¿cuándo podría dejar de verlo de esa forma? No importaban los años, ni el tiempo, Christopher Herrera le parecía lo más hermoso que hubiera visto nunca.

—¡Papi! —Liliana le soltó la mano, corriendo hacia un ofuscado Chris. Sin duda no las estaba esperando.

Jen contuvo una sonrisa malévola al ver la cara de sorpresa de la zorra. Britany nunca le había gustado ni le gustaría, así que se encargaba de restregarle cada vez que podía su anillo, y que tenían una hija juntos; hasta la había invitado a la boda tan solo para que le quedara claro que Chris era suyo y de nadie más.

Él soltó la maleta y se inclinó para recibir con los brazos abiertos a su hija, enterró el rostro en el cabello de la niña antes de levantarla en brazos. Un segundo después, la buscó con la mirada, y al verla, sus ojos se calentaron, incluso oscureciéndose y síp, estaba mirándola como si estuviera famélico. Arrastró perezosamente los ojos por toda su silueta provocando que se le desbocara el corazón, su cuerpo se sacudió como si se hubiera agarrado a un cable de alta tensión y hasta le temblaron las piernas. *Mierda*, el efecto que tenía sobre ella esa mirada de perverso que nunca se iba... daba gracias a Dios por eso. Sonriendo comenzó a caminar hacia ellos.

—Hola, Britany —murmuró por mera cortesía al pasar a su lado.

—Jennifer —contestó secamente.

—*Jen* —la corrigió Chris, o la llamó, no que importara. Su nombre había sonado con una tensión anhelada, con aquel tono que usaba cuando le insinuaba que deseaba tomarla justo ahí y ahora.

En el mundo al que había pertenecido el *ex cosplayer*, se había dedicado a trabajar a las mujeres, probando ángulos, profundidades y fricciones. Jen estaba muy consciente de aquello y, lejos de ponerse nerviosa, se sentía... orgullosa. Chris había probado de todo y ahora solamente la quería a ella, ese hombre que exudaba sexo por todos los poros, solo la quería a ella. Sin poder evitar reírse nerviosamente y como tonta, se lanzó directa a sus hermosos labios. Lo había extrañado tanto que todo el cuerpo le dolía. Cuando sus labios se juntaron fue como si todo el mundo estuviera bien, como si por fin estuviera completa. Pronto su cuerpo comenzó a derretirse, el aire empezó a faltarle, él lo intuyó o quizás estaba sintiendo lo mismo cuando se separó de ella riéndose entre dientes.

—¿Me extrañaste? —le preguntó con una extraña voz ronca. Chris gruñó, estrechándola un poco más contra cuerpo.

—Un poco, sí —dijo sarcásticamente.

—Suéltalo, es mío —refunfuñó Lili, empujándola ligeramente.

Jen rodó los ojos ante la ridícula y orgullosa sonrisa que se extendió en el rostro del castaño. Su hija era muy posesiva y no le gustaba que *nadie* se acercara demasiado a su papá, y él parecía adorar eso.

—¿También es mío, sabes? —aseguró molestándola.

—¡No! —gimió abrazándose como boa al cuello del castaño.

—De las dos, Lili. Ya te lo he dicho —canturreó Chris en el oído de la pequeña. De pronto, Britany carraspeó haciendo que los tres la miraran.

—Tomaré un taxi —rezongó, despidiéndose con la mano.

—¡Que te vaya bien! —gritó Jen, sonando demasiado entusiasmada mientras la veía irse.

—La odias, ¿no es así? —Él elevó una ceja.

—¿De verdad quieres saber?

—Te he dicho que no tienes por qué, solo te amo a ti. No puedes portarte siempre que la ves igual que esta pequeñita que tengo aquí —susurró, estrechando un poco más a la niña.

Jen suspiró, sabía que estaba mal portarse de esa forma y peor aún, ¿qué clase de ejemplo era para su hija? Al final, era igual de celosa que la niña. No dijo nada mientras caminaban.

—Por cierto... —Chris terminó de acomodar a la niña, cerró la puerta y, de la nada, la acorraló contra el auto.

—¿Q-Qué? —balbuceó nerviosa.

—¿Por qué no contestas el celular? —Se inclinó hacia ella, deslizando la nariz por su cuello, respirándola.

—No lo escuché, quería darte una sorpresa —aseguró, enterrando las manos en su caótico cabello.

—Te ves preciosa, ¿te vestiste así para mí? —Su tono fue bajo y profundo al tiempo que deslizaba los labios por su mandíbula, sus manos recorriéndole con suma premura la cintura.

—S-Sí...

—¿Te acuerdas de la fantasía jefe-secretaria que tenemos pendiente? —Jen solo fue capaz de asentir—. En cuanto Lili se quede dormida, voy a darte tu introducción al mundo de los negocios. —Se restregó contra ella, su erección pulsando contra su vientre.

—¿Sacarás libros? —inquirió jadeante.

—Sí, y otras cosas...

—¿Nuevas? Qué bueno que soy abierta a todo —canturreó, riéndose entre sus brazos. De pronto recibió una nalgada que le escoció la piel.

—Ya comprobaremos qué tan abierta eres.

—Soy bastante abierta —insistió. ¿Por qué Chris no le creía que podía ser muy liberal? Él se soltó riendo y el sonido fue delicioso.

—No entiendes, bebé, nunca entiendes. Pero bueno, si te portas bien, pensaré en darte un ascenso, *lagarto*...

—Mientras no sea otro bebé.

—¿Por qué no? Te ves adorable embarazada.



Y lo decía en serio. Chris adoraba ver a Jen embarazada. Aunque se quejara, llorara por todo, le pegara y quisiera tener sexo a todas horas. Tan solo pensar en ello, lo invadían los recuerdos.

...

—¿En la playa? ¿De verdad se van a casar en la playa? —preguntó Mónica totalmente asombrada mientras desayunaban.

—Sí, me encanta Miami, mamá. Es perfecto, iré descalza y llevaré un sencillo vestido.

—Pero, Jen, nuestros amigos comenzarán a hablar si no es en un altar, frente a un sacerdote, en una iglesia católica y...

—¿Quieres que Jenny se case como tú? ¿Ya se te olvidó cómo nos obligaron nuestros padres? —la interrumpió Thomas molesto. Su suegra lo miró de forma fulminante antes de responder con otra cosa y así comenzar una pelea... otra vez.

Repentinamente, Chris sintió una patada por debajo de la mesa que lo hizo dejar de ver a sus suegros. Jen estaba sentada frente a él, lucía hermosa con su pesada cabellera esparcida por sus hombros en pequeñas ondas, sus pechos más grandes producto del embarazo, su boca carnosa, y sus ojos... mierda, comiéndoselo vivo; en ese momento tuvo una puta erección. Como últimamente le pasaba, era como si desprendiera hormonas o

algo, ella apreció el cambio en el ambiente, y entonces lo hizo, jodidamente lo hizo. Se atrevió a comerse un plátano de forma provocadora, incluso sonriendo malévolamente. Chris inmediatamente desvió la mirada hacia su desayuno, ese monstruo frente a él no iba a conseguirlo... esta vez. De pronto sintió en su entrepierna un pequeño pie. Molesto se pellizó el puente de la nariz al tiempo que cerraba los ojos.

—¿Qué ocurre, Christian?, ¿ya te aburrimos con nuestras peleas? —preguntó Thomas elevando una ceja. Jen se mordió el labio mientras continuaba frotando su pie con más intensidad sobre su miembro.

—N-No —tosió—, para nada... Es solo que me desvelé un poco.

—Jennifer, ¿por qué estás casi acostada en la silla? Siéntate bien, por favor —regañó Mónica.

Jen se soltó riendo al tiempo que se erguía en su silla. Claro, eso no fue todo por el día, más tarde insistió en ir de compras, algo que lo tenía más confundido que la mierda porque ella jamás quería ir de compras.

—Este vestido se me ve como a la abuela de Nathan —suspiró molesta. El castaño se hubiera reído si no fuera porque la mención del cabrón ese casi lo hizo vomitar bilis.

—Tienes siete meses, bebé. Todo se te verá como si te hubieras tragado un chícharo gigante —aseguró. Jen lo miró con la boca abierta y... mierda, sus enormes ojos verdes se llenaron de lágrimas al tiempo que se daba la vuelta para encerrarse en el probador—. Jen, no quise lastimarte, ábreme... —Golpeó la puerta.

Pero no abrió, naturalmente.

Así que tuvo que utilizar aquella voz, y mirada cargada de promesas, con la encargada de los vestidos para que le prestara la llave maestra, por supuesto su modo "Owen" había funcionado. Odiaba hacer eso, sentía que traicionaba a Jen, pero prefería eso que imaginársela sola llorando en el probador. Introdujo la llave y abrió de un tirón metiéndose rápidamente.

—¡Putra mierda! —gritó aterrada, lanzándose hacia atrás con tanta fuerza que por poco se cae—. Chris, oh Dios mío... —Se llevó una mano al pecho antes de que su expresión de desconcierto cambiara a furia—. Fuera.

—Bebé...

—¡Fuera!

—No. —Colocó las manos en su cintura tirando de ella—. ¿Cuándo vas a entender que tú no mandas aquí?

—Vete, ya no te quiero. —Se revolvió entre sus brazos.

—Pues qué lástima, porque yo te adoro, estoy loco por ti. —Repartió besos por su cuello, sonriendo al sentirla estremecerse entre sus brazos. Ella tomó los extremos de su camisa, acercándose a su boca.

—Me dijiste gorda.

—Ya te he dicho que sí se me hace gorda.

—*Degenerado.*

—*Llorona.*

El castaño comenzó a besar desesperadamente su boca, deslizándose las manos por todo su cuerpo, cuando se encontró con sus bragas no se detuvo a quitárselas, no tenían tiempo, así que se alegró cuando al arrancarlas escuchó una risita por parte de ella.

—*Mira lo que provocas, Jen. Aquí me tienes haciendo cosas casuales como irrumpir en probadores, buscándote, exponiéndome a que me lleven preso si me encuentran...*

—*¿Si te llevan preso dónde buscaré consuelo?* —susurró en su oído entre risas mientras le desabrochaba el pantalón.

—*¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? Irás a la prisión a verme, existen las visitas conyugales.* —Se recostó en el pequeño sillón tirando de su mano, todavía sonriendo ella se colocó encima de él.

—*Esta fantasía se trata de una embarazada que no le quedaba nada, serás un dependientucho abusón.*

Chris rodó los ojos pero dejó de bromear cuando el estrecho calor de Jen lo succionó, haciéndole perder todo rastro de civilización.

...

—*Si por adorable quieres decir gorda hasta lo imposible, entonces te creo* —murmuró enojada, trayéndolo de vuelta a la realidad. Chris forzó una sonrisa, puesto que se encontraba pensando con *otra* cabeza y su mente estaba nublada de lujuria.

—*Por adorable quiero decir jodidamente seductora, ¿nos vamos?* —medio ordenó con la voz ronca. No podía esperar para lamer cada parte de su cuerpo.

—*Tienes una forma de ver las cosas...* —murmuró Jen entre risas.

Desgraciadamente llegando a casa, Lili se quedó dormida a las dos de la mañana. Parecía un remolino que no tenía fin, podía saltar de aquí para allá y nunca se dormía temprano, mucho menos después de no haberlo visto en dos semanas. Así que otra fantasía más se había ido por la ventana. Chris suspiró cansado. La niña le había pedido que le leyera un cuento para dormir, sin embargo en algún momento se había quedado dormido él.

—*Te ves tan precioso* —susurró una dulce voz.

Chris parpadeó recordando dónde estaba. Soñoliento, buscó a Jen que estaba recargada en el marco de la puerta, la bata de seda marcaba cada curva de su cuerpo, y aunque adormilado, se estremeció de deseo. No podía con su cuerpo, los ojos le pesaban en exceso, estaba tan agotado. Quería descansar, pero seguía sintiendo un anhelo y no de hacer fantasías, se conformaba con tomar a Jen de la forma que pudiera. Aunque lo hiciera con la gracia de un zombi, hoy necesitaba estar dentro de ella. Pero bajo su brazo estaba su princesa, sonrió dándole un beso en la frente.

—*No me digas precioso, ¿en qué quedamos?*

—*Bueno, mi macho, ¿ya vienes a la cama o vas a leer otro libro?* —dijo

socarronamente.

Chris comenzó a levantarse, listo para darle una lección a su pequeña esposa burlona, pero abruptamente Lili se aferró a su camisa, sus pequeños deditos parecían garras al tiempo que abría sus ojos verdes de par en par.

—No te vayas, *papucho*, tengo miedo —susurró con la voz entrecortada... y *mierda*. Su cabello espeso le cubría parte del rostro y si no fuera su hija, habría gritado cual afeminado, parecía la niña de *El Aro*, oficialmente. Jen se soltó riendo desapareciendo por el pasillo, lo conocía tanto que a pesar de todo, sabía que no iba a dejar a su princesa sola.



Jen se había dormido sintiéndose un tanto descolocada, extrañaba a Chris de una manera que le resultaba ridículamente dolorosa, pero no haría un berrinche ni tampoco lo haría sentir mal. Ella misma no se imaginaba lo que se sentiría estar lejos de Lili más de un par de días. Así que sin otro remedio, se había envuelto en las mantas cual capullo con la intención de sentirse menos sola, por lo que sonrió feliz cuando al despertar se encontró de la misma forma en la que había estado despertando desde hacía más de tres años. Totalmente apretada contra el cuerpo de Chris mientras él le hacía presión con las caderas, una mano en su pecho izquierdo, y parecía saludarla con una erección tan dura como una piedra.

Probablemente seguía dormido, pero Jen sonrió cuando se dio la vuelta y se recostó para hacerle sitio, pues ya sabía cuál sería su respuesta. *Sí*, en un segundo Chris estaba sobre ella, cubriéndola como una manta tibia y envolvente con el peso de su cuerpo, Jen jadeó ahogadamente cuando él la penetró con un solo movimiento.

—Mmm —le dijo al castaño al oído—, buenos días, perverso.

Le sonrió un poco, arqueando la espalda para que él pudiera entrar aún más profundo, deslizando los dedos dentro de su cabello.

—¿Cómo amaneciste hoy, bebé?

Pero no pudo responder, ya que los dos gimieron cuando él la embistió una vez más, lenta pero concienzudamente, y el poder de su estocada llegó hasta el centro mismo de su cuerpo. Era una agradable forma de despertar, Chris la poseía de manera lenta y dulce, haciéndole caricias con la nariz en el cuello, mordisqueando la piel sensible, y cuando llevó las manos sobre su cabeza, entrelazaron los dedos. Ya no se sentía aterrada ante esa presión dominante.

Lili definitivamente había cambiado su modo de vida, y con los viajes de Chris, apenas les quedaba tiempo para tener un *rapidín* como éste, y Jen definitivamente no iba a desperdiciarlo, así que le rodeó las caderas, buscando profundidad.

—¿Conque sí, nena? ¿Qué es lo que quieres? —Ella se arqueó gimiendo—. No entiendo con movimientos, dime, ¿qué es lo que quieres?

—Um... yo... tú sabes qué...

—No-sé-de-qué-hablas —canturreó, moviéndose con esa misma jodida lentitud.

Chris amaba escucharla rogar en el sexo, si quería algo, la obligaba a pedírselo en voz alta.

—¡Más duro! ¡Quiero que entres con más fuerza y rápido, con un demonio, Chris! —gritó enojada.

—Voltéate.

La sonora nalgada que le dio, sumado a su tono ahora exigente, la hizo vibrar de placer. Se dio la media vuelta y no tuvo tiempo de nada más porque él tiró de sus caderas, poniéndola en cuatro. La fuerza con que la penetró fue tanta, que casi se estrelló contra el cabecero de la cama. No que le importara. Estaba demasiado perdida en las sensaciones mientras Chris le acariciaba los senos y estimulaba sus pezones con los dedos.

—Siempre tan jodidamente mojada para mí, me encanta cuando comienzas a rodearme así...

El castaño siempre le hablaba sucio haciéndola desfallecer, Jen pensó que estaba en el cielo, el orgasmo se estaba construyendo rápidamente en su interior y ya podía sentir los espasmos... En ese momento se oyó un ruido que provenía del monitor inalámbrico que estaba sobre la mesita de noche. Chris se detuvo, su enorme cuerpo se paralizó por completo.

—¡No! *No*, no, *no*. —Se volteó para cachetearlo con fuerza intentando hacerlo volver, pero el joven tenía sus preciosos ojos clavados en el monitor.

—Es Lili, está despierta, puede venir... —Su voz estaba llena de alarma.

—Chris, si me dejas así voy a castrarte —siseó, pero ya era tarde, su desconcentración enfrió por completo las cosas.

—Lo siento, *lagarto* —suspiró desolado—, iré a ver qué tiene y... seguiremos con esto por la noche, lo prometo.

Jen se desplomó contra el colchón, sintió un suave beso en su nuca antes de verlo ponerse unos pantalones de deporte, y dos segundos después ya estaba literalmente corriendo hacia la habitación de su hija. Jennifer suspiró mortificada, sabía que estaba mal de su parte sentirse así. Sobre todo teniendo en cuenta que en una ocasión se habían dejado llevar y Lili había irrumpido en su habitación. Explicarle a la pequeña que solo estaban jugando a los vaqueros fue la cosa más difícil que Jen hubiera tenido que hacer nunca. Así que dejándose de cosas, se levantó, no quedando otra opción, y después de hacerle el desayuno a los dos, se duchó y se cambió. Por la tarde recibirían a los abuelos de Chris, quienes viajarían a Miami para el cumpleaños de su bisnieta.

—¿No se cansarán mucho tus abuelos? —preguntó, preparando *hot cakes*.

—Espero que no, esto es lo único que lamento de habernos regresado a Miami, estoy lejos de ellos...

—Lo sé, yo también los extraño, mucho.

Y era la verdad, Jen sentía a los abuelos de Chris como su propia familia. Un par de horas después, ellos llegaron, por suerte no lucían muy cansados. Después de comer, la joven se apresuró a traer el postre.

—Entonces estaba en la calle —aseguró Lili mientras comía una patata.

—¿Qué estabas haciendo en la calle, cielo? —preguntó Elena con angustia.

—Jugando... —Rodó los ojos.

—¿Tú sola?

—Síp.

—¿En dónde estaban tus papás?

—Adentro... amándose. —Se encogió de hombros. Jen escupió el helado que se estaba comiendo y casi se atraganta.

—¡Cariño!, ¿estás bien? —Elena daba golpecitos en su espalda.

—Liliana Herrera, nunca has salido a jugar afuera y mucho menos sola, ¿de dónde sacaste esas cosas? —preguntó Chris en un tono entre molesto y divertido.

—Creo que deben ser un poco más precavidos, hijo —dijo Mateo.

—Es que eso no es verdad, papá...

Aunque Chris estuviera explicando las cosas, de cualquier manera Jen no podía recuperar el aliento, no podía dejar de sentir el ardor en la garganta ni controlar el rubor en su rostro. A veces los niños contaban mentiras, no sabría cómo explicarlo, pero al menos Lili lo hacía. A veces contaba historias fantasiosas, pero ésta sin duda había sido la ganadora de todas.

—Mami, tengo sueño... —La niña tiró de su pantalón, frotándose los ojos. Jen suspiró dejando de lado su vergüenza o su garganta dolorida, le sonrió cálidamente mientras la tomaba en brazos.

—Vayamos a dormir, nena.



—Estás rodeado de mujeres, siempre rodeado de mujeres.

Axel le dio una palmada en el hombro, que si no lo conociera tan bien, habría jurado que quería dislocárselo.

—Pero nunca había sido tan feliz como ahora —susurró, mirando hacia donde Jen estaba acomodando el gorro de cumpleaños de su hija. A veces le parecía una cosa de otro mundo todo esto. Tenía una esposa por la que miles matarían, un trabajo y... un pequeño niño rubio correteando a su princesa—. ¿Qué Peter nunca se cansa? —preguntó malhumorado.

—Nop, es fuerte y sano como su padre —canturreó orgulloso.

¡Ah! Porque, para sorpresa de todos, el pequeño Peter era tan solo algunos meses menor que Liliana, después de tantas complicaciones, de dimes y diretes, de llantos y rupturas, Axel y Holly se habían casado, tenían un hijo y ahora estaban esperando a otro... *casual*.

—¿Y no estás nervioso de tener otro pequeño en camino? ¿Cómo le haces? —

preguntó nervioso al recordar lo que había sido para Jen tener a Liliana y se estremeció.

...

La enfermera pasó a su lado sin siquiera mirarlo, haciéndolo sentir como el maldito violador en serie y donador de esperma que su esposa había estado pregonando. Mientras seguía a la enfermera que llevaba en brazos a su pequeña bebé, pensó si Jen seguiría molesta.

Al entrar a la habitación la encontró sentada, se veía bastante bien. No como la mujer ensangrentada y hecha polvo de hacía un par de minutos. Sonrió ante su fuerza. Era impresionante, Jen era la mujer más impresionante que hubiera conocido nunca, mientras él hubiera querido salir corriendo como un afeminado a los brazos de Elena y pedirle que hiciera todo por él, Jennifer había hecho todo ella solita. La joven elevó la mirada buscándolo en cuanto Lili estuvo en sus brazos.

—Ven aquí, pequeño ponny, siento haberme portado como el exorcista. —Chris se rio, y aunque fue un sonido ronco por la emoción, se acercó a ella, sentándose cuidadosamente a su lado.

—Ustedes dos son perfectas —aseguró, dando un beso en su frente mientras la veía alimentar su hija—. ¿Eso te duele?

—Un poco... la enfermera dice que tengo que obligarla a succionar para que la leche baje.

—¿Quieres ayuda con eso? Sabes lo bien que los succiono. —Ella le lanzó una mirada de reproche, pero sus labios estaban curvados en una sonrisa.

—No, de hecho tenemos que esperar.

—¿Esperar para...? —Jen rodó los ojos.

—Sexo, tenemos que esperar.

...

—Fingiendo, amigo, solamente fingiendo. —Chris aterrizó abruptamente ante el sonido de la voz de Axel, sin poder evitar un escalofrío—. Cada vez que ella se queja quisiera llevarla inmediatamente al hospital, pero sé cuánto la enerva eso, así que solo trato de aparentar normalidad. Además, me muero porque nazca mi hijo, tendré mi propio equipo de fútbol —dijo orgulloso.

—¡Osito! Esto es para hoy —declaró Holly señalando el pastel que cargaba en sus manos. Chris iba a burlarse por el apodo cuando una cantarina voz retumbó en el pequeño lugar.

—¡Para hoy, papucho! —coreó Lili, haciendo estallar en risas a los invitados.

*Chris suspiró, no podía ofenderse con semejante apodo, cómo hacerlo si lo había aprendido de la hermosa mujer con la que se había casado. Jen había empezado a llamarlo así desde que supo que serían padres, lo siguió haciendo cuando nació la niña, de manera que la primera palabra de su hija fue: *chucho*. Ya se había encabronado lo suficiente aquel día, por lo que a estas alturas solo podía suspirar derrotado.*

—Compré un disfraz. —Una voz sugerente y baja cerca de su oreja le recorrió toda la espalda en forma de una corriente eléctrica.

—¿Qué disfraz? —preguntó en el mismo tono modulado, tratando de lucir de lo más normal mientras servían refresco.

—Uno de cuero, te has portado mal.

Putá mierda, en ese mismo momento, Chris no pudo retener el gruñido bajo que abandonó sus labios. Jen se soltó riendo dándole un ligero golpecito con la cadera.

—Apurémonos a terminar cuanto antes con esta fiesta... —Un llanto interrumpió a la joven.

—No llores, Lili, pediré más. —Peter entró corriendo a la cocina buscando pastel.

—Yo le llevaré el pastel a Liliana, tú come el tuyo, no te preocupes. —Chris se estaba apresurando a ir con su hija pero su esposa lo detuvo.

—No puedes ponerte celoso de un pobre niño, es ridículo, bájale dos rayitas a tu testosterona, *papucho*.

Pero Chris tenía dificultades para “bajarle a su testosterona”, ella era su bebé y él su papá, era el responsable de cuidarla y tratarla como una princesa hasta que otro llegara para arrebatárle su lugar. Así que tenía que evitar que eso pasara en los próximos... treinta años al menos.



Jen contuvo la risa cuando Chris le rodó los ojos, pero finalmente dejó que el pequeño Peter le llevara la comida.

—Ese niño lleva los genes de Axel, ¿es que no lo entiendes? —murmuró, viendo cómo Lili dejaba de llorar, sonriendo al ver su nueva rebanada.

—También lleva los de Holly, créeme que estoy preocupada. Lo he imaginado tatuado, perforado... de todas las maneras, Chris, pero tan solo es un niño. Si a esas vamos, Lili tiene un largo historial contigo y conmigo. —Él solo bufó cruzándose de brazos.

—¡Acá está mi princesa!

Owen apareció robándole a Liliana una carcajada. Su suegro era el que más adoraba a la niña, por supuesto que todos los demás lo hacían, pero él... simplemente era algo difícil de explicar.

—¡Abuelito!

Liliana se lanzó a sus brazos, fundiéndose en un largo abrazo. Luego, la niña lo arrastró literalmente hacia los regalos mientras Owen se reía. Jen escuchó algunos murmullos, su suegro siempre robaba miradas a las señoras asistentes, y el que estuviera soltero lo hacía lucir como un premio, tenerlo sin duda para muchas sería como sacarse la lotería. Después de que llevó el pastel al patio trasero de la casa de Holly, el lugar donde

se estaba realizando la fiesta, buscó con la mirada a Lili, ella estaba entre los brazos de sus abuelos, enterrada en una montaña de regalos.

—¿Ya puedo abrirlos? —preguntó con su voz cantarina, y antes de que Jen dijera que el pastel era primero, escuchó a Chris seguido de Owen y Thomas gritar:

—¡Sí!

Jennifer hubiese querido imponerse y decir que *no*. No le gustaban los cumpleaños de esta forma, se supone que debería ser al final, además, no iba a alcanzar a tomar video; pero lo dejó pasar, no tenía por qué caer en estándares tradicionalistas como sus padres, así que se acercó a donde estaba su familia.

—¡Un iPad! —gritó Liliana picando todos los botones.

De nueva cuenta, para Jen ver un aparato de semejante potencia en las manos de su pequeña era como un sacrilegio, ¿por qué les regalaban eso a los niños de ahora? Suspirando, se puso a pensar en un programa con algún control parental...

—Jenny, luces estresada. —Lisa llegó a su lado, asustándola.

—Por Dios, me asustaste y no... no es eso, yo...

—Es la falta de sexo —aseguró con una mirada que no dejaba lugar a dudas. Jen se ruborizó boqueando un poco.

—No es eso...

—Si lo sabré yo, tengo dos monstruos que cuando no llora una llora la otra, ¿por qué no te vas con Chris a algún hotel?

—No creo que sea conveniente.

—Déjame a mí a cargo de Lili, te mereces aunque sea un día con Chris. —Jen lo buscó con la mirada y lo encontró muy concentrado escuchando a Derek, sin duda sus amigos ya tenían todo planeado.

Dos horas después los invitados se estaban yendo. Mateo y Elena querían conocer un poco la ciudad antes de partir a Denver, por lo que se disculparon para irse temprano con Mónica y Thomas, quienes se ofrecieron para el recorrido. Sus amigas insistieron en que se fueran ellos también, asegurando que recogerían todo con la ayuda de los chicos. Así que ahora, mientras iban en el auto, solos, después de lo que parecía una eternidad, Jen sentía el ambiente cargado, incluso unas pequeñas gotas de sudor le perlaron la frente. Chris estaba mirando al frente con una sonrisa en su rostro. Sí, él sabía lo que se venía y parecía bastante feliz y confiado. La joven suspiró, ajustando el volumen de la radio. La música siempre lograba relajarla, aliviando la tensión que estaba sintiendo.

No había tenido esta sensación desde que lo había conocido por primera vez. Tenía las palmas sudorosas, y estaba con todas sus fuerzas intentando no mirar a Chris de nuevo hasta que llegaran a su destino. Aunque resultaba jodidamente difícil, era tan guapo. Quería tocarlo ahora. Quería tomarlo de la mano, pero se temía que si se dejaba llevar, podía provocar un accidente de tráfico.

—Estoy tan emocionado. —Chris rompió el silencio sujetando su mano, mandando una corriente a través de su piel.

—¿De verdad? Yo me siento nerviosa, no sé...

—Solo somos tú y yo, bebé, nada ha cambiado. Podemos quedarnos en casa y...

—¡No! —interrumpió con un grito que los hizo reír a ambos—. Es decir, de verdad quiero esto.

—Bien.

Al llegar, abrió los ojos desmesuradamente al ver el lugar. Chris había detenido el auto afuera de la casa de verano.

—Chris —gimió asombrada.

—Aquí empezó todo —susurró con la vista clavada en la enorme mansión.

—¿Puedes volver a ser mi *cosplayer*?

—Me tienes única y exclusivamente para ti. —Se acercó a ella, sujetándole el rostro con ambas manos, besándola de forma dulce y lenta pero concienzuda, haciéndola suspirar—. Será mejor que nos bajemos, no quiero terminar haciéndolo en el auto... otra vez.

Jen se sacudió de deseo, Chris había cumplido su fantasía de hacérselo en el auto y había sido intensa y morbosa, obligándola a hacer poses que nunca había creído, haciéndola sentir como una mala ciudadana por violar todas las leyes contra la moralidad habidas y por haber al estar estacionados afuera de su departamento. De pronto, la temperatura en el auto comenzó a subir más, Chris se rio entre dientes de forma ronca, como si pudiera leer todo lo que Jen estaba recordando. Aún sonriendo, se bajó y le abrió la puerta, tomándola de la mano mientras caminaban hacia la casa.

—Te quiero en veinte minutos en la habitación principal con tu disfraz. —Dicho eso le dio un beso antes de dejarla sola.

Jen sentía las piernas como de gelatina, hacía tantísimo que no hacían una fantasía, que los nervios la recorrían de arriba abajo, quería que todo saliera perfecto, por lo que le tomó más de lo normal maquillarse y arreglarse el cabello. El traje de cuero la trató con odio, subiendo de forma lenta y complicada. Bufando logró subírselo, no sin antes odiar su tradicional pancita cervecera, nunca se la había podido quitar, y después de un embarazo era mucho más difícil. Una vez que estuvo lista, se quedó mirando fijamente en el espejo de cuerpo completo. La mujer que estaba de pie frente a ella, la miraba de vuelta, era una chica sonriente, sexy y que brillaba de manera impresionante. Lucía feliz.

Cuando salió finalmente del baño, encontró a Chris mirando la impresionante vista del mar, al escucharla, se giró para encontrarse con ella. Estaba guapísimo como siempre, vestido de pies a cabeza en negro. Las mangas de su camisa estaban enrolladas hasta sus codos mostrando sus poderosos antebrazos. Y sus ojos... Dios, oscurecidos mientras la miraba como un maldito perverso.



¿Por qué estoy nervioso?

Era algo que Chris no podía entender. No es que no hubieran estado juntos antes.

Había tomado a Jen en todos los lugares, posiciones y formas posibles. Sin embargo, habían pasado meses desde que habían hecho esto juntos y se sentía fuera de servicio. De pronto la puerta se abrió haciendo que se girara ante el sonido. Jen enfundada en cuero era una imagen que Chris iba a guardar en su memoria por el resto de su vida, de eso estaba seguro.

La vida a su lado había sido mucho más de lo que alguna vez pensó merecer. Despertar a su lado los últimos tres años había sido algo más allá de las palabras, sostenerla entre sus brazos mientras ella dormía, sentir cada curva de su cuerpo contra el suyo, era indescriptible.

—Te portaste mal —comentó con voz temblorosa, pero no por eso menos seductora mientras se acercaba a él.

—Lo siento, señorita. —El primer latigazo fue dulce, trémulo, le escoció la piel de una extraña forma placentera.

—*Señora*, mi trabajo me ha costado ser la señora Herrera. —Chris reprimió una sonrisa, adorando cómo sonaba su apellido—. Ahora, *malcriaducho*, escoge tu palabra de seguridad.

—*Cosplay* —dijo sin pensarlo dos veces.

—Buen chico, quítate la camisa para mí.

—Sí, señora Herrera —murmuró, con una sonrisa arrogante al tiempo que le regalaba un estriptis.

Cuando quedó completamente desnudo ante ella, no pudo evitar sentirse orgulloso al ver que ella miraba asombrada su erección, y sonrió cuando vio que se ruborizaba. *Por Dios*, habían compartido de todo juntos y todavía se ruborizaba. Ella se mordió el labio, sujetando con fuerza el látigo, sin moverse.

—Ven. —Estiró la mano para que ella se acercara, por alguna razón lucía nerviosa—. Te ves preciosa, eres tan hermosa y solo eres mía.

—¿Me lo prometes? —clamó contra su cuello.

—Te lo juro. —La rodeó por la cintura, dándole un suave beso en la frente.

—Ya no tengo el cuerpo de antes.

—Ahora eres más hermosa. Solo tengo ojos para ti, mi Jen. —Duraron abrazados sin decir nada hasta que ella se separó mirándolo fijamente.

—¿Entonces por qué te vi coqueteando con ella? —Chris abrió los ojos luciendo sorprendido.

—¿Con ella? ¿Quién ella? Yo no...

—¡Guarda silencio! —gritó, empujándolo contra la cama—. Ahora vas a pagar por haberte portado mal, eres un *malcriaducho*.

Chris contuvo una sonrisa al verla comenzar la fantasía, y su miembro se sacudió ante el estímulo. Se quedó sentado observando cómo Jen traía un par de esposas y se arrodillaba frente a él.

—Dame las manos —exigió con una increíble voz dura. Él miró las esposas y luego a ella, estaba indeciso en lo que harían y un ligero escalofrío lo recorrió—. ¿Qué esperas? ¿No confías en mí?

Jen estaba ahí, arrodillada ante él con una peluca negra que la hacía lucir como una verdadera amazona y su pene se endureció un poquito más. Empujando lo más que pudo la claustrofobia a un lado, extendió temblorosamente las manos. Ella sonrió mientras lo esposaba para luego ponerse de pie, el cuero marcaba cada nueva curva que tenía, haciéndola ver increíblemente hermosa.

—Por haber dudado de mí, te pondré este anillo.

Mierda, ¿de dónde rayos había sacado un anillo constrictor? ¿Y si le cercenaba el pene? Chris tuvo que apelar a todo su sentido común y enfocarse en esos enormes ojos verdes, la determinación de su chica era pasmosa. Él mejor que nadie sabía lo mucho que les costaba a ambos esta situación, anteriormente ya habían conversado sobre recrearla y él no debería estar como un afeminado teniendo miedo, deseaba practicar con Jen toda clase de fantasías posibles. Y cuando ella tomó entre sus pequeñas manos su pene y testículos, dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido, sus pensamientos salieron botando uno a uno por la ventana cuando la chica se lo introdujo a la boca. Con una increíble maestría, le rodeó el miembro con el anillo constrictor de cuero ajustable, se lo colocó en la base del pene con cuidado de no pellizcarle los testículos. Se portó como toda una maestra mientras lo tomaba en su boca, su lengua lanzándolo al borde una y otra vez.

—Señora Herrera, por favor necesito su boca en mis labios —suplicó después de un tiempo retorciéndose de placer.

Apenas le había concedido sentir esos dulces labios, cuando en un veloz movimiento ella se incorporó, montándolo a horcajadas, estableciendo un ritmo ágil y rápido, haciéndolo gruñir y maldecir.

—Putra madre, *malcriaducho*, eres tan grande —gimió, besándolo con fuerza. Chris dejó escapar un gruñido de placer mientras ella se movía hacia adelante y hacia atrás.

—Cristo, bebé, amo jodidamente tu empanada. —Un gemido se escapó de los labios de la chica, haciéndolo reír—. Te gusta cuando hablo sucio, ¿no es así?

—Sí —aseguró sin aliento—. Debería nalguearte por estarme hablando de esa manera, pero... ¡Oh Dios mío! —jadeó, metiendo la mano entre sus cuerpos y de pronto un pequeño zumbido se unió a sus gemidos.

Chris sintió un vibrador entre sus cuerpos, el anillo llevaba además una pequeña bala vibratoria que se presionaba justo contra el sensible clítoris de Jen. Su estrecho calor se cerró imposiblemente más, haciendo que sus ojos rodaran hacia atrás, mientras ella continuaba trabajando su cuerpo hasta llevarlo a un frenesí. Nunca se había sentido así. Nunca se había sentido como si estuviera de pie en el borde, y el único alivio que conseguiría es si cayera por la borda. Ella le hacía esto. Sacaba a relucir todo de él. A pesar de ser el experto en el arte del sexo, se sentía como su alumno. Y definitivamente, ésta era una clase que quería reprobar, repetidamente, de modo que ella lo castigara y tuviera que empezar todo de nuevo.

Jen gritó cuando su orgasmo la aplastó. Chris gruñó ante la sensación, moviéndose

dentro de ella más rápido, con más urgencia. El ritmo era casi demasiado difícil de soportar por estar atado y en esta posición, no que fuera a dejar de hacerlo. Jen clavó los dedos en la piel de sus hombros en busca de soporte, ya que estaba saltando literalmente sobre él. Un par de embestidas más y se encontró jadeando su nombre, derramándose por completo dentro de ella.

—¿Qué soy para ti? —preguntó ella unos segundos después, su mirada satisfecha, su voz ronca y seductora.

—Mi esposa.

—Malditamente correcto. Ahora bésame, esclavo.

¿Esclavo? ¿A qué hora se había vuelto un esclavo? No importaba, sería lo que ella quería que fuera, sería por ella y para ella todo lo que pudiera. Jen finalizó el beso dulcemente, pidiéndole que se levantara y se recostara entre las sábanas. Aún estaba esposado cuando se dejó caer sobre la cama y ella se le unió rápidamente, recostándose contra su pecho.

—Te amo, fue increíble.

—También te amo, bebé, fuiste toda una dominatriz.

—¿Estás bien?, ¿no te hice daño? —inquirió, preocupada.

—Por supuesto que no —contestó sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa, bostezando contra su pecho y acurrucándose aún más—. Eh... ¿Jen?, ¿podrías liberarme?

Silencio.

—¿Jen? —preguntó un poco alarmado—, ¿dónde está la llave? —Ella no respondió, sus enormes ojos bailando con culpa.

Mierda, se le tensó todo el cuerpo y un sudor frío brotó en su piel. Jen se mordió el labio jugando con el borde de la sábana, sin atreverse a mirarlo. Sin perder más el tiempo, Chris tanteó el metal, viendo si iba a ser capaz de liberarse o si mejor ya se iba desmayando. La joven intuyó sus pensamientos, así que se apresuró a aclarar la situación.

—¡Te engañé! —canturreó, dándose la vuelta hacia un cajón donde gracias a Dios, estaba la llave, suspiró sintiendo que el aire volvía a sus pulmones.

—Eres una pequeña tramposa, ¿eh?

Ella se rio mientras lo liberaba. *Descarada*. En cuanto lo hizo, la estrechó con fuerza entre sus brazos, formando una jaula de la que no se podría escapar nunca, ella se soltó riendo de forma encantadora y el sonido le acarició el cuerpo y le estremeció el alma. Cada vez que miraba a Jennifer y a Liliana veía su *para siempre*, Jen era la única con la que iba a estar, con la que iba a envejecer. Solamente ella sería la que se reiría cuando comenzaran a salirle canas y arrugas alrededor de los ojos, sería la que lo controlaría cuando Lili trajera algún novio bastardo que se creyera el chico malo de la ciudad. Jennifer sería la que estaría a su lado cuando tuviera que caminar acompañando a su princesa por el pasillo de la iglesia, y estarían juntos cuando se convirtieran en abuelos. Sería ella la que sostendría la mascarilla con oxígeno en su cara si volvían a practicar una fantasía como la de hoy.

A veces, la realidad de en lo que se habían convertido lo golpeaba con fuerza, y hasta este día, la relación que sostenían no tenía completamente sentido para Chris, ya que no había sentido ni lógica para que fuera tan afortunado. Sonriendo, enterró el rostro en el cuello de Jen, justo donde podía percibir más su inconfundible aroma. Sujetó la pequeña cintura de su esposa, arrastrando la mano por su costado, llegando más abajo, enganchando su pierna para ponerla sobre su cadera. No lo pensó dos veces, ajustándose de nuevo y empujando otra vez dentro de su estrecho calor. Ella gimió, arqueándose para darle mejor acceso.

—¿Otra vez? —preguntó soñolienta, pero con voz seductora.

—Para mí ha sido una eternidad sin estar dentro de ti, voy a recuperar cada puta hora desperdiciada. Además siempre estoy duro cuando se trata de ti, y por si no lo recuerdas, te portaste mal.

—¿Serás ahora el dominante? —cuestionó deslizando las manos por su pecho, hasta su cabello donde enterró los dedos.

—Solo si no estás muy cansada.

—Para nada, además tenemos toda la vida para practicar —ronroneó con voz seductora contra sus labios.

—Siempre.

Ella sonrió apretujándose más contra él. Y a pesar de que quería castigarla, le hizo el amor de forma dulce, sin prisas, disfrutándose lentamente el uno del otro.

Chris solo podía concluir todo esto con que, aparentemente, él era el que nunca fue normal. Su cuerpo reaccionaba a ella de formas que jamás pensó que haría y con extrañas estimulaciones, Jen se adentró en su corazón para nunca salir de ahí. Volviendo la mirada hacia atrás, a donde todo había empezado, se encontró entonces con que no cambiaría absolutamente nada de ella y recordó cuántas veces pensó que estaba jodidamente loca, al final el resultado era que él nunca fue normal.

Pero no importaba, todo su cuerpo lo único que quería era complacerla, porque la amaba y quería experimentar con ella hasta que no pudieran hacerlo más, no le importaba cómo los demás vieran su relación, porque para ellos dos, esto se sentía bien y eso tenía que ser lo único que importara siempre.

¿Quién diría que el destino podía ser tan bueno? Quizás esta epifanía era tonta y absurda, pero eso era lo que tenían, raros o no, ella era su vida, y estaba muy agradecido por ello.

Fin.

Acerca del autor

Daniela desea referirse a sí misma en tercera persona ya que al parecer es una mujer vergonzosa o de las cavernas, según el punto de vista.

Nació en Chihuahua, el estado grande de México, estudió la licenciatura en sistemas y después la maestría en sistemas de información. Su pasión favorita la encontró siempre en leer, pero no fue hasta que comenzó a escribir que se sintió totalmente satisfecha.

Está casada con un hombre maravilloso y comprensivo, es increíblemente talentoso y aunque definitivamente no comparten los mismos gustos, mucho menos el de leer y escribir, la ha apoyado siempre con este y cada uno de sus proyectos.

Síguela en Facebook:

<https://www.facebook.com/Danny.Sk.EAQ>

Información de contacto: dannymasen@gmail.com

Blog: <http://danielaskblog.blogspot.mx>

Otras obras publicadas por la autora:

Bilología Enséñame a Quererte: <https://goo.gl/ehqytU>